

Un nutrido y pomposo grupo de judíos, que montan cabalgaduras de lujo, entra en Betania. Son escribas y fariseos, además de algún saduceo y herodiano ya vistos otra vez (si no me equivoco, en el banquete en casa de Cusa para tentar a Jesús a que se proclamara rey). Los siguen criados a pie.

El grupo a caballo cruza lentamente la pequeña ciudad. El sonido de los cascos contra el terreno duro, el tintineo de los jaeces, las voces de los hombres llaman a las puertas a los habitantes, que miran y, visiblemente cohibidos, se inclinan haciendo profundas reverencias, para erguirse luego y reunirse y susurrar en grupos.

-¿Han visto?

-Todos los miembros del Sanedrín de Jerusalén.

-No. José el Anciano, Nicodemo y otros no estaban.

-Y los fariseos más conocidos.

-Y los escribas.

-¿Y el que iba en ese caballo quién era?

-Está claro que van donde Lázaro.

-Debe estar a las puertas de la muerte.

-No logro entender por qué el Rabí no está aquí.

-¿Y cómo iba a estar, si lo buscan los de Jerusalén para matarlo?

-Tienes razón. Es más, esas serpientes que han pasado vienen, sin duda, para ver si el Rabí está aquí.

-¡Alabado sea Dios porque no está!

-¿Sabes lo que le han dicho a mi marido en los mercados de Jerusalén? Que estén preparados, porque pronto se proclamará rey, y todos tendremos que ayudarle en... ¿Cómo han dicho?

-¡Bueno! Una palabra que quería decir como si yo dijera que echo a todos de casa y me hago la dueña.

-¿Un complot?... ¿Una conjura?... ¿Una sedición?... – preguntan y sugieren. Un hombre dice:

-Sí. También me lo han dicho a mí. Pero no lo creo.

-¡Pero si lo dicen discípulos del Rabí!...

-¡Mmm! Yo no creo que el Rabí haga uso de la violencia y que destituya al Tetrarca y usurpe un trono que, con justicia o sin ella, es de los herodeos. Harían bien en decirle a Joaquín que no crea en todo lo que oye...

-¿Pero sabes que el que le ayude será premiado en la Tierra y en el Cielo? Bien contenta estaría yo de que mi marido recibiera este premio: estoy cargada de hijos y la vida es difícil. ¡Si pudiéramos tener un puesto entre los siervos del Rey de Israel!

-Mira, Raquel, creo que será mejor cuidar mi huerto y mis dátiles. Si me lo dijera Él... sí que dejaría todo y lo seguiría. Pero... dicho por otros...

-¡Son discípulos suyos!

-Nunca los he visto con Él. Y además... No. Fingen que son corderos, pero tienen una cara de maleantes que no me convencen.

-Es verdad. Desde hace un tiempo, suceden hechos extraños, y siempre se dice que son los discípulos del Rabí los que lo hacen. El último día antes del sábado, algunos de ellos trataron con ultrajes a una mujer que llevaba huevos al mercado y le dijeron: “Los queremos en el nombre del Rabí galileo”

-¿Tú crees que Él puede querer que se hagan estas cosas, Él, que da y no toma, Él, que podría vivir entre los ricos y prefiere estar entre los pobres, y quitarse el manto, como decía a todos aquella leprosa curada que se encontró con Jacob?

Otro hombre, que se ha acercado al grupo y ha estado escuchando, dice:

-Tienes razón. ¿Y eso otro que se dice, entonces?: ¿que el Rabí nos va a acarrear grandes desventuras porque los romanos nos castigarán a todos nosotros por causa de sus instigaciones a la gente? ¿Ustedes lo creen? Yo digo y no me equivoco, porque soy anciano y cuerdo, digo que tanto los que nos dicen, a nosotros, gente sencilla, que el Rabí quiere apoderarse del trono con violencia, y también expulsar a los romanos - ¡Ah, si así fuera!, ¡si fuera posible hacerlo! – como los que cometen actos violentos en su nombre, como los que nos instigan a la rebelión con promesas de una futura ganancia, como los que quisieran que odiáramos al Rabí como individuo peligroso que nos ha de llevar a la desventura... todos éstos son enemigos del Rabí, y tratan de destruirlo para triunfar ellos. ¡No les crean! ¡No crean en los falsos amigos de la gente sencilla! ¿Ven lo soberbios que han pasado? A mí por poco si no me dan un palo, porque me era difícil hacer que las ovejas entraran, y

les obstaculizaba su camino... ¿Amigos nuestros éstos? ¡Nunca!. Son nuestros vampiros, y - ¡Dios no lo quiera! – vampiros también de Él.

-Tú que estás cerca de los campos de Lázaro, ¿sabes si ha muerto?

-No. No ha muerto. Está allí, entre la muerte y la vida... Le he preguntado por él a Sara, que estaba cogiendo flores aromáticas para los lavatorios.

-¿Y entonces para qué han venido éstos?

-¡Pues si ya lo he dicho yo! ¡Han venido para ver si estaba el Rabí! Para hacerle algún daño. ¿Sabes lo que sería para ellos el poder causarle algún mal? ¡Y precisamente en casa de Lázaro! Dilo tú, Natán, ¿ese herodiano no era el que hace tiempo era el amante de María de Teófilo?

-Era él. Quizás quería vengarse así de María...

Llega corriendo un muchachito. Grita:

-¡Cuánta gente en casa de Lázaro! Yo volvía del arroyo con Leví, Marcos e Isaías, y hemos visto eso. Los criados han abierto el portón y han tomado las caballerías. Y Maximino ha salido al encuentro de los judíos, y otros han acudido y han saludado con grandes reverencias. Han salido de la casa Marta y María con sus criadas, para saludar. Y hubiéramos querido ver más, pero han cerrado el portón y se han metido todos en la casa- El jovencito está todo emocionado por las noticias que trae, por lo que ha visto... Los adultos hacen comentarios entre sí.

542

Los judíos en casa de Lázaro

Aunque está deshecha de dolor y cansancio, Marta sigue siendo la señora que sabe recibir y ofrecer la casa, y honrar a las personas con ese porte señorial perfecto propio de la verdadera señora. Así, ahora, habiendo antes conducido al grupo a una de las salas, da las indicaciones para que se traigan los refrescos habituales y para que los huéspedes tengan todo aquello que pueda serlesreconfortantes.

Los criados van de allá para acá sirviendo bebidas calientes o vinos de calidad, ofreciendo frutas espléndidas, dátiles dorados como topacios, uva seca, parecida a nuestra uva moscatel, de racimos de una perfección fantástica, y miel pura; todo en ánforas, copas, bandejas, platos preciosos. Y Marta vigila atentamente, para que ninguno quede desatendido; es más, según la edad, y quizás también según las personas (cuyos caracteres le resultan bien conocidos), da la pauta para el servicio a los criados. Así, para a un criado que se dirige a Elquías con un ánfora llena de vino y con una copa y le dice:

-Tobías, no vino, sino agua de miel y jugo de dátiles.

Y a otro:

-Sin duda, Juan prefiere el vino. Ofrécele el blanco de uva pasa.

Y, personalmente, al viejo escriba Cananías le ofrece leche caliente, abundantemente dulcificada por ella con la dorada miel mientras dice:

-Te vendrá bien para tu tos. Te has sacrificado para venir, estando enfermo y en un día frío. Me conmueve el verlos tan atentos.

-Es nuestro deber, Marta. Euqueria era de nuestra stirpe. Una verdadera judía que nos honró a todos.

-El honor a la venerada memoria de mi madre toca a mi corazón. Transmitiré a Lázaro tus palabras.

-Pero nosotros queremos saludarlo. ¡Un hombre tan amigo! – dice, falso como siempre, Elquías, que se ha acercado.

-¿Saludarlo? No es posible. Está demasiado agotado.

-¡No le vamos a molestar! ¿No es verdad, ustedes? Nos contentamos con un adiós desde la puerta de su habitación – dice Félix.

-No puedo, no puedo de ninguna manera. Nicomedes se opone a cualquier tipo de fatiga o emoción.

-Una mirada al amigo moribundo no puede matarlo, Marta – dice Calasebona. ¡Demasiado nos dolería el no haberlo saludado!

Marta está nerviosa, vacilante. Mira hacia la puerta, quizás para ver si María viene en su ayuda. Pero María está ausente. Los judíos observan este nerviosismo suyo, y Sadoq, el escriba, se lo dice a Marta:

-Se diría que viniendo te hemos puesto nerviosa, mujer.

-No. Nada de eso. Comprendan mi dolor. Hace meses que vivo al lado de uno que agoniza y... ya no sé... ya no sé moverme como antes en las fiestas...

-¡Esto no es una fiesta! ¡No queríamos tampoco que nos dieras estos honores! Pero... quizás... nos escondes algo y por eso no nos dejas ver a Lázaro ni permites que pasemos a su habitación. ¡Je, je! ¡Esto se sabe! Pero, no temas, que la habitación de un enfermo es lugar sagrado de asilo para cualquiera. Créelo... - dice Elquías.

-No hay nada que esconder en la habitación de nuestro hermano. Nada hay escondido en ella. Esa habitación únicamente acoge a un moribundo para el que sería un acto de piedad evitarle todo recuerdo penoso. Y tú, Elquías, y todos ustedes, son recuerdos penosos para Lázaro – dice María con su espléndida voz de órgano, apareciendo en la puerta y manteniendo apartada la cortina púrpura con la mano.

-¡María! – gime Marta, suplicante para frenarla.

-Nada, hermana. Déjame hablar... – Se dirige a los otros:

-Y para quitarles todas las dudas, que uno de ustedes – sólo un recuerdo del pasado volverá a causar dolor- venga conmigo, si ver a un moribundo no le molesta y el hedor de la carne que muere no le produce náuseas.

-¿Y tú no eres un recuerdo que causa dolor?- dice irónico, el herodiano, que ya he visto aunque no sé dónde, saliendo del rincón en que se hallaba y poniéndose frente a María.

Marta gime. María mira con mirada de águila inquieta, sus ojos centellean; se yergue altiva, olvidándose del cansancio y el dolor, que verdaderamente encorvan su cuerpo, y, con una expresión de reina ofendida, dice:

-Sí, yo también soy un recuerdo, pero no de dolor como tú dices; soy recuerdo de la Misericordia de Dios. Y, viéndome a mí, Lázaro muere en paz, porque sabe que encomienda su espíritu en las manos de la infinita Misericordia.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡No eran éstas las palabras de otros tiempos! ¡Tu virtud! A quien no te conoce podrías mostrársela...

-Pero a ti no, ¿no es así? Pues precisamente a ti te la pongo delante de los ojos, para decirte que uno se hace como aquellos con quien va. Yo, en aquellos tiempos, por desgracia estaba contigo, y era como tú; ahora estoy con el Santo, y me hago honesta.

-Una cosa destruída no se reconstruye, María.

-Efectivamente, tú, todos, ustedes, no pueden reconstruir el pasado; no pueden reconstruir lo que han destruido: no puedes tú, que me causas horror; ni ustedes, que ofendieron en el tiempo del dolor a mi hermano y que ahora, por torcida finalidad, quieren aparecer como amigos suyos.

-¡Oh, eres audaz, mujer! El Rabí habrá expulsado de ti muchos demonios, pero mansa no te ha hecho – dice uno de aproximadamente cuarenta años.

-No, Jonatán ben Anás, no me ha hecho débil; al contrario, me ha hecho más fuerte, con esa audacia que es propia de la persona honesta, de la persona que ha querido volver a ser honesta y ha roto todo vínculo con el pasado para hacerse una vida nueva. ¡Vamos! ¿Quién viene donde Lázaro?!

Se muestra imperiosa como una reina. Los domina a todos con su franqueza, despiadada incluso contra sí misma. Marta, por el contrario, está angustiada, con lágrimas en esos ojos suyos que miran fijamente a María suplicándole que calle.

-¡Voy yo! – dice, acompañando sus palabras con un suspiro de víctima, Elquías, falso como una serpiente. Salen juntos.

Los otros se vuelven hacia Marta:

-¡Tu hermana!... Siempre ese carácter. No debería. Tiene que ganarse mucho perdón – dice Uriel, el rabí visto en Yiscala, el que allí lanzó piedras a Jesús y lo hirió.

Marta, azuzada por estas palabras, encuentra de nuevo su fuerza y dice:

-La ha perdonado Dios. Cualquier otro perdón no tiene valor después de ése. Y su vida actual es ejemplar para el mundo. (Pero la audacia de Marta pronto decae y se muda en llanto. Gime, entre lágrimas) ¡Son crueles! Con ella... conmigo... No tienen compasión ni del dolor pasado ni del dolor actual. ¿A qué han venido? ¿A ofender y dar dolor?

-No, mujer, no. Sólo para saludar a este judío grande que agoniza. ¡Para ninguna otra cosa! ¡Para ninguna otra cosa! No debes tomar a mal nuestras rectas intenciones. Hemos sabido por José y Nicodemo que había habido un agravamiento, y hemos venido... de la misma forma que ellos, los dos grandes amigos del Rabí y de Lázaro. ¿Por qué esa actitud de tratarnos de manera distinta a nosotros que amamos al Rabí y a Lázaro como ellos? No son justas. ¿Puedes, acaso, decir que ellos, con Juan, Eleazar, Felipe Josué y Joaquín, no hayan venido a informarse de cómo estaba Lázaro? ¿Y que Manahén no ha venido?...

-Yo no digo nada. Lo que me asombra es que sepan todo tan bien. No sabía que hasta por dentro de las casas fueran vigiladas por ustedes. No sabía que existiera un nuevo precepto, además de los seiscientos trece que ya existen, el de indagar, espiar dentro de las familias... ¡Perdón! ¡Los estoy ofendiendo! El dolor me hace perder los cabales, y ustedes lo agudizan.

-¡Te comprendemos, mujer! Hemos venido a darles un consejo bueno porque pensamos que están fuera de sus cabales. Avisen al Maestro. Ayer incluso, siete leprosos vinieron a dar gloria al Señor porque el Rabí los había curado. Llámenlo también para Lázaro.

-¡Mi hermano no está leproso! – grita Marta muy agitada- ¿Éste es el motivo por el que quieren verlo? ¿Para ésto han venido? ¡No! ¡No está leproso! Miren mis manos. Lo curo desde hace años y yo no tengo lepra. Tengo la piel enrojecida por los ungüentos aromáticos, pero no tengo lepra. No tengo...

-¡Calma! Calma, mujer. ¿Quién ha dicho que Lázaro está leproso? ¿Quién sospecha en ustedes un pecado tan horrendo como el de ocultar a un leproso? ¿Tú crees que, a pesar de su poder, no habríamos descargado nuestra mano sobre ustedes si hubieran pecado? Nosotros capaces de pasar por encima incluso del cuerpo de nuestro padre y de nuestra madre, de nuestra esposa y de nuestros hijos, con tal de hacer obedecer los preceptos. Esto te lo digo yo, yo, Jonatán de Uziel.

-¡Cierto! ¡Es así! Y ahora te decimos, por el amor que te profesamos, por el amor que profesábamos a tu madre, por el que profesamos a Lázaro: llamen al Maestro. ¿Mueves la cabeza? ¿Quieres decir que ya es tarde? ¿Cómo es eso? ¿No tienes fe en Él, tú, Marta, discípula fiel? ¡Eso es grave! ¿Tú también empiezas a dudar? – dice Arquelao.

-Blasfemas, escriba. Creo en el Maestro como en el Dios verdadero.

-¿Y entonces por qué no quieres intentarlo? Él ha resucitado a muertos... Al menos, éso se dice... ¿Es que no sabes dónde está? Si quieres, te lo buscamos nosotros, te ayudamos nosotros – insinúa Félix.

-¡No, hombre, no! En casa de Lázaro ciertamente se sabe dónde está el rabí. Dilo con franqueza, mujer, y nos pondremos en marcha para buscártelo y te lo traeremos aquí, y estaremos presentes en el milagro para exultar contigo, con todos ustedes – dice, tentador, Sadoq.

Marta vacila, casi tentada a ceder. Los otros instan, mientras ella dice:

-No sé dónde está... No tengo la menor idea... Se marchó hace unos días y nos saludó como quien se marcha para largo tiempo... Para mí sería consolador saber dónde está... Al menos, saberlo... Pero no lo sé, de verdad...

-¡Pobre mujer! Nosotros te ayudaremos... Te lo traeremos aquí, dice Cornelio.

-¡No! No hace falta. El Maestro... ¿Se refieren a Él, no es verdad? El Maestro dijo que debíamos esperar más de lo esperable, y esperar únicamente en Dios. Y nosotras así lo haremos – dice María con voz de trueno mientras regresa con Elquías, quien inmediatamente la deja y habla, agachado, con tres fariseos.

-¡Pero se está muriendo, por lo que oigo! – dice uno de ellos, que es Doras.

-¿Y entonces? ¡Pues muera! No pondré obstáculos al decreto de Dios, ni desobedeceré al Rabí.

-¿Y qué pretendes esperar después de la muerte, insensata? –dice, burlón, el herodiano.

-¿Qué? ¡Pues la vida! – La voz es un grito de fe absoluta.

-¿La vida? ¡Ja! ¡Ja! Sé sincera. Tú sabes que ante una verdadera muerte nulo es su poder, y en tu insensato amor por Él no quieres que eso se ponga de manifiesto.

-¡Salgan todos! Le correspondería a Marta hacerlo, pero Marta los teme; yo sólo temo ofender a Dios, que me ha perdonado. Por eso, lo hago en vez de Marta. Salgan todos. No hay lugar en esta casa para los que odian a Jesucristo. ¡Fuera! ¡A sus guaridas tenebrosas! ¡Fuera todos! ¡O haré que los expulsen los criados como a un montón de harapientos inmundos!

Se muestra majestuosa en su ira. Los judíos se achican, extremadamente cobardes, ante esta mujer (verdad que parece un arcángel enojado)... La sala se desaloja. Las miradas de María, según van cruzando de uno en uno la puerta por delante de ella, les hacen sufrir la humillación de su soberbia a los derrotados judíos. Por fin, la sala queda vacía. Marta, rompiendo a llorar, se derrumba sobre la alfombra.

-¿Por qué lloras, hermana? No veo la razón de ello...

-¡Oh! los has ofendido... y ellos te han, nos han ofendido... y ahora se vengarán... y...

-¡Cállate, mujer desatinada! ¿En quién piensas que se van a vengar? ¿En Lázaro? Antes tienen que deliberar, y antes de que decidan... ¡Oh, en un polvo uno no se venga! ¿En nosotras? ¿Es que, acaso, necesitamos su pan para vivir? Los haberes no nos los tocarán. Se proyecta sobre ellos la sombra de Roma. ¿En qué, entonces? Y aunque pudieran hacerlo, ¿no somos, acaso, fuertes y jóvenes las dos? ¿No vamos a poder trabajar? ¿No es pobre Jesús? ¿No ha sido, acaso, nuestro Jesús, obrero? ¿No seríamos más semejantes a Él, siendo pobres y trabajadoras? ¡Gloríate si lo eres! ¡Espera serlo! ¡Pídeselo a Dios!

-Pero lo que te han dicho...

-¡Ja! ¡Ja! ¿Lo que me han dicho? Es la verdad. Me la digo yo también a mí misma: he sido una inmunda. ¡Ahora soy la cordera del Pastor! Y el pasado ha muerto. Ánimo, ven donde Lázaro.

Me encuentro todavía en la casa de Lázaro, y veo que Marta y María salen al jardín acompañando a un hombre entrado ya en años, de aspecto muy noble, y del que diría que no es hebreo, porque tiene la cara completamente afeitada, como los romanos. Una vez que se han alejado un poco de la casa, María le pregunta:

-Bueno, Nicomedes, ¿qué nos dices, entonces, de nuestro hermano? Nosotras le vemos muy... enfermo... Habla.

El hombre abre los brazos en un gesto de conmiseración y de constatación de lo innegable, y, parándose, dice:

-Está muy enfermo... Desde los primeros momentos que comencé a cuidar de su salud nunca los he engañado. He intentado todo. Ustedes lo saben. Pero no ha sido eficaz. Esperaba también... sí, esperaba que, al menos, pudiera vivir reaccionando al agotamiento de la enfermedad con la buena nutrición y los tónicos que le preparaba. He probado incluso con tóxicos adecuados para preservar a la sangre de la corrupción y para sostener las fuerzas, según las viejas escuelas de los grandes maestros de la medicina. Pero la enfermedad es más fuerte que los medios para curarla. Estas enfermedades son como corrosiones. Destruyen. Y cuando se manifiestan externamente ya por dentro los huesos están invadidos, y, de igual manera que la savia en un árbol se alza desde lo profundo hasta la cima, aquí la enfermedad se ha extendido desde los pies a todo el cuerpo...

-Pero tiene enfermas sólo las piernas – gime Marta.

-Sí, pero la fiebre destruye donde ustedes piensan que no hay sino salud. Miren esta ramita caída de ese árbol. Parece carcomido aquí, junto a la fractura. Pero, miren... (la desmenuza con sus dedos). ¿Ven? Bajo la corteza, todavía lisa, están las caries hasta el extremo superior, donde todavía parece que hay vida porque tiene todavía unas hojitas. Lázaro está ya... muriendo. ¡Oh, pobres hermanas! El Dios de sus padres, y los dioses y semidioses de nuestra medicina, nada han podido hacer... o... querido hacer, me refiero al Dios de ustedes... Así que... sí, preveo ya cercana la muerte, incluso por el aumento de la fiebre, que es síntoma de que la descomposición ha entrado en la sangre, por los movimientos desordenados del corazón y por la falta de estímulos y reacciones en el enfermo y en todos sus órganos. ¡Ya lo ven ustedes! No se alimenta, no retiene lo poco que toma y no asimila lo que retiene. Es el final... Y, crean en lo que les dice un médico que recordando a Teófilo les está agradecido, y la cosa más deseable en estos momentos es la muerte... Son enfermedades terribles. Desde hace miles de años destruyen al hombre y el hombre no logra destruirlas a ellas. Sólo los dioses podrían, si... - se para, las mira mientras se pasa repetidamente los dedos por el mentón rasurado. Piensa. Luego dice:

-¿Por qué no llaman al Galileo? Es amigo de ustedes. Él puede, porque lo puede todo. Yo he observado a personas que estaban condenadas y que se curaron. Una fuerza extraña sale de Él. Un fluído misterioso que reanima y reúne las reacciones disgregadas y les impone la voluntad de curar... No sé. Sé que lo he seguido incluso, mezclado con la muchedumbre, y he visto cosas maravillosas... Llámenlo. Yo soy un gentil, pero honro al Taumaturgo (*persona que obra prodigios*) misterioso del pueblo de ustedes. Y me alegraría si Él pudiera lo que yo no he podido.

-Es Dios, Nicomedes. Por eso puede. La fuerza que llamas fluído es su voluntad divina- dice María.

-No ridiculizo la fe de ustedes. Al contrario, la impulso a que crezca hasta lo imposible. Además... se lee que los dioses alguna vez han descendido a la Tierra. Yo... nunca lo había creído... Pero, con ciencia y conciencia de hombre y médico, tengo que decir que es así, porque el Galileo obra curaciones que sólo un dios puede obrar.

-No un dios, Nicomedes. El verdadero Dios – insiste María.

-Bueno, de acuerdo, como tú quieras. Y yo lo creeré y me haré discípulo suyo, si veo que Lázaro... resucita. Porque ya, más que de curación, hay que hablar de resurrección. Llámenlo, pues, y con urgencia... porque, si no me he vuelto un ignorante, al máximo a la tercera puesta de Sol a partir de ésta, morirá. He dicho “al máximo”. Podría ser antes.

-¡Oh, si pudiéramos! Pero no sabemos dónde está... - dice Marta.

-Yo lo sé. Me lo dijo un discípulo suyo que iba donde Él llevándole unos enfermos, y dos eran míos. Está al otro lado del Jordán, en los alrededores del vado. Eso dijo. Ustedes quizás conozcan mejor el lugar.

-¡Ah, sin duda, en casa de Salomón! – dice María.

-¿Muy lejos?

-No, Nicomedes.

-Pues manden inmediatamente a un criado para decirle que venga. Yo vuelvo más tarde y me quedo aquí para ver su acción en Lázaro. Salve, señoras. Y... anímense mutuamente.

Les hace una reverencia y se marcha hacia la salida. Allí un criado lo espera para sujetarle el caballo y abrirle el portón. Marta ve partir al médico y luego pregunta:

-¿Qué hacemos, María?

-Obedecemos al Maestro. Dijo que le avisáramos después de la muerte de Lázaro. Y nosotras lo haremos.

-Pero, una vez muerto... ¿de qué sirve tener aquí al Maestro? Para nuestro corazón sí, sería útil. ¡Pero para Lázaro!... Yo mando a un criado a llamarlo.

-No. Destruirías el milagro. Él dijo que había que saber esperar y creer contra toda realidad contraria. Si lo hacemos, tendremos el milagro; estoy segura. Si no sabemos hacerlo, Dios nos dejará con nuestra presunción de querer hacer las cosas mejor que Él, y no nos concederá nada.

-¿Pero no ves cuánto sufre Lázaro? ¿No oyes, en los momentos que está consciente, que desea la presencia del Maestro? ¿Quieres negarle la última alegría al pobre hermano nuestro? ¡No tienes corazón!... ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobre hermano nuestro! ¡Dentro de poco ya no tendremos hermano! ¡Sin padre, sin madre, sin hermano! La casa destruida, y nosotras solas, como dos palmas en un desierto.

Cae en una crisis de dolor. Yo diría que también en una crisis de nervios típica oriental: se contorsiona, se golpea el rostro, se despeina.

María la agarra. Se impone:

-¡Calla! ¡Calla, te digo! Lázaro puede oír. Yo lo quiero más y mejor que tú, y sé dominarme. Pareces una mujer enferma. ¡Calla, digo! No se cambia el curso de las cosas con estas vehemencias, ni tampoco así se conmueven los corazones. Si lo haces para conmover el mío, te equivocas. Piénsalo bien. El mío queda aplastado en la obediencia, pero resiste en ella.

Marta, dominada por la fuerza de su hermana y por sus palabras se calma mucho; pero- expresión de su dolor, ahora más tranquilo- gime invocando a la madre:

-¡Mamá, oh madre mía, consuélame! Ya no hay paz en mí, desde que moriste. ¡Si estuvieras aquí, madre! ¡Si la pena no te hubiera matado! Si tú estuvieras, nos guiarías y nosotras te obedeceríamos, por el bien de todos... ¡Oh!...

María cambia de color y, silenciosamente, llora con un rostro angustiado y retorciéndose las manos sin hacer nada. Marta la mira y dice:

-Nuestra madre, estando ya para morir, me hizo prometer que sería una madre para Lázaro. Si ella estuviera aquí...

-Obedecería al Maestro porque era una mujer justa. En vano tratas de conmoverme. Dime, si quieres, que he sido la asesina de mi madre por las penas que le causé. Te diré: "Tienes razón". Pero, si quieres hacerme decir que tienes razón queriendo que venga el Maestro, te digo "No". Y siempre diré "No". Y estoy segura que desde el seno de Abraham ella me aprueba y bendice. Vamos a casa.

-¡Ya no tenemos nada! ¡Nada!

-¡Todo! ¡Debes decir: "Todo"! La verdad es que escuchas al Maestro y pareces atenta mientras habla, pero luego no recuerdas lo que dice. ¿No ha dicho siempre que amar y obedecer nos hace hijos de Dios y herederos de su Reino? ¿Y entonces cómo es que dices que nos vamos a quedar sin nada?, pues tendremos a Dios y poseeremos el Reino por nuestra fidelidad. ¡Oh, hemos de ser absolutas como yo lo fui en el mal, incluso para poder ser, y saber y querer ser absolutas en el bien, en la obediencia, en la esperanza, en la fe, en el amor!...

-Tú consientes que los judíos ridiculicen al Maestro y hagan insinuaciones respecto a Él. Los has oído anteayer...

-¿Y piensas todavía en el graznido de esos cuervos, en los chillidos de esos buitres? ¡Déjalos que escupan lo que tienen dentro! ¡Qué te importa el mundo! ¿Qué es el mundo respecto a Dios? Mira: menos que este sucio moscón, entorpecido o envenenado por haber chupado inmundicias, que piso así – y da un enérgico golpe con el talón a un tábano de torpes movimientos que camina lentamente por las piedrecitas del paseo. Luego toma a Marta de un brazo y dice:

-Vamos, ven a casa y...

-Comuniquémoselo al menos al Maestro. Mandémosle aviso de que está muriendo. Sin decirle nada más...

-¡Como si tuviera necesidad de saberlo por nosotras! No, he dicho. Es inútil. Él dijo: "Cuando haya muerto, comuníquennelo". Y lo haremos. No antes de que suceda.

-¡Nadie, nadie tiene piedad de mi dolor! Tú menos que nadie...

-Deja de llorar de esa manera, ¿no? No puedo soportarlo...

Sufriendo ella, se muerde los labios para dar fuerza a su hermana sin llorar ella también. Marcela sale corriendo de la casa, seguida por Maximino.

-¡Marta! ¡María! ¡Corran! Lázaro está mal. Ya no responde...

Las dos hermanas se echan a correr, raudas, y entran en la casa... Después de un poco, se oye la voz fuerte de María que da órdenes para los socorros propios de esta situación, y se ve a criados correr con tónicos y tiestos humeantes de agua hirviendo; se oyen susurros y se ven gestos de dolor...

A tanta agitación, poco a poco, le va sustituyendo la calma. Se ve a los empleados que cuchichean unos con otros, menos nerviosos pero con gestos de intenso desconsuelo que remarcan lo que dicen: quién mueve la cabeza, quién la alza al cielo abriendo los brazos, como diciendo: “así es”, quien llora, quien quiere esperar todavía un milagro. Ahí tenemos de nuevo a Marta, pálida como una muerta. Mira tras sí, para ver si la siguen. Mira a los siervos que están apretadamente en torno a ella, angustiados. Vuelve a mirar para ver si de la casa sale alguien a seguirla. Luego dice a un criado:

-¡Tú, ven conmigo!

El criado se separa del grupo y la sigue hacia la pérgola de los jazmines y dentro de ella. Marta habla, sin perder de vista la casa, que se puede ver a través de la tupida maraña de las ramas.

-Escucha bien. Cuando todos los criados hayan entrado y yo les dé indicaciones para que estén ocupados en la casa, tú irás a las caballerizas, tomarás un caballo de los más rápidos, lo ensillarás... Si por casualidad alguien te ve, di que vas por el médico... No mientes tú ni te enseñe a mentir yo, porque verdaderamente te envío donde el Médico bendito... Toma contigo forraje para el animal y comida para ti, y esta bolsa para todo lo que puedas necesitar. Sal por la puerta pequeña y, pasando por los campos arados, que no producen ruido con los cascos, te alejas de la casa. Luego tomas el camino de Jericó y galopa sin detenerte nunca, ni siquiera de noche. ¿Has comprendido? Sin detenerte nunca. La Luna nueva te iluminará el camino, si viene la oscuridad mientras todavía sigues galopando. Piensa que la vida de tu señor está en tus manos y en tu rapidez. Me fío de ti.

-Señora, te serviré como un esclavo fiel.

-Ve al vado de Betabara. Pasas y vas al pueblo que hay más allá de Betania de la Transjordania. ¿Sabes? Donde al principio bautizaba Juan.

-Lo sé. Fui allí yo también, a purificarme.

-En ese pueblo está el Maestro. Todos te dirán cuál es la casa que le da alojamiento. Pero si sigues en vez del camino principal las orillas del río, es mejor. Te ven menos y encuentras por ti mismo la casa. Es la primera de la única calle del pueblito, la que va de los campos al río. No tienes posibilidad de error. Una casa baja, sin terraza ni habitación alta, con un huerto que se encuentra, viniendo del río, antes de la casa, un huerto cerrado por una pequeña puerta de madera y un seto de espino albar, creo... bueno, un seto. ¿Entendido? Repite.

El criado repite pacientemente.

-Bien, solicita hablar con Él, sólo con Él, y le dices que tus señoras te envían para decirle que Lázaro está muy enfermo, que está agonizando, que nosotras ya no podemos más, que él lo necesita y que venga enseguida, enseguida, por piedad. ¿Has comprendido bien?

-He comprendido, señora.

-Y después vuelve inmediatamente, de forma que ninguno note mucho tu ausencia. Toma un farol contigo, para las horas de oscuridad. Ve, corre, galopa, revienta al caballo, pero vuelve pronto con la respuesta del Maestro.

-Lo haré, señora.

-¡Ve! ¡Ve! ¿Ves? Han entrado ya todos en casa. Ve inmediatamente. Nadie te va a ver haciendo los preparativos. Yo misma te llevo la comida. ¡Ve! Te la pongo al pie de la puerta pequeña. ¡Ve! Que Dios te acompañe. ¡Ve!...

Lo empuja, ansiosa, y luego corre a casa, rápida y cauta, para salir después sigilosa por una puerta secundaria que está en el lado sur, con un pequeño saco en sus manos; camina rozando un seto hasta la primera abertura, tuerce, desaparece...

Han abierto todas las puertas y ventanas de la habitación de Lázaro, para hacerle menos difícil la respiración. Alrededor de él, que está ausente, en estado de coma, un coma profundo semejante ya a la muerte, de la que difiere sólo por el movimiento de la respiración, están las dos hermanas, Maximino, Marcela y Noemí, pendientes de cualquier mínimo gesto del moribundo.

Cada vez que una contracción espasmódica altera la boca, pareciendo que se preparara para hablar, o que los ojos, entreabriéndose los párpados, aparecen, las dos hermanas se inclinan para aferrar una palabra, una mirada... Pero es inútil. Son sólo acciones sin coordinación, independientes de la voluntad y la inteligencia, las cuales están ya inertes, perdidas; son acciones que provienen del sufrimiento de la carne, como de ésta viene el sudor que da brillo al rostro del moribundo, y el temblor que a intervalos agita los esqueletados dedos y les transmite una contracción de garra. Y lo llaman las dos hermanas, con todo el amor en su voz. Pero el nombre y el amor chocan contra las barreras de la insensibilidad intelectual, y la respuesta a su llamada es el silencio de las tumbas.

Noemí, llorando, sigue poniendo en los pies, sin duda helados, ladrillos envueltos en fajas de lana. Marcela tiene en sus manos una copa de la que saca un pañito fino que Marta usa para mojar los labios secos de su hermano. María, con otro paño, seca el abundante sudor que desciende en regueros por el rostro esquelético y que moja las manos del moribundo. Maximino, apoyado en un velador alto y oscuro, junto a la cama del moribundo, observa, en pie, a espaldas de María, que se inclina hacia su hermano. Nadie más. El máximo silencio, como si estuvieran en una casa vacía, en un lugar desierto. Las criadas que traen los ladrillos calientes están descalzas y no hacen ruido en el suelo de mármol. Parecen apariciones. María rompe el silencio diciendo:

-Me parece que está volviendo calor a las manos. Mira, Marta, los labios están menos pálidos.

-Sí. También respira más libremente. Lo estoy mirando desde hace un rato –observa Maximino.

Marta se inclina y llama despacio, pero con acento intenso:

-¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Oh, mira, María! Ha expresado como una sonrisa y un parpadeo. ¡Está mejorando, María! ¡Está mejorando! ¿Qué hora tenemos?

-Hemos pasado ya en una vigilia el crepúsculo.

-¡Ah! – y Marta se endereza apretando las manos contra el pecho y alzando los ojos hacia arriba con un visible gesto de muda pero confiada oración. Una sonrisa ilumina su cara.

Los otros la miran asombrados y María le dice:

-No veo por qué el haber superado el crepúsculo te deba poner contenta... - y la escruta, sospechosa, ansiosa.

Marta no contesta, pero toma de nuevo la postura de antes. Entra una criada con ladrillos. Se los pasa a Noemí. María le ordena:

-Trae dos lámparas. La luz mengua y quiero verlo.

La criada sale sin hacer ruido y vuelve al cabo de poco con dos lamparitas encendidas. Las coloca: una encima del velador en que está apoyado Maximino; la otra, encima de una mesa llena de vendas y pequeñas ánforas, puesta en el otro lado de la cama.

-¡Oh, María! ¡María! ¡Mira! Está realmente menos pálido.

-Y tiene aspecto menos agotado. ¡Se está reanimando! – dice Marcela.

-Denle algunas gotas más de ese vino con los aromas que ha preparado Sara. Le ha hecho bien – sugiere Maximino.

María toma de la mesa una anforita de cuello finísimo en forma de pico de ave y, con precaución, introduce algunas gotas de vino en los labios entreabiertos.

-Ve despacio, María. ¡No vaya a ser que se ahogue! – aconseja Noemí.

-¡Oh, traga! ¡Lo busca! ¡Mira, Marta! Saca la lengua queriendo...

Todos se inclinan para mirar. Noemí lo llama:

-¡Tesoro! ¡Mira a tu nodriza, alma santa! – y se aproxima para besarlo.

-¡Mira! ¡Mira, Noemí, bebe tu lágrima! Le ha caído junto a los labios y la ha sentido; la ha buscado y la ha absorbido.

-¡Oh, tesoro mío! ¡Si tuviera todavía la leche de antaño, la exprimiría gota a gota en tu boca, corderito mío, aunque tuviera que exprimir mi corazón y morir después!

Intuyo que Noemí, nodriza de María, lo haya sido también de Lázaro.

-Señoras, ha vuelto Nicomedes – dice un criado que se presenta a la puerta.

-¡Que venga! ¡Que venga! Nos ayudará a hacerlo mejorar. ¡Fíjense! ¡Fíjense! Abre los ojos, mueve los labios –dice Maximino.

-¡Y a mí me aprieta los dedos con sus dedos! – grita María. Y se inclina diciendo:

-¡Lázaro! ¿Me oyes? ¿Quién soy?

Lázaro abre del todo los ojos y mira. Es una mirada insegura, empañada, pero, en todo caso, es una mirada. Mueve con dificultad los labios y dice:

-¡Mamá!

-¡Soy María! ¡María! ¡Tu hermana!

-¡Mamá!

-No te reconoce y llama a su madre. Los moribundos, siempre así – dice Noemí con el rostro lavado en llanto.

-Pero habla. Después de tanto tiempo, habla. Ya es mucho... luego estará mejor. ¡Oh, mi Señor, premia a tu sierva! – dice Marta mientras permanece todavía en ese gesto de ferviente y confiada oración.

-¿Pero qué te ha sucedido? ¿Es que has visto al Maestro? ¿Se te ha aparecido? ¡Dímelo, Marta! ¡Quítame la angustia! – dice María.

La entrada de Nicomedes impide la respuesta. Todos se vuelven hacia él. Cuentan cómo después de su partida Lázaro se había agravado hasta el punto de tocar la muerte, y ya lo habían dado por muerto; pero que luego, con unos auxilios, habían logrado hacerlo recuperarse, pero sólo en lo

referente a la respiración. Y cómo, desde hacía poco, después de que una de sus criadas hubiera preparado vino con aromas, le había vuelto el calor y había tragado, tratando de beber, y también había abierto los ojos y había hablado... Hablan todos juntos, encendidas de nuevo sus esperanzas, que ellos lanzan contra la serenidad no poco escéptica del médico, que les deja hablar sin decir una palabra. Por fin han terminado y él dice:

-De acuerdo. Permítanme que vea.

Y los aparta. Se aproxima a la cama y ordena que acerquen las lámparas y cierren la ventana porque quiere descubrir al enfermo. Se inclina sobre él, lo llama, le hace preguntas. Hace que pasen por delante la lámpara por delante de la cara de Lázaro, que ahora tiene los ojos abiertos y parece como asombrado de todo; luego lo descubre, estudia su respiración, los latidos del corazón, el calor y la rigidez de los miembros... Todos están ansiosos en espera de su palabra. Nicomedes cubre de nuevo al enfermo, le sigue mirando, piensa. Luego se vuelve hacia los presentes y dice:

-Es innegable que ha recuperado vigor. Actualmente está mejorado respecto a la última vez que lo he visto. Pero no se hagan ilusiones. Esto es sólo la ficticia mejoría de la muerte. Estoy tan seguro de ello, como estaba seguro de que está a las puertas de la muerte, que, como pueden ver, he vuelto, después de haberme liberado de todos los compromisos, para hacerle menos penosa la muerte, en la medida en que puedo hacerlo... o para ver el milagro si... ¿Ya han hecho aquello?

-Sí, sí, Nicomedes – le interrumpe Marta. Y, para impedirle otras palabras, dice:

-Pero nos habías dicho que... en el plazo de tres días... - Lloro.

-He dicho eso. Soy un médico. Vivo entre agonías y llantos. Pero el estar acostumbrado a escenas de dolor no me ha dado todavía un corazón de piedra. Y hoy... les he preparado... con un plazo bastante largo... e impreciso... Pero mi ciencia me decía que el desenlace era más rápido, y mi corazón mentía por engaño piadoso... ¡Ánimo! ¡Sean fuertes!... Salgan afuera... Nunca se sabe hasta qué punto los moribundos entienden...

Las impele a salir. Ellas salen llorando. Y repite:

-¡Sean fuertes! ¡Sean fuertes!

Junto al moribundo se queda Maximino. También el médico se aleja para preparar unos medicamentos que sirven para hacer menos angustiosa la agonía, que, dice, “preveo muy dolorosa”.

-¡Hazlo vivir! Hazlo vivir hasta mañana. Es casi de noche, ya lo ves, Nicomedes. ¿Qué es para tu ciencia mantener en pie una vida durante menos de un día? ¡Hazle vivir!

-Dómina, yo hago lo que puedo. ¡Pero cuando el estambre se acaba, nada hay que pueda mantener la llama! – responde el médico, y se marcha.

Las dos hermanas se abrazan, llorando desoladas (y la que llora más, ahora, es María; la otra tiene su esperanza en el corazón)... La voz de Lázaro viene de la habitación. Una voz fuerte e imperiosa. Y hace que ellas se sobresalten, porque es una voz inesperada en medio de tanto abatimiento. Las llama:

-¡Marta! ¡María! ¿Dónde están? Quiero levantarme. ¡Vestirme! ¡Decir al Maestro que estoy curado! Tengo que ir donde el Maestro. ¡Un carro! ¡Inmediatamente! Y un caballo rápido. Sin duda es Él el que me ha curado...

Habla rápido, articulando bien las palabras, sentado en la cama encendido de fiebre, tratando de abandonar la cama, e impedido en ello por Maximino, el cual a las mujeres, que entran corriendo, les dice:

-¡Está delirando!

-¡No! Déjalo levantarse. ¡El milagro! ¡El milagro! ¡Oh, me siento feliz de haberlo suscitado! ¡En cuanto Jesús ha tenido noticia! Dios de los padres, bendito seas y alabado por tu poder y por tu Mesías...

Marta, que ha caído de rodillas, está ebria de alegría. Mientras tanto, Lázaro continúa diciendo, cada vez más dominado por la fiebre. (Marta no comprende que es la causa de todo):

-Ha venido muchas veces a mi casa, enfermo. Justo es que yo vaya donde Él para decirle: “Estoy curado”. ¡Estoy curado! ¡Ya no tengo dolores! Estoy fuerte. Quiero levantarme. Ir. Dios ha querido probar mi resignación. Seré llamado el nuevo Job...

Pasa a un tono solemne haciendo amplios gestos:

-“El Señor se conmovió de la penitencia de Job (Job 42, 10-17)... y le aumentó en el doble cuanto había tenido. Y el Señor bendijo los últimos años de Job más aún que los primeros... y él vivió hasta...”. ¡Oh, no, yo no soy Job! Me envolvían las llamas y me sacó de ellas, estaba en el vientre del monstruo y vuelvo a la luz; entonces soy Jonás, y soy los tres muchachos de Daniel...

Llega el médico, avisado por alguno. Le observa:

-Es el delirio. Me lo esperaba. La corrupción de la sangre enciende el cerebro.

Se esfuerza en colocarlo en la cama y recomienda mantenerlo así, y vuelve afuera, a sus tisanas.

Lázaro un poco se inquieta por estar sujeto y un poco llora como un niño: alternativamente.

-Está realmente en estado de delirio – gime María.

-No. Ninguno entiende nada. No saben creer. ¡Eso es! No saben... A esta hora el Maestro sabe que Lázaro está agonizando. Sí. ¡Lo he hecho, María! Lo he hecho sin decirte nada...

-¡Ah, infame! ¡Has destruido el milagro! – grita María.

-¡Que no! Lázaro, tú lo has visto, ha empezado a mejorar en el momento en que Jonás ha llegado donde el Maestro. Está delirando... sí... Está débil y tiene todavía el cerebro obnubilado (*que ve a través de una nube*) por la muerte, que ya lo aprisionaba. Pero no delira como cree el médico... ¡Escúchalo! ¿Son palabras de delirio éstas?

En efecto, Lázaro está diciendo:

-He inclinado la cabeza ante el decreto de muerte y he probado cuán amargo es morir, y Dios se ha considerado satisfecho de mi resignación y me devuelve a la vida y lo mantiene con mis hermanas. Podré seguir sirviendo al Señor y santificarme junto a Marta y María... ¡Con María! ¿Qué es María? María es el don de Jesús para el pobre Lázaro. Me lo había dicho... ¡Cuánto tiempo desde entonces! “El perdón de ustedes más que ninguna otra cosa. Me ayudará”. Me lo había prometido: “Ella será tu alegría”. Y aquel día en que estaba inquieto porque ella había traído su vergüenza aquí, junto al Santo, ¡qué palabras para invitarla al regreso! La Sabiduría y la Caridad se habían unido para tocarle el corazón... ¿Y el otro, que me encontró ofreciéndome por ella, por su redención?... ¡Quiero vivir para gozar de ella redimida! ¡Quiero alabar con ella al Señor! Ríos de lágrimas, deshonor, vergüenza, amargura... todo me penetró y me quitó la vida por causa de ella... ¡Este es el fuego, el fuego, el horno! Vuelve, con el recuerdo... María de Teófilo y de Euqueria, mi hermana, la prostituta. Podía ser reina y se ha hecho barro que hasta el chanco pisotea. Y mi madre muere. Y, no poder ir ya con la gente sin tener que soportar sus burlas. ¡Por ella! ¿Dónde estás, desventurada? ¿Te faltaba el pan, acaso, para venderte como te has vendido? ¿Qué has succionado del pezón de tu nodriza? ¿Tu madre qué te ha enseñado? ¿Lujuria, una? ¿Pecado, la otra? ¡Fuera! ¡Deshonor de nuestra casa!

La voz es un grito. Parece loco.

Marcela y Noemí se apresuran a cerrar herméticamente las puertas y a correr de nuevo las cortinas gruesas para amortiguar las resonancias, mientras el médico, que ha vuelto a la habitación, se esfuerza inútilmente en calmar el delirio, que cada vez se va haciendo más furioso. María, arrojada al suelo como un trapo, solloza bajo la implacable acusación del moribundo, que prosigue:

-Uno, dos, diez amantes. El oprobio de Israel pasaba de unos brazos a otros... Su madre moría, ella se consumía en sus amores indecentes. ¡Bestia feroz! ¡Vampiro! Has succionado la vida a tu madre. Has destruido nuestra alegría. Marta sacrificada por ti: nadie se casa con la hermana de una prostituta. Yo... ¡Ah! ¡Yo! Lázaro, caballero hijo de Teófilo... ¡Me escupían los bandidos de Ofel! “He ahí: cómplice de una adúltera e impura” decían escribas y fariseos, y sacudían sus vestiduras para significar que rechazaban el pecado con que yo estaba manchado por el contacto con ella. “¡Ahí está el pecador! El que no sabe castigar al culpable es culpable como él!” gritaban los rabíes cuando subían al Templo. Y sudaba bajo el fuego de las pupilas sacerdotales... El fuego. ¡Tú! Tú vomitabas el fuego que llevabas dentro. Porque eres un demonio, María. Eres inmunda. Eres la maldición. Tu fuego prendía en todos, porque tu fuego estaba hecho de muchos fuegos, y había, ¡vaya que sí había!, para los lujuriosos, que parecían peces apresados en la red cuando pasabas... ¿Por qué no te maté? Arderé en la Gehenna por haberte dejado vivir destruyendo tantas familias, dando escándalo a mil... ¿Quién dice: “¡Ay de aquel por el que se produce el escándalo!”? ¿Quién lo dice? ¡Ah, el Maestro! ¡Quiero ver al Maestro! ¡Quiero verlo! Para que me perdone. Quiero decirle que no podía matarla porque la amaba... María era el Sol de nuestra casa... ¡Quiero ver al Maestro! ¿Por qué no está aquí? ¡No quiero vivir! Pero sí quiero el perdón por el escándalo que he dado dejando vivir al escándalo. Ya estoy en las llamas. Es el fuego de María. Me ha apresado. A todos apresaba. Para lujuria suya, para odio a nosotros, y para quemarme las carnes a mí. ¡Fuera estas mantas, fuera todo! Estoy en el fuego. Me ha apresado la carne y el espíritu. Estoy perdido a causa de ella. ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Tu perdón! No viene. No puede venir a la casa de Lázaro. Es un estercolero (*lugar de excrementos de animales*) por causa de ella. Entonces... quiero olvidar. Todo. Ya no soy Lázaro. Denme vino. Lo dice Salomón (Proverbios 31, 6-7): “Den vino a los que tienen el corazón afligido. Que beban y olviden su miseria, y no recuerden ya de su dolor”. No quiero recordar. Dicen todos: “Lázaro es rico, es el hombre más rico de Judea”. ¡No es verdad! Todo es paja. No es oro. ¿Y las casas? Nubes. ¿Las viñas, los oasis, los jardines, los olivares? Nada. Engaños. Yo soy Job. No tengo ya nada. Tenía una perla. ¡Hermosa! De infinito valor. Era mi orgullo. Se llamaba María. Ya no la tengo. Soy pobre. El más pobre de todos. El más engañado de todos... También Jesús me ha engañado, porque me había dicho que me la traería de nuevo, y, sin embargo, ella... ¿Dónde está ella? Ahí está. Parece una hetaira (*prostituta griega*) pagana la mujer de Israel, hija de una santa! Semidesnuda, borracha, enloquecida... Y alrededor... con los ojos fijos en el cuerpo desnudo de mi hermana, la jauría de sus amantes... Y ella ríe de ser admirada y deseada así. Quiero expiar mi

delito. Quiero ir por Israel diciendo: “No vayan a casa de mi hermana. Su casa es el camino del infierno y desciende a los abismos de la muerte”. Y luego quiero ir donde ella y pisotearla, porque está escrito (Eclesiástico 9,10): “Toda mujer lasciva será pisoteada como estiércol en el camino”. ¡Oh! ¿Te atreves a presentarte a mí, que muero deshonorado, destruido por ti? ¿a mí, que he ofrecido mi vida como rescate de tu alma, y en vano? ¿Cómo quería que fueras, dices? ¿Cómo quería que fueras para no morir así? Pues te quería como Susana, la casta. ¿Dices que te han tentado? ¿Y no tenías un hermano para que te defendiera? Susana, ella sola, respondió (Daniel 13, 23): “Mejor es para mí caer en sus manos que pecar en la presencia del Señor”, y Dios hizo relucir su candor. Yo habría dicho las palabras contra tus tentadores y te habría defendido. ¡Pero tú... te marchaste! Judit era viuda y vivía en una habitación apartada, ceñido el cilicio (*cinturón con puntas de hierro*) y ayunando, y gozaba de grandísima estima de todos porque temía al Señor, y de ella se canta: “Eres gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de nuestro pueblo, porque has obrado virilmente y tu corazón ha sido fuerte, porque has amado la castidad y después de tu matrimonio no has conocido a otro hombre. Por eso la mano del Señor te ha hecho fuerte y serás bendecida eternamente (Judit 15,10-11)”. Si María hubiera sido como Judit, el Señor me habría curado. Pero no ha podido hacerlo por causa de ella. Por eso no he pedido la curación. No puede haber milagro donde está ella. Pero morir, sufrir, no es nada; una y mil veces más, una y mil muertes, con tal de que ella se salve. ¡Oh! Señor Altísimo! ¡Todas las muertes! ¡Todo el dolor! ¡Pero que María se salve! ¡Gozar de ella una hora, sólo una hora! ¡Gozar de ella santa otra vez, pura como en la infancia! ¡Una hora de esta alegría! Gloriar-me en ella, la flor de oro de mi casa, la gacela primorosa de dulces ojos, el ruiseñor a la caída de la tarde, la amorosa paloma... Quiero ver al Maestro para decirle que lo que quiero es a María, a María. ¡Ven! ¡María! ¡Cuánto dolor tiene tu her-mano, María! Pero, si vienes, si te redimes, mi dolor se hace dulce. ¡Busquen a María! ¡Estoy a las puertas de la muerte! ¡María! ¡Alumbren! Aire... Yo... Me ahogo... ¡Oh, qué cosa siento!...

El médico hace un gesto y dice:

-Es el final. Después del delirio el sopor y luego la muerte. Pero puede volver a la lucidez. Acérquense. Tú especialmente. Le será motivo de alegría – y colocado de nuevo Lázaro, agotado después de tanta agitación, se acerca a María, que ha estado todo este tiempo llorando en el suelo y diciendo entre gemidos: “¡No dejen que siga!”. La levanta y la conduce al pie de la cama.

Lázaro ha cerrado los ojos. Pero debe sufrir atrocemente. Todo él es estremecimiento y contracción. El médico trata de socorrerlo con jarabes... Pasan así un tiempo.

Lázaro abre los ojos. Parece desmemoriado de lo que ha sucedido antes, pero está en sí. Sonríe a sus hermanas y trata de cogerles las manos y responder a sus besos. Palidece mortalmente. Gime:

-Tengo frío...

Le castañetean los dientes. Trata de cubrirse hasta la boca. Gime:

-Nicomedes, ya no resisto estos dolores. Los lobos me arrancan la carne de las piernas y me devoran el corazón. ¡Cuánto dolor! Y, si así es la agonía, ¿qué será la muerte? ¿Qué voy a hacer? ¡Si tuviera aquí al Maestro! ¿Por qué no me lo han traído? Habría muerto feliz en su pecho...

Llora. Marta mira a María severamente. María comprende esa mirada y, todavía abatida por el delirio de su hermano, cae en el remordimiento y, inclinándose, arrodillada como está contra la cama, besando la mano de su hermano, gime:

-Soy yo la culpable. Marta quería hacerlo desde hace ya dos días. Yo no he querido. Porque Él nos había dicho que le avisáramos sólo después de tu muerte. ¡Perdóname! Yo te he dado todo el dolor de la vida... Y, no obstante, te he amado y te amo, hermano. Después del Maestro, tú eres la persona a quien más amo; y Dios ve que no miento. Dime que me absuelves del pasado, dame paz...

-¡Dómina! (*Dama*) – interviene el médico – El enfermo no tiene necesidad de emociones.

-Es verdad. Dime que me perdonas el haberte negado a Jesús...

-¡María! Por ti Jesús ha venido aquí... y viene por ti... porque tú has sabido amar...más que ningún otro... Me has amado más que ningún otro... Una vida... de delicias no me habría dado la... alegría que he gozado por ti... Te bendigo... Te digo... que has hecho bien... en obedecer a Jesús... Yo no sabía eso... Sé... Digo... está bien... ¡Ayúdenme a morir!... Noemí... tú, en el pasado, eras capaz de... hacerme dormir... Marta... bendita... paz mía... Maximino... con Jesús. También... por mí... mi parte... para los pobres... a Jesús... para los pobres... Y perdonen... a todos... ¡Ah, qué espasmos!... ¡Aire!... Luz... Todo tiembla... Tienen como una luz en torno a ustedes y me ciega si... los miro... Hablen... fuerte...

Ha puesto la mano izquierda en la cabeza de María y dejado desmayada la derecha entre las manos de Marta. Jadea... Lo alzan con precaución añadiendo almohadas. Nicomedes le hace sorber todavía otras gotas de jarabe. La pobre cabeza, mortalmente relajada, se hunde y cuelga. Toda la vida está en la respiración. No obstante, abre los ojos y mira a María, que le sujeta la cabeza, y le sonríe diciendo:

-¡Mamá! ¡Ha vuelto!... ¡Mamá! ¡Habla! Tu voz... Tú sabes... el secreto... de Dios... ¿He servido... al Señor?

María, con voz blanca por la pena, susurra:

-El Señor te dice: “Ven conmigo, siervo bueno y fiel, porque has escuchado todas mis palabras y has amado al Verbo que he enviado”.

-¡No oigo! ¡Más fuerte!

María repite más fuerte...

-¡Es verdaderamente mamá!... – dice satisfecho Lázaro, y abandona la cabeza en el hombro de su hermana. Ya no habla. Sólo gemidos y temblores convulsos, sólo sudor y estertores. Ya insensible respecto a la Tierra, a los sentimientos, se hunde en la oscuridad cada vez más absoluta de la muerte. Los párpados descienden sobre los ojos vidriosos en que brilla la última lágrima.

-¡Nicomedes! ¡Se entumece! Se pone frío!... – dice María.

-Dómina, para él la muerte es un alivio.

-¡Manténlo en la vida! Mañana, sin duda, estará aquí Jesús. Se habrá puesto en camino enseguida. Quizás ha tomado el caballo del criado, u otra cabalgadura – dice Marta. Y vuelta hacia su hermana:

-¡Oh, si me hubieras dejado enviar aviso antes!- Luego al médico: -¡Haz que viva! -impone convulsa.

El médico abre los brazos. Prueba con unos tónicos. Pero Lázaro ya no deglute. El estertor aumenta. Es acongojante.

-¡No se puede ya soportar oírlo! – gime Noemí.

-Sí. Tiene una larga agonía... - asiente el médico.

Pero, casi no ha terminado de decir esto y, con una convulsión de todo el cuerpo, que se arquea y luego cae, Lázaro exhala el último suspiro. Las hermanas gritan... al ver esa convulsión; gritan al ver ese abatimiento. María llama a su hermano besándolo; Marta se agarra al médico, que se inclina sobre el muerto y dice:

-Ha expirado. Ya es demasiado tarde para esperar a que suceda el milagro. Ya no hay espera. ¡Demasiado tarde!... Yo me marchó, señoras. Ya no hay motivo para que siga aquí. Apresúrense en los funerales, porque ya está descompuesto.

Baja los párpados del muerto y, observándolo, dice todavía esto:

-¡Qué pena! Era un hombre virtuoso e inteligente. ¡No debía haber muerto!

Se vuelve hacia las hermanas, se inclina, se despide:

-¡Dómine, salve! (*Damas, las saludo*) – y se marcha.

Los llantos llenan la habitación. María, ya sin fuerzas, se deja caer sobre el cuerpo de su hermano gritando sus remordimientos, invocando su perdón. Marta llora en los brazos de Noemí. Luego María grita:

-¡No has tenido fe! ¡Ni obediencia! ¡Yo lo maté antes, tú ahora; yo, pecando; tú, desobedeciendo!

Está como fuera de sí. Marta la levanta, la abraza, se excusa. Maximino, Noemí, Marcela tratan de inducir a las dos a entrar en razón y a resignarse. Y lo logran recordando a Jesús...El dolor se hace más ordenado, y, mientras la habitación se llena de domésticos que lloran, mientras entran los encargados de la preparación del cadáver, las dos hermanas son conducidas a otro lugar a llorar su dolor. Maximino, que las guía, dice:

-Ha expirado al concluir la segunda vigilia de la noche.

Y Noemí:

-Mañana habrá que darle sepultura, y pronto, antes de la puesta del Sol, porque viene el sábado.

Dijeron que el Maestro quería grandes honores...

-Sí, Maximino. Ocupate tú de todo eso. Yo estoy aturdida – dice Marta.

-Me retiro para enviar a criados a la gente cercana o lejana, y para dar todas las demás indicaciones- dice Maximino, y se retira.

Las dos hermanas, abrazadas, lloran. Ya no se echan culpas la una a la otra. Lloran. Tratan de consolarse... Pasan las horas. El muerto está preparado en su habitación. Una larga forma envuelta en vendas bajo el sudario.

-¿Por qué ya cubierto así? – exclama Marta con tono de reproche.

-Señora... Hedía mucho por la nariz, y al moverlo ha arrojado sangre corrompida –se excusa un doméstico anciano.

Las hermanas lloran intensamente. Lázaro está ya más lejos bajo esas vendas... Otro paso en la lejanía de la muerte. Lo velan con lágrimas hasta el alba, hasta que regresa del otro lado del Jordán el criado; este criado que se queda anonadado, pero que, no obstante, informa de la veloz carrera que ha realizado para llevar la respuesta de que Jesús va.

-¿Ha dicho que viene? ¿No ha hecho ningún reproche? – pregunta Marta.

-No, señora. Ha dicho: “Iré. Diles que iré y que tengan fe”. Y antes había dicho: “Diles que estén tranquilas. No es una enfermedad de muerte, sino que es para gloria de Dios, para que su poder sea glorificado en su Hijo”.

-¿Ha dicho exactamente eso? ¿Estás seguro de ello? – pregunta María.

-¡Señora, durante todo el camino he venido repitiendo las palabras!

-Márchate, márchate. Estás cansado. Has hecho todo bien. ¡Pero ya es demasiado tarde!... –suspira Marta, y rompe a llorar ruidosamente en cuanto se queda con su hermana.

-¡Marta! ¿Por qué?

-¡Oh, además de la muerte la desilusión! ¡María! ¡María! ¿No piensas en que esta vez el Maestro se ha equivocado? Mira a Lázaro. ¡Está bien muerto! Hemos esperado más allá de lo creíble y no ha servido. Cuando le he mandado el aviso –me habré equivocado, no digo que no- Lázaro estaba ya más muerto que vivo. Y nuestra fe no ha recibido fruto ni premio. ¡Y el Maestro envía el mensaje de que no es enfermedad de muerte! ¿Es que el Maestro ya no es la Verdad? Ya no es... ¡Oh! ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo está terminado!

María se retuerce las manos. No sabe qué decir. La realidad es realidad... Pero no habla. No dice una palabra contra su Jesús. Lloro, verdaderamente agotada. Marta tiene un pensamiento obsesivo en su corazón, el de haber tardado demasiado:

-Es por culpa tuya – dice en tono de reproche – Jesús quería probar nuestra fe así. Obedecer, sí. Pero también desobedecer por fe y demostrarle que creíamos que sólo Él podía y debía hacer el milagro. ¡Pobre hermano mío! ¡Y cuánto ha deseado su presencia! Al menos esto: ¡verlo! ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

Y el llanto se transforma en grito, al que hacen coro tras la puerta los gritos de las criadas y de los criados, según la costumbre oriental...

545

El criado de Betania refiere a Jesús el mensaje de Marta.

Anochece cuando el criado, remontando las zonas boscosas del río, espolea al caballo, humoso de sudor, para que supere el desnivel que en ese punto hay entre el río y el camino del pueblo. Los lomos del pobre animal palpitan por la carrera veloz y larga. El pelaje negro está todo mojado de sudor, la espuma del bocado ha salpicado el pecho de blanco; resopla arqueando el cuello y moviendo la cabeza. Ahí está, ya en el caminito. Pronto llega a la casa. El criado pone pie en tierra de un salto, ata el caballo a la cerca y llama. Por la parte de atrás de la casa se asoma la cabeza de Pedro, y su voz un poco áspera pregunta:

-¿Quién llama? El Maestro está cansado. Hace muchas horas que no goza de tranquilidad. Es casi de noche. Vuelva mañana.

-No quiero nada del Maestro. Estoy sano y sólo tengo que darle un mensaje.

Pedro se acerca diciendo:

-¿Y de parte de quién, si se puede preguntar? Sin un seguro reconocimiento, no dejo pasar a nadie, y menos a uno que huele a Jerusalén, como tú.

Se ha acercado lentamente, más desconfiado por la belleza del caballo negro ricamente ensillado que por el hombre. Pero cuando está justo frente a frente de éste reacciona con asombro:

-¿Tú? ¿Pero tú no eres un criado de Lázaro?

El criado no sabe qué decir. Su señora le ha dicho que hable sólo con Jesús. Pero el apóstol parece bien decidido a no dejarlo pasar. El nombre de Lázaro – él lo sabe – es influyente ante los apóstoles. Se atreve a decir:

-Sí. Soy Jonás, criado de Lázaro. Debo hablar con el Maestro.

-¿Está mal Lázaro? ¿Te envía él?

-Está mal, sí. Pero no me hagas perder tiempo. Debo regresar lo antes posible.

Y para que Pedro se decida dice:

-Han estado los miembros del Sanedrín en Betania...

-¡Los miembros del Sanedrín! ¡Pasa! ¡Pasa! – y abre la puerta mientras dice:

-Retira el caballo. Ahora le damos de beber y hierba, si quieres.

-Tengo forraje. Pero un poco de hierba no vendrá mal. El agua después. Le sentaría mal.

Entran en la habitación grande donde están las camas. Atan al animal en un rincón para tenerlo resguardado del aire; el criado lo cubre con la manta que iba atada a la silla, le da el forraje y la hierba que Pedro ha cogido de no sé dónde. Luego vuelven afuera. Pedro lleva al criado a la cocina y le da un vaso de leche caliente tomada de una olla que está puesta al fuego, en vez del agua que había pedido.

Mientras el criado bebe y se repone junto al fuego, Pedro, que es heroico en no hacer preguntas curiosas, dice:

-La leche es mejor que el agua que querías. ¡Y dado que la tenemos...! ¿Has hecho todo el camino en una etapa?

-Todo en una etapa. Y lo mismo haré a la vuelta.

-Estarás cansado. ¿Y el caballo te resistió?

-Espero que resista. Además, a la vuelta no voy a galopar como cuando he venido.

-Pero pronto será de noche. Empieza ya a alzarse la Luna... ¿Qué vas a hacer con el río?

-Espero llegar al río antes de que se ponga la Luna. Si no, esperaré en el bosque hasta el alba. Pero llegaré antes.

-¿Y después? El camino desde el río hasta Betania es largo. Y la Luna se pone pronto. Está en sus primeros días.

-Tengo un buen farol. Lo enciendo y voy despacio. Por muy despacio que vaya, me iré acercando a casa.

-¿Quieres pan y queso? Tenemos. Y también pescado. Lo he pescado yo. Porque hoy me he quedado aquí; yo y Tomás. Pero ahora Tomás ha ido por el pan a casa de una mujer que nos ayuda.

-No. No te prives tú de ninguna cosa. He comido por el camino. Lo que tenía era sed, y también necesidad de algo caliente. Ahora estoy bien. Pero ¿vas a avisar al Maestro? ¿Está en casa?

-Sí, sí. Si no hubiera estado te lo habría dicho inmediatamente. Está allí, descansando. Porque viene mucha gente aquí... Tengo miedo incluso de que la cosa tenga resonancia y se presenten los fariseos a molestar. Toma un poco más de leche. Total, tendrás que dejar comer al caballo... y que dejarlo descansar: sus lomos palpitaban como una tela mal tensada...

-No. Ustedes necesitan la leche. Son muchos.

-Sí. Pero nosotros, que estamos fuertes – menos el Maestro, que habla tanto que tiene el pecho cansado, y los más viejos – comemos cosas que hagan trabajar a los dientes. Toma. Es de las ovejitas que dejó el anciano. La mujer, cuando estamos aquí, nos la trae. Pero si queremos más, todos nos la dan. Aquí nos estiman y nos ayudan. Y dime: ¿eran muchos los miembros del Sanedrín?

-¡Casi todos! Y, con ellos, otros: saduceos, escribas, fariseos, judíos de alto rango, algún herodiano...

-¿Y qué ha ido a hacer esa gente a Betania? ¿Estaba José con ellos? ¿Nicodemo estaba?

-No. Habían venido antes. Y también Manahén había venido. Éstos no eran de los que aman al Señor.

-¡Bien lo creo! ¡Son tan pocos los miembros del Sanedrín que lo estiman! ¿Pero qué cosa querían en concreto?

-Al entrar dijeron que saludar a Lázaro...

-¡Mmm! ¡Qué amor más extraño! ¡Siempre lo han marginado, por muchas razones!... ¡Bien!... Vamos a suponerlo... ¿Han estado allí mucho tiempo?

-Bastante. Y se marcharon inquietos. Yo no soy criado de la casa, y por eso no servía a las mesas; pero los otros que estaban dentro sirviendo dicen que hablaron con las señoras y que querían ver a Lázaro. Fue a ver a Lázaro Elquías y...

-¡Buen elemento!... – susurra Pedro entre dientes.

-¿Qué has dicho?

-¡Nada, nada! Sigue. ¿Y habló con Lázaro?

-Creo que sí. Fue con María. Pero luego, no sé por qué... María se irritó, y los criados, que estaban alerta en las habitaciones contiguas para acudir enseguida, dicen que los ha echado de casa como a perros...

-¡Viva ella! ¡Eso es lo que hace falta! ¿Y te han mandado a decirlo?

-No me hagas perder más tiempo, Simón de Jonás.

-Tienes razón. Ven.

Lo guía hacia una puerta. Llama. Dice:

-Maestro, ha venido un criado de Lázaro. Quiere hablar contigo.

-Que pase – dice Jesús.

Pedro abre la puerta, invita al criado a pasar, cierra, se retira y va, meritoriamente, junto al fuego a mortificar su curiosidad.

Jesús, sentado en el borde de su cama, en el pequeño cuarto donde apenas hay espacio para la cama y la persona que está en él – cuarto que antes era, sin duda, una despensa de víveres, porque todavía tiene ganchos en las paredes y tablas apoyadas en estacas- mira sonriente al criado, que se ha arrodillado. Lo saluda:

-La paz sea contigo.

Luego añade:

-¿Qué nuevas me traes? Levántate y habla.

-Me mandan mis señoras, a decirte que vayas enseguida a su casa, porque Lázaro está muy enfermo y el médico dice que va a morir. Marta y María te lo suplican, y me ha enviado a decirte: “Ven, porque sólo Tú lo puedes curar”.

-Diles que estén tranquilas. Ésta no es una enfermedad que cause la muerte, sino que es gloria de Dios para que su potencia sea glorificada en el Hijo suyo.

-¡Pero está muy grave, Maestro! Su carne se corrompe y él ya no se alimenta. He deslomado el caballo para llegar más rápido...

-No importa. Es como Yo digo.

-¿Pero vas a ir?

-Iré. Diles a ellas que iré y que tengan fe. Una fe absoluta. ¿Has comprendido? Ve. Paz a ti y a quien te envía. Te repito: “Que tengan fe. Absoluta”. Ve.

El criado saluda y se retira.

Pedro inmediatamente se acerca a él.

-Lo has dicho en poco tiempo. Creía que fueran largas palabras...

Lo mira, lo mira... El deseo de saber transpira por todos los poros de la cara de Pedro. Pero se contiene...

-Me marcho. ¿Me das agua para el caballo? Luego me marcharé.

-Ven. ¡Agua!... Tenemos todo un río para dártela, además del pozo para nosotros – y Pedro, provisto de una luz, le precede y le da el agua que ha pedido.

Dan de beber al caballo. El criado quita la manta, observa las herraduras, la cincha, las bridas, los estribos. Explica:

-¡He corrido mucho! Pero todo está en orden. Adiós, Simón Pedro, y ora por nosotros.

Saca fuera al caballo. Sujetándolo por las bridas, sale al camino, pone un pie en el estribo, hace ademán de montar en la silla. Pedro lo retiene poniéndole una mano en el brazo, y dice:

-Sólo quiero saber esto: ¿Aquí hay peligro para Él?, ¿han mencionado esta amenaza? ¿querían saber por las hermanas dónde estábamos? ¡Dilo en nombre de Dios!

-No, Simón. No. No se ha hablado de esto. Han venido por Lázaro. Nosotros sospechábamos que era para ver si estaba el Maestro y si Lázaro estaba leproso, porque Marta gritaba fuerte que no estaba leproso, y lloraba... Adiós, Simón. Paz a ti.

-Y a ti y a tus señoras. Que Dios te acompañe en tu regreso a casa...

Lo mira mientras se marcha... hasta que desaparece, pronto, en el fondo del camino, porque el criado, antes que el sendero oscuro del bosque que sigue la orilla del río, prefiere tomar el camino principal, claro con el blancor de la Luna. Se queda pensativo. Luego cierra la puerta y vuelve a casa.

Va donde Jesús, que sigue sentado en la cama, teniendo las manos apoyadas en el borde, absorto. Pero reacciona al sentir cerca a Pedro, que lo mira interrogativamente. Le sonríe.

-¿Sonríes, Maestro?

-Te sonrío a ti, Simón de Jonás. Siéntate aquí, cerca de Mí. ¿Han vuelto los otros?

-No, Maestro. Tomás tampoco. Habrá encontrado ocasión de hablar.

-Eso está bien.

-¿Está bien que hable? ¿Está bien que tarden los demás? Él habla incluso demasiado. ¡Siempre está alegre! ¿Y los otros? Estoy siempre preocupado hasta que regresan. Siempre tengo temor yo.

-¿De qué, Simón mío? No sucede nada malo por ahora, créelo. Tranquilízate e imita a Tomás, que está siempre alegre. Tú, sin embargo, de un tiempo a esta parte, estás muy triste.

-¡Hombre, claro, ¿y quién te quiere y no lo está?! Yo ya soy viejo, y reflexiono más que los jóvenes. También ellos te quieren, pero son jóvenes y piensan menos... De todas formas, si alegre te agrado más, lo estaré; me esforzaré en estarlo. Pero para poder estarlo dame al menos una cosa que me dé motivo para ello. Dime la verdad, mi Señor. Te lo pido de rodillas (y, efectivamente, se arrodilla). ¿Qué te ha dicho el criado de Lázaro? ¿Que te buscan? ¿Que quieren causarte algún mal? ¿Qué...?

Jesús pone la mano en la cabeza de Pedro:

-¡No, hombre, no, Simón! Ninguna de esas cosas. Ha venido a decirme que Lázaro se ha agravado mucho, y no hemos hablado de nada sino de Lázaro.

-¿Nada, nada?

-Nada, Simón. Y he respondido que tengan fe.

-Pero, en Betania han estado los del Sanedrín, ¿lo sabes?

-¡Es natural! La casa de Lázaro es una casa importante. Y la costumbre nuestra prevé estos honores a una persona influyente que está muriendo. No te intranquilices, Simón.

-¿Pero estás seguro de que no han aprovechado esta disculpa para...?

-Para ver si estaba Yo allí. Bueno, pues no me han encontrado. ¡Ánimo!, no estés tan asustado como si ya me hubieran capturado. Vuelve aquí, a mi lado, pobre Simón que de ninguna forma quieres

convencerte de que a Mí no me puede suceder nada malo hasta el momento decretado por Dios, y que en ese momento... nada servirá para defenderme del Mal...

Pedro se le enrosca al cuello y le tapa la boca besándolo en ella y diciendo:

-¡Calla, calla! ¡No me digas estas cosas! ¡No quiero oír! (repetimos que el beso en la boca en Israel entre varones no era algo degenerativo ni desviacionista sino usual, costumbrista, igual que actualmente se hace en países de Europa, Rusia entre ellos).

Jesús logra librarse lo suficiente como para poder hablar, y susurra:

-¡No las quieres oír! ¡Éste es el error! Pero soy indulgente contigo... Mira, Simón- Dado que aquí estabas sólo tú, de todo lo sucedido, sólo tú y Yo debemos tener noticia. ¿Me entiendes?

-Sí, Maestro. No hablaré con ninguno de los compañeros.

-¡Cuántos sacrificios! ¿No es verdad, Simón?

-¿Sacrificios? ¿Cuáles? Aquí se está bien. Tenemos lo necesario.

-Sacrificio de no preguntar, de no hablar, de soportar a Judas... de estar lejos de tu lago... Pero Dios te recompensará por todo ello.

-¡Si te refieres a eso!... En vez del lago, tengo el río y... me arreglo para que me baste. Respecto a Judas... te tengo a Ti, que me compensas plenamente... ¡Por las otras cosas!... ¡Menudencias! Y me sirven para ser menos tosco y más semejante a Ti. ¡Qué feliz me siento de estar aquí Contigo! ¡Entre tus brazos! El palacio de César no me parecería más hermoso que esta casa, si pudiera estar en ella siempre así, entre tus brazos.

-¿Qué sabes tú del palacio de César! ¿Acaso lo has visto?

-No, y no lo veré nunca. Pero no tengo particular interés por verlo. De todas formas, supongo que será grande, hermoso, que estará lleno de objetos hermosos... y también de inmundicia. Como toda Roma, me imagino. ¡No estaría allí ni aunque me cubrieran de oro!

-¿Dónde? ¿En el palacio de César o en Roma?

-En ninguno de los dos sitios. ¡Lugares de maldición!

-Precisamente por serlo, hay que evangelizarlos.

-¿Y qué pretendes hacer en Roma? ¡Es un completo prostíbulo! No hay nada que hacer allí, a menos que vayas Tú. ¡Entonces!...

-Iré. Roma es cabeza del mundo. Conquistada Roma, está conquistado el mundo.

-¿Vamos a Roma? ¡Te proclamas rey allí! ¡Oh, misericordia y poder de Dios! ¡Esto es un milagro!

Pedro se ha puesto de pie y está con los brazos levantados frente a Jesús, que sonríe y le responde:

-Yo iré en mis apóstoles. Ustedes me la conquistarán. Y Yo estaré con ustedes. Pero allí hay alguien. Vamos, Pedro.

La noticia de la muerte de Lázaro debe haber hecho el efecto que produce el hurgar con un palo dentro de una colmena. Toda Jerusalén habla de ello. Personalidades del lugar, mercaderes, gente humilde, pobres, gente de la ciudad, de los campos cercanos, forasteros de paso – pero no completamente nuevos en el lugar-, extranjeros que están allí por primera vez, y que preguntan que quién es ése cuya muerte es motivo de tal manifestación popular, romanos, legionarios, gente de la administración pública, levitas, sacerdotes... que se reúnen y se separan continuamente corriendo acá o allá... Grupos de gente que con distintas palabras y expresiones hablan de este hecho. Y hay quien alaba, quien llora, quien se siente más mendigo que de costumbre ahora que ha muerto el benefactor; hay quien gime: “No volveré a tener nunca más un jefe como él”; hay quien enumera sus méritos y quien da datos sobre su patrimonio y parentela, sobre los servicios y los cargos del padre y sobre la belleza y riqueza de la madre y su nacimiento “propio de una reina”; y hay quien, por desgracia, evoca también páginas familiares sobre las cuales sería bonito correr un velo, especialmente cuando hay de por medio un muerto que por aquéllas ha sufrido...

Las noticias más heterogéneas sobre la causa de la muerte, sobre el lugar del sepulcro, sobre la ausencia de Cristo de la casa de su gran amigo y protector, precisamente en aquella circunstancia... Todo esto hace hablar a los grupos de gente. Y las opiniones que predominan son dos: una, la de que esto ha sucedido, es más: ha sido producido, por la mala actitud de los judíos, Ancianos del Sanedrín, fariseos y otros semejantes, contra el Maestro; otra, la de que el Maestro, teniendo de frente una verdadera enfermedad mortal, se ha desaparecido porque aquí sus engaños no habrían salido triunfadores. No hace falta ser muy agudos para comprender de qué fuente proviene esta última opinión, que sulfura a muchos, que replican: “¿Tú también eres fariseo? Si lo eres, ¡ojo, porque delante de nosotros no se blasfema contra el Santo! ¡Malditas víboras nacidas de hienas unidas con Leviatán! ¿Quién les paga para blasfemar contra el Mesías?”

Y en las calles se oyen discusiones, insultos, y se asiste a algún puñetazo incluso, y a mordaces improperios a los pomposos fariseos y escribas que pasan con aires de dioses sin conceder ni una mirada a la gente que vocifera a favor de ellos o contra ellos, a favor del Maestro o contra Él. Y se oyen acusaciones. ¡Cuántas acusaciones!

-¡Éste dice que el Maestro es un falso! Sin duda, es uno que ha echado esa guata con el dinero que le han dado esas serpientes que acaban de pasar.

-¿Con su dinero? ¡Con el nuestro, debes decir! ¡Nos chupan la sangre para estas cosas tan interesantes! Pero, ¿dónde está éste? Quiero ver si es uno de los que ayer han venido a decirme...

-Ha huido. ¡Viva Dios que aquí debemos unirnos y actuar! ¡Son demasiado descarados!

Otra conversación:

-Te he oído y te conozco. ¡Diré cómo hablas del supremo tribunal a quien debo decírselo!

-Soy del Cristo y la baba del demonio no me daña. Díselo también a Anás y Caifás, si quieres, y que sirva para hacerlos más justos.

Y, más allá:

-¿A mí? ¿A mí me llamas perjuro y blasfemo por seguir al Dios vivo? Tú sí que eres perjuro y blasfemo, tú que lo ofendes y lo persigues. Te conozco, ieh! Te he visto y he oído. ¡Espía! ¡Vendido! ¡Vengan a echarle mano a éste... - y, mientras tanto, empieza a darle a un judío unas cachetadas tales, que le ponen roja la cara huesuda y verdinosa.

-¡Cornelio, Simeón, miren! Me están pegando – dice, dirigiéndose a un grupo de miembros del Sanedrín, otro que está más allá.

-Soporta por la fe y no te ensucies los labios ni las manos en víspera de un sábado – responde uno de los llamados, sin siquiera volverse a mirar al desdichado contra el que un grupo de gente del pueblo ejerce una rápida justicia...

Las mujeres llaman a sus maridos con gritos, con súplicas, para que no se comprometan. Los legionarios patrullan, abriéndose paso con sendos (*uno para cada cual*) golpes de asta y amenazando arrestos y castigos.

La muerte de Lázaro, que es el hecho principal, es el motivo para pasar a hechos secundarios, desahogo de la larga tensión que hay en los corazones... Los miembros del Sanedrín, los Ancianos, los escribas, los saduceos, los judíos influyentes, pasan con expresión de indiferencia, con aire socarrón, como si toda esa explosión de pequeñas iras, de venganzas personales, de nerviosismo, no tuviera la raíz en ellos. Y a medida que van pasando las horas va creciendo la agitación y los corazones se van encendiendo cada vez más.

-Éstos dicen- ¡fíjense!- que el Cristo no puede curar a los enfermos. Yo estaba leproso y ahora estoy sano. ¿Los conocen a éstos? No soy de Jerusalén, pero nunca los he visto entre los discípulos del Cristo de dos años a esta parte.

-¿Éstos? ¡Déjame que vea a ése del medio! ¡Ah, vil bandido! Éste es el que la pasada Luna me vino a ofrecer dinero en nombre del Cristo diciendo que Él paga a una serie de hombres para apoderarse de Palestina. Y ahora dice... ¿Pero por qué lo has dejado huir?

-¿Te das cuenta? ¡Qué granujas! ¡Y poco faltó para engañarme! Tenía razón mi suegro. Ahí está José el Anciano, y Juan y Josué. Vamos a preguntarles si es verdad que el Maestro quiere formar ejércitos. Ellos son justos, y además saben.

Se acercan, rápidamente y en masa, a los tres miembros del Sanedrín. Exponen su pregunta.

-Márchense a casa, hombres. Por las calles se peca y se causa daño. No polemicen. No se alarmen. Océpanse de sus cosas y sus familias. No presten oídos a agitadores de gente ilusa, ni dejen que les forjen falsas ilusiones. El Maestro es un maestro, no un guerrero. Ustedes lo conocen. Y lo que piensa lo dice. No les habría enviado a otros a decirles que lo siguieran como guerreros, si hubiera querido que lo fueran. No le perjudiquen a Él, ni se perjudiquen a ustedes mismos ni perjudiquen a su Patria. ¡A casa, hombres! ¡A casa! No hagan lo que ya de por sí es una desventura, la muerte de un justo, una serie de desventuras. Vuelvan a las casas y oren por Lázaro, benefactor de todos – dice José de Arimatea, que debe ser muy estimado y escuchado por el pueblo, que lo conoce como justo. También Juan, el que estuvo celoso, dice:

-Es hombre de paz, no de guerra. No presten oídos a los falsos discípulos. Recuerden lo distintos que eran los otros que se presentaban como Mesías. Recuerden, comparen, y su justicia les dirá que esas incitaciones a la violencia no pueden venir de Él. ¡A casa! ¡A casa! Con las mujeres, que lloran, y con los niños, que están asustados. Está escrito: “¡Ay de los violentos y de los que favorecen los litigios!”.

Un grupo de mujeres, llorando, se acerca a los tres miembros del Sanedrín. Una de ellas dice:

-Los escribas han amenazado a mi marido. ¡Tengo miedo! José, háblales tú.

-Lo haré. Pero que tu marido sepa guardar silencio. ¿Piensan que hacen un bien al Maestro con estos alborotos, y que honran al difunto? Se equivocan. Perjudican al Uno y al otro – responde José- y las deja para dirigirse hacia Nicodemo, que, seguido por los criados, viene por una calle.

-No esperaba verte, Nicodemo. Yo mismo no sé cómo he podido. El criado de Lázaro ha venido, pasado el galicinio (*justo antes del amanecer*) a darme noticia de la desgracia.

-Y a mí más tarde. Me he puesto en camino inmediatamente. ¿Sabes si en Betania está el Maestro?

-No, allí no. Mi intendente de Beceta ha estado allí en la hora de tercera (9 a.m) y me ha dicho que no está.

-Hay una cosa que no comprendo... ¿Cómo... a todos el milagro y a él no? – exclama Juan.

-Quizás porque a esa casa le ha dado ya más que una curación: ha redimido a María y ha restituído la paz y el honor... - dice José.

-¡Paz y honor! De los buenos a los buenos. Porque muchos... no han dado ni dan honor, ni siquiera ahora que María... Ustedes no lo saben... Hace tres días estuvieron allí Elquías y muchos otros... y no dieron ningún honor. María los echó de casa. Me lo dijeron furiosos. Y yo dejé hablar para no descubrir mi corazón... - dice Josué.

-¿Y ahora van a ir a los funerales? – pregunta Nicodemo.

-Han recibido el aviso y se han reunido en el Templo para debatir este asunto. ¡Los criados han tenido que correr mucho esta mañana al amanecer!

-¿Por qué tan rápido el funeral? ¡Inmediatamente después de la hora sexta (*mediodía*)!...

-Porque Lázaro estaba ya descompuesto en el momento de su muerte. Me ha dicho mi administrador que, a pesar de las resinas que arden en las habitaciones y los aromas vertidos encima del muerto, el hedor del cadáver se percibe ya desde la entrada de la casa. Y además con el ocaso empieza el sábado. No era posible de otra manera.

-¿Y dices que se han reunido en el Templo? ¿Para qué?

-Bueno... la verdad es que la reunión ya estaba anunciada para examinar la cuestión de Lázaro. Quieren decir que estaba leproso... - dice Josué.

-Eso no. Él habría sido el primero que se habría aislado, según la Ley. – dice en tono de defensa, José. Y añade: He hablado con su médico. Lo ha excluído rotundamente. Estaba enfermo de una consunción (*destrucción*) pútrida (*podrida*).

-Pues si Lázaro estaba ya muerto, ¿de qué han discutido? – pregunta Nicodemo.

-De si ir o no a los funerales, después de que María los había echado de casa. Unos sí que querían, otros no. Pero la mayoría quería ir, por tres motivos: la primera razón, común a todos, es ver si está el Maestro; la segunda razón es ver si hace el milagro; tercera razón es el recuerdo de recientes palabras del Maestro a los escribas a la orilla del Jordán en la zona de Jericó – explica Josué.

-¡El milagro! ¿Cuál, si ya está muerto? – pregunta Juan encogiéndose de hombros, y termina: ¡Siempre iguales!... ¡Buscadores de lo imposible!

-El Maestro ha resucitado a otros muertos – observa José.

-Es verdad. Pero si hubiera querido mantenerlo vivo no lo habría dejado morir. Tu razón de antes es válida. Ellos ya han recibido.

-Sí. Pero Uziel se ha acordado, y también Sadoq, de un desafío de hace muchas Lunas. El Cristo dijo que daría la prueba de saber recomponer incluso un cuerpo descompuesto. Y Lázaro está en esa situación. Y Sadoq, el escriba, dice también que, a orillas del Jordán, el Rabí, motu proprio (*espontáneamente*) le dijo que con la nueva Luna vería cumplirse la mitad del desafío. Esta mitad: la de uno que, en estado de descomposición, revive, y ya sin estado de descomposición ni enfermedad. Y han vencido ellos. Si ello sucede, es, sin duda, porque está el Maestro. Y también, si ello sucede, ya no hay duda sobre Él.

-Con tal de que no sea para mal... - susurra José.

-¿Para mal? ¿Por qué? Los escribas y fariseos se convencerán...

-¡Juan! ¿Pero es que eres un extranjero para decir éso? ¿No conoces a tus paisanos? ¿Pero cuándo los ha hecho santos la verdad? ¿No te dice nada el hecho de que a mi casa no hayan llevado la invitación para la asamblea?

-Tampoco a la mía. Dudan de nosotros y frecuentemente nos excluyen- dice Nicodemo. Y pregunta: ¿Estaba Gamaliel?

-Su hijo. Irá en lugar de su padre, que está enfermo en Gamala de Judea.

-¿Y qué decía Simeón?

-Nada. Nada de nada. Ha escuchado. Se ha marchado. Hace poco ha pasado con unos discípulos de su padre, iba hacia Betania.

Están casi en la puerta que se abre en el camino de Betania. Juan exclama:

-¡Mira! Está vigilada. ¿Por qué será? Y paran a los que salen.

-La ciudad está revuelta...

-¡No es una agitación de las más fuertes!...

Llegan a la puerta y los paran como a todos los demás.

-¿La razón de esto, soldado? Toda la Antonia me conoce, y de mí no pueden decir nada malo. Los respeto y respeto sus leyes – dice José de Arimatea.

-Orden del centurión. El Prefecto está para entrar en la ciudad y queremos saber quién sale por las puertas, y especialmente por ésta que da al camino de Jericó. Nosotros te conocemos. Pero conocemos también su humor respecto a nosotros. Tú y los tuyos pasen. Y si tienen influencia sobre el pueblo digan que les conviene estar tranquilos. Poncio no es amigo de cambiar sus costumbres por súbditos que causan molestias... y podría ser demasiado severo. Éste es un consejo leal para ti que eres leal.

Pasan...

-¿Has oído? Preveo días duros... Habrá que aconsejar a los otros, más que al pueblo... - dice José.

El camino de Betania está lleno de gente. Todos van en una dirección: hacia Betania. Todos van a los funerales. Se ve a miembros del Sanedrín y a fariseos mezclados con saduceos y escribas, y éstos con agricultores, siervos, administradores de las distintas casas y fincas rústicas que Lázaro tiene en la ciudad y en el campo, y, cuanto más se acerca uno a Betania, más va agregándose gente, procedente de todos los senderos y caminos, a este camino, que es el principal.

Ahí está Betania, una Betania de luto en torno a su más grande vecino. Todos los habitantes, con las ropas mejores, están ya fuera de las casas, ahora cerradas como si nadie estuviera en ellas. Pero todavía no han entrado en la casa del muerto. La curiosidad los retiene junto al portón, en la orilla del camino. Observan qué invitados pasan y se transmiten unos a otros nombres e impresiones.

-Ahí está Natanael ben Faba. ¡Oh, el viejo Matatías, pariente de Jacob! ¡El hijo de Anás! Míralo allí con Doras, Calasebona y Arquelao. ¡Mira! ¿Cómo se las han arreglado los de Galilea para venir?

Están todos. Mira: Elí, Jocanán, Ismael, Urías, Joaquín, Elías, José... El viejo Cananías con Sadoq, Zacarías y Jocanán saduceos. Está también Simón de Gamaliel. Solo. El rabí no está. ¡Ahí están Elquías con Nahum, Félix, Anás el escriba, Zacarías, Jonatán de Uziel! Saúl con Eleazar, Trifón y Joazar. ¡Buenos son! Otro de los hijos de Anás. El más pequeño. Está hablando con Simón Camit. Felipe con Juan el de Antipátrida. Alejandro, Isaac, y Jonás de Babaón. Sadoq. Judas, descendiente de los Asideos, el último, creo, de la clase. Ahí están los administradores de los distintos palacios. No veo a los amigos fieles. ¡Cuánta gente! ¡Verdaderamente! ¡Cuánta gente! Todos con aspecto grave; parte con cara de circunstancias, parte con signos de verdadero dolor en el rostro. El portón abierto de par en par se traga a todos. Veo pasar a todos los que en sucesivas ocasiones he visto, benevolentes o enemigos, en torno al Maestro. Todos, menos Gamaliel y menos el Anciano Simón. Y veo a otros que no he visto nunca, o que quizás haya visto, pero sin haber sabido su nombre, en las controversias alrededor de Jesús... Pasan rabíes con sus discípulos, y grupos compactos de escribas. Pasan judíos cuyas riquezas oigo enumerar... El jardín está lleno de gente que, tras haberse acercado a decir palabras de pésame a las hermanas, las cuales, como será, quizás, costumbre, están sentadas bajo el pórtico y por tanto fuera de la casa, vuelven a distribuirse por el jardín formando una continua mezcla de colores y haciendo continuas, pronunciadas reverencias.

Marta y María están deshechas. Están agarradas de la mano como dos niñas, asustadas por el vacío que se ha creado en su casa, por la nada que llena su día, ahora que no hay que cuidar a Lázaro. Escuchan las palabras de los que han venido. Lloran con los verdaderos amigos, con los subordinados fieles. Hacen gestos de reverencia a los gélidos, solemnes, rígidos miembros del Sanedrín, que han venido más para hacer ostentación de sí mismos que para honrar al difunto. Responden, cansadas de repetir las mismas cosas cientos de veces, a quienes les preguntan algo acerca de los últimos momentos de Lázaro.

José, Nicodemo, los amigos más leales, se ponen a su lado con pocas palabras, pero con una amistad que consuela más que cualquier palabra.

Vuelve Elquías con los más intransigentes, con los cuales ha estado hablando mucho, y pregunta:

-¿No podríamos observar al muerto?

Marta se pasa con dolor la mano por la frente y pregunta:

-¿Pero desde cuándo se hace eso en Israel? Ya está preparado... - y lágrimas lentas se deslizan por sus mejillas.

-No se hace, es verdad. Pero nosotros deseamos hacerlo. Los amigos más fieles bien tienen derecho a ver por última vez al amigo.

-También nosotras, sus hermanas, hubiéramos tenido este derecho. Pero ha sido necesario embalsamarlo enseguida... Y, cuando volvimos a la habitación de Lázaro, ya vimos solamente la forma envuelta por las vendas...

-Deberían haber dado órdenes claras. ¿No hubieran podido, y no podrían ahora, levantar el sudario y descubrir la cara?

-Ya está descompuesto... Y ya es la hora de los funerales.

José interviene:

-Elquías, me parece que nosotros... por exceso de amor, causamos dolor. Dejemos tranquilas a las hermanas...

Se acerca Simón, hijo de Gamaliel, e impide la respuesta de Elquías. Dice:

-Mi padre vendrá en cuanto pueda. Lo represento. Él apreciaba a Lázaro y yo también.

Marta se inclina y contesta:

-El honor que hace el rabí a nuestro hermano sea recompensado por Dios.

Elquías, estando allí el hijo de Gamaliel, no insiste y se retira, conversa con otros, que le hacen esta observación:

-¿Pero no sientes el hedor? ¿Lo vas a poner en duda? Además, veremos si tapian el sepulcro. No se vive sin aire.

Otro grupo de fariseos se acerca a las hermanas. Son casi todos los de Galilea. Marta recibe sus manifestaciones de pésame, no se puede retener de expresar su asombro por su presencia.

-Mujer, el Sanedrín se reúne para deliberaciones de suma importancia. Estamos en la ciudad por este motivo –explica Simón de Cafarnaúm, y mira a María, cuya conversión ciertamente recuerda; pero se limita a mirarla.

Ahora se acerca Jocanáan, Doras hijo de Doras e Ismael, con Cananías y Sadoq, y con otros que no conozco. Ya antes de abrir la boca hablan con sus caras de víboras. Y, para poder herir, esperan a que José se haya separado, con Nicodemo, para hablar con tres judíos. Es el viejo Cananías el que, con su voz ronca de viejo decrepito, descarga la puñalada:

-¿Tú qué opinas, María? Su Maestro es el único ausente de entre los muchos amigos de tu hermano. ¡Una amistad muy particular! ¡Mucho amor mientras Lázaro estaba bien! ¡Indiferencia cuando era la hora de amarlo! Todos han recibido milagros de Él. Pero aquí no hay milagro. ¿Qué opinas, mujer, de una cosa como ésta? ¡Bien te ha engañado, el buen mozo Rabí galileo! ¡Je! ¡Je! ¿No dijiste que se había dicho que esperarías más allá de lo esperable? ¿Es que no has esperado o es que no sirve para nada esperar en Él? Dijiste que esperabas en la Vida. ¡Sí, claro! ¡Él se llama “la Vida”, ¡Je! ¡Je! Pero ahí dentro está tu hermano muerto. Y allí está ya abierta la boca del sepulcro. Y el Rabí no está. ¡Je! ¡Je! ¡Je!

-Sabe dar la muerte, no la vida – dice con una sonrisita burlona Doras.

Marta agacha la cabeza y mete la cara entre sus manos. Lloro. La realidad está bien clara; su esperanza, bien desilusionada: el Rabí no está, ni siquiera ha venido a consolarlas; y ya habría tenido tiempo de estar allí. Marta llora, sólo sabe llorar.

También María llora. También ella tiene ante sí la realidad. Ha creído, ha esperado más allá de lo creíble... y nada ha sucedido, y los criados ya han apartado la piedra de la boca del sepulcro, porque empieza a declinar el Sol, y el Sol descende pronto en invierno, y es viernes, y todo debe estar concluido a tiempo y de manera que los que han venido no deban transgredir las leyes del sábado, que dentro de poco comienza. Ha esperado mucho, siempre, demasiado; ha consumido sus capacidades en esta esperanza. Y se siente desilusionada.

Cananías insiste:

-¿No me respondes? ¿Te convences ahora de que es un impostor que se ha aprovechado y burlado de ustedes? ¡Pobres mujeres! – y mueve la cabeza en medio de los otros como él, los cuales hacen lo mismo y también dicen:

-¡Pobres mujeres!

Maximino se acerca:

-Es la hora. Den la orden. Les compete a ustedes.

Marta cae al suelo. La socorren. Se la llevan usando para ello sólo los brazos, entre los gritos de los criados, que comprenden que ha llegado la hora de depositar el cuerpo en el sepulcro, y entonan lamentaciones. María aprieta las manos, convulsa. Suplica:

-¡Todavía un poco! ¡Todavía un poco! Manden criados al camino que va a Enseses y a la fuente; a todos los caminos. Criados a caballo. Que vean si viene...

-¡Pero, desdichada! ¿Esperas todavía?! ¿Pero qué se necesita para convencerte de que las ha traicionado y defraudado? Las ha odiado y se ha burlado de ustedes...

¡Es demasiado! Con la cara lavada por el llanto, torturada pero fiel, en medio del semicírculo que forman los que han venido y están reunidos para ver salir el cadáver, María proclama:

-Si Jesús de Nazaret lo ha hecho así, bien hecho está, y grande es su amor por todos nosotros de Betania. ¡Todo para gloria de Dios y suya! Él ha dicho que esto significará gloria para el Señor, porque la potencia de su Verbo resplandecerá completa. Haz lo que debes hacer Maximino; el sepulcro no es obstáculo para el poder de Dios...

Se separa, sujeta por Noemí, que se ha acercado presurosa, y hace un gesto... El cadáver, envuelto en su mortaja, sale de la casa, cruza el jardín entre dos filas de gente, entre los gritos de duelo. María quisiera seguirlo, pero se tambalea. Se pone al final de la gente cuando ya todos van hacia el sepulcro. Llega a tiempo para ver desaparecer la larga forma inmóvil en el interior oscuro del sepulcro donde rojean las antorchas, mantenidas en alto por los criados para iluminar la escala a los que bajan con el muerto. Porque el sepulcro de Lázaro está más bien enterrado, quizás para aprovechar unos estratos de roca subterránea.

María grita... Está en la cúspide de la aflicción... Grita... Y junto al nombre de su hermano está el de Jesús. Parece que le arrancaran el corazón. Pero sólo dice esos dos nombres, y los repite hasta que el denso ruido del cierre devuelto a la boca de la tumba le dice que Lázaro ya no está en la Tierra ni siquiera con el cuerpo. Entonces cede y pierde la conciencia de todo. Cae rendida sobre quien la sujeta y, mientras se hunde en la nada del desvanecimiento, todavía suspira: ¡Jesús! ¡Jesús!

Se la llevan.

Se queda Maximino para despedir a los que han venido, y para darles las gracias en nombre de toda la familia. Se queda para oírles decir a todos que volverán para el duelo todos los días...

Poco a poco van despejando el lugar. Los últimos que se marchan son José, Nicodemo, Eleazar, Juan, Joaquín, Josué. Y en el portón ven a Sadoq y a Uriel riéndose con maldad y diciendo:

-¡Bien muerto está! ¡Cómo olía, a pesar de los aromas! ¡No hay duda, no! No había necesidad de destapar la cara. Yo creo que ya está agusanado.

Están contentos. José los mira. Una mirada tan severa que cercena palabras y risas. Todos se apresuran a regresar para estar en la ciudad antes del final del ocaso.

547

Jesús decide ir a Betania

La luz ya no es luz en el huertecito de la casa de Salomón, y los árboles, los contornos de las casas que hay al otro lado del camino, y especialmente el fondo del propio camino, donde la callecita deja de ser tal calle en la zona arbórea del río, van perdiendo sus perfiles nítidos, para unificarse en una única línea de sombras más o menos claras, más o menos oscuras, con la sombra del anochecer, que se adensa cada vez más. Más que colores, las cosas esparcidas sobre la tierra son ya sonidos. Voces de niños provenientes de las casas, madres que llaman, hombres que azuzan a las ovejas o al burro, algún que otro chirrido de poleas en los pozos, frufú de hojas con el viento del anochecer, golpes secos, como de palos entrechocados, de los élaboros (*flores*) esparcidos por el bosque. Arriba el primer titileo de las estrellas, todavía inseguro porque hay aún un vestigio de luz y porque la primera claridad de la Luna empieza a extenderse por el cielo.

-El resto lo dirán mañana. Ahora ya basta. Es de noche. Que cada uno vaya a su casa. La paz a ustedes. La paz a ustedes. Sí... Sí... Mañana. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué tienes un escrúpulo? Déjalo tranquilo hasta mañana. Si mañana no se te ha pasado, vienes. ¡Pues sólo faltaba eso! ¡Ahora también los escrúpulos para cansarlo más! ¡Y los ávidos de ganancias! Y las suegras que quieren hacer cambiar a las nueras, y las nueras que quieren hacer menos ariscas a las suegras, y que unas y otras merecerían que les cortaran la lengua. ¿Y qué otras cosas hay? ¿Tú? ¿Qué dices? ¡Oh, éste sí! ¡Pobrecito! Juan, lleva a este niño donde el Maestro. Su madre está enferma y lo manda para decir a Jesús que ore por ella. ¡Pobrecito! Se ha quedado atrás porque es pequeño. Y viene de lejos. ¿Cómo va a volver a casa? ¡Eh, todos ustedes! En vez de estar aquí para gozar de Él, ¿no podrían poner en práctica lo que el Maestro les ha dicho: ayudarse unos a otros, y los más fuertes prestar ayuda a los más débiles? ¡Vamos! ¿Quién acompaña a casa al niño? Pudiera ser – no lo quiera Dios – que se encontrara a su madre muerta. Pues que al menos la vea. Asnos tienen... ¿Que es de noche? ¿Y qué hay más hermoso que la noche? Yo he trabajado durante lustros a la luz de las estrellas, y estoy sano y robusto. ¿Lo llevas tú a casa? Que Dios te bendiga, Rubén. Aquí tienes al niño. ¿Te ha consolado el Maestro? Sí. Entonces puedes marcharte. Y sé feliz. Pero, habrá que darle comida. Quizás no come desde esta mañana.

-El Maestro le ha dado leche caliente, pan y fruta; lo tiene en la tuniquita – dice Juan.

-Entonces ve con este hombre. Te lleva a casa con el burro.

Por fin toda la gente se ha marchado y Pedro puede descansar, y también Santiago, Judas, el otro Santiago y Tomás, que le han ayudado a mandar a las casas a los más obstinados.

-Vamos a cerrar. No sea que alguno se arrepienta y vuelva, como esos dos. ¡Uf, qué cansado es el día después del sábado! – dice Pedro, y entra en la cocina y cierra la puerta; y añade:

-¡Ahora estaremos en paz!

Mira a Jesús, que está sentado al lado de la mesa, apoyado el codo en ella, sujetando la cabeza sobre la mano, pensativo, absorto. Se acerca a Él, le pone la mano en el hombro y le dice:

-¡Estás cansado, ¿no?! ¡Mucha gente! Vienen de todas partes, a pesar de la estación en que estamos.

-Parece como si tuvieran miedo a perdernos pronto – observa Andrés, que está quitando las tripas a unos peces. También los otros se dedican a preparar el fuego para asarlos, o a remover algunas achicorias que hay en una olla hirviendo. Sus sombras se proyectan sobre las paredes oscuras que el fuego más que la luz, esclarece. Pedro busca una taza para dar leche a Jesús, que parece muy cansado. Pero no encuentra la leche y pregunta por ella a los otros.

-El niño se ha bebido la última que teníamos. La otra ha sido para el viejo mendigo y para la mujer que tenía su marido enfermo – explica Bartolomé.

-¡Y el Maestro se ha quedado sin ella! No habrían debido darla toda.

-Lo ha querido Él así...

-Siempre querría así. Pero no debemos dejarlo. Da la ropa, da su parte de leche, se da Sí mismo, se agota... - Pedro está disgustado.

-¡Tranquilo, Pedro! Dar es mejor que recibir – dice Jesús saliendo serenamente de su abstracción.

-¡Sí, claro! Y Tú das, das y te agotas. Y cuanto más te muestras dispuesto a todo acto de generosidad más se aprovechan los hombres.

Mientras dice esto, frota la mesa con unas hojas ásperas que dan un olor mitad a almendra mitad a crisantemo y la deja bien limpia, para poner encima pan y agua, y coloca una copa delante de Jesús, quien, sin demora, como teniendo mucha sed, se echa de beber. Pedro pone otra copa en el otro lado de la mesa, junto a un plato que contiene aceitunas y tallos de hinojo silvestre. Añade la bandeja de la achicoria, ya condimentada por Felipe, y, junto con los compañeros, trae unos taburetes muy rústicos para añadirlos a las cuatro sillas que hay en la cocina y que son insuficientes para trece personas.

Andrés ha estado cuidando el asado del pescado en la brasa. Y ahora lo coloca en otro plato y se acerca a la mesa con otros panes. Juan quita la lámpara del lugar donde estaba y la coloca en medio de la mesa. Jesús se levanta mientras todos se acercan a la mesa para cenar. Ora en voz alta, ofreciendo el pan y bendiciendo luego la mesa. Se sienta. Los demás también. Distribuye el pan y los peces (o sea, coloca los peces encima de las formas de pan, anchas y poco altas; del pan, en parte hecho recientemente y en parte no, que cada uno se ha puesto delante). Luego los apóstoles se sirven la achicoria, usando para ello el tenedor grande de madera que está hundido en ella. Para la verdura también hace de plato el pan. Sólo Jesús tiene delante un plato, de metal, grande y más bien deteriorado, y lo usa para la repartición del pescado, dando, ora a uno, ora a otro, una porción de exquisito manjar: parece un padre entre sus hijos; padre siempre, aunque Natanael, Simón Zelote y Felipe puedan parecer padres de Él, y Mateo y Pedro puedan parecer sus hermanos mayores.

Comen y hablan de los hechos del día; Juan se ríe con ganas del enojo de Pedro respecto al pastor de los montes de Galaad, que pretendía que Jesús subiera hasta donde estaba el rebaño, para que lo bendijera y le hiciera ganar mucho dinero a él para la dote que debía dar a su hija.

-Pues tiene poca gracia. Mientras decía: “Tengo enfermas a las ovejas y, si se mueren, me quedo en la ruina”, he sentido compasión por él. Es como si a nosotros, pescadores, nos entrara la carcoma en una barca. No se podría pescar, ni comer. Y todos tenemos derecho a comer. Pero, cuando ha dicho: “Y quiero tenerlas sanas porque quiero hacerme rico y asombrar al pueblo por la dote que voy a dar a Ester y por la casa que me voy a construir”, entonces me he puesto de mal talante. Le he dicho: “¿Y para esto has recorrido tanto camino? ¿Sólo te preocupan la dote, las riquezas y las ovejas? ¿No tienes un alma?”. Me ha contestado: “Para el alma tengo tiempo. Ahora me preocupan las ovejas y la boda, porque es un buen partido y Ester ya empieza a hacerse mayor”. Entonces, bueno, pues, si no hubiera sido porque me he acordado de que Jesús dice que debemos ser misericordiosos con todos, ¡fresco hubiera ido ese hombre! Le he hablado entre tramontana (*viento norte*) y siroco (*viento sur*).

-Y parecía que no ibas a acabar nunca. No cogías aliento. Se te habían engrosado las venas del cuello, las tenías salientes como dos palos – dice Santiago de Zebedeo.

-Hacía un buen rato que se había marchado el pastor y tú seguías predicando, ¡Y dices que no sabes hablar a la gente! ¡Si llegas a saber! – añade Tomás, y lo abraza diciendo:

-¡Pobre Simón! ¡Qué furia te ha venido!

-¿Pero es que no tenía razón? ¿Qué es el Maestro? ¿El hacedor de fortunas de todos los estúpidos de Israel? ¿Un paraninfo (*padrino*) para las bodas de los otros?

-No te inquietes, Simón. Te sienta mal el pescado, si te lo comes con ese enojo – le dice afablemente Mateo.

-Tienes razón. Siento en todo el sabor de los banquetes en casa de los fariseos, cuando como pan con temor y carne con furia.

Todos se ríen. Jesús sonríe y calla.

Están al final de la cena. Saciados, satisfechos de alimento y calor, están, un poco relajados, alrededor de la mesa. También hablan menos. Algunos dan cabezadas. Tomás se distrae dibujando con el cuchillo una ramita de flores en la madera de la mesa. Los hace reaccionar la voz de Jesús,

quien, abriendo los brazos, los tenía cruzados y apoyados en el borde de la mesa, y extendiendo las manos, como hace el sacerdote cuando pronuncia “El Señor esté con ustedes”, dice:

-¡Pues a pesar de todo tenemos que marcharnos!

-¿A dónde, Maestro? ¿Donde ése de las ovejas? – pregunta Pedro.

-No, Simón. A casa de Lázaro. Volvemos a Judea.

-¡Maestro, recuerda que los judíos te odian! – exclama Pedro.

-Hace no mucho, querían lapidarte – dice Santiago de Alfeo.

-¡Pero, Maestro, es una imprudencia! – exclama Mateo

-¿Lo que sea de nosotros no te importa?- pregunta Judas Iscariote.

-¡Oh, Maestro y hermano mío, te conjuro en nombre de tu Madre y de la Divinidad que está en Ti: no permitas que los diablos te pongan las manos encima para mordaza de tu palabra. Estás solo, demasiado solo, contra todo un mundo que te odia y que, en la Tierra es poderoso- dice Judas Tadeo.

-¡Maestro, cuida tu vida! ¿Qué sería de mí, de todos, si nos faltaras? – Juan, muy inquieto, lo mira con ojos dilatados de niño asustado y afligido.

Pedro, después de la primera exclamación, se ha vuelto hacia los más ancianos, y hacia Tomás y Santiago de Zebedeo, y habla nerviosamente con ellos. Todos opinan que Jesús no debe acercarse a Jerusalén, al menos mientras el tiempo pascual no haga más segura la permanencia allí, porque - dicen- la presencia de gran número de seguidores del Maestro, congregados allí de todas las partes de Palestina para las fiestas pascales- sería una defensa para el Maestro. Ninguno de los que lo odian se atreverían a tocarlo teniendo a todo un pueblo estrechado en torno a Él con amor... Y se lo dicen, angustiadamente, casi queriendo imponerse... El amor los mueve a hablar.

-¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! ¿No tiene, acaso, doce horas la jornada? Si uno anda durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero, si anda de noche, tropieza, porque no ve. Yo sé lo que me hago, porque la Luz está en Mí. Ustedes déjense guiar por quien ve. Y sepan, además, que hasta que no llegue la hora de las tinieblas, nada tenebroso podrá producirse. Pero cuando llegue esa hora, ninguna lejanía, ni ninguna fuerza, ni siquiera los cuerpos militares de César, podrán salvarme de los judíos. Porque lo que está escrito debe producirse, y las fuerzas del mal ya actúan ocultamente para cumplir su obra. Por tanto, déjenme moverme, y hacer el bien mientras me encuentre libre para ello. Llegará la hora en que no pueda mover un dedo ni decir una palabra para obrar milagros. El mundo estará vacío de mi fuerza. Hora tremenda de castigo para el hombre. No para Mí. Para el hombre que no haya querido amarme. Y esa hora se repetirá, por voluntad del hombre que haya rechazado a la Divinidad hasta hacer de sí un sin Dios, un seguidor de Satanás y de su hijo maldito. Hora que vendrá cuando esté próximo el fin de este mundo. La no-fe imperante inutilizará mi fuerza de milagro. No porque Yo pueda perderla, sino porque el milagro no puede ser concedido donde no hay fe y voluntad de obtenerlo; donde el milagro se haría un objeto de burla y un instrumento de mal, usando el bien recibido para hacer un mayor mal. Ahora puedo hacer todavía milagros, y hacerlos para dar gloria a Dios. Vamos, pues, donde nuestro amigo Lázaro, que duerme. Vamos a despertarlo de este sueño, para que esté lozano y preparado para servir a su Maestro.

Le observan:

-Pero está bien que duerma. Acabará de curarse. El sueño es ya de por sí un remedio. ¿Por qué despertarlo?

-Lázaro ha muerto. He esperado a que hubiera muerto para ir allá. No por las hermanas ni por él, sino por ustedes. Para que crean. Para que crezcan en la fe. Vamos a casa de Lázaro.

-¡Bueno, de acuerdo, pues vamos! Moriremos todos, como ha muerto él y como Tú quieres morir dice Tomás, resignado fatalista.

-Tomás, Tomás, y todos ustedes, que por dentro critican y rezongan, sepan que el que quiera seguirme deberá tener respecto a su vida la misma preocupación que tiene el ave por la nube que pasa: dejarla pasar siguiendo el viento que la desplaza. El viento es la voluntad de Dios, quien puede darles o quitarles la vida según le plazca; y ustedes no deben quejarse de ello, de la misma manera que el ave no se queja de la nube que pasa, sino que canta igualmente, segura de que más tarde volverá el tiempo sereno. Porque la nube es el incidente y el cielo es la realidad. El cielo permanece siempre azul, aun cuando las nubes parecen ponerlo gris. Es y permanece azul por encima de las nubes. Lo mismo sucede con la Vida verdadera: es y permanece, aunque la vida humana decline. El que quiera seguirme no deberá conocer ni ansia por la vida ni miedo por ella.

Les mostraré cómo se conquista el Cielo. Pero, ¿cómo podrán imitarme, si tienen miedo de ir a Judea, ustedes a quienes ahora no se hará mal alguno? ¿Tienen escrúpulos de que los vean Conmigo? Son libres para abandonarme. Pero, si quieren quedarse, deben aprender a desafiar al mundo, con sus críticas, sus trampas, sus burlas, sus tormentos, para conquistar el Reino mío.

Vamos, pues, a sacar de la muerte a Lázaro, que duerme en el sepulcro desde hace dos días; pues murió la noche que vino aquí el criado de Betania. Mañana, a la hora sexta (*mediodía*), después de la despedida de los que esperan a mañana para recibir de Mí confortación y premio a su fe, nos marcharemos, pasaremos el río y nos alojaremos durante la noche en casa de Nique. Luego, al amanecer saldremos para Betania, recorriendo el camino que pasa por Ensemes. Estaremos en Betania antes de la sexta. Habrá mucha gente. Y los corazones experimentarán una profunda impresión. Lo he prometido y lo mantengo...

-¿A quién, Señor? – pregunta casi con miedo Santiago de Alfeo.

-A quien me odia y a quien me ama, en ambos casos de forma absoluta. ¿No se acuerdan de la discusión en Quedes con los escribas? Les cabía aún llamarme engañador por haber resucitado a una niña que acababa de morir y a uno que había muerto el día anterior. Dijeron: “Todavía no has sabido recomponer a uno que esté descompuesto”. Efectivamente, sólo Dios puede del fango sacar un hombre y de la materia putrefacta rehacer un cuerpo intacto y vivo. Pues bien, Yo lo haré.

Durante la Luna de Kisléu (*Diciembre*) a orillas del Jordán, recordé Yo mismo a los escribas este desafío, y dije: “En la nueva Luna se cumplirá”. Esto para quienes me odian. Y a las hermanas, que me aman de forma absoluta, les prometí que premiaría su fe si continuaban esperando contra lo creíble. Las he probado mucho y las he afligido mucho, y sólo Yo conozco los sufrimientos de su corazón en estos días, y su perfecto amor. En verdad les digo que merecen un gran premio, porque, más por no ver resucitado a su hermano, se angustian porque Yo pueda ser escarnecido. Les daba la impresión de estar absorto, cansado y triste. Estaba a su lado con mi espíritu, y oía sus gemidos y contaba sus lágrimas. ¡Pobres hermanas! Ahora me consumo de ansia por conducir de nuevo a un justo a la Tierra, a un hermano a los brazos de sus hermanas, a un discípulo al grupo de mis discípulos.

¿Lloras, Simón? Sí. Tú y Yo somos los mayores amigos de Lázaro, y en tu llanto está el dolor por el dolor de Marta y María y la agonía del amigo, pero también está ya la alegría de saber que pronto será devuelto a nuestro amor. Vamos a levantarnos, a preparar las bolsas e ir a descansar para levantarnos al amanecer y poner orden aquí... donde no es seguro de que regresemos. Habrá que distribuir entre los pobres cuanto tenemos, y decir a los más activos que contengan a los peregrinos para que no me busquen hasta que no esté en otro lugar seguro. Y habrá que decirles que avisen a los discípulos de que me busquen en casa de Lázaro. Muchas cosas hay que hacer, y todas estarán hechas antes de que lleguen los peregrinos... ¡Vamos, ánimo! Apaguen el fuego y enciendan las lámparas y que cada uno vaya a hacer lo que debe y luego a descansar. La paz a todos ustedes.

Se levanta, bendice y se retira a su pequeña habitación.

-¡Ha muerto hace varios días! – dice el Zelote.

-¡Esto sí que es un milagro! – exclama Tomás.

-¡Quisiera saber qué van a encontrar después para dudar! – dice Andrés.

-¿Pero cuándo ha venido el criado? – pregunta Judas Iscariote.

-La noche de antes del viernes – responde Pedro.

-¿Sí? ¿Y por qué no lo has dicho? – pregunta otra vez Judas Iscariote.

-Porque el Maestro me había dicho que guardara silencio – replica Pedro.

-¿Entonces... cuando lleguemos allí... llevará ya cuatro días en el sepulcro?

-¡Pues claro! Noche del viernes, un día; noche del sábado, dos días; esta noche, tres días; mañana, cuatro... Cuatro días y medio, por tanto... ¡Oh, poder eterno! ¡Pero ya estará desmembrado! – dice Mateo.

-Estará desmembrado... Quiero verlo, y luego...

-¿Qué, Simón Pedro? – pregunta Santiago de Alfeo.

-Y luego, si Israel no se convierte, ni siquiera Yeohveh entre rayos puede convertirlo.

Salen hablando así.

Jesús viene de Ensemes hacia Betania. Deben haber hecho una marcha verdaderamente fatigosa por los altos, empinadísimos senderos de los montes Adomín. Los apóstoles, jadeantes. A duras penas logran seguir a Jesús, que va raudo, como si el amor lo llevara en sus alas de fuego, y tiene una sonrisa radiante mientras camina precediendo al grupo, con la cabeza alta bajo los suaves rayos del Sol de mediodía.

Antes de que lleguen a las primeras casas de Betania, lo ve un muchachito descalzo que va con ánfora de cobre vacía hacia la fuente de los alrededores del pueblo. El muchacho grita, deja en el suelo el ánfora y se echa a correr con toda la velocidad de sus piernecitas hacia el interior del pueblo.

-Está claro que va a avisar de tu llegada – observa Judas Tadeo quien, como todos los demás, ha sonreído por la resolución... enérgica del muchachito, que ha dejado incluso su ánfora a la merced del primero que pase.

La pequeña ciudad, vista así, desde la fuente, que está un poco elevada con respecto a ella, aparece serena, como desierta. El humo gris que sube desde las chimeneas es el único indicio de la presencia de las mujeres, en las casas, ocupadas en preparar la comida del mediodía, mientras que alguna voz gruesa varonil, entre los olivos y los grandes y silenciosos huertos de frutales, advierte de que los hombres están en su trabajo. A pesar de todo, Jesús prefiere tomar por una calle que pasa por detrás del pueblo, para poder llegar a la casa de Lázaro sin llamar la atención de los habitantes.

Están casi a mitad de trayecto cuando perciben detrás de ellos al muchachito de antes, que los adelanta corriendo y luego se planta en medio de la calle y mira, pensativo, a Jesús...

-Paz a ti, pequeño Marcos. ¿Por qué te has marchado corriendo? ¿Es que tenías miedo de Mí? – pregunta Jesús acariciándolo.

-Yo no, Señor. Yo no he tenido miedo. Pero como durante muchos días Marta y María han mandado a criados suyos a los caminos que vienen aquí, para ver si venías, pues ahora que te he visto he ido corriendo a decir que venías...

-Has hecho bien. Las hermanas prepararán su corazón para verme.

-No, Señor. Las hermanas no se prepararán nada porque no saben nada. No han querido que lo dijera. Me han agarrado cuando he dicho al entrar en el jardín: “Está el Rabí”, y me han echado afuera diciendo: “Eres un mentiroso o un estúpido. Él ya no viene, porque a estas alturas está seguro de que ya no puede hacer el milagro”. Y como yo decía que sí, que eras Tú, me he llevado dos cachetadas como nunca hasta ahora me había llevado... Mira qué rojas tengo las mejillas. ¡Me queman! Y me han echado a empujones diciendo: “Ésto para que te purifiques de haber mirado a un demonio”. Y yo te miraba para ver si te habías vuelto un demonio. Pero no lo veo... Sigues siendo mi Jesús, tan lindo como los ángeles de que me habla mi mamá.

Jesús se agacha a besarle en las mejillas que han recibido las cachetadas y dice:

-Así se te pasará el picor. Me duele que hayas sufrido por Mí...

-Yo no, Señor, porque esas cachetadas han hecho que me dieras dos besos – y se agarra a las piernas de Jesús esperando otros besos.

-Respóndeme, Marcos. ¿Quién te ha echado? ¿Los de Lázaro? – pregunta Judas Tadeo.

-No. Los judíos. Vienen para el duelo todos los días. ¡Son muchos! Están en casa y en el jardín. Vienen pronto y se marchan tarde. Parecen los amos. Maltratan a todos. ¿Ves como no hay nadie por las calles? Los primeros días la gente observaba... pero luego... Ahora sólo nosotros, los niños, estamos en las calles... ¡Ay, mi ánfora! Mi mamá esperando el agua... ¡Ahora me va a pegar también ella!

Sonríen todos al ver la desolación del niño ante la perspectiva de otras cachetadas. Jesús dice:

-Ve pues, rápido...

-Es que... quería entrar Contigo y verte hacer el milagro... - y termina: - y ver sus caras... para vengarme de las cachetadas...

-Eso no. No debes desear venganza. Debes ser bueno y perdonar... Pero tu mamá está esperando el agua...

-Voy yo, Maestro. Sé dónde vive Marcos. Le explico a la mujer lo que ha sucedido y luego te alcanzo.

-dice Santiago de Zebedeo, y se marcha rápidamente.

Reanudan el camino lentamente. Jesús lleva de la mano al niño, que va todo alborozado... Ya están delante del vallado del jardín. Lo orillan. Hay muchas cabalgaduras atadas a él, vigiladas por los criados de cada uno de los propietarios. El susurro que se alza capta la atención de algún judío, que se vuelve hacia el portón abierto, justo en el momento en que Jesús cruza el umbral del jardín.

-¡El Maestro! – dicen los primeros que lo ven. Y esta palabra corre, como el frufrú del viento, de un grupo a otro, y se propaga y va, llevada por los muchos judíos presentes, o por algún fariseo, rabí o escriba o saduceo por el lugar, va, cual ola lejana que viene a romperse en la orilla, a chocar contra las paredes de la casa, y penetra en ésta.

Jesús se adentra muy lentamente, a la par que todos, aun acudiendo de todas las partes, se apartan del paseo por el que Él va. Y, dado que ninguno lo saluda, Él no saluda a ninguno, como si no conociera a muchos de los que están congregados allí mirándolo con rabia y odio en sus ojos (excepto los pocos que, siendo discípulos ocultos suyos, o por lo menos siendo de recto corazón aunque no lo amen como Mesías, lo respetan como a un justo). Y éstos son: José, Nicodemo, Juan, Eleazar, el otro Juan, escriba, ya visto en la multiplicación de los panes, y el otro Juan, el que sació el hambre de los que habían bajado del Monte de las Bienaventuranzas, Gamaliel y su hijo, Josué, Joaquín, Manahén, el escriba Joel de Abías, encontrado en el Jordán en el episodio de Sabea, José Bernabé, discípulo de Gamaliel, Cusa, que mira a Jesús desde lejos, un poco amedrentado por verlo

de nuevo después del error cometido, o quizás cohibido por el respeto humano que le impide acercarse como amigo. Lo cierto es que ni los amigos, u observadores sin odio, ni los enemigos, saludan. Y Jesús no saluda. Se ha limitado a un gesto de inclinación no personalizado, al poner pie en el paseo; luego ha seguido recto, como ajeno a la mucha gente que tiene ahí. El muchachito sigue a su lado, vestido como un labradorcito, descalzos sus pies como un niño pobre, pero con una cara luminosa, propia de uno que está de fiesta, y con sus ojitos negros, vivos, bien abiertos para verlo todo... y para desafiar a todos...

Marta sale de la casa, rodeada de un grupo de judíos venidos de visita, entre los cuales están Elquías y Sadoc. Pone la mano como visera, para ayudar a los ojos cansados de llanto, dolorosamente sensibles a la luz, para ver dónde está Jesús. Lo ve. Se separa de quienes la acompañan y corre hacia Jesús, que está a pocos pasos del estanque brillante de reflejos por el Sol que en él incide. Se arroja a los pies de Jesús después de la primera reverencia, y le besa los pies mientras, en medio de un fuerte estallido de llanto, dice:

-¡La paz a Ti, Maestro!

También Jesús le ha dicho, en cuanto la ha visto cerca:

-¡La paz a ti! – y ha levantado su mano para bendecir. Para ello, ha soltado la mano del niño, al cual Bartolomé toma y retira un poco hacia atrás.

Marta prosigue: -Pero ya no hay paz para tu sierva.

Levanta la cara hacia Jesús, siguiendo de rodillas, y, con un grito de dolor que se oye bien en el silencio que se ha creado, exclama:

-¡Lázaro ha muerto! Si hubieras estado aquí, no habría muerto. ¿Por qué no has venido antes, Maestro?

Expresa un involuntario tono de reproche al hacer esta pregunta. Luego vuelve al tono abatido de una persona que ya no tiene fuerzas para reprochar y cuyo único consuelo es el poder recordar los últimos movimientos y deseos de un hermano al que ha tratado de dar lo que deseaba (de forma que no existe remordimiento en el corazón):

-¡Te ha llamado muchas veces Lázaro, nuestro hermano!... Ahora, ya lo ves. Yo estoy afligida y María llora y no encuentra resignación. Y él ya no está aquí. ¡Tú sabes cómo lo queríamos! ¡Esperábamos todo de Ti!...

Un murmullo de compasión hacia la mujer y de censura hacia Jesús, un asentimiento al pensamiento implícito: “y podías habernos escuchado, porque nosotras lo merecemos por el amor que te profesamos, y, sin embargo, has quebrado nuestra esperanza” va de un grupo a otro de gente, de personas que mueven la cabeza y miran burlonamente. Sólo los pocos, ocultos discípulos que están esparcidos entre la numerosa gente congregada tienen miradas de compasión hacia Jesús, que escucha, muy pálido y triste, a esta Marta angustiada que le está hablando. Gamaliel. Cruzados sus brazos, vestido con su amplia y rica túnica de lana finísima adornada con franjas azules, un poco aparte rodeado de un grupo de jóvenes entre los que están su hijo y José Bernabé, mira fijamente a Jesús, sin odio ni amor.

Marta, habiéndose secado la cara, sigue diciendo:

-Pero sigo esperando, porque sé que el Padre te concederá cualquier cosa que Tú le pidas.

Una dolorosa, heroica profesión de fe, expresada con voz temblorosa de llanto, con ansia temblorosa en la mirada, con la última esperanza, temblorosa, en el corazón.

-Tu hermano resucitará. Levántate, Marta.

Marta se levanta, aunque permanece inclinada ante Jesús en señal de veneración, y responde:

-Lo sé, Maestro. Resucitará en el último día.

-Yo soy la Resurrección y la Vida. El que crea en Mí, aunque haya muerto, vivirá. Y quien crea y viva en Mí no morirá para siempre. ¿Crees tú todo esto?

Jesús, que antes había hablado con voz más bien baja únicamente a Marta, alza el tono de la voz para decir estas frases con que proclama su potencia de Dios, y el perfecto timbre de aquélla resuena como tañido de oro en el vasto jardín. Un estremecimiento, casi de espanto, sacude a los presentes; pero luego algunos hacen sonrisas maliciosas y mueven la cabeza.

Marta, a quien Jesús, teniendo una mano apoyada sobre su hombro, parece querer transfundirle una esperanza cada vez más fuerte, que tenía baja la cabeza, alza la cara. La alza hacia Jesús, y fija sus ojos afligidos en las luminosas pupilas de Cristo. Entonces, apretando las manos contra el pecho con un ansia distinta, responde:

-Sí, Señor. Yo creo esto. Creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que ha venido al mundo. Y que puedes todo lo que quieres. Creo. Voy a avisar a María – y se marcha rápida. Desaparece dentro de la casa.

Jesús permanece donde está. Es decir, da algunos pasos hacia delante y se acerca al cuadro de jardín que rodea al estanque, cuadro todo sembrado de brillantes por ese lado, debido al fino

polvillo acuoso del surtidor, inclinado, como si fuera una plumita de plata, hacia ese lado por un leve vientecito; y parece perderse, Jesús, contemplando los zigzagueos de los peces bajo el velo de agua cristalina. Y sus juegos, que ponen comas de plata y visos de oro en el cristal de esa agua en que el Sol incide.

Los judíos lo observan. Involuntariamente, se han separado formando grupos bien distintos. Por una parte, frente a Jesús, todos los enemigos suyos, habitualmente divididos entre sí por espíritu sectario pero que ahora se armonizan en hostigarlo. A su lado, detrás de los apóstoles (a los que se ha unido Santiago de Zebedeo), José, Nicodemo y los otros de espíritu benévolo. Más allá, Gamaliel, que sigue en su sitio y en su postura de antes, y que está solo, porque su hijo y sus discípulos se han separado para distribuirse entre los dos grupos principales para estar más cerca de Jesús.

Con su grito habitual: “¡Rabbuní!”, María sale de la casa y corre hacia Jesús extendiendo hacia delante los brazos. Se arroja a sus pies. Le besa los pies entre fuertes sollozos. Una serie de judíos, que estaban en casa con ella y que la han seguido, unen sus llantos, de dudosa sinceridad, al de ella. También Maximino, Marcela, Sara y Noemí han seguido a María, y lo mismo todos los dependientes de casa. Los lamentos son fuertes y altos. Creo que dentro de la casa no ha quedado nadie. Marta, al ver llorar así a María, llora fuertemente también.

-¡La paz a ti, María! ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Por qué este llanto, como el de uno que no tiene esperanza? Jesús se inclina, para decir en tono bajo estas palabras, sus ojos en los ojos de María, que, estando de rodillas, relajada sobre sus talones, tiende hacia Él las manos en un gesto de invocación; y que, debido a su fuerte sollozo, no puede hablar.

-¿No te dije que esperarás más allá de lo creíble para ver la gloria de Dios? ¿Acaso ha cambiado tu Maestro, para que hubiera motivo de angustiarse de esta manera?

Pero María no recoge estas palabras que quieren prepararla ya a una alegría demasiado fuerte después de tanta angustia. Grita, por fin dueña de su voz:

-¡Oh, Señor! ¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué te has alejado tanto de nosotros? ¡Sabías que Lázaro estaba enfermo! Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. ¿Por qué no has venido? Tenía que mostrarle todavía que le amabas. Él debía vivir. Yo debía mostrarle que perseveraba en el bien. ¡Mucho angustié a mi hermano! ¿Y ahora? ¡Ahora que podía hacerlo feliz, me ha sido arrebatado! Tú podías conservármelo. Podías haber dado a la pobre María la alegría de consolarlo después de haberle causado tanto dolor. ¡Oh! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Maestro mío! ¡Salvador mío! ¡Esperanza mía! – y cae otra vez al suelo, con la frente sobre los pies de Jesús, que recibe otra vez el lavado del llanto de María. Y gime:

-¿Por qué has hecho esto, Señor? Incluso por los que te odian y gozan de todo esto que está sucediendo... ¿Por qué has hecho esto Jesús?

Pero no hay reproche en el tono de María, como lo ha habido en el de Marta. María tiene sólo esa angustia de quien, además de su dolor de hermana, siente también el de discípula que percibe menoscabo en el corazón de muchos el concepto de su Maestro.

Jesús, muy agachado para recoger estas palabras susurradas rostro en tierra, se yergue y dice fuerte:

-¡María, no llores! También tu Maestro sufre por la muerte del amigo fiel... por haber debido dejarlo morir...

¡Oh, qué risitas y miradas de rencoroso júbilo hay en las caras de los enemigos de Cristo! Lo sienten vencido, y exultan, mientras que los amigos se ponen cada vez más tristes.

Jesús dice aún más fuerte:

-Pero Yo te digo: no llores. ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Crees tú que Yo, que te he amado tanto, he hecho esto sin motivo? ¿Eres capaz de pensar que te he dado este dolor inútilmente? Ven. Vamos donde Lázaro. ¿Dónde lo han puesto?

Jesús, más que a María y Marta, las cuales, llorando ahora más violentamente, no hablan, pregunta a todos los demás, especialmente a los que han salido de la casa con María y parecen los más afligidos. Quizás son parientes más mayores, no lo sé.

Y éstos responden a Jesús, que está visiblemente triste:

-Ven y velo Tú – y se encaminan hacia el sitio del sepulcro, que está en el extremo del huerto, en un lugar en que el suelo tiene ondulaciones y vetas de roca calcárea que afloran a la superficie.

Marta, al lado de Jesús, que ha forzado a María a ponerse en pie y la está guiando porque está cegada por el fuerte llanto, indica con la mano a Jesús dónde está Lázaro; y, llegados al lugar, dice:

-Ahí es, Maestro, donde tu amigo está sepultado – y señala hacia la piedra que está puesta oblicuamente contra la boca del sepulcro.

Jesús, para ir a ese sitio, seguido por todos, ha tenido que pasar por delante de Gamaliel. Pero ni Él ha saludado a Gamaliel ni Gamaliel lo ha saludado a Él. Luego, Gamaliel se ha unido a los otros y se ha parado, igual que todos los más inflexibles fariseos, a unos metros del sepulcro. Jesús, por su

parte, sigue adelante, hasta muy cerca de la tumba, junto con las hermanas, con Maximino y con quizás éstos que son los parientes. Jesús contempla la pesada piedra, que hace de puerta del sepulcro y de pesado obstáculo entre Él y el amigo fallecido, y llora. El llanto de las hermanas aumenta, como también el de los íntimos y familiares.

-¡Quiten esta piedra! – grita Jesús de improviso, habiendo secado antes su llanto.

En todos se manifiesta un gesto de asombro. Un murmullo recorre la aglomeración de gente, que ha crecido con algunos de Betania que han entrado en el jardín y se han agregado a los demás. Veo a algunos fariseos que se tocan la frente moviendo la cabeza como diciendo: “¡Está loco!”.

Nadie ejecuta la orden. Hasta los más fieles dudan y sienten repulsa por hacerlo. Jesús repite más fuerte su orden, haciendo estremecerse más todavía a la gente, la cual, experimentando dos sentimientos opuestos, hace ademán como de huír y, inmediatamente después, de acercarse más, para ver, desafiando el inminente hedor del sepulcro que Jesús quiere ver abierto.

-Maestro, no se puede- dice Marta esforzándose en contener el llanto para hablar – Hace ya cuatro días que está ahí abajo. ¡Y Tú sabes de qué enfermedad ha muerto! Sólo nuestro amor podía cuidarlo... Ahora, sin duda alguna y a pesar de los ungüentos, olerá fuertemente... ¿Qué quieres ver? ¿Su podredumbre?... No se puede... incluso por la impureza de la corrupción y...

-¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Quiten esta piedra. ¡Lo quiero!

Es un grito de voluntad divina...

Un “¡Oh!” suave brota de todos los pechos. Palidecen las caras. Alguno tiembla. Como si hubiera pasado por todos un viento gélido de muerte. Marta hace una señal a Maximino, y éste ordena a los dependientes de la casa que cojan las herramientas que se requieren para quitar la pesada piedra.

Ellos se marchan, a buen paso. Vuelven con picotas y fuertes palancas. Y trabajan: introducen las puntas de las relucientes picotas entre la roca y la piedra; sustituyen luego las picotas por las palancas; en fin, retiran cuidadosamente la piedra haciéndola rodar para correrla luego cautamente hasta la pared rocosa. Un olor pestilente sale de la galería oscura y hace retroceder a todos.

Marta pregunta en voz baja:

-Maestro, ¿quieres bajar ahí? Si quieres bajar, se necesitan antorchas...

Pero el pensamiento de tener que hacerlo la pone pálida.

Jesús no le responde. Alza los ojos al cielo, abre los brazos en cruz y ora con voz fortísima, recalcando bien las palabras:

-¡Padre! Te doy gracias por haberme escuchado. Sabía que siempre me escuchas. Pero lo he dicho por éstos que están aquí, por la gente que tengo a mi alrededor, ¡para que crean en Ti, en Mí, en que Tú me has enviado!

Permanece así unos momentos. Tan transfigurado está, que parece raptado en éxtasis. Mientras, sin sonido de voz, dice otras, secretas palabras de oración o adoración, no sé. Lo que sí sé es que está tan espiritualizado, que no se le puede mirar sin sentirse temblar el corazón en el pecho. Parece hacerse, de cuerpo, luz; espiritualizarse, crecer en estatura, elevarse del suelo. Aun conservando sus colores de pelo, ojos, piel, ropas- no como durante la transfiguración del Tabor, durante la cual todo se hizo luz y blancura deslumbrantes – parece emanar luz y que todo en Él se haga luz. La luz parece ponerle alrededor una aureola, especialmente en torno al rostro, elevado al cielo y arrobado en la contemplación del Padre.

Está así un rato. Luego vuelve a ser Él, el Hombre, aunque con una majestad poderosa. Se acerca hasta el umbral del sepulcro. Mueve los brazos – hasta ese momento los había tenido extendidos en cruz y con las palmas vueltas hacia el cielo – los mueve hacia delante; vuelve las palmas hacia abajo: las manos, por tanto, están ya dentro de la galería del sepulcro y su blancura resalta en la negrura que la llena. Él hunde en esa negrura muda el fuego azul de sus ojos, cuyo fulgor de milagro es hoy insostenible; y, con voz potente, con un grito que es mayor que cuando en el lago mandó al viento calmarse, con una voz cual en ningún otro milagro lo he oído, grita:

-¡Lázaro! ¡Sal fuera!

La voz, por el eco, se refleja en la cavidad sepulcral, y se expande, para salir luego a todo el jardín; y retumba en los desniveles de las ondulaciones de Betania: yo creo que llega hasta las primeras lomas que se elevan más allá de la campiña, y desde allí vuelve, repetida y suave, cual imperativo que no cesa; lo cierto es que desde infinitas partes se oye: “¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!”

Todos sienten un estremecimiento más intenso, y, si la curiosidad tiene a clavados a todos en sus sitios, las caras palidecen y los ojos se agrandan, mientras las bocas se entreabren involuntariamente con el grito de asombro ya en la garganta.

Marta, un poco hacia atrás y al lado, está como hechizada mirando a Jesús. María cae de rodillas; ella, que no se ha separado nunca de su Maestro, cae de rodillas en el umbral del sepulcro, con una mano en el pecho para frenar los latidos del corazón y la otra agarrada, inconsciente y

convulsamente, a un extremo del manto de Jesús (y se comprende que tiembla, porque el manto recibe leves vibraciones de la mano que lo aferra).

Algo, de color blanco, parece surgir del fondo profundo de la galería. Primero es una casi imperceptible, pequeña línea convexa; luego se transforma en una forma oval; luego a este óvalo se le añaden líneas más amplias, más largas, cada vez más largas... Y el que estaba muerto, envuelto en su mortaja, va acercándose lentamente, va siendo cada vez más visible, espectral, impresionante.

Jesús retrocede, retrocede, insensiblemente, pero continuamente a medida que el otro avanza; la distancia entre los dos es, por tanto, siempre igual.

María debe soltar el borde del manto, pero no se mueve de donde está. La alegría, la emoción, todo, la clavan en el sitio en que estaba. Un “¡Oh!” cada vez más nítido sale de las gargantas, cerradas antes por un espasmo de espera: de susurro casi imperceptible, pasa a ser voz; de voz a grito potente.

Lázaro está ya en el umbral. Ahí se para, rígido, mudo, semejante a una estatua de yeso apenas esbozada (por tanto informe); una forma larga, estrecha en la cabeza, estrecha en las piernas, más ancha en el tronco, macabra como la misma muerte, espectral con el blanco de la mortaja sobre el fondo oscuro del sepulcro. A la luz del Sol que incide en él, se ve que la mortaja ya chorrea podredumbre sobre varios puntos.

Jesús grita fuerte:

-¡Desátenlo y déjenlo libre! ¡Denle ropa y comida!

-¡Maestro!... –dice Marta, y quizás querría decir más. Pero Jesús la mira fijamente y la subyuga con su fúlgida mirada; dice:

-¡Aquí! ¡Enseguida! ¡Traigan una túnica! ¡Vístanlo en presencia de todos y denle de comer!

Da órdenes, pero no se vuelve ni una sola vez a mirar a los que tiene detrás y en torno. Sus ojos miran sólo a Lázaro, a María, que está cerca del resucitado y sin preocuparse del asco que da a todos la mortaja purulenta, y a Marta, que jadea como si se le estallase el corazón y no sabe si gritar su alegría o si llorar...

Los criados se apresuran a ejecutar las órdenes. Noemí es la primera que se pone en movimiento, rápida, y la primera que vuelve, con la ropa colgada en el brazo. Algunos desatan los lazos de las vendas, después de haberse remangado y haberse ceñido las túnicas para que no toquen la podredumbre que fluye. Marcela y Sara vuelven con ánforas de perfumes, seguidas de criados, unos con tiestos y ánforas que despiden vapor de agua, otros con bandejas, tazas llenas de leche, y vino, fruta, tortillas cubiertas de miel.

Las vendas, estrechas y larguísimas, de lino creco, con bordes en los dos lados, tejidas, claro está, para ese uso, se desenrollan como rollos de cinta de una gran bobina, y se van acumulando en el suelo, cargadas de ungüentos aromáticos y de podredumbre. Los criados las apartan haciendo uso de palos. Han empezado por la cabeza, donde también hay materia purulenta, sin duda, supuradas por la nariz, las orejas y la boca. El sudario colocado sobre la cara está todo empapado de estas supuraciones que ensucian el rostro de Lázaro (un rostro palidísimo, esquelético, con los ojos cerrados por los ungüentos puestos en las órbitas, y con el pelo apelmazado, al igual que la barbita rala del mentón). Va cayendo lentamente la sábana, el sudario colocado en torno al cuerpo, a medida que las vendas van bajando, bajando, bajando, liberando así el tronco que habían tenido oprimido durante días, devolviendo así forma humana a lo que antes habían hecho aparecer una gran crisálida. Los osudos hombros, los brazos esqueléticos, las costillas apenas cubiertas de piel, el vientre hundido van apareciendo lentamente. Y a medida que las vendas van cayendo, las hermanas, Maximino, los criados, dan en quitar el primer estrato de suciedad y de bálsamos, e insisten hasta que, cambiando continuamente el agua y añadiendo a ellas productos aromáticos que las hacen detergentes, la piel aparece limpia.

Lázaro, cuando le liberan la cara y puede mirar, dirige su mirada a Jesús, antes incluso que a sus hermanas y, mirando a su Jesús con una sonrisa de amor en los pálidos labios y un brillo de llanto en las profundas órbitas, se olvida y abstrae de todo lo que sucede. También Jesús le sonríe con un brillo de llanto en el lagrimal de los ojos, y, sin hablar, dirige la mirada de Lázaro al cielo; Lázaro comprende, y mueve los labios con una silenciosa oración.

Marta piensa que quiere decir algo y que todavía no tiene voz, y pregunta:

-¿Qué me dices, Lázaro mío?

-Nada, Marta. Daba gracias al Altísimo.

La pronunciación es segura, fuerte la voz. La gente exhala un nuevo “¡oh!” de estupor. Ya le han liberado hasta las caderas (liberado y limpiado). Ya pueden vestirlo con la túnica corta, una especie de camisón que supera la ingle y cuelga sobre los muslos.

Le sugieren que se siente para desatarlo y lavarle las piernas. En cuanto quedan éstas al descubierto, Marta y María, señalando piernas y vendas, gritan fuerte. Y, a pesar de que en las

vendas que ciñen las piernas y en la sábana puesta debajo de aquéllas la supuración es tan abundante que forma pequeños regueros en la tela, las piernas aparecen completamente cicatrizadas. Las cicatrices rojo-moradas son el único indicio que señala dónde estaban las gangrenas.

La gente, toda, grita más fuerte, estupefacta. Jesús sonríe, y sonríe a Lázaro, que mira un instante sus piernas curadas, para abstraerse luego de nuevo mirando a Jesús. Parece no poder saciarse de verlo. Los judíos, fariseos, saduceos, escribas, rabíes, se acercan, cautos para no contaminarse la ropa. Miran bien de cerca a Lázaro. Miran bien de cerca a Jesús. Pero ni Lázaro ni Jesús se ocupan de ellos. Se miran, y todo lo demás no cuenta.

Le ponen las sandalias a Lázaro. Él se pone en pie, ágil, seguro. Toma la túnica que Marta le ofrece. Se la pone él solo, se abrocha el cinturón, se arregla los pliegues. Ahí está, delgado y pálido, pero igual que todos. Se lava otra vez las manos y los brazos hasta el codo arremangándose. Y luego, con agua nueva, otra vez se lava la cara, devuelve la toalla al criado y va derecho hacia Jesús. Se postra, le besa los pies.

Jesús se agacha, lo pone en pie, lo estrecha contra su corazón y le dice:

-¡Bienvenido de nuevo, amigo mío! La paz sea contigo, y la alegría. Vive para cumplir tu feliz destino. Alza tu cara para darte el beso de saludo.

Y lo besa en las mejillas. Lázaro corresponde en igual manera al beso de Jesús.

Sólo después de haber venerado y besado al Maestro, Lázaro habla con sus hermanas y las besa. Luego besa a Maximino y a Noemí, que lloran de alegría, y a alguno de los que creo que están emparentados con la casa o son amigos muy íntimos. Luego besa a José, a Nicodemo, a Simón Zelote y a algún otro.

Jesús va personalmente hacia uno de los criados, que tiene en sus brazos una bandeja con comida, y toma una galleta con miel, una manzana, una copa de vino, y se las da a Lázaro, antes las ofrece y bendice, para que coma y beba. Y Lázaro come con el sano apetito de una persona que goza de salud. Todos exhalan otro “¡Oh!” de asombro.

Jesús parece ver sólo a Lázaro, pero en realidad observa todo y a todos, y, al ver que, con gestos de rabia, Sadoq, Elquías, Cananías, Félix, Doras, Cornelio y otros están por marcharse, dice fuerte:

-Espera un momento, Sadoq. Debo decirte una palabra. A ti y a los tuyos.

Ellos se paran, con facha de delincuentes. José de Arimatea se asusta y hace una señal al Zelote para que retenga a Jesús. Pero Él ya está yendo hacia el grupo rencoroso, y ya está diciendo con voz fuerte:

-¿Te basta, Sadoq, lo que has visto? Me dijiste un día que para creer necesitaban, tú y los que son como tú, ver que un muerto descompuesto se recompusiera y recuperase la salud. ¿Te ha saciado la podredumbre que has visto? ¿Eres capaz de confesar que Lázaro estaba muerto y que ahora está vivo y tan sano como no lo estaba hace años? Lo sé: ustedes han venido aquí a tentar a éstos, a crear en ellos duda y mayor dolor. Han venido aquí a buscarme, esperando encontrarme escondido en la habitación del moribundo. Han venido aquí no por un sentimiento de amor y por el deseo de honrar al difunto, sino para asegurarse de que Lázaro estaba realmente muerto, y han seguido viniendo, cada vez más contentos a medida que el tiempo pasaba. Si las cosas hubieran ido según sus esperanzas como ya creían que iban, habrían tenido motivo para estar jubilosos. El Amigo que cura a todos pero no cura al amigo; el Maestro que premia todas las fes, pero no las de sus amigos de Betania; el Mesías impotente ante la realidad de una muerte. Esto era lo que les daba motivo para estar jubilosos. Pero Dios les ha respondido. Ningún profeta pudo nunca reunir lo que estaba deshecho, además de muerto. Dios lo ha hecho. Ahí tienen el testimonio vivo de lo que Yo soy. Hubo un día en que Dios tomó barro e hizo con él una forma y exhaló en él el espíritu vital y el hombre comenzó a ser. Dije Yo: “Hágase al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Porque Yo soy el Verbo del Padre. Hoy, Yo, Verbo, he dicho a lo que es aún menos que fango, a la materia descompuesta: “Vive”, y la materia descompuesta se ha vuelto a componer formando carne, carne íntegra, viva, palpitante. Ahí la tienen, los está mirando. Y con la carne he reunido el espíritu que yacía desde hacía días en el seno de Abraham. Lo he llamado con mi voluntad, porque todo lo puedo, Yo, el Viviente, Yo, el Rey de reyes al que están sujetas todas las criaturas y las cosas. ¿Ahora qué me responden?

Está frente a ellos, alto, radiante de majestad, verdaderamente Juez y Dios. Ellos no responden.

Él insta:

-¿Todavía no les es suficiente para creer, para aceptar lo ineluctable (*inevitable*).

-Has mantenido sólo una parte de la promesa. Ésta no es la señal de Jonás... - dice Sadoq en tono áspero.

-Recibirán también esa señal. Lo he prometido y lo mantengo – dice el Señor – Y otro que está aquí presente, y que espera otra señal, la recibirá. Y la aceptará, porque es un justo. Ustedes no. Ustedes

seguirán siendo lo que son.

Da media vuelta y ve a Simón, el miembro del Sanedrín hijo de Elí-Ana (al que su propio hijo mandó asesinar). Lo mira fijamente, fijamente. Deja plantados a los de antes y, llegando hasta estar cara a cara con éste, le dice en voz baja pero incisiva:

-¡Mejor para ti que Lázaro no recuerde su permanencia entre los muertos! ¿Qué has hecho de tu padre, Caín?

Simón huye lanzando un grito, un grito de miedo que luego se transforma en grito de maldición:

-¡Maldito seas, Nazareno! – al cual Jesús responde:

-¡Tu maldición sube al Cielo y desde el Cielo el Altísimo te la arroja! ¡Llevas en ti la marca, desalmado!

Vuelve hacia los grupos de gente asombrada, casi asustada. Se cruza con Gamaliel, que se dirige hacia la calle. Lo mira, y Gamaliel lo mira a Él. Jesús, sin pararse, le dice:

-Estáte preparado, rabí. Pronto vendrá la señal. No miento nunca.

La gente va desalojando lentamente el jardín. Los judíos están como aturridos, pero la mayoría de ellos rezuma rabia por todos los poros. Si las miradas pudieran reducir a ceniza, Jesús estaría pulverizado ya desde hacía mucho. Hablan, discuten entre sí. Se marchan, tan vencidos ya por esta derrota que les ha sido infligida, que ya no saben ocultar bajo una hipócrita amistad el motivo de su presencia ahí. Se marchan sin saludar a Lázaro ni a las hermanas.

Se quedan atrás algunos que el milagro ha conquistado para el Señor. Entre éstos, José Bernabé, (que debe ser el que acompañará a San Pablo en misión, según Hechos 13,1-3) que se arroja al suelo, de rodillas ante Jesús y lo adora. Otro es el escriba Joel de Abías, que hace lo mismo antes de marcharse. Y otros más, que no conozco, pero que deben ser influyentes.

Lázaro, entretanto, rodeado de sus más íntimos, se ha retirado a casa. José, Nicodemo y los otros buenos saludan a Jesús y se marchan. Se marchan con profundas reverencias los judíos que estaban con Marta y María. Los criados cierran el portón. La casa vuelve a la calma.

Jesús mira a su alrededor. Ve humo y rojo de fuego en el fondo del jardín, en la parte del sepulcro. Jesús, solo, erguido en medio de un sendero, dice:

-La podredumbre que es aniquilada por el fuego... La podredumbre de la muerte... Pero, la de los corazones... la de esos corazones ningún fuego la aniquilará... Ni siquiera el fuego del Infierno. Será eterna... ¡Qué horror!... Más que la muerte... Más que la corrupción... Y... Pero, ¿quién te salvará, oh Humanidad, si tanto estimas el estar corrompida? Quieres estar corrompida. Y Yo... Yo he arrebatado al sepulcro a un hombre con una palabra... Y con un mar de palabras... y uno de dolores... no podré arrebatar al pecado al hombre, a los hombres, a millones de hombres.

Se sienta y se tapa la cara con las manos, abatido... Lo ve un criado que pasa. Va a casa. Poco después, sale de casa María. Va donde Jesús, ligera como si no tocara el suelo. Se acerca a Él. Dice suavemente:

-Rabbuní, estás cansado... Ven, mi Señor. Tus apóstoles, cansados, han ido a la otra casa; todos menos Simón el Zelote... ¿Estás llorando, Maestro? ¿Por qué?...

Se arrodilla a los pies de Jesús... lo observa... Jesús la mira. No responde. Se levanta y va hacia la casa, seguido por María. Entran en una sala. Lázaro no está, y tampoco el Zelote. Pero Marta sí, feliz, transfigurada de alegría. Se vuelve hacia Jesús y explica:

-Lázaro ha ido a bañarse. Para purificarse más. ¡Oh, Maestro! ¡Maestro! ¡Qué puedo decirte!

Lo adora con todo su ser. Advierte la tristeza de Jesús y dice:

-¿Estás triste, Señor? ¡No estás contento de que Lázaro...? -Le viene una sospecha: ¡Ah, estás serio conmigo! He pecado. Es verdad.

-Hemos pecado, hermana- dice María.

-No, tú no. ¡Maestro, María no ha pecado! María ha sabido obedecer. Sólo yo he desobedecido. Yo te envié aviso porque... porque no podía seguir oyendo que éstos insinuaran que no eras el Mesías, el Señor... y no podía seguir viendo ese sufrimiento... Lázaro te anhelaba mucho, te llamaba mucho... Perdóname, Jesús.

-¿Y tú no hablas, María? – pregunta Jesús.

-Maestro... yo... Yo he sufrido en ese momento sólo como mujer. Sufría porque... Marta, jura, jura aquí, delante del Maestro, que nunca, nunca, nunca contarás a Lázaro su delirio... Maestro mío... Yo te he conocido del todo, ¡Oh, Divina Misericordia!, en las últimas horas de Lázaro. ¡Oh, mi Dios! ¡Cuánto me has amado Tú, Tú que me has perdonado, Tú, Dios, Tú, Puro, Tú..., si mi hermano, que también me ama, siendo hombre, sólo hombre, no ha perdonado todo en el fondo de su corazón! No, no es así; debo decir: no ha olvidado mi pasado y, cuando la debilidad de la agonía ha nublado en él su bondad que yo creía olvido del pasado, ha expresado su dolor a gritos, su indignación por mí... ¡Oh!...

María llora...

-No llores, María. Dios te ha perdonado y ha olvidado. El alma de Lázaro también ha perdonado y ha olvidado, ha querido olvidar. El hombre no ha podido olvidar todo. Y cuando la carne ha dominado con su extrema convulsión a la voluntad desfallecida, el hombre ha hablado.

-No estoy enojada por ello, Señor. Me ha servido para amarte más y para amar más todavía a Lázaro. Pero desde ese momento también yo he anhelado tu presencia... porque era demasiado angustioso pensar en Lázaro muerto sin paz por causa mía... y después, después, cuando te he visto escarnecido (*despreciado e insultado*) por los judíos... cuando he visto que no venías ni siquiera después de la muerte, ni siquiera después de que te había obedecido esperando más allá de lo creíble, esperando hasta cuando el sepulcro se abrió para recibirlo, entonces también mi espíritu ha sufrido. Señor, si debía expiar, y, sin duda, debía hacerlo, he expiado, Señor...

-¡Pobre María! Conozco tu corazón. Has merecido el milagro. Que ello te afirme en saber esperar y creer.

-Maestro mío, ya esperaré y creeré siempre. No dudaré ya, nunca más, Señor. Viviré de fe. Tú me has dado la capacidad de creer lo increíble.

-¿Y tú, Marta? ¿Tú has aprendido? No. Todavía no. Eres mi Marta. Pero no eres todavía mi perfecta adoradora. ¿Por qué obras y no contemplas? Es más santo. ¿No lo ves? Tu fuerza, estando demasiado dirigida a cosas terrenas, ha cedido ante la constatación de esos hechos terrenos que pueden parecer algunas veces sin remedio, si Dios no interviene. La criatura necesita por eso saber creer y contemplar; necesita amar hasta el extremo de las fuerzas de todo el hombre, con el pensamiento, el alma, la carne, la sangre, con todas las fuerzas del hombre, repito. Te quiero fuerte, Marta. Te quiero perfecta. No has sabido obedecer porque no has sabido creer y esperar completamente, y no has sabido creer y esperar porque no has sabido amar totalmente. Pero Yo te absuelvo de ello. Te perdono, Marta. He resucitado a Lázaro hoy. Ahora te doy un corazón más fuerte. A él le he devuelto la vida, a ti te infundo la fuerza de amar, creer y esperar perfectamente.

Ahora estén contentas y en paz. Perdonen a quienes las han ofendido en estos días...

-Señor, en esto yo he pecado. Hace poco, al viejo Cananías, que te había tomado a burla los otros días, le he dicho: "¿Quién ha triunfado? ¿Tú o Dios? ¿Tu burla o mi fe? Cristo es el Viviente y es la Verdad. Yo sabía que su gloria brillaría con mayor fuerza. Y tú, viejo, reconstrúyete el alma, si no quieres conocer la muerte".

-Está bien lo que has dicho. Pero no disputes con los malvados, María. Y perdona. Perdona si me quieres imitar... Ahí está Lázaro. Oigo su voz.

En efecto, Lázaro está entrando, vestido de nuevo, bien afeitadas las mejillas, los cabellos en orden y perfumados. Con él están Maximino y el Zelote.

-¡Maestro! -Lázaro se arrodilla, adorando todavía.

Jesús le pone una mano en la cabeza y sonríe. Dice:

-La prueba ha sido superada, amigo mío. Para ti y para tus hermanas. Ahora estén alegres y sean fuertes para servir al Señor. ¿Qué recuerdas, amigo, del pasado? Quiero decir: de tus últimas horas.

-Un gran deseo de verte y una gran paz envuelto en el amor de mis hermanas.

-¿Y qué es lo que más te dolía dejar al morir?

-A Ti, Señor, y a mis hermanas. A Ti, por no poderte servir; a ellas, porque me han dado toda suerte de alegrías...

-¡Oh! ¿Yo, hermano?

-Tú más que Marta. Tú me has dado a Jesús y la medida de lo que es Jesús. Y tú has sido dada por Jesús a mí; tú, María, eres el don de Dios.

-Lo decías también cuando morías...- dice María, y escudriña el rostro de su hermano.

-Porque es mi constante pensamiento.

-Pero te he causado mucho dolor...

-También la enfermedad me causó dolor. Pero por ella espero haber expiado las culpas del viejo Lázaro, y haber resucitado purificado para ser digno de Dios. Tú y yo, los dos resucitados para servir al Señor, y Marta entre nosotros, ella que siempre fue la paz de la casa.

-¿Lo estás oyendo, María? Lázaro dice palabras de sabiduría y verdad. Ahora me retiro y los dejo a que gocen de su alegría...

-No, Señor. Quédate con nosotros, aquí; quédate en Betania, en mi casa. Será hermoso...

-Me quedará. Quiero compensarte todo lo que has padecido. Marta, no estés triste. Marta piensa que me ha causado dolor. Pero mi dolor no es tanto por ustedes, cuanto por los que no quieren redimirse. Ellos odian cada vez más. Tienen el veneno en el corazón... Pues bien... de todas formas, perdonamos...

-Perdonamos, Señor – dice Lázaro con su benévola sonrisa... y en estas palabras todo termina.

DICE JESÚS

En el Evangelio de Juan, (Juan 11,30) como se lee desde hace ya siglos, está escrito: “Jesús no había entrado todavía en Betania”. Para prevenir posibles objeciones, hago la observación de que entre esta frase y la de la Obra: que Yo me encontré con Marta a pocos pasos del estanque, en el jardín de Lázaro, no hay contradicciones de hechos, sino sólo de traducción y descripción. Tres cuartas partes de Betania eran de Lázaro. Como también era suya una buena parte de Jerusalén. Pero vamos a hablar de Betania. Siendo tres cuartas partes de ella de Lázaro, podía decirse: Betania de Lázaro. Por tanto, no contendría error el texto, como algunos quieren decir, ora hubiera visto a Marta en el pueblo, ora la hubiera visto en la fuente. Y, en verdad, Yo no había entrado en el pueblo, evitando así que vinieran los de Betania, todos ellos hostiles contra los del Sanedrín. Había pasado por detrás de Betania para ir a la casa de Lázaro, que estaba en el extremo opuesto respecto a una persona que entrara en Betania viniendo de Ensemes. Por tanto, es exacto lo que dice Juan, de que Jesús no había entrado todavía en el pueblo. Y también habla con exactitud el pequeño Juan (María Valtorta) al decir que me había parado cerca del estanque (fuente para los hebreos), ya en el jardín de Lázaro; pero que estaba todavía muy lejos de la casa. Consideren éstos, además, que mientras se estaba en el tiempo de luto y de la impureza (todavía no era el séptimo día después de la muerte), las hermanas no salían de la casa; por tanto, en el recinto de su propiedad se produjo este encuentro. Nótese que el pequeño Juan habla de la llegada de los de Betania al jardín no antes de que Yo hubiera ordenado retirar la piedra. Antes Betania no sabía que estaba en Betania; sólo cuando se esparció la noticia vinieron a casa de Lázaro.

Habría podido intervenir a tiempo para impedir la muerte de Lázaro. Pero no quise hacerlo. Sabía que esta resurrección sería un arma de doble filo, porque convertiría a los judíos de pensamiento recto y haría más rencorosos a los de pensamiento no recto. De éstos, y al son de esta última manifestación de mi poder, provendría mi sentencia de muerte. Pero había venido al mundo para ésto, y la hora ya había madurado para que ello se cumpliera. También hubiera podido ir donde Lázaro inmediatamente. Pero necesitaba convencer a los incrédulos más obstinados con la resurrección a partir de un estado de descomposición ya avanzado; y también a mis apóstoles, que, destinados a llevar mi fe al mundo, tenían necesidad de poseer una fe fortalecida por milagros excelentes.

En los apóstoles había mucha humanidad. Ya lo he dicho. No era éste un obstáculo insuperable; más bien, era una lógica consecuencia de su condición de hombres llamados a ser míos a una edad ya adulta. No se cambia una mentalidad, una forma mentis (*forma de pensar o actuar*), de un día para otro. Y Yo, en mi sabiduría, no quise tampoco elegir y educar a niños y formarlos según mi pensamiento para hacer de ellos mis apóstoles. Habría podido hacerlo. No quise hacerlo, para que las almas no me criticaran el haber despreciado a aquellos que no son inocentes y alegaran como disculpa y justificación el que también Yo había significado con mi elección que quienes están ya formados no pueden cambiar. No. Todo se puede cambiar, si se quiere. Y, efectivamente, Yo, de pusilánimes, pendencieros, usureros, sensuales, incrédulos, hice mártires, santos, evangelizadores del mundo. Sólo el que no quiso no cambió.

Yo amé y amo al pequeño y al débil – tú eres un ejemplo de ello (se dirige a María Valtorta) – con tal de que tengan la voluntad de amarme y de seguirme, y de estas “nadas” hago mis predilectos, mis amigos, mis ministros. Y me sigo sirviendo de ellos, y es un milagro continuo que hago, para llevar a los otros a creer en Mí, a no ahogar las posibilidades de milagro ¡Qué débil es ahora esta posibilidad! Cual lámpara a la que le falte el aceite, esta posibilidad agoniza y muere, ahogadas por la escasa o inexistente fe en el Dios del milagro.

Hay dos formas de prepotencia al pedir el milagro. A una, Dios cede con amor; a la otra, le vuelve las espaldas desdeñado. La primera es la que pide, como he enseñado a pedir, sin desconfianza ni cansancio, y no admite que Dios pueda no escucharla, porque Dios es bueno y quien es bueno escucha, porque Dios es poderoso y lo puede todo. Esta forma es amor, y Dios concede a quien ama. La otra es la prepotencia de los rebeldes que quieren que Dios sea su siervo y que se humille ante sus maldades y que les dé a ellos aquello que ellos no le dan a Él: amor y obediencia. Esta forma es una ofensa, que Dios castiga negando sus gracias.

Se quejan de que Yo ya no efectúo los milagros colectivos. ¿Cómo podría efectuarlos? ¿Dónde están las colectividades que creen en Mí? ¿Dónde, los verdaderos creyentes? ¿Cuántos son, en una colectividad, los verdaderos creyentes? Cuales flores sobrevivientes en un bosque quemado por un incendio, así veo Yo, de vez en cuando, un espíritu creyente; el resto lo ha quemado Satanás con sus doctrinas. Y cada vez lo quemará más.

Les ruego que tengan presente, para regla sobrenatural de ustedes, mi respuesta a Tomás. No se puede ser verdadero discípulo Mío si uno no sabe dar a la vida humana el peso que le conviene:

como medio para conquistar la Vida verdadera, no como fin. El que quiera salvar su vida en este mundo perderá la Vida eterna. Lo dije y lo repito. ¿Qué son las pruebas? La nube que pasa. El Cielo permanece y los espera más allá de la prueba.

Yo he conquistado el Cielo para ustedes con mi heroísmo. Ustedes deben imitarme. El heroísmo no está reservado sólo a aquellos que deben conocer el martirio. La vida cristiana es un continuo heroísmo, porque es una continua lucha contra el mundo, el demonio y la carne. Yo no los fuerzo a seguirme. Los dejo libres. Pero hipócritas no los acepto. O Conmigo y como Yo, o contra Mí. Ciertamente es que no pueden engañarme. A Mí no me pueden engañar. Y Yo no desciendo a pactos con el Enemigo. Si le prefieren antes que a Mí, no pueden pensar en tenerme a Mí por Amigo contemporáneamente. O él o Yo, elijan.

El dolor de Marta es distinto del de María, debido a la distinta psicología de las dos hermanas y al distinto modo de comportarse que habían tenido. ¡Dichosos aquellos que se comportan de forma que no tienen luego el remordimiento de haber causado dolor a alguien que ahora está muerto y que ya no puede ser consolado del dolor que se le causó! Pero ¡Cuánto más dichoso es aquel que no tiene el remordimiento de haber causado dolor a su Dios, a Mí, a Jesús, y no teme su encuentro Conmigo; antes al contrario, suspira por este encuentro, como alegría ansiosamente soñada durante toda la vida y por fin alcanzada!

Yo soy su Padre, Hermano, Amigo. ¿Por qué, pues, me hieren tantas veces? ¿Saben cuánto les queda de vida todavía? ¿de vida para hacer reparación? No lo saben. Pues entonces, hora tras hora, día tras día, obren bien; siempre bien. Me harán siempre feliz. Y aunque llegue a ustedes el dolor, porque el dolor es santificación, es la mirra que preserva de la corrupción de la carnalidad, tendrán siempre en ustedes la certidumbre de que los amo, y que los amo incluso en ese dolor, y siempre tendrán la paz que proviene de mi amor. Tú, pequeño Juan, sabes si sé consolar incluso en el dolor.

En mi oración al Padre se repitió cuanto he dicho al principio: era necesario zarandear con un milagro excelente la obtusidad de los judíos y del mundo en general. Y la resurrección de una persona sepultada hacía cuatro días, y que había descendido a la tumba después de una larga, crónica, repugnante, conocida enfermedad, no era algo que debiera dejar indiferente a nadie, y tampoco en duda. Si lo hubiera curado mientras vivía, o si hubiera infundido en él el espíritu inmediatamente después de la muerte, la mordacidad de los enemigos hubiera podido crear dudas acerca de la entidad del milagro. Pero el hedor del cadáver, la podredumbre en las vendas, el largo tiempo pasado en el sepulcro, no permitían dudas. Y, milagro en el milagro, quise que a Lázaro le quitasen las vendas y lo limpiaran en presencia de todos, para que se viera que había vuelto no sólo a la vida, sino también la integridad de los miembros donde antes la carne ulcerada había introducido en la sangre gérmenes de muerte. Al conceder una gracia, doy siempre más de lo que piden.

Lloré delante de la tumba de Lázaro. Y se ha dado muchos nombres a este llanto. Pero, antes de nada, sepan que las gracias se obtienen, ambas cosas unidas, con dolor y fe segura en el Eterno. Lloré no tanto por la pérdida del amigo y por el dolor de las hermanas, cuanto porque, cual fondo submarino que se agita, afloraron en aquella hora, más vivas que nunca, tres ideas que, como tres clavos, habían hincado siempre su punta en mi corazón.

La constatación de la ruina a la que había llevado Satanás al hombre seduciéndolo al Mal. Ruina cuya condena humana era el dolor y la muerte. La muerte física, emblema y metáfora viva de la muerte espiritual, que la culpa procura al alma hundiéndola, a ella que es reina destinada a vivir en el reino de la Luz, en las tinieblas infernales.

El convencimiento de que ni siquiera este milagro, puesto casi como corolario sublime de tres años de evangelización, convencería al mundo judío de la Verdad de que Yo era Portador. Y que ningún milagro iba a convertir para Cristo al mundo que habría de venir. ¡Oh, qué dolor el estar próximo a la muerte por tan pocos!

La visión mental de mi próxima muerte. Era Dios. Pero también era Hombre. Y para ser Redentor debía sentir el peso de la expiación; por tanto, también el horror de la muerte, de esa muerte. Yo era uno que vivía, uno que estaba sano y que se decía a Sí mismo: “Pronto estaré muerto, estaré en un sepulcro como Lázaro. Pronto tendré por compañera a la más atroz de las agonías. Debo morir”. La bondad de Dios los exonera del conocimiento del futuro. Pero Yo no fui exonerado de ello.

Ustedes que se quejan de su condición: Ninguna fue más triste que la Mía, porque tuve la constante presciencia (*previo-conocimiento*) de todo lo que debía sucederme, unida ella a la pobreza, las incomodidades, los comportamientos malévolos que me acompañaron desde el nacimiento hasta la muerte. No se quejen, pues, y esperen en Mí. Les doy mi paz.

Si la noticia de la muerte de Lázaro había impresionado y agitado a Jerusalén y a buena parte de Judea, la noticia de su resurrección termina de producir impresión y penetrar en los lugares en que no había producido agitación la noticia de su muerte.

Quizás los pocos fariseos y escribas, o sea, los miembros del Sanedrín, presentes en la resurrección no hayan hablado de ello a la gente. Pero lo cierto es que los judíos sí lo han hecho, y la noticia se ha expandido en un abrir y cerrar de ojos; y, de casa a casa, de terraza a terraza, voces de mujeres la transmiten, mientras que, en la calle, el pueblo la difunde con un gran júbilo por el triunfo de Jesús y por Lázaro. La gente puebla de nuevo las calles, presurosa, de un lado para otro, creyendo llegar siempre antes a dar la noticia, pero quedando desilusionada, porque la noticia se sabe en Ofel y en Beceta y en Sión y en Sixto (*barrios de Jerusalén*); se sabe en las sinagogas, en los bazares, en el Templo y en el palacio de Herodes; se sabe en la Antonia (*torre de los romanos*) y desde la Antonia se difunde, o viceversa, hacia los puestos de guardia situados en las puertas (*de la ciudad*); llena tanto los palacios como los tugurios: “El Rabí de Nazaret ha resucitado a Lázaro de Betania, que había muerto el día antes del viernes y que había sido sepultado antes del comienzo del sábado, y ha resucitado a la hora sexta de hoy”. Las aclamaciones judías al Cristo y al Altísimo se entremezclan con los diferentes “¡Por Júpiter! ¡Por Pólux! ¡Por Libítina!” etc. etc. de los romanos.

A los únicos que no veo entre la gente que habla por las calles es a los del Sanedrín. No veo ni a uno de ellos, mientras que sí veo a Cusa, a Manahén salir de un espléndido palacio; y oigo que Cusa dice: -¡Grande! ¡Grande! He enviado inmediatamente la noticia a Juana. ¡Él es realmente Dios! -y Manahén le responde:

-Herodes, que ha venido de Jericó a presentar sus obsequios... a su amo, a Poncio Pilato, parece enloquecido en su palacio; Herodías, por su parte, está rabiosa y le insta para que ordene el arresto del Cristo. Ella tiembla por su poder; él, por los remordimientos. A Herodes le castañetea los dientes mientras dice a los más fieles que lo defiendan... de los espectros. Se ha embriagado para infundirse valor, y el vino le da vueltas en la cabeza presentándole fantasmas. Grita, diciendo que el Cristo ha resucitado también a Juan, el cual le grita de cerca las maldiciones de Dios. Yo he huído de esa Gehena. Me ha sido suficiente decirle: “Lázaro ha resucitado por obra de Jesús Nazareno. Ojo con tocarlo, porque es Dios”. Mantengo en él ese miedo para que no ceda a los deseos homicidas de ella.

-Yo, sin embargo, tendré que ir allá... Debo ir. Pero he querido antes pasar a ver a Eliel y a Elcaná. Viven su propia vida, ipero siguen siendo voces influyentes en Israel! Y Juana está contenta de que los honre. Y yo...

-Una buena protección para ti. Es verdad. Pero nunca como el amor del Maestro. Ese amor es la única protección que tiene valor...

_Cusa no replica. Piensa... Yo los pierdo de vista.

De Beceta viene presuroso José de Arimatea. Lo paran. Se trata de un grupo de vecinos de la ciudad que no están seguros todavía de que se deba creer la noticia. Y se lo preguntan a él.

-Verdadera. Verdadera. Lázaro ha resucitado, e incluso está curado. Lo he visto con mis propios ojos.

-Pero entonces... ¡Realmente es el Mesías!

-Ésas son sus obras. Su vida es perfecta. Los tiempos son éstos. Satanás combate contra Él. Que cada uno concluya en su corazón lo que es el Nazareno. - dice, con prudencia y al mismo tiempo con justicia, José. Saluda y se marcha.

Ellos intercambian sus opiniones y terminan por concluir:

-Realmente es el Mesías.

Un grupo de legionarios habla. Dicen:

Si mañana puedo, voy a Betania. ¡Por Venus y Marte, mis dioses preferidos! Podré dar la vuelta al mundo, desde los desiertos ardientes hasta las heladas tierras germánicas, pero encontrarme donde resucite uno que ha muerto días antes, no me sucederá nunca más. Quiero ver cómo es uno que vuelve de la muerte. Estará negro por las aguas de los ríos de ultratumba...

-Si era virtuoso estará lívido, porque habrá bebido de las aguas cerúleas (*azules*) de los Campos Elíseos. Allí no está sólo el Estigio... (*Río y lago de la mitología griega*).

-Nos dirá cómo son los prados de asfódelo (*lugar de los muertos*) del Hades... Voy yo también...

-Si Poncio quiere...

-¡Claro que quiere! Ha mandado inmediatamente un correo a Claudia para llamarla. A Claudia le gustan estas cosas. La he oído más de una vez conversar, con las otras y con sus libertos griegos, de alma y de inmortalidad.

-Claudia cree en el Nazareno. Para ella es mayor que ningún otro hombre.

-Sí. Pero para Valeria es más que hombre. Es Dios. Una especie de Júpiter y de Apolo, por poder y hermosura, dicen, y más sabio que Minerva. ¿Ustedes lo han visto? Yo he venido con Poncio por primera vez aquí y no sé...

-Creo que has llegado a tiempo para ver muchas cosas. Hace poco, Poncio gritaba como Estentor, (*personaje de La Ilíada que tenía una muy fuerte voz*) diciendo: “¡Aquí hay que cambiar todo! ¡Tienen que comprender que Roma manda y que ellos, todos, son siervos! ¡Y cuanto más grandes sean, más siervos, porque son más peligrosos!”. Creo que era por esa tablilla que le había llevado el criado de Anás...

-Sí, claro, no quiere escucharlos... Y nos cambia a todos porque... no quiere amistades entre nosotros y ellos.

-¿Entre nosotros y ellos? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Con esos narigudos que son unos falsos? Poncio digiere mal el demasiado cerdo que come. Todo lo más... la amistad es con alguna mujer que no desprecia el beso de bocas sin barba... - ríe uno maliciosamente.

-El hecho es que después de la agitación de los Tabernáculos ha pedido y obtenido el cambio de todos los soldados, y que nosotros tenemos que irnos...

-Eso es verdad. Ya estaba anunciada en Cesárea la llegada de la galera que trae a Longinos y a su centuria. Suboficiales nuevos, soldados nuevos... y todo por esos cocodrilos del Templo. Yo estaba bien aquí.

-Mejor estaba yo en Brindis... Pero me acostumbraré – dice el que ha llegado hace poco a Palestina. Se alejan también ellos.

Pasan miembros de la guardia del Templo, con tablillas enceradas. La gente los ve y dice:

-El Sanedrín se reúne con carácter de urgencia. ¿Qué querrán hacer?

Uno responde:

-Vamos a subir al Templo y lo vemos...

Se encaminan hacia la calle que va al Moria.

El Sol desaparece tras las casas de Sión y tras los montes occidentales. Se viene la noche, que pronto desaloja de curiosos las calles. Los que han subido al Templo bajan inquietos, porque habían sido alejados incluso de las puertas, donde se habían detenido para ver pasar a los miembros del Sanedrín.

El interior del Templo, vacío, desierto, envuelto en la luz de la Luna, parece inmenso. Los Ancianos se reúnen lentamente en la Sala del Sanedrín. Están todos, como para la condena de Jesús, pero no están los que entonces hacían de escribanos. Sólo están los miembros del Sanedrín, parte en sus respectivos sitios, parte formando grupos junto a las puertas. Entra Caifás con su cara y su cuerpo de sapo obeso y malo, y va a su sitio. Empiezan inmediatamente a discutir sobre los hechos ocurridos, y tanto les apasiona la cosa, que pronto la sesión se anima mucho: dejan los sitios y bajan al espacio vacío, y gesticulan y hablan alto. Hay quien aconseja la calma, y que se ponderen bien las cosas antes de tomar decisiones. Otros rebaten esta postura:

-¿Pero no han oído a los que han venido aquí después de la hora nona? Si perdemos a los judíos más importantes ¿de qué nos servirá acumular acusaciones? Cuanto más viva, menos seremos creídos si lo acusamos.

-Este hecho no se puede negar. No se les puede decir a los muchos que estaban allí: “Han visto mal. Es una ficción. Estaban borrachos”. El muerto estaba muerto. Descompuesto. Deshecho. El muerto estaba colocado en el sepulcro cerrado. El sepulcro estaba bien tapiado. El muerto estaba desde días antes vendado y con los ungüentos. El muerto estaba atado. Y, a pesar de todo, ha salido de su sitio, ha venido él solo sin andar hasta la entrada. Y, una vez liberado, en su cuerpo no había muerte. Respiraba. No estaba descompuesto. Mientras que antes, cuando vivía, estaba llagado, y, ya muerto, estaba todo descompuesto.

-¿Han oído a los más influyentes judíos, a los que habíamos llevado allí para conquistárnoslo del todo para nosotros? Han venido a decirnos: “Para nosotros, es el Mesías”. ¡Casi todos han venido! ¡Y...bueno, el pueblo...!

-¿Y a estos malditos romanos llenos de fantasías no los tienen en cuenta? Para ellos es Júpiter Máximo. ¡Y si les da por esa idea...! Nos han dado a conocer sus historias y ha sido causa de maldición. ¡Maldición sobre quienes quisieron el helenismo en nosotros y por adulación nos profanaron con costumbres no nuestras! De todas formas, eso también enseña. Y hemos aprendido que enseguida el romano derriba y eleva con conjuras y golpes de estado. Pero, si alguno de estos locos se entusiasma con el Nazareno y lo proclama César, y, por tanto, divino, ¿quién le toca un pelo después?

-¡No, hombre! ¿Quién va a hacer eso, según tú? Ellos se burlan de Él y de nosotros. Por muy grande que sea lo que hace, para ellos sigue y seguirá siendo “un hebreo”, por tanto, un miserable. El miedo te hace desvariar, hijo de Anás.

-¿El miedo? ¿has oído cómo respondió Poncio a la invitación de mi padre? Te digo que está alterado. Está alterado por este último hecho, y teme al Nazareno. ¡Pobres de nosotros! ¡Ese hombre ha venido para nuestra ruina!

-¡Si al menos no hubiéramos ido allí y no hubiéramos ordenado casi que fueran los judíos más influyentes! Si Lázaro hubiera resucitado sin testigos...

-¿Y en qué hubiera cambiado la cosa? ¡No hubiéramos podido hacerlo desaparecer! ¿No?, ¡para que la gente creyera que seguía muerto!

-Eso no. Pero hubiéramos podido decir que había sido una falsa muerte; gente pagada para falsos testimonios siempre se encuentra.

-Pero, ¿por qué tan nerviosos? ¡No veo el motivo! ¿Acaso ha hecho algo que incite contra el Sanedrín y el Pontificado? No. Se ha limitado a hacer un milagro.

-¿Se ha limitado? Pero, ¿desvarías o estás vendido a Él, Eleazar? ¿No ha incitado contra el Sanedrín y el Pontificado? ¿Y qué más querías que hiciera? La gente...

-La gente puede decir lo que quiera, pero las cosas son como dice Eleazar. El Nazareno lo único que ha hecho ha sido un milagro.

-¡Ahí tenemos al otro que lo defiende! ¡Ya no eres un justo, Nicodemo! ¡Ya no eres un justo! Esto es un acto contra nosotros. Contra nosotros, ¿comprendes? Ya nada convencerá a la masa. ¡Pobres de nosotros! Hoy algunos judíos se burlaban de mí. ¡Burlarse de mí! ¡De mí!

-¡Calla, Doras! Tú eres sólo un hombre. ¡Es la idea la que sufre el daño! Nuestras leyes. ¡Nuestras prerrogativas! (*privilegios*).

-Bien dices, Simón. Y hay que defenderlas.

-Sí, ¿pero cómo?

-¡Atacando, destruyendo las suyas!

-Se dice pronto, Sadoq. ¿Cómo las destruyes, si tú no sabes por ti mismo que reviva un mosquito? Aquí lo que se requeriría sería un milagro más grande que el suyo. Pero ninguno de nosotros puede hacerlo, porque... - el que está hablando no sabe el por qué. José de Arimatea termina la frase:

-Porque nosotros somos hombres, sólo hombres.

Se le echan encima preguntándole:

-¿Y Él, entonces, quién es?

José de Arimatea responde seguro:

-Él es Dios. Si todavía lo hubiera dudado...

-Pero no lo dudabas. Lo sabemos, José. Lo sabemos. ¡Dilo, hombre, di abiertamente que lo estimas!

-¿Qué hay de malo en que José lo estime? Yo mismo lo reconozco como el mayor rabí de Israel.

-¡Tú! ¿Tú, Gamaliel. Dices eso?

-Lo digo. Y me honro que Él... me destrone. Porque hasta ahora yo había conservado la tradición de los grandes rabíes, el último de los cuales fue Hil.lél, pero no sabía quién hubiera podido después de mí recoger la sabiduría de los siglos. Ahora me marchó contento, porque sé que la sabiduría no morirá, sino que, al contrario, se hará mayor, porque estará aumentada por la suya, en la que, sin duda, está presente el Espíritu de Dios.

-¿Pero qué estás diciendo Gamaliel?

-La verdad. No es tapándonos los ojos como podemos ignorar lo que somos. No somos más sabios porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y nosotros somos pecadores sin temor de Dios. Si tuviéramos este temor, no oprimiríamos al justo, ni tendríamos la necia avidez de las riquezas de este mundo. Dios da y Dios quita; según los méritos y los deméritos. Y si Dios ahora nos quita lo que nos había dado, para dárselo a otros, bendito sea, porque santo es el Señor y santas son todas sus acciones.

-Pero estábamos hablando de milagros, y queríamos decir que ninguno de nosotros los puede hacer porque Satanás no está con nosotros.

-No. Porque Dios no está con nosotros. Moisés separó las aguas y abrió la roca. Josué detuvo el Sol. Elías resucitó al niño e hizo caer la lluvia. Pero con ellos estaba Dios. Les recuerdo (*Proverbios 6, 16-19*) que seis son las cosas que Dios odia, y detesta la séptima: los ojos soberbios, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que trama planes malvados, los pies que corren rápidos hacia el mal, el falso testimonio que dice mentiras, y a aquel que introduce discordia entre los hermanos. Nosotros hacemos todas estas cosas. Digo “nosotros”, pero las hacen sólo ustedes, porque yo me abstengo de gritar “hosanna” y de gritar “anatema”. Yo espero.

-¡La señal! ¡Sí, tú esperas la señal! ¿Pero qué señal esperas de un pobre... desquiciado, si es que queremos ser máximamente indulgentes con él?

Gamaliel alza las manos y, con los brazos extendidos hacia delante, los ojos cerrados, la cabeza levemente inclinada, más hierático (*solemne*) que nunca, dice lentamente y con voz lejana:

-He invocado ansiosamente al Señor para que me indicara la verdad, y Él me ha iluminado las palabras de Jesús, hijo de Sirá (Eclesiástico 24, 8.18-26. 28-32).Éstas: “El Creador de todas las cosas me habló y me dio sus órdenes, y Aquel que me creó descansó en mi Tabernáculo y me dijo: “Habita en Jacob, esté tu herencia en Israel, echa tus raíces entre mis elegidos”... Y también me iluminó éstas, y las reconocí: “Vengan a Mí, ustedes, todos los que me anhelan, y sáciense con mis frutos, porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia lo es más que el panal. El recuerdo de Mí perdurará en las generaciones a través de los siglos. Quienes me coman tendrán hambre de Mí, quienes me beban tendrán sed de Mí, quienes me escuchen no deberán avergonzarse, quienes trabajen para Mí no pecarán, quienes me expliquen tendrán la vida eterna”. Y la luz de Dios aumentó en mi espíritu mientras mis ojos leían estas palabras: “Todas estas cosas contiene el libro de la Vida, el testamento del Altísimo, la doctrina de la Verdad... Dios prometió a David que haría nacer de él al Rey potentísimo, que ha de estar sentado eternamente en el trono de la gloria. Rebosa de sabiduría como el Pisón y el Tigris en el tiempo de los nuevos frutos; como el Éufrates rebosa de inteligencia y crece como el Jordán en el tiempo de la cosecha. Irradia la sabiduría como la luz... Él ha sido el primero en conocerla perfectamente”. ¡Esto es lo que me ha hecho ver Dios! Pero, ¿qué digo? No, la Sabiduría que está entre nosotros es demasiado grande para que nosotros la comprendamos y acojamos un pensamiento mayor que los mares, un consejo más profundo que el gran abismo. Y le oímos gritar: “Yo, como canal de aguas inmensas broté del Paraíso y dije: “Regaré mi jardín”, y mi canal se hizo río; y el río, mar. Cual aurora, irradió a todos mi doctrina, y la daré a conocer a los más lejanos. Entraré en los lugares más bajos, dirigiré mi mirada a los que duermen, iluminaré a los que esperan en el Señor. Y seguiré difundiendo mi doctrina como profecía y la dejaré a aquellos que buscan la sabiduría; no dejaré de anunciarla hasta el siglo santo. No he trabajado para Mí sólo, sino para todos aquellos que buscan la verdad”. Esto me hizo leer Yeohveh, el Altísimo – y baja los brazos y la cabeza.

-¿Pero entonces para ti es el Mesías? ¡Dilo!

-No es el Mesías.

-¿No es? ¿Y entonces qué es para ti? Demonio, no; ángel, no; Mesías, no...

-Es el que es.

-¡Tú deliras! ¿Es Dios? ¿Es Dios para ti ese demente?

-Es el que es. Dios sabe lo que Él es. Nosotros vemos sus obras. Dios ve también sus pensamientos. Pero no es el Mesías, porque para nosotros Mesías quiere decir rey. Él no es, no será rey. Pero es santo. Y sus obras son obras de santo. No podemos alzar la mano contra el inocente, si no es cometiendo pecado. Yo no doy mi consentimiento al pecado.

-¡Pero con esas palabras casi lo declaras el Esperado!

-Así le consideré; mientras duró la luz del Altísimo, lo vi como tal. Luego... no manteniéndome ya la mano del Señor sobreelevado en su luz, me encontré siendo de nuevo... hombre, hombre de Israel, y las palabras ya no eran más que palabras a las que el hombre de Israel, yo, ustedes, los de antes de nosotros y – que Dios no lo permita- los que vendrán después de nosotros, den el significado de su, de nuestro pensamiento, no el significado que tienen en el Pensamiento eterno que las dictara a su siervo.

-Estamos hablando, divagando, perdiendo el tiempo. Mientras tanto, el pueblo se agita – dice Cananías con una voz que es un graznido.

-¡Así es! Lo que hay que hacer es decidir y actuar, para salvarnos y triunfar.

-Dicen ustedes que Pilatos no nos quiso auxiliar cuando le pedimos su ayuda contra el Nazareno. Pero si le informáramos... Han dicho antes que si los soldados se exaltan, pueden proclamarlo César... ¡Je! ¡Je! Buena idea. Vamos a exponer al Procónsul este peligro. Recibiremos honores como los reciben los fieles servidores de Roma, y... si interviene, nos veremos libres del Rabí. ¡Vamos! ¡Vamos! Tú, Eleazar de Anás, que tienes más amistad con él que los demás, sé nuestro guía – dice Elquías, riéndose con aspecto víperino (*de víbora*).

Hay un poco de indecisión, pero luego un grupo de los más fanáticos sale para dirigirse a la Antonia (*torre de los romanos*). Se queda Caifás junto con los otros.

-¡A esta hora! No los recibirá – objeta uno.

-No, no, al contrario; es la mejor. Poncio está siempre de buen humor cuando ha comido y bebido como bebe y come un pagano...

Los dejo allí discutiendo y se me presenta la escena de la Antonia.

Pronto y sin dificultad se recorre el breve trayecto. Hay una Luna tan límpida, que crea un fuerte contraste con la luz roja de las antorchas encendidas en el vestíbulo del palacio pretorial.

Eleazar logra que anuncien su llegada a Pilato. Los pasan a una sala grande y vacía, completamente vacía; hay sólo una pesada silla, de respaldo bajo, cubierta con un paño púrpura, que resalta vivamente en la blancura completa de la sala. Están en grupo, un poco atemorizados, con frío, en pie sobre el mármol blanco del suelo. No viene nadie. El silencio es absoluto. Pero, de cuando en cuando, una música lejana rompe este silencio.

-Pilato está sentado a la mesa. Sin duda, con los amigos. Esta música la están tocando en el triclinio. Habrá danzas en honor de los invitados – dice Eleazar de Anás.

-¡Degenerados! Mañana me purificaré. Estas paredes rezuman lujuria – dice Elquías con expresión de repulsa.

-¿Por qué has venido, entonces? Tú mismo lo has propuesto – le replica Eleazar.

-Por el honor de Dios y el bien de la Patria sé hacer cualquier sacrificio. ¡Y éste es grande! Me había purificado por haberme acercado a Lázaro... y ahora... ¡Qué día más terrible hoy!...

Pilato no viene. El tiempo pasa. Eleazar, que conoce este lugar, ve si puede abrir alguna puerta, pero están todas cerradas. El miedo se apodera de ellos. Reafloran historias terribles. Se arrepienten de haber ido allí. Se sienten ya perdidos.

Por fin, por el lado opuesto a aquel en que están ellos (están junto a la puerta por la que han entrado), o sea, cerca de la única silla de la sala, se abre una puerta y entra Pilato, vestido con blancas vestiduras, sencillo como la sala sencilla. Entra hablando con unos convidados. Ríe. Se vuelve para ordenarle a un esclavo que tiene alzada la cortina que hay al otro lado de la puerta que eche esencias en un brasero y que traiga perfumes y aguas para las manos; y para ordenar que un esclavo lleve espejos y peines. De los hebreos ni se ocupa; es como si no estuvieran. Ellos rabian, pero no se atreven a hacer ningún gesto...

Entretanto, están bajando braseros, y esparcen encima las resinas encima de los fuegos y echan aguas perfumadas en las manos de los romanos. Un esclavo, con diestros movimientos, peina según la moda de los ricos romanos de la época. Y los hebreos rabian.

Los romanos bromean y se ríen unos con otros, mirando de vez en cuando al grupo que espera en el fondo de la sala. Uno de ellos dice algo a Pilato, que ni una vez se ha vuelto para mirar. Pero Pilato se encoge de hombros en señal de fastidio y da unas palmadas para llamar a un esclavo, al cual le ordena, en voz alta, que lleve dulces y haga pasar a las bailarinas. Los hebreos rabian de ira y de sentimiento de escándalo. ¡Pensar en un Elquías obligado a ver a las bailarinas! Su cara es todo un poema de sufrimiento y de odio.

Llegan los esclavos con los dulces en preciosas copas. Detrás de ellos, las bailarinas, coronadas con flores y apenas cubiertas con unas telas tan ligeras que parecen velos. Sus carnes blanquísimas se transparentan tras los ligeros vestidos de color rosa y azul, cuando pasan por delante de los braseros encendidos y de las muchas antorchas puestas en el fondo de la sala. Los romanos admiran la gracia de los cuerpos y movimientos, y Pilato pide que se repita un paso de baile que le ha gustado más. Elquías –y sus compinches hacen lo mismo- se vuelven indignados hacia la pared para no ver a las bailarinas pasar como mariposas entre un ondeo atrevido de vestidos.

Terminada la breve danza, Pilato pone en la mano de cada una de ellas una copa colmada de dulces y en cada copa echa con expresión de desinterés una pulsera, y les da el permiso de marcharse. Por fin, se digna volverse para mirar a los hebreos, y dice a los amigos con voz cansina (*cansada*):

-Y ahora... tengo que pasar del sueño a la realidad... de la poesía a la... hipocresía... de la gracia a las repelentes cosas de la vida. ¡Misericordias de ser Procónsul!... ¡Adiós, amigos, y tengan compasión de mí! Ya está solo. Se acerca lentamente a los hebreos. Se sienta. Se observa las bien cuidadas manos, y descubre alguna deficiencia bajo una uña. Se ocupa y se preocupa de ello sacando de entre sus vestiduras y fina y áurea barrita y poniendo remedio al gran daño de una uña imperfecta... Luego... Bondad suya- vuelve lentamente la cabeza. Sonríe burlón al ver a los hebreos todavía servilmente inclinados y dice:

-¡Eh, ustedes! ¡Aquí! Y sean breves. No tengo tiempo que perder en cosas sin valor.

Los hebreos, conservando su gesto servil, se acercan, hasta que un:

-¡Basta! No demasiado cerca – los clava en el suelo.

-¡Hablen! Y enderécense, que estar inclinados hacia el suelo es sólo propio de animales – y se ríe.

Los hebreos, al recibir la burla, se enderezan arrogantes.

-¿Entonces? ¡Hablen! Se han empeñado en venir... bueno, pues hablen ahora que están aquí.

-Queremos decirte... Nos consta... Nosotros somos siervos fieles de Roma...

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Siervos fieles de Roma! Me encargaré de que lo sepa el divino César. Se pondrá contento. Sí, se pondrá contento. ¡Hablen payasos! ¡Y rápidamente!

Los miembros del Sanedrín están que rabian, pero no reaccionan. Elquías toma la palabra por todos:

-Debes saber, oh Poncio, que hoy en Betania ha sido resucitado un hombre...

-Ya lo sé. ¿Para decirme esto han venido? Lo sé desde hace muchas horas. ¡Dichoso él, que ya sabe lo que es morir y lo que es el otro mundo! ¿Y qué puedo hacer yo, si Lázaro de Teófilo ha resucitado? ¿Me ha traído, acaso, un mensaje del Hades? - Se muestra irónico.

-No. Pero su resurrección es un peligro...

-¿Para él? ¡Claro! Peligro de tener que morir otra vez. Operación poco agradable. ¿Y bien? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Soy Júpiter, acaso?

-Peligro no para Lázaro, sino para César.

-¿Para?... ¡Dómine! ¡Quizás es que he bebido! ¿Han dicho: para César? ¿Y en qué puede perjudicar Lázaro a César? ¿Acaso temen que el hedor de su sepulcro pueda corromper el aire que respira el Emperador? ¡Tranquilícense! ¡Demasiada distancia!

-No era eso. Es que Lázaro con su resurrección puede causar la caída del Emperador.

-¿La caída del Emperador? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Esta estupidez sí que es grande, imás grande que el mundo! Pero entonces el borracho no soy yo, sino ustedes. Quizás el susto les ha trastornado la mente. Ver resucitar... Creo, creo que puede trastornar. Márchense, márchense a dormir. Un buen descanso. Y un baño caliente, muy caliente. Saludable contra los delirios.

-No estamos delirando, Poncio. Te decimos que, si no tomas las medidas oportunas, pasarás horas tristes. El usurpador, ciertamente, arremeterá contra ti, si es que no te mata incluso. Dentro de poco, el Nazareno será proclamado rey, rey del mundo, ¿comprendes? Tus propios legionarios lo harán. Ellos están seducidos por el Nazareno, y el hecho de hoy los ha exaltado. ¿Qué siervo eres de Roma, si no te preocupas de su paz? ¿Es que quieres ver al Imperio agitado, dividido por causa de tu pasivismo? ¿Quieres ver vencida a Roma y abatidas las banderas, asesinado el Emperador, todo destruido...?

-¡Silencio! Hablo yo. Y les digo: ¡son unos dementes! Más aún. Son unos embusteros, unos sinvergüenzas. Merecerían la muerte. Salgan de aquí, ruines siervos de su propio interés, de su odio, de su bajeza... Los siervos son ustedes, no yo. Yo soy ciudadano romano, y los ciudadanos romanos no son siervos de nadie. Yo soy el funcionario imperial y trabajo para los bienes patrios. Ustedes... son los que están subyugados. Ustedes... ustedes son los dominados. Ustedes... ustedes son los galeotes amarrados a los bancos y rabian inútilmente. El látigo del patrón está sobre ustedes. ¡El Nazareno!... ¿Querrían que matara al Nazareno? ¿Querrían que lo recluyera? ¡Por Júpiter! Si por salvar a Roma y al divino Emperador tuviera que apresar a los sujetos peligrosos, o matarlos aquí donde gobierno, al Nazareno y a sus seguidores debería dejarlos libres y vivos, sólo a ellos. Márchense. Desalojen y no vuelvan nunca más a mi presencia. ¡Turbulentos! ¡Instigadores de rebelión! ¡Ladrones y favorecedores de ladrones! No ignoro ninguno de sus manejos. Sépanlo. Y sepan también que armas nuevas y nuevos legionarios han servido para descubrir sus trampas y sus instrumentos. Gritan por los impuestos romanos. Pero, ¿cuánto les ha costado Melquías de Gallad, Jonás de Escitópolis, Felipe de Soko, Juan de Betavén, José de Ramaot, y todos los demás que pronto serán apresados? Y no vayan hacia las grutas del valle, porque allí hay más legionarios que piedras, y la ley y la galera son iguales para todos. ¡Para todos! ¿Comprenden? Para todos. Y espero vivir lo suficiente como para verlos a todos encadenados, esclavos entre los esclavos bajo el talón de Roma. ¡Salgan! Vayan – tú también, Eleazar de Anás, a quien no deseo volver a ver en mi casa- y refieran que el tiempo de la clemencia ha terminado, y que yo soy el Procónsul y ustedes los súbditos. Los súbditos. Y yo mando. En nombre de Roma. ¡Salgan! ¡Serpientes nocturnas! ¡Vampiros! ¿Y el Nazareno los quiere redimir? ¡Si Él fuera Dios, debía fulminarlos! Y desaparecería del mundo la mancha más asquerosa. ¡Fuera! Y no se atrevan a tramar conjuras, o conocerán la espada y el flagelo.

Se levanta y se va dando un portazo delante de los palidecidos y atemorizados miembros del Sanedrín, que no tienen tiempo de reaccionar, porque entra un grupo armado que los echa fuera de la sala y del palacio como si fueran perros.

Regresan a la sala del Sanedrín. Refieren lo sucedido. La agitación es máxima. La noticia del arresto de muchos bandidos y de las batidas en las grutas para atrapar a los otros turba fuertemente a todos los que están todavía allí (porque muchos, cansados de esperar, se han marchado).

-Pues, a pesar de todo, no podemos dejar que viva – gritan unos sacerdotes.

-No podemos dejar que actúe. Él actúa; nosotros, no. Y día tras día perdemos terreno. Si lo dejamos libre todavía, seguirá haciendo milagros y todos creerán en Él. Y los romanos terminarán por arremeter contra nosotros y destruirnos completamente. Poncio se expresa de esta forma, pero si la muchedumbre lo aclamara rey, ¡ah! , entonces Poncio tendría el deber de castigarnos a todos. No debemos permitirlo – grita Sadoq.

-De acuerdo. Pero ¿cómo? La vía... legal romana ha fracasado. Poncio no abriga dudas con respecto al Nazareno. La vía... legal nuestra es impracticable. No peca... - objeta uno.

-Se inventa la culpa, si no la hay – insinúa Caifás.

-¡Pero es pecado hacer esto! ¡Jurar lo falso! ¡Hacer condenar a un inocente! ¡Es... demasiado! – dice con horror la mayoría.

-Es un delito, porque significará la muerte para Él.

-¿Y bien? ¿Eso los asusta? Son unos necios y no saben de nada. Después de lo que ha sucedido, Jesús debe morir. ¿No se dan cuenta todos ustedes que es mejor para nosotros que muera un hombre en vez de que mueran muchos? Muera Él, pues, para salvar a su pueblo, para que no perezca toda nuestra nación. Además... Él mismo dice que es el Salvador. Por tanto, que se sacrifique por salvar a todos – dice Caifás, con un odio frío y astuto que causa repugnancia.

-¡Pero Caifás! ¡Reflexiona! Él...

-He dicho. El Espíritu del Señor está sobre mí, Sumo Sacerdote. ¡Ay de aquel que no respete al Pontífice de Israel! ¡Los rayos de Dios se abatirán sobre él! ¡Basta ya de espera! ¡Basta ya de angustias! Ordene y decreto que quien sepa –quienquiera que sea- dónde se encuentra el Nazareno, venga y denuncie su paradero, y maldición sobre el que no obedezca mis palabras.

-Pero Anás... -objetan algunos.

-Anás me ha dicho: “Todo lo que hagas será santo”. Levantemos la sesión. El viernes, entre las horas tercera (9 am) y sexta (12 m), todos aquí para deliberar. Todos, he dicho. Comuníquenselo a los ausentes. Y que sean convocados todos los jefes de las familias y de las clases, todo lo mejor de Israel. El Sanedrín ha hablado. Márchense.

Y él es el primero en retirarse por donde ha venido, mientras que los otros se marchan por otras partes y, hablando en tono moderado, salen del Templo en dirección a sus casas.

550

Misión de amor para Lázaro y contemplación absoluta para su hermana María. Jesús debe huir.

Es hermoso estar así, descansando, rodeado del amor de los amigos, con el Maestro, en estos días de Sol que ya reflejan una primera precoz sonrisa de primavera; mirando a los campos, que ya abren su tierra al verdecer inocente de los cereales que brotan; mirando a los prados, que rompen el verde uniforme del invierno con las primeras florecillas multicolores; mirando a los setos, que, en los lugares más expuestos al sol, presentan ya sonrisas de yemas semiabiertas, mirando a los almendros que ya forman espuma en sus copas por las primeras flores que nacen. Y Jesús goza de ellos, y también los apóstoles, como los tres amigos de Betania. ¡Parecen tan lejanos la malevolencia, el dolor, la tristeza, la enfermedad, la muerte, el odio, la envidia, todas aquellas cosas que constituyen dolor, tormento, preocupación en la Tierra!...

Los apóstoles, todos, están jubilosos, y lo expresan. Manifiestan su convencimiento - ¡tan seguro, tan triunfante!- de que ya Jesús ha vencido a todos sus enemigos, de que su misión irá adelante sin obstáculos, de que será reconocido como Mesías hasta por los más tenaces en negar esto. Hablan un poco exaltados. Están eufóricos, haciendo proyectos para el futuro, soñando... soñando mucho... y humanamente; tanto, que se los ve rejuvenecidos.

El más exaltado, por esa psique suya que le lleva siempre a los extremos, es Judas de Keriot. Se autofelicita por haber sabido esperar y por haber actuado hábilmente; se autofelicita por su larga fe en el triunfo del Maestro, por haber plantado cara a las amenazas del Sanedrín... Está tan exaltado, que al final dice, en medio del asombro atónito de sus compañeros, algo que hasta ese momento ha mantenido oculto:

-Sí, me querían comprar, me querían seducir con alabanzas, y con amenazas, al ver que aquéllas no producían efecto. ¡Si supieran! Pero les he pagado con la misma moneda. He fingido estima por ellos, como ellos por mí; los he alabado, como ellos me alababan; los he traicionado, como ellos querían traicionarme... porque es lo que querían hacer. Querían hacerme creer que probaban al Maestro con espíritu bueno para poder proclamarlo solemnemente el Santo de Dios. ¡Pero yo los conozco! Y, en todas las cosas que me decían que querían hacer, me movía hábilmente, de forma que la santidad de Jesús apareciera más radiante que el Sol del mediodía en un cielo sin nubes... Este juego mío era peligroso, porque... ¡si se hubieran dado cuenta!... Pero estaba dispuesto a todo, incluso a la muerte, por servir a Dios en mi Maestro. Y de esta forma sabía todo... ¡Claro, algunas veces les habré parecido un loco, o malo, o huraño! ¡Si hubieran sabido esto!... ¡Sólo yo sé cómo han sido mis noches, y qué precauciones debía tener para hacer el bien sin llamar la atención de nadie! Todos me han mirado un poco con sospecha. Ya lo sé. Pero no les guardo rencor por ello. Mi modo de actuar... sí... podía crear sospechas. Pero sabré callar, sin exigir una alabanza suya. Guarden silencio también ustedes. Un día, al principio de estar con Él – y tú, Simón Zelote, y tú, Juan de Zebedeo, estaban conmigo- me corrigió porque me había gloriado de tener sentido práctico de las cosas. Desde entonces yo... no le he hecho observar esta cualidad, pero he seguido usándola, para bien suyo. He obrado como una madre con su hijo inexperto. La madre le quita los obstáculos del camino, le acerca la rama sin espinas y le alza la que puede herirle; o, con juiciosas acciones, lo lleva

a hacer aquello que debe saber hacer y a evitar lo malo, sin que siquiera el hijo se dé cuenta. Es más, el hijo cree que ha conseguido por sí solo caminar sin tropezar, recoger una bonita flor para su mamá, o hacer esa cosa o aquella otra. Yo he hecho lo mismo con el Maestro. Porque la santidad no es suficiente en un mundo de hombres y de diablos. Hay que luchar con armas iguales, al menos con armas de hombre... y, algunas veces... no viene mal meter entre las otras armas un poco de astucia de infierno. Así pienso yo. Pero Él no quiere oír estas ideas... Es demasiado bueno... Bien. Yo comprendo todo y comprendo a todos, y les perdono a todos los malos pensamientos que hayan podido tener respecto a mí. Ahora ya saben. Ahora nos queremos como buenos compañeros, todo por amor a Él y para gloria suya – y señala a Jesús, que pasea mucho más lejos, por un paseo lleno de Sol, hablando con Lázaro, que lo escucha con una sonrisa de éxtasis en su rostro.

Los apóstoles se alejan en dirección a la casa de Simón. Jesús, sin embargo, se acerca con su amigo. Los oigo: Dice Lázaro:

-Sí. Había comprendido una finalidad grande, benigna sin duda, en el hecho de dejarme morir. Pensaba que quizás era por evitarme ver la persecución de que eres objeto. Y, Tú sabes que digo la verdad, estaba contento de morir para no verla. Me irrita. Me turba. Mira, Maestro, he perdonado muchas cosas a los jefes de nuestro pueblo. He tenido que perdonar hasta en los últimos días... Elquías... Pero la muerte y la resurrección han borrado lo que había antes de ellas. ¿Para qué recordar las últimas acciones de ellos para causarme dolor? He perdonado todo a María. Ella parece dudarlo. Es más, no sé por qué, pero desde que he resucitado ha tomado respecto a mí una actitud tan... no sé cómo definirla; de una mansedumbre y acatamiento tan poco comunes en mi María... Ni siquiera en los primeros momentos después de volver aquí, redimida por Ti, era así... Bueno, quizás Tú sabes y me puedes decir algo al respecto, porque María te dice todo... Quizás sabes si los que vinieron aquí la censuraron demasiado. Yo siempre, cuando la veía absorta en la idea de su pasado, trataba de disminuir el recuerdo de su error, para aliviar su sufrimiento. No logra restablecerse en sosiego. ¡Y parece tan... por encima de cualquier tipo de abatimiento!... A algunos les podrá parecer incluso poco arrepentida... Pero yo comprendo... Yo sé. Hace de todo por expiar. Pienso que hace grandes penitencias, de todo tipo. No me extrañaría que bajo sus vestidos llevara un cilicio, ni que su carne conociera las dentelladas de los azotes... Pero el amor fraterno que tengo yo y que quiere sostenerla interponiendo un velo entre el pasado y el presente, no lo tienen los demás... ¿Tú sabes si, acaso, ha sido maltratada por alguien que no sepa perdonar... de forma que esté necesitada de perdón?

-No lo sé, Lázaro. María no me ha hablado de esto. Sólo me ha dicho que ha sufrido mucho oyendo la insinuación de los fariseos de que Yo no era el Mesías porque no te curaba o no te resucitaba.

-¿Y... no te ha dicho nada de mí? Es que... yo sufría mucho... y recuerdo que mi madre, en sus últimas horas, manifestó cosas que tanto a Marta como a mí nos habían pasado desapercibidas: fue como si el fondo de su alma y de su pasado subiera nuevamente a la superficie con las últimas convulsiones del corazón. Mi temor es... Mi corazón ha sufrido mucho por María... y ha hecho mucho esfuerzo para que no percibiera nunca lo que por ella he sufrido... Mi temor es el haberla herido ahora que es buena, mientras que, antes por amor de hermano y luego por amor a Ti, nunca la había herido en el tiempo infame, cuando ella era un oprobio. ¿Qué te ha dicho de mí, Maestro?

-Me ha manifestado su dolor por haber tenido demasiado poco tiempo para darte su santo amor de hermana y condiscípula. Perdiéndote ha medido toda la extensión de los tesoros de afecto que en el pasado había pisoteado... y ahora se siente feliz de poderte dar todo el amor que quiere darte, para decirte que tú para ella eres el santo, amado hermano.

-¡Ah, es lo que había intuído! Esto me da satisfacción. Temía haberla ofendido... Desde ayer pienso, pienso... me esfuerzo en recordar... pero no lo logro...

-¿Pero por qué quieres recordar? Tienes el futuro por delante. El pasado ha quedado en la tumba. Es más, ni siquiera ha quedado allí. Ha sido consumido por el fuego junto con las vendas fúnebres. Pero, si esto te tranquiliza, te diré las últimas palabras que tuviste para tus hermanas, para María sobre todo. Dijiste que por María yo he venido aquí y vengo, porque María sabe amar más que todos los demás. Es verdad. Le dijiste que ella te ha amado más que todos los que te han amado. Esto también es verdad, porque ella te ha amado renovándose por amor a Dios y a ti. Le dijiste que toda una vida de delicias no te habría dado la alegría que has experimentado gracias a ella. Y las bendijiste, como los patriarcas bendecían a sus más amados hijos. Bendijiste igualmente a Marta, y la llamaste “tu paz”, y a María, y la llamaste “tu alegría”. ¿Te sientes en paz ahora?

-Ahora sí, Maestro. Me siento en paz.

-Pues entonces, dado que la paz da misericordia, perdona también a los jefes del pueblo que me persiguen. Porque esto es lo que querías decir: que todo puedes perdonarlo, pero no el mal que me hacen a Mí.

-Así es, Maestro.

-No, Lázaro. Yo los perdono. Tú debes perdonarlos, si quieres asemejarte a Mí.

-¡Oh! ¡Asemejarme a Ti! No puedo. ¡Soy un simple hombre!

-El hombre ha quedado allá abajo. ¡El hombre! Tu espíritu... Tú sabes lo que sucede cuando muere un hombre...

-No, Señor, no recuerdo nada de lo que me ha sucedido – interrumpe vehementemente Lázaro.

Jesús sonríe y responde:

-No hablaba de tu personal saber, de tu experiencia particular. Hablaba de lo que todo creyente sabe que le sucede cuando muere.

-¡Ah! El juicio particular. Lo sé. Lo creo. El alma se presenta a Dios, y Dios la juzga.

-Así es. Y el juicio de Dios es justo e inviolable. Y tiene un infinito valor. Si el alma juzgada es culpable mortalmente, pasa a ser alma réproba; si es levemente culpable, es enviada al Purgatorio; si es justa, va a la paz del Limbo, a la espera de que Yo abra las puertas de los Cielos. Así pues, Yo he hecho regresar a tu espíritu habiendo sido ya juzgado él por Dios. Si hubieras sido un réprobo, no te habría podido llamar de nuevo a la vida, porque, haciéndolo, habría anulado el juicio de mi Padre. Para los réprobos no hay ya mutaciones. Están juzgados para siempre. Por tanto, tú estabas dentro del número de los no réprobos, y, por tanto, estabas en la clase de los bienaventurados o de los que son bienaventurados después de la purificación. Pero, reflexiona, amigo mío. Si la sincera voluntad de arrepentimiento que puede tener el hombre siendo todavía hombre, o sea, carne y alma, tiene valor de purificación; si un simbólico rito de bautismo en las aguas, buscado por contrición respecto a las inmundicias contraídas en el mundo y por la carne, tiene para nosotros, hebreos, valor de purificación, ¿qué valor tendrá el arrepentimiento, más real y perfecto, mucho más perfecto, de un alma liberada de la carne, consciente de lo que Dios Es, iluminada acerca de la gravedad de sus errores, iluminada acerca de la magnitud de la alegría que ha alejado de sí por horas, años o siglos: la alegría de la paz del Limbo, que poco después será la alegría de una posesión de Dios ya alcanzada: ¿qué será la purificación doble, triple, del arrepentimiento perfecto, del amor perfecto, del baño en el ardor de las llamas encendidas por el amor de Dios y por el amor a los espíritus, en el cual y por el cual los espíritus se despojan de toda impureza y surgen hermosos como serafines, coronados por algo que no corona ni siquiera a los serafines: el martirio terreno y ultraterreno, contra los vicios y por el amor? ¿Qué será? Dilo, amigo mío.

-Pues... no sé... una perfección. Mejor... una nueva creación.

-Eso es. Has dicho la palabra precisa. El alma queda como recreada. El alma queda como la de un recién nacido. Es nueva. Desaparece todo el pasado, su pasado de hombre. Cuando desaparezca la culpa de origen, el alma, ya sin mancha ni sombra de manchas, será supercreada y será digna del Paraíso. Yo he hecho regresar tu alma, que ya se había recreado por la determinación al Bien, por la expiación del sufrimiento y de la muerte, y por tu perfecto arrepentimiento y amor alcanzados detrás de la muerte. Tienes, pues, un alma completamente inocente, cual la de un niño de unas horas. Y si eres un niño recién nacido, ¿por qué quieres vestir esta niñez espiritual con los molestos, pesados ropajes del hombre adulto? Los niños tienen alas y no cadenas para su espíritu alegre. Los niños me imitan con facilidad, porque no han adquirido todavía ninguna personalidad. Se hacen como Yo Soy, porque en su alma exenta de improntas se puede imprimir, sin confusión de rasgos, mi figura y mi doctrina. En su alma no hay recuerdos humanos, ni resentimientos ni prejuicios. No hay nada, y puedo estar Yo ahí, perfecto, absoluto, como estoy en el Cielo. Tú, que te encuentras como renacido, uno que ha nacido nuevamente, porque en tu vieja carne la capacidad motora es nueva, no tiene pasado, ni mancha, ni huellas de lo que fue; tú, que has regresado para servirme, sólo para ésto, debes, más que todos, ser como Yo soy. Mírame, mírame bien. Espéjate en Mí, refléjame en ti: dos espejos que se miren para reflejar, el uno en el otro, la figura de lo que aman. Tú eres hombre y eres niño. Eres hombre por la edad, eres niño por la pureza de corazón. Tienes, respecto a los niños, la ventaja de conocer ya el Bien y el Mal, y de haber sabido elegir ya el Bien incluso antes del bautismo en las llamas del amor. Pues bien, Yo te digo a ti, hombre cuyo espíritu está limpio por la purificación vivida: “Sé perfecto como lo es el Padre nuestro de los Cielos y como Yo lo Soy. Sé perfecto, o sea, semejante a Mí, que te he amado tanto, que he ido contra todas las leyes de la vida y de la muerte, del Cielo y de la Tierra, para tener de nuevo en la Tierra a un siervo de Dios y a un verdadero amigo; y, en el Cielo, un bienaventurado, un gran bienaventurado”. Esto lo digo a todos: “Sean perfectos”. Y ellos, la mayoría, no tienen el corazón que tú tenías, digno del milagro, digno de ser tomado como instrumento para esta glorificación de Dios en su Hijo. Y ellos no tienen tu deuda de amor para con Dios... Puedo decírtelo, puedo exigírtelo a ti. Y en primer lugar lo exijo en una cosa: en no guardar rencor a quien te ha ofendido y me ofende. Perdona, perdona, Lázaro. Has sido sumergido en las llamas, en las llamas encendidas por el amor. Debes ser “amor”, para no conocer nunca otra cosa que no sea el abrazo de Dios.

-¿Y, haciéndolo así, cumpliré la misión para la que me has resucitado?

-Haciéndolo la cumplirás.

-Es suficiente esto, Señor; no necesito ni preguntar ni saber más. Servirte era mi sueño. Si te he servido incluso en la nada que puede hacer un enfermo y un muerto, y si voy a poder servirte en lo mucho que puede hacer uno que ha sido curado, mi sueño está cumplido y no pido nada más. ¡Bendito seas Jesús, Señor y Maestro mío! Y, contigo, bendito sea el que te ha enviado.

-Bendito sea siempre el Señor Dios omnipotente.

Van hacia la casa, deteniéndose de vez en cuando a observar el despertar de los árboles, y Jesús alza un brazo y, como es alto, coge un ramito de flores de un almendro que se calienta al Sol contra la pared sur de la casa. Sale María, que los ve y se acerca a oír lo que Jesús dice:

-¿Ves, Lázaro? También a éstas el Señor les ha dicho: “Salgan afuera”. Y ellas han obedecido para servir al Señor.

-¡Qué misterio es la germinación! Parece imposible que del tronco duro o de la dura semilla puedan salir pétalos tan frágiles y tallos tan tiernos, y transformarse en fruta o en plantas. ¿Es erróneo, Maestro, decir que la savia o el germen son como el alma de la planta o de la semilla?

-No es erróneo, porque es la parte vital. En ellas no es eterna, y creada para cada especie en el primer día en que árboles y cereales existieron. En el hombre es eterna, semejante a su Creador, creada una a una para cada nuevo hombre que es concebido. Pero es por ella que la materia vive. Por este motivo te digo que sólo por el alma el hombre vive. No sólo aquí, sino también después. Vive por su alma. Nosotros, hebreos, no hacemos dibujos en los sepulcros, como lo hacen los gentiles. Pero, si los hiciéramos, deberíamos dibujar siempre no la antorcha apagada, no la clepsidra (*reloj de agua*) vacía, u otro símbolo de fin; antes bien, la semilla arrojada al surco y que se hace espiga. Porque es la muerte de la carne la que libera al alma de la corteza y la hace fructificar en los jardines de Dios. La semilla: esa chispa vital que Dios ha puesto en nuestro polvo y que se hace espiga, si sabemos, con la voluntad, y también con el dolor, hacer fértil a la porción de tierra que la ciñe. La semilla: el símbolo de la vida que se perpetúa... Pero Maximino te llama...

-Voy, Maestro. Serán administradores... Todo estaba parado en estos últimos meses. Ahora vienen diligentes a presentarme las cuentas...

-Que apruebas de antemano porque eres un buen patrón.

-Y porque ellos son buenos subordinados.

-El buen patrón hace buenos subordinados.

-Entonces yo voy a ser un buen subordinado, porque te tengo a Ti como perfecto Patrón – y se marcha sonriendo, ágil, itan distinto del pobre Lázaro de antes, del Lázaro de los años anteriores!...

Con Jesús se queda María.

-¿Y tú, María, vas a ser una buena sierva de tu Señor?

-Tú puedes saberlo, Rabbuní. Yo... sólo sé que he sido una gran pecadora.

Jesús sonríe:

-¿Has visto a Lázaro? También él era un gran enfermo, y, a pesar de ello, ¿no te parece que ahora está bien sano?

-Así es, Rabbuní. Tú lo has curado. Lo que haces Tú es siempre total. Lázaro no ha estado nunca tan fuerte y alegre como desde que ha salido del sepulcro.

-Tú lo has dicho, María. Lo que hago Yo es siempre total. Por eso, tu redención es total, porque Yo la he realizado.

-Es verdad, mi amado Salvador, Redentor, Rey, Dios. Es verdad. Y, si así lo quieres, yo también seré una buena sierva de mi Señor. Yo, por mi parte, lo quiero, Señor. No sé si Tú lo quieres.

-Lo quiero, María. Una buena sierva mía. Hoy más que ayer, mañana más que hoy. Hasta que Yo te diga: “Basta así, María. Es la hora de tu descanso”.

-De acuerdo, Señor. Quisiera que me llamaras Tú entonces, como has llamado a mi hermano del sepulcro. ¡Llámame de la vida!

-No “de la vida”. Te llamaré a la Vida, a la verdadera Vida. Te llamaré del sepulcro que son la carne y la Tierra, te llamaré al desposorio de tu alma con tu Señor.

-¿Mi desposorio? Tú amas a los que son vírgenes, Señor...

-Yo amo a los que me aman, María.

-¡Eres divinamente Bueno, Rabunni! Por eso no lograba serenarme cuando oía que te llamaban malo porque no venías. Era como sentir que todo se venía abajo. ¡Qué esfuerzo el tener que decirme a mí misma: No. ¡No! No debes aceptar esta evidencia. Esto que te parece una evidencia es un sueño. La realidad es el poder, la bondad, la divinidad de tu Señor”! ¡Cuánto he sufrido! Mucho ha sido el dolor por la muerte de Lázaro y por sus palabras... ¿Te ha referido algo? No recuerda. Dime la verdad.

-No miento nunca, María. Lázaro teme haber hablado y haber manifestado lo que había sido el dolor de su vida. Pero Yo, sin mentir, lo he serenado, y ahora está tranquilo.

-Gracias, Señor. Esas palabras... en mí produjeron un bien. Sí. Como produce un bien la cura de un Médico que pone al descubierto las raíces de un mal y las cauteriza. Esas palabras terminaron de aniquilar a la vieja María. Tenía todavía un concepto demasiado alto de mí. Ahora... miro el fondo de mi ruindad y sé que debo andar mucho para remontarlo. Pero lo andaré, si me ayudas.

-Te ayudaré, María. Incluso cuando me haya marchado, te ayudaré.

-¿Cómo, mi Señor?

-Aumentando tu amor hasta una medida incalculable. Para ti no hay otro camino aparte de éste.

-¡Demasiado dulce para lo que tengo que expiar! Todos se salvan con el amor. Todos ganan el Cielo. Pero lo que es suficiente para los puros, para los justos, no es suficiente para la gran culpable.

-No hay otro camino para ti, María. Porque, cualquiera que sea el camino que tomes, ese camino será siempre amor: amor si haces el bien en mi Nombre, amor si evangelizas, amor si te aíslas, amor si te martirizas, amor si te entregas al martirio. Tú sólo sabes amar, María. Es tu naturaleza. Las llamas sólo pueden arder, bien sea que se arrastren por el suelo quemando paja, bien sea que suban como un abrazo de resplandores en torno a un tronco, a una casa o a un altar para lanzarse al cielo. A cada uno su naturaleza. La sabiduría de los maestros de espíritu está en saber aprovechar las tendencias del hombre orientándolas hacia el camino por el que puedan resolverse en bien. En las plantas y en los animales también existe esta ley, y sería necio el pretender que un árbol frutal diera sólo flores, o que diera frutos distintos de los que se siguen de su naturaleza, o que un animal llevara a cabo funciones que son propias de otra especie. ¿Podrías pretender que esa abeja destinada a producir miel se transformara en un pajarito que cantara entre las ramas de los setos? ¿O que esta ramita de almendro que tengo en mis manos, junto con el propio almendro de donde la he arrancado, en vez de almendras diera a través de su corteza gotas de resinas aromáticas? La abeja trabaja, el pájaro canta, el almendro da fruto, el árbol de resina produce sustancias aromáticas. Y todos sirven para su función. Lo mismo las almas. Tú tienes la función de amar.

-Entonces enciéndeme, Señor. Te lo pido como gracia.

-¿No te basta la fuerza de amor que posees?

-Es demasiado poca, Señor. Podría servir para amar a seres humanos; no, para Ti, que eres el Señor infinito.

-Pero, precisamente por serlo, sería necesario un amor sin límites...

-Sí, mi Señor. Esto es lo que quiero, que pongas en mí un amor sin límites.

-María, el Altísimo, que sabe lo que es el amor, dijo al hombre: "Me amarás con todas tus fuerzas". No exige más. Porque sabe que ya es martirio amar con todas las fuerzas...

-No importa, mi Señor. Dame un amor infinito para amarte como debes ser amado, para amarte como no he amado a nadie.

-Me pides un sufrimiento semejante a una hoguera que quema y consume, María. Quema y consume lentamente... Piénsalo.

-Hace mucho que lo pienso, mi Señor, pero no me atrevía a pedirte. Ahora sé cuánto me amas. Ahora sí que sé en qué medida me amas, y me atrevo a pedirte. Dame este amor infinito, Señor.

Jesús la mira. Ella está delante de Él, todavía enflaquecida a causa de las vigiliass y el dolor, modesta y sencillamente vestida y peinada, como una niña sin malicia, pálida su cara que se enciende de deseo, ojos suplicantes, aunque ya brillantes de amor; ya más serafín que mujer: es, verdaderamente, la contempladora que pide el martirio de la contemplación absoluta.

Jesús dice una sola palabra, después de haberla mirado atentamente como queriendo medir la voluntad de ella:

-Sí.

-¡Ah, mi Señor! ¡Qué don, morir de amor por Ti! —cae de rodillas y besa los pies de Jesús.

-Levántate, María. Ten estas flores. Serán las de tu desposorio espiritual. Sé dulce como el fruto de este almendro, pura como su flor y luminosa como el aceite que de este fruto se extrae, cuando lo encienden, fragante como ese aceite cuando, saturado de esencias, es esparcido en los banquetes o sobre las cabezas de los reyes, fragante por tus virtudes. Entonces, verdaderamente, derramarás sobre tu Señor el bálsamo que Él apreciará infinitamente.

María coge las flores, pero no se levanta, sino que anticipa los bálsamos del amor regando de lágrimas y besos los pies de su Maestro. Se acerca Lázaro:

-Maestro, un niño pregunta por Ti. Había ido a la casa de Simón a buscarte y ha encontrado allí sólo a Juan, que lo ha mandado hacia acá. Pero quiere hablar solamente Contigo.

-De acuerdo. Acompáñalo aquí. Voy hacia la pérgola de los jazmines.

María vuelve a la casa con Lázaro. Jesús va a la pérgola. Vuelve Lázaro trayendo de la mano al niño que vi en casa de José de Seforí. Jesús lo reconoce enseguida y le saluda:

-¿Tú, Marcial? La paz sea contigo. ¿Cómo por aquí?

-Me envían para decirte una cosa...- y mira a Lázaro, que comprende y hace ademán de marcharse.

-Quédate, Lázaro. Éste es mi amigo Lázaro. Puedes hablar delante de él, niño, porque Yo no tengo otro amigo más fiel que él.

El niño cobra confianza. Dice:

-Me manda José el Anciano – porque ahora estoy con él –a decirte que vayas sin demora, enseguida, a Betfagé, a la casa de Cleonte. Tiene que decirte algo urgentemente. Algo urgentísimo. Y ha dicho que vayas solo porque tiene que hablar Contigo muy secretamente.

-¡Maestro! ¿Qué sucede? – pregunta Lázaro sobresaltado.

- No lo sé, Lázaro. Hay que ir. Ven Conmigo.

-Enseguida, Señor. Podemos ir con el niño.

-No, señor. Voy solo. José me lo ha dicho así. Ha dicho: “Si sabes hacerlo tú solo y bien, te querré como un padre”. Yo quiero que José me quiera como hijo. Me marcho enseguida, corriendo. Tú ven después. Adiós, Señor. Adiós, hombre.

El niño se echa a correr, cual golondrina echándose a volar.

-Vamos, Lázaro. Tráeme el manto. Me adelanto porque, como ves, el niño no logra abrir el portón y no quiere llamar a nadie.

Jesús va rápido al portón; Lázaro, rápido a la casa. Jesús abre los cerrojos de hierro al niño, que se marcha raudo; Lázaro lleva el manto a Jesús y, al lado de Jesús, va por el camino que lleva a Betfagé.

-¿Qué es lo que querrá José, para enviar con tanto secreto a un niño?...

-Un niño pasa desapercibido a quien pueda estar vigilando – responde Jesús.

-¿Crees que?... ¿Sospechas que?... ¿Te sientes en peligro, Señor?

-Estoy cierto de ello, amigo.

-¡Pero todavía ahora! ¡Prueba más grande no habrías podido darla!...

-El odio crece azuzado por las realidades.

-¡Entonces por causa mía! ¡Yo te he perjudicado!... ¡Mi dolor es sin igual! – dice Lázaro verdaderamente afligido.

-No por causa tuya. No te aflijas sin motivo. Has sido el medio, pero la causa ha sido la necesidad, comprende esto, la necesidad de dar al mundo la prueba de mi naturaleza divina. Si no hubieras sido tú, otro habría sido, porque Yo debía probar al mundo que, como Dios que soy, puedo todo lo que quiero. Y devolver a la vida a uno ya muerto días antes y ya descompuesto no puede ser obra nada más que de Dios.

-¡Lo que quieres es consolarme! Pero para mí la alegría, toda mi alegría, se ha esfumado... Sufro, Señor.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: “¡en fin!”, y callan luego los dos. Caminan a buen paso. La distancia es corta entre Betania y Betfagé, y pronto llegan.

José pasea arriba y abajo por el camino que está al principio del pueblo. Está vuelto de espaldas cuando Jesús y Lázaro aparecen por una calle ocultada por un seto. Lázaro lo llama.

-¡Ah! Paz a ustedes. Ven, Maestro. Te estaba esperando aquí para verte inmediatamente. Pero vamos al olivar. No quiero que nos vean...

Los lleva detrás de las casas, a una espesura de olivos que, con sus frondas tupidas y revueltas que cubren las laderas, es un cómodo refugio para hablar sin ser notados.

-Maestro, he mandado al niño, que es espabilado y obediente y me quiere mucho, porque debía comunicarte algo y no debía ser visto. He recorrido el (estero) Cedrón para venir aquí... Maestro, tienes que marcharte enseguida de aquí. El Sanedrín ha sentenciado tu captura y mañana será leído el decreto en las sinagogas. Quienquiera que sepa dónde estás tiene el deber de comunicarlo. No hace falta que te diga, Lázaro, que tu casa será la primera en ser vigilada. He salido del Templo a la hora sexta (12 am). Me he puesto inmediatamente a la obra porque mientras hablaban yo ya había hecho mi plan. He ido a casa. He tomado al niño. He salido montado en un burro por la puerta de Herodes como para dejar la ciudad. Luego he cruzado el Cedrón y lo he seguido. He dejado el burro en el Getsemaní. He enviado corriendo al niño, que ya sabía el camino porque había ido conmigo a Betania. Márchate inmediatamente, Maestro. A un lugar seguro. ¿Sabes a dónde ir? ¿Tienes dónde ir?

-¿Pero no basta con que se aleje de aquí? ¿De Judea al máximo?

-No basta, Lázaro. Están furiosos. Debe ir a un lugar al que ellos no vayan...

-¡Pero si ellos van a todas partes! ¡No querrás que el Maestro deje Palestina! ¿No?...-dice Lázaro.

-¿Y qué quieres que yo te diga? El Sanedrín quiere capturarlo...

-Por causa mía, ¿no es verdad? ¡Dilo!

-¡Mmm! ¡Pues...sí! Por causa tuya... es decir, por causa de que todos se convierten a Él, y ellos esto... no lo quieren.

-¡Pero es un delito! ¡Es un sacrilegio!... ¡Es...!

Jesús, pálido, pero tranquilo, alza la mano e impone silencio. Dice:

-Calla, Lázaro. Cada uno hace su trabajo. Todo está escrito. Te agradezco esto, José, y te aseguro que me voy. Vete, vete, José; que no noten tu ausencia... Que Dios te bendiga. A través de Lázaro, te diré dónde estoy. Márchate. Te bendigo a ti, a Nicodemo y a todos los justos de corazón.

Lo besa y se separan. Jesús vuelve con Lázaro, por el olivar, hacia Betania, mientras José va hacia la ciudad.

-¿Qué vas a hacer, Maestro? – pregunta angustiado Lázaro.

-No lo sé. Dentro de pocos días vendrán las discípulas con mi Madre. Hubiera querido esperarlas...

-Respecto a esto... yo las recibiría en tu Nombre y te las llevaría. Pero Tú, mientras, ¿a dónde vas? A casa de Salomón, no me convence. Tampoco a alguna casa de discípulos conocidos. ¡Mañana!...

¡Tienes que marcharte inmediatamente!

-Tendría un lugar. Pero quisiera esperar a mi Madre. Su angustia comenzaría demasiado pronto si no me viera...

-¿Qué lugar es ése, Maestro?

-Efraím.

-¿Samaria?

-Samaria. Los samaritanos son menos samaritanos que muchos otros, y me estiman. Efraím es tierra de frontera...

-¡Y por contrariar a los judíos te dispensarán honor y protección! Pero... ¡espera! Tu Madre sólo puede venir por el camino de Samaria o por el del Jordán. Iré yo con los criados por uno y Maximino con otros criados por el otro, y uno u otro se encontrará con Ella. No volveremos si no es con ellas. Tú sabes que ninguno de la casa de Lázaro puede traicionar. Tú, entretanto, vas a Efraím. Inmediatamente. ¡Era el destino que no pudiera gozar de Ti! Pero iré. Por los montes de Adomín. Ahora estoy sano. Puedo hacer lo que desee. Es más... sí... haré creer que por el camino de Samaria voy a Tolemaida para tomar una nave para Antioquía. Todos saben que allí tengo tierras... Mis hermanas se quedan en Betania... Tú... Sí. Voy a mandar que preparen dos carros y vas con ellos a Jericó. Luego, mañana, al amanecer, reanudan a pie el camino. ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! ¡Sálvate! ¡Sálvate!

Pasada la agitación del primer momento, Lázaro cae en la tristeza y llora. Jesús suspira, pero no dice nada. ¿Y qué podría decir?... Ya están en la casa de Simón. Se separan. Jesús entra en la casa. Los apóstoles, ya de por sí extrañados de que el Maestro se haya marchado sin decir nada, se acercan a Él, que está diciendo:

-Tomen la ropa. Preparen los sacos. Tenemos que marcharnos inmediatamente de aquí. Rápido, rápido. Y se reúnen conmigo en casa de Lázaro.

-¿También la ropa mojada? ¿No podemos recogerla al volver? – pregunta Tomás.

-No volveremos. Cojan todo.

Los apóstoles se marchan hablándose unos a otros con las miradas. Jesús va por sus cosas a la casa de Lázaro y se despide de las hermanas, que están consternadas...

Los carros están pronto preparados. Carros pesados, cubiertos, tirados por robustos caballos. Jesús se despide de Lázaro, de Maximino, de los criados que han venido. Montan en los carros, que esperan en una salida posterior. Los carreros golpean con el látigo a los caballos, y el viaje comienza por el mismo camino por el que Jesús ha venido a resucitar a Lázaro unos pocos días antes.

551

Los apóstoles son informados, después de un alto donde Nique, del decreto del Sanedrín. Llegada a los confines de Judea.

Al rayar, fresco y límpido, el alba, los campos que rodean la casa de Nique son todo un verdecir de cereales tiernos de pocos centímetros de altura y color de clarísima esmeralda. Más cercano a la casa, el huerto, todavía desnudo de hojas, parece aún más oscuro y sólido en comparación con la delicadeza de los tallos herbáceos y con el cielo leve de serenidad paradisíaca. El vuelo de las palomas corona la casa blanca bajo los primeros rayos del día.

Nique está ya levantada. Diligente, se ocupa de que los que se marchan tengan todo lo que podrá aprovecharles en el camino. De los primeros que se despide es de los criados de Lázaro, a quienes ha hecho quedarse esa noche. Ahora ellos, repuestas las fuerzas, se marchan poniendo sus caballos al trote. Luego entra en la cocina, donde las domésticas preparan leche y comida en unos fuegos grandes, y echa, de una jarra grande, aceite en dos jarras más pequeñas, y vino en pequeños odres de cuero. Apremia a una criada, que está preparando formas de pan delgadas como tortillas, para que las lleve enseguida al horno ya listo. Elige, de unas mesas grandes en que se secan los quesos al calor de la cocina, las piezas mejores. Coge miel y la echa en pequeños recipientes con una tapa segura. Luego hace paquetes con todos estos alimentos: uno de ellos contiene un cabrito entero, o

cordero, que la criada ha sacado de la varilla en que se asaba; otro es de manzanas rojas como corales; otro, de aceitunas ya compuestas; un tercero, de uvas secadas; uno, de cebada limpia. Está metiendo este último en el bolso cuando entra en la cocina Jesús y saluda a todos los presentes.

-Maestro, paz a Ti. ¿Ya levantado?

-Hubiera debido levantarme antes. Pero estaban tan cansados mis discípulos, que los he dejado dormir más. ¿Qué haces, Nique?

-Estoy preparando... No pesarán, ¿ves? Doce pesos. Y he calculado las fuerzas de los que los van a llevar.

-¿Y Yo?

-Maestro, Tú ya tienes tu peso... - y en los ojos de Nique se forma un reflejo de llanto.

-Ven Conmigo afuera, Nique. Vamos a hablar tranquilamente.

Salen y se alejan de la casa.

-Mi corazón llora, Maestro...

-Lo sé. Pero se requiere ser fuertes. Fuertes pensando en que no se me ha causado dolor...

-¡Eso nunca! Pero me había hecho ilusiones de poder estar a tu lado y por eso había ido a Jerusalén. Si no, me habría quedado aquí, donde tengo las tierras...

-También Lázaro, María y Marta creían que iban a poder estar Conmigo. ¡Y ya ves!...

-Ya veo, sí, ya veo. No vuelvo a Jerusalén, ahora que no estás allí. Aquí estaré, en todo caso, más cerca de Ti, y podré ayudarte.

-Ya has dado mucho...

-No he dado nada. Quisiera poder llevarte mi casa a donde vas. Pero iré, claro que iré, para ver lo que necesitas. Ahora es justo lo que me has dicho que haga. Estaré aquí hasta que se convenzan de que Tú no estás. Pero luego...

-Es camino largo y penoso para una mujer, e inseguro.

-¡No tengo miedo! Soy demasiado vieja para gustar como mujer, y no llevo tesoros para ser deseada como presa. Los bandoleros son mejores que muchos que se creen santos y que son ladrones y quieren robarte la paz y la libertad...

-No los odies, Nique.

-Esto es más difícil para mí que cualquier otra cosa. Pero trataré de no odiar por tu amor... ¡He pasado toda la noche llorando, Señor!

-Te oía ir y venir por la casa, incansable como una abeja. Y me parecías una mamá apenada por el hijo perseguido... No llores. Deben llorar los culpables, no tú. Dios es bueno con su Mesías. En las horas más tristes pone siempre a mi lado un corazón materno...

-¿Y qué vas a hacer con respecto a tu Madre? Me habías dicho que pronto iba a venir...

-Irá a Efraím... Lázaro se va a ocupar de avisarle. Ahí están Simón de Jonás y mis hermanos...

-¿Lo saben?

-Todavía nada, Nique. Se los diré cuando estemos lejos...

-Y yo te diré a Ti, cuando vaya, lo que sucede aquí y en Jerusalén.

Se unen a los apóstoles, que van saliendo de la casa uno tras otro en busca de Jesús.

-Vengan, hermanos. Repongan fuerzas antes de salir. Está todo preparado. Nique, por nosotros, no ha dormido esta noche. Den las gracias a esta buena discípula – dice Jesús, y entra en la amplia cocina en que, encima de una mesa de refectorio –tan grande es- humean tazones llenos de leche y emanan fragancia las tortillas recién sacadas del horno, en las cuales Nique unta generosamente mantequilla y miel, diciendo que son alimentos fortalecedores para quien tiene que recorrer un largo camino en esas horas todavía muy frescas.

Pronto terminan de comer. Nique, mientras tanto, ha hecho los últimos envoltorios con el pan fresco, crujiente y fragante. Cada apóstol carga su peso, atado de forma que pueda ser llevado sin excesiva molestia.

Es la hora de salir. Jesús se despide y bendice. Los apóstoles se despiden. Pero Nique quiere acompañarlos hasta los límites de sus campos, para regresar luego, lentamente, llorando en su velo mientras Jesús se aleja por un camino secundario que ella le ha indicado. Los campos están todavía desiertos. El camino pasa por campos de trigo tierno y por viñedos deshojados. Por tanto, faltan también los pastores, porque no llevan los rebaños a los terrenos cultivados. El Sol calienta un poco el aire matinal. Las primeras florecillas en los límites brillan como gemas bajo el velo del rocío que el Sol enciende. Los pájaros cantan sus primeros cantos de amor. Viene la primavera. Todo se embellece y renace, todo ama... Y Jesús va al exilio que precede a la muerte que el odio ha querido.

Los apóstoles no hablan. Van pensativos. La súbita partida los ha desorientado. ¡Estaban tan seguros de que las aguas habían vuelto ya a su cauce! Caminan más encorvados de lo que el peso correspondiente de sus fardos y de las provisiones de Nique pudiera plegarlos; los pliega la desilusión, la constatación de lo que son el mundo y los hombres.

Jesús, sin embargo, aunque no esté sonriente, no está triste ni deprimido. Va con la cabeza alta, delante de todos, sin arrogancia, pero también sin temor. Va como quien supiera bien a dónde debe ir y lo que debe hacer. Va como un hombre fuerte, como un héroe al que nada altera o amilana.

El camino secundario termina en el principal. Jesús prosigue por este camino principal manteniendo la dirección norte. Los apóstoles detrás, sin hablar. Siendo éste el camino que viene de Galilea, por la Decápolis y Samaria, hacia Judea, está transitado (más que nada por caravanas de mercaderes). La hora pasa y el Sol tonifica cada vez más cuando Jesús deja el camino principal para tomar otro camino que, por campos de trigo, se dirige hacia las primeras colinas. Los apóstoles se miran unos a otros. Quizás empiezan a entender que no van hacia Galilea por el camino del valle del Jordán, sino que van hacia Samaria. Pero todavía no hablan. Jesús, llegado a los primeros bosques de las colinas, dice:

-Vamos a pararnos y a descansar comiendo. El Sol señala la mitad del día.

Están en la orilla de un pequeño estero que lleva poca agua porque hace tiempo que no llueve. Pero la que lleva se ve limpia sobre el lecho pedregoso; y en sus orillas hay piedras grandes, esparcidas acá o allá, que pueden hacer de mesa y de asientos. Jesús bendice y ofrece los alimentos. Se sientan. Comen en silencio y como absortos. Jesús los saca del ensimismamiento diciendo:

-¿No me preguntan a dónde vamos? ¿La preocupación por el mañana les hace muda la lengua, o es que ya no les parezco su Maestro?

Los doce levantan la cabeza. Son doce caras afligidas, o, al menos, desconcertadas, que se vuelven hacia el rostro tranquilo de Jesús, y un unánime “¡Oh!” sale de las doce bocas. Y a la exclamación de todos sigue la respuesta de Pedro, que habla en nombre de todos:

-Maestro, sabes que para nosotros sigues siéndolo. Pero es que desde ayer estamos como uno que hubiera recibido un golpe fuerte en la cabeza. Y todo nos parece un sueño. Y Tú... Vemos y sabemos que eres Tú, pero nos pareces... ya como lejano. Nos ha quedado un poco esta sensación desde que hablaste con tu Padre antes de llamar a Lázaro, y desde que lo sacaste de allí así, atado, sólo con el medio de tu voluntad, y le diste vida sólo con la fuerza de tu poder. Casi nos das miedo. Hablo por mí... pero creo que lo mismo les sucede a todos... Y además ahora... Nosotros... ¡Marcharnos así... tan rápida y misteriosamente!...

-¿Tienen doble miedo? ¿Sienten más amenazador el peligro? ¿No tienen, sienten que no tienen fuerza para afrontar y superar las últimas pruebas? Díganlo con la máxima libertad. Estamos todavía en Judea. Estamos cerca de los caminos bajos que llevan a Galilea. El que quiera puede marcharse, y marcharse a tiempo de no ganarse el odio del Sanedrín...

Los apóstoles se intranquilizan ante estas palabras: algunos que estaban casi echados sobre la hierba templada por el Sol, se sientan; otros, que estaban sentados, se ponen en pie. Jesús continúa:

-Porque desde hoy soy el Perseguido legal; sépanlo. A esta hora está para ser leído, en las más de quinientas sinagogas de Jerusalén y en las ciudades que han podido recibir el decreto emitido ayer a la hora sexta (*mediodía*), que soy el Gran Pecador y que quienquiera que sepa dónde estoy tiene el deber de denunciarme al Sanedrín para que éste me capture...

Los apóstoles gritan como si ya lo vieran preso. Juan se le echa al cuello gimiendo:

-¡Ah, siempre lo he presagiado! – y solloza fuertemente. Unos maldicen contra el Sanedrín, otros invocan la justicia, otros lloran, otros permanecen como estatuas.

-Callen. Escuchen. Yo nunca los he engañado. Siempre les he dicho la verdad. Si he podido, los he defendido y tutelado. Su cercanía me ha resultado grata como la de los hijos. No les he ocultado ni siquiera mi última hora... mis peligros... mi pasión. Pero éstas eran cosas mías, exclusivamente mías. Ahora lo que hay que considerar son sus peligros, su seguridad, la de sus familias. Les ruego que lo hagan. Con libertad absoluta. No lo consideren a través del amor que me tienen, a través de la elección que Yo he hecho de ustedes. Imagínense – puesto que los dispenso de todo compromiso respecto a Dios y a su Cristo – que nos hemos encontrado aquí, ahora, por primera vez, y que ustedes, después de haberme escuchado, se sopesan si les conviene o no seguir al Desconocido cuyas palabras los han conmovido. Imaginen que me oyen y ven por primera vez y les digo: “Tengan en cuenta que soy perseguido y odiado, y que el que me ama y sigue es perseguido y odiado como Yo, en la persona, en los intereses, en los afectos. Tengan en cuenta que la persecución puede terminar incluso en la muerte y en la confiscación de los bienes familiares”. Piensen, decidan. Y, aunque me digan: “Maestro, yo no puedo seguir yendo Contigo”. Los amaré. ¿Se entristecen?, No, no deben entristecerse. Somos buenos amigos. Amigos que deciden con paz y amor lo que se ha hacer, con recíproca compasión. No puedo dejarlos ir al encuentro del futuro sin hacerlos reflexionar. No los desdeño. Los amo a todos. Pero Yo soy el Maestro. Es evidente que el Maestro conoce a los discípulos. Yo soy el Pastor, y es evidente que el pastor conoce a sus corderos. Yo sé que mis corderos, introducidos en una prueba sin estar suficientemente preparados- no sólo en la sabiduría que viene del Maestro, y que, por tanto, es buena y perfecta, sino también en la reflexión que debe

venir de ellos- podrían fracasar o, al menos, no triunfar como atletas en un estadio. Sopesarse y sopesar es siempre una sabia medida. En las pequeñas cosas y en las grandes... Yo, Pastor, debo decir a mis corderos: "Vean que ahora me adentro en un país de lobos y matarifes. ¿Tienen fuerza para caminar entre ellos?". Podría también decirles quién no tendrá fuerza para resistir la prueba, a pesar de que los puedo tranquilizar y asegurar que ninguno de ustedes caerá a manos de los verdugos que sacrifican al Cordero de Dios. Mi captura es de tal valor que les bastará.... Pero, de todas formas, les digo: "Reflexionen". Hace tiempo les decía: "No teman a los que matan". Les decía: "Aquel que ha puesto la mano en el arado y se vuelve a considerar el pasado y lo que puede perder o ganar no es idóneo para mi misión". Pero eran normas para darles la medida de lo que significaba ser los discípulos; eran normas para el futuro que vendrá para cuando Yo ya no sea el Maestro, sino que lo serán mis fieles; estaban dadas para darles un alma fuerte. Pero incluso esta fortaleza, que es innegable que han alcanzado respecto a la nada que eran- hablo de sus espíritus- es todavía demasiado poca respecto a la magnitud de la prueba. No piensen en sus corazones: "¡El Maestro se escandaliza de nosotros!". No me escandalizo. Es más, les digo que tampoco ustedes deben, ni deberán, escandalizarse de su debilidad. En todos los tiempos que vendrán, entre los miembros de mi Iglesia, tanto corderos como pastores, habrá personas que estarán por debajo de la magnitud de su misión. Habrá épocas en que los pastores ídolos y los fieles ídolos sean más numerosos que los verdaderos pastores y fieles; épocas de eclipse del espíritu de fe en el mundo. Pero el eclipse no significa la muerte de un astro. Es únicamente momentáneo oscurecimiento más o menos parcial del astro. Después, su belleza vuelve a aparecer y parece más luminosa. Lo mismo sucederá con mi Redil. Les digo: "Reflexionen". Se los digo como Maestro, Pastor y Amigo. Los dejo en plena libertad de examinar esto conjuntamente. Voy allí, a aquella espesura, a orar. Uno por uno irán a decirme lo que han pensado. Y bendeciré su honestidad sincera, sea cual fuere. Y los querré por todo lo que ya hasta ahora me han dado. Adiós.

Se levanta y se va. Los apóstoles están asustados, perplejos, impresionados. En ese momento no son capaces ni siquiera de hablar. El primero que habla es Pedro. Dice:

-¡Que me trague el infierno si quiero dejarlo! Estoy seguro de mí. ¡Ni aunque arremetieran contra mí todos los demonios que hay en la Gehena, con Leviatán a la cabeza, me separaría de Él por miedo!

-Y yo tampoco. ¿Voy a ser yo menos que mis hijas? – dice Felipe.

-Estoy seguro de que no le van a hacer nada. El Sanedrín amenaza, pero lo hace para convencerse de que existe todavía. El Sanedrín es el primero en saber que nada sucede si Roma no quiere. ¡Sus condenas! ¡Es Roma la que condena! – dice Judas Iscariote ufano.

-Pero para cosas religiosas es todavía el Sanedrín – observa Andrés.

- ¿Acaso tienes miedo, hermano? Mira que en la familia no ha habido nunca gente vil- advierte con tono amenazador Pedro, que siente en su corazón un espíritu muy belicoso.

-No tengo miedo y espero poder demostrarlo. Sólo le estoy diciendo a Judas lo que pienso.

-Tienes razón. Pero el error del Sanedrín es querer usar el arma política para no querer decir, y no querer oír que le digan, que ellos han alzado la mano contra el Cristo. Lo sé seguro. Quisieran, es decir, hubieran querido, hacer caer al Cristo en pecado para que la muchedumbre lo despreciara. ¿Pero, matarlo? ¿Ellos? ¡No! ¡Tienen miedo! Un miedo sin cotejo humano, porque es miedo de alma. ¡Bien saben ellos que Él es el Mesías! Lo saben. Lo saben tanto, que sienten que es el fin de ellos porque llega el tiempo nuevo. Y quieren destruirlo. Pero, ¿destruir ellos? No. Por eso buscan la razón política, para que sea el Gobernador, para que sea Roma, quienes lo destruyan. Pero el Cristo no causa perjuicios a Roma, y Roma no le hará ningún mal. Así que el Sanedrín alza en vano sus gritos.

-¿Entonces tú sigues con Él?

-Por supuesto. ¡Más que nadie!

-Yo no tengo nada que perder ni que ganar, sea que me quede, sea que me vaya. Sólo tengo el deber de amarlo. Y lo haré –dice el Zelote.

-Yo lo reconozco como el Mesías y, por tanto, le sigo – dice Natanael.

-Yo también. Creo que lo es desde que Juan el Bautista me lo indicó diciendo que lo era – dice Santiago de Zebedeo.

-Nosotros somos sus hermanos. A la fe unimos el amor de la sangre. ¿No es verdad, Santiago? –dice Judas Tadeo.

-Jesús es mi Sol desde hace años. Sigo su curso. Si cae en el abismo excavado por los enemigos, yo le seguiré – responde Santiago de Alfeo.

-¿Y yo? ¿Puedo olvidarme de que me ha redimido? – pregunta Mateo.

-Mi padre me maldeciría siete y siete veces si lo dejara. Además, aunque sólo sea por amor a María, no me separaré jamás de Jesús – dice Tomás.

Juan no habla, está cabizbajo, abatido. Los otros toman su actitud como debilidad y, muchos de ellos, le preguntan:

-¿Y tú? ¿Sólo tú te quieres marchar?

Juan levanta la cara, una cara llena de pureza incluso en gestos y miradas, y, mirando fijamente con sus lípidos ojos azules a los que le preguntan, dice:

-Estaba orando por todos nosotros. Porque nosotros queremos hacer y decir, y presumimos de nosotros, y no nos damos cuenta de que, haciéndolo, ponemos en duda las palabras del Maestro. Si Él considera deficiente nuestra formación, señal es que es así. Si en tres años no nos hemos formado, no nos vamos a formar en unos pocos meses...

-¿Qué dices? ¿En unos pocos meses? ¿Y tú qué sabes? ¿Acaso eres profeta? – le acometen casi censurándolo.

-Nada soy yo.

-¿Y entonces? ¿Qué sabes? ¿Es que te lo ha dicho Él? Tú sabes siempre sus secretos... - dice, envidioso, Judas de Keriot.

-No me aborrezcas, amigo, porque sepa comprender que el tiempo sereno ha terminado. ¿Cuándo será? No lo sé. Sé que será. Él lo dice. ¡Cuántas veces lo ha dicho! No queremos creer. Pero el odio de los otros confirma sus palabras... Y entonces oro; porque no hay otra cosa que hacer; rogar a Dios que nos haga fuertes. ¿No recuerdas, Judas, cuando nos dijo que oró al Padre para tener fuerza en las tentaciones? Toda fuerza viene de Dios. Yo imito a mi Maestro, como debe hacerse...

-Bueno, pero ¿te quedas? – pregunta Pedro.

-¿Y a dónde quieres que vaya si no me quedo con Él, que es mi vida y mi bien? Pero, dado que soy un pobre niño, el más mísero de todos, pido todo a Dios, Padre de Jesús y nuestro.

-Ya está dicho. Entonces todos nos quedamos. Vamos donde Él. Está triste. Nuestra fidelidad le pondrá alegre – dice Pedro.

Jesús está postrado en oración. Rostro en tierra entre las hierbas, suplicando, ciertamente, a su Padre. Pero, con el rumor de los pasos, se alza y mira a sus doce; los mira con una seriedad un poco triste.

-Alégrate, Maestro. Ninguno de nosotros te abandona –dice Pedro.

-Han decidido demasiado pronto y...

-Ni horas ni siglos modificarán nuestro pensamiento – dice Pedro.

-Ni las amenazas nuestro amor – profesa Judas Iscariote

Jesús deja de mirarlos en grupo para fijar su mirada en cada uno de ellos. Es una mirada larga, aguantada sin miedo por todos. Su mirada se detiene especialmente en Judas Iscariote, que lo mira más seguro que ningún otro. Abre los brazos con gesto de resignación y dice:

-Vamos. Ustedes, todos, han sellado su destino.

Vuelve al sitio de antes, recoge su fardo, ordena:

-Tomamos el camino que lleva a Efraím, el que nos han enseñado.

-¿A Samaria? - el estupor es enorme.

-A Samaria. Al menos a la zona limítrofe de ella. También Juan fue a esos lugares para vivir hasta la hora señalada para su predicación del Cristo.

-¡Pero no se salvó por ello! – objeta Santiago de Zebedeo.

-No busco salvarme. Busco salvar. Y salvaré en la hora señalada. El Pastor perseguido va hacia las ovejas más desdichadas, para que ellas, las abandonadas, tengan su parte de sabiduría que las prepare para el tiempo nuevo.

Va con paso veloz, después de este alto en el camino que ha servido para descansar y respetar el sábado, queriendo llegar antes de que la noche haga impracticable los senderos. Cuando llegan al río que viene de Efraím y va hacia el Jordán, Jesús llama a Pedro y a Natanael y les da una bolsa diciéndoles:

-Adelántense. Busquen a María de Jacob. Recuerdo que Malaquías me dijo que era la más pobre del lugar, a pesar de que tenga una casa grande, ahora que ya no tiene en ella hijos ni hijas. Estaremos en su casa. Denle buen dinero, para que nos dé enseguida alojamiento sin hablar con mil. La casa saben cuál es. La grande que está a la sombra de los cuatro granados, casi en el puente del río.

-Lo sabemos, Maestro. Haremos como Tú dices.

Se marchan diligentemente. Jesús los sigue, con los demás, lentamente.

Desde la cuenca que el estero divide en dos semicuevas, se ve blanquear el pueblo con las últimas luces del día y los primeros candores lunares. No hay un alma por la calle cuando llegan a la casa ya toda blanca de Luna. Sólo el estero tiene voz en el silencio nocturno. Volviéndose y mirando al horizonte, se ve un gran espacio de cielo estrellado curvado sobre una gran vastedad de terreno en declive hacia la llanura desierta que baja al Jordán. Una paz profunda reina en esa tierra.

Llaman a la puerta. Pedro abre:

-Todo hecho, Señor. La anciana, al ver que le daban monedas, ha llorado. Ya no tenía una moneda. Le he dicho: “No llores, mujer. Donde está Jesús de Nazaret, el dolor deja de estar”. Me ha respondido: “Lo sé. He sufrido toda mi vida y ahora me sentía realmente en el límite del sufrimiento. Pero el Cielo se ha abierto para mí en el ocaso de mi vida y me trae la Estrella de Jacob para darme paz”. Ahora está allí preparando las habitaciones que llevan mucho tiempo cerradas. ¡Mmm! Hay muy poco. Pero la mujer parece muy buena. ¡Ahí está! ¡Mujer, el Rabí está aquí!

Se acerca una viejita arrugada, de mansos ojos llenos de melancolía. Se para nerviosa a unos pasos de Jesús. Está acobardada.

-La paz a ti, mujer. No te voy a causar muchas molestias.

-Yo... quisiera... quisiera que caminaras sobre mi corazón para hacerte más dulce la entrada en mi pobre casa. Entra, Señor y entre Dios contigo – con la luz de la mirada de Jesús, ha cobrado nuevo aliento y valor.

Entran todos. Cierran la puerta. La casa es tan grande como una posada y está tan vacía como un lugar abandonado. Sólo la cocina está alegre, debido al fuego que llamea en el centro de ella, en el hogar. Bartolomé, que alimentaba el fuego, se vuelve y sonríe mientras dice:

-Consuela a la mujer, Maestro. Está apenada porque no puede honrarte como quisiera.

-Me basta tu corazón, mujer. No te preocupes de nada. Mañana remediaremos las carencias. Yo también soy un pobre. Traigan las provisiones. Entre los pobres se comparte el pan y la sal sin avergonzarse y con amor fraterno, que, para ti, mujer, es filial porque podrías ser mi madre y Yo te honro como hijo...

La mujer derrama silenciosas lágrimas de anciana afligida y se enjuga los ojos con su velo; susurra:

-Tenía tres hijos varones y siete niñas. A un hijo se me lo llevó el río y a otro la fiebre, el tercero me abandonó. Cinco de las niñas se cogieron el mal de su padre y murieron, la sexta murió de parto y la séptima... lo que no hizo la muerte lo hizo el pecado. En mi vejez no recibo honor de mis hijos, y ello me causa... En el pueblo son buenos... pero con la pobre mujer, mientras que Tú eres bueno con la madre....

-Tengo una madre Yo también. En toda mujer que es madre honro a la Mía. Pero no llores. Dios es Bueno. Ten fe, y los hijos que te quedan podrán regresar a ti todavía. Los otros descansan en paz...

-Yo lo veo como un castigo por ser de estos lugares...

-Ten fe. Dios es más justo que los hombres...

Vuelven los apóstoles que habían ido con Pedro a las habitaciones. Traen las provisiones. Calientan en el fuego el corderito que Nique había asado. Lo llevan a la mesa. Jesús ofrece y bendice, y quiere que la ancianita esté con ellos, no comiendo en su rinconcito la pobre achicoria de su cena...

El exilio en los confines de Judea ha comenzado...

552

Preparativos y recibimientos en Efraím.

-Maestro, la paz a Ti – dicen Pedro y Santiago de Zebedeo, que vuelven a casa cargados de ánforas con agua.

-La paz a ustedes. ¿De dónde vienen?

-Del río. Hemos cogido el agua y todavía traeremos más, para asearnos. Dado que hacemos un alto en el camino... Y no es justo que la anciana se fatigue por nosotros. Está allí haciendo una hoguera para calentar el agua. Mi hermano ha ido al bosque por leña. No llueve desde hace tiempo y arde como si fuera brezo – explica Santiago de Zebedeo.

-La cosa es que, a pesar de que acabara de despuntar el día, nos han visto en el estero y también en el bosque. Y pensar que yo había ido al río para no ir a la fuente... - dice Pedro.

-¿Y por qué, Simón de Jonás?

-Porque en la fuente siempre hay gente, y podían reconocernos y venir enseguida aquí...

Mientras hablan han entrado en el largo pasillo que divide la casa, los dos hijos de Alfeo, Judas de Keriot y Tomás. Por tanto, también ellos oyen las últimas palabras de Pedro y la respuesta de Jesús:

-Lo que no hubiera sucedido en las primeras horas de hoy, hubiera sucedido más tarde, mañana como mucho, porque nos quedamos aquí...

-¿Aquí? Yo creía que íbamos a hacer sólo un alto en el camino... - dicen varios.

-No es una pausa de descanso. Es la pausa. De aquí no nos marcharemos sino para volver a Jerusalén para la Pascua.

-Pues yo había creído que cuando hablabas de tierra de lobos y matarifes te estabas refiriendo a esta región por la que querías pasar, como hiciste otras veces, para ir a otros lugares sin recorrer los caminos más transitados por judíos y fariseos... - dice Felipe, que ha llegado en ese momento; y otros dicen:

-Yo también creía lo mismo.

-Han entendido mal. No es ésta la tierra de lobos y matarifes, a pesar de que en sus montes tengan guarida los verdaderos lobos. No hablo de los lobos animales...

-¡Eso lo habíamos entendido! –exclama Judas de Keriot con buena carga de ironía – Para Ti que te llamas Cordero se comprende que son lobos los hombres. No somos necios del todo.

-No. No son necios sino en aquello que no quieren comprender. O sea, sobre mi naturaleza y misión y sobre el dolor que me causan no trabajando asiduamente en prepararse para el futuro. Por su propio bien les hablo y les enseño con obras y palabras. Pero ustedes rechazan aquello que molesta a su humanidad con presagios de dolor o con solicitud de esfuerzos contra su yo. Escuchen antes de que haya extraños. Los voy a dividir en dos grupos de cinco. Irán, bajo la guía del que esté a la cabeza de cada grupo, por las tierras cercanas, como en los primeros tiempos en que los enviaba. Recuerden todo lo que dije entonces y pónganlo en práctica. La única salvedad es que ahora pasarán anunciando como próximo el día del Señor, a los samaritanos también, para que estén preparados para cuando ese día llegue y sea más fácil para ustedes el convertirlos al único Dios. Vayan llenos de caridad y prudencia, sin prevenciones. Ya ven y más que verán, que lo que se nos niega en otros lugares aquí se nos concede. Por tanto, sean buenos con éstos que expían, inocentes, las culpas de sus antepasados. Pedro guiará el grupo de Judas de Alfeo, Tomás, Felipe y Mateo; Santiago de Alfeo, el de Andrés, Bartolomé, Simón Zelote y Santiago de Zebedeo. Judas de Keriot y Juan se quedan Conmigo. Esto a partir de mañana. Hoy vamos a descansar, haciendo los preparativos para los próximos días. El sábado lo pasaremos juntos. Hagan, pues, las cosas de forma que estén aquí antes del sábado, para volver a salir una vez transcurrido éste, que será el día del amor entre nosotros después de haber amado al prójimo en el rebaño que salió del redil paterno. Ahora, cada uno a su tarea.

Se queda solo y se retira a una habitación al final del pasillo.

Rumor de pasos y voces llena la casa, aunque todos estén en las habitaciones y no se vea a ninguno, aparte de la ancianita, que una y otra vez cruza el pasillo ocupándose de sus tareas, de las cuales una, sin duda, es el pan, porque tiene harina en el pelo, y las manos cubiertas de masa.

Jesús sale un poco después y sube a la terraza de la casa. Pasea arriba meditando, y mira de vez en cuando a lo que le rodea. Se acercan a Él Pedro y Judas de Keriot; no muy alegres, verdaderamente. Quizás a Pedro le apena el separarse de Jesús. Quizás a Judas Iscariote le apena el no poder hacerlo y el no poder ir a llamar la atención por las ciudades. Lo cierto es que están muy serios cuando suben a la terraza.

-Vengan. Miren qué bonito panorama se ve desde aquí.

Y señala al horizonte multicolor. Al noroeste, montes altos, boscosos, que se alargan como una espina dorsal orientados de norte a sur (uno, detrás de Efraím, es verdaderamente un gigante verde que domina sobre los otros). Al nordeste y al sureste, ondulantes cerros más suaves. El pueblo está en una cuenca verde con horizontes lejanos –poco ondulados, entre las dos cadenas: la más alta y la más baja- que desde el centro de la región descienden hacia la llanura jordánica. A través de un corte entre los montes más bajos, se vislumbra esa llanura verde en cuyo extremo está el Jordán azul. En plena primavera debe ser éste un lugar hermosísimo, todo verde y fértil. Por ahora los viñedos y huertos de árboles frutales interrumpen con su oscuro color el verde de los campos sembrados de cereales (que ya echan sus tiernos tallos afuera de la tierra) y de los pastos nutridos con este suelo feraz.

Si Juan llama desierto a eso que está tras Efraím, señal de que bien suave era el desierto de Judea, al menos en esa zona –o hay que decir al menos que era desierto sólo por carecer de lugares habitados- llena de bosques y pastos entre alegres esteros, bien distinta de las tierras de la zona del Mar Muerto, que con preciso nombre ya pueden ser llamadas desierto, porque son áridas y carecen de vegetación, si se exceptúan las matas bajas, espinosas, retorcidas, salpicadas de sal, de las pocas plantas desérticas nacidas entre los pedruscos diseminados y las arenas cargadas de sales. Pero este dulce desierto que está más allá de Efraím se decora, todavía en un largo espacio de terreno, con vides, olivos y árboles frutales; y ahora los almendros sonríen bajo el Sol, esparcidos acá o allá y formando matas blanco-rosadas en las laderas que pronto estarán cubiertas de dos festones de las vides abiertas para nuevas frondas.

-Parece casi como estar en mi ciudad –dice Judas.

-También asemeja a Yuttá. Lo único es que allí el estero está abajo y la ciudad arriba. Aquí, por el contrario, el pueblo parece estar dentro de una vasta concha con el río en el centro. ¡Es un pueblo rico de vid! Debe ser muy hermoso, y muy bueno, para los dueños, tener estas tierras – observa Pedro.

-Bendiga el Señor su tierra con los frutos del cielo y el rocío, con los manantiales que surgen de las profundidades, con los frutos producidos por el Sol y la Luna, con los frutos de las cimas de sus antiguos montes, con los frutos de sus eternos cerros y las mieses de la abundancia de la tierra, está

escrito (Deuteronomio 33, 13-16). Y en estas palabras del Pentateuco basan su orgullosa obstinación en creerse superiores. Así es. Hasta la palabra de Dios y los dones de Dios, si caen en corazones soberbios, vienen a ser causa de ruina. No por sí, sino por la soberbia que altera su savia buena – dice Jesús.

-Y ellos del justo José han conservado sólo la furia del toro y la cerviz del rinoceronte. No me gusta estar aquí- ¿Por qué no me dejas ir con los otros? – dice Judas Iscariote.

-¿No te gusta estar Conmigo?

-Contigo sí, pero no con los de Efraím.

-¡Bonita razón! ¿Y nosotros, entonces, que vamos a ir por Samaria o por la Decápolis- porque en el tiempo prescrito de sábado a sábado no podremos ir a otro lugar- vamos a ir, acaso, con santos? – dice Pedro respondiendo a Judas, que no responde.

-¿Qué te importa quién tienes a tu lado si sabes amar todo a través de Mí? Ámame en el prójimo y todos los lugares te serán iguales – dice tranquilo Jesús.

Judas tampoco le responde a Él.

-Y pensar que yo me tengo que marchar... ¡Con mucho gusto me quedaría aquí! Total... ¡para lo que sé hacer! Pon, al menos, al frente a Felipe o a tu hermano, Maestro. Yo... mientras se trate de decir: vamos a hacer esto, vamos a aquel sitio... bueno, todavía. ¡Pero si tengo que hablar!... Lo estropearé todo.

-La obediencia te hará hacer bien todo. Lo que hagas me gustará.

-Entonces... si te gusta a Ti, me gusta a mí. Me basta con contentarte. Pero... ¡Ah, ya lo había dicho! ¡Ahí viene media ciudad!... ¡Mira! El arquisinagogo, los notables, sus mujeres, los niños y la gente!...

-Vamos a bajar a su encuentro – ordena Jesús, y se apresura a bajar la escala mientras llama a los otros apóstoles para que salgan con Él fuera de casa.

Los habitantes de Efraím se acercan con señales de la más viva deferencia. Después de los saludos de rigor, uno, quizás el arquisinagogo, habla por todos:

-Bendito sea el Altísimo por este día, y bendito sea su Profeta que ha venido a nosotros porque ama a todos los hombres en nombre del Dios altísimo. Bendito seas Tú, Maestro y Señor, que te has acordado de nuestro corazón y de nuestras palabras y has venido a descansar en medio de nosotros. Te abrimos corazón y casas, pidiendo tu palabra para nuestra salud. Bendito sea este día porque por él el que sepa acogerlo con recto espíritu verá fructificar el desierto.

-Bien has hablado, Malaquías. El que sepa acoger con recto espíritu al que ha venido en nombre de Dios verá fructificar su desierto y convertirse en domésticas las plantas, fuertes pero agrestes, que en él hay. Yo estaré en medio de ustedes. Y ustedes vendrán a Mí. Como buenos amigos. Y éstos llevarán mi palabra a los que la sepan acoger.

-¿No vas a enseñar Tú, Maestro? – pregunta un poco desilusionado Malaquías.

-He venido aquí para recogerme y orar. Para prepararme a las grandes cosas que van a suceder.

¿No les agrada el que haya elegido su lugar para mi sosiego?

-¡Sí! Verte orar será ya hacernos sabios. Gracias por habernos elegido para esto. No turbaremos tus oraciones ni permitiremos que sean turbadas por tus enemigos. Porque ya se sabe lo que ha sucedido y sucede en Judea. Haremos buena guardia. Y nos contentaremos con una palabra tuya cuando buenamente puedas decirla. Entretanto, acepta los dones de la hospitalidad.

-Soy Jesús y no rechazo a nadie. Por tanto, acepto lo que me ofrecen para mostrarles que no los rechazo. Pero si quieren amarme den de ahora en adelante lo que me darían a Mí a los pobres del pueblo o a los que estén de paso. Yo sólo necesito paz y amor.

-Lo sabemos. Todo lo sabemos. Y esperamos darte eso, tanto como para hacerte exclamar: “La tierra que habría debido ser para Mí Egipto, o sea, dolor, ha sido, como para José de Jacob, tierra de paz y gloria”.

-Si me aman aceptando mi palabra, lo diré.

Los habitantes de Efraím pasan sus regalos a los apóstoles y luego se retiran, menos Malaquías y otros dos que le dicen algo en voz baja a Jesús. Y se quedan los niños, cautivados por el hechizo habitual que Jesús emana hacia los niños; se quedan, sordos a las voces de sus madres, que los llaman, y no se marchan hasta que Jesús no los ha acariciado y bendecido. Entonces, bulliciosos como golondrinas, cual golondrinas que baten las alas para alzar el vuelo, se echan a correr. Tras ellos se marchan también los tres hombres.

Los diez, cansados y polvorientos, vuelven a la casa. A la mujer que los saluda al abrirles la puerta, le preguntan inmediatamente:

-¿Dónde está el Maestro?

-En el bosque, creo. Orando, como siempre. Ha salido muy pronto esta mañana y todavía no ha vuelto.

-¿Y nadie ha ido a buscarlo? ¿Pero qué hacen esos dos? – alza la voz Pedro, inquieto.

-No te alteres. Entre nosotros está tan seguro como en la casa de su Madre.

-¿Seguro? ¿Seguro? ¿Se acuerdan del Bautista? ¿Estuvo seguro?

-No lo estuvo porque no supo leer el corazón de quien le hablaba. Pero si el Altísimo lo permitió para el Bautista, ciertamente no lo permitirá para su Mesías. Esto debes creerlo más que yo, que soy mujer y samaritana.

-María tiene razón. Pero ¿concretamente a dónde ha ido?

-No lo sé. Unas veces va por un lado, otras por otro. A veces, solo; a veces, con los niños, que lo quieren mucho. Les enseña a orar viendo a Dios en todas las cosas. Pero hoy quizás esté solo porque no ha vuelto a la hora sexta. Cuando tiene consigo a los niños, vuelve, porque los niños son pajaritos que quieren la comida a las horas precisas... - sonrío la ancianita, recordando quizás a sus diez hijos, y luego suspira... y es que las alegrías y dolores están presentes en todos los recuerdos de la vida.

-¿Y dónde están Judas y Juan?

-Judas, en la fuente; Juan, haciendo leña. Se me había terminado porque he lavado la ropa de todos para dárselas limpias cuando se marchen.

-Dios te lo pague, madre. Mucho trabajo por nosotros... - dice Tomás, poniéndole una mano en su espalda delgada y arqueada, como para acariciarla.

-¡No es ningún trabajo! Es como si volviera a tener a mis hijos conmigo... - y sonrío de nuevo, no sin un brillo en sus ojos hundidos de anciana.

Regresa Juan trayendo un haz grande de leña, y el pasillo, más bien tétrico, parece iluminarse con su llegada. He advertido siempre la luminosidad que parece encenderse donde está Juan. Su sonrisa franca, tan dulce, de niño, su mirada límpida y sonriente como un hermoso cielo abrileño, su voz jubilosa al saludar afectuosamente a sus compañeros son como un rayo de Sol o un arco iris de paz. Todos lo quieren, excepto Judas de Keriot, que no sé si lo ama o si lo odia; eso sí, ciertamente lo envidia, y a menudo se chancea con él, ofendiéndolo a veces. Pero por ahora Judas no está.

Le ayudan a dejar la carga y le preguntan dónde puede estar Jesús. También Juan se alarma un poco por el retardo. Pero, más confiado en Dios que los otros, dice:

-El Padre suyo lo preservará del mal. Debemos creer en el Señor. Vengan. Están cansados y cubiertos del polvo del camino. Hemos tenido preparados para ustedes comida y agua caliente. Vengan, vengan...

Regresa también Judas de Keriot con sus ánforas goteando agua.

-Paz a ustedes. ¿Les ha resultado fácil el viaje? – pregunta. Pero en su voz no hay bondad. Es una voz llena de ironía y disgusto.

-Sí. Comenzamos por la Decápolis.

-¿Por miedo a que los apedrearán o a contaminarse? – pregunta con ironía Judas Iscariote.

-Ni una ni otra cosa. Por prudencia de principiantes. Lo propuse yo. Y a mí, no quiero refregarte nada, me ha salido el pelo blanco delante de los pergaminos – dice Bartolomé.

Judas no replica. Se marcha de la cocina, donde los que han vuelto reponen fuerzas con lo que estaba preparado. Pedro mira a Judas Iscariote, que se marcha, y mueve la cabeza; pero no dice nada. Judas Tadeo, sin embargo, tira de una manga a Juan y pregunta:

-¿Cómo ha estado estos días? ¿Siempre tan inquieto? Sé sincero...

-Sincero siempre, Judas. Pero, te aseguro que no ha causado dolor. El Maestro está casi siempre aislado. Yo estoy con la madre anciana, que es muy buena. Escucho a los que vienen para hablar con el Maestro y luego le refiero a Él las palabras. Judas, sin embargo, va por el pueblo. Se ha hecho amistades... ¿Qué, si no? Él es así... No sabe estarse quieto, como sabríamos estar nosotros...

-Por mí, que haga lo que quiera. Me basta con que no cause dolor.

-No, eso no. Se aburre, eso sí. Pero... ¡ahí está el Maestro! Oigo su voz. Está hablando con alguien...

Salen presurosos y ven a Jesús, que se acerca a ellos con dos niños en brazos y uno agarrado a su túnica, a los cuales da ánimos porque lloran. Se va desvaneciendo el crepúsculo.

-¡Dios te bendiga, Maestro! ¿Pero de dónde vienes tan tarde?

Jesús, entrando en casa, responde:

-He estado con bandoleros. Yo también traigo mi botín. He andado más allá del ocaso, pero el Padre no me lo tendrá en cuenta porque he hecho una obra de misericordia... Toma, Juan, y tú, Simón... Tengo los brazos rotos... y estoy realmente cansado.

Se sienta en un taburete al lado de la chimenea. Sonríe, cansado pero contento.

-¿Con bandoleros? ¿Pero dónde has estado? ¿Quiénes son estos niños? ¿Has comido? ¿Dónde estabas? ¡No es prudente estar fuera con esta poca luz y tan lejos!... Estábamos preocupados. ¿No estabas en el bosque? – hablan todos al mismo tiempo.

-No estaba en el bosque. He ido hacia Jericó...

-¡Imprudente! ¡Por esos caminos puedes encontrar a los que te odian! – dice Judas Tadeo en tono reprobatorio.

-He ido por el sendero que nos han indicado. Hacía días que quería ir allí... donde hay desdichados a quienes redimir. A Mí no podían hacerme nada malo, y he llegado a tiempo para estos niños. Denles de comer. Creo que están casi en ayunas, porque sentían miedo de los bandoleros. Y Yo no llevaba comida Conmigo. ¡Si, al menos, hubiera encontrado a un pastor!... Pero el sábado cercano ya había dejado desiertos los pastos...

-¡Ya! Nosotros somos los únicos que, de un tiempo a esta parte, no respetamos el sábado... - observa Judas de Keriot, siempre cortante.

-¿Cómo hablas? ¿Qué insinúas? – le preguntan.

-Digo que ya llevamos dos sábados que trabajamos después de la puesta del Sol.

-Judas, tú sabes por qué tuvimos que andar el sábado pasado. El pecado no siempre es del que lo hace. También es del que fuerza a hacerlo. Y hoy... ya sé, quieres decirme que también hoy he violado el sábado. Te respondo que si es grande la ley del reposo sabático, grandísimo es el precepto del amor. No tengo obligación de justificarme ante ti, pero lo hago para enseñarte la mansedumbre, la humildad, y la gran verdad de que ante una necesidad santa se debe saber aplicar la Ley con flexibilidad de espíritu. Nuestra historia tiene episodios de estas necesidades. Al despuntar el día he ido hacia los montes Adomín porque sé que allí hay desdichados que tiene el delito como lepra del alma. Esperaba encontrarlos, hablarles, volver antes de la puesta del Sol. Los he encontrado. Pero no he podido hablarles en los términos que había pensado, porque había que decir otras cosas... Los bandidos se habían encontrado con estos tres niñitos llorando en la puerta de un aprisco pobre de la llanura. Los bandidos habían bajado de noche para robar los corderos y, si el pastor hubiera opuesto resistencia, matar. Mala cosa es el hambre en los montes en invierno... y, cuando los que la sufren son corazones crueles, hace a los hombres más feroces que los lobos. Estos niños estaban, pues, allí, junto con un muchacho poco mayor que ellos y atemorizado como ellos. El padre de los niños, no sé por qué motivo, había muerto durante la noche. Quizás le había mordido algún animal, o le había fallado el corazón... Estaba frío sobre la paja junto a las ovejas. Se dio cuenta de ello el hijo mayor, que dormía a su lado. De forma que los bandidos, en vez de cometer una matanza, se encontraron con un muerto y cuatro niños llorando. Dejaron al muerto, mandaron hacia delante ovejas y al muchacho y, dado que hasta en los más siniestros puede haber una piedad que se resista a morir, recogieron a los niños... Yo me encontré con los bandidos cuando estaban decidiendo qué hacer. Los más crueles querían matar al muchacho de diez años, peligroso testigo del robo y del refugio; los menos duros querían soltarlo bajo amenazas, quedándose con el rebaño. Y todos querían que los niñitos se quedaran con ellos.

-¿Y qué querían hacer con ellos? ¿Es que no tienen familia?

-La madre ha muerto. Por eso el padre los había llevado consigo a los pastos invernales; ahora estaba subiendo de nuevo a su casa desierta, atravesando estos montes. ¿Podía yo dejar los pequeños a los bandidos, para que los hicieran bandidos como ellos? He hablado... En verdad les digo que me han comprendido más que muchos otros; tanto me han comprendido, que me han dejado a los niños y mañana van a acompañar al muchacho al camino de Siquem. Porque en aquellos campos están los hermanos de la madre de éstos. De momento, he recogido a los niños; los tendré, los tendremos, hasta que lleguen parientes suyos.

-Y Tú te haces ilusiones de que los bandidos... - dice Judas Iscariote y se ríe...

-Estoy seguro de que no le tocarán un pelo al pastorcito. Son unos desdichados. No debemos juzgar por lo que son. Pero sí debemos tratar de salvarlos. Una obra buena puede ser el comienzo de su salvación... - Jesús agacha la cabeza, absorto en quién sabe qué pensamiento.

Los apóstoles y la anciana hablan e intercambian sentimientos de compasión, e intentan consolar a los niños, que están asustados... Jesús alza la cabeza al oír el llanto del más pequeño, un niño moreno que apenas tendrá tres años, y dice a Santiago, que inútilmente trata de darle leche:

-Déjame a Mí el niño y ve por mi fardo... - y sonríe porque el niño se tranquiliza encima de sus rodillas y bebe la leche ávidamente, aunque antes la rechazara. Los otros, más grandecitos, toman la sopa que les ponen delante; pero descienden lágrimas de sus ojos.

-¡En fin! ¡Cuántas miserias! ¡Hombre, que suframos nosotros, es justo; pero los inocentes!... – dice Pedro que no puede ver sufrir a los niños.

-Eres un pecador, Simón. Alzas censuras contra Dios – observa Judas Iscariote.

-Seré un pecador. Pero no censuro a Dios. Lo único que digo es... Maestro, ¿por qué tienen que sufrir los niños? No tienen pecados.

-Todos tienen pecados, al menos el original – dice Judas Iscariote. Pedro no le contesta. Espera la respuesta de Jesús.

Y Jesús, que está acunando al niño – el cual ha satisfecho ya su hambre y tiene sueño- responde:
 -Simón, el dolor es la consecuencia de la Culpa.
 -De acuerdo. Entonces... una vez que hagas desaparecer la culpa, los niños ya no sufrirán.
 -Seguirán sufriendo. No te sientas escandalizado, Simón, por esto que te digo. El dolor y la muerte estarán siempre presentes en la Tierra. Hasta los más puros sufren y sufrirán; es más, ellos sufrirán por todos. Serán las hostias (ofrendas en sacrificio) que harán propicio al Señor.
 -Pero ¿por qué? No lo comprendo...
 -Son muchas las cosas que no se comprenden en la Tierra. Sepan creer, al menos, que son cosas que el Amor perfecto quiere. Y cuando la Gracia, devuelta a los hombres, haga de los más santos de ellos los conocedores de las verdades ocultas, entonces se verá que precisamente los más santos querrán ser víctimas, porque habrán comprendido el poder del dolor...
 El niño duerme. María ¿lo llevas contigo?
 -Claro, Maestro. Nosotros decimos: niño asustado, sueño breve y mucho llanto; y: el pájaro sin nido necesita el ala materna. Mi cama es grande, ahora que la ocupo yo sola. Llevo allí a los niños, de forma que pueda estar atenta a ellos. También éstos están a punto de olvidar su dolor en el sueño. Vengan y los llevamos a descansar.
 Recoge al pequeñito de las rodillas de Jesús y, seguida por Pedro y Felipe, se marcha. Entretanto, vuelve Santiago de Zebedeo con el bolso de Jesús.
 Jesús lo abre y busca dentro. Extrae una túnica gruesa, la extiende, observa su medida. No está todavía satisfecho. Busca el manto del mismo color oscuro que la túnica. Pone ambos aparte. Cierra el bolso y se lo devuelve a Santiago. Vuelven Pedro y Felipe. La viejita se ha quedado con los tres niños. Pedro ve inmediatamente las ropas extendidas y puestas aparte. Dice:
 -¿Quieres cambiarte la ropa, Maestro? Estando cansado, un baño caliente te descansaría. Hay agua. Te calentamos la ropa. Luego cenamos y nos vamos a descansar. Este hecho de estos pobres niños me ha conmovido profundamente...
 Jesús sonríe, pero no responde adecuadamente; se limita a decir:
 -¡Alabemos al Señor! que me ha guiado a tiempo de salvar a los inocentes- Luego se calla, cansado. Vuelve a entrar la viejita, con las ropitas de los niños.
 -Deberían cambiárselas... Están rotas y llenas de barro... Pero ya no tengo las túnicas de mis hijos para sustituirlas. Las lavaré mañana...
 -No, madre. Cuando termine el sábado, coses tres prendas pequeñas con estas mías...
 -Pero Señor, ¿sabes que ya sólo tienes tres túnicas? Si das una, ¿con qué te quedas? ¡No está aquí Lázaro, como aquella vez del manto a la leprosa! – dice Pedro.
 -Deja. Quedan dos. Demasiadas ya, para el Hijo del hombre. Toma, María. Mañana a la puesta del Sol empiezas tu trabajo, y el Perseguido tendrá la dicha de socorrer al pobre, cuyas penalidades comprende.

554

El sábado en Efraím. Con los apóstoles y los tres niños en una isleta del río.

-Levántense. Vamos por la orilla del río. Como los hebreos que están fuera de su patria y en lugares donde no hay sinagogas, celebraremos el sábado entre nosotros. Vengan, niños... - dice Jesús a los apóstoles, ociosos en el huerto de la casa, y tiende la mano a los pobres niños que están en grupo en un ángulo.
 Éstos acuden con una tímida alegría en la carita precozmente pensativa, de niños que han visto cosas demasiado mayores que ellos. Los dos más grandecitos meten su manito en la de Jesús, pero el más pequeño quiere que lo coja en brazos, y Jesús lo contenta. Al más mayor le dice:
 -Tú estate de todas formas a mi lado. Me agarras la túnica como ayer. Pero Isaac está demasiado cansado y es demasiado pequeño para arreglárselas solo...
 El más grandecito bebe la sonrisa de Jesús y acepta, contentándose con caminar al lado de Jesús como un hombrecito.
 -Déjame a mí el niño, Maestro. Supongo que estarás cansado todavía de ayer, y Rubén sufre si no te agarra la mano... - dice Bartolomé, y hace ademán de tomar de sus brazos al más pequeño, que se abraza al cuello de Jesús.
 -¡Obcecado como toda la raza! – exclama Judas Iscariote.
 -No. Está asustado. No entiendes nada de hijos. Los pequeños son así. Cuando están afligidos o asustados buscan refugio en el primero que les ha sonreído y consolado –rebate Bartolomé, quien, no pudiendo tomar en brazos al más pequeño, da la mano al mayor después de haberle acariciado el pelo y haberle sonreído paternalmente.
 Salen de la casa, donde se queda sola la mujer. Van siguiendo el río ya fuera del pueblo. Son bonitas sus márgenes cubiertas de hierba nueva, tachonadas de flores pradeñas. Es agua cristalina,

cantarina entre las piedras; aunque sea poca, canta con notas de arpa, susurra rompiéndose contra las piedras más grandes diseminadas en el guijarral, o introduciéndose entre los recovecos de alguna minúscula isla poblada de cañas. En los árboles que hay en las orillas, los pájaros alzan velocísimos el vuelo con trinos de alegría, o se posan en alguna rama expuesta al Sol y cantan las primeras canciones de primavera, o bajan al suelo, graciosos y vivarachos, a buscar insectos y gusanos o a beber en las orillas. Dos tortolitas silvestres se bañan en una curva de la orilla y zureando, se picotean, para alzar el vuelo luego, llevando en el pico una vedija de lana dejada por alguna oveja contra un arbusto de espino albar que empieza ya a florecer en su cima.

-Hacen eso para hacer el nido –dice el mayor de los niños –Está claro que tienen pichoncitos...

Agacha mucho la cabeza, y, después de un atisbo de sonrisa mientras decía las primeras palabras, llora silencioso secándose los ojos con la mano.

Bartolomé lo coge en brazos, comprendiendo en qué herida han hurgado las dos tortolitas con sus cuidados; y suspira, él, que tiene el buen corazón de un buen padre de familia. El niño llora sobre el hombro de Bartolomé, y el otro, el segundo, viendo ese llanto, se echa a llorar a su vez, imitado por el tercero, que llama a su padre con su vocecita de pequeñito que desde hace poco sabe hablar.

-Hoy será ésta nuestra oración del sábado. ¡Hubieras podido dejarlos en casa! La mujer es más idónea que nosotros en estos casos y... - observa Judas Iscariote.

-¡Pero si ella no hace más que llorar, también! Como incluso yo, que tengo también grandes ganas de llorar. Porque son cosas... que hacen llorar... - le responde Pedro tomando en brazos al segundo niño.

-Sí. Son cosas que hacen llorar. Es verdad. Y María de Jacob, una pobre anciana afligida, no es muy capaz de consolar... - confirma el Zelote.

-Y nosotros tampoco parece que lo consigamos mucho. El único que podía consolar era el Maestro, y no lo ha hecho.

-¿No lo ha hecho? ¿Y qué más debía hacer? Ha convencido a los bandidos, ha recorrido millas con los niños en brazos, ha dispuesto las cosas para que sean advertidos los parientes de los niños...

-Ésas son cosas secundarias. Él, que tiene autoridad incluso sobre la muerte, podía, es más, debía, haber bajado al aprisco y haber resucitado al pastor. ¡Lo ha hecho incluso por Lázaro, que no era ya útil para nadie! Aquí, un padre, y además viudo; unos niños que se quedan solos... Esta resurrección había que haberla hecho. No te comprendo, Maestro...

-Y nosotros no te comprendemos a ti, tan irrespetuoso como te muestras...

-¡Calma! ¡Calma! Judas no comprende. No es el único que no comprende las razones de Dios y las consecuencias del pecado. Tú tampoco comprendes, Simón de Jonás, por qué los inocentes deben sufrir. No quieran juzgar, pues, a Judas de Simón, que no comprende por qué ese hombre no ha resucitado. Si Judas reflexiona, él, que siempre me echa en cara que vaya solo y lejos, comprenderá que no podía ir tan lejos... Porque el aprisco estaba en la llanura de Jericó, pero pasada la ciudad, hacia el vado. ¿Qué habrían dicho si hubiera estado fuera al menos tres días?

-Hubieras podido, con tu espíritu, ordenar al muerto resucitar.

-¿Eres más que los fariseos y escribas, que quisieron la prueba de un muerto ya descompuesto para poder decir que Yo resucito realmente a los muertos?

-Pero ellos la querían porque te odian. Yo la quisiera porque te amo y quisiera verte aplastar a todos tus enemigos.

-Tu viejo sentimiento y tu desordenado amor. No has sabido desarraigar de tu corazón las viejas plantas para sustituirlas por las nuevas; y las viejas, fertilizadas por la Luz a que te has acercado, se han hecho aún más fuertes. Este error tuyo es el de muchos, presentes y futuros; el de los que, a pesar de las ayudas de Dios, no se transforman porque no responden con heroica voluntad al auxilio de Dios.

-¿Y es que éstos, que son discípulos tuyos como yo, han destruido las viejas plantas?

-Al menos, las han podado mucho y han hecho muchos injertos. Tú esto no lo has hecho. Ni siquiera has observado con atención si era conveniente hacerles injertos o podarlas o arrancarlas. Eres un jardinero incauto (*sin cautela, descuidado*) Judas.

-Bueno, sólo para mi alma, ¿eh?, porque para los jardines soy hábil.

-Eres hábil. Para todas las cosas terrenas eres hábil. Quisiera verte igualmente hábil para las cosas del Cielo.

-¡Pero tu Luz debería obrar por sí sola todo prodigio en nosotros! ¿Es que no es buena? Si fertiliza el mal y lo hace más fuerte, no es buena; y, si no nos hacemos buenos, es culpa suya.

-Habla por ti, amigo. Yo no veo que el Maestro haya hecho en mí más fuertes las malas tendencias-dice Tomás.

-Yo tampoco.

-Ni yo – dicen Andrés y Santiago de Zebedeo.

-¡Pues a mí!... Su potencia me ha liberado del mal y me ha renovado. ¿Por qué hablas así? ¿No reflexionas en lo que dices? – pregunta Mateo.

Pedro está para intervenir, pero prefiere marcharse; se echa a andar, rápido, con el niño sobre los hombros, imitando el ondeo de una barca para hacerle reír; al pasar, toma de un brazo a Judas Tadeo y grita:

-¡Vamos, vamos allá, a aquella isla! Está llena de flores, como una canasta. Vengan, Natanael, Felipe, Simón, Juan... Un buen salto y estamos allí. El río, dividido así, es sólo dos arroyos, a este lado y al otro lado de la isla...

Y él es el primero que salta y pone el pie en una porción arenosa emergente, de unos pocos metros de extensión, herbosa como un prado, florida como una alfombra con las primeras flores; en el centro de ella hay un solo álamo, alto y fino, que ondea sus ramas con un viento ligero. Se unen a Pedro, poco a poco, los apóstoles que han sido nombrados; y a éstos los siguen los que estaban más cerca de Jesús, que se queda retrasado hablando con Judas Iscariote.

-¿Pero no ha terminado todavía ése? – pregunta Pedro a su hermano.

-El Maestro está trabajando su corazón – contesta Andrés.

-¡En fin! Es más fácil que yo consiga que broten higos en este árbol, que no que la justicia entre en el corazón de Judas.

-Y en su intelecto – añade Mateo.

-Es necio porque quiere serlo, y en lo que quiere – dice Judas Tadeo.

-Sufre porque no ha sido elegido para evangelizar. Yo lo sé – explica Juan.

-Pues por mí... Si quiere ir él en mi lugar... ¡No tengo ningún interés especial en andar por esos caminos! – exclama Pedro.

-Ninguno de nosotros lo tiene. Pero él sí. Y, sin embargo, mi Hermano no quiere enviarlo. Esta mañana le he hablado de esto, porque había comprendido el estado de ánimo de Judas y las causas de él. Y Jesús me ha dicho: “Precisamente por ser un corazón tan enfermo, lo tengo a mi lado. Son los enfermos y los débiles los que tienen necesidad del médico y de alguien que los sujete”.

-¡Ya!... ¡Bien!... Vengan, niños. Ahora agarramos estas hermosas cañas y hacemos barquitas con ellas. ¡Miren qué bonitas! Y dentro de ellas metemos estas flores, que son los pescadores. Miren si no parecen cabezas con un gorro blanco y rojo... Aquí hacemos el puerto y aquí... pues las casitas de los pescadores... Ahora atamos las barcas a estas bonitas hierbas finas y ustedes las meten en el agua... así... y luego las sacan a la orilla después de la pesca... Pueden dar la vuelta a la isla... ¡pero cuidado con los escollos, eh!...

Pedro tiene una paciencia admirable. Ha trabajado con el cuchillo trozos de caña, cortando de nudo a nudo y destapando un lado para transformar las cañas en barquitas; ha puesto a hacer de pescadores unas margaritas todavía en capullo; ha excavado en la arena un puerto en miniatura; ha construido casitas con la arena húmeda: ha conseguido la finalidad de divertir a los niños, y se sienta satisfecho susurrando:

-¡Pobres criaturas!...

Jesús pone pie en la isla precisamente cuando los dos niños empiezan su juego y, dejando en el suelo al más pequeño, que se une al juego de sus hermanitos, los acaricia.

-Aquí estoy, con ustedes. Ahora vamos a hablar de Dios. Porque hablar de Dios y hablar a Dios es prepararse para la misión. Después de hacer oración, o sea, después de hablar a Dios, hablaremos de Dios, que está presente en todas las cosas para instruir en orden a las cosas buenas. Vamos, levántense y vamos a orar – y entona unos salmos en hebreo a los cuales los apóstoles hacen coro.

Los niños, que se habían alejado con sus barquitas, suspenden el gorjeo de sus vocecitas y se acercan al oír cantar a estos hombres. Escuchan atentos con los ojos fijos en Jesús, que para ellos es todo, y luego, con ese espíritu de imitación que tienen los niños, toman la misma postura de los que están orando y tratan de seguir su canto, sólo con la voz, pues no saben las palabras de los salmos. Jesús baja los ojos y los mira con una sonrisa que aumenta el canto de las vocecitas inocentes. Se sienten aprobados y cobran ánimos... El canto de los salmos termina. Jesús se sienta en la hierba y empieza a hablar:

-Cuando los reyes de Israel (2 Reyes 3,1-20), el de Edom y el de Judá, se unieron para combatir contra el rey de Moab y se dirigieron a Eliseo profeta para solicitar consejo, éste respondió al enviado de los reyes: “Si no sintiera respeto por Josafat, rey de Judá, ni siquiera te habría mirado. Pero ahora tráiganme a un arpista”. Y, mientras el arpista tocaba, Dios habló a su profeta y ordenó que hiciera excavar muchos fosos en el cauce del río árido, para que se llenara de agua para hombres y animales. Y a la hora del sacrificio de la mañana el cauce del río, sin que hubiera viento ni lluvia, se llenó como el Señor había dicho. ¿Cuáles, según ustedes, son las lecciones de este episodio? ¡Hablen!

Los apóstoles se consultan entre sí. Quien dice: “En la turbación del corazón Dios no habla. Eliseo quiere aplacar su irritación, surgida al verse enfrente al rey de Israel, para poder oír a Dios”. Quien: “Es una lección sobre la justicia. Eliseo, para no castigar al inocente rey de Judá, salva también al culpable”. Quien: “Es una lección de obediencia y fe. Excavaron los fosos obedeciendo a una indicación aparentemente absurda, y esperaron con fe el agua, aunque el cielo estuviera sereno y no hubiera viento”.

-Han respondido bien, pero no ampliamente bien. En la turbación del corazón Dios no habla. Es verdad. Pero no se necesitan las arpas para calmar el corazón. Basta con tener la caridad, que es el arpa espiritual que emite notas de paraíso. Cuando un alma vive en la caridad, tiene el corazón sereno y oye la voz de Dios y la comprende.

-Entonces Eliseo no tenía caridad, porque estaba turbado.

-Eliseo es del tiempo de la Justicia. Hay que saber transportar al tiempo de la Caridad los episodios antiguos, y verlos no a la luz de los rayos, sino a la de los astros. Ustedes son del tiempo nuevo. ¿Y por qué, entonces, tan frecuentemente son más iracundos y están más turbados que los del tiempo antiguo? Despójense del pasado. Lo repito, aunque a Judas no le guste oírlo repetir. Extirpen, poden, injerten, planten plantas nuevas. Renuévense, excaven los fosos de la humildad, obediencia y fe. Aquellos reyes supieron hacerlo, y eran en la proporción de dos a uno, no de Judá, y no oyeron a Dios, sino al profeta de Dios referir la voluntad del Altísimo. Habrían muerto de sed en medio de la aridez, si no hubieran sabido obedecer. Obedecieron y el agua llenó los fosos excavados, y no sólo fueron salvados de la sed; vencieron también a los enemigos. Yo soy el Agua de la Vida. Excaven fosos en sus corazones para poder recibirme.

Y ahora escuchen: No pronuncio largos discursos. Les doy sentencias para que las mediten. Serán siempre como estos niños – e incluso menos que ellos, porque ellos son inocentes y ustedes no lo son, y por eso es más sombría en ustedes la luz espiritual- si no se acostumbran a meditar. Siempre escuchan, pero de ninguna manera retienen, porque la inteligencia de ustedes duerme en vez de estar activa. Por tanto, oigan. Cuando a la Sunamita (2 Reyes 4,18-37) se le murió el hijo, quiso presentarse al profeta, a pesar de que el marido le dijera que no era el uno del mes ni sábado. Pero ella sabía que debía ir porque para ciertas cosas no se admiten dilaciones. Y por haber sabido comprender el espíritu de las cosas recobró a su hijo resucitado. ¿Qué dicen de este hecho?

-Que es un reproche a mí, por el sábado – dice Judas Iscariote.

-¿Ves, Judas, que cuando quieres sabes entender? Abre, pues, tu espíritu a la justicia.

-Sí... pero Tú no has violado el sábado para resucitar al hombre.

-He hecho más. He impedido la ruina, la muerte de éstos, la verdadera muerte, y he recordado a los bandidos que...

-¡Espera a contentarte de haber hecho algo! No creo que te hayan obedecido...

-Si el Maestro lo dice...

-También Eliseo en la narración de la Sunamita dice: “El Señor me lo ha mantenido oculto”. Así que los profetas no saben todo – rebate Judas Iscariote.

-Nuestro Hermano es más que un profeta – observa Judas Tadeo.

-Lo sé. Es el Hijo de Dios. Pero también es el Hombre. Como tal, puede estar sujeto a no saber cosas secundarias, como ésta de una conversión y de un regreso... Maestro, ¿sabes realmente siempre, siempre, todo? Yo me pregunto esto a menudo... - insta con corazón tenaz Judas Iscariote.

-¿Con qué espíritu? ¿Buscando paz, consejo, inquietud? – pregunta Jesús.

-Hombre, pues... no sabría decirte. Me lo pregunto y...

-Y pareces inquieto incluso en el acto de preguntártelo – dice Tomás.

-¿Yo? Hombre, claro, la perplejidad siempre inquieta...

-¡Cuántas sutilezas! Yo no me planteo tantas sutilezas. Creo sin indagar, y no me siento ni perplejo ni inquieto por nada. Pero, dejemos hablar al Maestro. A mí no me gusta esta lección. Dinos palabras hermosas, Maestro. Les gustarán también a los niños – dice Pedro.

-Todavía tengo una cosa que preguntar. Ésta: ¿Qué significado tiene para ustedes la harina que anula lo amargo en el potaje de los hijos de los profetas?

Un profundo silencio es la respuesta a la pregunta.

-¿Entonces? ¿No saben responder?

-Quizás la harina absorbió la sustancia amarga... -dice inseguro Mateo.

-Todo se habría puesto amargo, incluso la harina.

-Por un milagro del profeta, que no quería que se sintiera avergonzado el criado –sugiere Felipe.

-También. Pero no por eso sólo.

-El Señor quiso que resplandeciera el poder del profeta incluso sobre las cosas comunes –dice el Zelote.

-Sí. Pero no es todavía el significado exacto. Las vidas de los profetas anticipan lo que luego se actuará en el tiempo pleno: el mío; reflejan mi día terrenal en símbolos y figuras. ¿Entonces?...

Silencio. Se miran. Luego Juan agacha la cabeza, se ruboriza, sonríe.

-¿Por qué no manifiestas tu pensamiento, Juan? –le pregunta Jesús – No es falta de amor hablar, porque no lo haces para zaherir a nadie.

-Creo que quiere decir esto: Que en el tiempo del hambre de la Verdad y la carestía de Sabiduría- éste en que has venido- todo árbol se ha vuelto silvestre y ha dado frutos amargos, imposibles de comerse, como el veneno, para los hijos de los hombres, que, de tal forma, en vano los recogen y se los preparan para alimentarse. Pero la Bondad del Eterno te envía a Ti, Harina de trigo elegido; y Tú, con tu perfección, anulas el tóxico de todo alimento, devolviendo la bondad, tanto a los árboles de las Escrituras, que los siglos han desnaturalizado, como a los paladares de los hombres, que la concupiscencia ha corrompido. En este caso, el que ordena llevar la Harina y la echa en olla amarga es el Padre tuyo, y Tú eres la Harina que se sacrifica para hacerse alimento para los hombres. Y, después de tu consumación, ya no quedará nada tóxico en el mundo, porque habrás restablecido la amistad con Dios. Quizás me he equivocado.

-No te has equivocado. Ése es el símbolo.

-¿Y cómo lo has pensado? – pregunta asombrado Pedro.

Le responde Jesús:

-Te lo digo con tus propias palabras de hace un rato. Un buen salto y se está en la isla pacífica y florecida de la espiritualidad. Pero hay que tener el valor de dar ese salto, abandonando la orilla, el mundo. Saltar sin pensar si alguien puede reírse a causa de nuestro salto desmañado, o burlarse de nuestro simplismo de preferir antes que el mundo una isleta solitaria. Saltar sin miedo a herirse o mojarse, o a quedar defraudados. Dejar todo para refugiarse en Dios. Establecerse en la isla separada del mundo y salir de ella únicamente para distribuir, a los que se han quedado en las orillas, las flores y las aguas puras recogidas en la isla del espíritu, donde hay un único árbol: el de la Sabiduría. Estando a su pie, lejos del fragor del mundo, se aferran todas sus palabras y uno se hace maestro sabiendo ser discípulo. También esto es un símbolo. Pero ahora contaremos una bonita parábola a los niños. Vengan aquí bien cerca.

Los tres niños se acercan tanto, que incluso se sientan en sus piernas.

-Un día el Señor Dios dijo: “Haré al Hombre, y el Hombre vivirá en el Paraíso Terrenal. Donde está el gran río, que luego se reparte en cuatro brazos, que son el Pisón, el Guijón, el Éufrates y el Tigris, que riegan la Tierra. Y el hombre será feliz, teniendo todas las bondades y las bellezas de la Creación y mi amor para gozo de su espíritu”. Y así hizo. Era como si el hombre estuviera en una isla grande, pero más florida todavía que ésta y con árboles de todos los tipos y con todos los animales; y como si, sobre él, estuviera el amor de Dios haciendo de Sol para el alma. Y la voz de Dios estaba en los vientos, más melodiosa que canto de pájaro.

Pero en esta bonita isla florida, entre todos los animales y las plantas, entró reptando una serpiente distinta de las que habían sido creadas por Dios y que eran buenas, sin veneno en los dientes, sin saña en las vueltas de su cuerpo flexuoso. Esta serpiente se había vestido con la piel de colores de gemas que tenían las otras; es más, se había engalanado más que las otras, tanto que parecía una gran joya de rey que fuera zigzagueando por entre los espléndidos árboles del Jardín. Fue a enroscarse en torno a un árbol que se alzaba en medio del Jardín, un árbol bello, solitario, y con el Sol despedía destellos. Todos los animales la miraban porque ninguno se acordaba de haberla visto crear ni de haberla visto antes de entonces. Pero ninguno se acercaba a ella; al contrario, todos se alejaban del árbol, ahora que tenía enroscada en su tronco a la serpiente.

Sólo el hombre y la mujer se acercaron allí; la mujer antes que el hombre, porque le gustaba esa cosa resplandeciente que brillaba al Sol y movía la cabeza como una flor semicerrada, y escuchó lo que decía la serpiente, y desobedeció al Señor e hizo desobedecer a Adán. Sólo después de la desobediencia vieron a la serpiente en su realidad y comprendieron el pecado, porque habían perdido la inocencia del corazón. Y se escondieron de Dios, que los buscaba, y luego mintieron a Dios, que les hacía preguntas.

Entonces Dios puso ángeles en la entrada del Paraíso y expulsó de él a los hombres. Fue como si los hombres fueran arrojados, de la orilla segura del Edén, a los ríos terrestres llenos de agua como cuando vienen las crecidas de primavera. Pero Dios dejó en el corazón de los expulsados el recuerdo de su destino eterno, o sea, del pasaje del hermoso Jardín, donde percibían la voz y el amor de Dios, al Paraíso en que habrían gozado de Dios completamente: y con este recuerdo dejó el estímulo santo de remontarse, con una vida de justicia, hasta el lugar perdido.

Pero, niños míos, ustedes han experimentado hace poco que mientras la barca baja siguiendo la corriente es fácil su camino, mientras que, cuando remonta la corriente, le cuesta mantenerse a flote, no ser arrollada por la ola, no naufragar entre las hierbas y arenas o piedras del río. Si Simón

Pedro no hubiera atado sus barquitas con los juncos finos de la orilla, habrían perdido todas, como le ha sucedido a Isaac por haber soltado el junco.

Lo mismo les sucede a los hombres arrojados a las corrientes de la Tierra. Deben estar siempre en las manos de Dios, poniendo confiadamente su voluntad, que es como el junco, en las manos del buen Padre que está en los Cielos y que es Padre de todos, especialmente de los inocentes; y deben tener mirada vigilante para evitar hierbas y totoras, piedras, remolinos y barro, que podrían retener, romper, tragarse la barca de su alma, arrancando el hilo de la voluntad que los mantiene unidos a Dios. Porque la Serpiente, que ya no está en el Jardín, está ahora en la Tierra tratando de hacer naufragar a las almas, de no dejarlas remontarse por el Éufrates, el Tigris, el Guijón y el Pisón, hasta el Gran Río que fluye en el Paraíso eterno y alimenta los árboles de la Vida y la Salud, que dan perpetuos frutos que gozarán todos los que hayan sabido remontar la corriente para unirse de nuevo a Dios y a los ángeles suyos sin tener que sufrir ya jamás por nada.

-Esto lo decía también nuestra mamá – dice el más grandecito de los niños.

-Sí, lo decía – gorjea el más pequeño.

-Tú no lo puedes saber. Yo sí, porque soy mayor. Pero si dices cosas que no son verdad no vas a entrar en el Paraíso.

-Pero nuestro padre decía que no era verdad nada –objeta el del medio.

-Porque no creía en el Señor de mamá.

-¿No era samaritano tu padre? – pregunta Santiago de Alfeo.

-No. Era de otros lugares. Pero nuestra mamá sí que lo era. Y nosotros lo somos, porque quería que fuéramos como ella. Y nos hablaba del Paraíso y del Jardín, pero no bien como lo has dicho Tú. Yo tenía miedo de la serpiente y de la muerte, porque decía que una era el diablo y porque nuestro padre decía que con la muerte acaba todo. Por eso me sentía tan infeliz de estar solo, y decía que ya era inútil ser bueno, porque, mientras estaban mamá y papá, uno daba alegría siendo bueno, pero ya no había nadie al que alegrar siendo bueno. Pero ahora sé... y voy a serlo. No voy a quitar nunca mi hilo de las manos de Dios, para que no me lleven las aguas de la Tierra.

-¿Pero nuestra mamá ha ido arriba o abajo? – pregunta con perplejidad el segundo de los niños.

-¿Qué quieres decir, niño? – pregunta Mateo.

-Digo que dónde está. ¿Ha ido al río del Paraíso eterno?

-Esperemos que sí, niño, si era buena...

-Era samaritana – dice con desprecio Judas Iscariote.

-¿Y entonces no hay Paraíso para nosotros, por ser samaritanos? ¿Entonces no vamos a tener a Dios con nosotros? Él lo ha llamado “Padre de todos”. Yo, huérfano, quería pensar que tenía un Padre todavía... Pero si para nosotros no existe... - agacha la cabeza afligido.

-Dios es el Padre de todos, niño Mío. ¿Acaso Yo te he querido menos, porque seas samaritano? He luchado por ti ante los bandidos, y lucharé por ti contra el demonio, de la misma manera con que lucharía por el hijito del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, si él no considerara un oprobio el que el Salvador salvara a su criatura. Es más, lucho todavía más por ti, porque estás solo y vives infeliz. No hay diferencia para Mí entre el espíritu de un judío y el de un samaritano. Y dentro de poco no habrá división entre Samaria y Judea porque el Mesías tendrá un solo pueblo, que llevará su Nombre y estará formado por todos los que lo quieran.

-Yo te quiero, Señor. Pero ¿me llevas donde mi mamá? – dice el mayor de los tres niños.

-No sabes dónde está. Ese hombre ha dicho que hay que tener esperanza... - dice el segundogénito.

-Yo no lo sé. Pero el Señor sí que lo sabe. Ha sabido hasta dónde estábamos nosotros, y nosotros ni siquiera lo sabíamos.

-Con los bandidos... nos querían matar... - el terror vuelve a la carita del segundogénito.

-Los bandidos eran como demonios. Pero Él nos ha salvado porque nuestros ángeles lo han llamado

-También a nuestra mamá la han salvado los ángeles. Yo lo sé porque sueño con ella siempre.

-Eres un mentiroso, Isaac. No puedes soñar con ella porque no la recuerdas.

El pequeñito llora diciendo:

-¡No! ¡No! ¡Sueño con ella, sí que sueño con ella!

-No llares mentiroso a tu hermano, Rubén. Su alma claro que puede ver a su mamá, porque el buen Padre de los Cielos puede conceder que este huerfanito sueñe con ella y la conozca parcialmente, de la misma forma que concede conocerlo a Él mismo. Para que de este conocimiento limitado nazca una buena voluntad de conocerlo perfectamente, cosa que se obtiene siendo siempre muy buenos. Y ahora vámonos. Hemos hablado de Dios y el sábado ha sido santificado.

Se levanta y entona otros salmos. Gente de Efraím, al oír el coro, viene en esa dirección y espera con respeto a que el salmo termine, para saludar; y dicen a Jesús:

-¿Has preferido venir aquí antes que con nosotros? ¿Es que no nos estimas?

-Ninguno de ustedes me había invitado. Por tanto, he venido aquí con mis apóstoles y los niños.

-Es verdad. Pero creíamos que tu discípulo te habría manifestado nuestro deseo. Jesús mira a Juan y a Judas. Y Judas responde:

-Ayer me olvidé de decírtelo; y hoy, con estos niños... pues me he distraído.

Jesús, mientras tanto, pasa el minúsculo brazo de agua y deja la isla. Va hacia los de Efraím. Los apóstoles lo siguen, mientras los niños se detienen un poco para desatar las dos barquitas de caña que quedan, y a Pedro, que los apura, le explican:

-Queremos conservarlas para recordar la lección.

-¿Y yo? ¡Yo la he perdido! No recordaré la lección y no iré al Paraíso- dice llorando el más pequeño.

-¡Espera! No llores. Te hago la barquita inmediatamente. Por supuesto. Tú también tienes que recordar la lección. ¡Todos tendríamos que hacernos una barquita con su junco atado a la proa para recordar! ¡Y más nosotros, los adultos, que ustedes, los niños! ¡En fin! – y Pedro corta y forma la barquita, con su junco. Y toma en brazos, abarcándolos sólo con uno- a los tres niños, luego salta el río y va donde Jesús, a su lado.

-¿Son éstos? – pregunta Malaquías de Efraím.

-Éstos.

-¿Y son de Siquem?

-Eso decía el muchacho. Decía que los parientes eran de la campiña.

-¡Pobres niños! Pero, si los parientes no vinieran, ¿qué harías?

-Los tendría Conmigo. Pero vendrán.

-Esos bandidos... ¿No vendrán ellos también?

-No vendrán. Pero no tengan miedo de ellos. Aunque vinieran... Yo sería su ladrón y no ellos sus ladrones. Ya les he arrebatado cuatro presas y espero haber arrebatado al pecado un poco de su alma, al menos en alguno.

-Te ayudaremos con estos niños. Esto nos lo concederás, ¿no?

-Sí. No porque sean de su región, sino porque son inocentes, y el amor a los inocentes es un camino que conduce rápidamente a Dios.

-Tú eres el único que no hace distinciones entre unos inocentes y otros. Un judío no habría recogido a estos pequeños samaritanos; y tampoco un galileo. No somos amados. Y el desamor hacia nosotros lo extienden también a los que ni siquiera saben lo que es ser samaritano o judío. Y eso es cruel.

-Sí. Pero cuando se siga mi Ley no será así. ¿Ves, Malaquías? Los niños están en los brazos de Simón Pedro, mi hermano y Simón Zelote, y ninguno de los tres es ni samaritano ni padre. Pues bien, ni siquiera tú aprietas contra tu corazón con tanto amor a tus hijos, como estos discípulos míos hacen con los huérfanos de Samaria. La idea mesiánica es ésta: reunir a todos en el amor. Ésta es la verdad de la idea mesiánica. Un solo pueblo en la Tierra bajo el cetro del Mesías, un solo pueblo en el Cielo bajo la mirada de un solo Dios.

Se alejan, hablando, en dirección a la casa de María de Jacob.

555

Lección nocturna a Simón Pedro sobre el perdón de los pecados, sobre el dolor de los santos y de los Inocentes.

Jesús está solo en una pequeña habitación. Sentado en la cama, piensa u ora. Palpita la llamita amarillenta de una lamparita de aceite colocada encima de un estante. Debe ser de noche porque no hay ningún ruido ni en la casa ni en la calle. Lo único es el río, cuyo susurro parece más fuerte afuera, en medio del silencio de la noche. Jesús levanta la cabeza y mira a la puerta. Escucha. Se levanta y va a abrir. Ve a Pedro al otro lado de la puerta.

-¿Tú? Ven. ¿Qué quieres, Simón? ¿Todavía levantado, con tanto camino como debes recorrer?

Lo ha cogido de la mano y lo ha introducido en la habitación, cerrando luego la puerta sin hacer ruido. Le indica que se siente a su lado en la orilla de la cama.

-Quería decirte, Maestro... Sí, quería decirte que... ya has visto también hoy para lo que valgo: soy capaz sólo de hacerse divertirse a unos pobres niños, de consolar a una viejita, de pacificar a dos pastores que discuten por una cordera que ha resultado tener el pecho ciego. Soy un pobre hombre. Tan pobre, que no comprendo siquiera lo que me explicas. Pero, éste es otro asunto. Lo que quería decirte ahora era que, precisamente por esto, me dejaras aquí. No me entusiasma el ir por ahí predicando, cuando Tú no estás con nosotros; y además no sé hacerlo... Concédeme esto, Señor.

Pedro habla con calor, pero teniendo los ojos fijos en las toscas baldosas quebradas del suelo.

-Mírame, Simón – ordena Jesús. Y, dado que Pedro obedece, Jesús lo mira fija y agudamente y pregunta:

-¿Y esto es todo? ¿Todo el motivo de estar en vela? ¿Todo el motivo de pedir que te deje aquí? Sé sincero, Simón. No es murmurar el decir a tu Maestro la otra parte de tu pensamiento. Hay que

saber distinguir entre palabra ociosa y palabra útil. Es ociosa – y generalmente en el ocio florece el pecado- cuando se habla de los defectos ajenos con quien nada puede sobre ellos. En ese caso, es simplemente falta de caridad, aunque las cosas dichas fueran verdaderas; como es falta de caridad hacer reproches más o menos acerbos (*ásperos*) sin unir al reproche el consejo. Y me refiero a reproches justos; los otros, son injustos y son pecados contra el prójimo. Pero cuando uno ve que su prójimo peca, y sufre por ello porque, pecando, ese prójimo suyo ofende a Dios y perjudica su alma; y siente que por sí solo no es capaz de medir la entidad (*esencia*) del pecado ajeno, y no se siente lo suficientemente sabio como para decir palabras de conversión, y entonces se dirige a un justo, a un sabio, y le confía su preocupación, entonces no comete pecado, porque sus confidencias están dirigidas a poner fin a un escándalo y a salvar un alma. Es como uno que tuviera un pariente con una enfermedad de carácter vergonzoso. Está claro que tratará de que no lo sepa la gente, pero, en secreto, irá a decir al médico: “Mi pariente, según yo, tiene esto y esto, pero no sé ni aconsejarlo ni curarlo. Ven tú, o dime qué tengo que hacer”. ¿Falta éste, acaso, contra el amor respecto a su pariente? No. Sí que faltaría si, por un mal entendido sentimiento de prudencia y amor, fingiera no darse cuenta de la enfermedad y dejara que ésta progresara y llevara a la muerte. Un día, y no pasarán años, tú, y contigo tus compañeros, deberán escuchar las confidencias de los corazones. No en la forma en que ahora las escuchan, como hombres; las escucharán como sacerdotes, o sea, médicos, maestros y pastores de las almas, como Yo soy Médico, Maestro y Pastor. Deberán escuchar y decidir y aconsejar. El juicio de ustedes tendrá un valor como si Dios mismo lo hubiera pronunciado...

Pedro se suelta de Jesús, que le tenía ceñido a su lado, y, levantándose, dice:

-Eso no es posible, Señor. No nos impongas nunca eso. ¿Cómo quieres que juzguemos como Dios, si no sabemos siquiera juzgar como hombres?

-Entonces sabrán, porque el Espíritu de Dios estará sobre ustedes e infundirá sus luces. Sabrán juzgar, considerando las siete condiciones de los hechos que les serán planteados para recibir consejo o perdón. Escucha bien y trata de recordar. En su día, el Espíritu de Dios te recordará mis palabras. Pero tú, de todas formas, trata de recordar con tu inteligencia, porque Dios te la ha dado para que la uses sin holgazanería ni presunción espirituales, que conducen o a esperar todo de Dios o a pretender todo de Él. Cuando seas Maestro, Médico y Pastor en mi lugar y haciendo mis veces, y cuando un fiel venga a llorar sus inquietudes a tus pies, sus desazones debidas a acciones propias o ajenas, tú deberás tener siempre presente este grupo de siete preguntas:

Quién: ¿Quién ha pecado? Qué: ¿Cuál es la materia del pecado? Dónde: ¿En qué lugar? Cómo: ¿En qué circunstancias? Con qué o con quién: El instrumento o la persona que ha sido materia para el pecado. Por qué: ¿Cuáles han sido los incentivos que han creado el ambiente favorable para el pecado? Cuando: ¿En qué condiciones y reacciones, y si esporádicamente o por malsana costumbre? Porque, mira, Simón, el mismo pecado puede tener infinitos matices y grados, según todas las circunstancias que lo han creado y las personas que lo han llevado a cabo. Por ejemplo... tomemos en consideración los dos pecados más extendidos: el de la concupiscencia carnal y el de la concupiscencia de las riquezas.

Una persona ha cometido pecado de lujuria, o cree haberlo cometido; porque a veces el hombre confunde el pecado con la tentación, o considera iguales el estímulo creado activamente, debido a una malsana tendencia, y los pensamientos que surgen como reflejo del sufrimiento de una enfermedad, o también porque la carne y la sangre, a veces, forman imprevistas voces que resuenan en la mente antes de que ésta tenga tiempo de ponerse en guardia para sofocarlas. Viene a ti y te dice: “He cometido pecado de lujuria”. Un sacerdote imperfecto diría: “Recaiga sobre ti la maldición”. Pero tú, mi Pedro, no debes decir eso. Porque tú eres Pedro de Jesús, eres el sucesor de la Misericordia. Entonces, antes de condenar, debes considerar y tocar dulce y prudentemente ese corazón que llora ante ti, para conocer todos los lados del pecado, o del supuesto pecado, del escrúpulo.

He dicho: dulce y prudentemente. Recordar que, además de maestro y pastor, eres médico. El médico no exacerba las heridas. Pronto para cortar si hay gangrena, sabe, de todas formas, descubrir y medicar con mano suave, si hay sólo laceraciones de partes vivas que deban ser unidas y no arrancadas. Y recordar que, además de médico y pastor, eres maestro. Un maestro adapta sus palabras según la edad de sus discípulos. Sería un escándalo un pedagogo que a niños revelara leyes animales que ellos, inocentes, ignoraban, produciendo así conocimientos y malicias precoces. Igualmente en el trato de las almas hay que tener prudencia en las preguntas. Respetarse y respetar. Te será fácil, si en toda alma ves un hijo. Un padre es por naturaleza maestro, médico y guía de sus hijos. Por tanto, quienquiera que fuere la persona que tengas delante, desasosegada por el pecado, o por el temor del pecado, ámala con paterno amor, y sabrás juzgar sin herir ni escandalizar. ¿Me estás comprendiendo?

-Sí, Maestro. Comprendo muy bien. Deberé ser cauto y paciente, convencer a destapar las heridas, pero mirar yo por mí, sin atraer miradas ajenas a esas heridas; y, sólo cuando viera que realmente hay herida, decir: “¿Ves? Aquí te has hecho daño por este motivo o por aquel otro”. Pero, si veo que la persona sólo tiene miedo de estar herida por haber visto fantasmas, entonces... soplar sobre esa niebla y alejarla, sin proyectar luces, por un celo inútil, que pudieran hacer ver reales raíces de pecado. ¿Digo bien?

-Muy bien. Así pues, si uno te dice: “He cometido pecado de lujuria”, tú considera a quién tienes delante. Verdad es que el pecado puede surgir a todas las edades. Pero será más fácil verlo en un adulto que no en un niño, y, por tanto, distintas serán las preguntas que habrá que hacer y las respuestas que habrá que dar si se trata de un hombre o de un niño. Consecuentemente viene, del primer sondeo, el segundo, acerca de la materia del pecado, y luego el tercero, sobre el lugar, el cuarto, sobre las circunstancias, el quinto, sobre el cómplice, el sexto, sobre el por qué, y el séptimo, sobre el tiempo y el número del pecado.

Verás que, generalmente, mientras que para un adulto, que además viva en el mundo, a cada pregunta tuya te aparecerá una correspondiente circunstancia de verdadera culpa, para criaturas niñas de edad o de espíritu, a muchas preguntas deberás responderte: “Aquí hay niebla, no sustancia de culpa”. Es más, algunas veces verás, en vez de fango, que lo que hay es una azucena que teme haber sido salpicada de barro, y que confunde la gota de rocío que ha bajado a su cáliz con la salpicadura del lodo. Almas tan deseosas de Cielo, que temen como mancha incluso la sombra de una nube que las adumbra (*sombrea*) un instante interponiéndose entre ellas y el Sol, pero que luego pasa sin dejar huella de sí en la cándida corola. Almas tan inocentes y deseosas de seguir siéndolo, que Satanás las asusta con tentaciones mentales o azuzando los incentivos de la carne o la carne misma, aprovechándose de verdaderas enfermedades de la carne. A estas almas hay que consolarlas y sujetarlas, porque no son, ciertamente, almas pecadoras, sino almas mártires. Recuerda esto siempre.

Y recuerda siempre juzgar también con el mismo método a quien cometió pecado de avaricia de riquezas o bienes ajenos. Porque, si es culpa maldita la avaricia sin necesidad ni piedad, robando al pobre y vejando contra la justicia a ciudadanos y criados o a los pueblos, menos grave, mucho menos grave, es la culpa de quien, habiéndole sido negado un pan por parte de su prójimo, lo roba para matar su hambre y la de sus hijos. Recuerda que si, tanto para el lujurioso como para el ladrón son elementos de valoración, en el acto de juzgar, el número, las circunstancias y la gravedad de la culpa, también lo es el conocimiento que había, por parte del pecador, del pecado que ha cometido y en el momento en que lo cometía. Porque, si uno obra con pleno conocimiento, peca más que quien peca por ignorancia. Y quien obra con libre consentimiento de la voluntad peca más que quien es forzado al pecado. En verdad te digo que a veces habrá hechos que tendrán apariencia de pecado y que serán martirio, y recibirán el premio que se da a un martirio padecido.

Y recuerda, sobre todo, que, en todos los casos, antes de condenar, deberás acordarte de que tú también fuiste hombre y de que tu Maestro, a quien ninguno pudo hallar en pecado, nunca condenó a nadie que se hubiera arrepentido de haber pecado. Perdona setenta veces siete, e incluso setenta veces setenta, los pecados de tus hermanos y de tus hijos. Porque cerrar las puertas de la Salud a un enfermo, sólo porque haya recaído en la enfermedad, es querer su muerte. ¿Has comprendido?

-He comprendido. Esto verdaderamente lo he comprendido...

-Pues entonces dime ahora todo lo que pensabas.

-¡Claro que te lo digo, porque veo que sabes realmente todas las cosas y comprendo que no es murmurar el pedirte que envíes a Judas en vez de a mí, porque él sufre por no ir. Te digo esto, no para decir que es envidioso y escandalizarme de él, sino buscando su tranquilidad y... la tuya. Porque debe ser muy fatigoso para Ti tener siempre ese viento de tempestad al lado...

-¿Se ha quejado otra vez Judas?

-¡Así es! Ha dicho que todas tus palabras son una herida para él. Incluso lo que has dicho para los niños. Dice que verdaderamente ha sido por él por quien has dicho que Eva fue al árbol porque le gustaba esa cosa que relucía como una corona de rey. Yo, la verdad, es que no había encontrado en absoluto en ello ningún parangón. Pero soy un ignorante. Bartolmái y el Zelote, sin embargo, han dicho que Judas ha sido verdaderamente “tocado en lo más vivo”, porque a Judas le cautiva todo lo que brilla y encandila la vanagloria. Y tendrán razón porque son sabios. ¡Sé bueno con tus pobres apóstoles, Maestro! Contenta a Judas y, al mismo tiempo, a mí. Total... ya lo ves... sólo sé hacer divertir a los niños... y ser niño entre tus brazos – y abraza a su Jesús, al que ama verdaderamente con todas sus fuerzas.

-No. No te puedo contentar. No insistas. Tú, precisamente por ser como eres, vas a la misión. Él, precisamente porque es como es, se queda aquí. También mi hermano me ha hablado de esto, y, aun queriéndolo tanto, le he respondido “no”. Ni aunque me lo rogara mi Madre cedería. No es un

castigo, es una medicina. Y Judas debe tomarla. Si no es un beneficio para su espíritu, lo será para el mío, porque no podré echarme en cara el haber omitido cosa alguna para santificarlo.

Jesús dice esto con aspecto severo e imperioso. Pedro, suspirando, deja caer los brazos y baja la cabeza.

-No te aflijas por esto, Simón. Tendremos toda una eternidad para estar juntos y querernos. Pero... tenías otras cosas que decirme...

-Es tarde, Maestro. Debes dormir.

-Tú más que Yo, Simón, que al despuntar el alba tienes que ponerte en camino.

-¡Si es por mí! Estar aquí Contigo es más descanso que estar en la cama.

-Habla entonces. Tú sabes que Yo duermo poco...

-Mira. Yo sé que soy cerrado de mollera, lo sé y no me avergüenzo de decirlo. Y, si fuera por mí, no me preocuparía mucho de saber, porque creo que la sabiduría mayor está en amarte, seguirte y servirte con todo el corazón. Pero Tú me mandas acá y allá. La gente me pregunta y tengo que responder. Pienso que lo que te pregunto a Ti otros pueden preguntármelo a mí, porque los hombres tienen los mismos pensamientos.

(El sufrimiento de los inocentes)

Tú decías ayer que siempre los inocentes y santos sufrirán; es más, que son los que sufren por todos. Esto es duro para mi inteligencia, aunque digas que ellos mismos lo desearán. Y creo que, de la misma forma que es duro para mí, lo puede ser para otros. Si me preguntan ¿qué tengo que responder? En este primer recorrido, una madre me dijo: “No era justo que mi niña muriera con tanto dolor, porque era buena e inocente”. Y yo, no sabiendo qué decir, le dije las palabras de Job: “El Señor dio, el Señor quitó. Bendito sea el Nombre del Señor”. Pero no me quedé convencido ni siquiera yo, ni la convencí a ella. Quisiera saber qué decir otra vez...

-Esto es justo. Escucha. Parece una injusticia que los mejores sufran por todos, y, sin embargo, es justicia grande. Vamos a ver, Simón, dime: ¿qué es la Tierra, toda la Tierra?

-¿La Tierra? Un espacio grande, grandísimo, hecha de tierra, agua y rocas, con plantas, animales y criaturas humanas.

-¿Y algo más?

-Nada más... a menos que quieras que diga que es el lugar de castigo y exilio del hombre.

-La Tierra es un altar, Simón, un enorme altar. Hubiera debido ser altar de alabanza perpetua a su Creador. Pero la Tierra está llena de pecado. Por eso, debe ser altar de perpetua expiación, de sacrificio, sobre el cual se consumen las víctimas. La Tierra debería, como los otros mundos esparcidos en la Creación, cantar salmos a Dios que la creó. ¡Mira!

Jesús abre las hojas de madera de la ventana, y, por ésta, abierta de par en par, entra el fresco de la noche, el susurro del río, el rayo de Luna, y se ve el cielo tachonado de estrellas.

-¡Mira esos astros! Cantan con su voz, hecha de luz y movimiento, en los espacios infinitos del firmamento, las alabanzas de Dios. Lleva milenios existiendo este canto suyo que sube, desde los azules campos del cielo, al Cielo de Dios. Podemos pensar en astros, planetas, estrellas, cometas, cuales criaturas siderales que, como siderales sacerdotes, levitas, vírgenes y fieles, deben cantar en un templo inmenso las alabanzas del Creador. Escucha, Simón. Oye el frufrú de las brisas entre las frondas y el susurro de las aguas en la noche. También la Tierra canta, como el cielo, con sus vientos y aguas, con la voz de los pájaros y animales. Pero, si para el firmamento basta la luminosa alabanza de los astros que lo pueblan, para el templo que es la Tierra no basta el canto de los vientos, aguas y animales, porque en ella no sólo hay vientos, agua y animales, que cantan sin conciencia de ello, las alabanzas de Dios, sino que en ella está también el hombre, la criatura que supera en perfección a todo lo que vive en el tiempo y en el mundo, dotada de materia como los animales, minerales y plantas, y de espíritu como los ángeles del Cielo, y, como éstos, destinada, si es fiel en la prueba, a conocer y poseer a Dios, con la Gracia primero, con el Paraíso después. El hombre, síntesis que abraza todas las naturalezas (en el hombre está presente la naturaleza mineral, porque su materia está compuesta de sustancias minerales, y la animal, y el estado espiritual) tiene una misión que las otras criaturas no tienen, y que para él debería ser, además de deber, júbilo: amar a Dios; dar inteligente y voluntariamente, culto de amor a Dios; corresponder al amor con que Dios, dándole la vida y el Cielo después de la vida, lo ha amado; dar culto inteligente.

Piensa, Simón. ¿Qué bien obtiene Dios de la Creación? ¿Qué beneficio? Ninguno. La Creación no aumenta a Dios, no lo santifica, no lo enriquece. Dios es Infinito. Infinito hubiera sido aunque no existiera la Creación. Pero Dios-Amor quería tener amor, y creó para tener amor. Sólo amor puede obtener de la Creación Dios; y este amor, que es inteligente y libre únicamente en los ángeles y hombres, es la gloria de Dios, la alegría de los ángeles, la religión para los hombres. El día en que el gran altar que es la Tierra silenciara las alabanzas y súplicas de amor, la Tierra dejaría de existir,

porque, apagado el amor, quedaría apagada la expiación, y la ira de Dios anularía ese infierno terrestre en que se habría convertido la Tierra. La Tierra, pues, para existir debe amar. Y también ésto: la Tierra debe ser el Templo que ama y ora con la inteligencia de los hombres. Pero, en el Templo, en todo templo, ¿qué víctimas se ofrecen? Las puras, las víctimas sin mancha ni tara. Sólo éstas son gratas al Señor. Ellas y las primicias. Porque al padre de familia han de dársele las cosas mejores, y a Dios, Padre de la humana Familia, ha de dársele la primicia de todas las cosas, y las cosas selectas.

Pero he dicho que la Tierra tiene un doble deber de sacrificio: el de alabanza y el de expiación. Porque la Humanidad que la puebla pecó en los primeros hombres y peca continuamente, añadiendo al pecado de falta de amor a Dios esos otros mil pecados de adherirse a las voces del mundo, de la carne y de Satanás. Culpable, culpable Humanidad que, teniendo la semejanza con Dios, teniendo inteligencia propia y ayudas divinas, es pecadora siempre, y cada vez más. Los astros obedecen, las plantas obedecen, los elementos obedecen, los animales obedecen y, de la forma en que saben hacerlo, alaban al Señor. Los hombres no obedecen ni alaban suficientemente al Señor. He ahí, pues, la necesidad de almas holocausto, que amen y expíen por todos: son los niños que pagan, inocentes y sin percatarse, el amargo castigo del dolor por aquellos que lo único que saben hacer es pecar; son los santos que, solícitos, se sacrifican por todos.

Dentro de poco, un año o un siglo es siempre poco respecto a la eternidad, ya no se celebrarán otros holocaustos en el altar del gran Templo de la Tierra, sino los de las víctimas-hombre, consumadas con el perpetuo sacrificio: hostias con la Hostia perfecta.

No te estremezcas, Simón. No estoy diciendo, ciertamente, que Yo vaya a introducir un culto semejante al de Moloch, Baal y Astarté. Los propios hombres nos inmolarán. ¿Entiendes? Nos inmolarán. Y nosotros iremos alegres a la muerte para expiar y amar por todos. Y luego vendrán los tiempos en que los hombres ya no inmolarán a los hombres. Pero siempre habrá víctimas puras, que el amor consuma junto con la Gran Víctima en el Sacrificio perpetuo. Digo el amor de Dios y el amor por Dios. En verdad, ellas serán las hostias del tiempo y del Templo futuros. Lo grato a Dios es el sacrificio del corazón, y no los corderos y cabritos, terneros y palomas. David lo intuyó (Salmo 51, 18-19). Y en el tiempo nuevo, tiempo del espíritu y del amor, sólo este sacrificio será grato.

Considera, Simón, que si un Dios ha debido encarnarse para aplacar la Justicia divina por el gran Pecado, por los muchos pecados de los hombres, en el tiempo de la verdad sólo los sacrificios de los espíritus de los hombres pueden aplacar al Señor.

Tú piensas: “¿Pero por qué, entonces, Él, el Altísimo, dio orden de que le fueran inmolados (como en Éxodo 22, 28-29; 34,19) las crías de los animales y los frutos de las plantas?”. Te respondo: porque antes de mi venida el hombre era un holocausto manchado y porque no se conocía el Amor. Ahora será conocido. Y el hombre, que conocerá el amor, porque Yo restituiré la Gracia por la cual el hombre conoce el Amor, saldrá del letargo, recordará, comprenderá, vivirá, se pondrá él en vez de los cabritos y corderos, hostia de amor y expiación, imitando al Cordero de Dios, su Maestro y Redentor. El dolor, hasta ahora castigo, se transformará en amor perfecto.

-Pero los niños...

-Quieres decir aquellos que todavía no saben ofrecerse... ¿Y tú sabes cuándo habla Dios en ellos? El lenguaje de Dios es lenguaje espiritual. El alma lo entiende y el alma no tiene edad. Es más, te digo que el alma niña, por no tener malicia, es, en cuanto a capacidad de entender a Dios, más adulta que la de un pecador anciano. Te digo, Simón, que vivirás hasta llegar a ver a muchos niños enseñar a los adultos, e incluso a ti mismo, la sabiduría del amor heroico. Pero en esos pequeños que mueren por razones naturales está Dios obrando directamente, por razones de un tal alto amor que no puedo explicarte, pues que se encuadran en la sabiduría que está escrita en los libros de la Vida, que sólo en el Cielo serán leídos por los bienaventurados, he dicho; pero, en verdad, bastará con mirar a Dios para conocer no sólo a Dios, sino también su infinita Sabiduría... Ya hemos hecho venir el ocaso de la Luna, Simón... Pronto despuntará el alba, y tú no has dormido...

-No importa, Maestro. He perdido unas pocas horas de sueño y he ganado mucha sabiduría. Y he estado Contigo. Pero, si me lo permites, me marchó. No a dormir, sino a meditar tus palabras.

Ya está en la puerta y está para salir, cuando se para pensativo y dice:

-Una cosa más, Maestro. ¿Es correcto que diga a alguien que sufre que el dolor no es un castigo sino una... gracia; algo como... como nuestra llamada, hermosa aunque fatigosa, hermosa aunque a quien ignora puede parecerle una cosa fea y triste?

-Puedes decirlo, Simón. Es la verdad. El dolor no es un castigo, cuando se sabe acoger y usar con justicia. El dolor es como un sacerdocio, Simón. Un sacerdocio abierto a todos. Un sacerdocio que confiere un gran poder sobre el corazón de Dios; y un gran mérito. Nacido con el pecado, sabe aplacar la Justicia. Porque Dios sabe usar para el Bien incluso aquello que el Odio ha creado para

causar dolor. Yo no he deseado otro medio para anular la Culpa, porque no hay un medio mayor que éste.

556

Otro sábado en Efraím. Intolerancias de Judas Iscariote. Palabras a los samaritanos sobre el tiempo nuevo.

Debe ser otro sábado porque los apóstoles están de nuevo reunidos en la casa de María de Jacob. Los niños siguen con ellos, al lado de Jesús, junto al fogón. Y es esto precisamente lo que hace decir a Judas Iscariote:

-Ya de momento ha pasado una semana, y los parientes no han venido – y se ríe, moviendo la cabeza.

Jesús no le responde. Acaricia al segundogénito. Judas pregunta a Pedro y a Santiago de Alfeo:

-¿Y dicen que han recorrido los dos caminos que llevan a Siquem?

-Sí, pero ha sido una cosa inútil, si se considera bien. Está claro que los bandidos no pasan por los caminos asiduamente transitados, especialmente ahora que las patrullas romanas los recorren continuamente – responde Santiago de Alfeo.

-¿Y entonces por qué han ido por esos caminos? – insiste Judas Iscariote.

-¡Pues ya ves!... Para nosotros ir acá o allá es igual. Así que hemos ido por éstos.

-¿Y nadie ha sabido darles razón?

-No hemos preguntado nada.

-¿Y cómo querías saber, entonces, si habían pasado o no? ¿Acaso llevan estandartes, o dejan rastros las personas cuando van por un camino? No creo. Si así fuera, al menos los amigos ya nos habrían encontrado. Sin embargo, desde que estamos aquí, nadie ha venido – y ríe con sarcasmo.

-Nosotros no sabemos el motivo por el que nadie haya venido. El Maestro sabe, nosotros no sabemos. Las personas- no dejando rastro de su paso los que, como nosotros, se retiran a un lugar ignorado por la gente- no pueden venir, si no se les revela el lugar del refugio. Ahora bien, nosotros no sabemos si nuestro Hermano ha dicho esto a los amigos – dice pacientemente Judas de Alfeo.

-¿Y pretendes creer, y hacer creer, que no se lo ha dicho al menos a Lázaro y a Nique?

Jesús no habla. Toma a un niño de la mano y sale...

-No pretendo creer nada. Pero, aunque fuera como dices, todavía no puedes juzgar, y ninguno de nosotros puede, los motivos de la ausencia de los amigos...

-¡Son fáciles de entender esos motivos! Ninguno quiere problemas con el Sanedrín, y mucho menos los que tienen riquezas y poder. ¡Nada más que eso! Nosotros somos los únicos que sabemos meternos en los peligros.

-¡Sé justo, Judas! El Maestro no nos ha forzado a ninguno a estar con Él. ¿Por qué te has quedado si te asusta el Sanedrín? – le dice Santiago de Alfeo.

-Y, si quieres, en cualquier momento te puedes marchar. No estás encadenado... - interrumpe Santiago de Zebedeo.

-¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! Aquí estamos y aquí nos quedamos. Todos. El que hubiera querido se hubiera debido marchar antes. Ahora no. Me opongo yo, si no se opone el Maestro – dice lenta pero tajantemente, Pedro, dando un puñetazo en la mesa.

-¿Y por qué? ¿Quién eres tú para mandar en lugar del Maestro? – le pregunta con violencia Judas Iscariote.

-Un hombre que razona no como Dios, como hace Él, sino como hombre.

-¿Tienes sospechas de mí? ¿Me crees un traidor? – dice Judas intranquilo.

-Tú lo has dicho. No es que piense que lo seas voluntariamente. Pero... ¡eres tan irreflexivo, Judas, y tan voluble! Y tienes demasiados amigos. Y te gusta demasiado sobresalir, en todo. Tú, no, no sabrías guardar silencio. O para rebatir a algún malintencionado, o por mostrar que eres el Apóstol, hablarías. Por tanto, aquí estás y aquí te quedas; así, no perjudicas a nadie ni te creas remordimientos.

-Dios no constriñe la libertad del hombre ¿y pretendes hacerlo tú?

-Pretendo hacerlo. Pero, oye, dime: ¿acaso te llueve en la cabeza?, ¿te falta el pan?, ¿te sienta mal el aire?, ¿te ofende la gente? Ninguna de estas cosas. La casa es sólida, aunque no sea rica; el aire es bueno; comida no te ha faltado nunca; la gente te tributa cortesía. Y entonces ¿por qué estás tan inquieto, como si estuvieras en una galera?

-“Dos pueblos no puede soportar mi alma, y el tercero, al que aborrezco, no es ni siquiera un pueblo: los del monte Seír, los filisteos y el pueblo necio que habita en Siquem”. Te respondo con las palabras del sabio (Eclesiástico 50,25-26). Y con razón pienso así. ¡Tú observa si estos pueblos nos estiman!

-¡Mmm! La verdad es que no me parece que los otros, el tuyo y el mío, sean mucho mejores. Nos hemos llevado pedradas en Judea y en Galilea, en Judea todavía más que en Galilea, y en el Templo de Judea más que en ningún otro lugar. A mí no me parece que hayamos sido maltratados en tierras de filisteos ni aquí ni en otros lugares...

-¿Dónde, en otros lugares? No hemos ido a otros lugares, por suerte. Pero, aunque hubiera habido que ir a otros lugares, no habría ido, y en el futuro no iré. No quiero contaminarme más.

-¿Contaminarte? No es eso lo que te afecta, Judas de Simón. No quieres enemistarte con los del Templo. Eso te duele – dice con serenidad Simón Zelote, que se ha quedado en la cocina con Pedro, Santiago de Alfeo y Felipe. Los otros se han marchado uno tras otro con los dos niños, y han ido donde el Maestro: una fuga meritoria porque ha sido por no faltar a la caridad.

-No. No es por eso. Es porque no me gusta perder mi tiempo y ofrecer la sabiduría a los necios. ¡Fíjate! ¿De qué ha servido tomar con nosotros a Hermasteo? Se marchó y no ha vuelto. José dice que se separó de él diciendo que volvería para la Fiesta de las Tiendas. ¿Tú lo has visto? Es un renegado...

-No sé por qué no ha vuelto, ni juzgo. Pero te pregunto: ¿acaso es el único que ha abandonado al Maestro; es más, que se ha hecho enemigo suyo? ¿No hay renegados entre nosotros, judíos, y entre los galileos? ¿Puedes sostenerlo?

-No. Es verdad. Pero... bueno, yo me siento incómodo aquí. ¡Si se supiera que estamos aquí! ¡Si se supiera que tratamos con los samaritanos hasta el punto de entrar en sus sinagogas en sábado! Él quiere hacerlo... ¡Ay si se supiera! La acusación estaría justificada...

-Y el Maestro, condenado. Quieres decir esto. Pero si ya lo está. Lo está antes de que se sepa. Es más, ha sido condenado tras haber resucitado a un judío en Judea. Se le odia y se le tacha de samaritano y amigo de publicanos y meretrices. Desde siempre condenado. ¡Y tú esto lo sabes mejor que ningún otro!

-¿Qué quieres decir, Natanael? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo que ver yo con esto? ¿Qué puedo saber más que ustedes? - está agitado.

-¡Pero muchacho, si tienes el aspecto de una rata rodeada de enemigos! Y tú no eres una rata, ni nosotros estamos aquí armados con bastones para capturarte y matarte. ¿Por qué te inquietas tanto? Si tu conciencia está en paz, ¿por qué te inquietas por palabras inocentes? ¿Qué ha dicho Bartolmái como para agitarte de ese modo? ¿No es, acaso, verdad que nadie mejor que nosotros, sus apóstoles, que dormimos próximos a Él y con Él vivimos, puede saber y testificar que no estima al hombre samaritano, al hombre publicano, al hombre pecador, a la mujer prostituta, sino a sus almas, y que solamente de éstas se preocupa, y que solamente por sus almas y sólo el Altísimo sabrá cuán grande será el esfuerzo del Purísimo para acercarse a los que nosotros, hombres y pecadores, llamamos “inmundicia” – va con samaritanos, publicanos y prostitutas? ¡Muchacho, no entiendes ni conoces todavía a Jesús! Tú menos que los mismos samaritanos, filisteos, fenicios y todos los que tú quieras! – dice Pedro con tristeza en las últimas palabras.

Judas se calla y también los otros. Vuelve la anciana y dice:

-Están en camino los de la ciudad. Dicen que es la hora de la oración del sábado y que el Maestro había prometido hablar...

-Voy a decirlo, mujer. Tú di a los de Efraím que ahora vamos – le responde Pedro, y sale al huerto para avisar a Jesús.

-¿Tú qué haces?, ¿vienes? Si no quieres venir, vete, márchate antes de que tu postura de rechazo lo aflija – dice el Zelote a Judas.

-Voy con ustedes. ¡Aquí no se puede hablar! Parece como si yo fuera el mayor de los pecadores. Todas mis palabras se malentienden.

Jesús, volviendo a la cocina, impide cualquier otra palabra. Salen al camino y se unen a los de Efraím. Entran con ellos en la ciudad. No se detienen hasta llegar frente a la sinagoga, ante cuya puerta está Malaquías, que saluda e invita a entrar.

No aprecio diferencia alguna entre el lugar de oración samaritano y los que he visto en otras regiones: las mismas lámparas, los mismos ambones o estantes, y encima de ellos los volúmenes enrollados, el sitio del arquisinagogo o de quien enseñe en vez de él. Si acaso, aquí hay muchos menos rollos que en otras sinagogas.

-Hemos hecho ya nuestras oraciones mientras te esperábamos. Si quieres hablar... ¿Qué volumen pides, Maestro?

-No necesito ninguno. Además, no tendrían lo que quiero explicar. (Esdras 3. Los samaritanos no admitían otros libros de la Sagrada Escritura aparte de los cinco de Moisés, llamado Pentateuco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio) – responde Jesús, y luego se vuelve hacia la gente y empieza su discurso:

-Cuando Ciro, rey de los persas, repatrió a los hebreos para que reedificaran el Templo de Salomón, destruido hacía cinco decenios, fue reconstruido el altar sobre sus bases, y en éste ardió el holocausto diario mañana y noche, y el extraordinario del primer día de cada mes y de las solemnidades consagradas al Señor o los holocaustos de las ofrendas individuales. Después, tras la primicia indispensable e inderogable del culto, la exterioridad de él, cosa no culpable porque, en todo caso, estaba hecha para honrar al Eterno, pero no indispensable. Porque el culto a Dios es amor a Dios, y el amor se siente y consume con el corazón, no, ciertamente, con las piedras escuadradas y las maderas preciosas, el oro y los perfumes. Todo esto es exterioridad, orientada más a satisfacer el orgullo nacional o ciudadano que no a honrar al Señor.

Dios quiere un templo de espíritu. No se contenta con un Templo de muros y mármoles vacío de espíritus llenos de amor. En verdad les digo que el templo del corazón limpio y amoroso es el único que Dios estima, el único en que establece su morada con sus luces; y que las disputas que mantienen divididas las regiones y las ciudades acerca de las bellezas de éste o aquel lugar de oración son estúpidas. ¿Para qué, rivalizar en riqueza y adornos de las casas donde se invoca a Dios? ¿Puede, acaso, lo finito satisfacer cumplidamente al Infinito, aunque fuera algo finito diez veces más hermoso que el Templo de Salomón y que todos los palacios juntos? Dios, el INFINITO que no puede ser contenido por ningún espacio, que no puede ser honrado por suntuosidad material alguna, halla en el corazón del hombre el único lugar digno de honrarlo como corresponde, y puede, es más, quiere, ser contenido por el corazón del hombre; porque el espíritu del justo es un templo sobre el cual aletea, entre los perfumes de amor, el Espíritu de Dios, y pronto será un templo en que el Espíritu haga auténtica morada, Uno y Trino como es en el Cielo.

Y está escrito que, en cuanto los obreros hubieron echado los cimientos del Templo, fueron los sacerdotes con sus ornamentos y las trompetas, y los levitas con los címbalos, según las ordenanzas de David, y cantaron que “a Dios ha de alabársele porque es Bueno y eterna es su Misericordia”. Y el pueblo exultaba. Pero muchos sacerdotes, jefes, levitas y ancianos lloraban con grandes gemidos pensando en el Templo que fue. Pero no se podían distinguir las voces de llanto de las de júbilo, pues eran muy confusas. Y también se lee que hubo pueblos vecinos que molestaron a los que edificaban el Templo, para vengarse de que los constructores los hubieran rechazado cuando se habían ofrecido a edificar con ellos, porque ellos también buscaban al Dios de Israel, al Dios único y verdadero. Y estas perturbaciones interrumpieron la marcha de las obras hasta que no agradó a Dios hacerlas proseguir.

Esto se lee en el libro de Esdras.

¿Cuántas y cuáles lecciones aporta el fragmento que he referido? Éstas, además de las ya citadas, acerca de la necesidad de que el culto sea sentido por el corazón, y no hacerlo profesar a piedras, maderas, vestiduras, címbalos y cantos donde el espíritu está ausente. Que la falta de amor recíproco es siempre causa de retraso y perturbación, aunque se trate de una finalidad buena de por sí. Dios no está donde no hay caridad. Es inútil buscar a Dios si antes uno no se coloca en la condición de poder encontrarlo. Dios se halla en la caridad. Aquel o aquellos que se establecen en la caridad encuentran a Dios, sin tener ni siquiera que llevar a cabo una penosa búsqueda. Y quien tiene consigo a Dios, tiene ya consigo el éxito en todas sus empresas.

En el salmo que brotó del corazón de un sabio (Salmo 27,1-2), después de la meditación en los penosos hechos que acompañaron a la reconstrucción del Templo y las murallas, está escrito: “Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan en ella los constructores; si el Señor no custodia la ciudad y la protege, en vano la custodian los defensores”.

Ahora bien, ¿cómo podrá edificar Dios la casa, si sabe que sus moradores no lo tienen en su corazón porque no aman a sus vecinos? ¿Y cómo protegerá a las ciudades y dará fuerza a los defensores, si no puede estar en ellas, pues que con el odio que profesan a sus vecinos están privadas de Él? ¡Oh, pueblos! ¿ha producido algo el estar divididos por barreras de odio? ¿Los ha hecho más grandes, más ricos, más felices? Jamás es productivo el odio, ni el rencor; jamás es fuerte quien está solo; jamás es amado quien no ama. Y no vale, como dice el salmo, levantarse antes del alba para ser grandes, ricos y felices. Tome cada uno el descanso como alivio del dolor de la vida, porque el sueño es don de Dios de la misma forma que lo es la luz y todas las cosas de que el hombre goza; tome cada uno su descanso, pero tenga en el sueño y en la vigilia como compañera a la caridad, y sus obras prosperarán., y prosperarán su familia y sus intereses y sobre todo, prosperará su espíritu y conquistará la regia corona de los hijos del Altísimo y herederos de su Reino.

Se ha dicho que, mientras el pueblo elevaba gritos de júbilo, algunos lloraban con fuertes gemidos porque recordaban y añoraban el pasado; pero no se podían distinguir las diferentes voces en medio del tumulto de los gritos.

¡Hijos de Samaria! ¡Y ustedes, apóstoles míos, hijos de Judea y Galilea! Hoy también hay quien exulta y quien llora mientras el nuevo Templo de Dios se eleva sobre cimientos eternos. También

ahora hay quien obstaculiza las obras y quien busca a Dios donde Dios no está. También ahora hay quien quiere edificar según el orden de Ciro y no según el de Dios, es decir, según el orden del mundo y no según las voces del espíritu. Y también ahora hay quien llora con necia y humana añoranza un pasado inferior, un pasado que no fue bueno ni sabio, hasta el punto de provocar la indignación de Dios. También ahora tenemos todas estas cosas, como si siempre estuviéramos en la nebulosidad de los tiempos remotos y no en el tiempo de la Luz.

Abran sus corazones a la Luz, llénense de Luz para ver al menos ustedes, a quienes Yo-Luz hablo. Es el tiempo nuevo. Todo se reedifica en él. Mas ¡ay de aquellos que no quieran entrar y obstaculicen a los que edifican el Templo de la nueva fe, del que Yo soy Piedra angular y al cual entregaré la totalidad de Mí mismo para hacer de argamasa para las piedras, y así el edificio se alce santo y fuerte, admirable en los siglos, vasto como la Tierra, a la que cubrirá entera con su luz! Digo luz, no sombra, porque mi Templo será de espíritus y no de materias opacas. Piedra para él, Yo con mi Espíritu eterno; piedras, todos aquellos que sigan mi palabra y la nueva fe, piedras incorpóreas, encendidas, santas. Y la luz se extenderá sobre la Tierra, la luz del nuevo Templo, y cubrirá a ésta de sabiduría y santidad. Afuera quedarán sólo aquéllos que con impuro llanto lloren y añoren el pasado porque les era fuente de ganancias y honores sólo humanos.

¡Abranse al tiempo y al Templo nuevos, oh hombres de Samaria! En ellos todo es nuevo, y las antiguas separaciones y fronteras en lo material, en el pensamiento y en el espíritu, ya no existen. Canten, porque está para terminar su exilio de la ciudad de Dios. ¿O acaso gozan sintiéndose como desterrados, como leprosos para los otros de Israel? ¿Es que, acaso, gozan sintiéndose como expulsados del seno de Dios? Porque ustedes sienten esto, sus almas lo sienten, sus pobres almas oprimidas en estos cuerpos suyos, y sobre las cuales permiten que domine su pensamiento arrogante, que no quiere decir a otros hombres: “Nos hemos equivocado, pero, como ovejas descarriadas, volvemos al Redil”. Ya está mal que no quieran manifestárselo a otros hombres, pero, al menos, accedan a decírselo a Dios. Aunque ahoguen el grito de su alma, Dios oye el gemido de ella, que se siente infeliz de estar exiliada de la casa del Padre universal y santísimo.

Escuchen las palabras del salmo gradual (Salmo 122; más abajo se alude al Salmo 126. Los salmos graduales (120-134), o canto de las ascensiones, eran cantados por los peregrinos que iban a Jerusalén para subir al Templo). Ciertamente son ustedes peregrinos que desde hace siglos van hacia la alta ciudad, hacia la verdadera Jerusalén, la celeste. De allí, del Cielo, sus almas descendieron para animar una carne, y es al Cielo donde anhelan regresar. ¿Por qué quieren sacrificar sus almas, desheredarlas del Reino? ¿Qué culpas tienen ellas de haber descendido a cuerpos concebidos en Samaria? Vienen de un único Padre y tienen el mismo Creador que tienen las almas de Judea y Galilea, de Fenicia y la Decápolis. Dios es el fin de todo espíritu. Todo espíritu tiende a este Dios, aun cuando idolatrías de todo tipo, o herejías funestas, cismas, o falta de fe lo mantengan en una ignorancia del Dios verdadero, ignorancia que sería absoluta si el alma no tuviera, incancelable en ella, un embrional recuerdo de la Verdad y un anhelo de ella. ¡Oh, hagan crecer este recuerdo y anhelo! Abran las puertas a su alma. ¡Que la Luz entre, que entre la Vida, y la Verdad! ¡Que quede abierto el Camino! Que todo entre a chorros luminosos y vitales, como los rayos del Sol y las olas y los vientos de los equinoccios, para hacer desarrollarse del embrión el árbol que se yergue y se acerca cada vez más a su Señor.

¡Salgan del exilio! Canten Conmigo: “Cuando el Señor hace volver de la cautividad, el alma parece soñar por la alegría. Se llena de risas nuestra boca; nuestra lengua, de júbilo. Ahora se dirá: “El Señor ha hecho cosas grandes para nosotros”. Sí, el Señor les ha hecho cosas grandes y serán inundados de alegría.

¡Oh, Padre mío, por ellos te ruego como por todos! ¡Haz volver, oh Señor, a estos nuestros prisioneros, a estos que, para Ti y para Mí, están atados con las cadenas del obstinado error! ¡Condúcelos de nuevo, oh Padre, como torrente que desemboca en el gran río, al gran mar de tu misericordia y de tu paz! Yo y los que me sirven, con lágrimas, sembramos en ellos tu verdad. Padre, haz que en el tiempo de la gran mies podamos, todos nosotros tus siervos en la enseñanza de tu Verdad, cosechar con alegría en estos surcos que ahora parecen sólo sembrados de tréboles (abrojos) y plantas venenosas, el trigo selecto de tus graneros. ¡Padre! ¡Padre! Por nuestras fatigas, lágrimas, dolores, sudores, muertes, que fueron y serán compañeros de nuestra siembra, haz que podamos ir a Ti llevando, como manojos de mieses, las primicias de este pueblo, las almas renacidas a la Justicia y Verdad para tu gloria. ¡Amén!

El silencio, que impresionaba incluso (tan absoluto como era con una muchedumbre tan numerosa que llenaba la sinagoga y la plaza de delante de ésta), se ve hendido por un bisbiseo que va aumentando hasta transformarse primero en un susurro, luego en ruido, luego en aclamaciones de júbilo. La gente gesticula, comenta y aclama...

¡Qué distinto es esto, respecto al epílogo de los discursos en el Templo! Malaquías dice por todos:

-Sólo Tú puedes decir así la verdad, sin ofender y humillar. ¡Tú eres verdaderamente el Santo de Dios! Ora por nuestra paz. Estamos endurecidos por siglos de... creencias y por siglos de afrentas. Y debemos romper esta dura corteza nuestra. Sé indulgente.

-Más que eso: amo. Tengan buena voluntad y la corteza se romperá por sí sola. Venga a ustedes la Luz.

Se abre paso y sale, seguido de los apóstoles.

557

Llegan de Siquem los parientes de los tres niños arrebatados a los bandoleros.

Jesús se encuentra solo en la isleta que está en medio del río. En la orilla, pasado el río, juegan los tres niños y susurran en voz baja como para no molestar la meditación de Jesús. De vez en cuando, el más pequeño da un gritito de alegría al descubrir una piedrecita de bonito color o una tierna flor; los otros le hacen callar diciendo:

-¡Calla! Jesús está rezando... - y prosigue el susurro mientras las manitos morenas construyen con la arena pequeños cubos y conos que, en la imaginación infantil, serían casas y montañas.

Arriba el Sol resplandece, hinchando cada vez más las yemas en los árboles y abriendo capullos en los prados. El álamo tiembla con sus hojas verde grises, y los pájaros, engarbados (*encaramados en lo más alto de un árbol*), regatean (*movimientos rápidos esquivando el cuerpo a una parte y a otra*) con notas de amor o de rivalidad que terminan unas veces en canto, otras, en chillidos de dolor.

Jesús ora. Sentado en la hierba, amparado por una mata de juncos que hay entre Él y el sendero de la orilla, está absorto en su oración mental. En algunas ocasiones alza los ojos para observar a los pequeños que juegan en la hierba, luego los baja de nuevo y se recoge otra vez en sus pensamientos.

Veloces pasos entre las plantas de la orilla y la irrupción de Juan en la isleta pone en fuga a los pájaros, que alzan velocísimos el vuelo desde la cima del álamo, poniendo fin así a su carrusel con un chirrido producido por el miedo.

Juan no ve inmediatamente a Jesús, tapado por los juncos; un poco desorientado, grita:

-¿Dónde estás, Maestro?

Jesús se pone en pie mientras los tres niños gritan desde la orilla opuesta:

-¡Allí está! ¡Detrás de las hierbas altas!

Pero Juan ha visto ya a Jesús y va donde Él. Dice:

-Maestro, han venido los parientes, los parientes de los niños. Y con muchos de Siquem. Han ido donde Malaquías, y Malaquías los ha llevado a la casa. Yo he venido a buscarte.

-¿Judas dónde está?

-No lo sé, Maestro. Ha salido nada más llegar Tú aquí, y no ha vuelto. Estará por la ciudad. ¿Quieres que lo busque?

-No, no hace falta. Quédate aquí con los niños. Quiero hablar antes con los parientes.

-Como quieras, Maestro.

Jesús se marcha. Juan va donde los niños y se pone a ayudarlos en la gran empresa de hacer un puente sobre un imaginario río hecho con largas hojas de caña puestas en el suelo simulando el agua... Jesús entra en la casa de María de Jacob, que está en la puerta esperándolo y que le dice:

-Han subido a la terraza. Los he llevado allí para ofrecerles descanso. Pero, ahí viene Judas de prisa, viene del pueblo. Voy a esperarlo y luego preparo un refrigerio a los peregrinos, que están muy cansados.

También Jesús espera a Judas en la entrada, un poco oscura respecto a la luz exterior. Judas no ve inmediatamente a Jesús y, al entrar, dice altaneramente a la mujer:

-¿Dónde están los de Siquem? ¿Es que ya se han marchado? ¿Y el Maestro? ¿Nadie lo llama? Juan... Ve a Jesús y cambia de tono diciendo:

-¡Maestro! Cuando lo he sabido de pura casualidad, he venido corriendo... ¿Estabas ya en casa?

-Estaba Juan, y me ha buscado.

-Yo... yo también habría estado, pero en la fuente me invitaron algunos a explicarles algunas cosas.

Jesús no responde nada. No abre la boca, si no es para saludar a los que lo están esperando, sentados parte en los muretes de la terraza y parte en la habitación que da a ella, los cuales, en cuanto lo han visto, se han levantado respetuosos.

Jesús, después del saludo colectivo, saluda a algunos por el nombre, con el estupor contento de éstos, que dicen:

-¿Te acuerdas todavía de nuestros nombres? (Deben ser los habitantes de Siquem).

Y Jesús responde:

-De sus nombres, de sus caras y de sus almas. ¿Han acompañado a los parientes de los niños? ¿Son éstos?

-Son éstos. Han venido a recogerlos y nos hemos unido a ellos para agradecerte tu piedad para con esos hijitos de mujer samaritana.

-¡Sólo Tú sabes hacer estas cosas!... Tú eres siempre el Santo que hace solamente obras santas. Nosotros también te hemos recordado siempre. Y ahora, sabiendo que estabas aquí, hemos venido. Para verte y decirte que te agradecemos el que nos hayas elegido como refugio tuyo y el que nos hayas amado en los hijos de nuestra sangre. Pero escucha a los parientes.

Jesús, seguido por Judas, se dirige a ellos y los saluda nuevamente, invitándolos a hablar.

-Nosotros, no sé si lo sabes, somos los hermanos de la madre de los niños. Y estábamos muy enojados con ella porque, estúpidamente y contra nuestro consejo, quiso esa boda infeliz. Nuestro padre fue débil respecto a la única hija de entre su numerosa prole; tanto, que también nos enojamos con él, y, durante años, entre nosotros hubo silencio y separación. Luego, sabiendo que la mano de Dios pesaba sobre la mujer y que en su casa había miseria – porque una unión impura no tiene la defensa de la bendición divina- tomamos con nosotros de nuevo, en nuestra casa, a nuestro anciano padre, para que no tuviera otro dolor aparte de la miseria en que se consumía la mujer. Luego ella murió. Lo supimos. Tú habías pasado hacía poco tiempo y se hablaba de Ti entre nosotros... Y nosotros, venciendo el enojo, ofrecimos al hombre, a través de éste y éste (dos de Siquem), tomar con nosotros a los niños. Eran mitad sangre nuestra. Dijo que prefería a todos muertos de mala muerte, antes que vivieran por nuestro pan. ¡No tuvimos ni a los niños, ni, ni siquiera el cuerpo de nuestra hermana, para que recibiera sepultura según nuestros ritos! Y entonces le juramos odio, a él y a su sangre. Y el odio cayó sobre él como una maldición, tanto que de libre lo hizo siervo, y de siervo... un muerto que acabó sus días como un chacal en un maloliente cuchitril. Nunca lo habríamos sabido, porque hacía mucho que todo había muerto entre nosotros. Y cuando hace ocho noches vimos aparecer en nuestro patio a esos bandoleros, mucho temimos; sólo eso. Y luego, al saber por qué habían aparecido, el enojo – no el dolor - nos mordió como un veneno, y nos apresuramos a despedir a los bandidos ofreciéndoles una buena recompensa para tenerlos como amigos, y nos quedamos asombrados al oírles que ya se habían cobrado y que no querían más.

Judas rompe de pronto el silencio atento de todos con una irónica carcajada, y grita:

-¡Su conversión! ¡Verdaderamente total!

Jesús lo mira con severidad; los demás, con asombro. El que estaba hablando prosigue:

-¿Y qué más podías pretender de ellos? ¿No es ya mucho haber ido guiando al muchacho y desafiando peligros, sin pretender la merced? Desgraciada vida requiere desgraciada costumbre. Seguro que no fue abundante el botín que sacaron de ese necio muerto como un vagabundo. No fue abundante. Y apenas suficiente para quienes deben suspender sus rapiñas durante diez días al menos. Tanto nos asombró su honestidad, tanto, que les preguntamos que qué voz les había hablado inculcando esta piedad. Y así supimos que un rabí les había hablado... ¡Un rabí! Sólo Tú. Porque ningún otro rabí de Israel podría hacer lo que Tú has hecho. Una vez que se marcharon, preguntamos mejor al asustado muchacho y supimos con más exactitud las cosas. En un principio sabíamos sólo que el marido de nuestra hermana se había muerto y que los niños estaban en Efraím con un justo; y luego que este justo, que era rabí, había hablado con ellos. Inmediatamente pensamos que eras Tú. Llegados a Siquem al rayar el alba, nos asesoramos con éstos, porque todavía no estábamos decididos a hacernos cargo de los niños o no. Pero éstos nos dijeron: “¡Cómo! ¿Y van a hacer que el amor del Rabí de Nazaret por esos niños haya sido inútil? Porque seguro que es Él, no lo duden. Es más, vamos todos donde Él porque su benignidad para con los hijos de Samaria es grande”. Y, dejando arregladas nuestras cosas, hemos venido. ¿Dónde están los niños?

-Junto al río. Judas, ve a decirles que vengan.

Judas va.

-Maestro, es un duro encuentro para nosotros. Esos niños nos recuerdan todas nuestras angustias. Todavía dudamos si hacernos cargo de ellos. Son hijos del más fiero enemigo que jamás tuvimos en el mundo...

-Son hijos de Dios. Son inocentes. La muerte anula el pasado y la expiación obtiene perdón, por parte de Dios también. ¿Quieren ser más severos que Dios?, ¿más crueles que los bandidos?, ¿más obstinados que ellos? Los bandidos querían matar al muchacho y quedarse con los niños: matar al muchacho, por precavida defensa; quedarse con los niños, por compasión humana hacia los indefensos. El Rabí habló y ellos no mataron, y condescendieron incluso en guiar hasta ustedes al muchacho. ¿Voy a tener que conocer la derrota con corazones rectos, habiendo derrotado al delito?...

-Es que... somos cuatro hermanos y ya hay treinta y siete niños en nuestra casa...

-¿Y donde encuentran alimento treinta y siete gorriónillos, porque el Padre de los Cielos les procura el grano, no van a encontrarlo cuarenta? ¿O es que el poder del Padre no va a procurar

alimento a otros tres, es más: a cuatro, hijos suyos? ¿Tiene un límite esta divina Providencia? ¿Va a zozobrar el Infinito por hacer más fecundas sus semillas, árboles y ovejas, para que sean siempre suficientes el pan, el aceite, el vino, la lana y la carne para sus hijos y otros cuatro pobres niños que se han quedado solos?

-¡Son tres, Maestro!

-Son cuatro. También es huérfano el muchacho. ¿Podrían, si se les apareciera Dios aquí, sostener que su pan está tan justo, que no se podría dar de comer a un huérfano? La piedad hacia el huérfano está prescrita en el Pentateuco...

-No podríamos sostenerlo, Señor. Es verdad. No vamos a ser inferiores a los bandidos. Daremos pan, ropa y alojamiento también al muchacho. Por amor a Ti.

-Por amor. Por todo el amor. A Dios, a su Mesías, a su hermana, a su prójimo. ¡Estos son el obsequio y perdón que han de dar a su sangre! No un frío sepulcro para sus cenizas. Perdón y paz. Paz para el espíritu del hombre que pecó. Pero no sería sino un falso perdón, sólo externo; y no significaría en absoluto paz para el espíritu de la difunta que es hermana de ustedes y madre de los niños, si a la justa expiación de Dios se uniera, dando penoso tormento, el conocimiento de que sus hijos siendo inocentes, expían su pecado. La misericordia de Dios es infinita. Pero unan a ella la de ustedes para dar paz a la difunta.

-¡Lo haremos! ¡Lo haremos! Ante nadie se habría doblegado nuestro corazón, pero ante Ti sí, Rabí, que has pasado un día entre nosotros sembrando una semilla que no ha muerto ni morirá.

-¡Amén! ¡Ahí están los niños... - Jesús los señala –se dirigen hacia la casa- indicando la ribera del río. Los llama.

Y ellos sueltan las manos de los apóstoles y van corriendo y gritando:

-¡Jesús! ¡Jesús!

Entran, suben la escala, están ya en la terraza... se detienen, atemorizados, ante tantos extraños que los miran.

-Ven, Rubén, y tú, Eliseo, y tú, Isaac. Éstos son los hermanos de su mamá, y han venido por ustedes para unirlos a sus hijos. ¿Ven qué bueno es el Señor? Igual que la paloma aquella de María de Jacob que vimos que anteayer daba de comer a una cría no suya sino de su hermano muerto. Él los recoge y les da a éstos para que los cuiden y ya no sean huérfanos. ¡Ánimo, saluden a sus parientes!

-El Señor esté con ustedes, señores –dice tímidamente el mayor, mirando al suelo. Y los dos más pequeños hacen coro.

-Éste es muy parecido a su madre, y también éste; éste, sin embargo (el mayor), es igual que su padre – observa uno de los parientes.

-Amigo mío, no creo que seas tan injusto, que hagas diferencias de amor por una semejanza de cara –dice Jesús.

-¡No! Eso no. Observaba... y pensaba... No quisiera que tuviera del padre también el corazón.

-Es un niño tierno todavía. En sus palabras sencillas se transparenta un amor por su madre bastante más vivo que cualquier otro amor.

-Pero los mantenía mejor de lo que creíamos. Están vestidos y calzados con decoro. Quizás había hecho fortuna...

-Yo y mis hermanos tenemos la ropa nueva porque Jesús nos ha vestido. No teníamos sandalias ni manto. En todo estábamos como el pastor – dice el segundo, que es menos tímido que el primero.

-Te compensaremos todo, Maestro – responde uno de los parientes, y añade: Joaquín de Siquem tenía las dádivas de la ciudad. Pero añadiremos más dinero todavía...

-No. No quiero dinero. Quiero una promesa. Su promesa de amor a éstos que he arrebatado a los bandoleros. Las ofrendas... Malaquías, tómalas para los pobres que tú conoces, y cuenta entre ellos a María de Jacob, porque bien pobre es su casa.

-Como quieras. Si son buenos, los querremos.

-Lo seremos, Señor. Sabemos que hay que serlo para volvernos a encontrar con nuestra mamá y remontar el río hasta el seno de Abraham, y no soltar el hilo de nuestra barca de las manos de Dios para que no nos arrastre la corriente del demonio – dice Rubén todo de corrido.

-Pero, ¿qué dice el niño?

-Una parábola que me han oído a Mí. La dije para consolar su corazón y darles a sus espíritus una guía. Y los niños la han guardado en su memoria y la aplican en todas sus acciones. Familiarícense con ellos mientras hablo a éstos de Siquem...

-Maestro, una cosa todavía. Lo que nos asombró en los bandidos fue el ruego de que dijéramos al Rabí que tenía consigo a los niños que los perdonaras si se habían tomado mucho tiempo para ir; que se considerara que a ellos no les estaban abiertos todos los caminos y que la presencia de un niño en su grupo había impedido largas marchas por las angosturas escabrosas.

-¿Has oído, Judas? – dice Jesús a Judas Iscariote que no replica.

Luego Jesús se aísla con los de Siquem, que le arrebatan la promesa de una visita, aunque sea breve, antes del ardor del verano. Y, entretanto, le cuentan a Jesús cosas de la ciudad, y cómo se acuerdan de Él los que fueron curados en el alma o en el cuerpo.

Mientras, Judas y Juan se dedican a estrechar los vínculos entre los niños y sus familiares...

558

Con la comitiva que regresa a Siquem. Parábola de la gota que excava la roca.

Jesús va andando por un camino solitario; delante de Él, los parientes de los niños; a su lado, los de Siquem. Están en una zona desierta. No se ve ningún centro habitado. A los niños los han montado en unos burritos cuyas riendas lleva un pariente, cuidando del niño. Los otros burritos, libres de jinetes porque los de Siquem han preferido ir a pie para estar cerca de Jesús. Preceden al grupo de los hombres, en manada y rebuznando de vez en cuando de alegría por volver al establo sin peso alguno, en un espléndido día, entre orillas adornadas de hierba nueva en la que de vez en cuando hunden sus ollares (*narices*) para saborear un bocado y luego, con ambladura (*caminar moviendo la mano y el pie de un mismo lado*) juguetona, caracolean (*giran en círculos*) y dan alcance a sus compañeros cabalgados, lo cual hace reír a los niños.

Jesús habla con los de Siquem o escucha sus conversaciones. Es patente que los samaritanos se sienten orgullosos de tener con ellos al Maestro, y sueñan más de lo que conviene; tanto, que dicen a Jesús, señalando los montes altos que están a la izquierda de quien camina hacia el Norte:

-¿Ves? Mala fama tienen el Ebal y el Garizim. Pero, para Ti al menos, son mucho mejores que Sión. Y serían totalmente buenos si Tú quisieras, eligiéndolos como morada tuya. Sión es siempre guarida de los Jebuseos. Y los de ahora son para Ti más enemigos que los antiguos para David. Él, porque hizo uso de la violencia, tomó la ciudadela (toma de Jerusalén, narrada en 2 Samuel 5,6-10; 1Crónicas 11,4-9); pero Tú, que no haces uso de la violencia, no reinarás allí. Nunca. Quédate aquí con nosotros, Señor, que nosotros te honraremos.

Jesús responde:

-Díganme: ¿me habrían amado si con violencia los hubiera querido conquistar?

-Verdaderamente... no. Te queremos precisamente porque eres todo amor.

-¿Por esto, entonces, por el amor, reino en sus corazones?

-Así es, Maestro. Pero es porque hemos acogido tu amor. Ellos, los de Jerusalén, no te aman.

-Es verdad. No me aman. Pero, ustedes que son todos muy expertos en el comercio, díganme: cuando quieren vender, comprar y ganar, ¿acaso se desalientan porque en ciertos lugares no los estimen? ¿O, más bien, realizan igualmente sus negocios preocupándose sólo de hacer buenas compras y ventas, sin tener en cuenta si del dinero que ganan está ausente la estima de quien con ustedes ha comprado o vendido?

-Sólo nos preocupamos del negocio. Poco nos importa si al negocio le falta la estima de quien trata con nosotros. Terminado el negocio, terminado el contacto. La ganancia queda. El resto... no tiene valor.

-Bueno, pues, Yo también, Yo, que he venido a actuar los intereses del Padre mío, me debo preocupar sólo de esto. Que luego, en donde actúo estos intereses, encuentre estima o burla o frialdad, eso a Mí no me preocupa. En una ciudad comercial, no con todos se gana, no con todos se hacen compras y ventas; sino que, aunque se trate con uno sólo, si se saca una buena ganancia, se dice que ese viaje no ha sido inútil, y se vuelve una y otra vez. Porque lo que la primera vez no se obtiene sino con uno, se obtiene con tres en la segunda, con siete la cuarta, con muchos las otras. ¿No es así? Yo, con respecto a las conquistas para el Cielo, hago como ustedes para sus negocios: insisto, persevero, encuentro que es suficiente la pequeña – en cuanto al número- pero grande, una sola alma salvada es ya una cosa grande, grande compensación conseguida con mi esfuerzo. Cada vez que voy allí y supero - por conquistar, como Rey del espíritu, aunque sólo sea a un súbdito – todo lo que puede ser una reacción del Hombre, no digo, no, que haya sido inútil el que haya ido, ni que hayan sido inútiles los dolores o las fatigas; al contrario, digo que las burlas, injurias y acusaciones han sido santas, dulces, deseables. No sería un buen conquistador si me detuviera ante los obstáculos representados por graníticas fortalezas.

-Pero necesitarías siglos para superar estos obstáculos. Tú... eres un hombre y no vivirás siglos. ¿Por qué perder tu tiempo donde no te aceptan?

-Viviré mucho menos. Es más, pronto ya no estaré con ustedes. Dejaré de ver albas y ocasos, en cuanto hitos de días que surgen y días que concluyen, y los contemplaré únicamente como bellezas de la Creación y alabaré por ellos al Creador que los hizo y que es Padre mío; dejaré de ver el florecimiento de las plantas y la maduración de los cereales, y no tendré necesidad de los frutos de la tierra para mantenerme en vida, porque, una vez que haya vuelto a mi Reino, me nutriré de amor.

Pero, a pesar de todo, derribaré esas muchas fortalezas fuertemente cerradas que son los corazones de los hombres.

(Hermosa comparación de Jesús con la gota de agua)

Observen esa piedra de ahí, bajo aquel manantial, en la ladera del monte. El manantial es muy sutil. Yo diría que, más que fluir, gotea: una gota que lleva cayendo quizás siglos en aquella roca que sobresale de la ladera del monte. Y la piedra es bien dura. No es caliza friable (*que se desmenuza fácilmente*) ni blando alabastro. Es basalto durísimo. Y, sin embargo, fíjense cómo en el centro de la piedra convexa, y a pesar de serlo, se ha formado una minúscula poza, no mayor que el cáliz de un nenúfar, pero sí suficiente para reflejar el cielo azul y dar de beber a los pájaros. ¿Esa concavidad en la roca convexa, acaso la ha hecho el hombre para engastar una gema azul en la piedra oscura y poner en ella un cuenco refrescante para los pájaros? No. El hombre no se ha ocupado de ello. Quizás, durante el transcurso de los muchos siglos en que los hombres vamos pasando por delante de esta roca excavada por una gota secular con su inexorable y rítmico trabajo, nosotros somos los primeros en observar este basalto negro con su turquesa líquida en el centro, y admiramos su belleza, y alabamos al Eterno por haber querido que existiera para deleite de nuestros ojos y refrigerio de los pájaros que anidan por aquí cerca.

Pero, díganme: ¿acaso la primera gota que brotó por debajo del saliente basáltico situado encima de la roca, y que cayó desde esa altura sobre esta piedra, fue la que excavó el cuenco que refleja el cielo, el Sol, las nubes y las estrellas? No. Millones y millones de gotas, una tras otra, una tras otra, se han ido sucediendo, brotando como una lágrima allá arriba, bajando tornasoladas a golpear contra la piedra, y, con una nota de arpa al morir en ella, han ido rebajando, en medida inmensurable por su pequeñez, la materia dura. Y así siglos y siglos, con el movimiento de los granos de un reloj de arena, marcando el tiempo: tantas gotas por horas, tantas en el curso de una vigilia (*parte de la noche*), tantas entre el alba y el ocaso, tantas de una a otra neomenia (*Luna nueva o primer día del mes*), y de Nisán (*Abril, primer mes del año, en Primavera, según Exodo 12,2*) a Nisán, y de siglo a siglo. Resistente la piedra, persistente la gota.

El hombre, que es soberbio y, por tanto, impaciente y ocioso, habría arrojado maceta (*martillo minero*) y uñeta (*cincel*) después de los primeros golpes, diciendo: “Esto no se puede excavar”. La gota ha excavado. Era lo que debía hacer; aquello para lo que fue creada. Y ha rezumado, una gota tras otra, durante siglos, hasta excavar la piedra. Y no se ha detenido luego diciendo: “Ahora se encargará el cielo de alimentar el cuenco que yo he excavado, con el rocío y las lluvias, la escarcha y las nieves”. No, ha seguido cayendo; y ella sola llena el minúsculo cuenco en el tiempo del calor veraniego o del rigor invernal. Mientras que las lluvias, violentas o suaves, llenan la pileta, pero no pueden embellecerla ni ensancharla ni ahondarla, pues ya está colmada y es ya útil y hermosa. El manantial sabe que a sus hijas, las gotas, van a morir en la pequeña cavidad, pero no las retiene; al contrario, las mueve a ir hacia su sacrificio, y para que no estén solas y se pongan tristes les envía nuevas hermanas, de manera que la que muera no esté sola, y se vea perpetuada en otras.

Yo también, siendo el primero en golpear, en golpear cien, mil veces contra las fortalezas duras de los duros corazones, y perpetuándome en mis sucesores – a los cuales enviaré hasta el final de los siglos- abriré en ellas hendeduras (*abertura prolongada*), y mi Ley entrará como un Sol a dondequiera que haya criaturas. Y si luego éstas no quieren la Luz y cierran las hendeduras que el inexhausto (*inagotable*) trabajo haya abierto, Yo y mis sucesores no tendremos culpa de ello ante los ojos del Padre nuestro. Si ese manantial se hubiera abierto otro canal al ver la dureza de la roca y hubiera goteado más allá, donde hay terreno herboso, díganme ustedes si tendríamos esa gema brillante, y los pájaros ese límpido refrigerio.

-Ni siquiera se le hubiera visto, Maestro; como mucho... un poco de hierba un poco más tupida incluso en verano habría indicado el sitio donde el hilo de agua goteaba; o incluso, habiéndose podrido las raíces por la continua humedad, menos hierba que en otras partes; y fanguillo; nada más; por tanto, un goteo inútil.

-Ustedes lo han dicho. Un inútil, al menos ocioso, goteo. Yo también, si se diera el caso de que prefiriera únicamente aquellos lugares donde los corazones están dispuestos a acogirme por justicia o simpatía, llevaría a cabo un trabajo imperfecto; porque trabajaría, sí, pero sin fatiga, es más, con mucha satisfacción del yo, con un complaciente compromiso entre el deber y el gusto. Ya no pesa trabajar donde a uno lo rodea el amor y donde el amor hace dúctiles a las almas que uno debe labrar. Pero, si no hay fatiga, no hay mérito, y tampoco hay mucho beneficio porque pocas conquistas se hacen si uno se limita a aquellos que ya están en la justicia. No sería Yo, si no tratase de redimir – primero en orden a la Verdad, luego en orden a la Gracia – a todos los hombres.

-¿Y piensas lograrlo? ¿Qué vas a poder hacer, más de lo que has hecho ya, para convencer a tus adversarios de lo que dices? ¿Qué, si ni siquiera la resurrección del hombre de Betania ha valido para que los judíos digan que eres el Mesías de Dios?

-Me queda por hacer algo aún mayor, mucho mayor que lo hecho.

-¿Cuándo, Señor?

-Con la Luna llena de Nisán. Pongan atención entonces.

-¿Habrá una señal en el cielo? Se dice que cuando naciste el cielo habló con luces, cantos y estrellas extraños.

-Es verdad. Para decir que la Luz había venido al mundo. En Nisán habrá señales en el cielo y en la tierra. Parecerá el fin del mundo a causa de las tinieblas, el temblor y el bramido de rayos y terremotos, en el firmamento y en las entrañas abiertas de la Tierra. Pero no será el final; antes al contrario, será el principio. Cuando vine, el Cielo dio a luz para los hombres al Salvador, y, por ser acto de Dios, la paz fue compañera del acontecimiento. En Nisán será la Tierra la que, con voluntad propia, dará a luz para sí al Redentor, y, por ser acto de hombres, la paz no será su compañera, sino que lo que habrá será una horrenda convulsión. Y entre el horror del momento de este mundo y del infierno, la Tierra abrirá su seno bajo las flechas encendidas con el fuego de la ira divina, y expresará a gritos su voluntad, demasiado ebria como para conocer su alcance, demasiado endemoniada como para evitarla. Cual desquiciada parturienta, creará estar destruyendo el fruto considerado maldito, y no comprenderá que, al contrario, lo estará elevando a lugares en que jamás será alcanzado por dolor ni acechanza algunos. El árbol, el nuevo árbol, desde entonces extenderá sus ramas por toda la Tierra, durante todos los siglos, y el que ahora les habla será reconocido, con amor u odio, como verdadero Hijo de Dios y Mesías del Señor. Y ¡ay de aquellos que lo reconozcan sin querer confesarlo y sin convertirse a Él!

-¿Dónde sucederá esto, Señor?

-En Jerusalén. Ciertamente es la ciudad del Señor.

-Entonces nosotros no estaremos presentes porque en Nisán la Pascua nos retiene aquí. Somos fieles a nuestro Templo.

-Mejor sería si fueran fieles al Templo vivo que no está ni en el Moria ni en el Garizim, sino que, siendo divino, es universal. Pero sé esperar su hora, la hora en que amarán a Dios y a su Mesías en espíritu y verdad.

-Nosotros creemos que Tú eres el Cristo. Por eso te amamos.

-Amar es dejar el pasado para entrar en mi presente. No me aman todavía con perfección.

Los samaritanos se miran de refilón y callan. Luego uno dice:

-Por Ti, por ir donde Ti, lo haríamos. Pero no podemos, aunque quisiéramos, entrar donde están los judíos. Tú esto lo sabes. Los judíos no nos aceptan...

-Ni ustedes a ellos. Pero estén tranquilos, que dentro de poco ya no habrá dos regiones, ni dos Templos, ni dos modos de pensar opuestos. Habrá un único pueblo, un único Templo, una única fe para todos los que deseen la Verdad. Ahora los dejo. Los niños ya están consolados y distraídos, y para Mí es largo el camino de regreso a Efraím para llegar antes de que descendan las tinieblas. No se intranquilicen. Sus gestos podrían llamar la atención de los pequeños, y no conviene que se den cuenta de que me marchó. Sigán su camino. Yo voy a estar aquí. Que el Señor los guíe por los senderos de la Tierra y por los senderos de su Camino. Vayan.

Jesús se acerca al monte y deja que se alejen. Lo último que se percibe, de la caravana que vuelve a Siquem, es la alegre risa de un niño, una risa que se propaga por los silencios del camino montañoso.

559

En Efraím, peregrinos de la Decápolis y misión secreta de Manahén.

La noticia de que Jesús está en Efraím, quizás por jactancia de los propios habitantes de la ciudad, quizás por otros motivos por mí ignorados, debe haberse difundido porque ya son muchos los que vienen a buscarlo: la mayor parte, enfermos; alguna persona afligida por algo o que tiene deseos de verlo. Comprendo esto porque oigo a Judas Iscariote decir a un grupo de peregrinos venidos de la Decápolis:

-El Maestro no está. Pero estamos yo y Juan y es lo mismo. Digan, pues, lo que desean y nosotros lo haremos.

-Pero jamás podrán enseñar lo que Él enseña – objeta uno.

-¡Piensa que nosotros somos otro Él! Recuerda esto siempre. Pero si quieres oír al Maestro en persona vuelve antes del sábado y márchate después del sábado. El Maestro ahora es un verdadero maestro. Ya no habla en todos los caminos, en los bosques o encima de las peñas como un errante, y

a todas horas como un siervo. Habla aquí, el sábado, como le corresponde. ¡Y hace bien! ¡Para lo que le ha servido agotarse de fatigas y amor!

-Pero nosotros no tenemos la culpa de que los judíos...

-¡Todos! ¡Todos! ¡Judíos y no judíos! Todos han sido, y serán, iguales; Él, todo a ustedes; ustedes, nada a Él. Él, dar; ustedes, no dar: ni siquiera la limosna que se da al mendigo.

-Tenemos dádivas para Él. Míralas, si no nos crees.

Juan, que ha estado todo este tiempo callado, pero con visible sufrimiento y mirando a Judas con ojos de súplica y reproche (o, mejor: de amonestación), ya no sabe contenerse, y, mientras Judas alarga la mano para tomar las dádivas, él lo para poniéndole una mano en el brazo, y le dice:

-No, Judas, esto no. Tú sabes cuál es la orden del Maestro – y se dirige a los peregrinos, dice:

-Judas se ha explicado mal y ustedes han comprendido mal. No es eso lo que quería decir mi compañero. Lo que nosotros – yo, mis compañeros, ustedes, todos – debemos dar por lo mucho que el Maestro nos da es sólo una ofrenda de sincera fe, de amor fiel. Cuando peregrinábamos por Palestina, Él aceptaba sus dádivas porque eran necesarias para nuestro camino y porque encontrábamos a muchos mendigos en él, o veníamos a enterarnos de situaciones ocultas de miseria. Ahora, aquí, no tenemos necesidad de nada – alabada sea por ello la Providencia- y tampoco encontramos mendigos. Quédense con sus dádivas y dénselas en nombre de Jesús a personas desdichadas. Éstos son los deseos del Señor y Maestro nuestro, y las órdenes que ha dado a nuestros compañeros que van evangelizando por las distintas ciudades. Y, si tienen enfermos entre ustedes, o a alguno que tenga verdadera necesidad de hablar con el Maestro, pues díganlo, que yo voy y lo busco donde se aísla en oración porque su espíritu tiene grandes deseos de recogerse en el Señor.

Judas murmura entre dientes algo, pero no se opone abiertamente. Se sienta junto al fuego como desinteresándose de la cosa.

-Verdaderamente... no tenemos grandes necesidades. Pero hemos sabido que estaba aquí y hemos cruzado el río (*Jordán*) para venir a verlo. De todas formas, si hemos hecho mal...

-No, hermanos. No es ningún mal amarlo y buscarlo, incluso no sin incomodidades y esfuerzo. Y su buena voluntad recibirá recompensa. Voy a decirle al Señor que han venido. Él seguro que viene. Pero, aun en el caso de que no viniera, yo les traería su bendición.

Y Juan sale al huerto para ir a buscar al Maestro.

-¡Deja! Voy yo – dice Judas imperiosamente, y se levanta y sale afuera raudo. Juan lo ve marcharse, pero no objeta nada.

Entra de nuevo en la cocina, donde están, bastante estrechos, los peregrinos. Pero casi inmediatamente les propone:

-¿Qué les parece si vamos al encuentro del Maestro?

-Y si Él no quisiera...

-¡No den a un malentendido más importancia de la que tiene, se los ruego! Ustedes saben cuáles son las razones de nuestra presencia aquí. Son los demás los que obligan al Maestro a estas medidas de discreción. Ciertamente, no es la voluntad de su corazón, que siempre guarda los mismos sentimientos de afecto para todos ustedes.

-Lo sabemos. Los primeros días que siguieron a la lectura del decreto se dieron a buscarlo afanosamente en la Transjordania y en los lugares donde pensaban que pudiera estar. En Betabara, Betania, Pel.la, Ramot Galaad, e incluso más allá. Y sabemos que lo mismo hicieron en Judea y Galilea. Las casas de sus amigos han estado muy vigiladas, porque... si bien es cierto que son muchos sus amigos y discípulos, muchos son también los que no son amigos y creen servir al Altísimo persiguiendo al Maestro. Luego, enseguida, la búsqueda ha cesado, y ha corrido la voz de que estaba aquí.

-¿Pero ustedes por quién lo han sabido?

-A través de discípulos suyos.

-¿Mis compañeros? ¿Dónde?

-No. Ninguno de ellos. Otros. Nuevos, porque no los hemos visto nunca ni con el Maestro ni con discípulos antiguos. Es más, nos extrañó el que Él hubiera mandado a unos desconocidos con el encargo de decir dónde estaba; pero también pensamos después que quizás lo hubiera hecho porque los judíos no conocían a los nuevos como discípulos.

-Yo no sé lo que les dirá el Maestro, pero por mi parte les digo que de ahora en adelante no deben fiarse sino de los discípulos conocidos. Sean prudentes. Todos los habitantes de esta nación saben lo que sucedió al Bautista...

-¿Crees que...?

-Si Juan, odiado sólo por una, fue capturado y muerto, ¿qué no le sucederá a Jesús, a quien odian por igual el Palacio y el Templo, fariseos, escribas, sacerdotes y herodianos? Así que estén muy atentos para no tener luego remordimientos... Pero, ahí viene. Vamos a su encuentro.

.....
Es plenamente noche. Una noche sin Luna, aunque clara de estrellas. No podría decir la hora que es, pues no veo la posición de la Luna ni su fase. Veo sólo que es una noche serena. Todo Efraím ha desaparecido bajo el velo negro de la noche. El río también, y ahora no es sino una voz; sus espumas y reflejos han quedado totalmente anulados bajo la bóveda verde de los árboles de las orillas, que son obstáculo incluso para esa luz no luz que viene de las estrellas.

Un pájaro nocturno se lamenta en algún lugar. Luego se calla a causa de un rumor de ramajes y crujir de cañas, un rumor proveniente de la parte de la montaña y que se va acercando a la casa siguiendo el río. Luego una forma alta y robusta surge de la orilla por el sendero que sube hacia la casa. Se detiene un poco como para orientarse. Pasa al ras de la pared, tanteándola con las manos; encuentra la puerta. La roza, pero sigue adelante. Dobla, aún tanteando, la esquina de la casa. Llega a la pequeña puertecita del huerto. La palpa, la abre, la empuja, entra. Ahora va al ras de las paredes que dan al huerto. En llegando a la puerta de la cocina, vacila; pero luego continúa hasta la escalita externa. Sube ésta a tientas. Se sienta –sombra oscura en la sombra- en el último escalón. Pero, por el Oriente, el color del cielo nocturno –un entrecielo oscuro percibido como tal sólo por estar tachonado de estrellas – empieza a cambiar de tonalidad, a tomar un color que el ojo logra percibir como tal: un color ceniciento oscuro de pizarra, que parece bruma densa y humosa y es –no es otra cosa- el claror del alba que avanza: se produce lentamente el cotidiano milagro nuevo de la luz que regresa.

La persona, acurrucada en el suelo, toda aovillada y cubierta con el manto oscuro, se mueve, ahora se desovilla, alza la cabeza, echa un poco hacia atrás el manto. Es Manahén. Está vestido como un hombre cualquiera, con una gruesa túnica marrón y un manto igual; es una tela tosca, de trabajador o peregrino, sin franjas ni hebillas ni cinturones. Un cordón de lana trenzada sujeta la túnica a la cintura. Se pone en pie. Se desentorpece. Mira al cielo, donde la luz avanza y ya permite ver lo que hay alrededor.

Una puerta, abajo, se abre chirriando. Manahén se asoma, sin hacer ruido, para ver quién sale de la casa. Es Jesús, que suavemente cierra de nuevo la puerta y se dirige hacia la escala. Manahén se retira un poco y carraspea para llamar la atención de Jesús, que alza la cabeza y se detiene a media escala.

-Soy yo, Maestro. Soy Manahén. Ven, ven, que tengo que decirte algo. Te esperaba... - susurra Manahén, y se inclina saludando.

Jesús sube los últimos escalones:

-Paz a ti. ¿Cuándo has venido? ¿Cómo? ¿Por qué? – pregunta.

-Creo que apenas había pasado el galicinio (*parte de la noche justo antes de amanecer*) cuando he puesto pie aquí. Pero en los matorrales, allá al fondo, estaba desde la segunda vigilia de ayer.

-¡Toda la noche al raso!

-No había otra solución. Tenía que hablar Contigo a solas. Tenía que conocer el camino para venir, y la casa, sin ser visto. Por eso vine de día y me metí en la espesura allá arriba. Vi quietarse la actividad en la ciudad. Vi a Judas y a Juan volver a casa. Es más, Juan pasó casi a mi lado con su carga de leña. Pero no me vio porque yo estaba bien adentro en la espesura. Vi, mientras hubo luz para ver, a una anciana entrar y salir, y vi que lucía el fuego en la cocina, y que Tú bajabas de aquí arriba ya en pleno crepúsculo. Y vi que cerraban la casa. Entonces vine con la luz de la Luna nueva y estudié el camino. Entré incluso en el huerto. Aquella puertecita es menos útil que si no estuviera. Oí que hablaban. Pero tenía que hablarte a solas. Me marché para volver a la tercera vigilia y estar aquí. Sé que normalmente te levantas a orar antes de que se haga de día. Y esperaba que también hoy lo hicieras. Alabo al Altísimo porque haya sido así.

-¿Pero cuál es el motivo de tener que verme con tanta incomodidad?

-Maestro, José y Nicodemo quieren hablar Contigo, y han pensado hacerlo eludiendo todo tipo de vigilancia. Han intentado ya otras veces hacerlo, pero Belcebú debe ayudar mucho a tus enemigos. Han tenido que renunciar siempre a venir, porque ni su casa ni la de Nique dejaban de ser vigiladas. Es más, la mujer iba a haber venido antes que yo. Es una mujer fuerte y se había puesto en camino, ella sola, a través del Adomín. Pero la siguieron y la pararon en la Cuesta de la Sangre (Llamaban “Cuesta de la Sangre” a un punto del monte Adomín por los delitos que en ese lugar llevaban a cabo los bandoleros). Ella, para no revelar el lugar en que estabas y para justificar las provisiones que llevaba en su cabalgadura, dijo: “Subo a donde un hermano mío que está en una gruta arriba en los montes. Si quieren venir, ustedes que enseñan sobre Dios, harían una obra santa porque está enfermo y tiene necesidad de Dios”. Y con esta argucia los convenció de que se marcharan. Pero ya

no se atrevió a venir aquí y fue verdaderamente donde uno que dice está en una gruta y que Tú lo has confiado a ella.

-Es verdad. Pero, ¿y cómo ha hecho Nique para decírselo a los otros?

-Yendo a Betania. Lázaro no está, pero sí las hermanas. Está María. ¿Y María es acaso mujer que se encoja por alguna cosa? Se vistió como quizás no lo hizo Judit para ir donde el rey, y fue a la vista de todos al Templo junto con Sara y Noemí, y luego a su palacio de Sión. Y desde allí envió a Noemí donde José con las cosas que había que decir. Y, mientras... taimadamente (*astutamente y con disimulo*) los judíos iban o mandaban a alguien donde ella para... honrarla, y así podían verla como señora en su casa, Noemí, anciana y vestida modestamente, iba a Beceta, donde el Anciano José. Nos pusimos, entonces, de acuerdo para mandarme a mí aquí; a mí, al nómada que no levanta sospechas si se le ve cabalgar a rienda suelta de una a otra residencia de Herodes; mandarme aquí, a decirte que la noche del viernes al sábado José y Nicodemo, yendo uno desde Arimatea y el otro desde Rama, antes del ocaso, se encontrarán en Gofená y te esperarán allí. Conozco el lugar y el camino, y vendré aquí al atardecer para guiarte. De mí te puedes fiar. Pero fíate sólo de mí, Maestro. José advierte que ninguno tenga noticia de este encuentro nuestro. Por el bien de todos.

-¿También por el tuyo, Manahén?

-Señor... yo soy yo. Pero no tengo bienes e intereses familiares que cuidar, como José.

-Esto confirma lo que digo, que las riquezas materiales son siempre un peso... Pero puedes decir a José que ninguno tendrá noticia de nuestro encuentro.

-Entonces puedo marcharme, Maestro. El Sol ya ha salido y podrían levantarse tus discípulos.

-Bien, márchate, y que Dios esté contigo. Es más, te voy a acompañar para mostrarte el punto donde nos encontraremos la noche del sábado...

Bajan sin hacer ruido y salen del huerto. Y, enseguida, están abajo, en las orillas del río.

560

En las cercanías de Gofená, conversación nocturna con José de Arimatea, Nicodemo y Manahén.

Es un camino muy dificultoso el que ha tomado Manahén para guiar a Jesús al lugar donde lo esperan. Es un camino todo él montañoso, estrecho, pedregoso, entre espesuras y bosques. La luz de una clarísima Luna en su primera fase a duras penas se abre paso entre la maraña de ramas. A veces desaparece por completo y Manahén la suple con antorchas ya preparadas, que ha llevado consigo en bandolera como armas bajo el manto. Él delante y Jesús detrás, caminan en silencio en medio del gran silencio de la noche. Dos o tres veces algún animal salvaje, corriendo por los bosques, hace un rumor semejante a sonido de pasos, y ello hace que Manahén se detenga receloso. Pero, aparte de esto, ninguna otra cosa turba el camino, ya de por sí muy fatigoso.

-Maestro, aquello de allí es Gofená. Ahora torcemos por aquí. Cuento trescientos pasos y estaré en las grutas donde esperan desde la puesta del Sol. ¿Te ha parecido largo el camino? Pues hemos venido por atajos que creo que mantienen la distancia legal.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: "No se podía hacer de otra manera".

Manahén, atento a contar sus pasos, se calla. Ahora están en un pasaje rocoso y pelado, que se parece a una caverna en subida entre las paredes del monte que casi se tocan. Se diría que la fractura, tan extraña es, la produjo algún cataclismo, una enorme cuchillada en la roca del monte que hubiera cortado a éste al menos un tercio desde la cima. Arriba, por encima de las paredes cortadas verticalmente, por encima del rumor agitado de las plantas nacidas en el borde del enorme tajo, brillan las estrellas; pero la Luna no baja aquí, a esta sima (*abismo*). La luz humosa de la antorcha despierta a algunas aves de rapiña, que graznan agitando las alas en los bordes de sus nidos entre las grietas. Manahén dice:

- ¡Ahí es! – e introduce en una brecha de la pared rocosa un grito semejante al quejido de un voluminoso búho.

Del fondo viene una luz rojiza por otro pasillo rocoso que está cerrado por encima, como un zaguán. José aparece:

-¿El Maestro? – pregunta, al no ver a Jesús, que está un poco atrás.

-Estoy aquí, José. Paz a ti.

-A Ti, la paz. ¡Ven! Vengan. Hemos encendido fuego para ver serpientes y escorpiones y combatir el frío. Yo voy delante.

Se vuelve y, por las ondulaciones del sendero que va entre las entrañas del monte, los guía hacia un lugar iluminado con fuego. Allí está Nicodemo, alimentando el fuego con ramajes y enebros.

-La paz también a ti, Nicodemo. Aquí estoy, con ustedes. Hablen.

-Maestro, ¿nadie se ha percatado de que venías aquí?

-¿Quién se hubiera podido dar cuenta, Nicodemo?

-¿Tus discípulos no están Contigo?

-Conmigo están Juan y Judas de Simón. Los otros evangelizan desde el día siguiente del sábado hasta el ocaso del viernes. Pero he salido de casa antes de la hora sexta (*mediodía*) diciendo que no se me esperara antes del alba siguiente al sábado. Ya es demasiado habitual en Mí ausentarme durante varias horas, como para que ello pueda suscitar sospechas en alguno. Estén, por tanto, tranquilos. Tenemos todo el tiempo que queramos para hablar sin preocupación alguna de ser sorprendidos. Éste...es lugar propicio.

-Sí. Madrigueras de serpientes y buitres... y de bandidos cuando tiene el tiempo bueno, cuando estos montes se llenan de rebaños. Pero ahora los bandidos prefieren otros lugares en que puedan abalanzarse más rápidamente sobre apriscos y caminos de caravanas. Sentimos haberte traído hasta aquí, pero es que de aquí nosotros podremos marcharnos por caminos distintos; sin llamar la atención de nadie. Porque, Maestro, la atención del Sanedrín está apuntada hacia los lugares donde hay sospecha de que te estiman.

-Bueno, en esto disiento de José. A mí me parece que ya somos nosotros los que vemos sombras donde no las hay. Y también me parece que, desde hace algunos días, se ha calmado mucho la cosa... -dice Nicodemo.

-Te engañas, amigo. Te lo digo yo. Se ha calmado en cuanto que ya no existe el estímulo de buscar al Maestro, porque ya saben dónde está. Por eso lo vigilan a Él y no a nosotros. Por eso le he recomendado que no dijera a nadie que nos íbamos a ver. No fuera que hubiera alguno dispuesto... a cualquier cosa – dice José.

-No creo que los de Efraím... -objeta Manahén.

-No, los de Efraím no, y ningún otro de Samaria. Sólo por actuar de forma distinta a como actuamos nosotros, los de la otra parte...

-No, José. No es por ese motivo. Es porque ellos no tienen en su corazón esa maligna serpiente que tienen ustedes. Ellos no temen ser despojados de ningún privilegio. No tienen que defender intereses sectarios ni de casta. No tienen nada, aparte de una instintiva necesidad de sentirse perdonados y amados por Aquel al que sus antepasados ofendieron y al que ellos siguen ofendiendo al permanecer fuera de la Religión perfecta. Y permanecen fuera porque, siendo orgullosos ellos y siéndolo ustedes, no se sabe, por ambas partes, deponer el rencor que divide y tender la mano en nombre del único Padre. Claro que, aunque ellos tuvieran tanta voluntad como para eso, ustedes la demolerían, porque no saben perdonar, no saben decir, pisando toda necedad (*ignorancia de lo que puede y debe saberse*): “El pasado ha muerto porque ha surgido el Príncipe del Siglo futuro, que a todos recoge bajo su Signo”. Yo, en efecto, he venido y recojo. Pero ustedes, ioh, ustedes consideran siempre maldito incluso aquello que Yo he considerado merecedor de ser recogido!

-Eres severo con nosotros, Maestro.

-Soy justo. ¿Pueden, acaso, decir que en sus corazones no me censuran por ciertas acciones mías? ¿Pueden decir que aprueban mi pareja misericordia hacia judíos y galileos y hacia samaritanos y gentiles, o incluso más amplia para con éstos y los grandes pecadores, precisamente porque ellos la necesitan mayormente? ¿Pueden decir que no pretenderían de Mí gestos de violenta majestad para manifestar mi origen sobrenatural y, sobre todo, fíjense bien, mi misión de Mesías según el concepto de ustedes del Mesías? Digan sinceramente la verdad: aparte de la alegría de sus corazones por la resurrección de su amigo, ¿no habrían preferido, antes que esta resurrección, que Yo hubiera llegado a Betania apuesto y cruel, como nuestros antiguos respecto a los amorreos y los de Basán, y como Josué respecto a los de Ay y Jericó, o mejor aún, haciendo caer con mi voz las piedras y los muros sobre mis enemigos, como las trompetas de Josué hicieron respecto a las murallas de Jericó, o haciendo caer del cielo sobre los enemigos gruesas piedras, como sucedió en el descenso de Beterón también en tiempos de Josué, o, como en tiempos más recientes, llamando a celestes jinetes que corrieran por los aires, vestidos de oro, armados de lanzas, formados en cohortes (*cuervos de infantería romana que solía constar de 500 hombres*), y que hubiera movimiento de escuadrones de caballería, y asaltos por una y otra parte, y agitación de escudos, y ejércitos con yelmos y espadas desenvainadas, y lanzamiento de dardos para aterrorizar a mis enemigos? (gestas narradas en Números 21, 21-35; Deuteronomio 2,26-37; Josué 6-8; 10; 2Macabeos 5,1-4). Sí, habrían preferido esto porque, a pesar de que me amen mucho, el amor de ustedes es todavía impuro, y la seducción – en cuanto a desear lo no santo – se la proporciona su pensamiento de israelitas, su viejo pensamiento. El que tiene Gamaliel igual que el último de Israel, el que tiene el Sumo Sacerdote, el tetrarca (*Herodes*), el labriego, el pastor, el nómada, el hombre de la Diáspora. El pensamiento fijo del Mesías conquistador. La pesadilla de quien teme ser aniquilado por Él. La esperanza de quien ama a la Patria con la violencia de un humano amor. El suspiro de quien está oprimido por otras potencias en otras tierras. No es culpa de ustedes. El pensamiento puro como había sido dado por Dios acerca de lo que Yo soy se ha ido cubriendo, a lo largo de los siglos, de estratos de escorias inútiles. Y pocos saben, con sufrimiento, restituir a la idea mesiánica

su pureza inicial. Ahora, además, estando ya cercano el tiempo en que será dado el signo que Gamaliel espera, y todo Israel con él, y llegando ya el tiempo de mi perfecta manifestación, Satanás trabaja para hacer más imperfecto su amor y más torcido su pensamiento. Llega su hora. Y, en esa hora de tinieblas, incluso los que actualmente ven o están solamente un poco privados de vista, resultarán ciegos del todo. Pocos, muy pocos, en el Hombre abatido reconocerán al Mesías. Pocos lo reconocerán como verdadero Mesías, precisamente porque será abatido, como le vieron los profetas. Yo quisiera, por el bien de mis amigos, que supieran verme y conocerme mientras es de día para poder también reconocermes desfigurado y verme en las tinieblas de la hora del mundo... Pero díganme ahora lo que querían decirme. La hora avanza rápida y vendrá el alba. Lo digo por ustedes, porque Yo no temo encuentros peligrosos.

-Pues lo que te queríamos decir era que alguien debe haber dicho dónde estás, y que este alguien ciertamente no somos yo ni Nicodemo ni Manahén ni Lázaro y sus hermanas ni Nique. ¿Con quién más has hablado del lugar elegido para refugio tuyo?

-Con ninguno, José.

-¿Estás seguro?

-Seguro.

-¿Y has dado orden a tus discípulos de que no hablaran de ello?

-Antes de partir no les hablé del lugar. Llegado a Efraím, di orden de que fueran evangelizando y de actuar en representación Mía. Y estoy seguro de su obediencia.

-Y... ¿estás Tú solo en Efraím?

-No. Estoy con Juan y Judas de Simón. Ya lo he dicho. Él, Judas, porque leo tu pensamiento, no puede haberme perjudicado con su irreflexión, porque nunca se ha alejado de la ciudad y en esta época no pasan por ella peregrinos de otros lugares.

-Entonces... Ha sido Belcebú en persona el que ha hablado. Porque en el Sanedrín se sabe que estás allí.

-¿Y entonces? ¿Cuáles han sido las reacciones del Sanedrín ante este movimiento Mío?

-Varias, Maestro. Muy distintas unas de otras. Hay quien dice que es lógico: dado que te han proscrito en los lugares santos, no te quedaba otra solución que refugiarte en Samaria. Otros, sin embargo, dicen que esto revela de Ti lo que eres: un samaritano de alma, más que si lo fueras de raza; y que ello es suficiente para condenarte. Bueno, y todos están muy contentos de haberte podido reducir al silencio y de poder señalarte ante las masas como amante de samaritanos. Dicen: "Ya hemos ganado la batalla. Lo demás será un juego de niños". Pero, haz que eso no sea verdad. Te lo rogamos.

-No será verdad. Dejen que hablen. Los que me aman no se confundirán por las apariencias. Dejen que el viento cese del todo. Es viento de Tierra. Luego vendrá el viento del Cielo y se abrirá el entrecielo apareciendo la gloria de Dios. ¿Tienen algo más que decirme?

-Respecto a Ti, no. Vigila, sé cauto, no salgas de donde estás. Y decirte que te tendremos informado.

-No. No hace falta. Permanezcan donde están. Pronto tendré Conmigo a las discípulas y –esto sí- digan a Elisa y a Nique que se unan a las otras, si quieren. Díganse también a las dos hermanas. Siendo ya conocido el lugar donde me hallo, los que no temen al Sanedrín pueden ya venir y experimentar recíproca consolación.

-No pueden venir las dos hermanas hasta que Lázaro no regrese. Salió con gran pompa. Toda Jerusalén ha sabido que se marchaba a sus propiedades lejanas, y no se sabe cuándo va a volver. Pero su criado ha vuelto ya de Nazaret y ha dicho – también tenemos que decirte esto- que tu Madre estará aquí con las otras antes de que concluya esta Luna. Ella está bien, y también María de Alfeo. El criado las ha visto. Pero tardan un poco porque Juana quiere venir con ellas y no puede hacerlo hasta el final de esta Luna. Y también... como amigos fieles, aunque... imperfectos como dices, si nos lo permites, quisiéramos ofrecerte una ayuda...

-No. Los discípulos que están evangelizando traen cada vigilia de sábado cuanto necesitan ellos y cuanto necesitamos nosotros los que estamos en Efraím. Más no hace falta. El obrero vive de su salario. Eso es justo. Lo demás sería superfluo. Dénselo a algún necesitado. Lo mismo he impuesto a los de Efraím y a mis propios apóstoles. Exijo que a su regreso no tengan ni una moneda de reserva y que toda dádiva sea repartida por el camino, tomando para nosotros lo mínimo indispensable para la frugalísima comida de una semana.

-¿Por qué, Maestro?

-Para enseñarles el desapego de las riquezas y el dominio espiritual sobre las preocupaciones del mañana. Y por esto y por otras buenas razones mías de Maestro, les ruego que no insistan.

-Como quieras. Pero nos apena el no poder servirte.

-Llegará la hora en que lo harán... ¿No es ya aquella la primera luz del alba? – dice volviéndose hacia Oriente, o sea, hacia el lado opuesto a aquel por el que ha venido, e indicando una tímida claridad que aparece lejana a través de una abertura.

-Lo es. Tenemos que dejarnos. Yo vuelvo a Gofená, donde he dejado la cabalgadura, y Nicodemo, por esta otra parte, bajará hacia Berot, y desde allí a Ramá, terminado el sábado.

-¿Y tú, Manahén?

-Bueno, yo iré abiertamente por los caminos descubiertos que van hacia Jericó, donde ahora está Herodes. Tengo el caballo en casa de una gente pobre que por una limosna no sienten repulsa de nada, ni siquiera de un samaritano como creen que soy. Pero por ahora sigo Contigo. En la bolsa tengo comida para dos.

-Entonces nos despedimos. Para la Pascua nos veremos de nuevo.

-¡No! ¡No querrás ya arriesgarte para esa prueba! ¡No lo hagas Maestro! – dicen José y Nicodemo.

-Verdaderamente son malos amigos porque me aconsejan el pecado y la cobardía. ¿Cómo, reflexionando sobre el gesto que pongo, podrían amarme? Díganlo. Sean sinceros. ¿A dónde habría que ir para adorar al Señor en la Pascua de los Ázimos? ¿Al monte Garizim? (*donde los samaritanos tenían su templo, opuesto al de Jerusalén. Deuteronomio 11,26-32; Josué 8; 30-35; 2 Macabeos 6, 1-2*) ¿O no debería, más bien, presentarme ante el Señor en el Templo de Jerusalén, como deben hacer todos los varones de Israel en las tres grandes fiestas anuales? ¿Han olvidado que ya se me acusa de no respetar el sábado, a pesar de que –Manahén lo puede testificar- hoy sin ir más lejos, Yo, secundando el deseo de ustedes, de noche haya recorrido un camino que armonizara sus deseos y la ley sabática?

-Nosotros también hemos estado en Gofená por este motivo... Y ofreceremos un sacrificio para expiar una involuntaria transgresión por un motivo inevitable. ¡Pero Tú, Maestro!... Te van a ver inmediatamente...

-Si no me vieran ellos, Yo me encargaría de que me vieran.

-¡Buscas tu destrucción! Es como si te mataras...

-No. Sus mentes están muy envueltas en sombras. No es como quererme matar. Es únicamente obedecer la voz del Padre mío que me dice: “Ve. Es la hora”. Siempre he buscado conciliar la Ley con las necesidades, incluso el día que tuve que huir de Betania y refugiarme en Efraím porque todavía no era la hora de ser capturado. El Cordero de Salvación sólo puede ser inmolado en la Pascua de los Ázimos. ¿Podrán pretender que, si eso he hecho respecto a la Ley, no lo haga respecto a la orden del Padre mío? Ahora márchense, y no se aflijan de esa manera. ¿Para qué he venido, sino para ser proclamado Rey de todas las gentes? Porque eso quiere decir “Mesías”, ¿no es verdad? Sí, quiere decir eso. Y “Redentor” también quiere decir éso. Pero la verdad del significado de estos dos nombres no corresponde con lo que ustedes se imaginan. De todas formas, los bendigo, implorando que un rayo celeste descienda sobre ustedes junto con mi bendición. Porque los quiero y porque me quieren. Porque quisiera que su justicia fuera plenamente luminosa. Y es que no son malos pero son, también ustedes, “viejo Israel” y no tienen la voluntad heroica de despojarse del pasado y hacerse nuevos. Adiós, José. Sé justo. Justo como aquél que durante muchos años fue para Mí tutor y fue capaz de realizar toda renovación para servir al Señor su Dios. Si él estuviera aquí entre nosotros ¡cómo les enseñaría a saber servir a Dios con perfección; a ser justos, justos, justos! ¡Pero justo es que esté ya en el seno de Abraham!... Para no ver la injusticia de Israel. ¡Oh, santo siervo de Dios!... Nuevo Abraham, de corazón traspasado pero de voluntad perfecta, él no me habría aconsejado la cobardía, sino que me habría dicho las palabras que usaba cuando una realidad penosa pesaba sobre nosotros: “Levantemos el espíritu. Encontraremos la mirada de Dios y olvidaremos que son los hombres los que causan el dolor. Y hagamos todas las cosas que nos significan un peso como si el Altísimo nos las presentase. De esta manera santificaremos hasta las más pequeñas cosas y Dios nos amará”. Eso habría dicho, incluso animándome a sufrir los más graves dolores... Nos habría animado... ¡Oh, Madre!...

Jesús suelta a José –lo tenía abrazado- y, agachando la cabeza, permanece en silencio, contemplando, sin duda, su ya cercano martirio y el de su pobre Madre... Luego alza la cabeza y abraza a Nicodemo diciendo:

-La primera vez que viniste a Mí como discípulo oculto te dije que para entrar en el Reino de Dios y tener el Reino de Dios en ustedes era necesario que renacieran en espíritu y su amor por la Luz fuera mayor del que por ella tenga el mundo. Hoy, y quizás es la última vez que nos encontramos en secreto, te repito las mismas palabras. Renace tu espíritu, Nicodemo, para poder amar la Luz que soy Yo, y Yo more en ti como Rey y Salvador. Ahora márchense. Que Dios esté con ustedes.

Los dos ancianos se marchan por la parte opuesta a aquella por la que ha venido Jesús. Cuando el ruido de sus pasos se ha alejado, Manahén, que había ido hasta la entrada de la gruta para verlos marcharse, vuelve y dice con cara muy expresiva:

-¡Al menos una vez serán ellos los que infrinjan la medida sabática! ¡Y no se sentirán tranquilos hasta que no regularicen su deuda con el Eterno con el sacrificio de un animal! ¿No sería mejor para ellos sacrificar su tranquilidad declarándose abiertamente tuyos? ¿No sería éso más grato al Altísimo?

-Ciertamente lo sería. Pero no los juzgues. Son masa que fermenta despacio. Pero, en su momento, ellos, cuando muchos que se creen mejores caigan, se levantarán contra todo un mundo.

-¿Lo dices por mí, Señor? Quítame la vida, antes que permitir que reniegue de Ti.

-Tú no me renegarás. Pero en ti hay elementos distintos de los suyos para ayudarte a ser fiel.

-Sí. Yo soy... el herodiano. O sea, era el herodiano. Porque, desde la misma manera que me he apartado del Consejo, me he apartado del partido desde que lo veo ruin e injusto- como los otros- con respecto a Ti. ¡Ser herodiano!... Para las otras castas es poco más que pagano. No digo que seamos unos santos. Es verdad que no lo somos. Hemos incurrido en impureza por una finalidad impura. Hablo como si todavía fuera el herodiano de antes de ser tuyo. Somos, por tanto, doblemente impuros, según el juicio humano: porque nos hemos aliado con los romanos y porque lo hemos hecho buscando nuestro propio beneficio. Pero, dime, Maestro Tú que siempre dices la verdad y no te abstienes de decirla por temor a perder a un amigo. Entre nosotros, que nos hemos aliado con Roma para... gozar todavía de efímeros triunfos personales, y los fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas, saduceos, que se alían con Satanás para destruirte a Ti, ¿quién es más impuro? Yo, ya ves que, ahora que he visto que el partido de los herodianos se pone contra Ti, los he dejado. No digo esto para que me alabes, sino para manifestarte cómo pienso. ¡Y ellos – hablo de los fariseos, sacerdotes, escribas y saduceos- creen que sacan un beneficio de esta inesperada alianza de los herodianos con ellos! ¡Desdichados! No saben que los herodianos lo hacen para ganar méritos ante los romanos y, por tanto, mayor protección de éstos, y, después... definidos y terminados la causa y el motivo que los une ahora, abatir a los que ahora toman como aliados. Éste es el juego recíproco de los unos y los otros. Todo está basado en el engaño. Y esto me repugna de tal manera, que me he independizado del todo. Tú... Tú apareces como un gran fantasma amedrentador. ¡Para todos! Y eres también el pretexto para el sucio juego de los intereses de los distintos partidos. ¿El motivo religioso? ¿El sagrado desdén hacia “el blasfemo”, como te llaman? ¡Todo engaños! El único motivo es, no la defensa de la Religión, no el sagrado celo por el Altísimo, sino sus intereses, ávidos, insaciables. Me dan asco como cosa inmundicia. Y quisiera... quisiera que fueran más valerosos los pocos que no son inmundicia. ¡Ya me es pesado llevar una vida doble! Quisiera seguirte sólo a Ti, pero te sirvo así más que si te siguiera. Siento este peso... Pero dices que será pronto... Como... ¿Pero realmente serás inmolado como el Cordero? ¿No es lenguaje figurado? La vida de Israel está tejida con símbolos y figuras...

-Y quisieras que Conmigo fuera así. No, mi caso no es una figura.

-¿No lo es? ¿Estás completamente seguro? Yo podría... Muchos podríamos repetir antiguos gestos haciendo que te ungieran como Mesías, y podríamos defenderte. Bastaría una palabra para que surgieran a millares los defensores del verdadero Pontífice santo y sabio. Ya no hablo de un rey terreno, porque ya sé que tu Reino es enteramente espiritual. Pero, dado que humanamente fuertes y libres no lo seremos ya nunca, pues, al menos, que sea tu santidad la que gobierne y dé nueva salud al corrompido Israel. Nadie, Tú lo sabes, aprecia al actual sacerdocio o a quienes lo sostienen. ¿Quieres esto, Señor? Ordena y yo actuaré.

-Ya has avanzado mucho en tu pensamiento Manahén. Pero todavía estás tan lejos de la meta como la Tierra del Sol. Yo seré sacerdote, y lo seré eternamente, Pontífice inmortal, en un organismo que vivificaré hasta el final de los siglos. Pero no seré ungido con el óleo de la alegría, ni proclamado y defendido con actos violentos –expresión de la voluntad de un puñado de fieles- que llevarían a la Patria a una escisión más feroz aún y a hacerla más esclava que nunca. ¿Y crees que una mano de hombre puede ungir al Cristo? En verdad te digo que no. La verdadera Autoridad que me ungirá Pontífice y Mesías es la de Aquel que me ha enviado. Nadie, aparte de Dios, podría ungir a Dios como Rey de reyes y Señor de señores para toda la eternidad.

-¿Entonces nada?! ¡¿Nada que hacer?! ¡Oh, mi dolor!

-Todo. Amarme. En eso se resume todo. Amar no a la criatura que lleva por nombre Jesús, sino a lo que Jesús es. Amarme con la humanidad y con el espíritu, de la misma forma que Yo los amo con el Espíritu y la Humanidad para estar Conmigo más allá de la Humanidad. Mira qué hermosa aurora. La luz tímida de las estrellas no llegaba hasta aquí dentro; pero la luz segura del Sol, sí. Lo mismo sucederá en los corazones de aquellos que lleguen a amarme con justicia. Vamos afuera, al silencio del monte, exento de voces humanas enronquecidas de intereses. Mira aquellas águilas. Mira cómo se alejan con amplios vuelos en busca de presa. ¿Vemos las presas? Nosotros no; pero las águilas sí, porque el ojo del águila es más poderoso que el nuestro y, desde arriba, donde se cierne en vuelo, ve un amplio horizonte y sabe elegir. Yo también. Lo que ustedes no ven, Yo lo veo. Y, desde arriba,

donde aletea mi espíritu, sé elegir a mis dulces presas. No para despedazarlas, como hacen los buitres y las águilas, sino para llevarlas Conmigo. ¡Seremos así felices allí, en el Reino del Padre mío, nosotros, que nos hemos querido!...

Y Jesús, que, hablando, ha salido a sentarse al Sol a la entrada de la caverna, teniendo a su lado a Manahén, lo acerca ahora hacia Sí y calla y sonríe contemplando quién sabe qué visión...

561

El saforim (*discípulo de rabí*) Samuel, de sicario a discípulo.

Jesús está solo, todavía en la caverna. Una fogata resplandece dando luz y calor, un fuerte olor de resinas y ramajes se esparce, entre chasquidos y chisporroteos, por el antro. Jesús se ha retirado al fondo, a una concavidad en cuyo suelo hay ramajes secos; allí está meditabundo. La llama, de vez en cuando, ondea y merma y aumenta, alternativamente, debido a rachas de viento que enfilan la espesura de las plantas para introducirse silbando en la caverna, que resuena como una bocina. No es un viento continuo: cesa, luego se levanta de nuevo, como las olas de un mar en momentos de ola larga. Cuando silba fuerte, impulsa las cenizas y hojas secas hacia el estrecho pasillo rocoso por el que Jesús ha ido a la gruta más grande, y la llama se pliega hasta lamer el suelo en aquella dirección; luego, cuando cesa la racha de viento, la llama se eleva de nuevo, todavía ondulante, para resplandecer otra vez enhiesta. Jesús no hace caso. Medita.

Luego, al sonido del viento se une el de la lluvia, que golpea, primero rala, luego más densa, contra el ramaje y hojas de las plantas. Un verdadero temporal transforma pronto los senderos de las laderas en ruidosos torrentes. Y ahora es la voz del agua la que predomina porque el viento lentamente calla. La luz, muy relativa, del crepúsculo lluvioso, y la del fuego, que, terminada la hojarasca, rojea, pero sin llama, apenas dan claridad a la caverna, cuyos rincones ya están totalmente en sombra. A Jesús, que está vestido de oscuro, ya no se le distingue; a duras penas, si levanta la cara –la tiene agachada, sobre las rodillas dobladas– se ve un blancor que contrasta con la pared oscura.

Fuera de la gruta, en el sendero, ruido de pasos y palabras entrecortadas por el jadeo, propias de uno cansado y agitado. Luego una sombra oscura que chorrea agua por todas partes se proyecta en el vacío de la entrada.

El hombre, porque es un hombre, de barba tupida y negra, emite un “¡oh!” de alivio y arroja al suelo la prenda –empapada de agua– que cubre su cabeza, sacude el manto y monologa:

–¡Mmm! ¡Bien vas a tener que sacudirlo, Samuel! ¡Parece que se hubiera caído en la poza de un lavadero! ¿Y las sandalias? ¡Barcas! ¡Barcas en el fondo del río! ¡Estoy mojado hasta los huesos! ¡Fíjate qué chorros de los pelos! Parezco una canaleta rota que suelte agua por mil agujeros. ¡Pues bien empezamos! ¿Será que Belcebú está de su parte y lo defiende? ¡Mmm! La recompensa es alta, pero...

Se sienta dejándose caer sobre una piedra cercana al fuego, cuyos tizones, terminada la llama, rojean formando esos dibujos extraños que constituyen la última vida de la leña quemada, y trata de reavivarlo soplando. Se quita las sandalias y trata de secarse los pies embarrados con algunas partes del manto que están menos mojadas que el resto. Pero se seca con agua. Su esfuerzo sirve sólo para quitar el barro de los pies y pasarlo al manto. Sigue monologando:

–¡Malditos sean ellos, Él y todos! Y he perdido incluso la bolsa. ¡Claro! Mucho es ya que no haya perdido la vida... “Es el camino más seguro” dijeron. ¡Ya! ¡Pero ellos no lo recorren! ¡Si no hubiera visto esta llama! ¿Quién la habrá encendido? Algún desgraciado como yo. Pero ¿dónde estará ahora? Allí hay un agujero... Quizás otra gruta... ¿No serán bandoleros? ¡Pero... qué tonto! ¡Qué me van a robar, si no tengo ni una moneda? Bueno, no importa. Este fuego es más que un tesoro. ¡Si tuviera algo de ramaje para reavivarlo! Me quitaría y me secaría la ropa. ¡Digo yo ¿no?! ¡No tengo otra cosa hasta el regreso!...

–Si quieres ramas, amigo, aquí hay – dice Jesús sin moverse de su sitio.

El hombre, que estaba vuelto de espaldas respecto a Jesús, se sobresalta por esa voz imprevista; se pone inmediatamente en pie y se vuelve. Parece muy asustado.

–Quién eres? – pregunta abriendo desmesuradamente los ojos para tratar de ver.

–Un caminante como tú. He sido Yo el que ha encendido el fuego, y me alegro de que te haya servido de guía.

Jesús se acerca con un haz de leña en los brazos y lo deja caer al lado del fuego. Dice:

–Reaviva la llama antes de que la ceniza cubra todo. No tengo ni yesca ni eslabón, porque el que me los prestó se ha marchado después de la puesta del Sol.

Jesús habla en tono amistoso, pero no se acerca hasta el punto de que el fuego lo ilumine. Al contrario, vuelve a su rincón y permanece allí, más envuelto que antes, en su manto.

El hombre, mientras, se agacha para soplar las hojas que ha arrojado al fuego, y está ocupado en eso hasta que la llama resurge. Ríe mientras sigue echando ramas cada vez más gruesas que reaniman la llama. Jesús se ha vuelto a sentar en su sitio y lo observa.

-Ahora tendría que desnudarme para secar la túnica. Prefiero estar desnudo antes que mojado como estoy. Pero ni puedo quitármela. Se ha venido abajo un trozo de ladera y me he visto debajo de una cascada de tierra y agua. ¡Ah, ahora estoy bien! ¡Fíjate! He roto la túnica. ¡Maldito viaje! ¡Si al menos hubiera transgredido el sábado! Pero no. Hasta la puesta del Sol he estado parado. Después... ¿Y ahora cómo me las arreglo? Para salvarme he soltado la bolsa, que se habrá caído hacia el valle o se habrá quedado enganchada en algún matorral. ¡A saber dónde!...

-Aquí tienes mi túnica. Está seca y caliente. A Mí me basta con el manto. Tómala. Estoy sano. No temas.

-Y también eres bueno. Un buen amigo. ¿Cómo agradecértelo?

-Queriéndome como a un hermano.

-¿Queriéndote como a un hermano? Pero si no me conoces. ¿Querías mi estima aunque fuera un malvado?

-La querría para hacerte bueno.

El hombre, que es joven, más o menos de la edad de Jesús, agacha la cabeza y reflexiona. Tiene la túnica de Jesús en sus manos, pero no la ve. Piensa. Y, instintivamente se la pone sobre la piel desnuda (y es que se ha quitado todo, incluso la túnica de debajo).

Jesús, que había vuelto a su rincón, pregunta:

-¿Cuándo has comido?

-A la hora sexta (*mediodía*). Hubiera debido comer al llegar al pueblo, abajo en el valle. Pero he perdido el camino, la bolsa y el dinero.

-Mira, tengo aquí algo de comida. Debía servirme para mañana. Pero tómallo. A Mí no me pesa el ayuno.

-Pero... si tienes que andar, necesitarás fuerzas...

-No voy lejos. Sólo a Efraím...

-¡A Efraím! ¿Eres samaritano?

-¿Sientes repulsa? No soy samaritano.

-Efectivamente... tu acento es galileo. ¿Quién eres? ¿Por qué no muestras tu cara? ¿Necesitas ocultarte por algún delito? No te voy a denunciar.

-Soy un caminante, lo he dicho antes. Mi Nombre no te diría nada, o te diría demasiado. Y, además, ¿qué es el nombre? ¿Si te ofrezco una túnica para tu cuerpo entumido, un pan para tu hambre y, sobre todo, mi piedad para tu corazón, acaso necesitas saber mi Nombre para sentir el alivio de la ropa seca, la comida y el afecto? Pero, si quieres darme un nombre, llámame "Piedad". No tengo nada vergonzoso que me obligue a ocultarme. Pero no por ello no me denunciarías, porque tu corazón tiene dentro un pensamiento no bueno y los malos pensamientos dan frutos de malas acciones.

El hombre se sobresalta y va donde Jesús, pero de Jesús se ven solamente los ojos, y, además, velados por los párpados semicerrados.

-Come, come, amigo. No hay otra cosa que hacer.

El hombre se acerca de nuevo al fuego y come lentamente, sin decir nada. Está pensativo. Jesús está todo encogido en su rincón. El hombre va reponiéndose. El calor de la hoguera, el pan y la carne asada que Jesús le ha dado le ponen contento. Se levanta, se estira, extiende desde una punta de roca hasta una gruesa escarpia (*clavo con la cabeza doblada en ángulo recto*) oxidada - a saber quién, y cuándo la clavó allí- el cordón que llevaba como cinturón y tiende encima, para que se sequen, túnica, manto y gorro; sacude las sandalias, las acerca a la llama a la que alimenta generosamente.

Jesús parece estar adormilado. El hombre también se sienta, y piensa. Luego se vuelve y mira al Desconocido. Pregunta:

-¿Duermes?

-No. Pienso y oro.

-¿Por quién?

-Por todos los necesitados, de todas las clases. ¡Y son muchos!

-¿Eres un penitente?

-Soy un penitente. La Tierra tiene mucha necesidad de penitencia, para que los débiles en ella reciban la fuerza para rechazar a Satanás.

-Es como has dicho. Hablas como un rabí. Sé distinguir porque soy un saforim (*discípulo de rabí*). Estoy con el rabí Jonatán ben Uziel. Soy su discípulo preferido. Y ahora, si el Altísimo me asiste, me apreciará todavía más. Todo Israel alabará mi nombre.

Jesús no replica. El otro, pasado un rato, se levanta y va a sentarse al lado de Jesús. Dice, mientras se alisa con la mano el pelo, que casi lo tiene ya seco, ordenándose la barba:

-Oye, has dicho que vas a Efraím. Pero ¿vas por azar o es que estás allí?

-Vivo en Efraím.

-¡Pero has dicho que no eres samaritano!

-Lo repito: no soy samaritano.

-¿Y quién puede vivir allí si no...? Oye, se dice que en Efraím se ha refugiado el Rabí de Nazaret, el proscrito, el maldito. ¿Es verdad?

-Es verdad. Jesús, el Cristo del Señor, está allí.

-¡No es el Cristo del Señor! ¡Es un embustero! ¡Un blasfemo! ¡Un demonio! Es la causa de todos nuestros males. ¡Y no surge un vengador de todo el pueblo que lo derribe! – exclama, fanático de odio.

-¿Acaso te ha hecho algún mal, que hablas de Él con tanto odio en la voz?

-A mí no. Sólo lo vi una vez, en los Tabernáculos, y en medio de un gentío tal, que me costaría reconocerlo. Porque aunque sea discípulo del gran rabí Jonatán ben Uziel, hace poco que estoy definitivamente en el Templo. Antes... no podía por muchas razones, y sólo cuando el rabí estaba en su casa estaba a sus pies bebiendo justicia y doctrina. Pero tú... me has preguntado si lo odio, y he sentido una oculta reprensión en tus palabras. ¿Es que eres un seguidor del Nazareno?

-No lo soy. Pero cualquiera que sea justo condenará el odio.

-El odio es santo cuando va contra un enemigo de Dios y de la Patria. El Rabí nazareno es eso. Destruirlo y odiarlo es santo.

-¿Destruir al hombre o a la idea que representa y la doctrina que proclama?

-¡Todo! ¡Todo! No se puede destruir una de esas cosas si se pasa por alto otra. En el hombre está su doctrina y su idea. O se abate todo o no sirve para nada. Cuando se abraza una idea se abraza conjuntamente al hombre que la representa y a su doctrina. Esto lo sé porque lo experimento respecto a mi maestro. Sus ideas son las mías; sus deseos, leyes para mí.

-Efectivamente, un buen discípulo actúa así. Pero hay que saber distinguir si es bueno el maestro, y seguir sólo a un maestro bueno. Porque no es lícito perder la propia alma por amor hacia un hombre

-Jonatán ben Uziel es bueno.

-No. No lo es.

-¿Qué dices? ¿Me dices a mí eso estando aquí solos y pudiendo matarte para vengar a mi maestro? Ten en cuenta que soy robusto.

-No tengo miedo. No tengo miedo de la violencia. Y no tengo miedo ni aun sabiendo que, si arremetes contra Mí, no voy a reaccionar.

-¡Ah, ahora entiendo! Eres un discípulo del Rabí, un “apóstol”. Él llama así a sus discípulos más fieles. Y vas donde Él. Quizás el que estaba contigo era un compañero tuyo y estás esperando a algún otro compañero.

-Espero a alguien, sí.

-¡Al Rabí!

-No hay necesidad de que lo espere. Él no necesita mi palabra para ser curado de su enfermedad: no tiene ni el alma ni el cuerpo enfermos. Espero a una pobre alma envenenada, delirante, para curarla.

-¡Eres un apóstol! Porque se sabe que Él los manda a evangelizar, ya que Él tiene miedo de ir desde que ha sido condenado por el Sanedrín. ¡Por eso tú tienes sus doctrinas! No reaccionar contra el que ofende es una de sus doctrinas.

-Es una de sus doctrinas porque enseña el amor, el perdón, la justicia, la mansedumbre. Ama a los enemigos y no sólo a los amigos. Porque lo ve todo en Dios.

-Si me encontrara... si, como espero, lo encuentro, no creo que a mí me ame. ¡Sería un necio! Pero no puedo hablar contigo, que eres un apóstol suyo. Y me arrepiento de haber dicho lo que he dicho, porque se lo referirás a Él.

-No hay necesidad. Pero, en verdad te digo que te amaré; es más, que te ama, a pesar de que vayas a Efraím para tenderle una trampa y entregarlo al Sanedrín, que ha prometido un cuantioso premio a quien haga eso.

-¿Eres... profeta o tienes espíritu pitón? ¿Te ha comunicado Él su poder? ¿Eres un maldito tú también? ¡Y yo he aceptado tu pan, tu túnica! ¡Te has comportado conmigo como amigo! Está escrito: “No alzarás tu mano contra el que te ha hecho el bien”. ¡Y tú esto has hecho! Porque, si sabías que yo... ¿Quizás para impedirme actuar? Bueno pues, si contigo voy a ser clemente por haberme dado pan, sal, fuego y ropa, y faltaría contra la justicia haciéndote un mal, no voy a ser clemente con tu Rabí, porque a Él no lo conozco y no me ha hecho el bien sino el mal.

-¡Desdichado! ¿No te das cuenta de que deliras? ¿Cómo puede uno que no conoces haberte hecho el mal? ¿Cómo puedes respetar el sábado si no respetas el precepto de no matar?...

-Yo no mato.

-Materialmente, no. Pero no hay diferencia entre quien mata y quien pone la víctima en las manos del que mata. Respetas la palabra de un hombre, que dice que no se debe perjudicar a quien te ha hecho un bien, y luego no respetas la palabra de Dios y, tendiendo una trampa, por un puñado de monedas, por un poco de honor, el sucio honor de haber sabido traicionar a un inocente, te preparas a cometer un delito...

-No lo hago sólo por las monedas y el honor, sino por hacer una cosa grata a Yeohveh y beneficiosa para la Patria. Repito el gesto de Yael y Judit. (El gesto de Yael contra Sisara en Jueces 4,17-22, y Judit 12, 10-20; 13).

Está más exaltado que antes.

-Sisara y Holofernes eran enemigos de nuestra Patria. Eran invasores. Eran crueles. ¿Pero qué es el Rabí de Nazaret? ¿Qué invade? ¿Qué usurpa? Es pobre y no quiere riquezas, es humilde y no quiere honores, es bueno, bueno con todos. Los que se han visto agraciados por Él se cuentan a millares. ¿Por qué lo odian? ¿Tú por qué lo odias? No te es lícito hacer el mal a tu prójimo. Sirves al Sanedrín. Pero ¿será el Sanedrín el que te juzgue en la otra vida, o será Dios? ¿Y cómo te juzgará? No te digo que te vaya a juzgar por haber matado al Cristo, pero sí te digo que te juzgará por haber matado a un inocente. Tú no crees que el Rabí de Nazaret sea el Cristo, y por eso, por tu idea de que no lo es, no se te imputará este delito. Dios es justo y no juzga como culpa el acto llevado a cabo sin plena advertencia. No te juzgará, por tanto, por haber matado al Cristo, porque para ti Jesús de Nazaret no es el Cristo. Pero sí que te acusará de haber matado a un inocente. Porque tú sabes que es inocente. Te han envenenado, embriagado con palabras de odio; pero no lo estás tanto como para no entender que Él es inocente. Sus obras hablan en su favor. El miedo de ustedes –más el de los maestros que el suyo de discípulos- teme y ve lo que no existe; es el miedo de quienes temen que Él los suplante. ¡No teman, que Él les abre los brazos para decirles: “Hermanos”! No envía soldados contra ustedes. No los maldice. Lo único que quisiera sería salvarlos, salvarlos a ustedes, a los grandes y a los discípulos de los grandes, de la misma forma que quiere salvar al último de Israel; a ustedes más que al ínfimo de Israel, más que al niño que todavía no sabe lo que es el odio y el amor. Porque ustedes tienen más necesidad de ser salvados que los ignorantes y los niños, porque saben, y pecan sabiendo. ¿Tu conciencia de hombre, si las despojas de las ideas que en ella han metido, si la depuras de los venenos que te hacen delirar, te puede decir que Él es culpable? ¡Dilo! Sé sincero. ¿Acaso lo has visto un solo día faltar contra la Ley, o aconsejar que se falte contra ella? ¿Lo has visto pendenciero, ávido, lujurioso, calumniador, duro de corazón? ¡Habla! ¿Lo has visto, acaso, irrespetuoso para con el Sanedrín? Vive como un proscrito por obedecer al veredicto del Sanedrín. Podría lanzar un grito y toda Palestina lo seguiría para marchar contra los pocos que lo odian, y, sin embargo, aconseja a sus discípulos paz y perdón. Podría, de la misma manera que da vida a los muertos, vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos, oído a los sordos, liberación a los endemoniados, porque ni el Cielo ni el Infierno son insensibles a su voluntad, podría fulminarlos con el rayo divino y liberarse así de sus enemigos. Y, sin embargo, ruega por ustedes y les cura a sus parientes, les cura el corazón, les da pan, ropas, fuego. Porque Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo, Aquel que tú buscas para recibir la recompensa prometida a quien lo entregue al Sanedrín y ganarte los honores de liberador de Israel. Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo. Aquí me tienes. Préndeme, pues. Como Maestro y como Hijo de Dios te libero y te absuelvo de la obligación y del pecado de no alzar o de haber alzado la mano contra quien te ha favorecido.

Jesús se ha levantado quitándose de la cabeza el manto, y extiende las manos como para ser capturado, atado. Pero con su altura- y, habiéndose quedado sólo con la túnica interna, corta y ceñida, con el manto oscuro colgándole de los hombros, y bien erguido, parece incluso más esbelto- con sus ojos clavados en el rostro de su perseguidor, el reflejo móvil de las llamas que le encienden puntos luminosos en sus cabellos sueltos y hacen brillar sus grandes pupilas dentro del círculo azul de los iris, y con esa majestad suya y lealtad sin miedo, infunde más respeto que si estuviera rodeado de un ejército que lo defendiera.

El hombre está como hechizado... paralizado de asombro. Sólo al cabo de un rato logra susurrar:

-¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

Parece como si no supiera decir nada más. Jesús insiste:

-¡Captúrame, pues! Quita esa inútil cuerda extendida para sostener una túnica sucia y desgarrada, y ata mis manos. Te seguiré como un cordero sigue al matarife. Y no te voy a odiar porque me lleves a la muerte. Ya te lo he dicho. Es el fin el que justifica la acción y transforma su naturaleza. Para ti Yo soy la ruina de Israel y tú crees salvar a Israel matándome. Para ti Yo soy el responsable de todo delito, y, por tanto, sirves a la justicia eliminando a un malhechor. No eres, pues, más culpable que

el verdugo que ejecuta una orden recibida. ¿Quieres inmolarme aquí en el sitio? Ahí, a mis pies, está el cuchillo con el que te he rebanado la comida. Cógelo. Puede transformarse, de hoja que ha servido para el amor a mi prójimo, en cuchillo de sacrificador. Mi carne no es más dura que la carne de cordero asado que mi amigo me había dejado para que saciara mi hambre y que Yo te he dado a ti, enemigo Mío, para saciar tu hambre. Pero tienes miedo de las patrullas romanas, que arrestan al que ata a un inocente y que no permiten que nosotros administremos la justicia porque nosotros somos los súbditos y ellos los dominadores. Por eso no te atreves a matarme y luego ir a donde los que te han enviado, con el Cordero degollado cargado sobre tus hombros cual mercancía que hace ganar dinero. Bueno, pues deja aquí mi cadáver y ve a advertir a tus amos. Porque tú tanto has renunciado a esa soberana libertad de pensamiento y voluntad que el propio Dios deja a los hombres, que no eres un discípulo, sino un esclavo. Y sirves, rendidamente sirves, a tus amos; hasta llegar al delito, los sirves. Pero no eres culpable. Estás envenenado. Tú eres esa alma envenenada que Yo esperaba. ¡Ánimo, pues! La noche y el lugar son propicios para el delito. ¡Mejor dicho: para la redención de Israel! ¡Oh, pobre niño! ¡Dices palabras proféticas sin saberlo! Verdaderamente mi muerte significará Redención, y no de Israel solamente, sino de toda la Humanidad. Y Yo he venido para ser inmolado. Ardo en deseos de serlo para ser Salvador. De todos. Tú, saforim del docto Jonatán ben Uziel, ciertamente conoces Isaías (Isaías 52, 13-15; 53, 1-12). Pues mira, tienes delante de ti al Varón de Dolores. Y si no lo parezco, si no parezco a Aquel que visto también por David (Salmo 22), con los huesos descubiertos y dislocados, si no soy como el leproso visto por Isaías, es porque no ven mi corazón. Soy todo una llaga. El desamor y el odio de ustedes, su dureza e injusticia me han llagado y quebrantado por entero. ¿Y no tenía escondido mi rostro mientras me vejabas por ser lo que realmente soy: el Verbo de Dios, el Cristo? ¡Pero soy el hombre avezado a padecer! ¿Y no me juzgan como hombre castigado por Dios? ¿Y no me sacrifico porque quiero hacerlo para, con mi sacrificio, devolverles la salud? ¡Ánimo! ¡Descarga tu mano! Mira: no tengo miedo y tú tampoco debes tenerlo: Yo porque soy el Inocente y no temo el juicio de Dios; Yo porque ofreciendo mi cuello para tu cuchillo, hago que se cumpla la voluntad de Dios; anticipando un poco mi hora para bien de ustedes. También cuando nací anticipé la hora por amor a ustedes, para darles la paz antes de su tiempo. Pero ustedes, de esta ansia mía de amor, hacen arma para negar... ¡No temas! No invoco para ti el castigo de Caín ni los rayos divinos. Oro por ti. Te amo. Nada más. ¿Soy demasiado alto para tu mano de hombre? ¡Así es! ¡Es verdad! El hombre no podría asestar golpe alguno contra Dios si Dios no se pusiera voluntariamente en las manos del hombre. Pues bien, Yo me arrodillo ante ti. El Hijo del hombre está delante de ti, a tus pies. ¡Descarga el golpe, pues!

Y Jesús, efectivamente, se arrodilla y ofrece a su perseguidor el cuchillo sujetándolo por la hoja. El hombre retrocede susurrando:

-¡No! ¡No!

-¡Ánimo! Un momento de valor... ¡y serás más célebre que Yael y Judit! Mira, oro por ti. Lo dice Isaías: "... y oró por los pecadores". ¿No vienes todavía? ¿Por qué te alejas? ¡Ah! ¿Es porque temes no ver cómo muere un Dios? Pues mira, voy ahí, al lado del fuego. El fuego no falta nunca en los sacrificios. Forma parte de ellos. Mira, ahora me ves bien.

Se ha arrodillado cerca del fuego.

-¡No me mires! ¡No me mires! ¡Oh! ¿A dónde huyo para no ver tu mirada? – grita el hombre.

-¿A quién? ¿A quién quieres no ver?

-A Ti... y tampoco mi delito. ¡Verdaderamente mi pecado está frente a mí! ¿A dónde, a dónde huir?

El hombre está aterrorizado...

-¡A mi corazón, hijo! Aquí, en estos brazos cesan las pesadillas y los miedos. Aquí hay paz. ¡Ven! ¡Ven! ¡Hazme feliz!

Jesús se ha levantado y ahora alarga los brazos. El fuego los separa. Jesús centellea con el reflejo de las llamas. El hombre cae de rodillas, se cubre el rostro y grita:

-¡Piedad de mí, oh Dios! ¡Piedad de mí! ¡Borra mi pecado! ¡Quería matar a tu Cristo! ¡Piedad! ¡Ah, no puede haber piedad para un delito de esta naturaleza! ¡Estoy condenado!

Llora rostro en tierra, convulso por los sollozos, y gime:

-¡Piedad! – e impreca: ¡Malditos!

Jesús da la vuelta a la llama y va donde él; se agacha, le toca en la cabeza, le dice:

-No maldigas a los que te pervirtieron. Te han procurado el mayor de los bienes: el que Yo te hablara, así, y te tuviera así, entre mis brazos.

Lo ha tomado de los hombros y lo ha levantado. Se ha sentado en el suelo y lo ha acercado a su corazón. El hombre se relaja sobre las rodillas de Jesús, con un llanto menos delirante. Pero ¡qué llanto tan purificador! Jesús acaricia su cabeza morena mientras lo deja calmarse.

El hombre, al fin, alza la cabeza y, cambiada su cara, gime:

-¡Tu perdón!

Jesús se inclina y lo besa en la frente. El hombre le echa los brazos al cuello y, reclinada su cabeza sobre el hombro de Jesús, llora y narra, quisiera narrar, cómo lo habían convencido a que cometiera el delito. Pero Jesús no deja que lo haga, diciéndole:

-¡Calla! ¡Calla! No ignoro nada. Cuando has entrado te he conocido, respecto a lo que eras y a lo que querías hacer. Habría podido alejarme de allí y evitarte. Me he quedado allí para salvarte. Salvado estás. El pasado ha muerto. No lo evoques ya.

-Pero... ¿te fías así? ¿Y si pecara de nuevo?

-No, no pecarás de nuevo. Lo sé. Tú estás curado.

-Sí, estoy curado, pero son muy astutos; no me mandes otra vez con ellos.

-¿Y a dónde vas a ir que ellos no estén?

-Contigo, a Efraím. Si ves lo que hay en mi corazón, verás que no estoy tendiendo una trampa, sino que sólo hay una súplica de ser protegido.

-Lo sé. Ven. Pero te advierto que allí está Judas de Keriot, que está vendido al Sanedrín y es un traidor del Cristo.

-¡Divina misericordia! ¿También sabes eso? – el estupor alcanza su punto máximo.

-Sé todo. Él cree que Yo no lo sé. Pero sé todo. Y sé también que tú estás tan convertido, que no hablarás a Judas ni a ningún otro de esto. Pero piensa que si Judas sabe traicionar a su Maestro, ¿qué no habrá de hacer en perjuicio tuyo?

El hombre piensa durante un largo rato. Luego dice:

-¡No importa! Si no me rechazas, me quedo Contigo; al menos, durante un tiempo, hasta la Pascua, hasta que vuelvas a reunirse con tus discípulos. Yo me uniré a ellos. ¡Oh, si es verdad que me has perdonado, no me rechaces!

-No te rechazo. Ahora vamos allá. Esperaremos sobre esas hojas a que llegue la mañana. Al amanecer iremos a Efraím. Diremos que el azar nos ha unido y que vienes con nosotros. Es la verdad.

-Sí, es la verdad. Al amanecer estará seca mi ropa y te devolveré tu túnica...

-No. Deja ahí esa ropa. Son un símbolo: el hombre que se despoja de su pasado y viste el nuevo uniforme. La madre de Samuel, el antiguo, cantó jubilosa (1Samuel 2,6): “El Señor da la muerte y la vida, conduce a la morada de los muertos y de ella hace regresar”. Tú has muerto y has renacido. Vienes de la morada de los muertos a la verdadera Vida. Deja la indumentaria que ha estado en contacto con los sepulcros llenos de inmundicia. ¡Y vive! Vive para tu verdadera gloria: servir a Dios con justicia, poseerle eternamente.

Se sientan en la concavidad de la roca, donde están amontonadas las hojas, y pronto el silencio desciende. Porque el hombre, cansado, se duerme con la cabeza relajada sobre el hombro de Jesús, que sigue orando.

.....
Y en una hermosa mañana de primavera llegan frente a la casa de María de Jacob, por el sendero del río, que está poniéndose otra vez cristalino después del aguacero, y canta más fuerte por el mayor nivel del agua, y brilla bajo el Sol, enmarcado entre las luminosas orillas todavía brillantes de lluvia.

Pedro, que está en la puerta, da un grito y corre al encuentro de ellos. Se abalanza sobre Jesús – el cual está bien arropado en su manto- y lo abraza. Dice:

-¡Oh, Maestro mío bendito! ¡Qué triste sábado me has hecho pasar! No me decidía a marcharme sin haberte visto antes. ¡Si me hubiera marchado con la incertidumbre en el corazón y sin tu despedida, habría estado toda la semana atolondrado (*aturdido*)!

Jesús lo besa sin liberarse del manto. Pedro está tan atento a contemplar a su Maestro, que no advierte la presencia del extraño que le acompaña. Pero, entretanto, también los demás han llegado, y Judas de Keriot exclama:

-¡Tú, Samuel!

-Yo. El Reino de Dios está abierto a todos en Israel. He entrado en él – responde seguro el hombre. Judas se ríe extrañamente, pero no replica.

La atención de todos converge hacia el nuevo que ha venido. Pedro pregunta:

-¿Quién es?

-Un nuevo discípulo. El azar ha hecho que nos encontráramos. O sea, Dios ha hecho que nos encontráramos, y, como persona enviada a Mí por el Padre mío, lo he acogido, y lo mismo le digo a ustedes: acójalo. Y, dado que hay gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos, dejen las bolsas y los mantos, y vamos a estar juntos hasta mañana. Ahora déjame, Simón, porque le he dado mi túnica y, estando aquí parado, el aire de la mañana muerde mis carnes.

-¡Ya decía yo! ¡De esa manera, Maestro, vas a enfermar!

-Yo no quería, pero Él quiso – se disculpa el hombre.

-Sí. Le había pillado una avalancha y se había salvado por su voluntad. Y, para que nada de ese penoso momento perdurase en él, y viniera a nosotros sin suciedades, le he dicho que dejara donde nos hemos encontrado su túnica desgarrada y sucia, y lo he vestido con la mía – dice Jesús, y mira a Judas de Keriot, el cual repite su risita extraña de antes, la misma también de cuando Jesús ha dicho que se hace una gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos. Luego entra en casa sin demora para irse a vestir.

Los otros se acercan al nuevo y le dan el saludo de la paz.

562

Habladurías en Nazaret

En la plaza de Nazaret, el vecino y amigo desde la infancia de María y de sus padres Ana y Joaquín, Alfeo de Sara, dice a la gente reunida:

-Y yo les digo que son todos unos necios si creen ciertas cosas. Necios y más ignorantes que los carneros llanos, que, al estar mutilados, ni siquiera conocen las reglas del instinto. Van por las ciudades una serie de hombres calificando de maldito al Maestro; y otros llevando órdenes que no pueden, ino pueden, por el Dios verdadero!, no pueden venir de Él. Ustedes no lo conocen. Yo lo conozco. ¡Y no puedo creer que haya cambiado de esa forma! ¡Pues que vayan! ¿Ustedes dicen que son discípulos suyos? ¿Pero quién los ha visto alguna vez con Él? ¿Dicen que una serie de rabíes y fariseos han dicho sus pecados? ¿Pero quién ha visto sus pecados? ¿Le han oído hablar alguna vez de cosas obscenas? ¿Le han visto alguna vez en pecado? ¿Entonces? ¿Cómo piensan que, si fuera pecador, Dios le movería a hacer esas obras tan grandes? Necios, necios les digo, torpes, ignorantes como patanes que ven por primera vez a un histrión (*actor*) en un mercado y creen verdadero lo que el histrión finge. Así son ustedes. Observen si los sabios y los que tienen inteligencia abierta se dejan seducir por las palabras de los falsos discípulos, que son los verdaderos enemigos del Inocente, de nuestro Jesús ial que ustedes no son dignos de tener por hijo!

Observen si Juana de Cusa - ioye, que digo la mujer del administrador de Herodes! – la princesa Juana, se aleja de María. Observen si... ¿Hago bien en decirlo?... Sí, hago bien, porque no hablo por hablar, sino para convencerlos a todos... ¿Han visto, la pasada Luna, ese carro tan bonito que vino al pueblo y fue a pararse delante de la casa de María? ¿Saben ya? Ése que tenía un toldo tan bonito como una casa. Bueno, pues ¿saben quién venía en el carro? ¿Saben quién bajó del carro para ir a postrarse ante María? Lázaro de Teófilo, Lázaro de Betania. ¿Se dan cuenta? ¡El hijo del primer magistrado de Siria, el noble Teófilo, casado con Euqueria de la tribu de Judá y de la familia de David! El gran amigo de Jesús. El hombre más rico e instruido de Israel, respecto a nuestras historias y a las de todo el mundo. El amigo de los romanos. El benefactor de todos los pobres. En fin, el resucitado de la muerte después de cuatro días de estar en el sepulcro. ¿Ha abandonado él, acaso, a Jesús por creer lo que dice el Sanedrín? ¿Ustedes dicen que es porque Él lo ha resucitado? No. Es porque sabe quién es el Cristo que es Jesús. ¿Y saben qué vino a decir a María? Que estuviera preparada porque él la iba a acompañar a Judea. ¿Se dan cuenta? ¡Él, Lázaro, como si fuera el siervo de María! Yo sé esto porque estaba allí cuando entró y la saludó arrodillándose en el suelo, sobre las pobres losas de la pequeña habitación, él, vestido como Salomón, acostumbrado a las alfombras, ahí, en el suelo, besando el extremo de la túnica de la Mujer nuestra y saludándola: “Te saludo, María, Madre de mi Señor. Yo, tu siervo, el último de los siervos de tu Hijo, vengo a hablarte de Él y a ponerme a tus órdenes”. ¿Comprenden? Yo... me conmoví tanto... que cuando me saludó también a mí llamandome “hermano en el Señor” ya no supe decir ni una palabra. Pero Lázaro comprendió, porque es inteligente. Y durmió en el lecho de José, mandando adelante a los sirvientes a esperarlo en Seforí. Porque iba a sus tierras de Antioquía. Y dijo a las mujeres que estuvieran preparadas porque para final de esta Luna pasará a recogerlas para evitarles la fatiga del viaje. Y Juana se unirá a la caravana con su carro para llevar a las discípulas de Cafarnaúm y Betsaida. ¿Todo esto no les dice nada?

Por fin el buen Alfeo de Sara toma respiro en medio del remolino de gente que hay en medio de la plaza. Y Aser e Ismael, y también los dos primos de Jesús, Simón y José –más abiertamente Simón más reticente José- le ayudan aprobando lo que ha dicho. José dice:

-Jesús no es bastardo. Si tiene necesidad de hacer saber algo, tiene aquí parientes dispuestos a hacerse embajadores suyos. Y tiene discípulos fieles y poderosos, como Lázaro. Lázaro no ha hablado éso que dicen otros.

-Y nos tiene también a nosotros. Antes éramos burreros, pero ahora somos sus discípulos, y también servimos para decir: “Hagan esto o aquello” – dice Ismael.

-Pero la condena que cuelga de la puerta de la sinagoga la ha traído un enviado del Sanedrín y lleva el sello del Templo – objetan algunos.

-Eso es verdad. Pero ¿y qué? ¿Va a ser ésta la única cosa por la que nosotros- que tenemos fama en todo Israel de saber captar lo que realmente es el Sanedrín y, por tanto, somos despreciados como cosa poco buena – vamos a considerar sabio al Templo? ¿Es que no conocemos a los escribas y fariseos y a los jefes de los sacerdotes? – rebate Alfeo.

-Es verdad. Alfeo tiene razón. Yo he decidido bajar a Jerusalén para saber a través de verdaderos amigos cómo están las cosas. Y lo haré mañana mismo – dice José hijo de Alfeo (*Alfeo hermano de San José*).

-¿Y te vas a quedar allí?

-No. Regreso. Luego volveré a bajar para la Pascua. No puedo estar mucho tiempo lejos de casa. Es un esfuerzo que me impongo. Pero para mí es un deber hacerlo. Soy el cabeza de familia y sobre mí pesa la responsabilidad de la presencia de Jesús en Judea. Yo insistí en que fuera allá... El hombre yerra en sus juicios. Creía que fuera bien para Él. Sin embargo... ¡Que Dios me perdone! Y debo, al menos, seguir de cerca las consecuencias de mi consejo, para confortar a mi Hermano – dice José de Alfeo con su lento y grave modo de hablar.

-En otros tiempos no hablabas así. Es que tú también estás seducido por las amistades de los grandes. Tus ojos están llenos de brumas – dice un nazareno.

-No son las amistades de los grandes lo que me seduce, Eliaquim. Lo que me convence es la conducta de mi Hermano. Si me equivoqué y ahora cambio, muestro que soy un hombre justo. Porque errar es propio del hombre, pero ser obstinados lo es del animal.

-¿Y dices que vendrá Lázaro en persona? ¡Pues querríamos verlo! ¿Cómo es uno que regresa de la muerte? Estará como ofuscado, como asustado. ¿Qué dice de su permanencia entre los muertos? – preguntan muchos a Alfeo de Sara.

-Está como yo y ustedes. Alegre, con vitalidad, tranquilo. No habla del otro mundo. Como si no recordara. Pero sí recuerda su agonía.

-¿Por qué no nos has avisado de que estaba en el pueblo?

-¡Ya, claro! ¡Para que hubieran invadido la casa! Me retiré también yo. Se requiere un poco de delicadeza, ¿no?!

-Pero, cuando vuelva, ¿no será posible verlo? Avísanos. Está claro que serás como siempre el guardián de la casa de María.

-¡Claro! Tengo la gracia de estar cerca de Ella. Pero no voy a avisar a nadie. Arréglenselas ustedes. El carro se ve, y Nazaret no es Antioquía, ni tampoco Jerusalén como para que pase desapercibida una mole tan grande. Monten guardia y... arréglense ustedes. De todas formas, esto es una cosa vana. Más bien, hagan que al menos su ciudad no tenga fama de necia por creer en las palabras de los enemigos de nuestro Jesús. ¡No crean, no crean!; ni a quien dice que es un Satanás, ni a quien los anima a rebelarse en su Nombre. Un día sentirían el remordimiento. Y si luego el resto de Galilea cae en la trampa y cree en lo que no es verdad, pues peor para ella. Adiós. Me marcho porque cae la tarde...

Y se marcha, contento de haber defendido a Jesús.

Los otros se quedan discutiendo entre sí. Pero, aunque estén divididos en dos campos y el más numeroso sea, por desgracia, el de los crédulos, acaba imponiéndose la idea propuesta por los pocos amigos de Cristo, que es la de esperar, a agitarse y a acoger calumnias o invitaciones a la rebelión, a que lo hagan las otras ciudades galileas, que –dice Aser, el discípulo- “más astutas que Nazaret, por ahora se ríen en la cara de los falsos enviados”.

563

Falsos discípulos en Siquem. Curación en Efraím del esclavo mudo de Claudia Prócula.

La plaza principal de Siquem. En ella pone una nota de primavera las ramas y hojas nuevas de los árboles, que en doble fila a lo largo del cuadrado de las paredes de las casas bordean aquella formando como una galería. El Sol juega con las hojas tiernas de los plátanos, dibujando un bordado de luces y sombras en el terreno. El pilón que hay en el centro de la plaza es una superficie de plata bajo el Sol. Gente conversando en grupos acá o allá y hablando de sus negocios.

Algunos –dan la impresión de ser forasteros porque todos se preguntan quiénes son- han entrado en la plaza. Observan y se acercan al primer grupo que se encuentran. Saludan. Los saludan con asombro. Pero, cuando dicen: “Somos discípulos del Maestro de Nazaret”, toda desconfianza desaparece, y hay quien va a avisar a los otros grupos, mientras que los que se han quedado dicen:

-¿Los manda Él?

-Él. En una misión muy secreta. El Rabí corre grave peligro. Ya nadie lo aprecia en Israel, y Él, que es tan bueno, dice que al menos ustedes sigan siéndole fieles.

-¡Pero si es lo que queremos! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué quiere de nosotros?

-¡Bueno, Él sólo quiere amor! Porque se fía demasiado de la protección de Dios. ¡Y con lo que se dice en Israel! ¿No saben que se le acusa de satanismo e insurrección? ¿Saben lo que significa esto? Represalias de los romanos contra todos. ¡Nosotros que ya somos tan infelices, vamos a sufrir aún más atropellos! Y represalias de condena por parte de los santos de nuestro Templo. Ciertamente que los romanos... incluso por el bien de ustedes deberían rebelarse, convencerlo de que se defienda, defenderlo, ponerlo casi, y sin el casi, en la imposibilidad de que lo capturen y cause un mal sin querer hacerlo. Convencerlo de que se retire al Garizim. Donde está ahora, está todavía demasiado expuesto, y no aquietan las iras del Sanedrín ni las sospechas de los romanos. ¡El Garizim sí que tiene el derecho de asilo! Es inútil decírselo a Él. Si se lo dijéramos, nos maldeciría por aconsejarle la cobardía. Pero no es así. Es amor. Lo nuestro es prudencia. Nosotros no podemos hablar. ¡Pero ustedes! Los ama. Ha preferido ya su región a las otras. Organícense, pues, para recibirlo. Porque, al menos, sabrán con precisión si los ama o no. Si rechazara su ayuda, sería signo de que no los ama, y entonces bien estaría que se marchara a otro lugar. Porque, han de creerlo –y lo decimos con dolor porque lo amamos– su presencia es un peligro para quien le da alojamiento. Aunque es cierto que ustedes son mejores que todos los demás y no miran los peligros. De todas formas, es justo que si arriesgan las represalias romanas, pues que, al menos, lo hagan por correspondencia de amor. Nosotros los aconsejamos por el bien de todos.

-Es como ustedes dicen. Y haremos lo que dicen. Iremos donde Él...

-¡Sean cautos! ¡Que no se dé cuenta de que se los hemos sugerido nosotros!

-¡No teman! ¡No teman! Lo haremos bien. ¡Seguro! Dejaremos claro que los despreciados samaritanos valen como cien, como mil judíos y galileos para defender al Cristo. Vengan. Entren en nuestras casas, ustedes, emisarios del Señor. ¡Será como si entrara Él! ¡Hace mucho que Samaria espera el amor de los siervos de Dios!

Se alejan llevando en medio, como en triunfo, a estos que creo no equivocarme si los defino como emisarios del Sanedrín. Y dicen:

-Ya vemos que nos ama, porque en pocos días es el segundo grupo de discípulos que nos envía. Y hemos hecho bien en tratar con amor a los primeros, ¡y también mostrándonos tan buenos con Él en orden a los hijitos de esa mujer nuestra muerta! Él ya nos conoce...

Se alejan contentos.

(En Efraím)

Toda Efraím se echa a la calle para ver el insólito hecho de un cortejo de carros romanos cruzándola. Son muchos carros y literas cubiertas, flanqueadas por esclavos, precedidas y seguidas por legionarios. La gente intercambia gestos significativos y susurra. El cortejo, llegado al camino que se desvía hacia Betel y Ramá, se separa en dos partes. Se quedan parados un carro y una litera con una escolta de soldados; el resto prosigue.

Las cortinas de la litera se descorren un instante y una mano adornada con gemas, blanca, de mujer, hace una señal al jefe de los esclavos para que se acerque. El hombre obedece sin decir nada. Escucha. Se acerca a un grupo de mujeres curiosas. Pregunta:

-¿Dónde está el Rabí de Nazaret?

-En aquella casa. Pero a esta hora normalmente está en el río. Allí hay una pequeña isla. Hacia aquellos sauces. Donde está aquel álamo. Allí pasa orando días enteros.

El hombre vuelve y refiere. La litera se pone de nuevo en movimiento. El carro permanece donde está. Los soldados siguen a la litera hasta las orillas del río y cortan el camino. Sólo la litera va, bordeando el curso del agua, hasta la altura de la isla, la cual, avanzando la estación climática, se ha poblado mucho de vegetación: es ahora una espesura impenetrable dominada por el tronco y la copa plateada del álamo. Una orden y la litera cruza el pequeño curso de agua, entrando en ella los portadores, que llevan vestimentas cortas. Baja Claudia Prócula (*esposa de Poncio Pilato*) con una liberta y Claudia hace a un esclavo negro de la escolta de la litera una señal de seguirla. Los otros vuelven a la orilla.

Claudia, seguida por los dos, se adentra en la corta isleta, en dirección hacia el álamo que destaca en el centro. Las altas hierbas ahogan el ruido de los pasos. Llega casi al lugar donde está Jesús, absorto, sentado al pie del árbol. Lo llama mientras avanza ella sola; simultáneamente, con gesto imperioso, clava en el lugar en que estaban a los dos fieles que la acompañan.

Jesús alza la cabeza y, al ver a la mujer, se pone en pie enseguida. La saluda, pero permaneciendo erguido contra el tronco del álamo; no muestra ni asombro, ni molestia o enojo por la intrusión.

Claudia, después del saludo, va al grano sin rodeos:

-Maestro, han venido a mí, mejor dicho: a Poncio, algunos... Yo no hago largos discursos. Pero, dado que te admiro, te digo, como habría dicho a Sócrates si hubiera vivido en sus días, o a cualquier otro hombre virtuoso perseguido injustamente: “yo no puedo mucho, pero lo que me sea

posible lo haré”. Y, entretanto, escribiré a donde pueda para otorgarte protección y también... poder. Viven entronizados, o en los puestos altos, muchos que no lo merecen...

-Dómina (*Dama*), no te he pedido ni honores ni protección. El verdadero Dios te premie tu pensamiento. Pero da tus honores y tus protecciones a quien los ambicione. Yo no tiendo a eso.

-¡Ah, esto es lo que quería! ¡Tú eres, entonces, verdaderamente el justo que yo presentía! ¡Y los otros, tus indignos calumniadores! Se han presentado a nosotros y...

-No hace falta que hables, dómina. Yo sé.

-¿Sabes también que se dice que por tus pecados has perdido todo poder y que por eso vives aquí segregado?

-También lo sé. Y sé que esta última cosa te ha resultado más fácil de creer que la primera. Porque tu mente pagana tiene capacidad de discernir el poder humano o la bajeza humana de un hombre; pero no puedes todavía comprender lo que es el poder del espíritu. Estás... desilusionada de tus dioses, que en sus religiones aparecen en continuas controversias y con un muy débil poder sujeto a fáciles interdicciones (*entredichos, indignos de crédito o aceptación*) por contraste de unos con otros. Y tienes la misma idea del Dios verdadero. Pero no es así. Como era cuando me viste la primera vez curar a un leproso, así soy ahora, y así seré cuando aparezca completamente destruido. ¿Ése es tu esclavo mudo, no es verdad?

-Sí, Maestro.

-Dile que se acerque.

Claudia lo llama y el hombre se acerca y se postra en tierra entre Jesús y su ama. Su pobre corazón de salvaje no sabe a quién venerar más. Tiene miedo de que, si venera más al Cristo que a su ama, ésta lo castigue. Pero, a pesar de todo, mirando primero suplicantemente a Claudia, repite el gesto llevado a cabo en Cesárea: toma el pie desnudo de Jesús entre sus gruesas manos negras y, arrojándose rostro en tierra, se pone el pie encima de la cabeza.

-Dómina, escucha. Según tú, ¿es más fácil conquistar solos un reino o hacer renacer una parte del cuerpo que ya no existe?

-Conquistar un reino, Maestro. La fortuna ayuda a los audaces. Pero nadie, o sea, sólo Tú, puede hacer renacer a un muerto y dar nuevos ojos a un ciego.

-¿Y por qué?

-Porque... Porque Dios puede hacer todo.

-¿Entonces para ti Yo soy Dios?

-Sí... o, al menos, Dios está contigo.

-¿Puede Dios estar con un malvado? Hablo del verdadero Dios, no de los ídolos de ustedes, que son delirios de quien busca aquello que siente que existe, sin saber lo que es, y se crea fantasmas para apagar el ansia de su alma.

-Yo diría que no. No. Diría que no. Nuestros mismos sacerdotes pierden el poder cuando caen en culpa.

-¿Qué poder?

-Pues... el de leer los signos del cielo y los oráculos de las víctimas, el vuelo y el canto de las aves. Ya sabes... los augures, los arúspices...

-Sé, sé. ¿Y entonces? Mira. Y tú alza la cabeza y abre la boca, oh hombre al que un cruel poder humano privó de un don de Dios. Y por voluntad del Dios verdadero, único, Creador de cuerpos perfectos, recibe lo que el hombre te quitó.

Ha metido su dedo blanco en la boca abierta del mudo. La liberta, curiosa, no sabe contenerse en su sitio y se acerca para mirar. Claudia está muy agachada observando. Jesús quita el dedo y grita:

-Habla, usa la parte renacida para alabar al Dios verdadero.

Y, imprevisto como toque de trompeta de un instrumento mudo hasta ese momento, gutural pero neto, responde un grito:

-¡Jesús!

Y el negro cae a tierra llorando su alegría, y lame, verdaderamente lame, los pies desnudos de Jesús, como podría hacer un perro agradecido.

-¿He perdido mi poder, dómina? A quienes insinúan esto, dales esta respuesta.

Y tú álzate y sé bueno, pensando en lo mucho que te he amado. Te he llevado en mi corazón desde el día de Cesárea. Y contigo a todos los que son como tú. Considerados mercancía, considerados menos que los animales, cuando en realidad son hombres, iguales que César en cuanto a la concepción y quizás mejores que él en cuanto a la voluntad del corazón...

Puedes retirarte, dómina. No hay más que decir.

-Sí que hay más. Lo que hay es que yo había dudado... Lo que hay es que yo, con dolor, casi creía en lo que se decía de Ti. Y no sólo yo. Perdónanos a todas, menos a Valeria, que siempre ha tenido un

único pensamiento; más aún, que cada vez progresa más en ese pensamiento. Y también otra cosa: que aceptes mi don: este hombre, que ahora que habla, ya no podría servirme, y mi dinero.

-No, ni lo uno ni lo otro.

-¡Entonces no me perdonas!

-Si perdono incluso a los de mi pueblo, doblemente culpables de no conocerme en lo que soy, ¿no iba a perdonarlos a ustedes, vacíos de toda cognición divina? Mira, he dicho que no aceptaba ni el dinero ni al hombre. Ahora tomo dinero y hombre, y con el dinero emancipo al hombre. Te devuelvo tu dinero porque compro a este hombre. Y lo compro para devolverlo a la libertad, para que vaya a sus tierras y diga que está en la Tierra Aquel que ama a todos los hombres, y que cuanto más infelices los ve más los ama. Ten tu bolsa.

-No, Maestro. Es tuya. El hombre es libre de todas formas. Es mío. Te lo he donado. Tú lo liberas. No es necesario dinero para eso.

-Bueno, pues... ¿Tienes un nombre? – pregunta al hombre.

-Lo llamábamos Calixto (bellísimo), por broma. Pero cuando fue tomado...

-No importa. Conserva ese nombre. Y hazlo verdadero haciéndote hermosísimo en tu espíritu. Ve. Sé feliz, porque Dios te ha salvado.

¡Marcharse! El negro no se cansa de besar y decir: “¡Jesús! ¡Jesús!”, y vuelve a ponerse el pie de Jesús en la cabeza, y dice:

-Tú. Mi único amo.

-Yo, tu verdadero Padre. Dómina, te encargarás de él para que vuelva a su tierra. Usa el dinero para eso. Y el resto que se le dé a él. Adiós, dómina. No acojas nunca las voces de las tinieblas. Sé justa. Y que sepas conocerme. Adiós, Calixto. Adiós, mujer.

Jesús pone fin a la conversación. Cruza de un solo salto el río, por la parte opuesta a donde está parada la litera, y se adentra en los matorrales, los sauces y las cañas.

Claudia llama a los portadores de la litera. Pensativa, sube a ella. Pero si Claudia calla, la liberta y el esclavo emancipado hablan por diez, y hasta los legionarios pierden su estatutaria disciplina ante el prodigio de una lengua renacida. Claudia está demasiado pensativa como para ordenar silencio. Semiechada en la litera, apoyado el codo en los almohadones, apoyada la cabeza en la mano, no oye nada. Está absorta. Ni siquiera se da cuenta de que la liberta no está con ella, sino que habla como una lora con los portadores mientras Calixto habla con los legionarios, los cuales, si bien mantienen las filas, no mantienen el silencio. ¡Demasiada emoción para hacerlo! Desandando el camino, llegan a la bifurcación para Betel y Ramá; la litera deja Efraím para reunirse con el resto del cortejo.

564

El hombre de Jabnia y el final de Hermasteo. Reprensión a los samaritanos que carecen de caridad

Deben haber pasado algunos días. Lo digo porque veo los cereales, que en las últimas visiones eran apenas un palmo de altos, después del último aguacero y el hermoso Sol consecutivo, están altos y anuncian la espiga. Un viento leve cimbrea estos cereales de tallos aún tiernos. Y la brisa juguetea con las frondas tiernas de los más precoces árboles frutales, que, apenas caída la flor, o mientras ésta revuela y cae, han abierto ya las hojitas de esmeralda clara, tiernas, brillantes, hermosas como todo lo que es virgen y nuevo. Más remolonas, las vides están aún desnudas y nudosas, pero en los retorcidos cordones de sus sarmientos, que se entrelazan unos con otros de uno a otro tronco de que brotaron, las yemas han roto ya la funda oscura que las contenía, y, aún cerradas, muestran ya el velo gris-plata que es el nido de las futuras pámpanas y de los nuevos zarcillos, y las leñosas y serpenteantes hileras de los viñedos parecen suavizarse con una gracia nueva.

El Sol, ya caliente, empieza su obra colorativa y destiladoras de vegetales y aromas y, mientras pinta de tonos más vivos lo que tan sólo ayer era más pálido, calienta y, por tanto, extrae de los terrones, de los prados en flor, de los campos de cereales, de las huertas y pomares, de los bosques, de las tapias, de la ropa tendida para secarse... los distintos matices de olores, para crear una única sinfonía que permanecerá durante todo el verano hasta apagarse en un violento tufo de mostos en las tinajas, donde las uvas pisadas se transforman en vino.

Un intenso canto de pájaros entre las ramas, un vehemente balar de carneros y machos cabríos entre los rebaños. Cantos de hombres en las laderas. Voces risueñas de niños. Sonrisas de mujeres. Es primavera. La naturaleza ama. Y el hombre goza del amor de esta naturaleza que mañana lo hará más rico. Y goza de sus amores, que se avivan en este despertar sereno. Y más amada le parece la esposa. Más protector parece el hombre a su consorte. Más amados a ambos, los hijos que, sonrisa y trabajo ahora, serán mañana, en la vejez, sonrisa aún y protección para los ancianos que declinan.

Jesús pasa por los campos, que suben y bajan siguiendo los desniveles del monte. Está solo. Vestido de lino, porque dio a Samuel su última túnica de lana. Pero lleva también un manto ligero, de un azul marino más bien vivo, echado sobre uno de los hombros y puesto, sin ceñirlo, en torno al

cuerpo, recogido luego con un brazo a la altura del pecho; el extremo echado sobre el brazo ondea levemente con el viento suave que barre el suelo. Pasa. Donde hay niños se inclina a acariciar sus cabecitas inocentes y a escuchar sus pequeñas confidencias, a admirar lo que, como si se tratara de un tesoro, corren a enseñarle.

Una niña, tan pequeña que todavía tropieza al correr, y que se enreda en la tunicita, demasiado larga para ella, heredada quizás del hermanito que la precedió en el nacimiento, llega – toda ella una sonrisa que le enciende los ojos y le descubre los diminutos incisivos entre los labiecitos rosados-con un ramo de margaritas, un grueso ramo sujeto con las dos manos-grueso cuanto pueden llevar esas manitos tan tiernas y menudas- y alza su trofeo diciendo:

-¡Toma! Es tuyo. A mamá después. ¡Un beso, aquí!- y da palmas delante de la boca con las manitos ya liberadas de su ramito, que Jesús ha tomado con palabras de admiración y agradecimiento; y está con la cabeza vuelta hacia arriba, puesta de puntillas sobre sus piecitos descalzos, hasta casi perder el equilibrio en el vano intento de alargar su minúsculo cuerpecito hasta la cara de Jesús, que ríe y la toma en brazos, y que ahora va, con ella acurrucada allá arriba como un pajarito en un alto árbol hacia un grupo de mujeres que sumergen telas nuevas en las cristalinas aguas de un río para tenderlas luego al Sol a blanquearse.

Las mujeres, agachadas hacia el agua, se levantan y saludan. Una dice sonriendo:

-Tamar te ha incomodado... Pero llevaba cogiendo flores desde el amanecer con la secreta esperanza de verte pasar. Y no me ha dado ni siquiera una, porque antes quería dártelas a Ti.

-Las aprecio más que a los tesoros de los reyes. Porque son inocentes como los niños y han sido ofrecidas por una inocente como las flores.

Besa a la niña, la pone en el suelo y se despide de ella:

-Descienda a ti la gracia del Señor.

Saluda a las mujeres y prosigue su camino, saludando a los agricultores o a los pastores que, desde los campos o los prados, lo saludan. Parece dirigirse hacia abajo, hacia el lado que lleva a Jericó. Pero luego vuelve atrás y toma otro sendero que sube de nuevo hacia los montes situados al norte de Efraím. Aquí el suelo, bien expuesto al aire y al Sol y al abrigo de los vientos del norte, tiene aún cereales más hermosos. El sendero, que va entre dos campos, presenta a un lado árboles frutales a distancias casi constantes, y los botones –parecen perlas- de los próximos frutos pueblan ya las ramas. Una calzada que baja del norte hacia el sur corta el sendero. Debe ser un camino bastante importante, porque en el punto de intersección hay uno de esos hitos usados por los romanos. Éste tiene escrito en la cara norte: “Neapoli” y debajo de este nombre (que está esculpido bien grande, con los caracteres lapidarios de los latinos, fuertes como ellos mismos), mucho más pequeño y apenas incidido en el granito: “Siquem”; en la cara occidental: “Silo-Jerusalén”; y en la orientada al sur: “Jericó”. En la cara oriental no hay ningún nombre.

Pero se podría decir que, si no hay nombre de ciudad, sí lo hay de desventura humana. Porque en el suelo, entre el hito y la excavación que bordea el camino (como en todas las calzadas mantenidas por los romanos, excavada para desagüe en tiempos de lluvias), hay un hombre, contraído, verdadero amasijo de andrajos y huesos, quizás muerto.

Jesús, cuando advierte su presencia entre las hierbas de la cuneta, exuberantes por las lluvias primaverales, se agacha hacia él, lo toca y lo llama:

-Hombre, ¿qué te sucede?

Un gemido es la respuesta. Pero el amasijo se mueve, se desenvuelve, y un rostro caquéctico (*extremadamente desnutrido*), de un color de muerte, aparece; y dos ojos cansados, dolientes, lánguidos miran estupefactos a Aquel que está inclinado sobre su miseria. Trata de sentarse apoyando en el suelo las manos esqueléticas; pero está tan débil, que sin la ayuda de Jesús no podría.

Jesús le ayuda y le apoya la espalda contra el poste. Le pregunta:

-¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?

-Sí.

Un sí debilísimo.

-¿Cómo te has puesto en viaje tú solo, en este estado? ¿No tienes a nadie?

El hombre hace un gesto afirmativo. Pero está demasiado débil como para responder.

Jesús mira a su alrededor. No hay nadie en los campos. Es un lugar del todo desierto. Al norte, casi en la cima de una colina, un montoncito de casas; al oeste, sobre el verdor de la ladera, que, subiendo otras elevaciones se va transformando de campos en prados y bosques, unos pastores con un rebaño de inquietas cabras.

Jesús baja otra vez los ojos hacia el hombre. Pregunta:

-¿Si te sujetara, crees que podrías ir a aquel pueblo?

El hombre mueve la cabeza y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, tan ajadas que son rugosas como por ancianidad, cuando en realidad su barba de azabache demuestra que es joven todavía. Reúne las fuerzas para decir:

-Me han echado... Miedo de la lepra... No estoy... Y muero... de hambre.

Jadea por debilidad. Se mete un dedo en la boca y extrae una masa informe y verdosa:

-Mira... he masticado trigo... pero es hierba todavía.

-Voy donde aquel pastor. Te voy a traer leche tibia. Vuelvo enseguida.

Y, casi corriendo, se dirige hacia el rebaño, a unos doscientos metros más arriba respecto a la calzada. Llega donde ese pastor, lo mira, señala hacia el hombre. El pastor se vuelve y mira. Parece dudar respecto a si acceder o no a la petición de Jesús. Luego se decide. Coge de su cinturón la taza de madera que lleva colgada, como todos los pastores, y ordeña a una cabra. Da a Jesús la taza, llena. Y Jesús baja cuidadosamente la ladera, seguido por un niño que estaba con el pastor.

Ya está de nuevo junto al hambriento. Se arrodilla a su lado, le pasa un brazo por detrás de los hombros para sujetarlo y le acerca la taza, con la leche todavía espumosa, a los labios. Le da de beber en pequeñas dosis. Luego pone la taza en el suelo y dice:

-Por ahora así. Todo de una vez te haría daño. Deja que tu estómago se reanime absorbiendo lo que te he dado.

El hombre no protesta. Cierra los ojos y calla, observado por el niño con gran asombro. Pasado un rato, Jesús ofrece de nuevo la taza para un sorbo más largo, y esto lo repite, con pausas cada vez más breves, hasta que la leche se termina. Devuelve la taza al niño y se despide de él. El hombre se reanima lentamente. Trata, con movimientos todavía inseguros, de arreglarse un poco. Expresa una sonrisa de gratitud mirando a Jesús, que se ha sentado en la hierba a su lado. Se disculpa:

-Te estoy haciendo perder tiempo.

-¡No te aflijas! Nunca es tiempo perdido el usado en amar a los hermanos. Cuando estés mejor, hablaremos.

-Estoy mejor. Me vuelve el calor a los miembros, y la vista... Creía que iba a morir aquí... ¡Pobres hijos míos! Había perdido toda esperanza... ¡Y hasta ahora había tenido mucha!... Si no hubieras venido Tú, me habría muerto... así... en un camino...

-Habría sido muy triste. Es verdad. Pero el Altísimo ha mirado a su hijo y lo ha socorrido. Descansa un poco.

El hombre obedece durante un rato. Luego abre de nuevo los ojos y dice:

-Me siento revivir. ¡Si pudiera ir a Efraím!

-¿Por qué? ¿Te espera allí alguien? ¿Eres de allí?

-No. Soy de los campos de Jabnia, cerca del mar Grande (*Mediterráneo*). Pero fui a Galilea, siguiendo la orilla, hasta Cesárea. Luego fui a Nazaret. Porque estoy enfermo aquí (se da unos golpecitos en el estómago). Es un mal que ninguno sabe curar y que no me deja trabajar la tierra. Soy viudo. Y con cinco hijos... Uno de nuestra zona, porque soy natural de Gaza, nacido de padre filisteo y madre sirofenicia, uno de los nuestros, que era seguidor del Rabí galileo, vino donde nosotros con otro, para hablar de este Rabí. Yo también escuché. Y cuando cogí esta enfermedad dije: "Soy siro y filisteo, inmundicia para Israel. Pero Hermasteo decía que el Rabí de Galilea tiene tanta bondad como poder. Yo lo creo. Voy donde Él". Así que, en cuanto mejoré el tiempo, dejé a mis hijos con la madre de mi mujer, recogí mis pocos ahorros, porque muchos ya los había consumido con la enfermedad, y fui a buscar al Rabí. Pero de viaje el dinero termina pronto, especialmente cuando no se puede comer de todo... y uno, cuando los dolores le impiden andar, tiene que alojarse en una posada. En Seforí vendí el burro, porque no tenía ya dinero para mí y para dar lo que debiera dar al Rabí. Pensaba que, una vez curado, podría comer de todo por el camino y volver pronto a casa. Y allí rehacerme con el trabajo en mis campos y en los de otros... Pero el Rabí no está en Nazaret, ni en Cafarnaúm. Me lo dijo su Madre. Me dijo: "Está en Judea. Búscalo en casa de Seforí en Beceta, o en el Getsemaní. Te sabrán decir dónde está". Volví sobre mis pasos, a pie. El mal progresaba... y el dinero disminuía. En Jerusalén, adonde me habían mandado, encontré a los hombres, pero no al Rabí. Me dijeron: "Hace mucho que lo han expulsado. El Sanedrín lo ha maldecido. Ha huído y no sabemos dónde está". Yo... me sentí morir... como hoy, más incluso que hoy. Fui por las ciudades y los campos, preguntando a todo el mundo. Ninguno sabía nada. Alguno se solidarizaba con mi llanto, muchos me golpearon. Un día que me había puesto a mendigar fuera de las murallas del Templo, oí a dos fariseos que decían: "Ahora que se sabe que Jesús de Nazaret está en Efraím...". No perdí tiempo Vine hasta aquí, débil como estaba, mendigando un pan, cada vez más andrajoso y con más aspecto de enfermo. Y, no conociendo bien estos lugares, me equivoqué de camino... Hoy vengo de allí, de aquel pueblo. Hacía dos días que sólo chupaba unos hinojos silvestres, masticaba raíces y trigo en verde. Me han creído leproso por mi palidez y me han echado a pedradas. Sólo pedía un pan y la indicación del camino a Efraím... Aquí me he caído... Pero

querría ir a Efraím. ¡Estoy ya tan cerca de la meta! ¿Pero va a ser posible que no la toque? Yo creo en el Rabí. No soy israelita. Pero tampoco Hermasteo lo era y Él lo amaba igualmente. ¡Pero es posible que el Dios de Israel asiente su mano sobre mí para vengarse de las culpas de quien me generó?

-El Dios verdadero es padre de los hombres. Justo, pero bueno. Premia a quien tiene fe y no hace pagar a los inocentes las culpas no propias. Pero ¿por qué has dicho que, cuando oíste que se desconocía el lugar de morada del Rabí te sentiste morir más que hoy?

-¡Hombre, porque dije: “Lo he perdido antes incluso de haberlo encontrado”!

-¡Ah, por tu salud!

-No. No sólo por mi salud, sino porque Hermasteo decía de Él cosas que me parecía que si yo lo hubiera conocido habría dejado de ser inmundicia.

-¿Entonces crees que es el Mesías?

-Lo creo. No sé bien qué es el Mesías, pero creo que el Rabí de Nazaret es el Hijo de Dios.

Jesús sonríe luminosamente mientras pregunta:

-¿Y estás seguro de que, si es eso que dices, te escucha favorablemente a ti, que eres incircunciso?

-Estoy seguro porque lo decía Hermasteo. Decía: “Él es el Salvador de todos. Para Él no hay hebreos o idólatras, sino sólo criaturas a quienes salvar, porque el Señor Dios lo ha enviado para esto”. Muchos se reían. Yo creí. Si puedo decirle: “Jesús, ten piedad de mí”, Él me concederá lo que le voy a pedir. ¡Si eres de Efraím, llévame a Él! Quizás Tú eres uno de sus discípulos...

Jesús sonríe cada vez más y aconseja:

-Pues prueba a pedirme a Mí que Yo te cure...

-Tú eres bueno, hombre. A tu lado hay mucha paz. Sí, eres bueno; como... como el propio Rabí. Y no dudo que te haya concedido el poder de hacer milagros. Porque, para ser tan bueno como eres, necesariamente tienes que ser discípulo suyo. A todos los que se me han manifestado como discípulos suyos, los he encontrado buenos. Pero no te ofendas si te digo que podrás, no digo que no, curar los cuerpos, pero no las almas. Y yo quisiera también la curación del alma, como fue el caso de Hermasteo. Hacerme justo... Y eso sólo puede hacerlo el Rabí. Yo, además de un enfermo, soy un pecador. No quiero curarme físicamente para luego morirme un día, con una muerte también del alma. Quiero vivir. Hermasteo decía que el Rabí es Vida del alma y que el alma que en Él cree vive para siempre en el reino de Dios. Llévame donde el Rabí. ¡Anda, hazme este favor! ¿Por qué sonríes? ¿Quizás porque piensas que soy audaz pretendiendo una curación sin poder dar un donativo? Mira, cuando esté curado podré seguir cultivando la tierra. Tengo unas frutas espléndidas. Que vaya el Rabí en el tiempo de la fruta madura y le pagaré con una hospitalidad todo lo larga que Él quiera.

-¿Quién te ha dicho que el Rabí quiera dinero? ¿Hermasteo?

-No. Al contrario, él decía que el Rabí tiene compasión de los pobres y a los pobres es a quien socorre antes. Pero eso es habitual en todos los médicos y... y, en fin, con todos.

-Con Él, no. Te lo aseguro. Y te digo que si sabes llevar tu fe hasta pedir aquí el milagro, y creerlo posible, lo tendrás.

-¿Dices la verdad?... ¿Estás seguro de eso? Bueno, claro, si eres un discípulo suyo, no puedes mentir ni errar. Y, aunque me duela no ver al Rabí... quiero obedecerte... Quizás Él, dado que le persiguen... no quiere ser visto... no se fía ya de nadie. Tiene razón. Pero no seremos nosotros los que lo hundamos. Serán los verdaderos hebreos.... Pero, bueno, yo digo aquí (se pone de rodillas con dificultad): “¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí!”

-Hágase en ti como tu fe merece – dice Jesús con su gesto de dominio sobre las enfermedades.

El hombre queda como deslumbrado, o sea, recibe como una luz súbita. Comprende –no sé si por una apertura del intelecto o si por una sensación física o si por las dos cosas- Quién es el que tiene delante, y emite un grito tan agudo, que el pastor, que había bajado hacia la calzada quizás para ver, acelera el paso. El hombre está echado en el suelo con el rostro entre la hierba. Y el pastor, señalándolo con el cayado, dice:

-¿Está muerto? ¡No basta la leche cuando uno está acabado! – y mueve la cabeza.

-¿Muerto? ¡Estoy curado! He resucitado. Él me ha hecho esto. Ya no siento ni desfallecimiento por hambre ni dolor por enfermedad. ¡Estoy como en los días de mi boda! ¡Oh, Jesús bendito! ¡¿Y cómo no te he reconocido antes?! ¡Tu piedad habría debido sugerirme tu nombre! ¡La paz que sentía a tu lado! He sido un necio. ¡Perdona a tu pobre siervo! – y se arroja de nuevo al suelo, adorando.

El pastor deja plantadas a sus cabras y se marcha corriendo, dando saltos, hacia el pueblito.

Jesús se sienta al lado del hombre que ha sido curado y dice:

-Me hablabas de Hermasteo como de un muerto. Por tanto, conoces su final. Sólo quiero una cosa de ti: que vengas Conmigo a Efraím; que narres su final a quien está Conmigo. Luego te mandaré a Jericó, donde una discípula, para que te ayude en el viaje de regreso.

-Si quieres, iré. De todas formas, ahora que estoy sano, no tengo miedo a morir por el camino. Hasta la hierba me puede nutrir, y no resulta vergonzoso extender la mano, porque he consumido mi dinero no en crápulas (*borracheras*) sino por un justo fin.

-Lo quiero. Le dirás que me has visto y que la espero aquí. Que ya puede venir. Nadie la molestará. ¿Sabrás decir esto?

-Sabré decirlo. Pero, ¿por qué te odian, siendo tan Bueno?

-Porque muchos hombres tienen dentro de sí un espíritu que los posee. Vamos.

Jesús se pone en camino hacia Efraím. El hombre lo sigue seguro. Sólo la gran delgadez queda como recuerdo de la enfermedad y de las penurias pasadas.

Entretanto, del pueblo bajan gesticulando y hablando alto muchas personas. Llamaban a Jesús. Le dicen que se pare. Jesús no les presta oídos; al contrario, acelera el paso. Y ellos... detrás...

De nuevo está en los alrededores de Efraím. Los cultivadores que se preparan ya para volver a sus casas, pues el ocaso empieza, saludan a Jesús, y miran al hombre que va con Él. Por un sendero aparece Judas de Keriot. Al ver al Maestro, se sobresalta por la sorpresa. Pero Jesús no se muestra sorprendido en lo absoluto. Lo único que hace es decirle al hombre:

-Éste es un discípulo mío. Háblale de Hermasteo.

-¡Bien, lo digo brevemente! Era incansable en predicar al Cristo, incluso después de que –así lo quiso– se separó de su compañero para quedarse con nosotros. Decía que nosotros tenemos más necesidad que todos los demás de conocerte, Rabí, y que él quería darte a conocer en su patria, y que regresaría a tu lado cuando en todos los pueblos, hasta en los más pequeños, hubiera predicado tu Nombre. Vivía como un penitente. Si alguna persona compasiva le daba un pan, la bendecía en tu nombre; si le tiraban piedras, se retiraba, pero bendiciéndolos también. Se nutría de fruta silvestre o de moluscos marinos que arrancaba de las rocas o sacaba de la arena. Muchos lo llamaban “loco”. Pero, en el fondo, ninguno lo odiaba. Al máximo, lo arrojaban de su presencia como a un signo de mal agüero. Un día lo encontraron muerto en el camino, muy cerca de la zona de donde yo, en el camino que entra en Judea, casi en el límite. Nunca se ha sabido la causa de su muerte. Pero se dice que lo mató uno que no quería que se predicara al Mesías. Tenía una herida grande en la cabeza. Se dijo que le había atropellado un caballo. Pero yo no lo creo. Extendido sobre el camino, sonreía. Sí, verdaderamente parecía sonreír a las últimas estrellas de la más serena noche de Elul (*Septiembre*) y a los primeros rayos de Sol de la mañana. Lo encontraron unos hortelanos que iban, con las primeras luces, a la ciudad con sus verduras, y cuando pasaron a retirar mis pepinos me lo dijeron. Fui corriendo a ver. Tenía una expresión muy serena.

-¿Has oído? – pregunta Jesús a Judas.

-He oído. ¿Pero Tú no le habías dicho que te serviría y que viviría una larga vida?

-No le dije eso exactamente. El tiempo transcurrido te empaña la mente. Pero ¿acaso no me ha servido evangelizando en lugares de misión?, ¿y acaso no tiene una vida larga? ¿Qué vida es más larga que la que conquista el que muere sirviendo a Dios? Larga y gloriosa.

Judas se ríe con esa risita extraña que tanto me molesta, y no replica.

Mientras tanto, los del pueblito se han unido a muchos de Efraím y hablan con ellos señalando hacia Jesús. Jesús ordena a Judas:

-Acompaña a este hombre a casa y ocúpate que se reponga del todo. Se marchará después del sábado, que ya comienza.

Judas obedece. Jesús se queda solo. Anda lentamente, inclinándose a observar tallitos de trigo que empiezan a tener un comienzo de espiga. Unos hombres de Efraím le preguntan:

-¿Bien hermoso este trigo, ¿no?

-Sí. Pero no es distinto del de otras regiones.

-Claro, Maestro. ¡Es trigo también! Por fuerza tiene que ser igual.

-¿Lo creen así? Entonces el trigo es mejor que los hombres. Porque basta con que sea sembrado con el arte conveniente para que dé el mismo fruto aquí, en Judea, en Galilea o, digamos, en las llanuras de las riberas del Mar Grande. Los hombres, sin embargo, no dan el mismo fruto. Y también la tierra es mejor que los hombres porque cuando se le confía una semilla es buena para ésta, sin hacer diferencias si es una semilla de Samaria o de Judea.

-Eso es así. ¿Pero por qué dices que la tierra y el trigo son mejores que los hombres?

-¿Qué por qué...? Hace poco, un hombre ha pedido por piedad un pan a las puertas de un pueblo. Y, creyendo la gente de ese lugar que era judío, ha sido rechazado; ha sido rechazado con piedras y con el grito de “leproso”, que él ha creído que se lo aplicaban a su delgadez, pero que en realidad lo decían por su procedencia. Y ese hombre ha estado a punto de morir de hambre en un camino. Por tanto la gente de ese pueblo, ésos de allí que los han mandado a preguntarme y que querrían acercarse a la casa donde estoy para ver al que ha sido curado milagrosamente, tienen menos bondad que el trigo y la tierra, pues han rechazado al hombre por ser de otra sangre. Ahora

quisieran venir para satisfacer su hambre de curiosidad, ellos, que no supieron satisfacer el hambre de un hombre desfallecido. Digan a esa gente que el Maestro no va a satisfacer esa curiosidad inútil. Y aprendan todos la gran ley del amor, sin el cual no podrán nunca ser mis seguidores. No es el amor por Mí. No es sólo eso lo que salvará sus almas, sino el amor a mi doctrina. Y mi doctrina enseña el amor fraterno sin distinciones de raza ni de patria. Márchense, pues, esos duros de corazón que han apenado mi Corazón y arrepíentanse si quieren que los ame. Porque –recuerden esto todos- si es verdad que soy Bueno, también lo es que soy Justo; si no hago distinciones y los amo como a los otros de Galilea y Judea, eso no debe producir en ustedes el estúpido orgullo de pensar que son los preferidos, ni debe darles licencia para hacer el mal sin temer mi censura. Yo alabo o censuro, como lo requiere la Justicia, a mis parientes y a los apóstoles, al igual que a cualquier otro ser humano; y en mi reproche hay amor, porque lo hago porque quiero la justicia en los corazones para poder, un día, conceder el premio a quien la haya practicado. Márchense y refieran esto. Y que la lección produzca fruto en todos.

Jesús se envuelve en el manto y se echa a andar raudo hacia Efraím dejando plantados a sus interlocutores, que se marchan, muy disgustados, a transmitir las palabras del Maestro a la gente del pueblito que no tuvo piedad.

565

Jesús conforta a Samuel, turbado por Judas de Keriot. Lecciones de las abejas y de la vela plegada por el torbellino.

Sigue estando Jesús. Va lentamente, solo y absorto, hacia la zona espesa del bosque que está al oeste de Efraím. Del río sube un frufrú de aguas, de los árboles descienden cantos de pájaros. La luz del Sol primaveral y vivo es dulce bajo la trabazón de las ramas; silencioso, el camino por la exuberante alfombra herbosa. Los rayos solares crean una móvil alfombra de aros y estrías dorados sobre el verdor de las hierbas, y alguna flor todavía rociada, alcanzada de lleno por un pequeño disco de luz y rodeada toda de sombra, resplandece como si sus pétalos fueran preciosas piedras.

Jesús sube, sube hacia el promontorio que sobresale como un balcón sobre el vacío subyacente; un balcón en que se alza una encina enorme, y del que cuelgan flexibles ramas silvestres o de rosal silvestre, hiedras y clemátides, que, no hallando sitio o apoyo en el lugar en que han nacido, demasiado angosto para su exuberante vitalidad, se vuelcan hacia el vacío como una melena desordenada y suelta, y extienden sus ramas esperando poder asirse a algo. Ya está Jesús a la altura de este promontorio. Se dirige hacia su punta más prominente, apartando la maraña de matas. Una bandada de pajarillos huye con aleteo y trino provocados por el miedo.

Jesús se para y observa al hombre que le ha precedido allí arriba y que, prono (*tendido boca abajo*) sobre la hierba, casi en el límite del promontorio, apoyados los codos sobre el suelo, la cara apoyada en las manos, mira al vacío, hacia Jerusalén. El hombre es Samuel, el ex discípulo de Jonatán ben Uziel. Está pensativo, suspira, menea la cabeza... Jesús mueve unas ramas para llamar su atención, y, habiendo visto que su intento ha sido en vano, coge una piedra que estaba entre la hierba y la echa a rodar hacia abajo por el sendero.

El ruido de esta piedra que al bajar choca una y otra vez hace reaccionar al joven, que se vuelve sorprendido y diciendo:

-¿Quién está aquí?

-Yo, Samuel. Me has precedido en uno de mis lugares preferidos para la oración – dice Jesús, saliendo de tras el robusto tronco de la encina asentada en el límite del senderito que conduce allí. Y lo hace como si hubiera llegado en ese momento.

-¡Oh, Maestro! Lo siento... Te dejo enseguida el sitio – dice, y se apresura a levantarse y a recoger el manto que se había quitado y extendido en el suelo.

-No. ¿Por qué? Hay sitio para los dos. ¡Es tan bonito este lugar! ¡Tan aislado y solitario y suspendido en el vacío, con tanta luz y tanto horizonte delante! ¿Por qué quieres dejarlo?

-Pues... para dejarte orar libremente...

-¿Y no podemos hacerlo juntos, o incluso meditar, hablando entre nosotros, elevando el espíritu en Dios... y olvidando a los hombres y sus faltas pensando en Dios nuestro Padre y Padre bueno de todos aquellos que lo buscan y aman con buena voluntad?

Samuel pone un gesto de sorpresa cuando Jesús dice “olvidar a los hombres y sus faltas”. Pero no replica. Se vuelve a sentar. Jesús se sienta a su lado, en la hierba. Le dice:

-Estáte aquí sentado. Estemos aquí juntos. Mira qué limpio está hoy el horizonte. Si tuviéramos ojos de águila, podríamos ver el blancor de los pueblos de las cimas de los montes que forman corona en torno a Jerusalén. Y, quién sabe, quizás veríamos un punto reluciente como una gema, en el aire, un punto que nos haría palpar el corazón; las cúpulas de oro de la Casa de Dios... Mira. Allí está Betel. Se ven albear las casas. Y allí, más allá de Betel, está Berot. ¡Qué aguda astucia la de los

antiguos habitantes de ese lugar y de los aledaños! Pero salió bien, aunque el engaño no sea nunca un arma buena. Salió bien porque los puso al servicio del verdadero Dios. Conviene siempre perder los honores humanos por conquistar la cercanía con lo divino. Aunque aquellos honores humanos eran muchos y de valor, mientras que la cercanía con lo divino es humilde y desconocida. ¿No es verdad?

-Sí, Maestro, así es, como Tú dices. En mi caso ha sido así.

-Pero estás triste, a pesar de que el cambio debería hacerte feliz. Estás triste. Sufres. Te aíslas. Miras hacia los lugares que has dejado. Pareces un pájaro cautivo que, atrapado entre las barras de su prisión, mirase con mucha añoranza hacia el lugar de sus amores. No te digo que no lo hagas. Eres libre. Puedes marcharte y...

-Señor, ¿hablas así porque Judas te ha hablado mal de mí?

-No. Judas no me ha hablado. A Mí no me ha hablado. Pero a ti, sí. Y estás triste por ese motivo. Y por ese motivo te aíslas con un sentimiento de desánimo.

-Señor, si sabes estas cosas sin que nadie te las haya dicho, sabrás también que si estoy triste no es por un deseo de dejarte o por un arrepentimiento de haberme convertido, ni por nostalgia del pasado... y tampoco por miedo a los hombres, por un miedo que se me trata de provocar, a sus castigos. Estaba mirando allí, es verdad; miraba hacia Jerusalén, pero no por ganas de volver. Me refiero a no por ganas de volver para lo que era antes. Porque claro que sueño con volver allí como un israelita-como todos nosotros- que desea entrar en la Casa de Dios y adorar al Altísimo; y no creo que Tú me puedas reprender por eso.

-Yo soy el primero que, en mi doble Naturaleza, sueño con ese altar, y quisiera verlo rodeado de santidad como corresponde. Como Hijo de Dios, todo aquello que para Él es honor es para Mí suave voz; como Hijo del hombre, como israelita y, por tanto, Hijo de la Ley, veo el Templo y el altar como el lugar más sagrado de Israel, el lugar en que nuestra humanidad puede acercarse a lo divino y perfumarse con esa aura que rodea al trono de Dios. Yo no anulo la Ley, Samuel. Para Mí es sagrada porque la ha dado mi Padre. Yo la perfecciono e introduzco las partes nuevas. Como Hijo de Dios, puedo hacerlo. Para ésto me ha enviado el Padre. Vengo para fundar el Templo espiritual de mi Iglesia, contra el cual ni hombres ni demonios prevalecerán. Pero las tablas de la Ley tendrán necesariamente un puesto de honor en él, porque son eternas, perfectas, intocables. Ese “no hagas éso ni ése pecado” contenido en esas tablas, que comprenden en su lapidaria brevedad todo lo necesario para ser justos ante los ojos de Dios, no resulta anulado por mi palabra. ¡Al contrario!, Yo también les repito esos Diez Mandamientos. La única cosa es que les digo que los pongan por obra con perfección, o sea, no por miedo a la ira de Dios contra los transgresores, sino por amor a su Dios, que es Padre. Yo vengo a poner sus manos de hijos en la mano del Padre de ustedes. ¡Cuántos siglos hace que esas manos están separadas! El castigo separaba. Y la Culpa separaba. Pero, habiendo venido el Redentor, el pecado está para ser anulado. Caen las barreras. Son de nuevo los hijos de Dios.

-Es verdad. Tú eres Bueno y das ánimos. Siempre. Y sabes las cosas. Por lo cual no te voy a manifestar mi angustia. Lo que sí que te pregunto es esto: ¿por qué los hombres son tan perversos, tan insensatos y necios?; ¿cómo, qué artes tienen para podernos sugestionar tan diabólicamente en orden al mal?; y nosotros ¿cómo somos tan ciegos, que no vemos la realidad y creemos en las mentiras?; ¿y cómo podemos transformarnos tanto en demonios?; ¡¿y persistir estando a tu lado?! Yo miraba allí y pensaba... sí, pensaba en cuántos regueros venenosos salen de allí para turbar a los hijos de Israel. Pensaba que cómo puede la sabiduría de los rabíes desposarse con tanta maldad, con una maldad que altera las cosas para hacer caer en trampas. Pensaba, sobre todo, esto, porque...

Samuel, que había hablado fogosamente, se detiene y agacha la cabeza.

Jesús termina la frase:

-Porque Judas, mi apóstol, es como es, y me causa dolor a Mí y se lo causa a quienes me rodean o vienen a Mí, como tú has venido. Lo sé. Judas trata de alejarte de aquí y se burla de ti y te hace insinuaciones...

-No sólo a mí. Sí, envenena mi alegría de haber entrado en la justicia. Me la envenena con tanto arte, que me veo aquí como un traidor, de mí mismo y tuyo. De mí, porque me engaño creyendo ser mejor, cuando en realidad voy a ser la causa de tu ruina. Yo, efectivamente, no me conozco todavía... y podría, al encontrarme con los del Templo, ceder en mi propósito y ser... ¡Oh, si lo hubiera hecho, habría tenido el atenuante de que no te conocía en lo que Tú eres!, porque de Ti sabía lo que se me decía para hacer de mí un maldito. ¡Pero si lo hiciera ahora! ¡Qué maldición caerá sobre el que traicione al Hijo de Dios! Yo estaba aquí... pensativo, sí. Pensaba a dónde huír para ponerme al amparo de mí mismo y de ellos. Pensaba huír a algún lugar lejano, para unirme a los de la Diáspora... Lejos, lejos, para impedirle al demonio hacerme pecar... Tu apóstol tiene razón en desconfiar de mí. Él me conoce, porque, conociendo a los jefes, nos conoce a todos nosotros... Y

tiene razón en dudar de mí cuando dice: “¿Pero no sabes que Él nos dice que seremos débiles? ¡Imagínate, nosotros que somos los apóstoles y que llevamos con Él tanto tiempo! ¡Y tú, que estás emponzoñado con el viejo Israel y que acabas de llegar, y, además, que has llegado en unos momentos que a nosotros nos hacen temblar, crees que vas a tener la fuerza de mantenerte justo?”. Tiene razón.

El hombre, descorazonado, agacha la cabeza.

-¡Cuántas tristezas saben darse los hijos del hombre! En verdad Satanás sabe usar esta tendencia de ellos para sumirlos en el terror y separarlos de la Alegría que sale a su encuentro para salvarlos. Porque la tristeza del espíritu, el miedo al mañana, las preocupaciones, son siempre armas que el hombre pone en manos de su adversario, el cual lo aterroriza con los mismos fantasmas que el hombre se crea. Y hay otros hombres que, en verdad, se alían con Satanás para ayudarlo a aterrorizar a los hermanos. Pero, hijo mío, ¿Es que no hay un Padre en el Cielo?, ¿un Padre que de la misma forma que dispone, providente, para este tallito herbáceo esta fisura en la roca, esta fisura llena de tierra, hecha de forma que la humedad del rocío, deslizándose por la piedra lisa, se recoja en ese surco estrecho para que el tallito pueda vivir y florecer con esta florecilla diminuta cuya belleza no es menos admirable que la del gran Sol que resplandece en el cielo: ambos obra perfecta del Creador, un Padre que, de la misma forma que prodiga su cuidado para con el tallito de una hierba nacida en una roca, tendrá cuidado, ¿cómo no? de un hijo suyo que quiere firmemente servirle? ¡Oh, en verdad, Dios no defrauda los buenos deseos del hombre, porque es Él mismo el que los enciende en sus corazones. Es Él, providente y sabio, el que crea las circunstancias para favorecer el deseo de sus hijos, y no sólo para eso, sino también para enderezar y perfeccionar un deseo de honrarlo que va por caminos imperfectos, para que sea un deseo de honrarlo por caminos justos. Tú estabas entre éstos. Creías, querías, estabas convencido de honrar a Dios persiguiéndome a Mí. El Padre vio que en tu corazón no había odio a Dios, sino un deseo de darle gloria quitando de este mundo a Aquel del que te habían dicho que era enemigo de Dios y corruptor de almas. Y entonces creó las circunstancias para satisfacer tu deseo de dar gloria a tu Señor. Y, ya ves, ahora estás entre nosotros. ¿Y vas a pensar que te va a abandonar Dios ahora que te ha traído aquí? Sólo si tú lo abandonas podrá sobrepasarte la fuerza del mal.

-Yo no lo quiero. ¡Es sincera mi voluntad! – proclama el hombre.

-¿Y entonces de qué te preocupas? ¿De la palabra de un hombre? Déjalo que hable. Él piensa con su pensamiento. El pensamiento del hombre es siempre imperfecto. De todas formas, me ocuparé de esto.

-No quiero que le reprendas. Me basta con que me asegures que no pecaré.

-Te lo aseguro. No te sucederá porque tú no quieres que te suceda. Porque, mira, hijo mío, no te valdría el ir a la Diáspora, y ni siquiera el ir a los extremos confines de la Tierra, para preservar tu alma del odio al Cristo y del castigo por ese odio. Muchos en Israel no se mancharán materialmente con el Delito, pero no serán menos culpables que los que me condenen y ejecuten la sentencia. Contigo puedo hablar de estas cosas porque tú ya sabes que todo está dispuesto para esto. Sabes los nombres y conoces los pensamientos de los que están más enfurecidos contra Mí. Tú lo has dicho: “Judas nos conoce a todos porque conoce a todos los Jefes”. Pero si es verdad que él los conoce, también lo es que ustedes, menores –porque son como estrellas menores en torno a los astros mayores- saben igualmente lo que se trabaja y cómo se trabaja y quién trabaja, y qué complots se hacen y qué medios se planean... Por eso, puedo hablar contigo. No podría hacerlo con los otros... Otros no saben lo que sé padecer y compadecer...

-Maestro, ¿y cómo es que conociendo así las cosas te muestras tan...? ...¿Quién sube por el sendero? Samuel se levanta para ver. Exclama:

-¡Judas!

-Sí, soy yo. Me habían dicho que había pasado por aquí el Maestro. Y, sin embargo, te encuentro a ti. Entonces me vuelvo y te dejo con tus pensamientos – y se ríe con esa risita suya tan insincera, que es más lúgubre que el lamento de una lechuza.

-Estoy aquí también Yo. ¿Me requieren en el pueblo? – dice Jesús apartándose de detrás de Samuel y mostrándose.

-¡Ah, Tú! ¡Entonces estabas en buena compañía, Samuel! Y también Tú, Maestro...

-Sí, es siempre buena la compañía de uno que abraza la justicia. Me buscabas para estar Conmigo, ¿no? Ven. Aquí hay sitio para ti. Y también para Juan, si estuviera contigo.

-Él está abajo, bregando con otros peregrinos.

-Entonces, si hay peregrinos, tendré que ir.

-No. Van a estar todo el día de mañana. Juan los está distribuyendo en nuestras camas para mientras que estén. Se siente feliz de hacerlo. Ciertamente es que todo lo hace contento. Verdaderamente

ustedes se parecen. Y no sé cómo pueden estar contentos siempre y con todo, con las cosas más... enojosas.

-¡Ésa es la misma pregunta que iba a hacerle yo cuando has llegado! – exclama Samuel.

-¿Ah, sí? Entonces tú tampoco te sientes feliz, y te asombra el que otros, en condiciones aún más... difíciles que las nuestras, puedan sentirse felices.

-Yo no me siento infeliz. No me refiero a mí. Mi pregunta es: ¿de qué fuente proviene la serenidad del Maestro, que, no ignorando su futuro, no se turba por nada?

-¡Pues, hombre, de la fuente celeste! ¡Es natural! ¡Él es Dios! ¿Acaso lo dudas? ¿Puede un Dios sufrir? Él está por encima del dolor. El amor del Padre es para Él como... un vino embriagador. Como es también para Él un vino embriagador la convicción de que sus acciones... significan la salvación del mundo. Y... bueno ¿puede tener las reacciones físicas que tenemos nosotros, humildes seres humanos? Eso es contrario al buen sentido. Si Adán, cuando era inocente, no conocía ningún tipo de dolor, ni lo hubiera conocido nunca si hubiera permanecido inocente, Jesús, el... Superinocente, la criatura... no sé si llamarla increada, pues que es Dios, o creada porque tiene padres... ¡Oh, Maestro mío, cuántas cuestiones insolubles para los que vengan! Si Adán era ajeno al dolor por su inocencia, ¿cómo se puede pensar que Jesús vaya a sufrir?

Jesús tiene agachada la cabeza. Ha vuelto a sentarse en la hierba. Su pelo hace de velo para su rostro, por eso no veo su expresión. Samuel, en pie, frente a Judas, que también está de pie, rebate:

-Pero si debe ser el Redentor, debe realmente sufrir. ¿No recuerdas a David y a Isaías?

-¡Los recuerdo! ¡Los recuerdo! Pero ellos, aún viendo la figura del Redentor, no veían la ayuda inmaterial que el Redentor tendría para ser... digámoslo así - ¿por qué no?, torturado y no sentir dolor.

-¿Cuál? Una criatura podrá amar el dolor, o sufrirlo con resignación, según la perfección de su justicia. Pero siempre lo sentirá. Si no... si no lo sintiera... no sería dolor.

-Jesús es Hijo de Dios.

-¡Pero no es un fantasma! ¡Es verdadera Carne! La carne sufre si es torturada. ¡Es verdadero Hombre! El ánimo del hombre sufre si es ofendido o despreciado.

-La unión suya con Dios elimina en Él estas cosas propias del hombre.

Jesús levanta la cabeza y dice:

-En verdad te digo, Judas, que sufro y sufriré como todo hombre, y más que los demás hombres. Pero puedo, a pesar de ello, tener la santa y espiritual felicidad de aquellos que han obtenido la liberación de las tristezas de la Tierra por haber abrazado la voluntad de Dios como única esposa suya. Puedo eso porque he superado el concepto humano de la felicidad, la inquietud de la felicidad, esa felicidad como los hombres la imaginan. Yo no voy tras eso que, según el hombre, constituye la felicidad, sino que pongo más alegría precisamente en aquello que está en el polo opuesto de lo que el hombre persigue como felicidad. Las cosas de las que el hombre huye, las cosas que el hombre desprecia, porque están consideradas como peso y dolor, representan para Mí la cosa más dulce. Yo no miro a la hora concreta, sino a las consecuencias que esa hora puede crear en la eternidad. Mi episodio cesa, pero su fruto permanece. Mi dolor acaba; sus valores, no. ¿Y para qué me serviría a Mí una hora de eso que se dice “ser felices” en la Tierra, una hora alcanzada tras haberla perseguido durante años y lustros, si luego esa hora no puede venir Conmigo a la eternidad como gozo; si debiera gozarla Yo solo, sin hacer partícipes de ese gozo a aquellos a quienes amo?

-¡Pero si Tú triunfaras, nosotros, tus seguidores, tendríamos parte en tu felicidad! – exclama Judas.

-¿Ustedes? ¿Y qué son ustedes respecto a las multitudes pasadas, presentes, futuras, a las que mi dolor dará la alegría? Yo veo más allá de la felicidad terrena; adelanto mi mirada, más allá de la felicidad terrena, hasta lo sobrenatural. Veo que mi dolor se transforma en gozo eterno para una multitud de criaturas. Y abrazo el dolor como la fuerza más poderosa para alcanzar la felicidad perfecta, que consiste en amar al prójimo hasta el punto de sufrir para darle alegría, hasta el punto de morir por él.

-No comprendo esta felicidad – proclama Judas.

-No eres sabio todavía; si no, la comprenderías.

-¿Y Juan lo es? ¡Es más ignorante que yo!

-Humanamente, sí. Pero posee la ciencia del amor.

-De acuerdo. Pero no creo que el amor impida a los palos ser palos y a las piedras ser piedras y producir dolor en la carne golpeada por ellos. Siempre dices que amas el dolor porque para Ti es amor. Pero cuando realmente te capturen y te torturen –en el caso de que eso sea posible- no sé si seguirás pensando así. Reflexiona mientras puedas evitar el dolor. ¡Será terrible, eh! ¡Si los hombres logran capturarte... no se van a andar en contemplaciones Contigo!

Jesús lo mira. Está palidísimo. Sus ojos, bien abiertos, parecen ver, tras el rostro de Judas, todas las torturas que le esperan, y, a pesar de todo y a pesar de la tristeza que reflejan, permanecen mansos y dulces, y, sobre todo, serenos: dos ojos límpidos de inocente en paz. Responde:

-Lo sé. Sé también lo que tú no sabes. Pero espero en la misericordia de Dios. Él, que es misericordioso con los pecadores, lo será también Conmigo. No le pido no sufrir, sino saber sufrir. Y ahora vámonos. Samuel, adelántate un poco y avisa a Juan de que pronto estaré en el pueblo.

Samuel hace una reverencia y se marcha con un paso ágil.

Jesús empieza a bajar. El sendero es tan estrecho, que deben caminar uno detrás del otro. Pero esto no impide a Judas hablar:

-Te fías demasiado de ese hombre, Maestro. Ya te he dicho quién es. Es el más exaltado y exaltado de los discípulos de Jonatán. La verdad es que ya es tarde. Te has puesto en sus manos. Samuel es un espía a tu lado. ¡Y Tú, que más de una vez, y más que Tú, los otros, han pensado que lo fuera yo...! Yo no soy un espía.

Jesús se para y se vuelve. Dolor y majestad se funden en su cara y en su mirada, que se clava en el apóstol. Dice:

-No. No eres un espía. Eres un demonio. Has robado a la Serpiente su prerrogativa de seducir y engañar para separar de Dios. Tu comportamiento no es ni piedra ni palo, pero me hiere más que los golpes de las piedras o de los palos. ¡Oh, en mi atroz padecimiento nada superará a tu comportamiento en capacidad de dar martirio al Mártir!

Jesús se tapa la cara con las manos, como para esconder su horror, y se echa a correr sendero abajo.

Judas grita detrás de Él:

-¡Maestro! ¡Maestro! ¿Por qué me das dolor? Ese falso verdaderamente te ha dicho calumnias... ¡Escúchame, Maestro!

Jesús no escucha. Corre, vuela ladera abajo. Pasa sin detenerse al lado de los leñadores o pastores que lo saludan; pasa, saluda, pero no se para. Judas se resigna a callar... Están casi abajo cuando se cruzan con Juan, que, con su claro rostro, luminoso con su serena sonrisa, estaba subiendo hacia ellos. Trae de la mano a un niño que gorjea chupando un panal de miel.

-¡Maestro, aquí estoy! Hay personas de Cesárea de Filipo. Han sabido que estabas aquí y han venido. Pero, ¡qué extraño, ninguno ha hablado y todos saben dónde estás! Están descansando. Están muy cansados. He ido a pedir a Diná leche y miel porque hay un enfermo. Lo he puesto en mi cama. No tengo miedo. Y el pequeño Anás ha querido venir conmigo. No lo toques, Maestro, que está todo pegajoso de miel – y ríe el buen Juan, que tiene ya numerosas marcas de dedos y gotas de miel en la túnica. Ríe tratando de tener atrás al niño, que querría ir a ofrecer a Jesús su panal medio chupado y que grita:

-¡Ven! ¡Hay muchos panales para Ti!

-Sí, están recogiendo los panales donde Diná. Yo lo sabía. Sus abejas han enjambrado hace poco – explica Juan.

Se ponen en camino otra vez. Llegan a la primera casa, donde todavía se oye el tam tam que usan, no sé exactamente por qué, los apicultores. Racimos de abejas –parecen voluminosas piñas de un extraño tipo de uva- cuelgan de algunas ramas y algunos hombres los recogen para llevarlos a las nuevas colmenas. Más allá, en las nuevas colmenas ya preparadas, un salir y entrar de abejas, incansables, zumbadoras.

Los hombres saludan. Una mujer viene con unos maravillosos panales y se los ofrece a Jesús.

-¿Por qué te privas tú de ellos? Ya has dado a Juan...

-Mis abejas han dado copioso fruto. No me resulta pesado ofrecerlo. Pero, bendice los nuevos enjambres. Mira, están las obreras, que no se detienen en su trabajo.

-Están del todo jubilosas y agitadas. Casa nueva... - dice un hombre.

-Y nuevas bodas. Realmente parecen mujeres preparando la fiesta nupcial – dice otro.

-Sí, pero las mujeres hablan más que trabajan. Éstas, sin embargo, trabajan calladas, y trabajan incluso en días de festejo de bodas. Trabajan sin pausa para crearse su reino y sus riquezas- responde un tercero.

-Trabajar sin pausa en la virtud es lícito; es más, debe hacerse. Trabajar sin pausa por lucro, no. Esto lo pueden hacer sólo aquellos que no saben que tienen un Dios al que hay que honrar en el día suyo. Trabajar en silencio es un mérito que todos deberíamos aprender de las abejas. Porque en el silencio se hacen santamente las cosas santas. Sean ustedes en la justicia como sus abejas, incansables y silenciosos. Dios ve. Dios premia. La paz a ustedes – dice Jesús.

Se queda solamente con sus dos apóstoles. Entonces dice:

-Y especialmente a los que trabajan para Dios les propongo como modelos a las abejas. Ellas depositan en lo recóndito de la colmena la miel formada en su interior con el infatigable trabajo en corolas sanas. Su esfuerzo ni siquiera parece esfuerzo, al estar lleno de buena voluntad. Y así vuelan-

puntos de oro- de flor en flor, y luego entran cargadas de extractos, a elaborar su miel en lo recóndito de las celdillas. Habría que saber imitarlas. Elegir enseñanzas, doctrinas, amistades sanas, capaces de ofrecer extractos de verdadera virtud; y luego saber aislarse para elaborar, a partir de aquello que solícitamente se ha recogido, la virtud, la justicia, que son como la miel extraída de muchos elementos sanos, entre los cuales no es la última la buena voluntad, sin la cual esos extractos recogidos acá o allá para nada sirven. Saber humildemente meditar, en lo recóndito del corazón, sobre las cosas buenas que hemos visto y oído, sin envidias por el hecho de que haya, además de abejas obreras, abejas reinas: de que haya alguien más justo que ése que medita. Todas las abejas son necesarias en la colmena, tanto las obreras como las reinas. ¡Ay de ellas, si todas fueran reinas! ¡Ay, si todas fueran obreras! Morirían las unas y las otras. Porque las reinas no tendrían, si faltaran las obreras, alimento para procrear; y las obreras dejarían de existir si las reinas no procrearán. No se envidie a las reinas, que también ellas tienen sus penalidades y su penitencia. El Sol lo ven sólo una vez, en su único vuelo nupcial. Antes y después, para ellas, sólo y siempre, existe la clausura entre las paredes ambarinas de la colmena. Cada uno tiene su misión, y cada misión es una elección, y cada elección es un honor, sí, pero también una carga. Y las obreras no pierden tiempo en vuelos inútiles o peligrosos hacia flores enfermas o venenosas. No intentan la aventura. No desobedecen a su misión, no se rebelan contra el fin para el que han sido creadas. ¡Oh, admirables pequeños seres! ¡Cuánto enseñan a los hombres!...

Jesús, sumiéndose en una meditación suya, calla.

Judas, de repente, se acuerda de que tiene que ir a no sé dónde y se marcha casi corriendo. Se quedan Jesús y Juan. Éste mira a Jesús sin que se note; es una mirada atenta, de amorosa angustia. Jesús alza la cabeza y se vuelve un poco, de forma que encuentra la mirada escrutadora del Predilecto. Su rostro se aclara mientras lo acerca a Sí.

Juan, abrazado así, caminando, pregunta:

-¿Judas te ha causado nuevo dolor, no es verdad? Y debe haber turbado también a Samuel.

-¿Por qué? ¿Te ha hablado de eso?

-No. Pero lo he captado. Ha dicho sólo: “Generalmente, conviviendo con uno que es verdaderamente bueno, nos hacemos buenos. Pero Judas no lo es, a pesar de que viva con el Maestro desde hace tres años. Está corrompido en la profundidad de su ser. Tan lleno está de maldad, que la bondad de Cristo no penetra en él”. Yo no he sabido qué decir... porque es verdad... Pero ¿por qué es así Judas? ¿Es posible que no cambie nunca? Y todos recibimos las mismas lecciones... y cuando vino no era peor que nosotros...

-¡Juan mío! ¡Mi dulce niño!

Jesús lo besa en esa frente suya tan despejada y pura, y, entre los cabellos rubios y ligeros que se alzan en su parte más alta, le susurra:

-Hay criaturas que parecen vivir para destruir el bien que hay en ellas. Tú eres pescador y sabes qué le sucede a la vela bajo la presión de un torbellino. Tanto se baja hacia el agua, que vuelca casi la barca y se vuelve peligrosa para ésta, de forma que a veces es necesario amainarla y prescindir de esa ala que lleva al nido, porque la vela, cuando está a merced del torbellino deja de ser ala para ser lastre que lleva al fondo, a la muerte en vez de a la salvación. Pero si el indomable soplo del torbellino se aplaca, aunque sólo fuera durante breves instantes, la vela enseguida vuelve a ser ala que veloz corre hacia el puerto conduciendo a la salvación. Esto es lo que sucede con muchas almas. Basta con que el torbellino de las pasiones se aplaque para que esa alma plegada y casi sumergida por el... por lo que no es bueno, vuelva a sentir aspiraciones hacia el Bien.

-Sí, Maestro. Pero y... dime... ¿llegará alguna vez Judas a tu puerto?

-¡Oh, no me hagas mirar al futuro de uno de aquellos a quienes más aprecio! ¡Tengo delante de Mí el futuro de millones de almas para las que será inútil mi dolor!... Tengo delante de Mí todas las repugnancias del mundo... La náusea me estremece profundamente. La náusea de todo este bullir de cosas inmundas que como un río cubre la Tierra y la cubrirá con aspectos diversos, pero en todo caso horrendos para la Perfección, hasta el final de los siglos. ¡No me hagas mirar! ¡Deja que calme mi sed y me consuele en un manantial sin sabor a corrupción, y que olvide la podredumbre verminosa (*agusanada*) de demasiados mirándote sólo a ti, mi paz! – y lo besa otra vez, entre las cejas, sumiendo su mirada en los límpidos ojos del virgen y amoroso.

Entran en casa. En la cocina está Samuel, partiendo leña para ahorrarle a la anciana el esfuerzo de encender el fuego. Jesús le dice a la mujer:

-¿Duermen los peregrinos?

-Creo que sí. No oigo ningún ruido. Ahora voy a llevar esta agua a las caballerías. Están en la leñera.

-Lo hago yo, madre. Mejor ve tú donde Raquel. Me ha prometido queso fresco. Dile que se lo pagaré el sábado – dice Juan cargándose con dos artesas (*baldes de madera*) colmadas de agua.

Se quedan solos Jesús y Samuel. Jesús se acerca a él, el cual, agachado hacia el fuego, está soplando para que se encienda la llama. Le pone una mano en los hombros y dice:

-Judas nos ha interrumpido allá arriba... Quiero decirte que te voy a mandar con mis apóstoles para el día después del sábado. Quizás lo prefieres...

-Gracias, Maestro. Siento perder tu compañía. Pero en tus apóstoles te veré también. Y prefiero, sí, estar lejos de Judas. No me atrevía a pedirte...

-De acuerdo. Queda decidido. Y ten piedad de él. Como la tengo Yo. Y no digas a Pedro ni a nadie...

-Sé guardar silencio, Maestro.

-Después vendrán los discípulos. Allí están Hermas y Esteban, también Isaac, dos sabios y un justo; y muchos otros. Te encontrarás bien, entre hermanos verdaderos.

-Sí, Maestro. Tú comprendes y auxilias. Eres verdaderamente el Maestro Bueno – y se inclina a besar la mano de Jesús.

566

En Efraím el día de la llegada de la Madre de Jesús con Lázaro y las discípulas.

En la casa de María de Jacob ya están levantados, aunque apenas raya el alba. Yo diría que es sábado porque veo que están también los apóstoles, quienes normalmente están en misión. En la casa hay un intenso movimiento de preparación de fuegos y agua caliente. A María la ayudan a cribar harina y a amasarla para hacer pan. La ancianita está muy inquieta –una inquietud de niña–, mientras diligentemente trabaja, pregunta a éste o a aquél:

-¿Es hoy, no? ¿Los otros lugares están preparados? ¿Están seguros de que no son más de siete?

Le responde por todos, Pedro, que está desollando a un cordero para prepararlo para ser guisado:

-Debían estar aquí antes del sábado, pero quizás las mujeres no estaban preparadas todavía y por eso se han retrasado. Pero hoy seguro que llegan. ¡Ah, esto me pone contento! ¿El Maestro ha salido? A lo mejor ha ido a su encuentro...

-Sí, ha salido con Juan y Samuel en dirección al camino de la Samaria central – responde Bartolomé, saliendo con un ánfora colmada de agua hirviendo.

-Entonces podemos estar seguros de que llegan. Él sabe siempre todas las cosas –profesa Andrés.

-Yo quisiera saber por qué te ríes así. ¿Qué tiene de gracioso el que hable mi hermano? –pregunta Pedro, que ha advertido la risita de Judas, ocioso en un rincón.

-No me río por tu hermano. Todos están contentos. Yo también puedo estarlo y reírme incluso sin motivo.

Pedro lo mira con expresión clara, pero vuelve al trabajo que estaba haciendo.

-¡Miren! He conseguido encontrar una rama de árbol en flor. No es almendro, como quería; pero Ella, ahora que ha terminado de florecer el almendro, tiene otras ramas, así que aceptará la mía – dice Judas Tadeo, que regresa goteando rocío como si viniera de los bosques, y con un haz de ramas florecidas: un milagro de candor perlado de rocío que parece transmitir claridad y belleza a la cocina

-¡Qué bonitas! ¿Dónde las has encontrado?

-En el huerto de Noemí. Sabía que era tardío por la orientación hacia tramontana (*viento norte*), que lo tiene retrasado. Y he subido allí.

-¡Por eso pareces tú también un árbol del bosque! Las gotas de rocío te brillan en el pelo y te han mojado la túnica.

-El sendero estaba húmedo como si hubiera llovido. Ya se dan los rocíos abundantes de los meses más bonitos.

Judas Tadeo se marcha con sus flores y, al cabo de un rato, llama a su hermano para que le ayude a colocarlas.

-Voy yo, que entiendo de eso. Mujer, ¿no tienes alguna ánfora de cuello alto, si es posible de tierra roja? – dice Tomás.

-Tengo lo que buscas y también otros recipientes... Los que usaba en días de fiesta... para las bodas de mis hijos o en otras ocasiones importantes. Si esperas un momento a que meta estas tortillas en el horno, voy a abrirte el baúl donde están guardadas las cosas buenas... ¡Pocas ya, después de tantas desventuras! Pero he conservado algunas para... recordar... y sufrir porque, aunque sean recuerdos de alegría, ahora hacen llorar porque recuerdan lo que ha terminado.

-Entonces hubiera sido mejor que no te las hubiera pedido nadie. ¡Total! No quisiera que nos sucediera como en Nobe: tantos preparativos para nada... – dice Judas Iscariote.

-¿Si te digo que nos ha advertido un grupo de discípulos? ¿Qué crees? ¿Que lo han soñado? Han hablado con Lázaro. Los ha enviado por delante de propósito. Venían aquí a avisar que estaría aquí la Madre con el carro de Lázaro, y Lázaro y las discípulas...

-De momento no han venido...

-Ustedes que han visto a ese hombre, ¿no da miedo? – pregunta la ancianita mientras se seca las manos en el delantal tras haber confiado sus tortillas a Santiago de Zebedeo y Andrés, que las llevan al horno.

-¿Miedo? ¿Por qué?

-¡Un hombre que vuelve de estar con los muertos! – Está toda nerviosa.

-Cálmate, madre. Es en todo como nosotros – la tranquiliza Santiago de Alfeo.

-Más bien estáte atenta a la conversación con las otras mujeres. No sea que vayamos a tener a toda Efraím aquí dentro dando la lata – dice imperiosamente Judas Iscariote.

-Desde que están aquí no he tenido conversaciones imprudentes. Ni con los de la ciudad ni con los peregrinos. He preferido pasar por necia antes que aparentar saber las cosas, para no crear dificultades al Maestro y perjudicarlo. Y sabré callar también hoy. Ven, Tomás... - y sale para ir a buscar sus tesoros escondidos.

-Esa mujer está asustada pensando que va a ver a un resucitado – dice Judas Iscariote y se ríe irónicamente.

-No es la única. Nos han dicho los discípulos que en Nazaret estaban todos inquietos, y lo mismo en Caná y en Tiberíades. Uno que vuelve de la muerte después de cuatro días de sepulcro no se encuentra tan fácilmente como las margaritas en primavera. ¡Bien pálidos estábamos nosotros también, cuando salió del sepulcro! Pero, en vez de estar ahí haciendo comentarios inútiles, ¿no podrías trabajar? Todos estamos trabajando, y hay todavía mucho que hacer... Hoy que se puede hacer, ve al mercado y compra lo que se necesite. Lo que hemos traído nosotros no es suficiente ahora que vienen ellas, y no nos daba tiempo a volver a la ciudad para hacer compras; nos habría detenido en el sitio en que estábamos la puesta del Sol. *(Para los hebreos el día siguiente comenzaba con la puesta del Sol).*

Judas llama a Mateo, que está volviendo a la cocina todo aseado, y los dos salen. Vuelve a la cocina también el Zelote, también él ya en perfecto orden respecto a la ropa. Dice:

-¡Este Tomás! Es verdaderamente un artista. Con nada ha decorado la habitación como para un banquete de bodas. Vayan a ver.

Todos menos Pedro, que está terminando su operación, van inmediatamente a ver. Pedro dice:

-Estoy suspirando por verlos aquí. Quizás venga también Margziam. Dentro de un mes estaremos en Pascua. Ya habrá salido de Cafarnaúm o Betsaida.

-Estoy contento de que venga María. Por el Maestro. Lo confortará más que todos los demás. Y necesita ser confortado – le responde el Zelote.

-Mucho. Pero ¿te has dado cuenta de lo triste que está también Juan? Le he preguntado, pero ha sido inútil; dentro de su dulzura, tiene más firmeza que todos nosotros y, si no quiere, nada le hace hablar. Pero estoy seguro de que sabe algo. Y parece la sombra del Maestro. Lo sigue siempre. Lo mira siempre. Y cuando no ve que alguno observa- porque, si lo ve, entonces responde a tu mirada con esa sonrisa suya que amansaría hasta a un tigre- cuando no se ve observado, su cara se pone tristísima. Intenta preguntarle tú. Te quiere mucho. Y sabe que eres más prudente que yo...

-¡No, eso no! Tú te has hecho un ejemplo de prudencia para todos nosotros. Ya no se reconoce en ti al Simón de otros tiempos. Eres verdaderamente esa piedra que, dura y sólidamente escuadrada, nos sostiene a todos nosotros.

-¡Vamos, hombre, no digas eso! Yo soy un pobre hombre. Bueno, claro... estando con Él tantos años uno se hace un poco como Él. Un poco... muy poco, pero ya muy distinto de como era uno antes. Todos nos hemos... no, no todos, por desgracia. Judas sigue siendo igual, lo mismo aquí que en Agua Hermosa...

-¡Dios lo quiera, que sea igual!

-¿Qué?, ¿Qué quieres decir?

-Nada y todo, Simón de Jonás. Si el Maestro me oyera, diría: “No juzgues”. Pero esto no es juzgar, es temer. Temo que Judas sea peor que cuando estábamos en Agua Hermosa.

-Ya de por sí lo es, aún en el caso de que sea ahora como era entonces. Lo es porque debía haber cambiado mucho, crecido en justicia, y, sin embargo, es siempre igual. Tiene, pues, en su corazón el pecado de acidia (*pereza*) espiritual, que entonces no tenía. Porque al principio... loco sí, pero lleno de buena voluntad... Dime una cosa: ¿qué te dice el que el Maestro haya decidido mandar con nosotros a Samuel y reunir a todos los discípulos, todos los que puedan reunirse en Jericó, para la neomenia de Nisán (*Luna nueva de Abril*)? Antes había dicho que ese hombre se iba a quedar aquí... y antes también nos había prohibido decir dónde estaba Él. Yo tengo sospechas...

-No, yo veo las cosas claras y lógicas. A estas alturas –sin saber ni por quién ni cómo ha sido divulgada- toda Palestina tiene noticia de que el Maestro está aquí. Ya ves que han venido peregrinos y discípulos de lugares tan separados como Quedes (*norte*) y Engadí (*sur*), Joppe (*costa del Mediterráneo*) y Bosra (*este*). Por tanto, es inútil seguir conservando el secreto. Además, la

Pascua se acerca y está claro que el Maestro quiere tener Consigo a los discípulos para su regreso a Jerusalén. El Sanedrín dice, ya lo has oído, que está derrotado y ha perdido a todos los discípulos; y Él responde entrando a la ciudad a la cabeza de ellos...

-¡Tengo miedo, Simón! ¡Mucho miedo!... ¿Ya has oído, no? Todos, incluso los herodianos, se han unido contra Él...

-¡Ya! ¡Que Dios nos ayude!...

-¿Y por qué manda con nosotros a Samuel?

-Sin lugar a dudas, para prepararlo para su misión. No veo motivo de inquietud... ¡Llaman! ¡Tienen que ser las discípulas!

Pedro se quita el ensangrentado delantal y, corriendo, sigue al Zelote, que rápidamente ha ido hacia la puerta de casa. Aparecen por las distintas puertas los otros que están en casa, y todos gritan:

-¡Ahí están! ¡Son ellas!

Pero, cuando se abre la puerta, se quedan tan claramente desencantados al ver a Elisa y a Nique, que las dos discípulas preguntan:

-¿Pero ha sucedido algo?

-¡No! ¡No! Es que... creíamos que fuera la Madre y las discípulas galileas... - dice Pedro.

-¡Ah! , y se han llevado un chasco. Nosotras, sin embargo, estamos muy contentas de verlos y de saber que está para llegar María - dice Elisa.

-Un chasco, no... ¡Bueno, desilusionados! ¡Pero, vengan! ¡Entren! Paz a las buenas hermanas - saluda por todos Judas Tadeo.

-También a ustedes. ¿El Maestro no está?

-Ha salido con Juan al encuentro de María. Se sabe que viene por el camino de Siquem en el carro de Lázaro - explica el Zelote.

Entran en casa mientras Andrés se ocupa del burrito de Elisa. Nique ha venido a pie. Hablan de lo que sucede en Jerusalén, preguntan por los amigos y discípulos... por Analía, María y Marta, el anciano Juan de Nobe, José, Nicodemo... por muchos otros. La ausencia de Judas Iscariote permite que hablen en paz y abiertamente. Es más, Elisa, mujer anciana y de experiencia, y que estuvo en los tiempos de Nobe en contacto con Judas y que ya lo conoce muy bien, y que "lo ama sólo por amor a Dios", como dice abiertamente, se informa de si no está en casa, no unido a los otros por algún capricho, y sólo cuando sabe que está fuera para las compras habla de lo que sabe. Dice:

-En Jerusalén parece todo calmado; es más, ya no se hacen preguntas a los discípulos conocidos. Se comenta que eso es así porque Pilato ha hablado enérgicamente a los del Sanedrín, recordándoles que la justicia en Palestina la ejerce sólo él, y que, por tanto, dejen ya ese asunto.

-Pero también -observa Nique- se dice, y es precisamente Manahén el que lo dice, y con él otros, o mejor dicho, otras, porque la otra voz es Valeria, que Pilato está verdaderamente tan cansado de estos disturbios que tienen agitado al país y que pueden causarle problemas, e incluso impresionado por la insistencia con que los judíos le insinúan que Jesús lo que quiere es proclamarse rey, que, si no fuera por los informes concordantes y favorables de los centuriones, y, sobre todo, por las presiones de su mujer, acabaría por castigar al Cristo, por ejemplo con el destierro, con tal de quitarse ya de encima estos problemas.

-¡Sólo faltaría eso! ¡Y es capaz de hacerlo! ¡Muy capaz! Es el más leve de los castigos romanos, y el más usado después de la flagelación. ¿Pero se lo imaginan? Jesús solo, ¿quién sabe en qué lugar? Y nosotros dispersados... - dice el Zelote.

-¡Ya! ¡Ya! ¡Dispersados! Eso lo dices tú. A mí no me dispersan. Voy detrás de Él... - dice Pedro.

-¡Simón! ¡Simón! ¿Eres tan ingenuo como para pensar que te dejarían? Te atan como a un galeote y te llevan a donde quieran ellos; a lo mejor incluso a las galeras, o a una de sus prisiones, y no puedes seguir al Maestro - le dice Bartolomé.

Pedro se alborota el pelo, inseguro, descorazonado.

-Se lo diremos a Lázaro. Lázaro irá abiertamente donde Pilato, que, sin duda, lo recibirá con mucho gusto, porque a estos gentiles les gusta ver seres extraordinarios... - dice el Zelote.

-¡Habría ido a verlo antes de salir y ya Pilato no tendrá deseos de recibirlo de nuevo! - dice Pedro abatido.

-Entonces irá como hijo de Teófilo. O acompañará a su hermana María a ver a las damas. Eran amigas cuando... bueno, en fin, cuando María era pecadora...

-¿Saben que Valeria, después de que su marido se ha divorciado de ella, se ha hecho prosélita? Valeria ha tomado una decisión seria. Lleva una vida de mujer justa que es un ejemplo para muchos de nosotros. Ha emancipado a sus esclavos y los instruye a todos en orden al verdadero Dios. Había tomado una casa en Sión. Pero, ahora que Claudia ha venido, ha vuelto donde ella...

-¿Entonces?... - Nique dice:

-No. A mí me ha dicho: “En cuanto venga Juana, voy con ella. Pero ahora quiero convencer a Claudia”... Parece que Claudia no logra superar el límite suyo en orden a creer en Cristo; para ella es un sabio, nada más... Incluso parece que, antes de ir a la ciudad, se hubiera intranquilizado bastante por las voces que corrían y que, escéptica, hubiera dicho: “Es un hombre como nuestros filósofos, y no de los mejores, porque su palabra no corresponde con su vida”, y parece que ha tenido unos... unas... en definitiva, que se haya permitido una serie de cosas que antes había abandonado.

-Era de esperar. ¡Almas paganas! ¡Mmm! Una buena puede haberla... ¡Pero las otras!... ¡Inmundicias! ¡Inmundicias! – sentencia Bartolomé.

-¿Y José? – pregunta Judas Tadeo. Le contesta Elisa:

-¿Quién? ¿El de Seforí? ¡Tiene un miedo! ¡Ah! Ha estado tu hermano José. Llegó y se marchó enseguida, pero pasando por Betania para decir a las hermanas que a toda costa le impidan al Maestro ir a la ciudad (*Jerusalén*) y quedarse allí. Yo estaba allí y lo oí. Así supe también que José de Seforí ha tenido muchos problemas (*por hospedar a galileos y ser amigo de Jesús*) y ahora tiene mucho miedo. Tu hermano le ha encargado de que esté al corriente de los complots que se traman en el Templo. Ese hombre de Seforí lo puede saber por medio de ese pariente que es marido, no sé si de la hermana o de la hija de la hermana de su mujer, y que tiene unos trabajos para el Templo.

(*Santiago de Zebedeo dice muy enojado:*)

-¡Cuántos miedos! Ahora, cuando vayamos a Jerusalén, quiero mandar a mi hermano (*Juan*) a casa de Anás. Podría ir también yo porque también yo conozco bien a ese viejo zorro. Pero Juan sabe hacer mejor las cosas. Y Anás lo apreciaba mucho, entonces, cuando escuchábamos las palabras de ese viejo lobo... ¡creyendo que era un cordero! Le mandaré a Juan, que sabrá soportar incluso improperios sin reaccionar. Yo... si me pronunciara maldiciones contra el Maestro, o sólo con que las pronunciara contra mí porque lo sigo, le saltaría al cuello, lo atraparía y apretaría ese viejo cuerpajo como si estuviera escurriendo una red. ¡Le haría vomitar esa alma torva que tiene adentro! ¡Aunque tuviera a su alrededor a todos los soldados del Templo y a los sacerdotes!

-¡Si te oyera el Maestro hablar así! – dice escandalizado Andrés.

-¡Lo digo precisamente porque no está!

-¡Tienes razón! No eres el único que tiene ciertos deseos. ¡Yo también los tengo! – dice Pedro.

-Y yo también, y no sólo con respecto a Anás – dice Judas Tadeo.

-Si es por eso... a muchos les encendería yo el pelo. Tengo una lista larga... Esos tres carcamales (*personas decrépitas y achacosas*) de Cafarnaúm, excluyo al fariseo Simón, porque parece pasablemente bueno, esos dos lobos de Esdrelón y ese viejo montón de huesos de Cananías, y luego... bueno una degollina (*acción de degollar*), les digo que una degollina en Jerusalén, y el primero de todos Elquías. ¡Me tienen ya hasta la coronilla todas esas serpientes apostadas al acecho!- Pedro está furioso.

Judas Tadeo, diciéndolo con calma, pero aún más impresionante, con esa calma suya glacial, que si estuviera furioso como Pedro, dice:

-Y yo te ayudaría. Pero... quizás comenzaría por eliminar las serpientes que están cercanas.

-¿Quién? ¿Samuel?

-¡No, no! No tenemos cerca sólo a Samuel. ¡Hay muchos que muestran una cara y tienen un alma distinta de la cara que muestran! Yo no los pierdo de vista. Nunca. Quiero estar seguro antes de actuar. ¡Pero cuando lo esté...! La sangre de David es caliente, y también la de Galilea. Las dos, por línea paterna y por línea materna, están en mí.

-¡Si llega el caso me lo dices, eh! Que te ayudo... - dice Pedro.

-No. La venganza de la sangre corresponde a los parientes. A mí me corresponde.

(*Y Elisa reacciona con angustia:*)

-¡Pero hijos! ¡Hijos! ¡No hablen así! ¡No es eso lo que enseña el Maestro! ¡Parecen cachorros de león furiosos, en vez de ser los corderos del Cordero! Abandonen tanto espíritu de venganza. ¡Han quedado muy atrás ya los tiempos de David! Cristo anula la ley de la sangre y del talión. Él deja los diez mandamientos inmutables, pero anula las otras duras leyes mosaicas. De Moisés quedan las prescripciones de piedad, humanidad y justicia, resumidos y perfeccionados por nuestro Jesús en su mayor mandamiento: “Amar a Dios con todo el ser, amar al prójimo como a nosotros mismos, perdonar al que ofende, dar amor a quien nos odia”. ¡Oh, perdonen si yo siendo mujer me he atrevido a enseñar a mis hermanos, y mayores que yo! Pero soy una madre anciana. Y una madre puede hablar siempre. ¡Créanlo, hijos míos! Si ustedes mismos convocan a Satanás odiando a los enemigos, teniendo deseos de venganza, Satanás entrará en ustedes y los corromperá. Satanás no es una fuerza. Créanlo. Fuerza es Dios. Satanás es debilidad, es peso, es entumecimiento. No sabrían ya ni mover un dedo, no sólo contra los enemigos, sino tampoco para ofrecer una caricia a nuestro afligido Jesús si el odio y la venganza los encadenaran. ¡Ánimo, hijos! Todos hijos, incluso ustedes, los que tienen mis años, y quizás más. Todos hijos para una mujer que los quiere, para una madre

que ha vuelto a encontrar la alegría de ser madre amándolos como a hijos a todos. No me hagan de nuevo una mujer angustiada por haber perdido otra vez a mis hijos amados, y para siempre; porque, si mueren con el odio o el delito, muertos estarán para toda la eternidad y no podremos reunirnos arriba, jubilosos, en torno a nuestro común amor: Jesús. Prométanme aquí, enseguida, a mí, que se los suplico, a una pobre mujer, a una pobre mamá, que no volverán a tener nunca estos pensamientos. ¡Oh, hasta les afean la cara! ¡Me parecen desconocidos, distintos! ¡Qué feos los pone el rencor! ¡Tan dulces como eran! ¿Qué está sucediendo? ¡Escúchenme! María les diría las mismas palabras. Con más fuerza porque Ella es María. Pero mejor es que Ella no conozca todo el dolor... ¡Oh, pobre Madre! ¿Qué está sucediendo? ¿Tengo que pensar, entonces que ya surge la hora de las tinieblas, la hora que se tragará a todos, la hora en que Satanás será rey en todos, menos en el Santo, y descarriará incluso a los santos, incluso a ustedes, haciéndolos cobardes, perjuros, crueles como es él? ¡Oh, hasta ahora había tenido siempre esperanza! Siempre he dicho: “Los hombres no prevalecerán contra Cristo”. ¡Pero ahora!... ¡Ahora, por primera vez, temo y tiemblo! Sobre este cielo sereno de Adar (*Marzo*) veo alargarse invasora la gran Tiniebla que se llama Lucifer, y oscurecerlos a todos y esparcir venenos que los enferman. ¡Oh, tengo miedo!

Elisa, que ya desde hacía un rato lloraba aunque sin estremecimientos, se abandona ahora, apoyada la cabeza en la mesa junto a la cual está sentada, y solloza dolorosamente.

Los apóstoles se miran unos a otros. Luego, afligidos, tratan de consolarla. Pero ella no quiere consuelos, y lo dice:

-Uno, uno sólo me vale: su promesa. ¡Por su bien! Porque Jesús no tenga entre sus dolores éste, el mayor: el de verlos condenados a ustedes, sus predilectos.

-¡Sí, Elisa, si esto es lo que quieres! ¡No llores, mujer! Te lo prometemos. Escucha. No vamos a alzar ni un dedo contra ninguno, no vamos ni siquiera a mirar, para no ver. ¡No llores! ¡No llores! Perdonaremos a quienes nos ofenden. ¡Amaremos a quienes nos odian! ¡Ánimo! No llores.

Elisa alza su rugoso rostro, brillante por el llanto, y dice:

-¡Recuerden que me lo han prometido! ¡Repítanlo!

-Te lo prometemos, mujer.

-¡Amados hijos míos! ¡Ahora sí me agradan! Los reconozco como buenos. Ahora que se ha calmado mi angustia, ahora que han abandonado esa levadura amarga y han vuelto a ser puros como antes, vamos a preparar las cosas para recibir a María. ¿Qué hay que hacer? – dice mientras termina de secarse los ojos.

-La verdad es que... ya lo habíamos hecho nosotros. Como hombres. Pero María de Jacob nos ha ayudado. Es una samaritana, pero muy buena. Ahora la verás. Está en el horno cuidando del pan. Está sola. Los hijos muertos u olvidados de ella, los bienes esfumados, y, no obstante, no guarda rencores...

-¿Lo ven? ¿Ven cómo, incluso entre los paganos y samaritanos, hay quien sabe perdonar? ¡Y debe ser terrible, ¿eh?! ¿lo saben? ¡tener que perdonar a un hijo! ¡Ah! ¿Están seguros de que Judas no está?

-Si no se ha transformado en pájaro, no puede estar, porque las ventanas están abiertas pero, menos ésta, todas las puertas están cerradas.

-Entonces... Estuvo en Jerusalén María de Simón, con su pariente. Fue para ofrecer sacrificios en el Templo. Luego vino donde nosotras. Parece una mártir. ¡Qué afligida está! Me preguntó, a todas nos preguntó, si sabíamos algo de su hijo, si estaba con el Maestro, si había estado siempre con Él.

-¿Qué le sucede a esa mujer? – pregunta asombrado Andrés.

-Pues... su hijo. ¿No te parece suficiente? – le contesta Judas Tadeo.

-Yo la conforté. Quiso volver con nosotras al Templo. Fuimos todas juntas a orar... Luego se marchó, pero todavía con su pesar. Le dije: “Si te quedas con nosotras, dentro de poco vamos donde el Maestro. Allí está tu hijo”. Ella sabía ya que Jesús estaba aquí. Se ha oído hasta en los confines de Palestina. Me dijo: “¡No, no! El Maestro me dijo que no estuviera en Jerusalén para la primavera. Yo obedezco. Pero he querido, antes del tiempo de su regreso, subir al Templo. Tengo mucha necesidad de Dios”. Y dijo una extraña frase: “Soy inculpable, pero, tanta es mi tortura, que el infierno está dentro de mí y yo dentro de él”... Mucho le preguntamos, pero no quiso expresarse más, ni sobre sus torturas ni sobre las razones de la prohibición de Jesús. Nos pidió que no dijéramos nada ni a Jesús ni a Judas.

-¡Pobre mujer! ¿Entonces para Pascua no estará? – pregunta Tomás.

-No estará.

-¡En fin... si Jesús se lo ha impuesto, sus motivos tendrá!... ¿Han oído, no? ¡En todas partes se sabe que Jesús está aquí! ¡Pero en todas! – dice Pedro.

-Sí. Y quienes lo decían convocaban en su nombre para una sublevación “contra los tiranos”. Esto decían algunos; otros, que está por aquí porque se ha visto desenmascarado...

-¡Siempre las mismas razones! ¡Deben haber gastado todo el oro del Templo para enviar a todas partes a esos...siervos suyos! –observa Andrés.

Unos golpes en la puerta.

-¡Están aquí! –dicen, y van rápidamente a abrir.

Sin embargo, es Judas con sus compras. Mateo lo sigue. Judas ve a Elisa y a Nique y las saluda.

Pregunta:

-¿Están solas?

-Solas. María no ha venido todavía.

-María no viene por las comarcas del sur, así que no puede estar con ustedes. Me refería a si no estaba Anastática.

-No. Se ha quedado en Betsur.

-¿Por qué?! También ella es discípula. ¿No sabes que de aquí se irá a Jerusalén para la Pascua? Debía estar. ¡Si no son perfectos las discípulas y los fieles, quién lo va a ser? ¿Quién va a formar el acompañamiento del Maestro para demostrar la inconsistencia de la leyenda de que todos lo han abandonado?

-¡Si es por eso!... No será una pobre mujer la que colme los vacíos. Las rosas están bien entre las espinas y en los huertos cerrados. Yo soy madre para ella y así lo he impuesto.

-¿Entonces para Pascua no estará?

-No estará.

-¡Ya son dos! – exclama Pedro.

-¿Qué dices? ¿Quiénes dos? – pregunta Judas, siempre receloso.

-¡Nada, nada! Un cálculo mío. Se pueden contar muchas cosas, ¿no? Incluso las... moscas, por ejemplo, que se posan en mi cordero desollado.

Vuelve María de Jacob seguida de Samuel y Juan, que traen los panes sacados del horno. Elisa saluda a la mujer y también lo hace Nique. Y Elisa expresa unas palabras para que la mujer, enseguida se sienta a gusto.

-Estás entre hermanas en el dolor, María. Yo, habiendo perdido a mi esposo y a mis hijos, estoy sola; y ésta es viuda. Por tanto nos querremos, porque sólo quien ha llorado sabe comprender.

Pero en esto, Pedro dice a Juan:

-¿Cómo estás aquí? ¿El Maestro?

-En el carro. Con su Madre.

-¿Y no lo decías?

-No me has dado tiempo. Están todas. ¡Pero ya verán qué desmejorada está María de Nazaret! Parece que han pasado por Ella lustros. Dice Lázaro que se afligió mucho cuando le dijo que Jesús estaba aquí refugiado.

-¿Por qué se lo ha dicho ese necio? Antes de morir era inteligente. Pero quizás en el sepulcro su cerebro se ha deshecho y no se ha rehecho luego. ¡Uno no está muerto sin quebranto!... – dice irónico y con desprecio Judas de Keriot.

-Nada de eso. Espera a saber para hablar. Lázaro de Betania se lo dijo a María ya de camino, al extrañarse Ella del camino que tomaba Lázaro – dice severo Samuel.

-Sí, cuando pasó la primera vez por Nazaret dijo sólo: “Te llevaré donde tu Hijo dentro de un mes”. Y ni siquiera le dijo: “Vamos a Efraím” cuando estaban para partir, sino... - dice Juan.

-Todos saben que Jesús está aquí. ¿La única que no lo sabía era Ella? – pregunta ésto también groseramente Judas, interrumpiendo a su compañero.

-María lo sabía, lo había oído decir. Pero, dado que por Palestina corre, fangoso, un río de diferentes embustes, Ella no recibió como verdadera ninguna noticia. Se consumía en el silencio, orando. Pero una vez en viaje y habiendo tomado Lázaro el camino que va a lo largo del río (*Jordán*), para desorientar a los nazarenos y a todos los de Caná, Seforí, Belén de Galilea...

-¡Ah! ¿Está también Noemí con Mirta y Áurea? – pregunta Tomás.

-No. Jesús se lo ha prohibido. Esta orden la llevó Isaac cuando volvió a Galilea.

-Entonces... tampoco estas mujeres estarán con nosotros como el pasado año.

-No estarán con nosotros. ¡Y son tres!

-Tampoco nuestras mujeres e hijas. El Maestro se lo dijo a ellas mismas antes de dejar Galilea. Es más, lo repitió. Porque mi hija Mariana me dijo que Jesús lo había dicho ya desde la pasada Pascua.

-¡Bueno... muy bien! ¿Al menos está Juana? ¿Salomé? ¿María de Alfeo?

-Sí. Y Susana.

-Y también Margziam, claro... Pero ¿qué es ese ruido?

-¡Los carros! ¡Los carros! Y todos los nazarenos que no se han dado por vencidos y han seguido a Lázaro... y los de Caná... - responde Juan, echándose a la calle con los otros.

Abierta la puerta, un espectáculo tumultuoso se ha presentado ante la vista. Además de María, que está sentada junto a su Hijo y a las discípulas, además de Lázaro, además de Juana (que está en su carro junto con María y Matías, Ester y otros domésticos y el hombre de confianza, Jonatán), hay una multitud: caras conocidas, caras desconocidas: de Nazaret, Caná, Tiberíades, Naim, Endor. Y los samaritanos de todos los pueblos por los que han pasado durante el viaje, y de otros cercanos. Y pasan inmediatamente delante de los carros, de forma que obstruyen el paso, tanto a quien quiere salir como a quien quiere entrar.

-¿Pero qué quieren éstos? ¿Por qué han venido? ¿Cómo lo han sabido?

-¡Hombre!, los de Nazaret estaban alerta y, cuando llegó Lázaro al anochecer para salir por la mañana, durante la noche fueron sin demora a los centros habitados cercanos. Y lo mismo los de Caná, porque Lázaro había pasado para recoger a Susana y encontrarse con Juana. Y lo han seguido o precedido. Por ver a Jesús y por ver a Lázaro. Y también los de Samaria han tenido noticia o se han agregado. ¡Y aquí están todos! – explica Juan.

-Di, tú que temías que el Maestro no tuviera acompañamiento: ¿Te parece suficiente? – dice Felipe a Judas Iscariote.

-Han venido por Lázaro...

-Dado que ya lo vieron se habrían podido marchar. Pero, sin embargo, han seguido hasta aquí. Señal de que hay también quien viene por el Maestro.

-Bueno, no digamos palabras inútiles. Más bien, vamos a tratar de abrir paso para que puedan entrar. ¡Ánimo muchachos! ¡Para ponerse de nuevo en ejercicio! ¡Hace mucho que no damos codazos para abrir paso al Maestro! – y Pedro es el primero que se pone a abrir el surco entre la gente aclamadora o curiosa o devota o chismosa, según los casos. Y, conseguido, ayudado por los otros y por muchos discípulos que, diseminados entre la multitud, tratan de reunirse con los apóstoles, mantiene vacío un espacio para que las mujeres puedan refugiarse en casa, y lo mismo Jesús y Lázaro. Y luego cierra la puerta. El último en retirarse es él, y tranca con cerrojos y barras y manda a otros a cerrar por la parte del huerto.

-¡Por fin! ¡La paz sea contigo, María bendita! ¡Por fin te veo de nuevo! ¡Ahora todo es hermoso porque estás con nosotros! – saluda Pedro, haciendo una profunda reverencia ante María, una María de cara triste, pálida y cansada, un rostro ya de María Dolorosa.

-Sí, ahora todo es menos doloroso porque estoy aquí con Él.

-¡Te había asegurado que te estaba diciendo estrictamente la verdad! – dice Lázaro.

-Tienes razón... Pero para mí el Sol se oscureció y toda paz cesa cuando supe que mi Hijo estaba aquí... Comprendí... ¡Oh! – otras lágrimas ruedan por las pálidas mejillas.

-No llores, Mamá mía! ¡No llores! Estaba aquí en medio de esta buena gente, y con otra María que es una madre... - Jesús la guía hacia un cuarto que da al huerto tranquilo. Todos los siguen.

Lázaro se excusa:

-No he tenido más remedio que decirlo, porque Ella sabía el camino y no comprendía por qué tomaba ese otro. Creía que estaba conmigo en Betania... Y en Siquem un hombre gritó: “¡También nosotros a Efraím a ver al Maestro!”. No me ha sido posible excusa alguna... Esperaba también poder distanciar a esa gente partiendo de noche por caminos insólitos. Pero ¡ya, ya! Estaban de guardia en todas partes, y mientras un grupo me seguía el otro iba por los alrededores a avisar.

María de Jacob trae leche, miel, mantequilla y pan reciente, y ofrece todo, empezando por María; mira de soslayo a Lázaro, de arriba abajo, mitad curiosa mitad asustada, y su mano se estremece cuando, al ofrecer leche a Lázaro le roza la mano, y su boca no retiene un “¡Oh!” cuando lo ve comer su pan como a todos.

Lázaro es el primero en reírse. Dice, afable, señorial y seguro, como todos los hombres de alta cuna:

-Sí, mujer. Como exactamente igual que tú, y me gusta tu pan y tu leche, y también tu cama, porque como siento hambre también siento el cansancio.

Se vuelve a todos y dice:

-Hay muchos que buscan una disculpa para tocarme, para sentir si soy carne y huesos, si tengo calor y respiro. Es una lata llevadera. Terminada mi misión, me clausuraré en Betania. A tu lado, Maestro, crearía demasiadas distracciones. He brillado, he testimoniado tu poder hasta en Siria. Ahora me oculto. Sólo Tú debes resplandecer en el cielo del milagro, en el cielo de Dios y en la presencia de los hombres.

María, mientras tanto, dice a la ancianita:

-Has sido buena con mi Hijo. Él me ha dicho cuánto. Deja que te bese para expresarte mi agradecimiento. No tengo nada con qué pagarte, aparte de mi amor. Yo también soy pobre... y yo también puedo decir que ya no tengo hijo porque Él es de Dios y de su misión... Y así sea siempre porque santo y justo es todo lo que Dios quiere.

María se muestra dulce, pero ¡cuán quebrantada está ya!... Todos los apóstoles la miran con compasión, tanto que se olvidan de los que afuera se agitan, y también de preguntar por los parientes lejanos. Pero Jesús dice:

-Subo a la terraza para despedir y bendecir a la gente.

Entonces Pedro reacciona y dice:

-¿Pero dónde está Margziam? He visto a todos los discípulos menos a él.

-No está Margziam – responde Salomé (*la madre de Santiago y Juan*).

-¿No está Margziam? ¿Por qué? ¿Está enfermo?

-No. Está bien. Y también tu mujer. Pero no está Margziam. Porque no lo ha dejado venir.

-¡Qué mujer más insensata! ¡Dentro de un mes es Pascua y Margziam tiene que venir, claro, para la Pascua! Hubiera podido ya ahora dejarlo venir y dar una alegría al hijo y a mí. Pero es más corta que una oveja para entender las cosas y...

-Juan y Simón de Jonás, y tú, Lázaro, con Simón Zelote, vengan Conmigo. Todos los demás quédense aquí hasta que haya despedido a la gente separando de ella a los discípulos – ordena Jesús, y sale con los cuatro, cerrando tras Sí la puerta.

Cruza el pasillo, la cocina, sale al huerto seguido por Pedro, que refunfuña, y por los otros. Pero antes de poner pie en la terraza se detiene en la pequeña escala, se vuelve, pone una mano en el hombro de Pedro, que levanta su cara descontenta:

-Escúchame bien, Simón Pedro y deja de acusar y censurar a Porfiria. Ella es inocente. Obedece a una orden Mía. Soy Yo el que mandé, antes de los Tabernáculos, que no dejara venir a Margziam a Judea...

-¡Pero la Pascua, Señor!

-Soy el Señor. Tú lo dices. Y, como Señor, puedo ordenar cualquier cosa, porque toda orden Mía es justa. Por tanto, no te turbes con los escrúpulos. ¿Recuerdas lo que está escrito en los Números? “Si alguno de su nación está contaminado por un muerto o realizando un viaje lejano, que celebre la Pascua del Señor el día catorce del segundo mes, al atardecer” (Números 9, 10-11).

-Pero Margziam no está impuro. Espero, al menos, que Porfiria no se vaya a morir precisamente ahora; y no está en viaje... - objeta Pedro.

-No importa. Yo quiero que sea así. Hay cosas que contaminan más que un cadáver. Margziam... no quiero que se contamine. Déjame actuar, Pedro. Yo sé las cosas. Sé capaz de obedecer como lo es tu mujer y el mismo Margziam. Celebraremos con él la segunda Pascua, el catorce del segundo mes. Y así nos sentiremos felices entonces. Te lo prometo.

Pedro hace un gesto como para decir: “Resignémonos”, pero no objeta nada.

El Zelote observa:

-¡Hace mucho que no sigues haciendo cuenta de los que no estarán para Pascua en la ciudad!

-Ya no tengo ganas de contar. Todo esto me da una cierta impresión... que me hiela... ¿Se puede decir a los otros?

-No. Intencionadamente los he llamado aparte.

-Entonces... yo también tengo algo que decir aparte a Lázaro.

-Dilo. Si puedo, te responderé –dice Lázaro.

-Bueno, aunque no me respondas a mí, no importa. Me basta con que vayas donde Pilato –la idea es de tu amigo Simón- y que, así, entre una y otra palabra, le saques qué es lo que piensa hacer respecto a Jesús, en bien o en mal... Ya sabes... con arte... ¡Porque corren todo tipo de voces!...

-Lo haré. En cuanto llegue a Jerusalén. Pasaré por Betel y Ramá en vez de por Jericó, para ir a Betania. Me quedará en el palacio de Sión e iré donde Pilato. Estáte tranquilo, Pedro, que seré hábil y sincero.

-Y perderás tiempo para nada, amigo. Porque Pilato- tú lo sabes como hombre; Yo, como Dios- no es sino una caña que se pliega por la parte opuesta al huracán, tratando de evitarlo. No es nunca insincero, porque siempre está convencido de querer hacer – y hace- lo que dice en ese momento. Pero al momento siguiente, a causa de un silbido de temporal que llega de otra parte, olvida -ino es que falte a sus promesas y a su voluntad! – olvida, sólo eso, olvida todo lo que quería antes. Lo olvida porque el silbido de una voluntad más fuerte que la suya le hace perder la memoria; soplando, le arrebatara todos los pensamientos que otro silbido le había metido y le mete dentro los nuevos. Y luego por encima de todos los temporales que con mil voces, desde la de su mujer, que le amenaza con separarse si no hace lo que ella quiere –y una vez separado de ella, adiós toda su fuerza, toda su protección ante el “divo” (*dios*) César, como ellos dicen aunque estén convencidos de que este César es más abyecto que ellos... Pero ellos saben ver la Idea en el hombre, es más, la idea anula al hombre que la representa, y la Idea no se puede decir que sea abyecta porque todo ciudadano ama, es justo que ame a la Patria, que quiera su triunfo... y César es la Patria... así que... incluso un miserable es... un grande por lo que representa... Pero no quería hablar de César, sino de

Pilato- decía, pues, que por encima de todas las voces, desde la de su mujer a la de las muchedumbres, está la voz - ¡y qué voz!- de su yo. De ese yo pequeño del hombre pequeño, de ese yo ávido del hombre ávido, de ese yo orgulloso del hombre orgulloso. Y esta pequeñez, esta avidez, este orgullo quieren reinar para hacerse grandes, para llenarse de dinero, para poder dominar a un montón de súbditos reverentes en actitud rendida. El odio, por debajo, incuba, pero no lo ve el pequeño César llamado Pilato, nuestro pequeño César... Él ve sólo las espaldas curvas que fingen rendimiento y temor ante él, o sienten realmente una y otra cosa. Y por esta voz procelosa (*tormENTOSA*) del yo él está dispuesto a todo. Digo: a todo. Con tal de seguir siendo Poncio Pilato, el Procónsul, el servidor de César, el Dominador de una de las tantas regiones del Imperio. Y, por todo esto, aunque ahora sea mi defensor, mañana será mi juez, y, además, inexorable (*que no atiende súplicas ni ruegos*). Siempre inestable es el pensamiento del hombre, y muy inestable cuando ese hombre se llama Poncio Pilato. Pero tú, Lázaro, da esta satisfacción a Pedro si quieres... Si eso lo va a consolar...

-Consolar no, pero... hacer que esté más tranquilo, sí...

-Pues complace a nuestro buen Pedro y ve donde Pilato.

-Iré, Maestro. Pero has descrito al Procónsul como ningún historiador o filósofo habría podido hacer. ¡Es una descripción perfecta!

- De la misma manera, podría describir a cada hombre con su verdadera efigie (*imagen*): su carácter. Pero vamos donde éstos que están alborotados.

Sube los últimos escalones y se presenta. Alza los brazos y dice fuerte:

-Hombres de Galilea y de Samaria, discípulos y seguidores: Su amor, su deseo de honrarme y de honrar a mi Madre y a mi amigo escoltando el carro de ellos me dice cuál es su pensamiento. Por él no puedo sino bendecirlos. Pero ahora vuelvan a sus casas, a sus asuntos. Ustedes, los de Galilea, vayan y digan a los que se han quedado allí que Jesús de Nazaret los bendice. Hombres de Galilea, nos veremos para la Pascua en Jerusalén, donde entraré el día siguiente del sábado que precede a la Pascua. Hombres de Samaria, váyanse también ustedes, y sepan no limitar su amor por Mí a seguirme y buscarme por los caminos de la Tierra, sino también por los del espíritu. Vayan y que la Luz brille en ustedes. Discípulos del Maestro, sepárense de los fieles y quédense en Efraím para recibir mis instrucciones. Vayan. Obedezcan.

-¡Tiene razón! Lo estamos incomodando. ¡Quiere estar con su Madre! – gritan los discípulos y los nazarenos.

-Nos marchamos. Pero antes queremos su promesa de que va a venir a Siquem antes de la Pascua. ¡A Siquem! ¡A Siquem!

-Iré. Márchense. Iré antes de subir para la Pascua a Jerusalén.

-¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quédate con nosotros! ¡Con nosotros! ¡Te defenderemos! ¡Te haremos Rey y Pontífice! ¡Ellos te odian! ¡Nosotros te queremos! ¡Abajo los judíos! ¡Viva Jesús!

-¡Silencio! ¡No creen alboroto! A mi Madre le hacen sufrir estos gritos que me pueden perjudicar más que una voz de maldición. No es todavía mi hora. Márchense. Pasaré por Siquem. Pero supriman de sus corazones el pensamiento de que pueda, por una baja cobardía humana, no cumplir mi deber de israelita adorando al verdadero Dios en el único Templo en que puede ser adorado, y por una sacrílega rebelión contra la voluntad del Padre mío, no cumplir mi deber de Mesías, asumiendo una corona en otro lugar que no sea Jerusalén –donde seré ungido Rey universal según las palabras y la verdad vista por los grandes profetas.

-¡Abajo! ¡No hay otro profeta después de Moisés! Eres un iluso.

-Y ustedes también. ¿Son acaso libres? No. ¿Cómo se llama Siquem? ¿Cuál es su nuevo nombre? Y como para ella, para muchas otras ciudades de Samaria, Judea, Galilea. Porque la catapulta romana nos nivela a todos. ¿Se llama, acaso, Siquem? No. Neapoli se llama. Lo mismo que Bet-San se llama Escitópolis, y muchas otras ciudades que, o por voluntad de los romanos o de los vasallos aduladores, han tomado el nombre que el dominio o la adulación les han puesto. Y ustedes, individualmente, ¿pretenden ser más que una ciudad, más que nuestros dominadores, más que Dios? No.

Nada puede cambiar aquello que está destinado para salvación de todos. Yo sigo el camino derecho. Sígueme, si quieren entrar Conmigo en el Reino eterno.

Hace ademán de retirarse. Pero los samaritanos se alborotan tanto, que los galileos reaccionan. Y simultánea y rápidamente salen de la casa, al huerto y luego escala arriba hasta la terraza, los que estaban en la casa. Aparece en primer lugar, de detrás de Jesús, el rostro pálido y triste, angustiado de María. Y la Madre lo abraza, y lo estrecha entre sus brazos, como queriendo defenderlo de las injurias que suben de abajo:

-¡Nos has traicionado! ¡Te has refugiado entre nosotros haciéndonos creer que nos apreciabas y luego nos desprecias! ¡Seremos más despreciados todavía, por tu culpa! – y otras cosas similares.

Se acercan a Jesús también las discípulas, los apóstoles y, la última, asustada, María de Jacob. Los gritos que llegan de abajo explican los orígenes del alboroto, orígenes lejanos, pero seguros:

-¿Por qué nos has mandado, entonces, a tus discípulos para decirnos que te estaban persiguiendo?

-No he enviado a nadie. Ahí están los de Siquem. Que den la cara, ¿qué les dije a ellos un día en la montaña?

-Es verdad. Nos dijo que, hasta que se instaure el tiempo nuevo para todos, sólo puede haber adoradores en el Templo. Maestro, créenos, nosotros no somos culpables, sino éstos, engañados por los falsos enviados tuyos.

-Lo sé. Pero ahora márchense. A Siquem iré de todas formas. No tengo miedo de ninguno. Ahora márchense para no perjudicar ni a los de su sangre ni a ustedes mismos. ¿Ven allí que, bajando por el camino, brillan al Sol las corazas de los legionarios? Está claro que los han seguido a distancia, al ver tanta gente, y se han quedado en el bosque esperando. Sus gritos ahora los atraen hacia aquí. Márchense, por su bien.

Efectivamente, lejos, en el camino principal que se ve subir hacia los montes, el camino en que Jesús encontró al hambriento, se ve un brillo de luces que se mueven y avanzan. La gente se dispersa lentamente. Se quedan los de Efraím, los galileos, los discípulos.

-Márchense también ustedes a sus casas, efraimitas. Y ustedes, los galileos, pónganse en camino. ¡Obedezcan a Quien los ama!

También éstos se marchan. Se quedan sólo los discípulos. Y Jesús indica que los dejen pasar a la casa y al huerto. Pedro y los otros bajan a abrir.

Judas de Keriot no baja. ¡Se ríe! Mientras dice:

-¡Ahora verás cómo te van a odiar los “buenos samaritanos”! Para construir el Reino desparramas las piedras. Y las piedras de una construcción desparramadas se transforman en armas agresivas. ¡Los has despreciado! No olvidarán.

-Pues que me odien. No por miedo a su odio dejaré de cumplir mi deber. Ven, Madre. Vamos a decir a los discípulos lo que deben hacer – y, entre María y Lázaro, baja por la escala y entra en la casa, donde están agrupados los discípulos que han concurrido a Efraím, y a éstos les imparte la orden de que se dispersen por todas partes para avisar a todos los compañeros de que estén en Jericó para la neomenia (*Luna nueva*) de Nisán (*Abril*) y de que lo esperen hasta su llegada; y a los habitantes de los lugares por donde pasen, de que Él deja Efraím y de que lo busquen en Jerusalén para la Pascua.

Luego los distribuye en grupos de a tres y confía el nuevo discípulo Samuel a Isaac, Hermas y Esteban. Este último lo saluda así:

-La alegría de verte en la Luz atenúa mi angustia de ver que todas las cosas se transforman en piedras contra el Maestro.

Hermas, sin embargo, lo saluda así:

-Has dejado a un hombre por un Dios. Y Dios está ahora verdaderamente contigo.

Isaac, humilde y reservado, dice solamente:

-La paz sea contigo, hermano.

Ofrecido pan y leche – los efraimitas han tenido el buen pensamiento de ofrecerlo- también los discípulos parten. Por fin, hay paz. Pero, mientras se prepara el cordero, Jesús tiene todavía cosas que hacer. Se acerca a Lázaro y dice:

-Quería decirte esto: mi Madre está muy debilitada. Ya lo ves tú mismo. Manda aquí a tus hermanas. Yo realmente voy a ir hasta Siquem con todos los apóstoles y las discípulas. Pero luego les voy a indicar que se adelanten hasta Betania mientras Yo me detengo un tiempo en Jericó. En Samaria... puedo tener la osadía de llevar Conmigo algunas mujeres, pero no en otra parte...

-¡Maestro! ¿Verdaderamente temes que...? Si es así, ¿por qué me has resucitado?

-Para tener un amigo.

-¡iiiPues eso!!! ¡Entonces aquí me tienes! Cualquier pena, para mí no es nada, si te puedo confortar con mi amistad.

-Lo sé. Por eso echo mano de ti como del más perfecto de los amigos, y seguiré haciéndolo.

-¿Tengo que ir verdaderamente donde Pilato?

-Si lo consideras oportuno. Pero por Pedro, no por Mí.

-Maestro, te tendré informado... ¿Cuándo vas a dejar este lugar?

-Dentro de ocho días. Apenas queda tiempo para ir donde quiero y estar luego en tu casa antes de la Pascua. Cobrar nuevas fuerzas en Betania, el oasis de paz, antes de sumirme en el tumulto de Jerusalén.

-¿Ya sabes, Maestro, que el Sanedrín está bien decidido a crear las acusaciones, puesto que no las hay, para obligarte a marcharte para siempre? Esto lo he sabido por el Anciano Juan, al que encontré por casualidad en Tolemaida, contento por el nuevo hijo que le va a nacer de un momento

a otro. Me dijo: “Me apena que haya decidido esto el Sanedrín porque hubiera querido que el Maestro estuviera presente en la circuncisión de mi hijo, que espero que sea varón. Nacerá para primeros de Tammuz (*Julio*). Pero, para entonces, ¿estará todavía con nosotros el Maestro? Yo quisiera... para que bendijera al pequeño Emmanuel – y el nombre ya te puede decir cómo pienso- en el momento de su primer acto en el mundo. Porque mi hijo, idichoso él!, no tendrá que luchar para creer, como hemos tenido que hacer nosotros. Crecerá en el tiempo mesiánico y le será fácil aceptar la idea”. Juan ha alcanzado a creer que eres el Prometido.

-Y este uno sobre muchos me compensa de lo que los otros no hacen. Lázaro, vamos a despedirnos aquí, en paz. Y gracias por todo, amigo mío. Eres verdaderamente un amigo. Con diez como tú, hubiera sido hasta dulce la vida entre tanto odio...

-Ahora tienes a tu Madre, mi Señor. Ella vale por diez y cien Lázaros. Pero recuerda siempre que cualquier cosa que puedas necesitar –basta con que pueda-te la procuraré. Ordéname y yo seré tu siervo en todo. No seré sabio ni santo, como otros que te aman, pero otro más fiel que yo, si excluyes a Juan, no podrás encontrarlo. No creo ser soberbio diciendo esto. Y ahora que hemos hablado de Ti, te voy a hablar de Síntica. La vi. Y la vi activa y sabia como sólo una griega que se ha hecho seguidora tuya puede serlo. Sufre por estar lejos. Pero dice que goza preparando tus caminos. Espera verte antes de morir.

-Ciertamente me verá. No defraudo las esperanzas de los justos.

-Tiene una pequeña escuela, a la que van muchas jóvenes procedentes de los más variados lugares. Y, al atardecer, está con alguna pobre niña de raza mixta y, por tanto, de ninguna religión; y las instruye sobre Ti. Le dije: “¿Por qué no te haces prosélita? Te ayudaría mucho”. Me respondió: “Porque no quiero dedicarme a los de Israel sino a los altares vacíos que esperan a un Dios. Los preparo para que reciban a mi Señor. Luego, establecido ya su Reino, iré a mi patria y, bajo el cielo de la Hélade (*Grecia*), consumiré mi vida preparando los corazones de los maestros. (*Irás con San Pablo a Grecia, según su carta a los Filipenses 4,2-3*). Esto es lo que sueño. Pero si muero antes por enfermedad o persecución, me iré igualmente feliz, porque será signo de que he cumplido mi trabajo y que Él llama a su presencia a su sierva que lo amó desde el primer encuentro”.

-Es verdad. Síntica me ha amado realmente desde el primer encuentro.

-Quería mantenerle oculto lo afligido que te encuentras. Pero Antioquía resuena como una valva (*concha de molusco*) y en ella se oyen todas las voces del vasto imperio de Roma y, por tanto, también todo lo que aquí sucede. Síntica no ignora tus penas. Y aún más le duele el estar lejos. Quería darme dinero, que no acepté. Le dije que lo usara para sus niñas. Pero sí tomé un gorro tejido por ella con lino cendalí de dos cuerpos. Lo tiene tu Madre. Síntica ha querido escribir con el hilo tu historia y la suya y la de Juan de Endor. ¿Y sabes cómo? Tejiendo todo alrededor del cuadrado un adorno en que está representado un cordero que está defendiendo de una manada de hienas a dos palomas, de las cuales una tiene las alas rotas y la otra tiene rota la cadena que la tenía atada. Y la historia se desarrolla, alternándose hasta que la paloma de las alas rotas emprende el vuelo, y la otra se hace cautiva, a los pies del cordero, voluntariamente. Parece una de esas historias que con el mármol hacen los escultores griegos en las cenefas de los templos o en las lápidas de sus muertos, o que también los pintores pintan en las vasijas. Quería mandártelo con dependientes míos. Lo he cogido yo.

-Lo llevaré porque viene de una buena discípula. Vamos hacia la casa.

- ¿Cuándo tienes pensado salir?

-Mañana al alba. Para dejar descansar a los caballos. Luego no voy a hacer ningún alto en el camino hasta llegar a Jerusalén, e iré a ver a Pilato. Si puedo hablar con él, te mandaré sus respuestas con María.

Lentamente, entran de nuevo en la casa hablando de cosas menores.

567

Parábola de la tela desgarrada. Milagro a la mujer parturienta. Judas Iscariote, sorprendido robando, es censurado por Jesús.

Jesús está con las discípulas y los dos apóstoles (*Juan y Judas Iscariote*) en una de las primeras ondulaciones del monte situado a espaldas de Efraím. Juana no tiene consigo ni a los niños ni a Ester. Supongo que ya han sido enviados a Jerusalén acompañados de Jonatán. Están, pues, además de la Madre de Jesús, solamente María de Alfeo o Cleofás, María Salomé, Juana, Elisa, Nique y Susana. No están todavía las dos hermanas de Lázaro.

Elisa y Nique doblan unas túnicas que han sido lavadas en un arroyo que brilla abajo –o quizás, las han traído del río- y luego han sido tendidas en este rellano soleado. Nique observa una, se la lleva a María de Cleofás y dice: -También a ésta tu hijo le ha descosido el jaretón (*trozo de género doblado por el que se pasa el cordón en el cuello*).

María de Alfeo toma la túnica y la pone con las otras que tiene al lado en la hierba. Todas las discípulas están cosiendo, reparando los desperfectos producidos durante los varios meses en que los apóstoles han estado solos. Elisa, que se acerca trayendo otras túnicas secas, dice:

-¡Se ve que desde hace tres meses no han tenido una mujer ducha (*hábil*) con ustedes! No hay una túnica en condiciones, excepto la del Maestro, que, además, tiene sólo dos, la que lleva y la lavada hoy.

-Las ha dado todas. Parecía ansioso de quedarse sin nada. Va vestido de lino desde hace muchos días – dice Judas.

-Menos mal que tu Madre se ha ocupado de traerte otras nuevas. La teñida de púrpura es verdaderamente bonita. Lo necesitabas, Jesús, a pesar de que estés así muy bien, vestido de lino. ¡Pareces verdaderamente una azucena! – dice María de Alfeo.

-¡Una azucena muy alta, María! – dice Judas en tono burlesco.

-Pero con una pureza que ciertamente tú no tienes, como tampoco tienes la de Juan. Tú también estás vestido de lino. ¡Pero créeme que no tienes aspecto de azucena! – rebate con franqueza María de Alfeo.

-Yo soy moreno de pelo y tez. Por eso soy distinto.

-No, no depende de eso. Es que tú el candor lo llevas puesto, y Él lo tiene dentro y transpira por su mirada, por su sonrisa, por sus palabras. ¡Ésa es la cosa! ¡Ah, qué bien se está aquí con mi Jesús!

Y la buena María pone en la rodilla de Jesús una de sus manos deterioradas de mujer anciana y que ha trabajado. Y Jesús acaricia esta mano honesta.

María Salomé, que está examinando una túnica, exclama:

-¡Esto es peor que un desgarrón! ¡Hijo mío! ¿Pero quién te ha cerrado el agujero de esa manera? – y muestra escandalizada a sus compañeras una especie de... ombligo muy crespo que forma un anillo en relieve en la tela unido con unas puntadas que ciertamente a una mujer le causan horror. La extraña reparación es epicentro de unos fruncidos que, formando radios, se extienden por la espalda de la túnica.

Todos se ríen. El primero, Juan, que es el autor del recosido que explica:

-¡No podía estar con ese desgarrón, así que... lo cerré.

-¡Ya lo veo! ¡Pobre de mí! ¡Ya lo veo! ¿Pero no podías pedir a María de Jacob que te lo arreglara?

-¡Pobre mujer, si está casi ciega! Y, además... lo malo era que no estaba desgarrado, sino que era un verdadero agujero. La túnica quedó pillada en el haz de leña que llevaba en el hombro, y, al descargarlo, el haz se llevó el trozo de la túnica. ¡Y lo reparé así!

-Lo estropeaste, hijo mío. Necesitaría... -examina la túnica, meneando la cabeza, y dice- pensaba quitar el jaretón, pero ya tiene...

-Se lo quité yo en Nob porque estaba roto en el pliegue. Pero lo que quité se lo di a tu hijo... -explica Elisa.

-Sí, pero lo usé para hacer los cordones para mi bolsa...

-¡Pobres hijos! ¡Qué necesario es que nos tengan cerca a nosotras!- dice María Santísima, a la par que cose una túnica no sé de quién.

-Pues sería necesario un trozo de tela. Miren. Los puntos han terminado de romper toda la tela de alrededor, de modo que de un daño ya de por sí grande se ha creado uno irreparable; a menos que se pueda encontrar algo que sustituya al trozo que falta. En ese caso, aunque se vea... quedará pasable.

-Me has sugerido una parábola... - dice Jesús, y al mismo tiempo dice Judas:

-Creo que en el fondo de la bolsa tengo un trozo de tela de ese color, que sobró de una túnica que estaba demasiado descolorida para poderla llevar y se la di a un hombre pequeño, mucho más bajo que yo; tanto, que tuvimos que cortar casi dos palmas. Si esperas, voy a buscártelo. Pero antes quisiera oír la parábola.

-Que Dios te bendiga. Pues escucha la parábola si quieres, mientras, pongo los cordones a ésta de Santiago, que están completamente gastados.

-Habla, Maestro, y luego doy esta satisfacción a María Salomé.

(Parábola de la tela desgarrada)

-Hablo. Comparo con un trozo de tela el alma. Cuando es infundida es nueva, no tiene daños; sólo la mancha original, y no presenta en su textura ninguna herida, ninguna otra mancha o deterioro. Luego, con el tiempo y por acoger en sí una serie de vicios, se deteriora, llegando a veces a desgarrarse; por las imprudencias se mancha; por los desórdenes se daña. Una vez deteriorada, no se debe hacer un torpe remiendo, que sería origen de otros, más numerosos desgarrones, sino que hay que hacer un paciente y lento remiendo, perfecto, para anular lo más posible el daño creado. Y, si la tela está demasiado deteriorada, es más: si está tan dañada que ha perdido un trozo, no debe

uno, con soberbia, pretender anular el daño por sí solo, sino que debe ir a Aquel que se sabe que puede restituir nueva integridad al alma, porque nada le está vedado y todo lo puede. Estoy hablando de Dios, mi Padre, y de Mí, que soy el Salvador. Pero el orgullo del hombre es tal, que cuanto mayor es el desperfecto de su alma más trata de arreglarlo de cualquier manera con remedios incompletos que lo que hacen es causar un daño cada vez mayor.

Me podrán objetar que un desgarrón siempre se verá. Esto lo ha dicho también Salomé. Sí, se verán siempre las heridas que un alma ha sufrido. Pero el alma acomete su batalla y, consecuentemente, recibe heridas. Muchos son, en efecto, los enemigos que tiene alrededor. Pero nadie, viendo a un hombre cubierto de cicatrices, señales de gloriosas heridas recibidas en la batalla por conseguir la victoria, puede decir: “Este hombre es un inmundado”. Dirán, más bien; “Éste es un héroe, ahí están las señales purpúreas de su valor”. Y nunca se verá que un soldado evite las curas avergonzándose de una gloriosa herida; antes al contrario, irá al médico y le dirá con santo orgullo: “Mira, he luchado y he vencido. No he mirado por mí. Ya lo ves. Ahora cierra mis heridas para estar preparado para otras batallas y victorias”. Sin embargo, el que está llagado por enfermedades inmundas, causadas en él por vicios indignos, se avergüenza de sus llagas ante sus familiares y amigos, e incluso ante los médicos, y, a veces, es tan completamente necio, que las mantiene ocultas hasta que el hedor no las pone de manifiesto. Pero entonces es demasiado tarde para poner remedio.

Los humildes son siempre sinceros, y también son personas valientes, que no tienen motivo para avergonzarse de las heridas recibidas en la lucha. Los soberbios son siempre embusteros y cobardes; por su orgullo, por no querer ir a Aquel que puede curarlos y decirle: “Padre, he pecado. Pero, si Tú quieres, me puedes curar”, llegan a la muerte. Muchas son las almas que por el orgullo de no tener que confesar una culpa inicial llegan a la muerte. Y entonces también para éstas es demasiado tarde. No reflexionan en que la misericordia divina es más fuerte y vasta que cualquier gangrena, por fuerte y vasta que ésta sea, y que todo lo puede curar. Pero ellas, las almas de los orgullosos, cuando se dan cuenta de que han despreciado todo género de salvación, caen en la desesperación, porque están sin Dios, y, diciendo: “Es demasiado tarde” se proporcionan la última muerte, la de la condenación.

Puedes ir por tu tela, Judas...

-Voy por ella, pero esta parábola no me ha gustado. No la he entendido.

-¡Con lo clara que es! ¡La he entendido yo, que soy una pobre mujer!... –dice María Salomé.

-Pues yo no. Antes decías parábolas más bonitas. Ahora... las abejas... la tela... las ciudades que cambian de nombre... las almas barcas... Cosas tan pobres y tan confusas, que ya ni me gustan ni las entiendo... Pero voy por el trozo de tela porque, desde el punto de vista práctico, opino que es necesario, aunque también digo que seguirá siendo una túnica echada a perder – y Judas se levanta y se marcha.

María, a medida que iba hablando Judas, ha ido inclinando cada vez más su cabeza hacia su trabajo. Juana, por el contrario, la ha levantado y ha clavado en el imprudente sus ojos imperiosos y cargados de indignación. También Elisa ha alzado la cabeza, pero luego ha hecho lo mismo que María; y Nique también. Susana, estupefacta, ha abierto desmesuradamente sus grandes ojos y luego ha mirado en vez de al apóstol, a Jesús, como preguntándose por qué no reacciona. Ninguna ha hablado ni ha hecho gestos. Pero María Salomé y María de Alfeo, más llanas en sus modales, se han mirado, han movido la cabeza y, en cuanto ha salido Judas, Salomé ha dicho:

-¡Es él el que tiene echada a perder la cabeza!

-Sí. Por eso no comprende nada. Y no sé si ni siquiera Tú vas a poder arreglársela. Si fuera así mi hijo, acabaría de rompérsela del todo. Sí, de la misma forma que se la habría formado para que fuera cabeza de justo, se la rompería. ¡Mejor tener desfigurada la cara que no el corazón! – dice María de Alfeo.

-Sé indulgente, María. No puedes comparar a tus hijos, que se han desarrollado en una familia honesta, en una ciudad como Nazaret, con este hombre – dice Jesús.

-Su madre es buena. Su padre he oído decir que no era un hombre malo – replica María de Alfeo.

-Sí. Pero el orgullo no le faltaba en el corazón. Por eso alejó de la madre demasiado pronto al hijo, y contribuyó a desarrollar la herencia moral que él mismo había dado a su hijo mandándolo a Jerusalén. Es doloroso decirlo, pero el Templo no es un lugar donde el orgullo hereditario pueda disminuir... – dice Jesús.

-Ningún lugar de honor de Jerusalén es adecuado para hacer disminuir el orgullo o cualquier otro defecto – suspira Juana. Y añade: - Ni tampoco cualquier lugar de honor, bien sea en Jericó, bien en Cesárea de Filipo, o en Tiberíades o en la otra Cesárea... – y cose rápido, inclinando más de lo necesario su cabeza hacia su trabajo.

-María de Lázaro es imperiosa, pero no tiene orgullo – observa Nique.

-Ahora. Pero antes era muy soberbia. Lo contrario de sus padres, que nunca lo fueron- responde Juana.

-¿Cuándo van a venir? – pregunta Salomé.

-Pronto, si dentro de tres días tenemos que partir.

-Vamos a trabajar rápido, entonces. Casi no tenemos tiempo para terminar todo – exhorta María de Alfeo.

-Hemos tardado en venir por causa de Lázaro. Pero ha sido una cosa buena, porque así a María se le ha evitado mucha fatiga – dice Susana.

-¿Pero te sientes con fuerzas de recorrer tanto camino? ¡Es que estás tan pálida y cansada, María! – pregunta María de Alfeo poniendo la mano en el regazo de María y mirándola con preocupación.

-No estoy enferma, María. Puedo andar, por supuesto.

-Enferma, no; pero apenada, mucho, Madre. Yo daría todos los años que fueran, de mi vida, y abrazaría todos los dolores, con tal de verte de nuevo como te vi la primera vez – dice Juan, que la mira con compasión.

-Tu amor ya es medicina, Juan. Siento que se calma mi corazón al ver cómo aman a mi Hijo. Porque no es otra la causa de mi sufrimiento; no es otra, sino el ver que no lo aman. Aquí, a su lado y en medio de ustedes, que son tan fieles, renazco. Pero, claro... estos meses... sola en Nazaret... habiéndolo visto partir ya tan agobiado y perseguido..., y oyendo todas esas voces... ¡Oh, cuánto, cuánto dolor! Estando a su lado, veo, y digo: “Al menos mi Jesús tiene a su Madre que lo consuele, que le diga palabras que cubran otras palabras”, y veo también que no todo el amor ha muerto en Israel. Y siento paz, un poco de paz. No mucha... porque... - María ya no dice nada más. Agacha la cabeza –la había levantado para hablar con Juan- y ahora sólo se le ve la parte de arriba de la frente, que se enrojece por una emoción silenciosa. Luego dos lágrimas brillan en la túnica oscura que está cosiendo.

Jesús suspira. Se levanta de su sitio y va a sentarse a sus pies, delante. Ahí pone la cabeza sobre las rodillas de María, le besa la mano que tiene la tela y se queda luego así, como un niño que estuviera descansando. María quita la aguja de la tela para no herir a su hijo y luego pone la mano derecha en la cabeza reclinada sobre sus rodillas. Alza la cara y mira al cielo, ciertamente orando, aunque no mueva los labios; todo su aspecto dice que está orando. Luego se inclina para besar a su Hijo en el pelo, junto a la sien que queda descubierta. Las otras mujeres no hablan hasta que Salomé dice:

-¡¿Pero cuánto tiempo tarda Judas?! ¡Así va a ponerse el Sol y no voy a ver bien!

-Quizás alguien lo ha entretenido. ¿Quieres que vaya a apurarlo un poco? – contesta Juan.

-Harías bien en hacerlo. Porque, si no ha encontrado un trozo de tela igual, te acorto las mangas... total, está acercándose el verano, para el otoño ya te prepararé otra túnica porque ésta ya no está bien, y con el trozo que sobre te arreglaré esto. Para ir a pescar valdrá todavía. Porque está claro que después de Pentecostés vuelven a Galilea...

-Voy entonces- dice Juan, y, amable como siempre, pregunta a las otras mujeres:

-¿Tienen túnicas ya arregladas que pueda llevar a nuestras casas? Si las tienen, dénmelas. Así volverán menos cargadas.

Las mujeres recogen todo lo que han arreglado ya y se lo dan a Juan, que se vuelve para marcharse, pero... se para inmediatamente al ver que viene rápido hacia ellos María de Jacob.

La buena viejecita corre, cojeando, todo lo rápido que sus muchos años le permiten, y grita a Juan:

-¿Está allí el Maestro?

-Sí, madre. ¿Qué quieres?

La mujer, mientras sigue corriendo, responde:

-Ada está mal, mal... y su marido quisiera llamar a Jesús para consolarla... Pero después de que esos samaritanos se han portado... tan mal, no se atreve. Yo he dicho: “No lo conoces todavía. Yo voy y no... me dirá que no” – la viejecita jadea por la carrera y por la subida.

-Párate de correr. Voy contigo. Es más, me adelanto. Tú síguenos a paso tranquilo. Eres anciana, madre, para estas carreras- le dice Jesús. Y luego, a su Madre y a las discípulas:

-Me quedo en el pueblo. La paz a ustedes.

Toma a Juan de un brazo y baja con él rápidamente. La viejecita, cobrado nuevo aliento, le seguiría, después de haber respondido a las preguntas de las mujeres:

-¡Mmm! Sólo el Rabí la puede salvar. Si no, morirá como Raquel. Se está enfriando y está perdiendo las fuerzas y ya se retuerce de los espasmos del dolor.

Pero las mujeres la retienen diciéndole:

-¿Pero no han probado con ladrillos calientes debajo de los riñones?

-¡No! Mejor envolverla en paños de lana empapados de vino con aromas, lo más caliente que se pueda.

-A mí, para Santiago, me sentaron bien las fricciones de aceite y luego los ladrillos calientes.

-Háganla beber mucho.

-Si pudiera estar en pie y dar unos pasos y, mientras tanto, una le fricciona mucho la parte de los riñones.

Las mujeres-madres, o sea, todas menos Nique y Susana, y María que no sufrió los dolores de todas las mujeres cuando dio a luz a su Hijo, aconsejan quién una cosa, quién otra.

-Todo. Han probado todo. Pero tiene demasiado fatigados los riñones. ¡Es el hijo número once! Bueno, ahora me marchó, que ya he recuperado el aliento. ¡Recen por esa madre! Que el Altísimo la mantenga viva hasta que llegue donde ella el Rabí.

Y la pobre anciana sola y buena reanuda su trotecito.

Jesús, entretanto, baja ligero hacia la ciudad, llena de calor de Sol. Entra en ella por la parte opuesta a donde está situada su casa, o sea, entra por el noroeste de Efraím, mientras que la casa de María de Jacob está en el sureste. Anda ligero, sin detenerse a hablar con los que quisieran pararlo: los saluda y sigue.

Un hombre observa:

-Está inquieto con nosotros. Los de los otros lugares hicieron mal. Tiene razón.

-No. Va a casa de Yanoé. Se le está muriendo su mujer en el undécimo parto.

-¡Pobres hijos! ¿Y el Rabí va allí? Tres veces bueno. Ofendido, se muestra benéfico.

-¡Yanoé no lo ha ofendido! ¡Ninguno de nosotros lo ofendió!

-Pero en todo caso eran hombres de Samaria.

-El Rabí es justo y sabe distinguir. Vamos a ver el milagro.

-No podremos entrar. Es una mujer, y en el momento del parto.

-Pero oíremos llorar a la nueva criatura y será voz de milagro.

Corren para dar alcance a Jesús. Otros también se agregan para ver.

Jesús llega a la casa, desolada ante la inminente desventura. Los diez hijos –la mayor es una jovencita que llora rodeada por sus hermanitos más pequeños, que también lloran– están en un ángulo del pasillo, junto a la puerta abierta de par en par. Amigas del vecindario que van y vienen, susurro de voces, pisadas de pies descalzos que corren sobre el enlosado. Una mujer ve a Jesús y grita:

-¡Yanoé! ¡Espera! ¡Ha venido! – y corre con un ánfora humeante.

Viene inmediatamente un hombre. Se postra. Se limita a señalar a sus hijos y a decir estas palabras:

-Creo. Piedad. Por ellos.

-Levántate y ten ánimo. El Altísimo ayuda a quien tiene fe y compasión de sus hijos afligidos.

-¡Ven, Maestro! ¡Ven! Ya está negra, ahogada por las convulsiones. Casi no respira. ¡Ven!

El hombre, que ha perdido la cabeza y acaba de perderla del todo al oír el grito de una de las vecinas: ¡Yanoé, corre! ¡Ada se muere!– empuja a Jesús, tira de Él, para que vaya enseguida, enseguida, a la habitación de la moribunda, sordo a las palabras de Jesús, que dice:

-¡Ve y ten fe!

Fe tiene el pobre hombre. Lo que le falta es la capacidad de comprender el sentido de esas palabras, el sentido oculto, que es ya seguridad del milagro. Y Jesús, empujado y remolcado, sube la escala para entrar en la habitación de arriba, donde está la mujer. Pero Jesús se detiene en el descanso de la escala, a unos tres metros de la puerta, abierta, que permite ver una cara exangüe, o, más bien, amoratada, ya estirada por la máscara de la agonía. Las vecinas ya no intentan nada. Han tapado a la mujer hasta el mentón y miran. Están petrificadas a la espera de la defunción. Jesús extiende los brazos y grita:

-¡Quiero! – y se vuelve para marcharse.

El marido, las vecinas, los curiosos que se han congregado, se quedan desilusionados porque quizás esperaban que Jesús hiciera cosas más espectaculares, que el niño naciera instantáneamente. Pero Jesús, abriéndose paso y mirándolos fijamente mientras pasa por delante de ellos, dice:

-No duden. Un poco de fe todavía. Un momento. La mujer debe pagar el amargo tributo del parto. Pero está salvada – y dejándolos desconcertados, baja la escala. Pero, cuando está para salir a la calle, diciendo al pasar a los diez hijos atemorizados: “¡No teman! Su mamá está fuera de peligro” (y al decirlo hace una caricia en las caritas asustadas), un fuerte grito retumba en la casa y se esparce hasta la calle, de donde llega en ese momento María de Jacob, la cual, creyendo que ese grito es presagio de muerte, grita a su vez:

-¡Misericordia!

-¡No temas, María! ¡Ve rápido! Verás nacer al pequeño. Le han vuelto las fuerzas y los dolores. Pero dentro de poco habrá alegría.

Se marcha con Juan. Ninguno lo sigue porque todos quieren ver si se cumple el milagro. Es más, otros se dirigen presurosos hacia la casa, porque se ha esparcido la noticia de que el Rabí ha ido a

salvar a Ada. Y así Jesús, metiéndose por una callecita secundaria, puede ir sin obstáculos hacia una casa, en la cual entra llamando:

-¡Judas! ¡Judas!

Nadie responde.

-Ya ha subido, Maestro. Podemos ir nosotros también a casa. Pongo aquí las túnicas de Judas, Simón y tu hermano Santiago; luego dejaré las de Simón Pedro, Andrés, Tomás y Felipe en casa de Ana.

Así hacen efectivamente, y comprendo que, para dejar sitio libre a las discípulas, los apóstoles se han distribuido por otras casas; si no todos, al menos una parte de ellos.

Liberados ya de sus ropas, van hablando hacia la casa de María de Jacob, y entran por la puertecita del huerto, que está simplemente entornada. Entra.

Es la habitación donde comen, ahora que están las mujeres. En ella hay dos viejas cajas cerradas. Delante de una de ellas, concretamente la que está enfrente de la puerta, está Judas, morado, con los ojos llenos de ira y de temor al mismo tiempo, con una bolsa en las manos... La caja está abierta... En el suelo hay monedas. Otras se están cayendo todavía, saliendo de la bolsa que está en el borde de la caja, abierta su boca y medio echada. Todo testifica, de manera indudable, lo que estaba sucediendo: Judas ha entrado en casa, ha abierto la caja y ha robado, estaba robando.

Ninguno dice nada. Ninguno se mueve. Pero es peor que si todos gritaran o arremetieran el uno contra el otro. Tres estatuas: Judas, demonio; Jesús, el Juez; Juan, el hombre aterrorizado por la revelación de la bajeza de su compañero. La mano de Judas, que sujeta la bolsa, tiembla, de forma que las monedas que contiene tintinean amortiguadamente. Juan tiembla, tiembla todo él. Y, aunque se haya quedado apretando la boca con las manos, sus dientes castañetean. Sus ojos asustados miran más a Jesús que a Judas.

Jesús no tiembla en absoluto. Está bien derecho, glacial incluso, de tan rígido como está. Y da un paso hacia Judas, hace un gesto, indicando a Juan que se retire; dice una palabra:

-¡Márchate!

Pero Juan siente miedo y gime:

-¡No! ¡No! ¡No me digas que me marche! Déjame estar aquí. No diré nada... pero déjame estar aquí contigo.

-¡Márchate! ¡No temas! Cierra todas las puertas... y, si viene alguien... quienquiera que sea... aunque fuera mi Madre... no dejes que vengan aquí. Ve. ¡Obedece!

-¡Señor!...

Juan se muestra tan suplicante y está tan abatido que parece como si fuera él el culpable.

-Vete, te digo. No sucederá nada. Vete – y Jesús mitiga la orden poniendo la mano en la cabeza del Predilecto con un gesto de caricia. Y veo que esa mano ahora tiembla. Y Juan la siente temblar y la toma y la besa con un sollozo que dice mucho. Sale.

Jesús cierra la puerta con cerrojo. Se vuelve de nuevo para mirar a Judas, que debe sentirse muy apabullado si, siendo tan osado como es, no se atreve a decir una palabra ni a hacer un gesto. Jesús rodeando la mesa que está en el centro de la habitación, va directamente a ponerse enfrente de él. No sé decir si va rápido o lento. Estoy demasiado asustada de su cara como para poder medir el tiempo. Veo sus ojos y, como Juan, tengo miedo. El mismo Judas tiene miedo, retrocede y se mete entre la caja y una ventana que está completamente abierta y cuya luz, roja por el ocaso, incide toda sobre Jesús

¡Qué ojos tiene Jesús! No dice ni una palabra. Pero cuando ve que del cinturón de la túnica de Judas sobresale una especie de ganzúa, reacciona terriblemente. Alza el brazo con el puño cerrado como para golpear al ladrón, y su boca empieza la palabra: “¡Maldito!” o “¡Maldición!”. Pero se sobrepone. Detiene el brazo que ya estaba descendiendo y corta la palabra en las tres primeras letras. Se limita, con un esfuerzo de dominio que le hace temblar por entero, a abrir el puño cerrado, a bajar, hasta la altura de la bolsa que Judas tiene en la mano, el brazo alzado y a arrebatar la bolsa y arrojarla al suelo. Y, mientras pisotea la bolsa y las monedas y las disemina con un furor contenido pero terrible, dice:

-¡Fuera! ¡Inmundicia de Satanás! ¡Oro maldito! ¡Espeto del Infierno! ¡Veneno de la Serpiente! ¡Fuera!

Judas, que ha emitido un grito estrangulado cuando ha visto a Jesús ya casi maldiciéndolo, ahora ya no reacciona. Pero al otro lado de la puerta cerrada otro grito resuena cuando Jesús tira contra el suelo la bolsa, y este grito de Juan exaspera al ladrón. Lo pone furioso. Casi se arroja contra Jesús. Grita:

-¡Me has puesto un espía para desacreditarme! ¡Un espía que es un muchacho ignorante que no sabe ni siquiera guardar silencio, que me desacreditará ante todos! Es lo que Tú querías. De todas maneras... ¡Sí! Yo también lo quiero. ¡Esto quiero! Ponerte en la tesitura (*disposición del ánimo*) de

echarme, de maldecirme. ¡Moverte a maldecirme! ¡A maldecirme! Todo lo he intentado para que me echaras.

Está ronco de ira y feo como un demonio. Jadea como si tuviera algo que lo estrangulara.

Jesús le repite, terrible aunque con voz contenida:

-¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón! Hoy ladrón. Mañana asesino. Como Barrabás. Peor que él.

Le susurra esa palabra en la cara, porque ahora están cercanísimos, a cada frase del otro.

Judas, recobrado el aliento, responde:

-Sí. Ladrón. Y por culpa tuya. Todo el mal que hago es por culpa tuya, y Tú no te cansas nunca de destruirme. Salvas a todos. Das amor y honores a todos. Acoges a los pecadores, no te dan asco las prostitutas, tratas amistosamente a los ladrones y a los usureros y alcahuetes de Zaqueo, acoges como si fuera el Mesías al espía del Templo. ¡Qué necio eres! Y haces jefe nuestro a un ignorante, tesorero a un cobrador de tributos, confidente tuyo a un necio. Y a mí me mides la mota, no me dejas una moneda, me tienes a tu lado como los galeotes están amarrados al banco del remo, no quieres ni siquiera que nosotros... digo nosotros, pero soy yo, yo sólo, el que no debe aceptar dádivas de los peregrinos. Es para que no toque el dinero, por lo que has ordenado que no aceptáramos dinero de nadie. Porque me odias. Pues bien, ¡también yo te odio! Hace un momento, no has sabido golpearme ni maldecirme. Tu maldición me habría reducido a cenizas. ¿Por qué no la has proferido? Hubiera preferido tu maldición antes que verte tan inepto, tan enervado (*debilitado...*) un hombre acabado, derrotado...

-¡Calla!

-¡No! ¿Tienes miedo de que Juan oiga? ¿Tienes miedo de que él por fin comprenda quién eres y te deje? ¡Ah, tienes este miedo, Tú que te haces el héroe! ¡Claro que lo tienes! ¡Y tienes miedo de mí! ¡Tienes miedo! Por eso no me has sabido maldecir. Por eso finges que me estimas, cuando en realidad me odias. ¡Para halagarme! Para tenerme calmo. ¡Tú sabes que soy una fuerza! Sabes que soy la fuerza, la fuerza que te odia y te vencerá. Te he prometido que te seguiré hasta la muerte ofreciéndote todo, y todo te lo he ofrecido, y estaré junto a Ti hasta tu hora y la mía. ¡Magnífico rey que no sabe maldecir ni arrojar a uno de su presencia! ¡Rey nube! ¡Rey ídolo! ¡Rey necio! ¡Embustero! Traidor de tu propio destino. Siempre me has despreciado, desde nuestro primer encuentro. No has correspondido conmigo. Te creías sabio. Eres un obtuso. Yo te enseñaba el camino adecuado. Pero Tú... ¡Oh, Tú eres el Puro! Eres la criatura que es hombre pero que es Dios, y desprecias los consejos del inteligente. Te equivocaste desde el primer momento y sigues equivocándote. Tú... Tú eres... ¡Aj!

El río de palabras cesa de repente, y a tanto clamor le sigue un silencio lúgubre; a tantos gestos, una lúgubre inmovilidad. Porque mientras escribía sin poder decir lo que sucedía, Judas, encorvado, semejante, sí, verdaderamente semejante a un perro furioso que acechara a su presa y se aproximara a ella preparado para saltar, se ha ido acercando cada vez más a Jesús, con una cara que no se podía mirar, con las manos torcidas, los codos apretados contra el cuerpo, verdaderamente como si estuviera para saltar sobre Jesús, el cual no ha dado muestras del más mínimo miedo, y se ha movido, volviéndole incluso las espaldas – Judas hubiera podido saltar sobre Él y agarrarlo por el cuello, pero que no lo ha hecho- para abrir la puerta y mirar en el pasillo si Juan se había ido realmente. El pasillo estaba vacío y semioscuro, pues Juan había salido por la puerta que da al huerto y la había cerrado. Jesús, entonces, ha vuelto a cerrar con cerrojo y se ha puesto contra la puerta, esperando, sin un gesto ni una palabra, a que la furia cesara.

Yo no soy competente en la materia, pero creo que no me equivoco si digo que por la boca de Judas ha hablado Satanás en persona; si digo que éste es un momento de evidente posesión de Satanás en el apóstol pervertido, ya en el umbral del Delito, ya condenado por propia voluntad. La misma manera de cesar el río de palabras, dejando como aturdido al apóstol, me recuerda otras escenas de posesión vistas en los tres años de vida pública de Jesús.

Jesús, apoyado en la puerta, todo blanco contra la madera oscura, no hace el más mínimo gesto. Solamente mira al apóstol con sus potentes ojos de dolor y fervor. Si se pudiera decir que los ojos oran, yo diría que los ojos de Jesús oran mientras mira a este desdichado. Porque no es sólo dominio lo que emana de esos ojos tan afligidos, sino que es también fervor de oración. Luego, hacia el final de las palabras de Judas, Jesús abre los brazos que tenía pegados a los costados, pero no los abre ni para tocar a Judas ni para hacer un gesto hacia él o levantarlos hacia el cielo. Los abre horizontalmente, tomando la postura del Crucificado, ahí, contra la madera oscura y la pared rojiza. Es en ese momento cuando en la boca de Judas se hacen más lentas las últimas palabras y se oye ese “¡Aj!” que las trunca.

Jesús se queda como está, con los brazos abiertos. Sigue mirando al apóstol con esos ojos de dolor y oración. Y Judas, como uno que saliera de un estado de delirio, se pasa la mano por la frente, por la

cara sudada... piensa, recuerda y, rememorando todo, cae al suelo, no sé si llorando o no. Lo cierto es que se derrumba como si le faltaran las fuerzas.

Jesús baja la mirada y los brazos, y con voz baja pero clara dice:

-¿Y entonces? ¿Te odio? Podría golpearte con mi pie, aplastarte llamándote “gusano”; podría maldecirte, de la misma manera que te he librado de la fuerza que te hace delirar. Has pensado que es debilidad mi imposibilidad de maldecirte. ¡No es debilidad! Es que Yo soy el Salvador, y el Salvador no puede maldecir; puede salvar, quiere salvar... Tú has dicho: “Yo soy la fuerza, la fuerza que te odia y te vencerá”. Yo también soy la Fuerza; es más, soy la única Fuerza. Pero mi fuerza no es odio, es amor. Y el amor no odia ni maldice, nunca. La Fuerza podría incluso vencer las batallas en particular, como ésta entre Yo y tú, entre Yo y Satanás, que está en ti, y arrebatarte de las manos de tu amo, para siempre, como he hecho ahora adquiriendo la semblanza (*apariencia*) del signo que salva, de la Tau (τ: tau, letra del alfabeto griego en forma de cruz) que Lucifer no puede ver. Podría incluso vencer estas batallas en particular, como vencerá la próxima batalla contra Israel incrédulo y asesino, contra el mundo y Satanás, derrotado por la Redención. Podría vencer incluso estas batallas en particular, como vencerá la última, lejana para quien cuenta por siglos, cercana para quien mide el tiempo con la medida de la eternidad.

¿Pero qué beneficio, de violar las reglas perfectas del Padre mío? ¿Será justicia? ¿Habría mérito? No. No sería justicia ni habría mérito. No sería justicia, respecto a los otros hombres culpables, a los cuales no se les quita la libertad de serlo, y los cuales podrían, en el último día, preguntarme el por qué de la condena y echarme en cara la parcialidad usada sólo contigo. Serán diez, cien mil, setenta veces diez, cien mil los que cometan tus mismos pecados y vendrán a ser poseídos por el demonio por voluntad propia, y serán ofensores de Dios, torturadores de su padre y madre, asesinos, ladrones, embusteros, adúlteros, lujuriosos, sacrílegos y, finalmente, deicidas, matando a Cristo: materialmente, en un día cercano; espiritualmente, en sus corazones, en los tiempos futuros. Y todos podrían decirme, cuando venga a separar a los corderos de los cabros, a bendecir a los primeros y a maldecir, entonces sí, a maldecir a los segundos – a maldecir porque entonces ya no habrá redención, sino gloria o condena, a maldecirlos después de haberlos maldecido ya en particular en muerte primera y en el juicio individual; porque el hombre, tú lo sabes porque me lo has oído decir muchísimas veces, porque el hombre puede salvarse mientras dura la vida, en el momento incluso de los últimos estertores; basta un instante, una milésima de minuto para que todo quede dicho entre el alma y Dios, para pedir perdón y obtener la absolución... - todos, decía, todos estos condenados podrían decirme: “¿Por qué a nosotros no nos ligaste al Bien como hiciste con Judas?”. Y tendrían razón.

Porque todo hombre nace con las mismas cosas naturales y sobrenaturales: un cuerpo, un alma. Y mientras el cuerpo, siendo generado por hombres, puede ser más o menos fuerte y sano desde el nacimiento, el alma, creada por Dios, es para todos igual y está dotada de las mismas propiedades, de los mismos dones recibidos de Dios. Entre el alma de Juan –me refiero al Bautista- y la tuya no había diferencia cuando fueron infundidas en la carne. Y, no obstante, te digo que, aun cuando la Gracia no lo hubiera presantificado para que el Herald de Cristo no tuviera mancha alguna (como sería propio de todos los que me predicán, al menos en lo que se refiere a los pecados actuales), su alma habría venido a ser muy distinta de la tuya. O mejor: la tuya habría venido a ser distinta de la suya. Porque él habría conservado a su alma en la frescura propia de los no culpables, es más, la habría ido adornando cada vez más de justicia, secundando la voluntad de Dios, que desea que sean justos, desarrollando con una perfección cada vez más heroica, los dones gratuitos recibidos. Tú, sin embargo... has devastado tu alma y has desbaratado los dones que Dios le había dado. ¿Qué has hecho de tu libertad de arbitrio? ¿Qué has hecho de tu intelecto? ¿Has conservado en tu espíritu la libertad que tenía? ¿Has usado la inteligencia de tu mente con inteligencia? No. Tú, tú que no quieres obedecerme a Mí – no digo sólo a Mí como Hombre, sino tampoco a Mí como Dios- has obedecido a Satanás. Has usado la inteligencia de tu mente y la libertad de tu espíritu para comprender las Tinieblas. Voluntariamente. Han sido puestos ante ti el Bien y el Mal. Has elegido el Mal. Es más, ha sido puesto ante ti sólo el Bien: Yo. Tu Eterno Creador, que ha seguido la evolución de tu alma –es más: que conocía esta evolución porque nada de cuanto palpita desde que el Tiempo existe ignora el Eterno Pensamiento- te ha puesto delante el Bien, sólo Bien, porque sabe que eres más débil que un alga de canal de riego.

Tú me has gritado que te odio. Ahora bien, siendo Yo Uno con el Padre y el Amor, Uno tanto aquí como en el Cielo, porque, si en Mí se hallan las dos Naturalezas, y Cristo, por su naturaleza humana y mientras la victoria no lo libere de las limitaciones humanas, está en Efraím y no puede estar en otro lugar en este instante; como Dios, Verbo de Dios, estoy tanto en el Cielo como en la Tierra, siendo siempre omnipresente y omnipotente mi Divinidad, siendo Yo Uno con el Padre y el Espíritu Santo, la acusación que has hecho contra Mí la has hecho contra Dios Uno y Trino. Contra Dios

Padre, que por amor te ha creado; contra Dios Hijo, que por amor se ha encarnado para salvarte; contra Dios Espíritu, que por amor te ha hablado tantas veces para darte buenos deseos. Contra este Dios Uno y Trino, que tanto te ha amado, que te ha traído a mi camino, haciéndote ciego para el mundo para darte tiempo de verme a Mí; sordo para el mundo para darte la manera de oírme a Mí. ¡Y tú!... ¡Y tú!... Después de haberme visto y oído, después de haber venido libremente al Bien, sintiendo con tu intelecto que ése era el único camino de la verdadera gloria, has rechazado el Bien y te has entregado libremente al Mal. ¿Podrás, entonces, tú que con tu libre arbitrio has querido esto, tú que has rechazado cada vez más bruscamente mi mano, que se te ofrecía para sacarte del remolino, tú que te has alejado cada vez más del puerto para sumirte en el enfurecido mar de las pasiones, del Mal, podrás decirme a Mí y a Aquel de quien procedo y a Aquel que me ha formado como Hombre para intentar tu salvación, podrás decirnos que te hemos odiado?

Me has acusado de que quiero tu mal... También el niño enfermo acusa al médico y a su madre por las amargas medicinas que le hace beber y por las cosas que él desea y que, por su bien, le niegan. ¿Tan ciego y demente te ha vuelto Satanás, que no comprendes ya la verdadera naturaleza de las medidas que he tomado contigo; tan ciego y demente, que has llegado a tachar de malevolencia, de deseos de hundirte, lo que en realidad es cuidado pródigo de tu Maestro, de tu Salvador, de tu Amigo para curarte? Te he tenido a mi lado... Te he quitado de las manos el dinero. Te he impedido que toques ese maldito metal que te enloquece... ¿Pero es que no sabes, es que no sientes que ese metal es como esos brebajes mágicos que despiertan una sed inapagable, que introducen en la sangre un ardor, un frenesí que conducen a la muerte? Tú – leo tu pensamiento – me censuras así:

“¿Y entonces por qué durante tanto tiempo me has dejado ser el que administraba el dinero?”. ¿Por qué? Porque si te hubiera impedido antes tocarlo, te habrías vendido antes y habrías robado antes. De todas formas, te has vendido, porque poco podías robar... Pero Yo debía tratar de impedirlo sin violentar tu libertad. El oro es tu ruina. Por el oro te has hecho lujurioso y traidor...

-¡Ah, entonces has creído a Samuel! Yo no soy...

Jesús, que había ido adquiriendo un tono más vivo, pero sin asumir en ningún momento matices de violencia o castigo, de improviso emite un grito imperioso, yo diría colérico (*de cólera*). Asaetea con sus miradas el rostro de Judas, que lo había alzado para decir esas palabras, e impone un “¡Calla!” que parece el estallido de un rayo. Judas se apoya de nuevo en los talones y ya no abre la boca.

Es un momento de silencio en que Jesús, con visible esfuerzo, recompone su humanidad con una compostura, con un dominio tan poderoso, que por sí solo testimonia lo divino que hay en Él. Continúa hablando con su voz habitual, cálida, dulce incluso cuando es severa, persuasiva, conquistadora... Sólo los demonios pueden oponer resistencia a esa voz.

-No necesito que hable Samuel, o quien sea, para conocer tus acciones. ¡Oh, desdichado! ¿Pero sabes ante Quién estás? ¡Es verdad! Dices que ya no comprendes mis parábolas. No comprendes ya mis palabras. ¡Pobre infeliz! Ya no te comprendes ni a ti mismo. Ya no comprendes ni siquiera el bien y el mal. Satanás, al cual te has entregado de muchas maneras, Satanás, al que has secundado en todas las tentaciones que te presentaba, te ha hecho estúpido. ¡Pero antes me comprendías! ¡Creías que era Quien soy! Y este recuerdo no está apagado en ti. ¿Y puedes creer que el Hijo de Dios necesite las palabras de un hombre para conocer el pensamiento y las acciones de otro hombre? No estás todavía tan pervertido, que no creas que Soy Dios, y en esto está tu mayor culpa. Porque el miedo que sientes de mi ira demuestra que crees que Soy Dios. Sientes que no luchas contra un hombre, sino contra Dios mismo, y tienes miedo. Tienes miedo porque – Caín – no puedes ver a Dios ni pensar en Él sino como Vengador de Sí mismo y de los inocentes. Tienes miedo de que te suceda lo que a Coré, Datán, Abirón y a sus seguidores. (Coré, Datán y Abirón, cuya rebelión y consecuencias están narradas en Números 16 (16,31: “*Se abrió el suelo debajo de ellos, la tierra abrió su boca y se los tragó con todas sus familias*”) y evocadas en Levítico 10, 1-3; Salmo 106, 16-18 y Eclesiástico 45,18-20). Y, a pesar de todo, sabiendo Quién soy, luchas contra Mí. Debería decirte: “¡Maldito!”. Pero no sería ya el Salvador...

Querrías que te expulsara. Haces de todo, dices de todo, para conseguirlo. Esta razón no justifica tus acciones. Porque no hay necesidad de pecar para separarse de Mí. Lo puedes hacer, te lo digo. Te lo tengo dicho desde Nob, cuando me volviste, una mañana pura, sucio de mentiras y lascivia, como si hubieras salido del infierno para caer en el cieno de los puercos o en la cama de monos libidinosos y Yo tuve que hacer un esfuerzo sobre Mí mismo para no alejarte con la punta de mi sandalia como se hace con un trapajo asqueroso, para frenar la náusea que me revolvía no sólo el espíritu sino también las vísceras. Siempre te lo he dicho. Incluso antes de aceptarte. Y antes de venir aquí. En ese momento, precisamente para ti, para ti sólo hablé. Pero tú siempre has querido quedarte. Para perdición tuya. ¡Tú! ¡Mi mayor dolor!

Pero, claro, tú piensas y dices, primer hereje de muchos que vendrán, que estoy por encima del dolor. No. Sólo estoy por encima del pecado, sólo por encima de la ignorancia: de aquél, porque soy

Dios; de ésta, porque no puede haber ignorancia en el alma que no está lesionada por la Culpa Original. Pero Yo te hablo como Hombre, como el Hombre, como el Adán Redentor que ha venido a expiar la Culpa del Adán pecador y a mostrar lo que habría sido el hombre si hubiera permanecido como fue creado: inocente. ¡Entre los dones de Dios a Adán no se contaban –dado que la unión con Dios infundía las luces del Padre Omnipotente en el hijo bendito – una inteligencia sin taras y una ciencia grandísima! Yo, nuevo Adán, estoy por encima del pecado por voluntad mía propia...

Un día de un tiempo ya lejano, te asombraste de que Yo hubiera sido tentado, y me preguntaste si no había cedido nunca. ¿Lo recuerdas? Y Yo te respondí. Sí. Como podía responderte... porque ya entonces eras un hombre tan menoscabado, que era inútil abrir ante tus ojos las perlas preciosísimas de las virtudes del Cristo. No habrías comprendido su valor y... las habrías tomado por... piedras, debido a sus medidas excepcionales. También en el desierto te respondí, repitiendo las palabras, el sentido de las palabras que te había dicho en aquel anochecer yendo hacia el Getsemaní.

Si hubiera sido Juan, o Simón el Zelote, quienes me hubieran hecho esa pregunta, habría respondido de otra manera, porque Juan es hombre puro y no la habría hecho con la malicia con que tú, estando lleno de malicia, la hiciste..., y porque Simón es un anciano sabio y aun no ignorando la vida como la ignora Juan, ha alcanzado esa sabiduría que sabe contemplar todos los episodios sin sufrir turbación en el yo. Pero ellos no me preguntaron si había cedido alguna vez a las tentaciones, a la tentación más común, a ésa tentación. Porque en la pureza inmaculada del primero no hay recuerdos de lujuria y en la mente meditativa del segundo hay mucha luz para ver resplandecer en Mí la pureza.

Tú preguntaste... Y Yo te respondí. Como podía hacerlo. Con esa prudencia que no debe nunca separarse de la sinceridad, santas la una y la otra ante los ojos de Dios. Esa prudencia que es como el ternario velo extendido entre el Santo y el pueblo, corrido para ocultar el secreto del Rey. Esa prudencia que regula las palabras según la persona que las escucha, según la capacidad intelectual para comprender, según la pureza espiritual y justicia de esta persona. Porque hay verdades que en los oídos de los impuros se hacen objeto de risa, no de veneración...

No sé si recuerdas todas aquellas palabras. Yo sí las recuerdo. Y te las repito aquí, en esta hora en que Yo y tú, ambos, estamos en la orilla del Abismo. Porque... no, esto no hace falta decirlo. Yo, como respuesta al “por qué” que mi primera explicación no te había satisfecho, dije en el desierto: “El Maestro nunca se ha sentido superior al hombre por ser “el Mesías”; antes bien, sabiéndose Hombre, ha querido serlo en todo menos en el pecado. Para ser maestro hay que haber sido escolar. Mi inteligencia divina podía hacerme comprender por poder intelectual e intelectualmente las luchas del hombre. Pero un día algún pobre amigo mío hubiera podido decir: “No sabes lo que quiere decir ser hombre y tener sentidos y pasiones”. Habría sido un reproche justo. He venido aquí para prepararme no sólo para la misión, sino también para la tentación. Tentación satánica. Porque el hombre no habría podido tener poder sobre Mí. Satanás ha venido cuando ha cesado mi unión solitaria con Dios y he sentido que era el Hombre con una verdadera carne sujeta a las debilidades de la carne: hambre, cansancio, sed, frío. He sentido la materia con sus exigencias, lo moral con sus pasiones. Y si, por mi voluntad, he doblegado en su origen todas las pasiones no buenas, he dejado, en cambio, que crecieran las santas pasiones”.

¿Recuerdas estas palabras? Y también dije –esto a ti solamente- la primera vez: “La vida es un don santo, por lo que hay que amarla santamente. La vida es medio que sirve para el fin, que es la eternidad”. Dije: “Démosle, entonces, a la vida aquello que necesita para mantenerse y servir al espíritu en su conquista: continencia de la carne en sus apetitos, continencia de la mente en sus deseos, continencia del corazón en todas las pasiones que tienen sabor humano, impulso ilimitado en orden a las pasiones que son del Cielo: amor a Dios y al prójimo, voluntad de servir a Dios y al prójimo, obediencia a la voz de Dios, heroísmo en el bien y en la virtud”.

Y en aquella ocasión me dijiste que Yo podía hacer eso porque era santo, pero que tú no podías porque eras un hombre joven, lleno de vitalidad. ¡Como si ser joven y sentirse vigoroso fuera un atenuante para el vicio! ¡Como si sólo los viejos o los enfermos, por edad o debilidad impotentes para lo que tú –abrasado como estás de lujuria- pensabas, estuvieran libres de las tentaciones de la carne! Hubiera podido rebatirte muchas cosas en aquel momento, pero no estabas en condiciones de comprenderlas. Tampoco ahora lo estás, pero al menos ahora no puedes sonreír con tu sonrisa incrédula si te digo que el hombre sano, si por sí mismo no acoge las insinuaciones del demonio y de la carne, puede ser casto.

Castidad es afecto espiritual, es movimiento que se refleja en la carne penetrándola toda, elevándola, perfumándola, preservándola. En quien está saturado de castidad no hay sitio para otros movimientos menos buenos. En él no entra la corrupción. No hay sitio para ella. ¡Y, además, la corrupción no entra de afuera! No es un movimiento de penetración desde fuera hacia dentro. Es un

movimiento desde dentro, desde el corazón, desde la mente, sale hacia la cobertura externa, hacia la carne, y la penetra y la empapa. Por eso Yo he dicho que lo que corrompe sale del corazón. Todo adulterio, toda lujuria, todo pecado sensual, vienen de una maquinación de la mente que, corrompida, viste de estimulante aspecto todo lo que se ve. Esos pecados no se originan en lo externo. Todos los hombres tienen ojos para ver. ¿Por qué sucede, entonces, que una mujer que deja indiferentes a diez, que la miran como a una criatura semejante a ellos, que incluso la ven como una hermosa obra de la Creación, sin sentir por ello que surjan estímulos y fantasmas obscenos, esa mujer turba, en cambio, al undécimo hombre y lo lleva a indignas concupiscencias? Pues sucede porque ese undécimo tiene el corazón y la mente corrompidos, y donde diez ven a una hermana él ve a una hembra.

Aun no diciéndote esto entonces, te dije que Yo había venido precisamente para los hombres, no para los ángeles. He venido para devolver a los hombres su realeza de hijos de Dios, enseñándoles a vivir como dioses. En Dios no hay lujuria, Judas. Pero Yo les he querido mostrar que también el hombre puede estar exento de lujuria; y les he querido mostrar que se puede vivir como Yo enseño. Para mostrarles esto he debido tomar una carne verdadera, para poder padecer las tentaciones del hombre y decirle al hombre, después de haberlo instruido: “Hagan como Yo”.

Y tú me preguntaste si, tentado, pequé. ¿Lo recuerdas? Y Yo, viendo que no podías comprender que hubiera sido tentado y no hubiera caído (pues que te parecía inadecuada la tentación para el Verbo e imposible el no pecar para el Hombre), pues te respondí que todos pueden ser tentados, pero que pecadores son sólo aquellos que quieren serlo. Tu estupor fue grande, un estupor incrédulo. Tanto fue así que insististe: “¿Has pecado alguna vez?”. Entonces podías ser incrédulo. Nos conocíamos desde hacía poco. Palestina está llena de rabíes en los que la doctrina que enseñan es la antítesis de la vida que llevan. Pero ahora tú sabes que Yo no he pecado, que no pecho. Sabes que la tentación, aun la más violenta, dirigida contra el hombre sano, viril, que vive en medio de los hombres, rodeado de los hombres y de Satanás, no me turba hasta el pecado. Antes al contrario, toda tentación, a pesar de que el hecho de rechazarla aumentase su virulencia, porque el demonio la hacía cada vez más violenta para vencerme, era una victoria mayor. Y no sólo respecto a la lujuria, torbellino que ha estado dando vueltas en torno a Mí sin poder mover ni mellar mi voluntad.

No hay pecado donde no hay consentimiento a la tentación, Judas. Hay, sí, pecado donde, aun sin consumir el acto, se da cabida a la tentación y se la contempla. Será pecado venial, pero es ya un camino que conduce al pecado mortal que aquél prepara en ustedes. Porque acoger la tentación y detener en ella el pensamiento, seguir mentalmente las fases de un pecado significa que uno se debilita a sí mismo. Satanás sabe esto, y por eso lanza insistentemente llamaradas, siempre esperando que una de ellas penetre y trabaje dentro... Después sería fácil hacer que el tentado se transformara en culpable.

Tú, entonces, no comprendiste. No podías comprender. Ahora puedes. Ahora mereces menos entender que en aquella ocasión, y no obstante, te repito las palabras que te dije a ti, que dije para ti, porque es en ti, no en Mí, donde la tentación rechazada no se acalla... Y no se acalla porque no la rechazas totalmente. No cumples el acto, pero acaricias el pensamiento del acto. Hoy así, y mañana... mañana caes en el verdadero pecado. Por eso en aquella ocasión te enseñé a pedir al Padre que no te dejara caer en la tentación. Yo, el Hijo de Dios, Yo, habiendo vencido ya a Satanás, he pedido ayuda al Padre porque soy humilde. Tú, no. Tú no has pedido a Dios salvación, preservación. Tú eres soberbio. Y por eso te hundes...

¿Recuerdas todo esto? ¿Y puedes comprender ahora lo que significa para Mí, verdadero Hombre, con todas las reacciones del hombre, y verdadero Dios, con todas las reacciones de Dios, el verte así: lujurioso, embustero, ladrón, traidor, homicida? ¿Sabes qué esfuerzo me impones teniendo que soportar tu compañía? ¿Sabes qué fatigoso resulta dominarme, como ahora, para cumplir hasta el extremo mi misión en ti? Cualquier otro hombre que hubiera visto que eres un ladrón, que te hubiera sorprendido descerrajando para coger monedas, y que te viera traidor, y más que traidor... te habría echado manos al cuello... Yo te he hablado. Todavía con piedad. Mira. No estamos en verano. Por la ventana entra la brisa fresca del atardecer, y no obstante, sudo como si hubiera bregado en el más duro de los trabajos. ¿Pero no te das cuenta de lo que me cuestas? ¿De lo que eres? ¿Quieres que te aleje de Mí? No. Nunca. Cuando uno se está ahogando es asesino el otro que lo deja abandonado. Tú te encuentras entre dos fuerzas que te atraen: Yo y Satanás. Pero, si te dejas, al único que tendrás será a él. ¿Cómo te salvarás entonces? Y, a pesar de todo, tú me dejarás... Ya me has dejado con tu espíritu... Bien, pues Yo, de todas formas, retengo junto a Mí la crisálida de Judas. Tu cuerpo desprovisto de la voluntad de amarme, tu cuerpo inerte en orden al Bien. Lo retengo mientras tú no exijas incluso esta nada que son tus despojos para reunirla con el espíritu y pecar con todo tu ser...

¡Judas!.. ¿No me hablas, Judas? ¿No tienes una palabra para tu Maestro? ¿No tienes nada que suplicarme? No exijo que me digas: “¡Perdón!”. Demasiadas veces te he perdonado, sin resultado. Sé que esa palabra es un sonido en tus labios; sé que no es un movimiento del espíritu contrito. Yo quisiera un movimiento de tu corazón. ¿Estás tan muerto que ya no tienes ni deseo? ¡Habla! ¿Tienes miedo de Mí? ¡Oh, si tuvieras miedo!, ¡al menos, miedo! Pero no me temes. Si tuvieras temor de Mí, te diría las palabras de aquel lejano día en que hablamos de tentaciones y pecados: “Yo te digo que incluso después del Delito de los delitos, si el culpable corriera a echarse a los pies de Dios con verdadero arrepentimiento y, llorando, le suplicara que lo perdonase ofreciéndose con confianza a expiar, sin desesperarse, Dios lo perdonaría, y, a través de la expiación, el culpable salvaría todavía su espíritu”. De todas formas, Judas, aunque tú no me temas Yo te sigo amando. ¿No tienes nada que pedir en esta hora a mi amor infinito?

-No. O, como mucho, una cosa: que le impongas a Juan que no hable. ¿Cómo crees que podré expiar, si soy un oprobio en medio de ustedes? – lo dice con arrogancia. Y Jesús le contesta:

-¿Y lo dices así? Juan no hablará. Pero tú al menos –y esto soy Yo el que te lo pide- actúa de forma que esta desventura tuya no se manifieste en nada. Recoge esas monedas y mételas otra vez en la bolsa de Juana... Voy a tratar de cerrar el arca... con el hierro que has usado tú para abrirla...

Y mientras Judas, de mala gana, recoge las monedas que han rodado por todas partes, Jesús se apoya en el arca abierta, como cansado. La luz disminuye en la habitación, pero no tanto como para no permitir ver que Jesús llora silencioso mientras mira al apóstol, que está agachado recogiendo las monedas esparcidas.

Judas termina. Va al arca. Toma la amplia, pesada bolsa de Juana y mete las monedas; la cierra y dice:

-¡Pues ya está! – y se aparta.

Jesús alarga la mano para coger la rudimentaria ganzúa fabricada por Judas, y con mano temblorosa hace saltar el resorte y cierra el arca. Luego pone el hierro contra la rodilla y lo dobla en forma de V y con el pie termina de apretarlo, de forma que lo deja inservible; luego lo recoge y se lo esconde en el pecho (al hacer esto, unas lágrimas caen en el lino de la túnica).

Judas, por fin, hace un gesto de autorreconocimiento: se tapa la cara con las manos y rompe a llorar, diciendo:

-¡Soy un maldito! ¡Soy el oprobio de la Tierra!

-¡Eres el desventurado eterno! ¡Y pensar, que si quisieras, podrías ser todavía dichoso!

-¡Júrame! Júrame que ninguno sabrá nada... y yo te juro que me redimiré – grita Judas.

-No digas: “y yo me redimiré”. Tú no puedes. Sólo Yo puedo redimirte. El que antes hablaba por tus labios sólo puede ser vencido por Mí. Dime las palabras de la humildad: “¡Señor, sálvame!”, y Yo te liberaré del que te domina. ¿No comprendes que espero más estas palabras que el beso de mi Madre?

Judas llora, llora, pero no dice estas palabras.

-Ve. Sal de aquí. Sube a la terraza. Ve donde quieras, pero no montes escenas espectaculares. Márchate. Márchate. Ninguno te va a descubrir porque Yo estaré atento. Desde mañana tendrás el dinero. Ya todo es inútil.

Judas sale sin replicar. Jesús, solo ahora, se deja caer sobre un asiento que está junto a la mesa y cruzados los brazos y apoyados en la mesa, apoyada la cabeza encima de los brazos, llora angustiosamente.

Pasados unos minutos, entra despacio Juan. Se queda un momento en el umbral de la puerta. Luego corre hasta Jesús y lo abraza suplicando:

-¡No llores, Maestro! ¡No llores! Yo te quiero... incluso por ese desdichado...

Lo levanta, lo besa, bebe el llanto de Dios y, a su vez, llora. Jesús lo abraza. Las dos cabezas rubias, la una contra la otra se intercambian lágrimas y besos. Pero Jesús pronto se sobrepone y dice:

-Juan, por amor a Mí, olvida todo esto. Lo quiero.

-Sí, mi Señor. Trataré de hacerlo. Pero Tú deja de sufrir... ¡Ah, qué dolor! Y me ha hecho pecar, mi Señor. He mentido. He tenido que mentir porque han vuelto las discípulas. No. Antes los de la mujer: te buscaban para bendecirte: ha nacido felizmente un niño varón. He dicho que habías vuelto al monte... Luego han venido las mujeres y he vuelto a mentir diciendo que estabas fuera y que quizás estabas en la casa donde había nacido el niño... No he encontrado otra cosa que decir. ¡Estaba tan desconcertado! Tu Madre ha visto que había llorado, y me ha preguntado: “¿Qué te sucede, Juan?” Estaba inquieta... Parecía como si supiera lo que sucedía. He mentido por tercera vez, diciendo: “Me he emocionado por esa mujer...” ¡A tanto puede llevar la cercanía con el pecador! A la mentira... Absuélveme, Jesús mío.

-Queda en paz. Cancela todo recuerdo de esta hora. Nada. Nada ha ocurrido... Un sueño...

-¡Pero se trata de tu dolor! ¡Oh, qué cambiado se te ve, Maestro! Dime esto, sólo esto: ¿Judas se ha arrepentido, al menos?

-¿Y quién puede entender a Judas, hijo mío?

-Ninguno de nosotros. Pero Tú sí.

Jesús no responde sino con nuevas lágrimas silenciosas en su cansado rostro.

-¡Ah, no se ha arrepentido!... – Juan está estremecido.

-¿Dónde está ahora? ¿Lo has visto?

-Sí. Se ha asomado a la terraza, ha mirado para ver si había alguien y, viendo que estaba yo solo sentado y afligido bajo la higuera, ha bajado corriendo y ha salido por la portezuela del huerto. Entonces he venido...

-Has hecho bien. Vamos a poner en su sitio aquí los asientos descolocados. Y recoge el ánfora. Que no haya señales...

-¿Ha entablado pelea Contigo?

-No, Juan. No.

-Maestro, estás demasiado afectado por lo sucedido como para quedarte aquí; tu Madre comprendería... y sufriría.

-Es verdad. Vamos a salir.... Dale la llave a la vecina. Yo me voy a adelantar, por la orilla del río, hacia el monte...

Jesús sale y Juan se queda para poner todo en orden. Luego sale también. Da la llave a una mujer que tiene la casa cerca y, corriendo se adentra entre los matorrales de la orilla para no ser visto.

A unos cien metros de la casa está Jesús, sentado en una voluminosa piedra. Al oír los pasos del apóstol, se vuelve. La blancura de su cara resalta en la luz del anochecer. Juan se sienta en la tierra, a su lado, y pone la cabeza en el regazo de Jesús, y alza la cara para mirarlo. Ve que en las mejillas de Jesús hay llanto todavía.

-¡No sufras más! ¡No sufras más, Maestro! ¡No puedo verte sufrir!

-¿Puedo, acaso, no sufrir por esto? ¡Es mi mayor dolor! ¡Recuerda, Juan, que éste será para siempre mi mayor dolor! Tú no puedes todavía comprender todo... Mi mayor dolor... - Jesús está abatido. Juan lo tiene abrazado por la cintura, angustiado de no poderlo consolar.

Jesús alza la cabeza, abre los ojos – los tenía cerrados para contener el llanto – y dice:

-Recuerda que tres lo sabemos: el culpable, Yo y tú. Y que nadie más debe saberlo.

-Nadie lo sabrá de mis labios. Pero ¿cómo ha sido capaz de eso? Mientras cogía dinero de la bolsa común... ¡Pero llegar a esto! Cuando he visto eso, he pensado que yo había perdido el juicio... ¡Qué horror!

-Te he dicho que olvides...

-Me estoy esforzando, Maestro. Pero es demasiado horrible.

-Es horrible. Sí. ¡Juan! ¡Juan!

Y Jesús, abrazado al Predilecto, apoya en su hombro la cabeza, y llora todo su dolor.

Las sombras, que descienden rápidas a esa espesura, esfuman entre sus tinieblas a los dos abrazados.

-Deja que te sigamos, Maestro. No te causaremos molestias –suplican muchos de Efraím que están reunidos delante de la casa de María de Jacob, la cual libera todas sus lágrimas apoyada en el marco de la puerta abierta de par en par.

Jesús está entre sus doce apóstoles. Más allá, en un grupo congregado en torno a su Madre, están Juana, Nique, Susana, Marta y María, Salomé y María de Alfeo. Tanto los hombres como las mujeres están preparados para el viaje, con túnicas ceñidas y un poco abolsadas en la cintura, para dejar más libres los pies, sandalias nuevas y muy atadas (no sólo a la altura del tobillo, sino también en la parte baja de las piernas) con delgadas tiras de cuero entrecruzadas (como cuando deben recorrer caminos más bien impracticables). Los hombres han cargado sobre sí las bolsas de las discípulas.

La gente suplica para obtener el consentimiento de Jesús de seguirle. Mientras, los pequeñitos, con las caritas hacia arriba y los brazos levantados, lanzan sus gritos: “¡Un beso! ¡Súbeme en tus brazos! ¡Vuelve, Jesús! ¡Vuelve pronto para decirnos muchas parábolas bonitas! ¡Te voy a guardar las rosas de mi jardín! ¡No voy a comer fruta para guardarla para Ti! ¡Vuelve, Jesús! Mi ovejita está criando y quiero regalarte el corderito: así te haces con su lana una túnica como la mía... Si vienes pronto, para Ti las tortillas que mi mamá hace con el trigo primero...”

Gorjean como pajarillos, en torno a su Amigo. Y le tiran de la túnica, y se cuelgan del cinturón tratando de trepar hasta sus brazos. Amorosamente despóticos; tanto, que Jesús se ve impedido de responder a los adultos, porque siempre hay una nueva carita que besar.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Dejen tranquilo al Maestro! ¡Mujeres, tomen sus niños! – gritan los apóstoles, apremiados por la idea de emprender el camino en esas primeras horas del día. Y sueltan también alguna palmada bondadosa a los niños más impulsivos.

-No. Déjenlos. Para Mí su dulzura es más fresca que la de la aurora. Déjenlos a ellos y déjenme a Mí. Dejen que me conforte en este amor exentos de cálculos y desazón – dice Jesús defendiendo a sus minúsculos amigos, sobre los cuales –abriendo, como abre, los brazos- cae su amplio manto; y los acoge bajo sus azules alas protectoras. Los pequeños se aprietan bajo ese calorcito en esa penumbra azul, y se callan felices como pollitos bajo las alas maternas. Jesús puede por fin dirigirse a los adultos:

-Vengan si quieren, si creen que pueden hacerlo.

-¿Y quién nos lo prohíbe, Maestro? ¡Estamos en nuestra región!

-Las mieses, las vides, los árboles frutales exigen todo su trabajo. Y las ovejas están en tiempo de esquila y apareamiento, y las que ya se aparearon la vez pasada van a tener corderos de un momento a otro, y es tiempo de forraje...

-No importa, Maestro. Para el esquila y la monta de las ovejas bastan los viejos y los niños; para sus partos, las mujeres, y lo mismo para el forraje. Los árboles frutales y los campos pueden esperar, porque aunque el trigo ya se esté endureciendo dentro de las espigas, todavía hay tiempo para la hoz; y las vides, los olivos y los árboles frutales solamente tienen que hinchar con el Sol los frutos de sus muchas uniones. Nosotros no podemos hacer nada con respecto a ellos sino en la temporada de la recolección, lo mismo que hace la madre de familia, que no puede hacer nada con el pan hasta que la levadura no ha fermentado en la harina. El Sol es la levadura de los frutos. Es él que actúa ahora, lo mismo que antes ha actuado el viento para unir a las flores de las ramas. ¡Y además... si se perdiera algún racimo y algún fruto, o si las corregüelas y cizañas ahogaran alguna espiga, en todo caso sería poco daño respecto a perder una palabra tuya! – dice un anciano al que siempre he visto muy honrado por la gente de su ciudad.

-Has hablado bien. Vamos, pues. María de Jacob, te doy las gracias y te bendigo porque has sido para Mí una madre buena. ¡No llores! No debe llorar quien ha hecho una obra buena.

-¡Te pierdo y no te volveré a ver!

-Ciertamente nos volveremos a ver.

-¿Vas a volver aquí, Señor? ¿Cuándo? – pregunta con una sonrisa entre lágrimas.

-Aquí no volveré, así, como ahora...

-¿Y entonces dónde nos vamos a ver?, si yo, pobre y vieja, no puedo ir a buscarte por los caminos del mundo.

-En el Cielo, María. En la Casa de nuestro Padre. En donde hay sitio no sólo para los judíos, sino también para los samaritanos; en donde hay un sitio para los que me amen en espíritu y verdad. Tú ya lo haces, porque crees que soy el Hijo de Dios verdadero...

-¡Claro que lo creo! Pero para nosotros no hay esperanza, porque sólo Tú nos amas sin diferencias.

-Cuando Yo me haya ido, éstos (señala a los apóstoles) vendrán en nombre mío; y, en memoria mía, al que pida entrar en el rebaño del verdadero y único Pastor no le preguntarán quién es.

-Soy vieja, Señor. No viviré lo suficiente como para ver eso. Tú eres joven y estás fuerte. Tu Madre te tendrá largo tiempo, y te tendrán los que te quieren y son de tu pueblo... ¿Por qué lloras, María del Bendito? – pregunta asombrada de ver que caen lágrimas de los ojos de la Virgen Madre.

-Nada tengo excepto mi dolor... Adiós, María. Que Dios te bendiga por lo que has hecho con mi Hijo. Y recuerda que, si tu dolor es grande, un dolor mayor que el mío no existe ni existirá sobre la Tierra. ¡Jamás! Acuérdate de la dolorosa María de Nazaret... ¡Adiós!

Y María se separa llorando, tras haber besado a la viejecita en el umbral de la puerta de la casa, y se pone en camino entre las mujeres, con Juan al lado.

Juan, que con su gesto habitual (un poco inclinado y con la cara levantada para mirar a Aquella con la que habla), le dice:

-No llores así, María. Si muchos odian a tu Jesús, muchos lo quieren. Conforta tu espíritu, Madre, mirando a los que aman y amarán a tu Hijo con todo su ser: a éstos de ahora y a los que vendrán en los siglos futuros – y termina en voz baja, casi susurrándoselo sólo a María a la que guía y sostiene teniéndola pegada al codo para que no tropiece con las piedras del camino, pues está cegada por las lágrimas: -No todas las madres podrán ver amado a su hijo... Algunas gritarán angustiadas: ¿Por qué lo concebí?

Jesús los alcanza (María y Juan se habían quedado solos, un poco retrasados con respecto a las discípulas). Con Jesús está Santiago de Alfeo. Los otros vienen detrás, en grupo, pensativos y tristes,

igual que las discípulas, que van delante de todos. Cierran la marcha, agrupados, muchos hombres de Efraím, que van hablando con rumor contenido y confuso.

-Las despedidas son siempre tristes, Mamá. Sobre todo, cuando no se sabe que un final es principio de algo más perfecto. Es la triste consecuencia del pecado. Y permanecerá incluso después del perdón. Pero los hombres la soportarán con más coraje teniendo a Dios por amigo.

-Tienes razón, Jesús. Pero hay un dolor que Dios deja degustar, aun siendo el más paterno Amigo que pueda existir. Para mí... es así. ¡Oh, Dios es Bueno! Muy Bueno. No quisiera que Santiago y Juan, ni ningún otro, se escandalizara de mi llanto. Dios es Bueno. Siempre ha sido Bueno con la pobre María. Esto me lo he dicho todos los días desde que sé pensar. Y ahora... ahora lo digo cada hora que pasa, cada momento de cada hora. Cuanto más se aproxima el dolor, más me lo digo... Dios es Bueno. Tú me has sido dado por Él, Tú, Hijo amante y santo, un Hijo que, incluso considerado sólo como criatura compensaría cualquier dolor de una mujer... Me has sido dado por Él. A mí, pobre joven elevada a Madre de su Verbo encarnado... Y esta alegría de poderte llamar "Hijo", oh mi adorado Señor, es tanta, que no debería caer el llanto de mis pestañas por martirio alguno, si yo fuera perfecta como Tú enseñas. ¡Pero soy una pobre mujer, Hijo mío! Y Tú eres mi Criatura... ¿Y... dónde está esa madre que pueda no llorar cuando sabe que su hijo es odiado, y sabe...? Hijo mío, socorre a tu sierva... Claro que había todavía soberbia en mí cuando pensaba que era fuerte... Pero entonces... estaba todavía lejana la hora... Ahora está aquí... Lo percibo... ¡Socórreme, Jesús, mi Dios! Claro que si Dios me deja sufrir así, es con un fin de bondad para mí, porque, si Él quisiera, podría no permitirme sufrir por lo que sucede... ¡Él te ha formado en mi seno así!... Como... no existe parangón que exprese como Tú te formaste... Pero quiere que sufra. ¡Bendito sea!... ¡Siempre! Pero Tú ayúdame, Jesús. Ayúdenme todos... todos... Porque muy amargo es el mar en que calmo mi sed...

-Vamos a decir la oración. Nosotros cuatro. Nosotros que te queremos con todo el corazón, Mamá. Aquí, Yo, tu Hijo, y Juan y Santiago, que te aman como si fueras su madre... Padre nuestro, que estás en el Cielo...

Y Jesús dirigiendo el pequeño coro de las tres voces que en voz baja le siguen, dice toda la oración dominical, recalando muchos algunas frases, como: "Hágase tu Voluntad"... "No nos dejes caer en tentación". Luego dice:

-Bien. El Padre nos ayudará a hacer su voluntad, aunque tenga tales características, que nuestra debilidad de humanos piense que no puede cumplirla, y no nos dejará caer en la tentación de considerarlo menos Bueno, porque, mientras estemos bebiendo el amarguísimo cáliz, nos dará a su ángel, que limpiará con refrigerio celeste nuestros labios impregnados de amargura.

Jesús tiene cogida de la mano a su Madre, la cual ha luchado valientemente contra el llanto hasta arrojarlo al fondo de su corazón. Al lado de ellos (junto a María, Juan; junto a Jesús, Santiago de Alfeo), los dos apóstoles los miran conmovidos.

Las discípulas se han vuelto alguna vez al oír el llanto de María y la oración de los cuatro, pero se han abstenido de unirse a ellos.

Detrás, los apóstoles se han preguntado: "¿Por qué llora así María?". He dicho "los apóstoles", pero quería decir "todos menos Judas de Keriot", que camina un poco aislado y muy pensativo, casi tenebroso, tanto que Tomás lo advierte y dice a los otros:

-¿Pero qué le pasa a Judas, que está así? ¡Parece uno que fuera al encuentro con la muerte!

-¿Qué sé yo? Tendrá miedo de volver a Judea... - le responde Mateo.

-Yo... ¿Qué te ha dicho el Maestro con respecto al dinero? - le pregunta el Zelote.

-Nada especial. Me ha dicho: "Ahora volvemos a las condiciones de antes, Judas como tesorero y ustedes como distribuidores de las limosnas. Para las compras las discípulas quieren socorrernos". ¿Yo? ¡Contentísimo! He manejado tanto dinero, que me resulta odioso.

-Y socorren bien las discípulas. Estas sandalias tan seguras. No parece ni siquiera que estemos andando por montaña. ¡Quién sabe lo que costarán! - dice Pedro mirando a sus pies calzados con esas sandalias nuevas que protegen el talón y la punta y sujetan los tobillos con esas correas finas de cuero.

-Se ha ocupado de ello Marta. Se ve su mano rica y previsora. Las otras veces nos atábamos también nosotros así, pero aquellas tiran eran un suplicio. No se perdía la suela, pero se perdía la piel de la pierna... - dice Andrés.

-Y uno se pinchaba en los dedos y en los talones... ¡Por eso ése de atrás las llevaba siempre así! - dice Pedro señalando a Judas de Keriot.

El camino sube, sube hacia la cima del monte. Mirando hacia atrás, se ve a Efraím, toda blanca bajo el Sol, y parece ya muy abajo respecto a ellos, que caminan... Luego los apóstoles se reúnen con las discípulas para ayudarles a superar el camino, muy empinado en ese punto; es más, Bartolomé, que se ha quedado rezagado, dice a los de Efraím:

-Han enseñado un camino penoso, amigos.

-Sí. Pero una vez pasado ese bosque, hay un camino fácil que en poco pone en Silo. Así que podrán descansar allí más horas que llegando de noche por otro camino – responde uno.

-Tienes razón. El camino, cuanto más fatigoso es, más rápido lleva a la meta.

-Tu Maestro lo sabe. Por eso no ahorra esfuerzos. ¡Ah, no podremos olvidar... sobre todo, que nos ha concedido una serie de gracias en estos últimos días... después de haber oído a algunos de nuestra región que lo han insultado de forma muy injusta! Sólo Él es bueno, y por eso favorece incluso a los que lo odian.

-Ustedes no lo han odiado.

-Nosotros no. Pero también a muchos otros nosotros no los odiamos, y, no obstante, somos odiados sin razón.

-Imítelo a Él, sin miedo, y verán como...

-¿Y ustedes por qué no lo hacen, entonces? Es lo mismo. Nosotros en esta parte, ustedes en la otra; en medio, un monte: el monte alzado por comunes errores; arriba, el Dios común. ¿Por qué, entonces ni unos ni otros subimos la inclinada pendiente para encontrarnos arriba, a los pies de Dios, cerca los unos de los otros?

Bartolomé comprende el reproche justo, porque él, salvando su innegable virtud, tiene el marcado pundonor de ser israelita, un israelita intransigente con todo lo que no es Israel- y desvía la conversación sin responder directamente. Dice:

-No hay necesidad de ir. Dios ha bajado a nosotros. Basta seguirlo.

-Seguirlo, sí. Quisiéramos hacerlo. Pero, si entráramos en Judea con Él, ¿no lo perjudicaríamos quizás? Tú mismo sabes de qué se le acusa, y de qué se nos acusa: de ser samaritanos, que es como decir demonios.

Bartolomé suspira y, diciendo:

-Me están haciendo señal de que vaya... los deja plantados y acelera el paso.

Los de Efraím miran cómo se aleja, y uno de ellos murmura:

-¡Ah, no es como Él! ¡Lo que perdemos perdiéndolo! – y hace un gesto de desaliento.

-¿Sabes, Elías, que ayer Él llevó una fuerte suma al arquisinagogo para que la pasara a María de Jacob y así ella deje de pasar hambre?

-No. ¿Y por qué no se la ha dado a ella?

-Para evitar que le dé las gracias la anciana. Ella todavía no lo sabe. Yo lo sé porque el jefe de la sinagoga me lo ha dicho para pedir consejo sobre si conviene comprarle los terrenos de Juan – quiere venderlos su hermano- o si es mejor pasarle el dinero dosificadamente. Le he aconsejado que compre los terrenos de Juan. Para María darán trigo, aceite y vino, suficientes para vivir sin pasar hambre. Mientras que el dinero... Ese...

-¿Pero entonces es mucho dinero?! – dice un tercero.

-Sí. Nuestro arquisinagogo ha recibido mucho. También para otros pobres de la ciudad y del campo. Para que “puedan ellos también hacer fiesta en la Pascua de los Ácimos, para saludar el tiempo nuevo”, ha dicho el Maestro.

-Habrá dicho el nuevo año.

-No. Ha dicho “el tiempo nuevo”. Tanto es así que el jefe de la sinagoga no va a usar ese dinero antes de la Fiesta de los Ácimos.

-¿Y qué habrá querido decir? –preguntan varios.

-No sé que habrá querido decir. Ninguno lo sabe. Ni siquiera Juan, su predilecto, ni Simón de Jonás que es el jefe de los discípulos. Se lo he preguntado a ellos: el primero se ha puesto pálido, el segundo se ha quedado absorto, como una persona que tratara de adivinar.

-¿Y Judas de Keriot? Cuenta mucho entre ellos. Quizás más que los otros dos. Sabe todo. Eso dice él. Sabrá también ésto. Pues vamos a preguntarle. Le gusta decir lo que sabe.

Camina para alcanzar a Judas, que sigue aislado como al principio, ahora solo en el camino porque los otros han torcido y parece como si se los hubiera tragado la tupida vegetación de la pendiente.

-Judas, escúchanos. El Maestro dice que quiere una gran fiesta para la Pascua de los Ácimos para saludar el tiempo nuevo. ¿Qué querrá decir?

-No lo sé... ¿Acaso estoy yo en el pensamiento del Maestro? Pregúntenselo a Él, que tanto los quiere - y acelera el paso, dejándolos desilusionados.

-Tampoco él es el Maestro. No hay ninguno que tenga su piedad... - dicen moviendo la cabeza.

-Bueno, a fin de cuentas, no es a ellos a los que seguimos. ¡Lo seguimos a Él! Y bien hacemos. Vamos. A lo mejor de sus labios podemos saber, antes de que llegue a Judea, lo que quiso decir.

Y aceleran el paso, de forma que dan alcance a los otros, que están sentados descansando en un bosque de robles centenarios, teniendo frente a sus ojos uno de los más hermosos paisajes de Palestina.

569

En Silo, la parábola de los malos consejeros.

Jesús está hablando en medio de una plaza arbolada. El Sol, cuyo ocaso apenas ha comenzado, y filtrándose a través de las hojas nuevas de gigantescos plátanos, la ilumina con una luz entre amarilla y verde: parece como si sobre la vasta plaza estuviera extendido un toldo sutil y de gran valor, que filtrara la luz solar sin obstaculizarla.

Dice Jesús:

Escuchen: Un día un gran rey mandó a su amado hijo a la parte de su reino cuya justicia quería probar, diciéndole: “Ve, visita todos los lugares, haz el bien en mi nombre, instruye acerca de mí, haz que me conozcan y me quieran. Te doy todos los poderes. Todo lo que hagas estará bien hecho”. El hijo del rey, recibida la bendición paterna, fue a donde el padre le había mandado, y, con algún escudero suyo y amigo, púsose a recorrer, infatigable, esa parte del reino de su padre.

Ahora bien, esa región, debido a una serie de acontecimientos desafortunados, se había dividido moralmente en partes contrarias entre sí, partes que –cada una por su cuenta– elevaban grandes gritos y enviaban urgentes súplicas al rey para decir que cada una de ellas era la mejor, la más fiel, mientras que las partes vecinas serían péfidas y merecerían ser castigadas. Por tanto, el hijo del rey se encontró frente a unas personas cuyos ánimos cambiaban según la ciudad a la que pertenecían, pero que coincidían en dos cosas: la primera, en creerse cada uno mejor que los otros; la segunda, en querer hundir a la ciudad vecina y enemiga empequeñeciéndola ante los ojos del rey. Siendo justo y sabio, el hijo del rey trató, entonces, de instruir con mucha misericordia en orden a la justicia a cada una de las partes de esa región, para conquistarla por entero para la amistad y la estima de su padre. Y, siendo bueno como era, lo conseguía, aunque lentamente, porque, como siempre sucede, sólo los rectos de corazón de cada una de las distintas provincias de la región seguían sus consejos. Es más – es justo decirlo– precisamente en los lugares en que con desprecio se decía que escaseaba más la sabiduría y la voluntad, encontró más voluntad de escucharlo y de hacerse sabia en la verdad.

Entonces los de las provincias cercanas dijeron: “Si no hacemos nada, la gracia del rey irá por entero a éstos a los que despreciamos. Vayamos y creemos subversión en éstos a quienes odiamos. Pero vamos fingiendo que nosotros mismos hemos cambiado y estamos dispuestos a deponer los odios para tributar honor al hijo del rey”. Y fueron. Se diseminaron, con apariencia de amigos, por las ciudades de la provincia rival. Iban aconsejando con falsa bondad lo que convenía hacerse para honrar cada vez más y mejor al hijo del rey, y, por tanto, a su padre el rey, porque el honor tributado al hijo, enviado de su padre, es siempre honor tributado a aquel que lo ha enviado. Pero éstos no honraban al hijo del rey; antes al contrario, lo odiaban intensamente, hasta el punto de que querían hacerlo odioso ante los súbditos y ante el propio rey. Tan astutos fueron en presentarse cándidos, tan bien supieron presentar como óptimos sus consejos, que muchos de la región vecina recibieron por bueno lo que era malo y abandonaron el camino recto que seguían, tomando un camino desviado. Y el hijo del rey constató que en muchos su misión fallaba.

Ahora díganme ustedes: ¿Quién fue el mayor pecador ante los ojos del rey? ¿Cuál fue el pecado de los que aconsejaban, y cuál el de los que aceptaron el consejo? Y también les pregunto: ¿Con quién ese rey bueno habrá sido más severo? ¿No saben responderme? Se los diré Yo.

El mayor pecador ante los ojos del rey fue el que incitó al mal a su prójimo, por odio a éste, al que quería arrojar a tinieblas de ignorancia aún más profundas; por odio hacia el hijo del rey, al que quería quebrantar en lo tocante a su misión, haciéndolo aparecer incapaz ante los ojos del rey y de los súbditos; por odio hacia el mismo rey, porque si el amor que se tributa al hijo es amor al padre, igualmente el odio dirigido contra el hijo es odio contra el padre. Así pues el pecado de los que aconsejaban el mal, con plena inteligencia de que estaban aconsejando el mal, era pecado de odio, además de ser pecado de embuste; de odio premeditado. Sin embargo, el de los que aceptaron el consejo creyéndolo bueno, era únicamente pecado de estupidez.

Pero, bien saben ustedes que es responsable de sus acciones el inteligente, mientras que el que, por enfermedad o por otra causa carece de inteligencia no es responsable en primera persona, sino que sus padres son responsables por él. Por eso, hasta que un niño no es mayor de edad, es considerado irresponsable, y es el padre el que responde de las acciones del hijo. Por tanto, el rey, que era bueno, fue severo con los malos consejeros inteligentes, y fue benigno con los que por éstos habían sido engañados, y simplemente los amonestó por haber creído a un súbdito cualquiera en vez de

preguntar directamente al hijo del rey y así haber sabido de labios de éste lo que verdaderamente había que hacer: porque sólo el hijo conoce realmente los designios del padre suyo.

Ésta es la parábola, pueblo de Silo, ciudad que en una serie de ocasiones, durante el transcurso de los siglos, recibió consejos, provenientes de Dios, de los hombres o de Satanás; consejos de distinta naturaleza, consejos que florecieron en orden al bien cuando fueron seguidos como consejos de bien o cuando, habiéndolos reconocido como consejos de mal, se rechazaron; y que florecieron en orden al mal cuando, siendo santos, no fueron acogidos, o cuando, siendo malos, fueron acogidos.

Porque el hombre tiene esta magnífica libertad de arbitrio (*elección*), y puede querer libremente el bien o el mal, y posee también ese otro magnífico don que es un intelecto capaz de discernir el bien y el mal; de manera que no es tanto el consejo en sí mismo, cuanto el modo con que puede ser recibido, lo que puede acarrear premio o castigo. Pues ninguno puede impedir a los malos tentar a su prójimo para causarle la ruina, nada puede impedir a los buenos rechazar la tentación y permanecer fieles al bien. El mismo consejo puede perjudicar a diez y beneficiar a otros diez, porque, si el que lo sigue se perjudica, el que no lo sigue beneficia a su alma.

Por tanto, que ninguno diga: “Nos dijeron que hiciéramos tal cosa”. Sino que cada cual diga con sinceridad: “Quise hacerlo”. Recibirán entonces, al menos, el perdón que se da a los sinceros. Y si dudan acerca de la bondad del consejo que reciben, mediten antes de aceptarlo y de ponerlo en práctica. Mediten invocando al Altísimo, que nunca niega sus luces a los espíritus de buena voluntad. Y si su conciencia, iluminada por Dios, ve aunque sólo sea un punto, pequeño, imperceptible, pero que no puede darse en una obra de justicia, entonces digan: “No haré esto porque es justicia impura”.

En verdad les digo que el que haga buen uso de su intelecto y libertad de arbitrio e invoque al Señor para ver la verdad de las cosas, no será quebrantado por la tentación, porque el Padre de los Cielos le ayudará a hacer el bien contra todas las insidias del mundo y Satanás.

Traigan a su memoria a Ana de Elcaná y a los hijos de Elí (1 Samuel 1-2). El ángel luminoso de Ana le había aconsejado que hiciera un voto al Señor si la hacía fecunda. El sacerdote Elí aconseja a sus hijos que vuelvan a la justicia y que no pequen más contra el Señor. Y, a pesar de que al hombre, por el lastre que le grava, le sea más fácil comprender la voz de otro hombre que no el espiritual e insensible- invisible para los sentidos físicos- decir del ángel del Señor que habla al espíritu; a pesar de ello, Ana de Elcaná, porque es buena y mantiene su rectitud en la presencia de Dios, acoge el consejo y da a luz a un profeta, mientras que, por el contrario, los hijos de Elí, por ser malos y vivir alejados de Dios, no acogen el consejo de su padre y mueren castigados por Dios con una muerte violenta.

Los consejos tienen dos valores: el de la fuente de que provienen (valor que ya de por sí es grande porque puede tener consecuencias incalculables), y el del corazón destinatario. El valor que los consejos reciben del corazón al que se proponen no sólo es incalculable, sino que también es inmutable. Porque, si el corazón es bueno y sigue un consejo bueno, da al consejo el valor propio de una obra justa, y, si no lo hace, le quita la segunda parte de valor: el consejo, entonces, sigue siendo consejo, pero no obra, o sea, es mérito sólo para el que lo da. Y, si el consejo es malo y no es acogido por el corazón bueno – en vano tentado con lisonjas o con el terror para que lo ponga en práctica- adquiere el valor de victoria sobre el Mal y de martirio por fidelidad al Bien, y, por tanto, prepara un gran tesoro en el Reino de los Cielos.

Así pues, cuando sus corazones se vean tentados por otros, mediten –poniéndose a la Luz de Dios- si eso pueden ser palabras buenas; y si, con la ayuda de Dios, que permite las tentaciones pero no quiere la perdición de ustedes, ven que no es una cosa buena, sepan decirse a ustedes mismos y también a quien los tienta: “No. Yo permanezco fiel a mi Señor, y que esta fidelidad me absuelva de mis pecados pasados y me admita de nuevo dentro del Reino – y no quede fuera, en la puerta- porque también para mí el Altísimo ha enviado a su Hijo para conducirme a la salvación eterna”.

Váyanse. Si alguno me necesita, ya saben dónde estoy para el descanso nocturno. Que el Señor los ilumine.

Están para entrar en Lebona, ciudad que no me parece muy importante ni bonita, pero que, en cambio, está muy llena de gente, la razón es que ya están en movimiento las caravanas que para la Pascua bajan a Jerusalén, procedentes de Galilea, Iturea, la Gaulanítida, la Traconítida, la Auranítida y la Decápolis. Yo diría que Lebona está situada en un camino de caravanas; es más, diría que es un nudo de caminos, caminos de caravanas, que vienen de esas regiones (del Mediterráneo y del este y norte de Palestina), para confluír en este lugar, en la vasta vía que conduce a Jerusalén.

Probablemente la preferencia de la gente se debe al hecho de que este camino esté muy patrullado por los romanos, de forma que se sienten más seguros del peligro de malos encuentros con bandidos. Pienso esto, pero quizás la preferencia se debe a otras causas, a recuerdos históricos o sagrados, no lo sé.

Las caravanas se están poniendo en movimiento – la hora es propicia por el Sol, opino que son aproximadamente las ocho de la mañana- en medio de un gran bullicio de voces, gritos, rebuznos, cascabeles, ruedas. Mujeres que llaman a los niños, hombres que azuzan a los animales, vendedores ofreciendo mercancías, tratos entre vendedores samaritanos y gente... menos hebrea, o sea, de la Decápolis y de otras regiones, poco intransigentes por estar más fundidas con el elemento pagano; rechazos desdeñosos, incluso con insultos, cuando un desdichado vendedor de Samaria se acerca a ofrecer su género a algún campeón del judaísmo. Tanto gritan éstos sus maldiciones, que parece como si se les hubiera acercado el diablo en persona... lo cual suscita vivísimas reacciones de los samaritanos ofendidos y se produciría algún tumulto si no estuvieran los soldados romanos vigilando bien.

Jesús avanza en medio de este gentío. En torno a Él, los apóstoles; detrás, las discípulas; detrás de éstas, la fila de los de Efraím engrosadas por muchos de Silo. Un murmullo precede al Maestro, y se propaga desde los que lo ven hasta los que están más lejos y todavía no lo ven. Un murmullo más fuerte le sigue. Y muchos suspenden la salida para ver qué sucede. Se preguntan:

-¿Cómo? ¿Se aleja cada vez más de Judea? ¿Es que predica ahora en Samaria?

Una voz cantarina de Galilea:

-Los santos lo han rechazado y se dirige a los no santos para santificarlos, para vergüenza de los judíos.

Una respuesta más mordaz que un ácido venenoso:

-Ha encontrado ya su nido, y también a quien entiende sus palabras de demonio. Otra voz:

-¡Callen, asesinos del Justo! ¡Esta persecución los marcará con el más triste nombre para todo el futuro; a ustedes, tres veces más corrompidos que nosotros los de la Decápolis!

Otra voz, de anciano, también mordaz:

-Es tan justo que huye del Templo en la Fiesta de las fiestas. ¡Je! ¡Je! ¡Je!

Uno de Efraím, rojo de ira:

-No es verdad. ¡Mientes, vieja serpiente! Va ahora a su Pascua.

Un barbudo escriba, con desprecio:

-Por el camino del Garizim.

-No. Del Moria (*donde está el Templo de Jerusalén*). Viene a bendecirnos porque sabe amar; luego subirá hacia el odio de ustedes, ¡malditos!

-¡Calla, samaritano!

-¡Calla tú, demonio!

-Quien cree tumulto irá a las galeras. Así lo tiene ordenado Poncio Pilato. No lo olviden. Y desalojen este lugar – impone un suboficial romano haciendo maniobrar a sus subordinados para separar a algunos que están ya para golpearse por una de esas muchas disputas regionales y religiosas que fácilmente surgían en la Palestina de los tiempos de Cristo.

La gente se separa, pero ya ninguno parte. Llevan a los burros a las caballerizas, o los encaminan hacia el lugar a donde se ha dirigido Jesús. Mujeres y niños se apean y siguen a sus maridos o padres, o bien se quedan en grupo conversador, si el estado de ánimo del marido o del padre así lo ordena, “para que no oigan hablar al demonio”. Pero los hombres, amigos, enemigos, o simplemente curiosos, se apresuran a ir al lugar a donde se ha dirigido Jesús. Y, mientras van, se miran mal, o se gozan de esta inesperada alegría, o hacen preguntas: según sean amigos o enemigos, o amigos entre sí, o curiosos.

Jesús se ha parado en una plaza, junto a la inevitable fuente ubicada a la sombra de algún árbol. Está allí, contra la húmeda pared de la fuente, que aquí está como cubierta por un pequeño pórtico abierto por un lado, quizás sea un pozo, más que una fuente. Se parece al pozo de En Royel. Está hablando con una mujer, que le muestra al hijito que lleva en sus brazos. Veo que Jesús asiente y pone su mano en la cabeza del niño. Enseguida veo que la madre levanta al niño y grita:

-¡Malaquías!, ¡Malaquías!, ¿dónde estás? Nuestro hijo ya no es deforme – y la mujer, eleva cantarina su hosanna, al que se une el de la gente mientras un hombre se abre paso y va a postrarse ante el Señor.

La gente comenta lo sucedido. Las mujeres, la mayor parte de ellas, madres, se congratulan con la mujer agraciada. Los más lejanos, después de haber gritado “¡hosanna!” para unirse a los que saben lo que ha sucedido, alargan el cuello y preguntan: “¿Pero qué ha pasado?”

-Un niño jorobado. Tan jorobado, que a duras penas podía sostenerse sobre sus piernas. Era así de alto solamente. No exagero, así, de lo encorvado que estaba. Parecía de tres años y tenía siete.

¡Mírenlo ahora! Tiene la altura de todos, está derecho como una palma, y ágil. Miren como se encarama al murito de la fuente para que lo vean y para ver. ¡Miren cómo ríe feliz!

Un galileo se vuelve a uno que, a juzgar por lo esponjosos adornos del cinturón, creo adivinar si digo que es un rabí; le pregunta:

-¡Eh! ¿Tú qué piensas? ¿También ésto es una obra del demonio? Verdaderamente, si así actúa el demonio, o sea, eliminando tantas desventuras para hacer felices a los hombres y hacer que Dios sea alabado, ¡habrá que decir que es el mejor siervo de Dios!

-¡Blasfemo, calla!

-No estoy blasfemando, rabí. Comento lo que veo. ¿Por qué la santidad de ustedes nos acarrea sólo pesos y desventuras, y nos trae improperios a los labios, y pensamientos de desconfianza en el Altísimo, mientras que las obras del Rabí de Nazaret nos dan la paz y la certeza de que Dios es bueno?

El rabí no responde. Se separa y va a cuchichear algo con otros, amigos suyos. Y uno de ellos se separa del grupo. Se abre paso entre la gente y, llegado frente a Jesús, le pregunta sin saludarlo antes:

-¿Qué piensas hacer?

-Hablar a los que piden mi palabra – responde Jesús mirándole a los ojos, sin desprecio, pero también sin miedo.

-No te es lícito. El Sanedrín no quiere.

-Lo quiere el Altísimo, del que el Sanedrín debería ser siervo.

-¿Sabes que has sido condenado? Calla, o...

-Mi nombre es Palabra. Y la Palabra habla.

-A los samaritanos. Si fuera verdadero que eres quien dices ser, no darías a los samaritanos tu palabra.

-Se la he dado, y seguiré dándosela, a galileos, a judíos, a samaritanos, porque a los ojos de Dios no hay diferencia.

-¡Intenta hablar en Judea, si te atreves!...

-En verdad, hablaré. Espérenme. ¿No eres Eleazar ben Parta? Entonces verás antes que Yo a Gamaliel. Dile en nombre mío que también a él le daré, después de veintiún años la respuesta que espera. ¿Comprendes? Recuérdalo bien: también a él le daré, después de veintiún años la respuesta que espera. Adiós.

-¿Dónde? ¿Dónde quieres hablar? ¿Dónde quieres responder al gran Gamaliel? Seguro que ha dejado Gamala de Judea para entrar en Jerusalén. Pero, aunque estuviera aún en Gamala, no podrías hablar con él.

-¿Dónde? ¿Y dónde se reúnen los escribas y rabíes de Israel?

-¿En el Templo? ¿Tú en el Templo? ¿Te atreverías? ¿Pero no sabes...?

-¿Qué me odian? Lo sé. Me basta con no ser odiado por mi Padre. Dentro de poco el Templo se estremecerá por mi palabra.

Y, sin preocuparse ya más de su interlocutor, abre los brazos para imponer silencio a la gente, alterada entre opuestas corrientes y alborotada contra los perturbadores. Se produce enseguida silencio, y en el silencio Jesús habla:

-En Silo he hablado de los malos consejeros, y de lo que puede realmente hacer, de un consejo, un bien o un mal. A ustedes, que no son sólo de Lebona, sino que ya son de todas las partes de Palestina, propongo ahora esta parábola. La llamaremos:

“La parábola de los mal aconsejados”

Oigan: Había una familia numerosísima. Tan numerosa, que era una tribu. Numerosos hijos se habían casado y habían formado, en torno a la primera familia, muchas otras familias ricas en hijos, los cuales, casándose, a su vez habían formado otras familias. De manera que el anciano padre se había encontrado como a la cabeza de un pequeño reino donde él era el rey.

Como siempre sucede en las familias, los muchos hijos, y los hijos de los hijos, tenían caracteres distintos. Unos eran buenos y justos, otros avasalladores e injustos. Unos estaban contentos con su estado, otros eran envidiosos y les parecía menor su parte que la de su hermano o pariente. Y, junto al peor, estaba el mejor de todos. Era natural que este bueno fuera el más amado, el más tiernamente amado, por el padre de toda esa gran familia. Y, como siempre sucede, el malvado y los que más se parecían a él odiaban al bueno, porque era el más amado, no reflexionando en que también ellos habían podido ser amados, si hubieran sido buenos como éste. Y al bueno, a quien el padre confiaba sus pensamientos para que, a su vez, los manifestara a todos, le seguían los otros buenos. De manera que, pasada una serie de años, esa gran familia se había dividido en tres partes:

la de los buenos y la de los malos, y entre ésta y aquélla, la tercera, compuesta por los titubeantes, los cuales se sentían atraídos hacia el hijo bueno pero temían al hijo malo y a los de su partido. Esta tercera parte oscilaba entre las dos primeras y no sabía decidirse con firmeza por una o por otra.

Entonces el anciano padre, viendo esta incertidumbre, dijo a su hijo amado: “Hasta ahora has dedicado tu palabra especialmente a los que la aman y a los que no la aman, porque los primeros te la piden para amarme cada vez más con justicia, y los otros son necios que deben ser corregidos en orden a la justicia. Pero, como ves, éstos, los necios, no sólo no la acogen, de forma que siguen siendo lo que eran, sino que a su primera injusticia, respecto a ti, portador de mi deseo, añaden la de corromper con malos consejos a aquellos que todavía no saben decidirse fuertemente por el camino mejor. Ve, pues, donde estos últimos y háblales de lo que soy yo y de lo que eres tú, y de lo que deben hacer para estar conmigo y contigo”

El hijo, siempre obediente, fue, como quería el padre. Y cada día que pasaba conquistaba algún corazón. De forma que el padre vio así con claridad quiénes eran los verdaderos hijos suyos rebeldes, y los miraba con severidad, aunque no los increpaba, porque era padre y quería atraerlos a sí con la paciencia, el amor y el ejemplo de los buenos.

Pero los malos, al verse solos, dijeron: “De esta forma, demasiado claramente se ve que nosotros somos los rebeldes. Antes nos camuflábamos entre los que no eran ni buenos ni malos. ¡Ahora ahí los ven! Van todos detrás del hijo predilecto. Hay que hacer algo. Destruir su obra. Vamos, fingiendo que hemos cambiado, y nos introducimos entre los recién convertidos, y también entre los más simples de los mejores, y difundimos la voz de que el hijo predilecto finge servir al padre, pero que en realidad se está atrayendo seguidores para sublevarse contra él; o también decimos que el padre tiene intención de eliminar al hijo y a sus seguidores porque triunfan demasiado y empañan su gloria de padre-rey, y que, por tanto, para defender al hijo predilecto traicionado, debemos retenerlo con nosotros, lejos de la casa paterna donde le espera la traición”.

Y se pusieron en marcha. Y fueron tan astutamente sutiles en sugerir y extender voces y consejos, que muchos cayeron en la celada, especialmente los que hacía poco que se habían convertido, a los que los malos consejeros daban este mal consejo: “¿Ven cuánto los ha amado? Ha preferido venir a ustedes antes que estar junto a su padre, o, cuando menos, junto a los buenos hermanos. Tanto ha hecho, que ante los ojos del mundo los ha levantado de la abyección en que se encontraban: eran personas que no sabían lo que querían y, por eso, eran objeto de burla por parte de todos. Por esta predilección que ha mostrado hacia ustedes, tienen el deber de defenderlo, incluso tienen el deber de retenerlo con la fuerza, si no bastan sus palabras de persuasión para que se quede en sus campos. O... sublévense. Proclámenlo su caudillo y rey y marchen contra el malvado padre y sus hijos, malvados como él”.

Y a los que titubeaban haciendo esta observación: “Pero él quiere, ha querido que le acompañáramos a rendir al padre, y nos ha obtenido bendiciones y perdón”, a éstos, les decían: “¡No le crean! No les ha dicho toda la verdad, ni el padre les ha mostrado toda la verdad. El hijo ha actuado así porque siente que el padre está para traicionarlo y ha querido probar sus corazones para saber dónde encontrar protección y refugio. Pero, quizás... ¡es tan bueno!... quizás luego se arrepienta de haber dudado de su padre y quiera volver donde él. No se lo permitan”.

Y muchos prometieron: “No lo permitiremos” y se pusieron, apasionadamente, a buscar planes adecuados para retener al hijo predilecto, sin darse cuenta de que mientras los malos consejeros decían: les ayudaremos a salvar al bendito” sus ojos estaban llenos de luces de falsedad y crueldad, y sin darse cuenta de que éstos se intercambiaban miradas frotándose las manos y susurrando: “¡Caen en la trampa! ¡Triunfaremos! Cada vez que alguno se adhería a sus subrepticias (*solapadas, engañosas*) palabras.

Luego se marcharon los malos consejeros. Se marcharon esparciendo por otros lugares la voz de que pronto tendría lugar la traición del hijo predilecto, que había salido de las tierras de su padre para crear un reino, contrario al padre, con aquellos que odiaban a su padre, o que, por lo menos, le profesaban incierta estima. Y, entretanto, los que habían sido sugestionados por los malos consejeros tramaban cómo podrían inducir al hijo predilecto al pecado de rebelión que habría de escandalizar al mundo.

Sólo los más sabios de entre ellos –aquellos en que había penetrado más profundamente la palabra del justo, aquellos en que la palabra del justo había arraigado por haber caído en terreno deseoso de acogerla- tras haber reflexionado, dijeron: “No. Hacer eso no es bueno. Es un acto de maldad hacia el padre, hacia el hijo y también hacia nosotros. Conocemos la justicia y sabiduría del uno y del otro, las conocemos aunque, por desgracia, no siempre las hayamos seguido. Y no debemos pensar que los consejos de los que han estado siempre abiertamente contra el padre y la justicia, y también contra el hijo predilecto del padre, pueden ser más justos que los que nos ha dado el hijo bendito”. Y no los siguieron. Es más, con amor y dolor, dejaron marcharse al hijo a donde debía ir, limitándose

a acompañarlo con signos de amor hasta los confines de sus campos, y a prometerle en la despedida: “Vete. Nosotros nos quedamos. Pero tus palabras están en nosotros, y ahora en adelante haremos lo que el padre quiere. Ve tranquilo. Tú nos has sacado para siempre del estado en que nos hallaste. Ahora, de nuevo en el buen camino, sabremos ir por él hasta llegar a la casa paterna, y así recibir la bendición del padre”.

Por el contrario, algunos prestaron su adhesión a los malos consejeros y pecaron, tentando a pecar al hijo predilecto y burlándose de él como necio por obstinarse en cumplir con su deber.

Ahora Yo les pregunto: Por qué el mismo consejo obró en manera distinta? ¿No responden? Se los diré Yo, como lo dije en Silo. Porque los consejos adquieren valor o resultan nulos según que sean o no acogidos. Si uno no quiere pecar, no pecará. Inútilmente será tentado con malos consejos. Y no será castigado por haber tenido que oír las insinuaciones de los malvados. No será castigado porque Dios es justo y no castiga por culpas no cometidas. Será castigado sólo si, después de haber debido escuchar el Mal que tienta, sin hacer uso del intelecto para meditar sobre la naturaleza y origen del consejo, lo pone en práctica. Y no tendrá disculpa por decir: “Lo consideré bueno”. Bueno es lo que agrada a Dios. ¿Puede, acaso, Dios aprobar y aceptar con agrado una desobediencia o algo que induzca a la desobediencia? ¿Puede Dios bendecir algo que se oponga a su Ley, o sea, a su Palabra? En verdad les digo que no. Y les digo también en verdad que hay que saber morir, antes que transgredir la Ley divina.

En Siquem seguiré hablando para hacerlos justos en orden a saber querer o no querer practicar el consejo que se les ofrece. Pueden irse.

La gente se marcha haciendo comentarios.

-¿Has oído? ¡Sabe lo que nos dijeron! Y nos ha dado un toque de atención en orden a la rectitud – dice un samaritano.

-Sí. ¿Y has visto cómo se han inquietado los judíos y los escribas que estaban presentes?

-Sí. Ni siquiera han esperado el final para marcharse.

-¡Malas víboras! Pero... Él dice lo que quiere hacer. Hace mal. Podría causarse problemas. ¡Los del Ebal y el Garizim se han exaltado mucho!...

-Yo... nunca me he forjado una falsa idea. El Rabí es el Rabí. Y diciendo esto está dicho todo. ¿Puede, acaso, pecar el Rabí no subiendo al Templo de Jerusalén?

-Encontrará la muerte. ¡Ya verás!... ¡Y será el final!...

-¿Para quién? ¿Para Él? ¿Para nosotros? ¿O... para los judíos?

-Para Él. ¡Si muere!

-Eres un necio. Yo soy de Efraím. Lo conozco bien. He vivido a su lado dos Lunas enteras. Más de dos lunas. Siempre hablaba con nosotros. Será doloroso... pero no será el final, ni para Él ni para nosotros. No puede morir, acabar, el Santo de los santos. Ni puede acabar así para nosotros. Yo... soy un ignorante, pero siento que el Reino vendrá cuando los judíos crean que se ha acabado... Y serán ellos los que encontrarán su final...

-¿Piensas en una venganza del Maestro por parte de los discípulos? ¿Una rebelión? ¿Una matanza? ¿Y los romanos?...

-¡No hay necesidad de discípulos, de venganzas humanas, de matanzas! Será el Altísimo el que los vencerá. ¡Bien nos ha castigado a nosotros, durante siglos, y por mucho menos! ¿Piensas que no los castigará por su pecado de atormentar a su Cristo?

-¡Verlos derrotados! ¡Ah!

-Tienes un corazón como no querría el Maestro que lo tuvieras. Él ora por sus enemigos...

-Yo...mañana lo seguiré. Quiero oír lo que dirá en Siquem.

-Yo también.

-Y yo también...

Muchos de Lebona tienen el mismo pensamiento y, fraternizando con los de Efraím y Silo, van a prepararse para la partida del día siguiente.

Ahí está Siquem, hermosa y adornada; llena de gente de Samaria que se dirige al templo samaritano; llena de peregrinos de todas partes dirigidos hacia el Templo de Jerusalén. El Sol la inunda toda, pues está extendida sobre las laderas del este del Garizim, que la supera por el extremo oeste, todo verde; tan verde el monte como blanca la ciudad. A su nordeste el monte Ebal, de aspecto aún más agreste, parece protegerla de los vientos del norte. La fertilidad del lugar, rico de aguas que descenden desde la divisoria de los montes y se dirigen en dos arroyos risueños, nutridos por cien riachuelos, hacia el Jordán, es magnífica, y brota por los muros de los jardines y en las cercas de los huertos.

Todas las casas se enguinaldan de verde, de flores, de ramas donde crecen los pequeños frutos; y la mirada, recorriendo los alrededores bien visibles, dada la configuración del terreno, no ve sino verde de olivares, de viñedos, de matas de árboles frutales, y amarillecer de campos que dejan, cada día más, el color verde claro del trigo tierno para ir adquiriendo un delicado amarillo de paja, de espigas maduras, que el Sol y el viento, plegando y agrediendo, ponen casi de un blanco de oro blanco.

Verdaderamente las mieses “amarillecen”, como dice Jesús, ahora realmente rubias, después de haber sido “blanquecinas” cuando nacían, y luego de un color verde de preciosa joya mientras crecían y echaban espiga. Ahora el Sol las prepara para la muerte, después de haberlas preparado para la vida. Y uno no sabe si bendecirlo ahora que las conduce al sacrificio, o cuando, paterno, daba calor a los terrones para hacer germinar el trigo y pintaba la palidez del tallo, desde el momento mismo en que asomaba, de un hermoso verde lleno de vigor y promesas.

Jesús que ha hablado de ésto entrando en la ciudad y señalando el lugar del encuentro con la Samaritana, y aludiendo a aquella conversación lejana, dice a sus apóstoles, a todos menos a Juan (ya en su puesto de consolador, junto a Maria, que está muy afligida):

-¿Y no se cumple ahora lo que entonces dije? En aquella ocasión entramos aquí desconocidos y solos. Sembramos. ¡Ahora, miren! Mucha mies ha nacido de aquella semilla. Y seguirá creciendo y ustedes recogerán. Y otros, además de ustedes, recogerán...

-¿Y Tú no, Señor? – pregunta Felipe.

-Yo he recogido donde había sembrado mi Precursor. Y luego he sembrado para que ustedes recogieran y sembraran con la semilla que les había dado. Pero, de la misma forma que Juan no recogió lo sembrado, Yo tampoco recogeré esta mies. Nosotros somos...

-¿Qué, Señor? – pregunta inquieto Judas de Alfeo.

-Las víctimas, hermano mío. Se requiere sudor para hacer fértiles los campos. Y se requiere sacrificio para hacer fértiles los corazones. Nosotros aparecemos, trabajamos, morimos. Otro, después de nosotros, toma nuestro puesto, aparece, trabaja, muere... Y otro recoge lo que nosotros regamos muriendo.

-¡Oh, no! ¡No digas eso, Señor mío! – exclama Santiago de Zebedeo.

-¿Y tú, discípulo de Juan antes que mío, dices eso? ¿No recuerdas las palabras de tu primer maestro? : “Es necesario que Él crezca y yo disminuya”. Él comprendía la belleza y la justicia de morir para dar a otros la justicia. Yo no seré inferior a él.

-Pero Tú, Maestro, eres Tú: ¡Dios! Él era un hombre.

-Soy el Salvador. Como Dios, debo ser más perfecto que el hombre. Si Juan, hombre, supo mermar para hacer surgir el verdadero Sol, Yo no debo empañar la Luz de mi Sol con nieblas de vileza. Debo dejar un límpido recuerdo mío. Para que ustedes caminen. Para que el mundo crezca en la Idea cristiana. El Cristo se marchará, volverá al lugar de donde ha venido, y allí los amará estando atento al trabajo de ustedes, preparándoles el puesto que será su premio. Pero el Cristianismo no se marcha. El Cristianismo crecerá por mi partida... y por la de todos aquellos que, sin apegos al mundo y a la vida terrena, sepan, como Juan y como Jesús, marcharse... morir para dar vida.

-¿Entonces encuentras justo que te den muerte?... – pregunta, casi afligido, Judas Iscariote.

-No encuentro justo que me den muerte. Encuentro justo morir en aras de lo que mi sacrificio producirá. El homicidio será siempre homicidio para quien lo lleva a cabo, aunque tenga valor y aspecto distinto en relación al que sufre.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que, si el homicida mandado o forzado, como un soldado en la batalla o un verdugo que debe obedecer al magistrado, o uno que se defiende de un bandido, no tiene de ninguna manera en su alma el peso de un crimen, o tiene un relativo crimen de haber quitado la vida a un semejante, en cambio, aquel que sin orden y necesidad mata a un inocente, o coopera a su muerte, se presenta ante Dios con el rostro horrendo de Caín.

-¿Pero no podríamos hablar de otra cosa? Al Maestro le hace sufrir, tú pones ojos de torturado, a nosotros nos parece estar en la agonía; si la Madre oyera, lloraría, ¡y ya bien que llora detrás de su velo! ¡Hay muchas otras cosas de que hablar!... ¡Ah, mira, vienen los notables! Así se callarán. ¡Paz a ustedes! ¡Paz a ustedes!

Pedro, que estaba un poco adelantado y se había vuelto para hablar, hace ahora reverencias a un nutrido grupo de siquemitas pomposos que vienen hacia Jesús.

-La paz a Ti, Maestro. Las casas que te han hospedado la otra vez abren sus puertas para recibirte, y muchas otras casas, para las discípulas y para los que vienen contigo. Vendrán los que han sido agraciados por Ti recientemente o lo fueron la primera vez. Sólo faltará una, porque se marchó del lugar para llevar una vida de expiación. Eso dijo, y yo lo creo, porque cuando una mujer se despoja de todo aquello que era objeto de su amor y rechaza el pecado y da sus bienes a los pobres, es señal

de que verdaderamente quiere llevar una vida nueva. Pero no sabría decirte dónde está. Ninguno la ha vuelto a ver desde que dejó Siquem. A uno de nosotros le pareció verla, como criada, en un pueblo cercano al Fialé. Otro asegura haberla reconocido vestida míseramente en Bersabea. Pero no es seguro el testimonio de estas personas. Se la llamó por su nombre y no respondió, y hay quien oyó en un lugar que a la mujer la llamaban Juana; esto fue en el otro Agar.

-No es necesario saber más, aparte de que ella se ha redimido, cualquier otro dato acerca de ella es vano (*inútil, superfluo*), y toda indagación es curiosidad indiscreta. Dejen a su conciudadana en su secreta paz, satisfechos suficientemente con que ya no cause escándalo. Los ángeles del Señor saben dónde está, para darle la única ayuda de que tiene necesidad, la única ayuda que no puede perjudicar a su alma. Ahora sean caritativos con las mujeres, que están cansadas, y llévenlas a las casas. Mañana les hablaré. Hoy voy a escucharlos a todos y voy a recibir a los enfermos.

-¿No te vas a quedar mucho tiempo con nosotros? ¿No vas a transcurrir aquí el sábado?

-No. En otro lugar, en oración.

-Esperábamos tenerte mucho con nosotros...

-Tengo el tiempo justo para volver a Judea para las fiestas. Les dejaré a los apóstoles y a las mujeres, si quieren quedarse, hasta el atardecer del sábado. No se miren así. Saben que debo tributar, más que nadie, honor al Señor Dios nuestro, porque el ser lo que soy no me exime de ser fiel a la Ley del Altísimo.

Se dirigen hacia las casas. En cada una entran dos discípulas y un apóstol: María de Alfeo y Susana con Santiago de Alfeo; Marta y María Magdalena con el Zelote; Elisa y Nique con Bartolomé; Salomé y Juana con Santiago de Zebedeo. Luego, en grupo, van juntos a otra casa Tomás, Felipe, Judas de Keriot y Mateo. Pedro y Andrés a otra. Y Jesús con Judas de Alfeo y Juan, entra con María su madre, en la de un hombre que siempre ha hablado en nombre de los habitantes del lugar. Los seguidores y los de Efraím, Silo y Lebona, y otros peregrinos que iban a Jerusalén y que interrumpiendo el viaje, se han unido a los que seguían a Jesús, se esparcen en busca de alojamiento.

572

En Siquem, la última parábola sobre los consejos dados y recibidos.

La plaza más grande de Siquem aparece abarrotada de gente hasta lo increíble. Yo creo que está ahí toda la ciudad, y que se han concentrado también los que viven en los campos y en los pueblos cercanos. Los de Siquem a primeras horas de la tarde del primer día deben haberse esparcido para avisar por todas partes, y todos han venido: sanos y enfermos, pecadores e inocentes. Repleta ya la plaza, atestadas las terrazas que están en lo alto de las casas, la gente se ha ubicado incluso encima de los árboles que dan sombra a la plaza. En primera fila, en el lugar que se ha mantenido libre para Jesús, junto a una casa elevada sobre cuatro escalones, están los tres niños que Jesús salvó de los bandidos, y también los parientes. ¡Qué ansiosos, los tres pequeños de ver a su Salvador! Cada grito que se oye los hace volverse buscándolo. Y, cuando se abre la puerta de la casa y en su umbral aparece Jesús, los tres niñitos vuelan a su encuentro gritando: “¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!”, y suben los altos escalones sin esperar siquiera a que Él baje a abrazarlos. Y Jesús se agacha, los abraza, los alza – vivo ramo de flores inocentes- los besa en la cara... y ellos también lo besan.

Un murmullo de la gente, conmovida, y alguna voz dice:

-Sólo Él sabe besar a nuestros inocentes.

Y otras voces:

-¿Ven cómo los quiere? Los salvó de los bandidos, les dio de comer y los vistió, les ha dado una casa y ahora los besa como si fueran hijos de sus entrañas.

Jesús, que ha puesto a los niños en el suelo, en el escalón más alto, cerca de su cuerpo, responde a todos contestando a estas últimas palabras anónimas:

-En verdad, éstos son para Mí más que los hijos de mis entrañas, porque soy para ellos padre de su alma, que es mía, y no para el tiempo que pasa, sino para la eternidad que perdura. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de todo hombre que de Mí, Vida, obtuviera vida para salir de su muerte!

Cuando vine por primera vez a ustedes los invité a ésto. Pero pensaron que tenían mucho tiempo para decidirse a hacerlo. Sólo una persona fue rápida en seguir la llamada y en entrar por el camino de la Vida: la criatura más pecadora que había entre ustedes. Quizás, precisamente porque se sintió muerta, se vio muerta, pútrida con su pecado, tuvo prisa en salir de la muerte. Ustedes no se sienten ni se ven muertos, y no tienen su prisa. Pero ¿qué enfermo espera a estar muerto para tomar las medicinas de vida? El muerto no necesita sino mortaja y bálsamos, y un sepulcro donde yacer para convertirse en polvo después de ser podredumbre. Porque el que la podredumbre de Lázaro, a quien miran con ojos dilatados por el miedo y el asombro, haya sido, por sabios fines, recompuesta por el

Eterno y devuelta a la salud, no debe tentar a nadie a morir en su espíritu diciendo: “El Altísimo me dará de nuevo la vida del alma”. No tienten al Señor Dios de ustedes.

Vengan ustedes a la Vida. Ya no hay tiempo de espera. La Vid ya va a ser vendimiada y exprimida. Preparen sus espíritus para el Vino de la Gracia que muy pronto les será dado. ¿No es lo que hacen cuando van a asistir a un gran banquete? ¿No preparan sus estómagos para que reciba alimentos y vinos selectos haciendo preceder al banquete una prudente abstinencia que afine el gusto y dé vigor al estómago para degustar y apetecer la comida y la bebida? ¿Y no hace lo mismo el viñador para catar el vino reciente? No desarregla su paladar el día en que quiere catar el vino nuevo; no lo hace porque quiere percibir con exactitud las cualidades y los defectos de ese vino, para corregir éstos y resaltar aquéllas, y así vender bien su mercancía. Pero si esto sabe hacer la persona que ha sido invitada a un banquete, para saborear con mayor deleite los manjares y vinos, y si el viñador hace eso para poder vender bien su vino, o para convertir en vendible aquello que si se ofreciera defectuoso sería rechazado por el comprador, ¿no debería saber hacerlo el hombre en orden a su espíritu, para saborear el Cielo, para ganar el tesoro y poder entrar en el Cielo?

Escuchen mi consejo: Éste sí, escúchenlo. Es consejo bueno. Es consejo justo del Justo, al que vanamente se aconseja mal, del Justo que quiere salvarlos de los frutos de los malos consejos que han recibido. Sean justos como Yo lo soy. Y sepan dar el justo valor a los consejos que les dan. Si saben hacerse justos, darán ese justo valor. Oigan una parábola. Una parábola que cierra el ciclo de las que he dicho en Silo y Lebona, y que habla también de los consejos que se dan o se reciben.

(Parábola del hijo del rey)

Un rey mandó a su hijo amado a visitar su reino. El reino de este rey estaba dividido en muchas provincias, pues era vastísimo. En estas provincias existía un distinto conocimiento del rey. Algunas lo conocían tanto, que se consideraban las predilectas y se ensoberbecían por ello. Estas provincias pensaban que eran las únicas perfectas en conocimiento del rey y de lo que el rey quería. Otras lo conocían pero no se sentían sabias por ello y buscaban el modo de conocerlo cada vez más. Otras cono cían al rey, pero lo querían a su manera, ya que se habían dado un código especial que no era el verdadero código del reino. Del verdadero código habían tomado aquello que les gustaba y hasta donde les gustaba, e incluso habían desvirtuado ese poco con mezclas de otras leyes, no buenas, tomadas de otros reinos, o que ellos mismos se habían dado. No. No buenas. Y otras provincias ignoraban todavía más acerca de su rey. Y algunas solamente sabían que había un rey, nada más que eso, y creían incluso que esto poco era una fábula.

El hijo del rey fue a visitar el reino de su padre para transmitir a las distintas regiones, a todas ellas, un exacto conocimiento del rey: en corrigiendo la soberbia, bien elevando los ánimos, bien enderezando conceptos desviados, en otras regiones convenciendo para que eliminaran los conceptos impuros de la ley pura, o enseñando para colmar las lagunas, o, en fin, instruyendo para dar un mínimo de conocimiento y de fe en orden a este rey real de quien todos eran súbditos. El hijo del rey pensaba, de todas formas, que la primera lección para todos había de ser el ejemplo de una justicia conforme al código, tanto en las cosas graves como en las menores. Y era perfecto. Tanto que la gente de buena voluntad se mejoraba a sí misma porque seguía las acciones y las palabras del hijo del rey, pues sus palabras y sus obras eran tan congruentes entre sí, sin disonancia alguna, que eran una única cosa.

Pero los de las provincias que se sentían perfectas sólo por saber al pie de la letra las letras del código, pero sin poseer su espíritu, veían que de la observancia de lo que hacía el hijo del rey y de lo que exhortaba a hacer, demasiado claramente resultaba que ellos conocían la letra del código pero no poseían el espíritu de la ley del rey, y que, por tanto, su hipocresía quedaba desenmascarada. Entonces pensaron en quitar de en medio aquello que los hacía aparecer como eran. Y para hacerlo usaron dos vías: una contra el hijo del rey, la otra contra los seguidores del hijo del rey; para el primero, malos consejos y persecuciones; para los segundos, malos consejos e intimidaciones.

Muchas cosas son malos consejos. Es un mal consejo decir: “No hagas esto que te puede acarrear perjuicio” fingiendo interesarse positivamente. Y es mal consejo perseguir para persuadir a faltar contra su misión a aquel a quien se quiere descarriar. Es consejo malo decir a los propios partidarios: “Si lo protegen, se encontrarán con nuestro desdén”. Pero ahora no estoy hablando de los consejos dados a los propios partidarios, sino de los consejos dados al hijo del rey y de los consejos encargados a otros, con falsa candidez, con perverso odio, o a través de ingenuos instrumentos que creyendo que los mueven para un beneficio en realidad son movidos para causar daño.

El hijo del rey escuchó estos consejos. Tenía oídos, ojos, intelecto y corazón. No podía, por tanto, no oírlos, no verlos, no comprenderlos, no discernir acerca de ellos. Pero el hijo del rey tenía, sobre

todo, un espíritu recto de hombre verdaderamente justo, y a cada uno de los consejos que se le ofrecían, consciente o inconscientemente, para hacerle pecar y dar mal ejemplo a los súbditos e infinito dolor a su padre, respondió: “No. Yo hago lo que quiere mi padre. Sigo su código. El ser hijo del rey no me exime de ser el más fiel de los súbditos en la observancia de la ley. Ustedes, que me odian y quieren amedrentarme, sepan que nada me hará violar la ley. Ustedes, los que me quieren y quieren salvarme, sepan que los bendigo por este pensamiento de ustedes, pero sepan también que ni su amor ni el amor mío hacia ustedes, por ser más fieles a mí que los que se dicen “sabios”, no debe hacerme injusto en mi deber hacia el amor más grande, que es el que ha de darse al padre mío”.

Ésta es la parábola, hijos míos. Y es tan clara que todos pueden haberla comprendido. Y en los espíritus rectos sólo una voz puede surgir: “Él es realmente el Justo, porque ningún consejo humano puede desviarlo por un camino de error”. Sí, hijos de Siquem. Nadie puede llevarme al error. ¡Ay si caminara en el error! ¡Ay de Mí y ay de ustedes! En vez de ser su Salvador, sería su traidor, y tendrían razón en odiarme. Pero no lo haré.

No los reprendo por haber aceptado sugerencias y haber pensado una serie de medidas contra la justicia. No son culpables porque lo han hecho por espíritu de amor. Pero les digo lo que he dicho al principio y al final. A ustedes les digo: Los quiero más que si fueran hijos de mis entrañas, porque son hijos de mi espíritu. Yo he conducido a la Vida a sus espíritus, y lo haré aún más. Sepan, y que éste sea el recuerdo mío, sepan que los bendigo por el pensamiento que han tenido en sus corazones. Pero crezcan en la justicia, queriendo solamente aquello que dé honor al Dios verdadero, a quien ha de profesarse un amor absoluto, como a ninguna otra criatura se ha de profesar. Vengan a esta perfecta justicia que Yo les doy como ejemplo, justicia que aplasta los egoísmos del propio bienestar, los miedos de los enemigos y de la muerte; que todo lo aplasta para hacer la voluntad de Dios.

Preparen sus espíritus. El alba de la Gracia surge. El banquete de la Gracia ya está preparado. Sus almas, las almas de los que quieren venir a la Verdad, están en las vísperas de su desposorio, de su liberación, de su redención. Prepárense en justicia para la fiesta de la Justicia.

Jesús hace una seña a los parientes de los niños, que están cerca de éstos, para que entren en la casa con Él, y, habiendo alzado en brazos a los tres niños como al principio, se retira.

En la plaza la gente intercambia comentarios, muy distintos. Los mejores dicen:

-Tiene razón. Aquellos falsos enviados nos traicionaron.

Los menos buenos dicen:

-Pero entonces no hubiera debido halagarnos. Hace que nos odien todavía más. Se ha burlado de nosotros. Es judío de veras.

-No pueden decir eso. Nuestros pobres saben de sus ayudas; nuestros enfermos, de su poder; nuestros huérfanos, de su bondad. No podemos pretender que peque para satisfacernos a nosotros.

-Ya ha pecado, porque haciendo que nos odien nos ha odiado...

-¿Quién?

-Todos. Y se ha burlado de nosotros. Sí, se ha burlado de nosotros.

Los distintos pareceres llenan la plaza, pero no turban el interior de la casa, donde está Jesús, junto con los notables y con los niños y sus parientes. Una vez más, se confirman las palabras proféticas: “Él será piedra de contradicción”.

Jesús, solo, medita sentado debajo de una encina gigantesca nacida en las faldas del monte que domina a Siquem. La ciudad, rosada con el primer Sol, está abajo, extendida sobre las pendientes más bajas del monte. Parece, vista desde arriba, un puñado de grandes cubos blancos desparramados por un niño gigante en un verde prado en declive. Los dos cursos de agua junto a los que está edificada dibujan un semicírculo azul plata oscuro en torno a la ciudad; luego, uno de los dos entra en ella e introduce su canto y su brillo entre las casas blancas, para salir luego y correr entre el verde, apareciendo y desapareciendo por entre matas exuberantes de olivos y árboles frutales, hacia el Jordán. El otro, más modesto, permanece fuera de los muros de la ciudad; los lame casi; y riega los fértiles huertos, para correr luego a calmar la sed de rebaños de ovejas blancas que pastan en prados salpicados de la sangre de las cabecitas rojas de las flores del trébol.

El horizonte se abre anchuroso frente a Jesús. Detrás de ondulaciones de colinas cada vez más bajas se ve, a través de una franja de horizonte, el valle verde del Jordán, y más allá de éste los montes de la Transjordania, que terminan al nordeste en las originales cimas de la Auranítida. El Sol, que ha salido detrás de ellos, incide ahora en tres caprichosas nubes semejantes a tres cintas de sutil gasa puestas horizontalmente sobre el velo turquesa del firmamento; y la leve gasa de las tres nubes

largas y estrechas se ha puesto toda de un rosa anaranjado semejantes al de ciertos corales de gran valor. El cielo parece vallado por este enrejado aéreo, bellissimo, que Jesús mira fijamente. Bueno, mira en esa dirección, absorto. ¡Quién sabe... a lo mejor, ni siquiera lo ve! Apoyado el codo en la rodilla, sujetando con la mano el mentón hincado en el cuenco de la palma, mira, piensa, medita. Por encima de Él, los pájaros, chilladores, alborotan describiendo un alegre carrusel de vuelos.

Jesús baja los ojos hacia Siquem, que va despertándose con el Sol matutino. Ahora, a los pastores y rebaños, los únicos que antes animaban el panorama, se unen los grupos de peregrinos, y al tintineo de las esquilas de las greyes se une el de los cascabeles de los burritos, y voces, y rumores de pasos y palabras. El viento, con sus ondas, trae hasta Jesús el ruido de la ciudad que se despierta, de la gente que deja el descanso nocturno.

Jesús se pone en pie. Con un suspiro deja este lugar sereno y baja a buen paso, por un atajo, hacia la ciudad, donde entra entre caravanas de hortelanos y peregrinos que se apresuran, los primeros, a descargar sus productos, los segundos, a comprar los productos de los primeros antes de ponerse en camino.

En un ángulo de la plaza del mercado están ya, en grupo, esperando, los apóstoles y las discípulas; en torno a ellos, los de Efraím, Silo y Lebona y muchos de Siquem. Jesús va donde ellos. Los saluda. Luego dice a los de Samaria:

-Y ahora vamos a dejarnos. Vuelvan a sus casas. Recuerden mis palabras. Crezcan en la justicia.

Se vuelve hacia Judas de Keriot:

-¿Has dado, como dije, para los pobres de todos los lugares?

-Sí, lo he dado. Excepto a los de Efraím porque ya han recibido.

-Entonces márchense. Ocúpense de que todos los pobres reciban un alivio.

-Nosotros te bendecimos por ellos.

-Bendigan a las discípulas. Son ellas las que me han dado el dinero. Márchense. La paz sea con ustedes.

Y éstos se marchan; remolones, con pena... pero obedecen. Jesús se queda con los apóstoles y las discípulas. Les dice:

-Voy a Enón. Quiero saludar el lugar del Bautista. Luego bajaré al camino del valle. Es más cómodo para las mujeres.

-¿Y... no sería mejor ir por el camino de Samaria? – pregunta Judas Iscariote.

-Nosotros no tenemos por qué temer a los bandidos, aun yendo por un camino cercano a sus grutas. El que quiera venir conmigo que venga, el que no se sienta muy dispuesto a ir hasta Enón que se quede aquí hasta el día siguiente del sábado. Ese día iré a Tersa. El que se quede que se reúna después conmigo allí.

-Yo, la verdad... preferiría quedarme. No me encuentro muy bien... estoy cansado... -dice Judas Iscariote.

-Se ve. Tienes aspecto de enfermo. Turbio de humor, de mirada y de piel. Hace un tiempo que te observo... - dice Pedro.

-Pero ninguno me pregunta si sufro...

-¿Te hubiera gustado? Yo no sé nunca lo que te gusta. Pero, si te satisface, te lo pregunto ahora. Y estoy dispuesto a quedarme contigo para cuidarte... - le responde pacientemente Pedro.

-¡No, no! Es sólo cansancio. Ve, ve. Yo me quedo aquí donde estoy.

-También me quedo yo. Soy anciana. Descansaré haciéndote de madre – dice de improviso Elisa.

-¿Tú te quedas? Habías dicho... - interrumpe Salomé.

-Si todos fuéramos, yo también iría, para no quedarme aquí sola. Pero dado que Judas se queda...

-Pues entonces voy. No quiero sacrificarte, mujer. Estoy seguro de que irías con agrado a ver el refugio del Bautista.

-Soy de Betsur y no he sentido nunca la necesidad de ir a Belén a ver la gruta donde nació el Maestro, estas cosas las haré cuando ya no tenga al Maestro, así que fíjate tú si voy a estar ansiosa de ver el lugar donde estuvo Juan... Prefiero ejercer la caridad, porque estoy segura de que la caridad tiene más valor que un peregrinaje.

-¿No te das cuenta de que estás reprobando la actitud del Maestro?

-Hablo por mí. Él va allí y hace bien. Él es el Maestro. Yo soy una vieja a la que los dolores le han quitado toda curiosidad, y el amor por Cristo le ha quitado todo deseo de cualquier otra cosa que no sea servirle.

-Para ti es servicio espiarme, entonces.

-¿Haces cosas reprochables? Se vigila a quien hace cosas dañinas. Pero, hombre, nunca he espiado a nadie. No pertenezco a la familia de las serpientes. Y no traiciono.

-Yo tampoco.

-Dios lo quiera, por tu bien. Pero no logro entender el por qué te resulte tan odioso el que me quede aquí descansando...

Jesús, hasta ese momento mudo, escuchando, en medio de los otros, que están asombrados de este tira y afloja, alza la cabeza (la tenía un poco inclinada) y dice:

-Basta. El mismo deseo que tienes tú lo puede tener, con mayor razón, una mujer, que además es anciana. Se quedarán aquí hasta el alba del día siguiente del sábado. Luego se reunirán conmigo. De momento compra todo lo que podamos necesitar para estos días. Ve, y no te demores.

Judas, a regañadientes, va a comprar las provisiones. Andrés querría acompañarle, pero Jesús lo agarra por un brazo y dice:

-Quédate aquí. Puede él solo.

Jesús tiene aspecto muy severo. Elisa lo mira y se acerca a Él. Dice:

-Perdona, Maestro, si te he causado un dolor.

-Nada tengo que perdonarte, mujer. Más bien, perdona tú a ese hombre, como si fuera un hijo tuyo.

-Con este sentimiento me quedo aquí con él... aunque él crea una cosa muy distinta... Tú me comprendes...

-Sí, y te bendigo. Y te digo que es correcto lo que has dicho que los peregrinajes a mis lugares serán una necesidad que vendrá cuando ya no esté con ustedes... una necesidad de confortar sus espíritus. Ahora se trata de servir a los deseos de su Jesús. Y tú has comprendido un deseo Mío, porque te sacrificas por tutelar un espíritu imprudente...

Los apóstoles se intercambian miradas... Las discípulas también. Sólo María, enteramente velada, no alza la cabeza para intercambiar miradas con nadie. Y María de Magdala, erguida como una reina juzgadora, no ha quitado la mirada un momento de Judas, que se mueve entre los vendedores, y en sus ojos hay amargura, no sin un cierto desprecio en su boca cerrada: habla con su expresión más que si dijera palabras...

Judas vuelve. Da a los compañeros lo que ha comprado. Se pone en orden el manto – lo había usado para transportar lo que había comprado – y hace ademán de dar la bolsa a Jesús.

Jesús la rechaza con la mano:

-No hace falta. Para las limosnas está todavía María. Tú preocúpate de ejercitar la beneficencia aquí. Muchos son los mendigos que, de todas partes, bajan para ir hacia Jerusalén en estos días. Da sin prejuicios y con caridad, recordando que todos somos mendigos ante Dios, de su misericordia y de su pan... Adiós. Adiós, Elisa. La paz sea con ustedes.

Y se vuelve rápidamente. Se echa a andar a buen paso por el camino que tenía cerca sin dar tiempo a Judas para despedirse de Él...

Todos lo siguen en silencio. Salen de la ciudad en dirección nordeste por estos bellísimos campos...

574

En Enón, rescatado y acogido el pastorcito Benjamín. Hacia Tersa.

Enón, un puñado de casas, está más arriba, hacia el Norte. Conserva el lugar en que estuvo Juan el Bautista: es una gruta rodeada de exuberante vegetación. Poco distantes, unos manantiales gotean, para formar después un arroyo bien nutrido de aguas que van hacia el Jordán. Jesús está solo, sentado fuera de la gruta, en el lugar en que se despidió de su primo. La aurora apenas pone rosado el oriente y las frondas se desadormecen con los trinos de los pájaros que se despiertan. Balidos llegan de los apriscos de Enón. Un rebuzno rasga el ambiente sereno.

Rumor confuso de pasitos por el sendero. Pasa un rebaño de cabras guiadas por un adolescente que, titubeante, se detiene un momento a mirar a Jesús. Luego se marcha. Pero, al cabo de poco, vuelve, porque una cabrita se ha empeñado en quedarse ahí, observando a ese hombre al que no estaba acostumbrada a ver en ese lugar y que ahora extiende su larga mano para ofrecerle un tallo de mejorana y le acaricia su cabeza inteligente. El pastorcito duda. No sabe si alejar al animal o dejar que Jesús lo acaricie, sonriendo, como contento de que sin temor haya ido a acurrucarse a sus pies y le haya puesto la cabeza en las rodillas. También las otras cabras vuelven, comiendo la hierba tachonada de florecillas.

El pastorcito pregunta:

-¿Quieres leche? No he ordeñado todavía a dos cabras rebeldes, que si no están bien llenas de comida amochan (*dan golpes con la cabeza*) al que les aprieta en el pecho; son iguales que su amo, que si no está bien lleno de ganancias, nos da de palos.

-¿Eres siervo, pastor?

-Soy huérfano. Estoy solo. Y soy siervo. Él es pariente mío porque es el marido de la hermana de la madre de mi madre. Y mientras vivía Raquel... Pero hace muchos meses que murió... Y yo soy muy infeliz... ¡Tómame contigo! Estoy acostumbrado a vivir de nada... Te serviré... Un poco de pan me basta como paga. Tampoco aquí tengo nada... Si me pagara, me iría. Pero dice: “¿Tu dinero? No. Me

lo quedo yo, porque te visto y te doy de comer”. ¡Me viste! Ya lo ves. ¡Me da de comer!... Mírame... Y éstos son los palos... Mi pan de ayer, éste...

Enseña unos moretones en los brazos y hombros delgadísimos.

-¿Qué habías hecho?

-Nada. Tus compañeros, los discípulos quiero decir, hablaban del Reino de los Cielos, y yo estaba escuchando... Era sábado. Aunque no trabajara, no estaba ocioso, porque era sábado... Me pegó fuerte, tanto que... que no quiero seguir con él. Tómame contigo. Si no huyo... He venido adrede aquí esta mañana. Tenía miedo de hablar. Pero Tú eres bueno y hablo.

-¿Y el rebaño? No querrás huir con él, claro...

-Lo llevo al aprisco... El hombre, dentro de poco, irá al bosque para cortar leña... Yo llevo el rebaño y huyo. ¡Tómame contigo!

-¿Pero tú sabes quién soy?

-¡Eres el Cristo! El Rey del Reino de los Cielos. El que te sigue es feliz en la otra vida. Aquí nunca he tenido alegría... pero, no me rechaces... que tenga alegría allí...

Llora echado a los pies de Jesús, cerca de la cabrita.

-¿Cómo me conoces tan bien? ¿Es que me has oído hablar?

-No. Sé desde ayer que estás aquí, donde estaba el Bautista, estabas Tú. Pero alguna vez pasaban por Enón discípulos tuyos. Les he oído a ellos. Se llaman Matías, Juan, Simeón, y estaban a menudo porque Juan el Bautista había sido su maestro antes de Ti. Y luego Isaac... En Isaac yo sentía a mi padre y a mi madre. Isaac quería liberarme del patrón, y dio dinero. ¡Pero él! Cogió el dinero, eso sí, pero luego no me libertó, y se burló de tu discípulo.

-Sabes muchas cosas. ¿Pero sabes a dónde voy?

-A Jerusalén. Pero no llevo escrito en la cara que sea de Enón.

-Voy más lejos. Pronto me marcharé y no podré tomarte Conmigo.

-Tómame el poco tiempo que puedas.

-¿Y luego?

-Y luego... Lloraré, pero iré con los de Juan, que fueron los primeros que dijeron a este pobre muchacho que la alegría que no dan los hombres en la Tierra la da Dios en el Cielo a quien ha tenido buena voluntad. Yo, por tenerla, me he llevado muchos palos y he pasado mucha hambre, pidiendo a Dios que me diera esta paz. Ya ves que he tenido buena voluntad... Pero ahora, si me rechazas... ya no podré tener esperanza...

Llora silencioso, suplicando a Jesús más que con los labios con los ojos llorosos.

-No tengo dinero para tu rescate. Ni sé si tu patrón daría el consentimiento.

-Pero ya han pagado por mí. Tengo testigos. Elí, Leví y Jonás lo vieron, y se enojaron con el hombre ¡Y son los más importantes de Enón, eh!

-Si es así... Vamos. Levántate y ven.

-¿A dónde?

-Donde tu patrón.

-¡Tengo miedo! Ve Tú solo. Está allí, en aquel monte, entre los árboles cortando madera. Yo espero aquí.

-No tengas miedo. Mira, vienen mis discípulos. Seremos muchos para él. No te hará ningún daño. Levántate. Iremos a Enón, a buscar a los tres testigos y luego vamos donde tu patrón. Dame la mano. Después te confiaré a los discípulos que conoces. ¿Cómo te llamas?

-Benjamín.

-Tengo otros dos pequeños amigos que se llaman así. Tú serás el tercero.

-¿Amigo? ¡Demasiado! Soy siervo.

-Del Señor Altísimo. De Jesús de Nazaret eres el amigo. Ven. Recoge el rebaño y vamos.

Jesús se levanta y, mientras el pastorcito reúne y empuja a las cabras reacias hacia el camino de regreso, hace señas a los apóstoles (que vienen por el sendero y miran hacia Jesús) de que se apresuren. Ellos aceleran el paso. Mas ya el rebaño está en camino y Jesús, con el pastorcito de la mano, va hacia ellos...

-¡Señor! ¿Te has hecho pastor de cabras? Verdaderamente Samaria puede ser llamada la cabra... Pero Tú...

-Yo soy el Buen Pastor y transformo las cabras en corderos. Además, todos los niños son corderos, y éste es poco más que niño.

-¿No es el niño al que aquel hombre se llevó ayer con tan malos modales? – dice Mateo observándolo.

-Soy yo.

-¡Oh, pobre muchacho! ¡Tu padre está claro que no te quiere! – dice Pedro.

-Mi patrón. No tengo más padre que a Dios.

-Sí. Los discípulos de Juan instruyeron su ignorancia y confortaron su corazón, y en el momento preciso el Padre de todos hizo que nos encontráramos. Vamos a Enón para tomar con nosotros a tres testigos, y luego vamos donde su patrón... - dice Jesús.

-¿Para que nos dé al muchacho? ¿Y dónde está el dinero? María ha distribuido lo último que tenía... - observa Pedro.

-No hay necesidad de dinero. No es esclavo y ya han dado dinero para que el patrón lo deje libre. Lo dio Isaac, que sintió compasión del niño.

-¿Y por qué no recibió el niño?

-Porque muchos son los burladores de Dios y del prójimo. Ahí está mi Madre con las mujeres. Vayan a decirles que no sigan viniendo.

Santiago de Zebedeo y Andrés se echan a correr, raudos como gacelas. Jesús acelera el paso hacia su Madre y las discípulas, y cuando llega ellas ya saben y observan con compasión al jovencito. Regresan a buen paso hacia Enón. Entran. Van, guiados por el muchacho, a la casa de Elí, que es un hombre añoso, de ojos enturbiados por los años, pero todavía vigoroso. De joven debió ser robusto como una encina de estos lugares.

-Elí, el Rabí de Nazaret me toma consigo si...

-¿Te toma consigo? Obra mejor no podría hacer. Estando aquí acabarías haciéndote malo. El corazón se endurece cuando dura demasiado la injusticia. Y es demasiado dura. ¿Lo has encontrado? El Altísimo, entonces, escucha tu llanto, aunque sea llanto de un niño samaritano. Dichoso tú, entonces, que por la edad careces de cadenas y puedes seguir a la Verdad sin que nada te retenga, ni siquiera la voluntad de un padre o de una madre. Lo que tantos años parecía un castigo ahora se muestra como providencia. Dios es bueno. Pero ¿qué quieres de mí, que has venido aquí? ¿Mi bendición? Como Anciano del lugar, te la doy.

-Tu bendición quiero. Porque eres bueno. Y también he venido para que tú, con Leví y Jonás, vinieran junto con el Rabí, donde mi patrón, para que no pida más dinero.

-¿Pero dónde está el Rabí? Soy viejo y veo poco, y reconozco sólo a los que conozco mucho. No conozco al Rabí.

-Aquí está. Delante de ti.

-¿Aquí? ¡Poder eterno!

El anciano se levanta y se inclina ante Jesús diciendo:

-Perdona a este viejo de ojos empañados. Yo te saludo, porque sólo uno es justo en todo Israel. Y eres Tú. Vamos. Leví está ocupado con una tina, en su huerto, y Jonás dedicado a sus quesos.

El anciano se endereza -es tan alto como Jesús, a pesar de que la edad lo encorve- y se encamina, bordeando la tapia, evitando, con la ayuda de su bastón, los posibles tropiezos del camino.

Jesús, que lo ha saludado con su paz, le ayuda en un punto en que tres rudimentarios peldaños hacen peligroso el camino para un semiciego. Antes de empezar a andar, Jesús había dicho a las discípulas que lo esperaran en ese lugar. Benjamín, entretanto, va a su redil. El anciano dice:

-Eres bueno. Pero Alejandro es un desalmado. Es un lobo. No sé si... Pero mi caudal llega a poderte dar dinero por Benjamín, si Alejandro quiere más. Mis hijos no tienen necesidad de mi dinero. Yo ya estoy cerca del siglo y el dinero no sirve para la otra vida; una acción de humanidad, sí, tiene valor...

-¿Por qué no lo han hecho antes?

-No me reprendas, Rabí. Yo daba comida al niño y lo confortaba, para que no acabara siendo un malhechor. Alejandro es capaz de transformar a una tortolita en un animal feroz. Pero no podía, ninguno podía, quitarle al niño. Tú... te marchas lejos. Pero nosotros... nos quedamos aquí, y tememos sus venganzas. Un día, uno de Enón se interpuso porque Alejandro estaba borracho y estaba pegando salvajemente al niño, y él, no sé cómo, logró envenenarle el rebaño.

-¿No es un mal pensamiento?

-No. Esperó muchos meses. A que llegara el invierno, cuando las ovejas están en el aprisco. Y envenenó el agua del pilón. Bebieron. Se hincharon. Murieron. Todas. Somos todos pastores aquí, y comprendimos lo que había pasado... Para mayor seguridad, se puso aquella carne como comida para un perro, y el perro murió. Y alguien había visto a Alejandro entrar furtivamente en el aprisco. ¡Sí, es un malhechor! Nosotros le tenemos miedo... Es cruel. Por la noche, siempre borracho. Despiadado con todos los suyos. Ahora que todos se han muerto, tortura al muchacho.

-Pues entonces no vengas si...

-¡No! Voy. La verdad se debe decir. ¡Ah! Oigo el sonido del martillo. Es Leví.

Y, junto a un seto, llama con voz fuerte:

-¡Leví! ¡Leví!

Sale un anciano menos viejo que el primero, ceñidas las vestiduras y con un mazo en la mano. Saluda a Elí y le pregunta:

-¿Qué quieres, amigo?

-Aquí a mi lado está el Rabí de Galilea. Ha venido a tomar consigo a Benjamín. Ven, que en el bosque está Alejandro. A testificar que ya recibió de aquel discípulo aquel dinero por Benjamín.

-Voy. Siempre me decían que el Rabí era bueno. Ahora lo creo. ¡Paz a Ti!

Deja el mazo, grita a no sé quién que lo espere, y se marcha con Elí y Jesús. Pronto llegan al aprisco de Jonás. Lo llaman. Explican...

-Voy. Tú – ordena a un mozo – sigue con el trabajo.

Se seca las manos en un paño que luego deja en una estaca, y sigue a Jesús. Después de haberlo saludado, junto con Leví y Elí.

Jesús va hablando con el primer anciano. Le dice:

-Eres un hombre justo. Dios te dará paz.

-Lo espero. ¡El Señor es justo! No tengo la culpa de haber nacido en Samaria...

-No tienes culpa de ello. En la otra vida no hay fronteras para los justos. Sólo la culpa alza una separación entre el Cielo y el Abismo.

-Es verdad. ¡Cuánto me gustaría verte! Tu voz es dulce, y delicada es tu mano guiando a este viejo ciego. Delicada y fuerte. Parece la de mi hijo predilecto, Elí como yo, hijo de mi hijo José. Si tu figura es como tu mano, dichoso quien te ve.

-Mejor es oírme que verme: hace más santo el espíritu.

-Es verdad. Yo escucho a los que hablan de Ti. Pero pasan sólo de vez en cuando... ¿Pero no es ruido de hachas contra troncos?

-Lo es.

-Entonces... Alejandro está cerca... Llámalo.

-Sí. Ustedes quédense aquí. Si me arreglo Yo solo, no los llamo. No aparezcan si no los llamo.

Se adelanta y llama con voz fuerte.

-¿Quién es? ¿Quién eres? –dice un hombre anciano, robustísimo, de facciones duras y pecho y extremidades de luchador. Un golpe de esas manos debe ser como un golpe de clava: brutal.

-Soy Yo. Un desconocido que te conoce. Vengo a tomar lo que es mío.

-¿Tuyo? ¡Ja! ¡Ja! ¿Qué es tuyo en este bosque mío?

-Nada del bosque. De tu casa. Benjamín es mío.

-¡Tú estás loco! Benjamín es mi siervo.

-Y también pariente. Y tú eres su cómitre (*capataz de las galeras*). Un enviado mío te dio el dinero que pedías por el rescate del muchacho. Cogiste el dinero y te negaste a entregar al muchacho. Mi enviado, hombre de paz, no reaccionó. Yo vengo ahora movido por la justicia.

-Tu enviado se habrá bebido el dinero. No he recibido nada. Y me quedo con Benjamín. Lo aprecio.

-No. Lo odias. Tu amor está en el salario que no le das. No mientas. Dios castiga a los que mienten.

-Yo no he recibido dinero. Si has hablado con mi siervo, has de saber que es un astuto embustero. Y voy a pegarle por calumniarme. ¡Adiós! – le da la espalda y hace ademán de marcharse.

-Cuidado, Alejandro, que Dios está presente. No desafíes su bondad.

-¡Dios! ¿Dios tiene que tutelar mis intereses, acaso? Yo soy el único que los debe tutelar, y los tutelo

-¡Cuidado!

-¿Pero quién eres, miserable galileo? ¿Cómo te atreves a echarme algo en cara? No te conozco.

-Me conoces. Soy el Rabí de Galilea y...

-¡Ah! ¡Sí! Y crees que me das miedo. Yo no temo ni a Dios ni a Belcebú. ¿Y pretendes que te tema ti, un loco? ¡Vete, vete! Déjame trabajar. Te he dicho que te marches. No me mires. ¿Crees que tus ojos me pueden meter miedo? ¿Qué quieres ver?

-Tus delitos, no, porque los conozco todos. Todos. Incluso los que ninguno conoce. Lo que quiero es ver si no comprendes siquiera que ésta es la última hora de misericordia que Dios te da para arrepentirte. Quiero ver si el remordimiento no surge y te abre ese corazón de piedra; si...

El hombre, que tiene el hacha en la mano, la lanza contra Jesús, que se agacha rápido. El hacha describe un arco por encima de su cabeza y va contra una joven encina, que queda cortada de un tajo y cae acompañada de fuerte ruido de vegetación y batir de alas de pájaros asustados.

Los tres que están escondidos cerca salen de improviso, gritando, temiendo que también Jesús haya sido alcanzado por el hacha. El que no ve grita:

-¡Oh, ver! ¡Ver si realmente no ha sido herido! ¡La vista sólo para esto, Dios Eterno!

Y, sordo a todas las afirmaciones de los otros, avanza, dando tumbos porque ha perdido el bastón, y quiere tocar a Jesús para sentir si no sangra por alguna parte del cuerpo, y gime:

-Un rayo de luz clara, y luego las tinieblas. Pero ver, ver, sin este velo que apenas me concede adivinar los obstáculos...

-No tengo nada, padre. Tócame –dice Jesús, tocándolo y dejándose tocar.

Entretanto, los otros dos dirigen duras palabras al bruto, y le echan en cara culpas y mentiras. Él, ya sin hacha, saca un cuchillo y arremete, blasfemo contra Dios, burlón contra el ciego, amenazador contra los otros, verdaderamente similar a una fiera enfurecida. Entre las blasfemias decía:

-Que Dios me ciegue si miento y si he pecado. ¡Que me quede ciego antes que adorar a un loco nazareno! Y a ustedes... me vengaré y partiré en dos a Benjamín como a ese árbol...

Pero se tambalea, se cae, deja caer el puñal, se restriega los ojos, los abre, los cierra, y lanza un tremendo grito:

-¡No veo! ¡Auxilio! ¡Mis ojos!... Las tinieblas... ¿Quién me salva?

Gritan también los otros. De asombro. Y... se burlan de él, diciendo:

-Dios te ha escuchado. Véngate ahora...

-No sean como él. No odien – aconseja Jesús, y acaricia al anciano añoso, que no se preocupa de nada sino de la incolumidad de Jesús, y para tranquilizarle dice:

-¡Alza la cara! ¡Mira!

El milagro se cumple. Como antes para el violento las tinieblas, ahora para el justo la luz. Y el grito que ahora se alza entre los robustos árboles es distinto, dichoso:

-¡Veo! ¡Mis ojos! ¡La Luz! ¡Bendito seas! – y el anciano mira fijamente a Jesús con ojos bien claros por nueva vida, y luego se postra para besar sus pies.

-Vamos nosotros dos. Ustedes llevarán a Enón a este desdichado. Sean compasivos porque Dios ya lo ha castigado. Y basta Dios. El hombre debe ser bueno ante cualquier desgracia.

-Toma contigo al niño, y las ovejas, el bosque, la casa, el dinero. Pero devuélveme la vista. No puedo quedarme así.

-No puedo. Te dejo todo aquello por lo que te hiciste pecador. Tomo conmigo al inocente porque ya ha padecido el martirio. Que en las tinieblas pueda tu alma abrirse a la Luz.

Jesús saluda a Leví y Jonás y baja raudo con el anciano añoso, que parece rejuvenecido y que cuando llega a las primeras casas grita su alegría... Toda Enón se agita.... Jesús se abre paso. Va donde el pastorcito, que está con los apóstoles, y dice:

-¡Ven! Vamos, que en Tersa nos esperan.

-¿Libre? ¿Libre? ¿Contigo? ¡Oh! ¡No creía...! Me despido de Elí. ¿Y los otros? –el muchacho está inquieto...

Elí lo besa y bendice, y le dice:

-Y perdona al desdichado.

-¿Por qué? Perdonar, sí. Pero, ¿por qué, desdichado?

-Porque blasfemó contra el Señor y la luz se apagó en sus ojos. Ninguno de nosotros tendrá motivo para temerle. Está en las tinieblas y en el quebranto. ¡Tremendo poder de Dios!...

El anciano, con los brazos levantados, mirando hacia el cielo, pensativo por lo que ha visto, parece un profeta inspirado.

Jesús se despide de él y se abre paso entre la pequeña muchedumbre inquieta. Se marcha. Detrás de Él, los apóstoles y las discípulas; y también se marcha Benjamín, con el saludo de las mujeres, que quieren ofrecer algún regalo al que ha sido amado con predilección por el Señor: una fruta, una bolsa, un pan, una túnica... lo que encuentran a mano. Y él, feliz, se despide de ellas, les da las gracias, dice:

-¡Siempre buenas conmigo! Lo recordaré. Oraré por ustedes. Manden a sus hijos al Señor. Es hermoso estar con Él. Es la Vida. ¡Adiós! ¡Adiós!...

Enón queda atrás. Bajan hacia el Jordán, hacia la llanura del valle del Jordán, hacia nuevos acontecimientos, desconocidos todavía... Pero el niño no se vuelve para mirar. No hace comentarios. No piensa. No suspira. Sonríe. Mira a Jesús, allá, delante de todos, verdadero Pastor seguido por su rebaño, de ese rebaño del que ahora él, el pobre muchacho, también forma parte... Y de improviso canta, a voz en grito...

Sonríen los apóstoles diciendo:

-El muchacho se siente feliz.

Sonríen las mujeres diciendo:

-El ave prisionera ha vuelto a encontrar libertad y nido.

Sonríe Jesús volviéndose para mirarlo, y su sonrisa, como siempre, parece hacer todo más luminoso, y lo llama diciendo:

-Ven aquí, corderito de Dios. Quiero enseñarte una bella canción.

Y entona, seguido por los otros, el salmo: “El Señor es mi Pastor. Nada me faltará. Me ha puesto en un lugar de abundantes pastos” etc. (Salmo 23). La hermosísima voz de Jesús se extiende por la campiña feraz, una voz tan potente por su carga de alegría, que resalta sobre las otras, incluso sobre las mejores.

-Se siente feliz tu Hijo, María – dice María de Alfeo.

-Sí, se siente feliz. Todavía le queda algo de alegría...

-Ningún viaje es infructífero. Jesús pasa derramando gracias, y siempre hay alguno que verdaderamente encuentra al Salvador. ¿Recuerdas aquel atardecer en Belén de Galilea? –pregunta María Magdalena.

-Sí. Pero no quisiera recordar a aquellos leprosos, ni a este ciego...

-Tú perdonarías siempre. ¡Eres muy buena! Pero también es necesaria la justicia – observa María Salomé.

-Es necesaria. Pero buena cosa es para nosotros que sea mayor la misericordia – interviene de nuevo María Magdalena.

-Tú puedes decir eso, pero María... - responde Juana.

-María no quiere otra cosa sino perdón. Aunque Ella no lo necesita. ¿No es verdad, María? – dice Susana.

-No quisiera otra cosa sino perdón. Sí, sólo perdón. Ya el hecho de ser malo debe ser un terrible sufrimiento... - y suspira al decirlo.

-¿Tú perdonarías a todos? ¿Sin excepción alguna? Y... ¿sería justo hacerlo? Hay quien se obstina en el mal y echa a perder todo género de perdón burlándose de él por tacharlo de debilidad-dice Marta.

-Yo perdonaría. Por mí perdonaría. No por necesidad, sino porque a todas las almas las veo como a un niño más o menos bueno, como a un hijo... Una madre siempre perdona... aunque diga: “La justicia requiere un justo castigo”. Si una madre pudiera morir por engendrar un corazón nuevo, bueno, para el hijo malo, ¿ustedes creen que no lo haría? Pero no se puede. Hay corazones que rechazan toda ayuda... Y yo pienso que incluso a éstos la piedad ha de concederles perdón. Porque ya grande es el peso que tienen en su corazón: el de sus culpas, el del rigor de Dios... ¡Oh, perdonemos, perdonemos a los culpables!... ¡Ah... si quisiera Dios acoger nuestro absoluto perdón para disminuir la deuda de los culpables!...

-¿Pero por qué lloras siempre, María, incluso ahora que tu Hijo ha tenido un momento de alegría? – dice, con un tono de queja, María de Alfeo.

-No ha sido alegría completa, porque el culpable no se ha arrepentido. La alegría de Jesús es completa cuando puede redimir...

Y Nique, que ha estado siempre callada, de repente dice:

-Dentro de poco estaremos de nuevo con Judas de Keriot.

Las mujeres se miran, como si esta frase sencilla fuera una cosa extraordinaria, como si detrás de ella se escondiera... algo grande. Pero ninguna dice nada.

Jesús se ha parado en un olivar hermosísimo. Se paran todos. Jesús bendice y parte el alimento, y lo reparte.

Benjamín mira todo lo que le han dado y pone orden en ello: túnicas demasiado largas o demasiado anchas, sandalias no adecuadas para su pie, almendras todavía con su cáscara verde, las últimas nueces, un quesito, algunas manzanas rugosas, un cuchillito. Está contento con sus tesoros. Ofrece lo de comer, y las prendas de vestir las dobla y dice:

-Me pondré la más bonita para Pascua.

María de Alfeo promete:

-En Betania te la arreglaré perfectamente. De momento deja ésta fuera. En Tersa se le podrá dar un agua y más adelante habrá hilo para componerla. Respecto a las sandalias... no sé qué solución encontrar.

-Se dan éstas al primer pobre que encontremos y que tenga un pie tan grande, y se compra un par nuevo en Tersa – dice tranquilamente María Magdalena.

-¿Con qué dinero, hermana? – le pregunta Marta.

-¡Ah, es verdad! No tenemos ya una moneda... Pero Judas tiene dinero... Así Benjamín no puede recorrer mucho camino. Y además, ¡pobre niño! Su alma ha recibido la gran alegría, pero también su humanidad debe recibir una sonrisa... Ciertas cosas agradan.

Susana, joven y alegre, ríe diciendo:

-¡Hablas como si supieras por experiencia que un par de sandalias nuevas constituyen la alegría de uno que no las haya tenido nunca!

-Es verdad. Pero es porque en realidad sé lo que puede agradar un vestido seco cuando estamos mojados, y uno fresco cuando sólo se tiene uno. Yo lo recuerdo... - y reclina la cabeza en el hombro de María Santísima diciendo:

-¿Te acuerdas, Madre? – y la besa con ternura.

Jesús da la orden de reanudar la marcha, para estar en Tersa antes del anochecer:

-Estarán preocupados aquellos dos, que no saben...

-¿Quieres que nos adelantemos y les digamos que estás llegando? – propone Santiago de Alfeo.

-Sí. Vayan todos menos Juan y Santiago y mi hermano Judas. Tersa no está lejos... Vayan, pues. Pregunten por Judas y Elisa y, entretanto vayan preparando los lugares para nosotros, porque, habiendo tardado tanto y trayendo con nosotros a las mujeres, conviene que nos quedemos por la noche... Nosotros, entretanto, los seguiremos. Esperen junto a las primeras casas... Los ocho apóstoles se marchan raudos, y Jesús, más lentamente, los sigue.

575

Mal recibimiento en Tersa. Extremo intento de redimir a Judas Iscariote.

Tersa está tan rodeada de exuberantes olivares, que se ha de estar muy cerca de ella para percatarse de que la ciudad está ahí. Una franja de ubérrimos (*muy abundantes y fértiles*) huertos rodea, como última mampara, las casas. En ellos, achicorias y otras verduras, legumbres, zapallos nuevos, árboles frutales, parrones funden y combinan sus distintos verdes y sus flores prometedoras de frutos, y sus frutos nacientes prometedores de delicias. La pequeña flor de la vid y la de los olivos más precoces rocían con su nieve blanco-verde el suelo, al paso de un vientecito más bien enérgico.

De detrás de una mampara de cañas y sauces, que han crecido junto a una charca, sin agua pero húmeda todavía en el fondo, y al oír el rumor de pasos de personas que llegan, aparecen los ocho apóstoles a los que antes se indicó que se adelantarán. Están viviblemente inquietos y afligidos, y, mientras hacen señas a los que llegan que se paren, se acercan a ellos sin demora. Cuando ya están lo suficientemente cerca como para poder ser oídos sin necesidad de gritar, dicen:

-¡Atrás! ¡Atrás! A los campos. No se puede entrar en la ciudad. Por poco nos apedrean. Vengan, vamos afuera. A aquella espesura. Allí hablaremos...

Impacientes por alejarse sin ser vistos, apremian, a Jesús, a los tres apóstoles, al muchacho, a las mujeres, para que vuelvan hacia abajo por la charca seca, y dicen:

-Que no nos vean aquí. ¡Vamos! ¡Vamos!

Inútilmente Jesús, Judas y los dos hijos de Zebedeo tratan de saber lo que ha sucedido; inútilmente dicen:

-¿Pero Judas de Simón? ¿y Elisa?

Los ocho se muestran inflexibles. Caminando entre la maraña de tallos y plantas acuáticas, sufriendo en los pies cortes de juncáceas, o en la cara el choque de los sauces y las cañas, resbalando en el barrillo del fondo, agarrándose a las plantas, buscando apoyo en los márgenes y llenándose bien de barro, se alejan, apremiados por detrás por los ocho, que caminan casi con la cabeza vuelta hacia atrás, para ver si de Tersa sale alguien siguiéndolos. Pero en el camino sólo está el Sol, que empieza ya a ponerse, y un flaco perro errante.

Por fin han llegado a una espesura de zarzas que delimitan una propiedad. Detrás de esta espesura, un campo de lino cimbrea bajo el viento sus altos tallos que ya se coloran de azul con las primeras flores.

-Aquí, aquí dentro. Si estamos sentados, nadie nos verá, y cuando haya anochecido nos marchamos -dice Pedro secándose el sudor...

-¿A dónde? – pregunta Judas de Alfeo – Tenemos a las mujeres.

-A algún lugar iremos. Incluso... los campos están llenos de heno segado, que también sirve de cama. Para las mujeres hacemos tiendas con nuestros mantos, y nosotros... vigilantes.

-Sí. Es suficiente con no ser vistos y al amanecer bajar al Jordán. Tenías razón, Maestro, al no querer el camino de Samaria. ¡Mejor los bandidos, para nosotros que somos pobres, que no los samaritanos!... – dice Bartolomé, todavía jadeante.

-Pero bueno, ¿qué ha pasado? Ha sido Judas, que ha hecho alguna... - dice Judas Tadeo.

Le interrumpe Tomás:

-Judas está claro que ha recibido. Lo siento por Elisa...

-¿Has visto a Judas?

-Yo no. Pero es fácil ser profeta. Si se ha declarado apóstol tuyo, está claro que le han pegado. Maestro, te rechazan allí.

-Sí, todos están enemistados contra Ti.

-Son verdaderos samaritanos.

Hablan todos a la vez. Jesús impone silencio a todos y dice:

-Que hable uno solo. Tú, Simón Zelote, que eres el más sereno.

-Señor, en pocas palabras te lo puedo decir. Entramos en la ciudad y nadie nos molestó, hasta que supieron quiénes éramos, mientras pensaron que éramos peregrinos que íbamos de paso. Pero cuando preguntamos - ¡debíamos hacerlo! – si un hombre joven, alto, moreno, vestido de rojo y con un taled de rayas rojas y blancas, y una mujer anciana, delgada, de pelo más blanco que negro y una túnica gris muy oscura, habían entrado en la ciudad y habían buscado al Maestro galileo y a sus compañeros, entonces, enseguida, se inquietaron... Quizás no hubiéramos debido hablar de Ti. Sin

duda, nos hemos equivocado... Pero, en los otros lugares nos recibieron siempre tan bien, que... ¡no se comprende qué es lo que ha sucedido!... ¡Parecen víboras, los mismos que no hace más de tres días se mostraban deferentes contigo!... – le interrumpe Judas Tadeo:

-Trabajo de judíos...

-No creo. No lo creo por las recriminaciones que nos lanzaban y por las amenazas. Lo que creo es que... Es más, estoy, estamos seguros de que la causa de la ira samaritana es que Jesús ha rechazado su proposición de protegerlo. Gritaban: “¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ustedes y su Maestro! Quiere ir a adorar al Moria. Pues que vaya y que mueran Él y todos los suyos. No hay sitio entre nosotros para los que no nos tienen por amigos, sino sólo por siervos. No queremos más problemas, si no hay ganancia a cambio. Piedras, no pan, para el Galileo. Azuzarle los perros, no ofrecerle las casas”. Decían esto y más. Y al insistir para, al menos, saber lo que había sido de Judas, cogieron ‘piedras para lanzárnoslas, y verdaderamente nos echaron a los perros. Y gritaban unos a otros: “Nos ponemos en todas las entradas. Si viene Él, nos vengaremos”. Nosotros hemos huído. Una mujer, siempre hay alguien bueno incluso entre los malvados, nos metió en su huerto, y de allí nos llevó, por un camino que va entre los huertos, hasta la charca que ahora está sin agua porque han regado antes del sábado. Y nos escondió allí. Y luego nos prometió que nos iba a dar noticias de Judas. Pero ya no volvió. Vamos a esperarla aquí de todas formas, porque dijo que si no nos encontraba en la charca vendría aquí.

Los comentarios son muchos: hay quien sigue acusando a los judíos; y quien manifiesta un leve reproche a Jesús, un reproche escondido en las palabras:

-Has hablado demasiado claramente en Siquem y luego te has alejado. En estos tres días, han decidido que es inútil hacerse falsas ilusiones y perjudicarse por alguien que no satisface sus anhelos... y te rechazan...

Jesús responde:

-No me arrepiento de haber dicho la verdad ni de cumplir con mi deber. Ahora no comprenden. Dentro de poco comprenderán mi justicia, una justicia que supera a un amor no justo hacia ellos, y me venerarán más que si no la hubiera tenido.

-¡La mujer viene ya por el camino! Tiene el valor de mostrarse a la vista... - dice Andrés.

-¿No nos irá a traicionar, no? – pregunta Bartolomé, con aire de sospecha.

-¡Viene sola!

-Podría seguirla gente que estuviera escondida en la charca...

Pero la mujer, que viene con un cesto sobre la cabeza, prosigue. Y supera los campos de lino donde esperan Jesús y los apóstoles. Luego toma un senderito y desaparece de la vista... para aparecer de nuevo de repente, a espaldas de los que esperan, los cuales, al oír el roce de los tallos de lino, se vuelven, casi asustados. La mujer habla a los ocho que conoce:

-Perdonen si he hecho esperar mucho... No quería que me siguieran. He dicho que iba donde mi madre... Ya sé... Y aquí traigo comida para ustedes. ¿El Maestro... quién es? Quisiera venerarlo.

-Ése es el Maestro.

La mujer, que ha dejado su cesto, se postra y dice:

-Perdona el pecado de mis convecinos. Si no los hubieran incitado... Pero muchos han trabajado aprovechando tu negativa...

-No tengo rencor, mujer. Levántate y habla. ¿Sabes algo de mi apóstol y de la mujer que estaba con él?

-Sí. Los han expulsado como a perros. Así que están fuera de la ciudad, en el otro lado, esperando a la noche. Querían volver atrás, hacia Enón, para buscarte. Querían venir aquí, porque sabían que estaban sus compañeros. He dicho que no, que no lo hicieran, que se mantuvieran quietos, que yo los llevaría donde ellos. Y lo haré en cuanto acabe el crepúsculo. Afortunadamente mi marido está ausente y tengo libertad para dejar la casa, Los voy a llevar donde una hermana mía que está casada y vive en la llanura. Dormirán allí. No se identifiquen. No por Merod, sino por los hombres que están con ella. No son samaritanos, son de la Decápolis establecidos aquí. Pero, en todo caso, conviene...

-Dios te lo pague. ¿Los dos discípulos han sido heridos?

-Un poco el hombre. La mujer nada. Sin duda, la protegió el Altísimo, porque ella, con arrojo, escudó a su hijo con su cuerpo cuando los de la ciudad echaron mano a las piedras. ¡Qué mujer más fuerte! Gritaba: “¡Así atacan a uno que no los ha ofendido? ¿Y no me respetan a mí, que lo defiendo y que soy madre? ¿No tienen madre todos ustedes, que no respetan a quien ha engendrado? ¿Han nacido de una loba o se han hecho de barro y estiércol?”, y miraba a los agresores mientras tenía abierto el manto para defender al hombre, y mientras tanto retrocedía, sacándolo de la ciudad... Y ahora también infunde ánimos, diciendo: “¡Quiera el Altísimo, oh Judas mío, hacer de esta sangre tuya derramada por el Maestro bálsamo para tu corazón!”. Pero es una herida pequeña. Quizás el

hombre está más asustado que dolorido. Pero... tomen y coman. Aquí hay leche ordeñada hace poco, para las mujeres. Hay pan con queso y fruta. No he podido traer carne. Habría tardado demasiado. Y aquí hay vino, para los hombres. Coman mientras se pone la tarde. Luego iremos por caminos seguros donde los dos, y luego donde Merod.

-De nuevo: que Dios te lo pague – dice Jesús, y ofrece y distribuye la comida, dejando a un lado una parte para los dos ausentes.

-No, no. Ya he pensado en ellos. Les he llevado huevos y pan, escondidos en el vestido, y un poco de vino y aceite para las heridas. Esto es para ustedes. Coman, que yo vigilo el camino...

Comen. Pero la indignación devora a los hombres y el abatimiento quita el apetito a las mujeres, a todas menos a María Magdalena, para la cual, lo que en otras produce miedo o abatimiento, en ella siempre produce el efecto de un licor que estimula los nervios y el coraje; sus ojos centellean contra la ciudad hostil; sólo la presencia de Jesús, que ya ha dicho que no tiene rencor, refrena su ímpetu de pronunciar palabras violentas; y, no pudiendo ni hablar ni actuar, descarga su ira contra el inocente pan, al que hincan los dientes de una forma tan significativa, que el Zelote, sonriendo, no puede contenerse de decirle:

-¡Suerte tienen éstos de Tersa de que no puedan caer en tus manos! ¡Pareces una fiera encadenada, María!

-En este momento lo soy. Has visto bien. Y ante los ojos de Dios el contenerme de entrar allí, como se merecen, tiene más valor que todo lo que he hecho hasta ahora para expiar.

-¡Tranquila, María! Dios te ha perdonado culpas más grandes que las de ellos.

-Es verdad. Ellos te han ofendido a Ti, mi Dios, una vez, y por influencia de otros. Yo, muchas... y por propia voluntad... y no puedo ser intransigente ni soberbia...

Vuelve a bajar los ojos hacia su pan, donde caen dos lágrimas.

Marta le pone la mano en el regazo mientras le dice en tono bajo:

-Dios te ha perdonado. No te abatas más... Recuerda lo que has obtenido: a nuestro Lázaro...

-No es abatimiento. Es agradecimiento. Es emoción... Y es también la constatación de que todavía carezco de esa misma misericordia que yo tan ampliamente he recibido... ¡Perdóname, Rabbuní! – dice alzando sus espléndidos ojos, a los que la humildad devuelve la dulzura.

-Nunca se niega el perdón al que es humilde de corazón, María.

Se pone la tarde, tiñendo el aire de una delicada coloración violeta. Las cosas que están un poco lejanas se confunden. Los tallos de lino, cuya gracia antes era visible, ahora se unifican para formar una única masa oscura. Callan los pájaros entre las frondas. Se enciende la primera estrella. Canta el primer grillo entre la hierba. Ha llegado la noche.

-Podemos ponernos en marcha. Aquí, entre los campos, no nos verán. Vengan seguros. No traiciono. No actúo por una recompensa. Lo único que pido es la piedad del Cielo, porque todos necesitamos piedad- dice la mujer suspirando.

Se levantan. Se encaminan detrás de ella. Pasan a distancia de Tersa, entre campos y huertos semioscuros, pero no tanto como para no ver a los hombres a la entrada de los caminos en torno a hogueras...

-Nos acechan... – dice Mateo.

-¡Malditos! – susurra entre dientes Felipe.

Pedro no habla, pero mueve hacia el cielo los brazos con gesto de muda invocación o protesta.

Pero Santiago y Juan de Zebedeo, que han hablado estrecha y rápidamente, un poco adelantados respecto a los demás, vuelven hacia atrás y dicen:

-Maestro, si Tú por perfección de amor no quieres recurrir al castigo, ¿quieres que lo hagamos nosotros? ¿Quieres que digamos al fuego del cielo que baje y consuma a estos pecadores? Nos has dicho que todo lo que pedimos con fe lo podemos y...

Jesús, que iba andando un poco cabizbajo, como cansado, se yergue bruscamente y los fulmina con dos miradas que centellean a la luz de la Luna. Los dos retroceden, callando asustados ante esa mirada. Jesús, sin quitar de ellos sus ojos, dice:

-No saben de qué espíritu son. El Hijo del hombre no ha venido para la ruina de las almas, sino para salvarlas. ¿No recuerdan lo que les he dicho? Dije en la parábola del trigo y la cizaña: “Dejen por ahora que el trigo y la cizaña crezcan juntos. Porque si quisieran separarlos ahora, correrían el riesgo de arrancar, con la cizaña, también el trigo. Déjenlos, pues, hasta la hora de la siega. Al tiempo de la siega diré a los segadores: recojan ahora la cizaña y átenla en haces para quemarla, y pongan el buen trigo en mi granero”.

Jesús ya ha atenuado su enojo hacia los dos que, por ira suscitada por amor a Él, pedían castigar a los de Tersa, y que ahora están cabizbajos ante Él. Los toma, uno a la derecha y otro a la izquierda, por los codos, y reanuda la marcha, guiándolos así, y hablando a todos, que se han amontonado en torno a Él, que se había parado.

-En verdad les digo que el tiempo de la siega está cercano. Mi primera siega. Y para muchos no habrá una segunda. Pero, y alabemos por ello al Altísimo, alguno que no supo en mi tiempo hacerse espiga de buen grano, después de la purificación del Sacrificio pascual renacerá con un alma nueva. Hasta ese día no arremeteré contra ninguno... Después vendrá la justicia...

-¿Después de la Pascua? – pregunta Pedro.

-No. Después del tiempo. No hablo de estos hombres, de éstos de ahora. Miro a los siglos futuros. El hombre se va renovando continuamente, como las mieses en los campos. Y las cosechas se van siguiendo. Yo dejaré lo que es necesario para que los hombres que vengan después puedan hacerse trigo bueno. Si no quieren, en el fin del mundo, mis ángeles separarán las cizañas de los trigos buenos. Entonces será sólo el eterno Día de Dios. Por ahora, en el mundo, se da el día de Dios y de Satanás: el Primero siembra el Bien, el segundo echa entre las semillas de Dios sus condenadas cizañas, sus escándalos, sus iniquidades, sus semillas que promueven iniquidad y escándalos. Porque siempre habrá quien azuce contra Dios, como aquí, con estos que en verdad, son menos culpables que los que los instigan al mal.

-Maestro, todos los años uno se purifica en la Pascua de los Ácidos, pero siempre se sigue siendo lo mismo que se era. ¿Este año... será distinto? – pregunta Mateo.

-Muy distinto.

-¿Por qué? Explícanoslo

-Mañana... Se los diré mañana, o cuando ya estemos por el camino y esté con nosotros también Judas de Simón.

-¡Sí! Nos lo dices y nosotros nos haremos mejores... Pero ya ahora perdónanos, Jesús – dice Juan.

-Los he llamado con el nombre apropiado. Pero el trueno no daña. El rayo sí que puede matar. De todas formas, el trueno, muchas veces, es anuncio del rayo. Lo mismo le sucede a aquel que no elimina de su espíritu todo desorden contra el amor. Hoy pide permiso para castigar. Mañana castiga sin pedir permiso. Pasado mañana castiga incluso sin razón. Descender es fácil... Por eso les digo que se despojen de toda dureza hacia su prójimo. Actúen como Yo, y estarán seguros de no equivocarse nunca. ¿Acaso han visto alguna vez que Yo me vengue de los que me causan algún dolor?

-No, Maestro, Tú...

-¡Maestro! ¡Maestro! Estamos aquí. Yo y Elisa. ¡Oh, Maestro, cuánta angustia por Ti! ¡Y cuánto miedo de morir!... – dice Judas de Keriot, saliendo de detrás de las hileras de vid y corriendo hacia Jesús. Tiene la frente vendada. Elisa lo sigue más serena.

-¿Has sufrido? ¿Has temido morir? ¿Tanto apreciabas la vida? – pregunta Jesús liberándose de Judas, que lo tenía abrazado y que llora.

-No la vida. Temía a Dios. Morir sin tu perdón... Yo siempre te ofendo. A todos ofendo. También a ella... Y su respuesta ha sido ser para mí una madre. Me sentía culpable y temía morir...

-¡Saludable temor, si puede hacerte santo! Pero Yo te perdono, siempre, tú lo sabes. Basta con que tengas voluntad de arrepentimiento. ¿Y tú, Elisa, has perdonado?

-Es como un niño grande indisciplinado. Sé disculpar.

-Te has comportado con fortaleza, Elisa. Lo sé.

-¡Si no hubiera estado ella... no sé si te habría vuelto a ver, Maestro!

-Pues ya ves que no por odio, sino por amor, se quedó a tu lado... ¿No te han herido, Elisa?

-No, Maestro. Las piedras caían alrededor de mí sin herirme. Pero mi corazón ha estado muy afligido pensando en Ti...

-Ya todo ha terminado. Vamos a seguir a esta mujer que nos quiere llevar a una casa segura.

Se ponen de nuevo en marcha, tomando un caminito, blanco de Luna, que va hacia oriente.

Jesús ha tomado del brazo al Iscariote y va delante con él. Le habla dulcemente; trata de trabajar en el corazón de Judas, estremecido por el miedo experimentado ante el juicio de Dios.

-Ya ves, Judas, qué fácil es morir. La muerte siempre está al acecho en torno a nosotros. Ya ves que lo que parece una cosa sin importancia cuando estamos llenos de vida se hace grande, espantosamente grande, cuando la muerte nos roza. Pero, ¿por qué querer tener estos miedos, creárselos para encontrárselos de frente en el momento de la muerte, si con una vida santa se puede ignorar el miedo al cercano juicio divino? ¿No te parece que merece la pena vivir una vida justa para tener una plácida muerte? ¿No, Judas, amigo mío? La divina, paterna misericordia ha permitido este hecho como toque de atención para tu corazón. Todavía estás a tiempo, Judas... ¿Por qué no quieres dar a tu Maestro, que está para morir, la gran alegría, grandísima, de saber que has vuelto al Bien?

-¿Pero puedes perdonarme todavía, Jesús?

-¿Te hablaría así si no pudiera? ¡Qué poco me conoces todavía! Yo te conozco. Sé que eres como uno que estuviera atrapado por un gigantesco pulpo. Pero, si quisieras, podrías liberarte todavía.

Sufrirías, eso sí. Arrancarte esas cadenas que te muerden y envenenan significaría dolor. Pero después, ¡Cuánta alegría, Judas! ¿Temes no tener la fuerza de reaccionar contra los que influyen en ti? Yo puedo absolverte anticipadamente del pecado de transgresión del rito pascual... Eres un enfermo. Para los enfermos la Pascua no es obligatoria. Ninguno está más enfermo que tú. Eres como un leproso. Los leprosos, mientras lo son, no suben a Jerusalén. Créeme, Judas: comparecer ante el Señor con el espíritu sucio, como lo tienes tú, no es honrar al Señor, sino ofenderlo. Antes hay que...

-¿Entonces, por qué no me purificas y me curas? – pregunta, ya duro, rebelde, Judas.

-¿No te curo? Cuando uno está enfermo, busca –la busca él- la curación. A menos que sea un niño pequeño, o un subnormal; porque éstos no saben poner el acto de querer...

-Trátame como a esas personas. Trátame como a un subnormal y remédialo Tú sin que yo lo sepa.

-No sería justicia, porque tú puedes querer. Tú sabes lo que para ti es un bien y lo que es un mal. Y el que Yo te curara no serviría de remedio sin tu voluntad de quedar curado.

-Dame también esa voluntad.

-¿Dártela? ¿Imponerte, entonces, una voluntad buena? ¿Y tu libre albedrío, en qué se transformaría entonces? ¿Qué sería de tu yo de hombre, criatura libre? ¿Un yo subyugado?

-¡De la misma forma que estoy subyugado por Satanás, podría estarlo por Dios!

-¡Cómo me hieres, Judas! ¡Cómo traspasas mi corazón! Pero te perdono lo que me haces... Subyugado por Satanás, has dicho: Yo no decía esta cosa tan tremenda...

-Pero la pensabas, porque es verdadera y la conoces, si es verdad que lees los corazones de los hombres. Si es así, sabes que yo ya no soy libre... Satanás me ha atrapado y...

-No. Se te ha acercado, te ha tentado, te ha tanteado... y tú lo has aceptado. No hay posesión si no hay al principio una adhesión a alguna tentación satánica. La serpiente introduce la cabeza entre las apretadas barras dispuestas como defensa de los corazones, pero no entraría si el hombre no le ensanchara un hueco para admirar el aspecto seductor de la serpiente y escucharla y seguirla... Sólo entonces el hombre queda subyugado, poseído; pero es porque lo quiere. Dios también lanza desde los cielos las luces dulcísimas de su paterno amor, y sus luces penetran en nosotros. Mejor: Dios, a quien todo le es posible, desciende al corazón de los hombres. Está en su derecho. ¿Por qué, entonces, el hombre, que sabe hacerse esclavo, que sabe someterse al Horrendo, no sabe hacerse siervo de Dios – es más: hijo de Dios – y lo que hace es expulsar de sí a su Padre santísimo? ¿No me contestas? ¿No me dices por qué has preferido a Satanás antes que a Dios? Y, no obstante, ¡todavía estarías a tiempo de salvarte! Sabes que voy a la muerte. Ninguno lo sabe como tú... No rehúso morir... Voy. Voy a la muerte porque mi muerte será la Vida para muchos. ¿Por qué no quieres estar entre éstos? ¿Sólo para ti, amigo mío, mi pobre y enfermo amigo, será inútil mi muerte?

-Será inútil para muchos, no te hagas ilusiones. Lo mejor que podrías hacer sería huír y vivir lejos de aquí, y gozar de la vida; enseñar tu doctrina porque es buena, pero no sacrificarte.

-¡Enseñar mi doctrina! ¿Pero qué enseñaría ya, que fuera verdad, si hiciera lo contrario de lo que enseñara? ¿Qué Maestro sería si predicara la obediencia a la voluntad de Dios y no la hiciera, y el amor a los hombres y luego no los amara, y la renuncia a la carne y al mundo y luego amara mi carne y los honores del mundo, y a no escandalizar y luego escandalizara no sólo a los hombres, sino incluso a los ángeles, y así sucesivamente? Por ti habla Satanás en este momento. Como también habló en Efraím y como muchas otras veces ha hablado y ha actuado, a través de ti, para turbarme a Mí. Yo he reconocido todas estas acciones de Satanás, cumplidas por medio de ti. Pero no te he odiado, ni me he cansado de ti. Sólo he sentido pena, una infinita pena. Como una madre atenta al progreso de un mal que llevara a la muerte a su hijo, así he observado el progreso del mal en ti. Como un padre al cual nada resulta insoportable con tal de encontrar las medicinas para su hijo enfermo, así Yo todo lo he tolerado con tal de salvarte: he superado repugnancias, desdenes, amarguras, desconsuelos... Como un padre y una madre, desolados, desilusionados respecto a todas las fuerzas terrenas, se dirigen al Cielo para obtener la vida del hijo, así he gemido y gimo, implorando un milagro que te salve, que te salve en el borde del abismo que ya cede bajo tus pies. ¡Judas, mírame! Dentro de poco mi Sangre será derramada por los pecados de los hombres. No me quedará ni una gota. La beberán la tierra, las piedras, las hierbas, las vestiduras de mis perseguidores y las mías... la madera, el hierro, las sogas, las espinas de la oxiacanta... y la beberán los espíritus que esperan la salud... ¿Sólo tú no quieres beberla? Yo, por ti solamente, daría toda esta Sangre mía. Tú eres el amigo mío. ¡Cuán gustosamente se muere por el amigo! ¡Por salvarlo! Se dice: “Yo muero. Pero seguiré viviendo en el amigo a quien he dado la vida”. Como una madre, como un padre, que siguen viviendo en su prole aún después de haber muerto. ¡Judas, te lo suplico! No pido otra cosa en las vísperas de mi muerte. Hasta los jueces, hasta los enemigos conceden al condenado una última gracia, acogen favorables el último deseo suyo. Yo pido que no te condenes. No se lo pido tanto al Cielo como a ti, a tu voluntad... Piensa en tu madre, Judas. ¿Qué será de tu

madre, después? ¿Qué será el nombre de tu familia? Invoco tu orgullo, que está más vivo que nunca, para que te defiendas de tu deshonor. No te deshonres, Judas. Piensa. Pasarán los años y los siglos, caerán los reinos y los imperios, languidecerán las estrellas, cambiará la configuración de la Tierra, y tú serás siempre Judas, como Caín es siempre Caín, si persistes en tu pecado. Terminará los siglos. Quedará sólo el Paraíso y el Infierno, y en el Paraíso y en el Infierno, para los hombres resucitados y recibidos con alma y cuerpo, para toda la eternidad, en los lugares donde es justo que estén, tú serás siempre Judas, el maldito, el mayor culpable, si no te enmiendas. Descenderé a liberar a los espíritus del Limbo, los sacaré del Purgatorio por legiones, y tú... a ti no podré llevarte a donde Yo esté... Judas, Yo voy a morir, y voy feliz porque ha llegado la hora que esperaba desde hace milenios, la hora de unir de nuevo a los hombres con su Padre. A muchos no los uniré. Pero el número de los salvados que mientras muera contemplaré me consolará de la angustia de morir inútilmente por tantos. Pero te digo que será tremendo verte entre éstos, a ti, mi apóstol, amigo mío. ¡No me inflijas el inhumano dolor!... Quiero salvarte, Judas. Salvarte. Mira, bajamos al río. Mañana al alba, cuando todavía todos duermen, lo pasaremos, nosotros dos, y tú irás a Bosra, a Arbela, a Aera, a donde quieras. Sabes cuáles son las casas de los discípulos. En Bosra busca a Joaquín y a María, la leprosa que curé. Te daré un escrito para ellos. Diré que para tu salud se necesita reposo tranquilo respirando aire distinto. Es la verdad, por desgracia, porque estás enfermo y el aire de Jerusalén sería letal para ti. Pero ellos creerán que estás físicamente enfermo. Estarás allí hasta que no vaya Yo a buscarte. Por lo que respecta a tus compañeros, ya me encargaré Yo... Pero no vayas a Jerusalén. Ya ves que no he querido que estuvieran allí las mujeres, excepto las más fuertes de ellas y las que, por derecho de madres, deben estar al lado de sus hijos.

-¿También la mía?

-No. María no estará en Jerusalén...

-También ella es madre de un apóstol, y te ha honrado siempre.

-Sí. Y, como las otras, tendría derecho a estar a mi lado. Ella me quiere con perfecta justicia. Pero precisamente por esto no estará en Jerusalén. Porque le dije que no estuviera y sabe obedecer.

-¿Por qué no debe estar? ¿Qué hay de distinto en ella, que no tengan la madre de tus hermanos y la de los hijos de Zebedeo?

-Pues tú. Y tú sabes por qué digo esto. Pero si me haces caso y vas a Bosra, mandaré un aviso a tu madre y dispondré que la acompañen a donde estés, para que ella, que tan buena es, te ayude a curarte. Créelo: sólo nosotros te queremos así, sin medida. Tres son los que te aman en el Cielo: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Ellos te han contemplado y esperan tu acto de voluntad para hacer de ti la gema de la Redención, la mayor presa arrebatada al Abismo. Y tres en la Tierra: Yo, tu madre y mi Madre. ¡Danos esta alegría, Judas! A los del Cielo y a los de la Tierra. A los que te queremos con verdadero amor.

-Tú lo dices: sólo tres me quieren; los demás... no.

-No como nosotros. Pero te quieren. Elisa te ha defendido. Los otros estaban preocupados por ti. Cuando estás en algún otro lugar todos te llevan en su corazón y tu nombre está en sus labios. No conoces todo el amor que te rodea. Tu opresor te lo oculta. Pero cree en mi palabra.

-Te creo. Y trataré de complacerte. De todas formas, quiero obrar yo solo. Yo solo he cometido el error y yo solo debo curarme de este mal.

-Únicamente Dios puede obrar por sí solo. Este pensamiento es de soberbia. En la soberbia sigue estando Satanás. Sé humilde, Judas. Coge esta mano que se te ofrece amiga. Refúgiate en este corazón que se te abre protector. Aquí, Conmigo, no podría hacerte ningún mal Satanás.

-He intentado estar Contigo... Me he hundido cada vez más... ¡Es inútil!

-¡No digas éso! ¡No digas éso! Rechaza el abatimiento. Dios lo puede todo. Abrázate a Dios. ¡Judas! ¡Judas!

-¡Calla! Que no lo oigan los demás...

-¿Y te preocupas de los demás y no de tu espíritu? ¡Miserio Judas! ...

Jesús deja de hablar. Pero permanece al lado del apóstol, hasta que la mujer, que iba algunos metros más adelante, entra en una casa que ahora se ve dentro de una espesura de olivos. Entonces dice Jesús a su discípulo:

-No voy a dormir esta noche. Voy a orar por ti y a esperarte... Que Dios hable a tu corazón. Y tú escúchalo... Me quedaré aquí, donde estoy ahora, a orar. Hasta el alba... Recuérdalo...

Judas no le responde. Entretanto han llegado los otros y las mujeres, y se detienen todos, a la espera de que vuelva la samaritana. No tarda mucho en volver. Viene con otra mujer, que se le parece, y que los saluda diciendo:

-No tengo muchas habitaciones porque ya están aquí los que recogen, que por ahora trabajan en los olivos. Pero el granero que tengo es grande y hay mucha paja en él. Para las mujeres tengo sitio. Vengan.

-¡Vayan! Yo me quedo en oración. La paz a todos ustedes – dice Jesús; mientras los otros se marchan, Él retiene a su Madre y le dice:

-Me quedo a orar por Judas, Madre mía. Ayúdame tú también...

-Te ayudaré, Hijo mío. ¿Es que renace en él la voluntad?

-No, Mamá. Pero nosotros debemos hacer como si... ¡El Cielo lo puede todo, Mamá!

-Sí. Y yo todavía puedo hacerme ilusiones. Tú, no, Hijo mío. Tú sabes las cosas. ¡Santo Hijo mío! Pero te imitaré siempre. ¡Queda tranquilo, amor mío! Incluso cuando Tú no puedas dirigirle ya la palabra porque él te rehúya, trataré de llevarlo a Ti. Y conquie el Padre Santísimo escuche mi dolor... ¿Me dejas estar Contigo, Jesús? Haremos oración juntos... y serán muchas horas en que te tendré sólo para mí...

-Quédate, Mamá. Te espero aquí.

María va ligera, y ligera vuelve. Se sientan encima de sus bolsos, al pie de los olivos. En medio del gran silencio reinante, se oye el susurro del río poco lejano, y el canto de los grillos parece fuerte en medio de esta noche profundamente enmudecida. Luego cantan los ruiseñores, ríe una lechuza, llora un mochuelo. Y las estrellas transitan lentas en el firmamento, reinas ahora que la Luna, habiéndose ocultado, ha dejado de ofuscarlas. Y luego un gallo rasga el aire quieto con su agudo reclamo. Mucho más lejos, apenas perceptible, otro gallo responde. Y otra vez el silencio, roto ahora por el arpegio de gotas de sereno condensado que caen de las tejas de la casa cercana al enlosado que la rodea. Y luego un frufrú nuevo entre las frondas, como sacudiéndose éstas la humedad nocturna, y el aislado silbar de un pájaro que se despereza, y, al mismo tiempo, un cambio en el cielo, la luz que se despierta: raya el alba... Y Judas no ha venido...

Jesús mira a su Madre, blanca como una azucena contra el olivo oscuro, y le dice:

-Hemos orado, Madre. Dios usará nuestra oración.

-Sí, Hijo mío. Estás pálido como la muerte. ¡Verdaderamente, tu vitalidad se ha derramado toda en esta noche, presionando en las puertas de los Cielos y en los decretos de Dios!

-Tú también estás pálida, Madre. Grande es tu esfuerzo.

-Grande es mi dolor por tu dolor.

La puerta de la casa se abre; con cautela la abren... Jesús se estremece. Pero es sólo la mujer que los ha llevado allí la que sale sin hacer ruido. Jesús emite un suspiro:

-¡He tenido la esperanza de haberme podido equivocar!

La mujer se acerca con su cesto vacío. Ve a Jesús. Lo saluda. Seguiría adelante, pero Él la llama. Le dice:

-El Señor te lo pague todo. Yo también quisiera hacerlo, pero no traigo nada Conmigo.

-No querría nada, Rabí. Ningún pago. Una cosa sí querría, que no es dinero, una cosa que sí me puedes dar.

-¿Qué, mujer?

-Que el corazón de mi marido cambiara. Es algo que Tú puedes hacer, porque verdaderamente eres el Santo de Dios.

-Ve en paz. Recibirás esto que deseas. Adiós.

La mujer se marcha ligera en dirección a su casa, que debe ser muy triste. María comenta:

-Otra desdichada. ¡Por eso es buena!...

Se asoma en el granero la cabeza despeinada de Pedro, y, desde la suya, la luminosa de Juan; luego, el grave perfil de Judas Tadeo y el rostro de morena tez del Zelote, y la cara delgada del jovencito Benjamín... Todos están despiertos. Ahora salen de la casa: primera, María Magdalena; luego Nique y después las otras. Cuando están todos reunidos y la mujer que les ha ofrecido hospedaje ha traído una vasija con leche todavía espumosa, aparece el Iscariote. Ya no tiene la venda. Pero el color del moretón le tiñe la mitad de la frente, y su mirada aparece, bajo el arco violeta, aún más sombrío.

Jesús lo mira. Judas mira a Jesús, y vuelve la cabeza hacia otra parte. Jesús le dice:

-Cómprale a la mujer lo que pueda darnos y luego alcánzanos.

Y, en efecto, Jesús saluda a la mujer y se pone en marcha. Todos lo siguen.

Otra hermosísima mañana abrilena. La Tierra y el firmamento despliegan todas sus primaverales bellezas. El ambiente está tan saturado de luminosidad, de voces de fiesta y de amor, de fragancia, que se respira luz, canto, perfume. Debe haber caído durante la noche una fugaz lluvia que ha puesto oscuros y ha limpiado los caminos, sin embarrarlos, y ha limpiado también tallos y hojas que ahora tiemblan, llenas de brillo, limpias, por una suave brisa que desciende de los montes hacia esta fértil llanura que anuncia ya a Jericó.

De las márgenes del Jordán suben continuamente personas que lo han cruzado desde la otra orilla, o que han venido por el camino que bordea el río para tomar luego éste que va directamente hacia Jericó y Doco, como dicen las señales indicadoras. Y con los muchos hebreos que, para el rito, se dirigen a Jerusalén procedentes de todas partes, se mezclan comerciantes de otros lugares, y muchos pastores con los corderos de los sacrificios, los cuales balan, desconocedores de su destino. Muchos reconocen y saludan a Jesús. Son éstos hebreos de Perea y de la Decápolis, e incluso de lugares más lejanos; hay un grupo de Cesárea Paneas. Y son pastores que, por ser más bien nómadas, en pos de los rebaños, conocen al Maestro: o por haberlo visto o por haberles sido predicado por los discípulos

Uno se postra y le dice:

-¿Puedo ofrecerte el cordero?

-No te quedes tú sin él, que tu ganancia es esto.

-¡Es mi gratitud! No te acuerdas de mí. Yo sí. Soy uno al que curaste junto con otros muchos. Me uniste el hueso del muslo, que ninguno lo curaba y me tenía imposibilitado. Te doy con gusto este cordero. El más hermoso. Éste. Para el banquete de alegría. Sé que para el holocausto estás obligado a afrontar un gasto. ¿Pero para la alegría? Mucha me diste a mí. Acepta el cordero, Maestro.

-Sí. Acéptalo. Será dinero que nos ahorraremos. O, mejor, será la posibilidad de comer, porque con toda nuestra prodigalidad yo ya no tengo dinero –dice el Iscariote.

-¿Prodigalidad? ¡Pero si desde Siquem no hemos gastado ni una moneda! – dice Mateo.

-¡El caso es que no tengo ya dinero! Lo último se lo di a Merod.

-Hombre, escucha – dice Jesús al pastor, para poner fin a las palabras de Judas- Por ahora no voy a Jerusalén y no puedo llevarme Conmigo el cordero. Si no, lo tomaría para que vieras que acepto tu regalo.

-Pero luego irás a la ciudad. Estarás allí para las fiestas. Tendrás un lugar de alojamiento. Dime dónde y yo llevaré a tus amigos...

-Nada de eso tengo... Pero en Nob tengo un amigo pobre y anciano. Escúchame bien: el día siguiente del sábado pascual vas, al rayar el alba, a Nob, y le dices a Juan, el Anciano de Nob, todos te sabrán decir quién es: “Este cordero te lo manda Jesús de Nazaret, tu amigo, para que celebres este día con un banquete de alegría, porque más alegría de la que hoy, no hay para los verdaderos amigos del Cristo”. ¿Lo harás?

-Si así lo quieres, lo haré.

-Y me darás una alegría. No antes del día después del sábado. Recuérdalo bien. Y recuerda las palabras que te he dicho. Ahora ve y que la paz esté contigo. Y conserva a tu corazón estable en esta paz en los días venideros. Recuerda también esto y sigue creyendo en mi Verdad. Adiós.

Una serie de personas se han acercado para oír el diálogo, personas que se dispersan sólo cuando el pastor, poniendo de nuevo en marcha su rebaño, las obliga a hacerlo. Jesús sigue a las ovejas aprovechando la senda abierta por ellas.

La gente cuchichea:

-¡Pero entonces sí que va a Jerusalén! ¿No sabe que está proscrito? (*desterrado*)

-¡Oye, nadie puede prohibir a un hijo de la Ley presentarse al Señor para la Pascua. ¿Acaso es culpable de crimen público? No. Porque si así lo fuera, el Gobernador lo habría encarcelado como a Barrabás.

Y otros:

-¿Has oído? No tiene un lugar de alojamiento, ni amigos en Jerusalén. ¿Será que todos lo han abandonado? ¿Incluso el resucitado? ¡Pues vaya gratitud!

-¡Oye, calla! Ésas dos son las hermanas de Lázaro. Yo soy de los campos de Magdala y las conozco bien. Si las hermanas están con Él, señal es de que la familia de Lázaro le es fiel.

-Quizás no se aventura a entrar en la ciudad.

-Razón tendría.

-Dios le perdonará el quedarse fuera.

-Si no puede subir al Templo, no es culpa suya.

-Su prudencia es sabia. Si lo apresaran, todo acabaría antes de su tiempo.

-Claro que no está todavía preparado para su proclamación como rey nuestro, y no quiere que lo apresen.

-Se dice que, mientras se pensaba que estaba en Efraím, fue por todas partes, incluso donde las tribus nómadas, para prepararse sus seguidores y soldados y buscar protecciones.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Son las mentiras de siempre. Es el Rey santo, no un rey de soldados.

-Quizás haga la Pascua suplementaria. En ese caso sería fácil pasar inadvertido. El Sanedrín se disuelve pasadas las fiestas, y todos los Ancianos se van a sus casas para la siega. Hasta Pentecostés no se reúne otra vez.

-Y, si los miembros del Sanedrín están fuera, ¿quién le va a hacer algún mal? ¡Son ellos los chacales!

-¡Mmm! ¡Que se ande Él con tanta prudencia! ¡Cosa demasiado humana! Él es más que un hombre y no tendrá una prudencia cobarde.

-¿Cobarde? ¿Por qué? Nadie puede tachar de cobarde a quien se ponga en salvo en pro de su misión

-Cobarde en todo caso, porque cualquier misión es siempre inferior a Dios. Por tanto, el culto a Dios debe tener precedencia sobre todas las demás cosas.

Estas son las palabras que se intercambia la gente. Jesús hace como si no oyera.

Judas de Alfeo se detiene para esperar a las mujeres. Cuando llegan –estaban con el muchacho, retrasadas, a unos treinta pasos- dice a Elisa:

-¡Han dado mucho en Siquem, después de marcharnos!

-¿Por qué?

-Porque Judas no tiene una moneda. No vas a tener tus sandalias, Benjamín. Así han venido las cosas. En Tersa no pudimos entrar, y, aunque hubiéramos podido hacerlo, la carencia de dinero nos hubiera impedido cualquier compra... Vas a tener que entrar así en Jerusalén...

-Antes está Betania – dice Marta sonriendo.

-Y antes Jericó y mi casa – dice Nique sonriendo también.

-Y antes de todo eso estoy yo. Lo he prometido y lo haré. ¡Viaje de experiencias éste! He sabido lo que es no tener un didracma. Y ahora voy a experimentar lo que es vender un objeto por necesidad – dice María Magdalena.

-¿Y qué vas a vender, María, si ya no llevas joyas? – pregunta Marta a su hermana.

-Mis gruesas horquillas de plata. Son muchas. Para sujetar este útil peso pueden bastar las de hierro. Las venderé. Jericó está llena de gente que compra estas cosas. Y hoy es día de mercado, y mañana, y siempre cuando llegan estas fiestas.

-¡Pero hermana!

-¿Qué? ¿Te escandalizas pensando que puedan creer de mí que estoy tan pobre que tengo que vender las horquillas de plata? ¡Ah, ya quisiera haberte dado siempre estos escándalos! Peor era cuando sin necesidad, me vendía a mí misma al vicio ajeno y mío.

-¡Calla, mujer! ¡Está aquí el muchacho... que no sabe!

-No sabe todavía. Quizás no sabe todavía que yo era la pecadora. Mañana lo sabría por boca de los que me odian por no serlo ya, y con aspectos que mi pecado no tuvo, a pesar de haber sido muy grande. Así que es mejor que lo sepa por mí, y que vea cuánto puede el Señor que lo ha acogido: hacer de una pecadora una arrepentida; de un muerto un resucitado: de mí, muerta en el espíritu, y de Lázaro, muerto en el cuerpo, dos vivos. Porque esto es lo que nos ha hecho a nosotros el Rabí, Benjamín. Recuérdalo siempre, y quíerele con todo tu corazón porque Él es verdaderamente el Hijo de Dios.

Un atasco en el camino ha detenido a Jesús y a los apóstoles. Las mujeres lo alcanzan. Jesús dice:

-Vayan adelante ustedes, hacia Jericó. Entren en la ciudad, si quieren. Yo voy a Doco con ellos. Para la puesta del Sol estaré con ustedes.

-¿Por qué nos separas? No estamos cansadas –protestan todas.

-Porque quisiera que ustedes, mientras, al menos algunas, avisaran a los discípulos de que estaré en casa de Nique mañana.

-Si es así, Señor, pues vamos ya. Ven, Elisa, y tú Juana y tú Susana y Marta. Preparamos todo –dice Nique.

-Y yo y el muchacho. Así hacemos nuestras compras. Bendícenos, Maestro. Ven pronto. ¿Tú, Madre, te quedas? –dice María de Magdala.

-Sí, con mi Hijo.

Se separan. Con Jesús se quedan sólo las tres Marías: la Madre y la cuñada de Ella, María Cleofás (María de Alfeo), y María Salomé. Jesús deja el camino de Jericó para tomar un camino secundario que va a Doco. Lleva poco tiempo por éste cuando, de una caravana que viene no sé de dónde (es una caravana rica que, sin duda, viene de lejos, porque trae a las mujeres en los camellos, dentro de las oscilantes berlinas o palanquines atados a los lomos gibosos, y los hombres montados en fogosos caballos o en otros camellos), se separa un joven que, haciendo arrodillarse a su camello, desciende de la silla y va hacia Jesús; un paje viene y sujeta al animal por las bridas.

El joven se postra delante de Jesús y, después del profundo saludo, le dice:

-Yo soy Felipe de Canata, hijo de verdaderos israelitas, y que ha seguido siéndolo. Discípulo de Gamaliel hasta que la muerte de mi padre me puso al frente de sus negocios. Te he oído más de una

vez. Conozco tus obras. Aspiro a una vida mejor, para tener la eterna que Tú aseguras que posee aquel que crea en sí tu Reino. Dime, pues, Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

-¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno.

-Tú eres el Hijo de Dios, bueno como el Padre tuyo. ¡Oh, dime!: ¿Qué debo hacer?

-Para entrar en la vida eterna observa los Mandamientos.

-¿Cuáles, mi Señor? ¿Los antiguos o los tuyos?

-En los antiguos están ya los míos. Los míos no transforman los antiguos, que siguen siendo: adorar con amor verdadero al único verdadero Dios y respetar las leyes del culto, no matar, no robar, no cometer adulterio, no testificar lo falso, honrar al padre y a la madre, no perjudicar al prójimo; antes al contrario, amarlo como te amas a ti mismo. Haciendo esto tendrás la vida eterna.

-Maestro, todas estas cosas las he observado desde mi niñez.

Jesús lo mira con ojos de amor y dulcemente le pregunta:

-¿Y no te parecen suficientes todavía?

-No, Maestro. Gran cosa es el Reino de Dios en nosotros y en la otra vida. Infinito don es Dios, que a nosotros se dona. Siento que todo lo que es deber es poco, respecto al Todo, al Infinito perfecto que dona, y que yo pienso que se debe obtener con cosas mayores que las que están mandadas para no condenarse y serle gratos.

-Es como dices. Para ser perfecto te falta todavía una cosa. Si quieres ser perfecto como quiere el Padre nuestro de los Cielos, ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres. Tendrás un tesoro en el Cielo por el que el Padre, que ha dado su Tesoro para los pobres de la Tierra, te amará con especial amor. Luego ven y sígueme.

El joven se entristece, se pone pensativo. Luego se levanta y dice:

-Recordaré tu consejo... - y se aleja triste.

Judas se sonríe levemente, pero irónicamente, y susurra:

-¡No soy yo el único que le tiene amor al dinero!

Jesús se vuelve y lo mira... y luego mira a los otros once rostros que están en torno a Él y suspira:

-¡Qué difícil será que un rico entre en el Reino de los Cielos: su puerta es estrecha y el camino que a él conduce es un camino empinado, y no pueden recorrer este camino ni entrar los que están cargados con los pesos voluminosos de las riquezas. Para entrar allá arriba no se requieren sino tesoros de virtud, inmateriales, y también el saberse separar de todo lo que signifique apego a las cosas del mundo y vanidad.

Jesús está muy triste... Los apóstoles se miran de reojo unos a otros... Jesús sigue hablando mientras mira a la caravana del joven rico que se aleja:

-En verdad les digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que no, para un rico, entrar en el Reino de Dios.

-¿Pero entonces quién podrá salvarse? La miseria hace frecuentemente pecadores, por envidias y por poco respeto a lo ajeno, y por desconfianza respecto a la Providencia... La riqueza es un obstáculo para la perfección... ¿Y entonces? ¿Quién podrá salvarse?

Jesús los mira y les dice:

-Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios, porque para Dios todo es posible. Basta con que el hombre ayude a su Señor con su buena voluntad. Es buena voluntad aceptar el consejo recibido y esforzarse en conseguir el desapego de las riquezas. Todo desapego, para seguir a Dios. Porque la verdadera libertad del hombre es ésta: seguir las voces que Dios le susurra en su corazón, y sus mandamientos, no ser esclavo ni de sí ni del mundo ni del respeto humano, y, por tanto, no ser esclavos de Satanás. Hacer uso de la espléndida libertad de arbitrio que Dios ha dado al hombre para querer libre y únicamente el Bien, y conseguir así la vida eterna luminosísima, libre, bienaventurada. Ni siquiera de la propia vida hemos de ser esclavos, si por secundarla tenemos que oponer resistencia a Dios. Se los he dicho: “El que pierda su vida por amor mío y por servir a Dios la salvará para toda la eternidad”.

-¡Pues nosotros hemos dejado todo por seguirte, hasta las cosas más lícitas! ¿Cuál será en nosotros el resultado? ¿Entraremos, entonces, en tu Reino? – pregunta Pedro.

-En verdad, en verdad les digo que los que me hayan seguido de esa manera, y los que me sigan – porque siempre hay tiempo de hacer reparación por la desidia y por los pecados cometidos hasta el presente, siempre hay tiempo mientras se está en la Tierra y se tienen por delante días en que poder hacer reparación por el mal hecho – éstos estarán Conmigo en el Reino mío. En verdad les digo que ustedes, que me han seguido en la regeneración, se sentarán en tronos para juzgar a las tribus de la Tierra, junto con el Hijo del hombre, que estará sentado en el trono de su gloria. Y les digo en verdad que ninguno que, por amor de mi Nombre, haya dejado casa, campos, padre, madre,

hermanos, esposa, hijos y hermanas, para difundir la Buena Nueva y continuarme, ninguno dejará de recibir el céntuplo en el tiempo presente y la vida eterna en el siglo futuro.

-¡Pero si perdemos todo, ¿cómo podemos centuplicar nuestro haber? – pregunta Judas de Keriot.

-Digo de nuevo que lo que a los hombres les es imposible a Dios le es posible. Y Dios dará el céntuplo de gozo espiritual a aquellos que supieron pasar de ser hombres del mundo a hacerse hijos de Dios, o sea, hombres espirituales. Éstos experimentarán el verdadero gozo espiritual, aquí y más allá de la Tierra. Y les digo también ésto: no todos los que parecen los primeros – y que deberían serlo por haber recibido más que los demás – lo serán, y no todos los que parecen últimos – y menos que últimos, pues no serán aparentemente mis discípulos, ni miembros del Pueblo elegido – lo serán. En verdad, muchos pasarán a ser, de primeros, últimos, y muchos últimos, ínfimos, pasarán a ser primeros... Pero ahí está Doco. Adelántense todos menos Judas de Keriot y Simón Zelote. Vayan a advertir de mi llegada a quienes puedan tener necesidad de Mí.

Y Jesús, con los dos que ha retenido, espera a reunirse con las tres Marías, que los siguen a algunos metros de distancia.

577

Tercer anuncio de la Pasión. María de Alfeo evoca la figura de José. La petición de Juan y Santiago.

Apenas el alba aclara el cielo, aunque no hace todavía fácil el camino, cuando Jesús deja Doco aún durmiente. Las pisadas ciertamente no las oye nadie, porque son cautelosas y la gente duerme todavía en las casas cerradas. Ninguno habla hasta que están fuera de la ciudad, hasta que están en el campo, que lentamente se despierta bajo la parca luz, llena de frescura después del lavado del rocío.

Entonces Judas Iscariote dice:

-Camino inútil, descanso denegado; hubiera sido mejor no haber venido hasta aquí.

-¡No nos han tratado mal los pocos que hemos encontrado! Han dedicado la noche a escucharnos y a ir por los enfermos de los campos. No, no, venir aquí ha sido una cosa verdaderamente buena, porque los que, por enfermedad u otros motivos, no podían aspirar a ver al Señor en Jerusalén lo han visto aquí y han recibido el consuelo de la salud y de otras gracias. Los otros ya sabemos que ya han ido a la ciudad... Es costumbre de todos nosotros, a nada que se pueda, ir algunos días antes de la fiesta – dice delicadamente Santiago de Alfeo, porque es siempre manso; todo lo contrario de Judas de Keriot, que incluso en los momentos buenos es siempre violento e imperioso.

-Precisamente porque vamos nosotros también a Jerusalén, era inútil venir aquí. Nos habrían oído y visto allí...

-Pero no las mujeres y los enfermos... - rebate, interrumpiéndole, Bartolomé, en ayuda de Santiago de Alfeo.

Judas hace como que no oye y, como continuando con lo que estaba diciendo, añade:

-Al menos creo que vamos a Jerusalén, aunque ahora ya no estoy seguro, después de lo que se le dijo a aquel pastor...

-¿Y a dónde piensas que vayamos, si no es allí? – pregunta Pedro.

-¡Yo qué sé! Todo lo que hacemos desde hace algunos meses es tan irreal, todo tan contrario a lo previsible, al buen sentido, incluso a la justicia, que...

-¡Vaya! ¡Pues si te he visto beber leche en Doco, ¿cómo es que hablas como un borracho?! ¿En qué ves cosas contrarias a la justicia? – pregunta Santiago de Zebedeo, con unos ojos que poco bien prometen, y añade: -¡Basta ya de reproches al Justo! ¿Entiendes que ya basta? No tienes derecho a censurarlo. Ninguno tiene este derecho porque Él es perfecto, y nosotros... ninguno de nosotros lo es, y tú el que menos.

-¡Eso es! Si estás enfermo, te curas; pero no nos amargues con tus protestas. ¡Si eres un lunático, allí está el Maestro: ve a que te cure y corta ya, ¿eh?! – dice Tomás perdiendo la paciencia.

Efectivamente, Jesús viene detrás, junto con Judas de Alfeo y Juan; y ayudan a las mujeres, que, menos acostumbradas a andar con poca luz, avanzan con dificultad por este sendero no bueno y además, más oscuro que el campo porque va por un tupido olivar. Y Jesús habla animadamente con las mujeres, desentendiéndose de lo que sucede más adelante, lo cual, de todas formas, es oído por los que van con Él, pues, aunque las palabras lleguen mal, su tono denota que no son palabras suaves, sino que, ciertamente, tienen sabor de disputa.

Los dos apóstoles, Judas Tadeo y Juan, se miran... y no dicen nada. Miran a Jesús y a María. Pero María está tan tapada con su manto, que casi no se le ve la cara. Jesús parece no haber oído. Mas, acabado lo que estaba diciendo - hablaban de Benjamín y su futuro, y hablan de la viuda Sara de Afeq, que se ha establecido en Cafarnaúm y es madre amorosa no sólo del niño de Yiscala, sino también de los hijitos de la mujer de Cafarnaúm que, pasada a segundo matrimonio, no quería ya a los hijos del primero, y que murió luego “tan mal, que verdaderamente se ha visto la mano de Dios

en su muerte” dice María Salomé – Jesús va hacia delante junto con Judas Tadeo y llega donde los apóstoles (pero antes, al marcharse, ha dicho: “Quédate aquí, Juan, si quieres. Voy a responder al inquieto y a poner paz”).

Pero Juan, después de algunos otros pasos con las mujeres, y visto que el sendero se abre más y se hace más luminoso, se echa a correr y alcanza a Jesús justo cuando está diciendo:

-Así que, tranquilízate, Judas. Nada irreal haremos, como nunca lo hemos hecho. Tampoco ahora estamos haciendo nada contrario a lo previsible. Éste es el tiempo en que está previsto que todo israelita que no esté impedido por enfermedades o causas gravísimas suba al Templo. Y al Templo estamos subiendo.

-No todos. Margziam he oído que no estará. ¿Acaso está enfermo? ¿Por qué motivo no viene? ¿Tú crees que puedes sustituirlo por el samaritano? - el tono de Judas es insoportable. Pedro susurra:

-¡Oh, prudencia, encadena mi lengua, que soy hombre! – y aprieta fuertemente los labios para no decir nada más. Sus ojos, un poco saltones, tienen una mirada conmovedora, y es que son muy visibles en ellos el esfuerzo que hace el hombre por frenar su indignación y la aflicción de oír hablar a Judas de ese modo.

La presencia de Jesús mantiene inmóviles todas las lenguas. Él es el único que habla, diciendo con una calma verdaderamente divina:

-Vengan un poco adelante para que las mujeres no oigan. Tengo que decirles una cosa, ya desde hace algunos días. Se las prometí en los campos de Tersa. Pero quería que estuvieran todos para oírla; todos ustedes, no las mujeres. Dejémoslas en su humilde paz... En lo que les voy a decir estará incluida también la razón por la cual Margziam no estará con nosotros, y tampoco tu madre, Judas de Keriot, tus hijas, Felipe, ni las discípulas de Belén de Galilea con la jovencita. Hay cosas que no todos pueden soportarlas. Yo, Maestro, sé lo que es un bien para mis discípulos, y sé cuánto pueden ellos, o no pueden, soportar. Ni siquiera ustedes tienen la suficiente fortaleza como para soportar la prueba. Y quedar excluidos de ella sería una gracia para ustedes. Pero ustedes deben continuarme, y deben saber cuán débiles son, para ser después misericordiosos con los débiles. Por eso ustedes no pueden verse excluidos de esta tremenda prueba que les dará la medida de lo que son, de lo que han seguido siendo después de tres años de estar Conmigo y de lo que han venido a ser después de estos mismos tres años. Son doce. Vinieron a Mí casi contemporáneamente. Y no son los pocos días que transcurrieron desde mi encuentro con Santiago, Juan y Andrés, hasta el día en que tú, Judas de Keriot, fuiste recibido entre nosotros, ni hasta el día en que tú, Santiago, hermano mío, y tú, Mateo, vinieron Conmigo, los que pueden justificar tanta diferencia de formación entre ustedes. Estaban todos, también tú, docto Bartolmái, y ustedes, hermanos míos, muy informes (*sin la forma y perfección que corresponde*), completamente informes respecto a lo que es la formación en mi doctrina. Es más, su formación, mejor que la de otros de entre ustedes respecto a la doctrina del viejo Israel, les suponía un obstáculo para formarse en Mí. Pero ninguno de ustedes ha recorrido tanto camino como habría sido suficiente para llevarlos a todos a un único punto. Uno lo ha alcanzado, otros están cerca, otros más lejos, otros muy atrás, otros... sí, debo decir también esto: en vez de avanzar han retrocedido. ¡No se miren! No busquen entre ustedes quién es el primero y quién es el último. Aquel que, quizás, se cree el primero, y es considerado el primero, debe todavía tomarse a sí mismo el pulso. Aquel que se cree el último está para resplandecer en su formación como una estrella del cielo. Por tanto, una vez más, les digo: no juzguen. Los hechos juzgarán con su evidencia. Por ahora no pueden entender. Pero pronto, muy pronto recordarán estas palabras mías y las comprenderán.

-¿Cuándo? Nos has prometido que nos vas a decir, que nos vas a explicar también por qué la purificación pascual será distinta este año, pero no nos lo dices nunca – se queja Andrés.

-De esto les quería hablar. Porque aquellas palabras y éstas son una única cosa.

Miren, estamos subiendo a Jerusalén para la Pascua. Allí se cumplirán todas las cosas dichas por los profetas, como ya estaba dicho en la orden dada a los hebreos de Egipto, como fue ordenado a Moisés en el desierto, el Cordero de Dios muy pronto va a ser inmolado y su Sangre muy pronto va a rociar los marcos de los corazones, y el ángel de Dios pasará sin descargar su mano sobre los que tengan sobre sí, y con amor, la Sangre del Cordero inmolado, que muy pronto va a ser levantado como la serpiente de precioso metal en el palo transversal, como signo para los que han sido heridos por la serpiente infernal, para salud de los que lo miren con amor. El Hijo del hombre, su Maestro Jesús, muy pronto va a ser entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y Ancianos, los cuales lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para ser escarnecido. Y lo abofetearán, lo golpearán, le escupirán, lo arrastrarán por las calles como a un andrajo inmundo, y luego los gentiles, después de haberlo flagelado y coronado de espinas, prefiriendo el pueblo hebreo, reunido en Jerusalén, su muerte en vez de la de un ladrón, lo condenarán a la muerte de cruz,

propia de los malhechores; y así lo matarán. Pero, como está escrito en los signos de las profecías, después de tres días resucitará. Ésta es la prueba que los espera, la que mostrará su formación. En verdad les digo, a todos ustedes los que se creen tan perfectos como para despreciar a los que no son de Israel e incluso a muchos del propio pueblo nuestro, en verdad les digo que ustedes, mi parte elegida del rebaño, cuando apresen al Pastor, sufrirán la embestida del miedo y huirán a la desbandada, como si los lobos que a Mí me morderán desde todas las partes se hubieren vuelto contra ustedes. Pero les digo que no teman, que no les tocarán un solo cabello. Yo seré suficiente para saciar a los lobos feroces...

Los apóstoles, a medida que Jesús va hablando, van pareciendo criaturas expuestas a una granizada de piedras. Incluso se encorvan, cada vez más, mientras Jesús va hablando. Y, cuando termina:

-Y todo esto que les digo ya es inminente; no es como las otras veces, que había tiempo antes de esa hora. Ya ha llegado la hora. Yo voy para ser entregado a mis enemigos e inmolado para salvación de todos. Y este capullo de flor no habrá perdido todavía sus pétalos, después de haber florecido, y Yo estaré ya muerto – cuando termina así, quién se tapa la cara con las manos, quién gime como si lo estuvieran hiriendo. Judas Iscariote está lívido, literalmente lívido...

El primero en recobrase es Tomás, que proclama:

-Esto no te sucederá porque te defenderemos o moriremos juntos Contigo, y así demostraremos que te habíamos alcanzado en tu perfección y que éramos perfectos en el amor a Ti.

Jesús lo mira en silencio.

Bartolomé, después de un largo silencio meditativo, dice:

-Has dicho que serás entregado... Pero ¿quién, quién puede entregarte en manos de tus enemigos? Eso no está escrito en las profecías. No. No está escrito. Sería demasiado horrible si un amigo tuyo, un discípulo tuyo, un seguidor tuyo, aunque fuera el último de todos, te entregara a los que te odian. ¡No! Quien te haya oído con amor, aunque hubiera sido una sola vez, no puede cometer ese delito. Son hombres, no fieras, no diablos... No, mi Señor. Y tampoco los que te odian podrán... Tienen miedo del pueblo, ¡y el pueblo estará, por entero, en torno a Ti!

Jesús mira también a Natanael y no habla.

Pedro y el Zelote hablan mucho entre sí. Santiago de Zebedeo maltrata de palabra a su hermano porque lo ve sereno, y Juan responde:

-Es porque hace tres meses que lo sé – y dos lágrimas surcan su rostro.

Los hijos de Alfeo hablan con Mateo, que, descorazonado, mueve la cabeza.

Andrés se vuelve hacia el Iscariote:

-Tú que tienes tantos amigos en el Templo...

-Juan conoce al propio Anás –replica Judas– ¿Y qué solución ves? ¿Qué crees que va a poder la palabra de un hombre si así está predestinado?

-¿Estás convencido de esto? – preguntan al mismo tiempo Tomás y Andrés.

-No. Yo no creo nada. Son alarmas inútiles. Bartolomé tiene razón. Todo el pueblo apoyará a Jesús. Ya se percibe por la gente que vamos viendo por el camino. Y será un triunfo. Verán como será así– dice Judas de Keriot.

-¿Pero entonces por qué Él...? – dice Andrés señalando a Jesús que se ha parado para esperar a las mujeres.

-¿Que por qué lo dice? Porque está impresionado... y porque quiere probarnos. Pero no ocurrirá nada. Y yo, además, iré...

-¡Sí, sí! ¡Ve a ver...! – suplica Andrés.

Se callan porque Jesús está ya tras ellos, entre su Madre y María de Alfeo.

María expresa una pálida sonrisa al mostrarle su cuñada unas semillas, que no sé dónde las habrá conseguido, diciéndole que quiere sembrarlas en Nazaret después de la Pascua, junto a la gruta que Ella tanto estima. Y María de Alfeo dice:

-Cuando eras niña, te recuerdo siempre con estas flores en tus manitos. Las llamabas las flores de tu venida. Efectivamente, cuando naciste, tu huerto estaba cuajado de ellas, y en el atardecer en que toda Nazaret se apresuró a ir a ver a la hija de Joaquín, los hacecillos de estas estrellitas eran verdaderamente un diamante por el agua que había caído del cielo; por el último rayo de Sol que desde el Poniente incidía en ellos; y, dado que te llamabas “Estrella”, todos decían, mirando a esas muchas, pequeñas estrellas brillantes: “Las flores se han adornado para festejar a la flor de Joaquín, y las estrellas han dejado el cielo para acercarse a la estrella”; y todos sonreían, felices por el signo venturoso y por la alegría de tu padre. Y José, el hermano de mi marido, dijo: “Estrellas y gotitas de agua. ¡Es verdaderamente María!” ¿Cómo podía imaginar, entonces, que habrías de ser su estrella? ¡Cuando volvió de Jerusalén elegido para esposo tuyo!... Toda Nazaret quería festejarlo, porque grande era el honor que le venía del Cielo y de su matrimonio contigo, hija de Joaquín y Ana; y todos querían invitarlo a un banquete. Pero él, con su dulce pero firme decisión rechazó toda fiesta.

De modo que asombró a todos, porque ¿quién es el hombre que, destinado a noble matrimonio y con semejante decreto del Altísimo, no celebre su felicidad de alma y de carne y sangre? Pero él decía: “A gran elección gran preparación”. Y con una continencia que alcanzaba también a las palabras y al alimento –pues que toda otra continencia había existido siempre en él– pasó ese tiempo trabajando y orando, porque, si se puede orar con el trabajo, yo creo que cada golpe de martillo y cada señal hecha con el escoplo (*instrumento de hierro acerado y boca en bisel muy afilada, con que los carpinteros hacen cortes y rebajes en la madera*) se transformaban en oración. Tenía su rostro como extático. Yo iba a arreglar la casa, a blanquear sábanas u otras cosas que había dejado tu madre y que con el tiempo se habían puesto amarillentas, y lo miraba mientras trabajaba en el huerto y en la casa para ponerlos otra vez en orden, como si nunca hubieran estado abandonados; y le hablaba incluso... Pero estaba como absorto. Sonreía... pero no era a mí o a otros, sino a un pensamiento suyo que no era, no, el pensamiento de todos los hombres que se aproximan a su boda. Ésa es una sonrisa de alegría maliciosa y carnal.... Él... parecía sonreír a los invisibles ángeles de Dios, parecía que hablara con ellos y los consultara... ¡Oh, porque estoy convencida de que los ángeles le instruían acerca de cómo tratarte a ti! Porque después, y fue otro motivo de asombro de toda Nazaret, y casi de desdén de mi Alfeo, pospuso la boda lo más que pudo, y no se comprendió nunca cómo fue que de repente se decidiera antes del tiempo fijado. Y también cuando se supo que ibas a ser madre, ¡cómo se asombró Nazaret por su alegría ausente!... Pero también mi Santiago es un poco así. Y cada vez más lo es. Ahora que lo observo bien – no sé por qué, pero desde que fuimos a Efraím me parece completamente nuevo– lo veo así... justamente como a José. Míralo ahora también, María, ahora que se está volviendo otra vez para mirarnos. ¿No tiene ese aspecto absorto tan habitual en José, tu esposo? Sonríe con esa sonrisa que no sé si llamarla triste o lejana. Mira y tiene esa mirada larga, que va más allá de nosotros, que muchas veces tenía José. ¿Recuerdas cómo le molestaba Alfeo? Decía: “Hermano, ¿ves todavía las pirámides?”. Y él movía la cabeza sin decir nada, paciente y reservado en sus pensamientos. Poco hablador siempre. ¡Pero desde que volvieron de Hebrón...! Ya ni siquiera iba a la fuente solo, como hasta entonces había hecho, y como hacen todos: o contigo o a su trabajo. Y, aparte del sábado en la sinagoga, o cuando se dirigía a otro lugar para alguna gestión, nadie puede decir que viera a José de paseo en esos meses. Luego se marcharon... ¡Qué angustia la ausencia de noticias de ustedes después de la matanza! Alfeo fue hasta Belén... “Se marcharon” dijeron. Pero... ¿cómo creerles, si los odiaban a muerte en esa ciudad en que todavía rojeaba la sangre inocente y se elevaba el humo de las ruinas y se los acusaba de que por ustedes esa sangre había corrido? Fue a Hebrón, y con nosotros al Templo, porque Zacarías tenía su turno. Isabel no le dio más que lágrimas, y Zacarías palabras de consuelo. El uno y la otra, angustiados por Juan y temiendo nuevos actos de crueldad, lo habían escondido y estaban verdaderamente sufriendo por él. De ustedes no sabían nada. Y Zacarías dijo a Alfeo: “Si están muertos, su sangre ha caído sobre mí, porque yo los convencí de que se quedaran en Belén”. ¡Mi María! ¡Mi Jesús, visto tan lindo durante la Pascua que siguió a su nacimiento! ¡Y no recibir noticias durante tanto tiempo! Pero... ¿por qué nunca una noticia?...

–Porque convenía guardar silencio. En el lugar donde estábamos muchas eran las Marías y muchos los Josés, y convenía pasar por una pareja cualquiera de esposos – responde serena María, y suspira: Y eran, dentro de su tristeza, días aún felices. ¡El mal estaba tan lejos todavía! ¡Aunque nuestra humanidad careciera de muchas cosas, el espíritu se saciaba con la alegría de tenerte, Hijo mío!

–También ahora tienes contigo a tu Hijo. ¡Falta José, es verdad! Pero Jesús está aquí y con su completo amor de adulto– observa María de Alfeo.

María levanta la cabeza para mirar a su Jesús. Y en su mirada hay aflicción, aunque su boca sonría levemente. Pero no añade ninguna otra palabra.

Los apóstoles se han detenido para esperarlos. Todos se agrupan, incluso Santiago y Juan, que estaban detrás de todos, con su madre. Y, mientras descansan del camino realizado y algunos comen un poco de pan, la madre de Santiago y Juan se acerca a Jesús y se postra ante Él, que, apremiado por reanudar la marcha, ni siquiera se ha sentado. Jesús, puesto que es claro que ella quiere pedirle algo, le pregunta:

–¿Qué quieres, mujer? Habla.

–Concédeme una gracia, antes de que te marches, como dices.

–¿Cuál?

–La de ordenar que estos dos hijos míos, que por Ti han dejado todo, se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando Tú estés sentado, en tu gloria, en tu Reino.

Jesús mira a María Salomé y luego a los dos apóstoles, y dice:

–Han sugerido este pensamiento a su madre interpretando muy mal mis promesas de ayer. El céntuplo por lo que han dejado no lo recibirán en un reino de la Tierra. ¿También ustedes se han

hecho codiciosos y han perdido la inteligencia? No, no ustedes: ya es el crepúsculo mefítico (*dañino y fétido*) de las tinieblas, que avanza, y el aire contaminado de Jerusalén, que se acerca y los corrompe y los ciega... ¡Yo les digo que no saben lo que piden! ¿Pueden, acaso, beber el cáliz que voy a beber Yo?

-Lo podemos, Señor.

-¿Y por qué dicen eso, si todavía no han comprendido la amargura que tendrá mi cáliz? No se trata solamente de la amargura que ayer les describí: la mía de Varón de todos los dolores. Habrá torturas que, aunque se las describiera, no estarían en condiciones de comprenderlas... De todas formas... sí... dado que, a pesar de ser todavía como dos niños que desconocen el valor de lo que piden, dado que son dos espíritus justos y que me quieren, beberán, ciertamente beberán de mi cáliz. Pero lo de sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde a Mí concedérselos: ésa es una cosa que se concederá a aquellos para los que mi Padre lo ha preparado.

Los otros apóstoles, mientras Jesús está todavía hablando, hacen ásperas críticas sobre lo que los hijos de Zebedeo y la madre de éstos han pedido. Pedro le dice a Juan:

-¡Precisamente tú! ¡Ya ni te reconozco, respecto a lo que eras!

Y Judas Iscariote con su sonrisa de demonio:

-¡Verdaderamente los primeros son los últimos! Tiempo de sorpresas y de comprender una serie de cosas... - y se ríe burlón.

-¿Acaso por los honores hemos seguido a nuestro Maestro? – dice Felipe en tono de reproche.

Tomás no se dirige a los dos, sino a María Salomé diciendo:

-¿Por qué poner en evidencia a tus hijos? Si no ellos, al menos tú debías haber reflexionado e impedido ésto.

-Es verdad. Nuestra madre no lo habría hecho – dice Judas Tadeo.

Bartolomé no habla, pero su cara es toda una desaprobación. Simón Zelote, queriendo calmar el desdén, dice:

-Todos podemos equivocarnos...

Mateo, Andrés y Santiago de Alfeo no hablan; es más, visiblemente sufren por este incidente que mella la hermosa perfección de Juan.

Jesús hace un gesto para imponer silencio y dice:

-¡Un momento! ¿Es que de un error van a venir muchos? Ustedes, que reprochan indignados, ¿no se dan cuenta de que también ustedes pecan? Dejen tranquilos a estos hermanos suyos. Mi reprensión es suficiente. Su abatimiento es evidente; su arrepentimiento, humilde y sincero. Deben amarse entre ustedes, apoyarse mutuamente. Porque, en verdad, ninguno de ustedes es perfecto todavía. No deben imitar al mundo ni a los hombres del mundo. En el mundo, lo saben, los príncipes de las naciones dominan a sus pueblos, y sus notables ejercen el poder sobre éstos en el nombre de los príncipes. Pero entre ustedes no debe ser así. No debe haber en ustedes afán de dominar a los hombres ni a sus compañeros. Antes al contrario, el que de entre ustedes quiera ser el mayor póngase a su servicio, y el que quiera ser el primero hágase siervo de todos. Lo mismo que ha hecho su Maestro. ¿Acaso he venido para avasallar y dominar? ¿Para ser servido? No, verdaderamente no. Yo he venido para servir. Y eso, de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en redención de muchos, eso mismo deberán saber hacer ustedes, si quieren ser como Yo y estar donde Yo. Ahora márchense. Y estén en paz entre ustedes, como Yo lo estoy con ustedes.

ME DICE JESÚS

Señala mucho el punto “...ustedes ciertamente beberán de mi cáliz”. En las traducciones se lee: “mi cáliz”. He dicho: “del mío”, no “el mío”. Ningún hombre habría podido beber mi cáliz. Solamente Yo, Redentor, debí beber todo mi cáliz. A mis discípulos, a mis imitadores, a los que me aman, ciertamente se les concede beber de ese cáliz en que Yo bebí: esa gota, ese sorbo o esos sorbos que la predilección de Dios les concede beber. Pero nunca ninguno lo beberá todo como Yo lo bebí. Así pues, es correcto decir “de mi cáliz” y no “mi cáliz”.

Ya las blancas paredes de las casas de Jericó y sus palmeras resaltan en el cielo, azul intenso de cerámica o esmalte, cuando, al pie de un pequeño bosque de tamarices de desordenadas frondas, y de sensibles mimosas y espinos blancos de larguísimas espinas, y de otras plantas en su mayoría espinosas, que parecen haber sido arrojadas allí desde la áspera montaña situada espaldas de Jericó,

Jesús se encuentra con un nutrido grupo de discípulos capitaneados por Manahén. Parece que están esperando. Lo están, efectivamente; y lo dicen, después de haber saludado al Maestro; y añaden que otros han ido hasta otros caminos, para tener noticias, dado que el retraso de toda una noche en llegar a Jericó los había alarmado.

-Yo he venido aquí con éstos. Y no te dejaré hasta que te vea a salvo en casa de Lázaro – dice Manahén.

-¿Por qué? ¿Hay peligro de algo? – pregunta Judas Tadeo.

-Están en Judea... El decreto ya lo conocen. Y el odio también. Por tanto, todo se puede temer – responde Manahén, quien, dirigiéndose a Jesús, explica:

- He tomado conmigo a los más fuertes, porque era presumible que – si no te habían apresado – pasaras por aquí. Y por la entidad de los discípulos y los hombres confiamos poder impresionar a los malvados y hacer que te respeten.

En efecto, están con él los ex discípulos de Gamaliel, el sacerdote Juan, Nicolái de Antioquía, Juan de Éfeso y otros hombres vigorosos –no los conozco- que están en la flor de la vida y tienen un aspecto más noble de lo común. Manahén, rápidamente presenta a algunos de éstos, mientras que a otros no los presenta. Son hombres procedentes de todas las regiones palestinas (entre ellos hay dos de la corte de Herodes Filipo). Así, nombres de las más antiguas familias de Israel resuenan en el camino, al pie del pequeño bosque de frondas desordenadas, en que el viento hace temblar las hojitas de las mimosas y pliega los tiernos retoños de los espinos blancos.

-Vamos. ¿No hay ninguno con las mujeres, donde Nique? – pregunta Jesús.

-Los pastores. Todos menos Jonatán, que espera a Juana en el palacio de Jerusalén. Pero tus discípulos han crecido de forma desmesurada. Ayer, en Jericó, estaban esperándote unos quinientos; hasta el punto de que los servidores de Herodes se habían impresionado y le habían informado de ello. Y Herodes no sabía si reaccionar temeroso o agresivo. Pero el recuerdo de Juan lo tiene obsesionado y ya no se atreve a levantar la mano contra ningún profeta...

-¡Bien! ¡Esto no te perjudicará! – exclama Pedro frotándose contento las manos.

-De todas formas, es el que menos cuenta. Es un ídolo al que todos pueden mover como les venga en gana. Y quien lo tiene en sus manos sabe moverlo.

-¿Y quién lo tiene en sus manos? ¿Pilato? – pregunta Bartolomé.

-Pilato no necesita a Herodes en sus actos. Herodes es un siervo, los poderosos no se dirigen a los siervos – responde Manahén.

-¿Y entonces quién? – pregunta Bartolomé.

-El Templo –dice sin vacilar uno que está con Manahén.

-Pero si para el Templo Herodes está anatematizado (*excomulgado, maldecido*). Su pecado...

-¡Eres muy ingenuo con todo tu saber y tus años, Bartolomé! ¿Es que no sabes que el Templo, con tal de conseguir sus objetivos, sabe superar muchas, demasiadas cosas? Por eso ya no merece permanecer – dice Manahén con gesto de severo desprecio.

-Tú eres israelita. No debes hablar así. El Templo es siempre el Templo para nosotros – dice Bartolomé con tono de reconvención.

-No. Es el cadáver de lo que era. Y un cadáver, cuando lleva ya un tiempo muerto, se transforma en una inmundicia carroña. Por eso Dios ha mandado al Templo vivo, para que pudiéramos postrarnos ante el Señor sin que ello fuera una pantomima execrable (*condenable, detestable*).

-¡Calla! – susurra a Manahén otro que está con él, porque está hablando demasiado claramente (es uno de los que no han sido presentados, uno que está muy tapado).

-¿Y por qué debería callarme, si así habla mi corazón? ¿Piensas que hablando así pueda perjudicar al Maestro? Si es así, me callo: pero no por otro motivo. Aunque me condenaran sabría decir: “Así pienso, y no castiguen a nadie aparte de mí”.

-Manahén tiene razón. Basta ya de callar por miedo. Es ya hora de que cada uno tome su sitio a favor o en contra y diga lo que tiene en su corazón. Yo pienso como tú, hermano en Jesús; y si ello puede causarnos la muerte moriremos perseverando en confesar la verdad – dice Esteban con ímpetu.

-¡Sean prudentes! ¡Sean prudentes! – exhorta Bartolomé – el Templo es siempre el Templo. Está claro que no es perfecto y cometerá errores, pero es... es... Después de Dios no hay personas más grandes ni fuerzas mayores que el Sumo Sacerdote y el Sanedrín... Representan a Dios. Y nosotros debemos ver aquello que representan, y no lo que son. ¿O me equivoco, Maestro?

-No te equivocas. En toda constitución hay que saber ver su origen, en este caso el Eterno Padre, que ha constituido el Templo y las jerarquías, los ritos y las autoridades de los hombres antepuestos para representarlo. Hay que saber dejar en las manos del Padre el juicio. Él sabe cuándo y cómo intervenir; qué medidas tomar para que la corrupción, extendiéndose, no corrompa a todos los hombres y les haga dudar de Dios... Y en esto Manahén, viendo la razón de mi venida en esta hora,

ha sabido ver con exactitud. En fin, es necesario suavizar tu estaticidad, Bartolmái, con el espíritu innovador de Manahén, para que sea precisa la medida y, por tanto, perfecto el sentir. Todo exceso es siempre dañino, para el agente y para el que lo sufre, o para el que lo percibe y se escandaliza – y, si no es un alma honesta, se sirve de ello para denunciar a los hermanos. Pero ésta es una acción de Caín y, siendo obra de las Tinieblas, no lo será de los hijos de la Luz.

El que advirtió a Manahén de que no hablara demasiado, y que está cubierto del todo por el manto, de forma que apenas puede vérselo los ojos negros, vivísimos, se arrodilla, toma la mano de Jesús y dice:

-Tú eres bueno, Maestro. ¡Demasiado tarde te he conocido, oh Palabra de Dios! ¡Pero aún es tiempo, si no de servirte largamente como habría deseado, como ahora quisiera, sí de amarte como mereces!

-Nunca es demasiado tarde para la hora de Dios. Esa hora llega en el momento preciso. Y concede tanto tiempo para servir a la Verdad cuanto la voluntad quiere.

-¿Pero quién es? – se preguntan unos a otros, susurrando, los apóstoles; y se lo preguntan a los discípulos. En vano: ninguno sabe quién es, o, sabiéndolo, ninguno quiere decirlo.

-¿Quién es, Maestro? – pregunta Pedro cuando puede acercarse a Jesús, que va en el centro del grupo (detrás de Él, las mujeres; delante, los discípulos; a los lados, sus primos; en torno a Él, los apóstoles).

-Un alma, Simón. Nada más que eso.

-Pero... ¿Te fías de él sin saber quién es?

-Sé quién es. Y conozco su corazón.

-¡Ah, comprendo! Es como en el caso de la velada de Agua Hermosa... Ya no pregunto más... -y Pedro se pone contento porque Jesús, separándose de Santiago, lo acerca a Sí.

Llegan ya a Jericó. Por la puerta de las murallas irrumpe la gente elevando voces de hosanna, y a Jesús le es difícil proseguir para cruzar la ciudad e ir donde Nique, que está fuera de Jericó, en el extremo opuesto. Súplicas para que hable. Niños en brazos, que casi forman un cerco vivo infranqueable (se cuenta con el amor de Jesús a los pequeños). Gritos de: “¡Puedes hablar! ¡Ése ya ha huído a Jerusalén!” gestos que, junto con estas palabras, señalan hacia el palacio, espléndido y cerrado, de Herodes.

Manahén confirma:

-Es verdad. Se ha marchado durante la noche, silenciosamente. Tiene miedo.

Pero nada detiene a Jesús, que camina diciendo:

-¡Paz! ¡Paz! El que tenga alguna pena o algún dolor que vaya a casa de Nique. El que quiera oírme que vaya a Jerusalén. Aquí soy el Peregrino, como todos ustedes. En la casa del Padre hablaré. ¡Paz! ¡Paz y bendición! ¡Paz!

Es ya un pequeño triunfo, un preludio de la entrada en Jerusalén, ya tan cercana. Me sorprende la ausencia de Zaqueo. Pero luego lo veo, erguido en los límites de la propiedad de Nique, rodeado de sus amigos y con los pastores y las discípulas. Todos acuden presurosos al encuentro de Jesús, y le abren paso disponiéndose en dos filas, y se postran, mientras Él, bendiciendo, se adentra en el huerto en dirección a la casa que, hospitalaria, lo recibe.

579

Judíos desconocidos refieren las acusaciones recogidas por el Sanedrín. Alegoría dirigida a Jerusalén.

Un gran número de personas está agrupado en los prados de Nique, en que el heno se seca al Sol. Dos carros pesados y cubiertos están esperando en estos prados. Comprendo la razón de la espera cuando veo que acompañan a ellos a todas las discípulas, y que éstas suben en los carros después de la despedida y bendición del Maestro. También María Santísima se marcha con las otras discípulas. Se marcha también el jovencito de Enón. Muchos discípulos se ponen a los lados de los carros, y, cuando éstos se mueven al paso lento de los bueyes también ellos se ponen en marcha. En los prados permanecen los apóstoles, Zaqueo y sus amigos y un grupito de personajes muy cubiertos con su manto (como si no quisieran ser reconocidos).

Jesús vuelve lentamente sobre sus pasos, hasta el centro del prado, y se sienta en un montón de heno ya semiseco que pronto será llevado al henil. Está absorto, y todos, manteniéndose en tres grupos distintos y un poco separados de Él y entre sí, respetan esta concentración suya.

La meditación se alarga. Se alarga la espera. El Sol se hace cada vez más fuerte y cae intenso sobre el prado, que emana un fuerte olor de tallos herbáceos en desecación. Los que esperan se refugian en los extremos del prado, en los lugares en que los últimos árboles del huerto proyectan su sombra refrescadora.

Jesús se queda solo, solo bajo el Sol ya fuerte, blanco todo con su túnica de lino y la prenda de cendal (*tela delgada y transparente*) - quizás es la que tejó Síntica- que cubre su cabeza y ondea levemente con el paso de la brisa. De algún establo cercano llegan mugidos tenues, quejumbrosos, de vacas; de las frondas del huerto, píar de pájaros implumes; de las eras, píar de pollitos petulantes: la vida que continúa, renovándose en todas las primaveras. Las palomas vuelan alto describiendo círculos antes de regresar con vuelo firme y seguro a los nidos, bajo los aleros de los tejados. No sé si en la cercana casa de Nique o si en algún campo, una voz de mujer canta una nana arrulladora, y la vocecita del niño, primero alta y trémula como un balido de corderito, ahora se atenúa y luego calla. Jesús piensa, sigue pensando, piensa sin cesar, insensible al Sol.

En distintas ocasiones he advertido esta superior resistencia de Jesús bendito frente a las inclemencias climáticas. Nunca he comprendido si sentía calor y frío fuertemente y los soportaba sin quejarse por espíritu de mortificación, o si era que, de la misma forma que dominaba los elementos desatados, dominaba también el frío y el calor excesivos. No lo sé. Lo que sé es que, aun viéndolo todo mojado bajo aguaceros o sudado todo bajo el intenso Sol, nunca he advertido en Él gestos de desazón por el frío o el calor, como tampoco lo he visto tomar las medidas de prevención que el hombre toma contra los excesos de Sol o del frío helador.

Un día alguien me hizo la observación de que en Palestina no se lleva descubierta la cabeza, y que, por tanto, cuando yo decía que la cabeza rubia de Jesús, descubierta, aparecía esplendorosa bajo el Sol, hablaba con desacierto. No digo que no, respecto a que en Palestina no se pueda ir con la cabeza descubierta; no he estado allí y no sé. Lo que sé es que Jesús habitualmente iba sin nada en la cabeza. Y si llevaba alguna prenda sobre la cabeza al principio de la marcha, pronto se la quitaba, como si le desagradaran los estorbos, y la llevaba en la mano, y la usaba más que nada para limpiarse la cara del polvo del camino o para enjugarse el sudor. Si llovía, alzaba un extremo del manto y con él se cubría la cabeza; si hacía Sol, especialmente cuando iba caminando, buscaba una hilera de sombra, aunque estuviera entrecortada, para resguardarse de los rayos solares. Raramente llevaba, como hoy, un velo ligero en la cabeza. Esta observación podrá parecerles a algunos inútil, pero forma parte también de lo que veo; y yo lo digo, mientras Jesús piensa...

-¡Pero estar tanto tiempo ahí le va a hacer daño! – exclama uno del grupo que no es ni el grupo apostólico ni el de Zaqueo.

-Vamos a decírselo a sus discípulos... Además... yo quisiera... quisiera no detenerme demasiado tiempo – responde otro.

-¡Sí, claro! Que los montes Adomín son poco seguros durante la noche...

Van donde los apóstoles y hablan con ellos.

-De acuerdo. Voy a decirle que quieren marcharse – dice Judas Iscariote.

-No. No eso. Quisiéramos al menos estar en Ensemes antes de que se haga de noche.

Judas se marcha sonriendo con ironía. Se inclina hacia el Maestro y le dice:

-Dicen que es porque te puede hacer daño el Sol, aunque lo que realmente sucede es que a ellos puede perjudicarles el ser vistos demasiado, pero los judíos desean ya que los despidas.

-Voy... Estaba pensando... Tienen razón – y Jesús se levanta.

-Todos, menos yo... - dice Judas Iscariote con tono de enojo.

Jesús lo mira y calla. Van juntos adonde estos hombres a los que Judas ha llamado judíos.

-Ya me había despedido de todos ustedes. Ayer ya lo dije. Hablaré solamente en Jerusalén...

-Es verdad. Pero es que quisiéramos decirte algo, nosotros que... ¿Podemos hablar aparte Contigo?

-Dales este gusto. Tienen miedo de nosotros, o más exactamente de mí – dice Judas de Keriot con esa sonrisa suya de serpiente.

-No tenemos miedo de nadie. Si quisiéramos sabríamos cómo proteger nuestra tranquilidad. Pero todavía no todos son villanos en Palestina. Somos descendientes de los prohombres (*hombres íntegros, honestos, elegidos para gobernar*) de David, y, si no eres esclavo ni despreciado todavía, debes mostrarte deferente con nuestras estirpes, las primeras junto al rey santo, las primeras junto a Macabeos, las primeras también ahora, cuando se trata de honrar al Hijo de David, y de aconsejarle. Porque Él es grande, pero todas las criaturas, por grandes que sean, pueden tener necesidad de un amigo en las horas decisivas de la vida – responde con vehemencia uno que está del todo vestido de lino (incluso el manto y la prenda que cubre su cabeza y que poco deja descubierto de su rostro severo).

-Nos tiene a nosotros por amigos. Lo somos desde hace tres años, desde que ustedes...

-No lo conocíamos: Demasiadas veces hemos sufrido engaño con los falsos Mesías como para creer fácilmente en cualquier afirmación. Pero los últimos acontecimientos nos han iluminado. Sus obras son divinas y nosotros decimos que es el Hijo de Dios.

-¡Y creen que tiene necesidad de ustedes!

-Como Hijo de Dios, no; como Hombre, sí. Ha venido para ser el Hombre, y el Hombre siempre tiene necesidad de hombres hermanos suyos. Pero, además, ¿por qué tienes miedo? ¿Por qué no quieres que hablemos con Él? Ésta es nuestra pregunta a ti.

-¿Yo? ¡Hablen! ¡Hablen! Los pecadores son más escuchados que los justos.

-¡Judas! ¡Creía que palabras como éstas deberían parecerte fuego en los labios! ¿Cómo te atreves a juzgar aquello que tu Maestro no juzga? Está escrito (Isaías 1,18): “Si sus pecados son como la escarlata (*rojo*) se harán blancos como la nieve, y si son bermejos (*rubio rojizo*) como la cochinilla (*insecto que vive en el cactus*) se harán blancos como la lana”.

-Pero Tú no sabes que entre éstos...

-¡Silencio! Hablen ustedes.

-Señor, sabemos que está preparada la acusación contra Ti. Se te acusa de violar la Ley y los sábados, de amar más a los de Samaria que a nosotros, de defender a publicanos y meretrices, de recurrir a Belcebú y a otras fuerzas tenebrosas, de magia negra, de odiar el Templo y querer su destrucción, de...

-Basta así. Todos pueden acusar, probar la acusación es más difícil.

-Pero tienen dentro de ello a quienes la sostienen. ¿O es que crees que allí dentro son justos?

-Les respondo con las palabras de Job (Job 27, 5-8), que es figura de Mí como Paciente: “Lejos de mí el pensamiento de considerarlos justos a todos. Hasta el final sostendré mi inocencia. No renunciaré a la justificación mía, que ya he comenzado. Porque mi corazón no me censura nada en toda mi vida”. Y todo Israel puede testimoniar – porque no me justifico a Mí mismo, con palabras que puede decir también un embustero – todo Israel puede atestiguar que Yo siempre he enseñado el respeto a la Ley; es más, que he perfeccionado la obediencia a la Ley, y que no he violado los sábados... ¡Habla! ¿Qué querías decir? Has hecho un gesto y luego te has contenido. ¡Habla!

Uno del grupito... misterioso dice:

-Señor, en la última sesión del Sanedrín se leyó una denuncia contra Ti. Venía de Samaria, de Efraím donde Tú estabas, y decía que había quedado probado, en numerosas ocasiones, que violabas el sábado y...

-Y sigo respondiéndote con Job: “¿Y cuál es la esperanza del hipócrita si roba por avaricia y Dios no libera su alma?”. Este infeliz, que presenta una cara fingida y que debajo tiene un corazón distinto quiere cometer el gran robo por avaricia de mi bien, ya va por el camino del Infierno, y vano será para él tener dinero y esperar honores y soñar con subir a donde Yo no quise subir para no traicionar el decreto santo. ¿Pero nos vamos a ocupar de él, si no es para orar por él?

-Pero el Sanedrín ha tenido para Contigo palabras de burla: “Éste es el amor que le profesan los samaritanos: lo acusan para atraerse la benevolencia de todos nosotros”.

-¿Y están seguros de que haya sido una mano samaritana la que ha escrito esas palabras?

-No. Pero Samaria en estos días ha sido dura Contigo...

-Porque los enviados del Sanedrín han creado en ella subversión y la han azuzado con falsos consejos, suscitando descabelladas esperanzas que he tenido que abatir. Además, escrito está (Job 27,5-8) tanto respecto a Efraím como respecto a Judá, y se podría decir con respecto a cualquier otro lugar, porque es voluble el corazón del hombre, que se olvida de los beneficios y se doblega ante las amenazas: “Su bondad es como nube matutina, como rocío que por la mañana desaparece”. Pero esto no prueba que los samaritanos sean los acusadores del Inocente. Un amor equivocado los lanzó sañosos contra Mí, pero era un amor delirante. ¿Qué otra prueba hay de esta acusación de preferencia por los samaritanos?

-Se te acusa de que los quieres tanto, que siempre dices: “Escucha Israel”, en vez de decir: “Escucha Judá”. Y que no puedes censurar a Judá...

-¿Verdaderamente? ¿La sabiduría de los rabíes aquí se pierde? ¿Y no soy Yo el Germen de Justicia brotado de David por el que, como dice Jeremías (33, 15-17): “*En esos días, haré nacer un nuevo brote de David, que ejercerá la justicia y el derecho en el país. Entonces Judá estará a salvo, Jerusalén vivirá segura y llevará el nombre de “Yavé es nuestra justicia”*”, Judá será salvado? Entonces el Profeta prevé que Judá, sobre todo Judá, tendrá necesidad de salvación. Y este Germen, sigue diciendo el Profeta, será llamado el Señor, nuestro Justo, (17): “porque, dice el Señor, nunca le faltará a David un descendiente que se siente en el trono de la casa de Israel”. ¿Y entonces? ¿Erró el Profeta? ¿Acaso estaba ebrio? ¿Ebrio de qué? Sin duda, de penitencia y no de otra cosa. Porque, para acusarme a Mí, ninguno podrá sostener que Jeremías fuera un hombre dado a la crápula. Bueno, pues él dice que el Germen de David salvará a Judá y se sentará en el trono de Israel. Así pues, se diría que, por sus luces, el Profeta ve que, más que Judá, será elegido Israel; que el Rey irá a Israel, y ya será una gracia si Judá obtiene la salvación, aunque sólo sea la salvación. ¿Al Reino, entonces, se le llamará Reino de Israel? No. Se le llamará Reino de Cristo, de Aquel que une las partes dispersas y reconstruye en el Señor tras haber – según el otro Profeta (Zacarías 11, 4-17)

juzgado y condenado, en un mes – en realidad, en menos de un día- a los tres falsos pastores y tras haberles cerrado mi alma, porque la suya quedó cerrada para mí y deseándome en figura no supieron amarme en mi naturaleza. Así pues, Aquel que me envía romperá los dos cayados que me ha dado, para que la Gracia quede perdida para los crueles, para que el Flagelo no venga ya del Cielo, sino del mundo. Y nada es más duro que los flagelos que los hombres dan a los hombres. Así será. ¡Oh, así! Yo recibiré golpes, y dos tercios de las ovejas serán dispersados. Sólo un tercio, siempre sólo un tercio de ellas se salvará y perseverará hasta el final. Y esta tercera parte pasará por el fuego por el que Yo, Yo el primero, paso; y será purificada y probada como plata y oro, y oirá estas palabras: “Tú eres mi pueblo”, y ella me dirá: “Tú eres mi Señor”. Y alguien habrá pesado las treinta monedas, precio de la horrenda obra, infame paga. Y no podrán volver al lugar de donde salieron, porque hasta las piedras gritarían de horror al ver esas monedas manchadas con la sangre del Inocente y el sudor del perseguido, del perseguido por la más atroz de las desesperaciones; y servirán, como está escrito, para comprar de los esclavos de Babilonia el campo para los extranjeros. ¡Oh, el campo para los extranjeros! ¿Saben quiénes son estos extranjeros? Son los de Judá e Israel. Que pronto y durante siglos y siglos carecerán de patria y ni siquiera la tierra de su antiguo suelo los querrá acoger y los vomitará aun estando muertos, porque ellos quisieron rechazar la Vida. ¡Horror infinito! *(Profecía que se cumplió el año 70 cuando los romanos destruyeron el Templo, Jerusalén y dispersaron a toda la nación por el mundo, y aún están en conflicto para recuperar lo que fue su territorio)*.

Jesús calla, como quien se siente abatido, con la cabeza baja, que luego alza. Extiende la mirada a su alrededor. Ve a los presentes: los apóstoles, los discípulos ocultos, Zaqueo con los suyos. Suspira como quien se despierta de una pesadilla. Habla así:

-¿Qué más decían? ¡Ah, que se me acusa de querer a publicanos y meretrices! Es verdad. Son los enfermos, los moribundos. Yo, Vida, me doy a ellos como vida. Vengan, redimidos de mi rebaño – ordena a Zaqueo y a los suyos. Vengan y escuchen mi orden. A muchos, más blancos que ustedes, dije: “No vayan a Jerusalén”. A ustedes les digo: “Vayan”. Esto podrá parecer injusticia...

-Y lo es – interrumpe el Iscariote.

Jesús, como si no oyera, sigue hablando a Zaqueo y a sus compañeros:

-Pero les digo: vayan, precisamente porque ustedes son plantas que tienen más necesidad del rocío que otras, para que su buena voluntad reciba el auxilio del Poderoso y ya crezcan libremente en la Gracia. Sobre las otras cosas... el mismo Cielo responderá con signos inconfundibles. En verdad, podrá ser destruido el Templo vivo, y en tres días reedificado, y para toda la eternidad. Pero el Templo muerto, que ahora será zarandeado y creará haber triunfado, perecerá para nunca más renacer. ¡Márchense! Y no teman. Esperen en penitencia mi Día. Su aurora los conducirá definitivamente a la Luz – dice dirigiéndose a los que están cubiertos con el manto. Y luego dice a Zaqueo:

-Y márchense también ustedes, pero no ahora. Estén en Jerusalén para la aurora del día siguiente del sábado. Al lado de los justos quiero que estén los resucitados, porque en el Reino del Cristo infinitos son los lugares: cuantos son los hombres de buena voluntad.

Y se encamina a la casa de Nique a través del tupido huerto umbroso.

Un pequeño sendero pone una cinta amarillenta en medio del verde del suelo, y una gallina cloqueante lo cruza seguida de sus pollitos del color del oro; y ante tantos desconocidos la madre tiembla, se acurruca y, temiendo agresiones a sus crías, extiende sus alas defensoras cloqueando más fuerte. Y los pollitos, píando, van y se esconden bajo la pluma materna, y su píar se apaga al seguro y parece que ya no están...

Jesús se para a contemplarla... y caen lágrimas de sus ojos.

-¡Llora! ¿Por qué llora? ¡Él llora! – susurran todos: apóstoles, discípulos, pecadores redimidos.

Y Pedro dice a Juan:

-Pregúntale el por qué de su llanto...

Y Juan, con su ademán habitual, un poco inclinado en señal de reverencia y la cara elevada de abajo hacia arriba para mirarlo a la cara, pregunta:

-¿Por qué lloras, mi Señor? ¿Es por lo que antes te han dicho y has dicho?

Jesús reacciona. Sonríe con tristeza y, señalando a la clueca, que sigue protegiendo amorosamente a su prole, dice:

-Yo también, Uno con el Padre mío, vi a Jerusalén, como dice Ezequiel (Ezequiel 16), desnuda y llena de vergüenza; y vi y pasé cerca de ella y, llegado el tiempo, el tiempo de mi amor, extendí mi mano sobre ella y cubrí su desnudez. Quería hacerla reina después de haber sido padre para ella, y quería protegerla como esa gallina hace con sus crías... Pero, mientras que los pequeñuelos de la gallina muestran su agradecimiento por los cuidados de su madre y se refugian bajo sus alas,

Jerusalén rechaza mi manto... Pero Yo mantendré mi proyecto de amor... Yo... Luego el Padre mío obrará según su voluntad.

Y Jesús pasa por la hierba, para no turbar a la gallina, y pasa, y más lágrimas ruedan sobre su rostro enjuto y pálido. Todos lo imitan siguiéndole. Hablan en voz baja hasta llegar al límite de la casa de Nique. Y sólo Jesús entra en la casa, con los apóstoles; los demás prosiguen hacia sus respectivas metas...

580

Delaciones de Judas Iscariote y profecías sobre Israel. Milagros en el camino de Jericó a Betania.

Es un amanecer que apenas diluye su candor en un primer rosa claro de aurora. Y el silencio fresco de los campos se va rompiendo, va adornándose con el gorjeo de los pajarillos ya despiertos.

Jesús es el primero en salir de la casa de Nique. Entorna silenciosamente la puerta y se dirige al verde huerto donde se liberan las nítidas notas de las currucas y emiten los mirlos su flautado canto. Pero aún no ha llegado y ya del huerto vienen cuatro personas (cuatro de los que ayer estaban en el grupo de desconocidos y que en ningún momento habían descubierto su rostro). Se postran profundamente. Y luego, cuando oyen la orden y la pregunta que Jesús – después de haberlos saludado con su saludo de paz- les dirige:

-¡Levántense! ¿Qué quieren de Mí? – se levantan y echan hacia atrás los mantos de lino y las prendas, también de lino, que cubren sus cabezas y con las cuales habían tenido ocultos sus rostros como beduinos.

Reconozco la cara pálida y delgada del escriba Joel de Abías, ya visto en la visión de Sabea. Los otros me son desconocidos, hasta que se nombran:

-Yo, Judas de Beterón, último de los verdaderos asideos, amigos de Matatías Asmoneo.

-Yo, Eliel, y mi hermano Elcaná de Belén de Judá, hermanos de Juana, tu discípula; y no hay para nosotros un título mayor que éste. Ausentes cuando eras fuerte, presentes ahora que te persiguen.

-Yo, Joel de Abías, con los ojos ciegos durante mucho tiempo, pero ahora abiertos a la Luz.

-Los había despedido ya. ¿Qué quieren de Mí?

-Decirte que... si estamos tapados no es por Ti, sino... - dice Eliel.

-¡Hablen! ¡Hablen les digo!

-Pero... Habla tú, Joel. Porque eres el que más sabe de todos...

-Señor... Lo que yo sé es tan... horrendo... que quisiera que ni la tierra supiera lo que estoy para decir...

-Esta tierra se estremecerá; no Yo, porque sé lo que quieres decir. De todas formas, habla...

-Si lo sabes... deja que mis labios no tiemblen diciendo esta cosa horrible. No es que piense que mientes al decir que lo sabes y que quieres que lo diga para saberlo, sino, verdaderamente, porque...

-Sí. Porque es una cosa que clama al Señor. La diré Yo para convencer a todos de que conozco el corazón de los hombres. Tú, miembro del Sanedrín y conquistado para la Verdad, has descubierto algo que no has sabido sobrellevar tú solo, porque es demasiado grande, y has ido donde éstos, verdaderos judíos en los que sólo hay espíritu bueno, para asesorarte con ellos. Has hecho bien, aunque no tenga ninguna utilidad lo que has hecho. El último de los asideos estaría dispuesto a repetir el gesto de sus padres (1 Macabeos 2, 42-48) para servir al Libertador verdadero. Y no está solo. También su pariente Barzelái lo haría, y con él otros muchos. Y los hermanos de Juana, por amor a Mí y a su hermana, además de por amor a la Patria, estarían con él. Pero Yo no triunfaré por lanzas ni por espadas. Entren del todo en la Verdad. Yo triunfaré con un triunfo celeste. Tú- y éste es lo que te hace aparecer aún más pálido y enflaquecido en lo que en ti es normal- sabes quién ha presentado los elementos de acusación contra Mí, esos elementos que, si bien son falsos en su espíritu, son verdaderos en la realidad de sus palabras, porque Yo en verdad violé el sábado cuando tuve que huír, al no haber llegado todavía mi hora, y cuando arrebaté dos inocentes a los bandidos; y podría decir que la necesidad justifica el acto, de la misma forma que la necesidad justificó a David por haberse nutrido con los panes de la proposición (1 Samuel 21, 2-7). En verdad, me refugié en Samaria, aunque, llegada mi hora y habiéndome propuesto los samaritanos quedarme con ellos como Pontífice, rechacé honores y seguridad por permanecer fiel a la Ley, aun significando esto entregarme a los enemigos. Y es verdad que quiero a los pecadores y a las pecadoras hasta el punto de arrancarlos del pecado. Y es verdad que predico la destrucción del Templo, si bien estas palabras mías no son sino confirmación del Mesías de las palabras de sus profetas. El que es fuente de éstas y de otras acusaciones, aquel que incluso hace de los milagros motivo de acusación y no ha dejado de servirse de nada de la Tierra para tratar de llevarme al pecado y poder añadir otras acusaciones a las primeras, ése es un amigo Mío. Y esto también lo dijo el rey profeta (Salmo 41,10) de quien a través de mi Madre descendo: “El que comía mi pan alzó contra Mí su calcañar (talón)”. Lo sé. Moriría dos veces, si pudiera no ya impedir que llevara a cabo el delito – ya... su voluntad se ha entregado a la

Muerte, y Dios no fuerza la libertad del hombre – sino, al menos, hacer que el choque del horror cumplido lo arrojara arrepentido a los pies de Dios... Por esto, tú, Judas de Beterón, advertías ayer a Manahén de que se callara. Porque la serpiente estaba allí y podía dañar, además de al Maestro, al discípulo. No. El daño alcanzará sólo al Maestro. No temen. No será por Mí por quien reciban penas y desventuras. Por el delito de todo un pueblo, por eso sí, todos recibirán lo que anunciaron los profetas. ¡Desdichada, desdichada Patria mía! ¡Desdichada tierra que conocerá el castigo de Dios! ¡Desdichados habitantes, desdichados niños que ahora bendigo y quisiera ver salvos y que, aun siendo inocentes, conocerán en la edad adulta la dentellada de la más grande desventura! Miren esta su tierra exuberante, hermosa, verde y florida cual alfombra admirable, fértil como un Edén... Grábense su belleza en sus corazones y luego... vuelto Yo al lugar de donde vine... huyan. Huyan mientras puedan hacerlo, antes de que, cual rapaz de infierno, la desolación de la destrucción se extienda aquí y derribe y destruya, y yermé y quemé, más que en Gomorra, más que en Sodoma... Sí, más que en esas ciudades, donde sólo hubo una rápida muerte. Aquí... Joel, ¿recuerdas a Sabea? Ella hizo una última profecía sobre el futuro del Pueblo de Dios que ha rechazado al Hijo de Dios.

Los cuatro están como aturdidos. El miedo del futuro los enmudece. Se decide a hablar Eliel:

-¿Tú nos aconsejas...?

-Sí. Váyanse. Ya nada habrá aquí suficientemente válido como para retener a los hijos del pueblo de Abraham. Además, especialmente ustedes, notables del pueblo, no serían respetados... Los poderosos hechos prisioneros embellecen el triunfo del vencedor. El Templo nuevo e inmortal llenará de sí la Tierra, y todo el que me busque me tendrá, porque donde un corazón me ame, allí estará Yo. Váyanse. Llévense con ustedes a sus mujeres, a sus hijos, a los ancianos... Ustedes me ofrecen salvación y ayuda, Yo les aconsejo que se pongan a salvo, y los ayudo con este consejo... No lo desprecien.

-Pero ya... ¿qué más daño nos va a causar Roma? Ya estamos dominados. Y, aunque su ley sea dura, también es verdad que Roma ha reedificado casas y ciudades y...

-En verdad, sépanlo, en verdad, ni una sola piedra de Jerusalén quedará intacta. Fuego, ariete, hondas y jabalinas caerán, morderán, desbaratarán todas las casas, y la Ciudad sagrada se transformará en antro. Y no sólo Jerusalén... Esta Patria nuestra se transformará en antro. Lugar de onagros (*burros salvajes*) y chacales, como dicen los profetas. Y no durante un año o algunos años, o durante siglos, sino para siempre. El desierto, la sequía, la esterilidad... ¡Ésta será la suerte de estas tierras! Campo de luchas, lugar de torturas, sueño de reconstrucción destruido una y otra vez por una condena inexorable, intentos de resurgimiento ahogados en el momento de su nacimiento: la suerte de la tierra que rechazó al Salvador y quiso un rocío que es fuego sobre los culpables.

-¿Entonces... entonces no volverá a haber nunca un Reino de Israel? ¿Ya nunca más seremos lo que soñábamos ser? – preguntan con voz entrecortada los tres notables judíos. El escriba Joel llora...

-¿Han observado alguna vez un árbol añoso con la médula destruida por una enfermedad? Durante años vegeta a duras penas, tan a duras penas, que ni florece ni da fruto; sólo alguna, rara hoja en las ramas exhaustas dice que todavía un poco de savia sube... Luego, en un mes de Abril, se le ve florecer milagrosamente y cubrirse de numerosas hojas, y se alegra su dueño, que durante muchos años lo cuidó sin obtener frutos; se alegra al pensar que el árbol está curado y vuelve a la exuberancia después de tanta languidez... ¡Oh, engaño! Después de tan exuberante explosión de vida, sobreviene enseguida la muerte. Caen las flores, las hojas, los pequeños frutos que parecían ya cuajar en las ramas y prometían una pingüe recolección, y con repentino estruendo el árbol, podrido en su base, se viene abajo. Lo mismo hará Israel. Después de siglos de estéril vegetar disperso, se reunirá en el añoso tronco y parecerá estar reconstruido; al fin reunido el pueblo disperso; reunido y perdonado. Sí. Dios esperará esa hora para cortar los siglos. Ya no habrá siglos, habrá eternidad. ¡Bienaventurados aquellos que, perdonados, constituyan la floración fugaz del último Israel – de ese Israel que será, después de tantos siglos, de Cristo – y mueran redimidos, junto con todos los pueblos de la tierra, bienaventurados con los pueblos de la Tierra que no sólo han conocido la existencia Mía, sino que también han abrazado mi Ley como Ley de Salud y Vida!

Oigo las voces de mis apóstoles. Márchense antes de que lleguen...

-Señor, si tratamos de permanecer ocultos no es por cobardía, sino para servirte, para poderte servir. Si se supiera que nosotros, que yo, sobre todo, hemos venido a Ti, quedaríamos excluidos de las deliberaciones... - dice Joel.

-Comprendo. Pero atención porque la serpiente es astuta. Tú especialmente sé cauto, Joel...

-¡Aunque me mataran... preferiría mi muerte a la tuya... y no ver esos días de que hablas! Bendíceme, Señor, para fortalecerme...

-Los bendigo a todos en el nombre de Dios Uno y Trino, y en el nombre del Verbo encarnado para salvación de los hombres de buena voluntad.

Los bendice colectivamente con un amplio gesto, y luego pone la mano, individualmente, sobre cada una de las cuatro cabezas inclinadas que tiene a sus pies. Luego se levantan ellos, se tapan de nuevo la cara y se adentran en los árboles del huerto y entre los matorrales de moras que separan a los perales de los manzanos y a éstos de otros árboles; a tiempo, porque, en grupo, ya salen de la casa los doce apóstoles buscando al Maestro para ponerse en camino.

Y Pedro dice:

-En la parte de delante de la casa, hacia la ciudad, hay una muchedumbre de gente, a la que a duras penas hemos contenido para dejarte orar. Quieren seguirte. Ninguno de los que has despedido se ha marchado. Es más, muchos han regresado, y muchos otros han venido luego. Les hemos reprendido.

-¿Por qué? ¡Dejen que me sigan! ¡Ah, si todos lo hicieran! ¡Vamos!

Y Jesús se coloca el manto que le ha pasado Juan y se pone a la cabeza de los suyos. Llega a la casa, la bordea, pone pie en el camino que va a Betania y entona con fuerte voz un salmo. La gente, una verdadera muchedumbre, primero todos los hombres, luego las mujeres y los niños, lo sigue, cantando con Él...

La ciudad, rodeada de verde, va quedando lejos. Muchos peregrinos van por este camino, en cuyas orillas muchos mendigos elevan sus lamentos para suscitar la compasión de la muchedumbre y conseguir así pingües limosnas. Lisiados, mancos, ciegos... La miseria que en todas las épocas y regiones habitualmente se da cita en los lugares en que una festividad congrega a las muchedumbres. Y si los ciegos no ven quién pasa, los otros sí lo ven, y, conociendo la bondad del Maestro para con los pobres, lanzan su grito, más fuerte de lo habitual, para atraer la atención de Jesús. Pero no piden el milagro; solamente la limosna; y Judas da la limosna.

Una mujer de noble aspecto, al pie de un recio árbol que da sombra a un cruce de caminos, para el burrito en que va montada y espera a Jesús. Cuando Él está cerca, desciende de su cabalgadura y se postra, no sin dificultad porque tiene en brazos una criaturita muy falta de vida. La eleva sin decir una palabra. Sus ojos suplican en su afligido rostro. Pero Jesús está rodeado por una barrera de gente y no ve a la pobre madre arrodillada en la orilla del camino. Un hombre y una mujer parecen acompañar a la madre afligida. El hombre le dice, moviendo la cabeza:

-No hay nada para nosotros.

-Ama, no te ha visto; llámalo con fe y te concederá lo que pides – dice la mujer.

La madre sigue el consejo de la mujer y grita, fuerte para vencer el ruido de los cantos y los pasos:

-¡Señor, piedad de mí!

Jesús, que está unos metros más adelante, se detiene y se vuelve, busca a la que ha gritado. La sirvienta dice:

-Ama, te busca. Levántate y ve donde Él, y Fabia se curará – y la ayuda a levantarse y la guía hacia el Señor, que dice:

-Quien me ha invocado que venga a Mí. Es tiempo de misericordia para quien sabe esperar en la misericordia.

Las dos mujeres se abren paso (primero la sirvienta, para preparar el camino a la madre, luego la propia madre), y están para llegar donde Jesús cuando una voz grita:

-¡Mi brazo perdido! ¡Miren! ¡Bendito el Hijo de David, el siempre poderoso y santo nuestro verdadero Mesías!

Se produce un alboroto, porque muchos se vuelven y la muchedumbre, con movimiento como de ondas contrarias en torno a Jesús, se mezcla y entremezcla. Todos quieren saber, ver... Preguntan a un anciano, que agita su brazo derecho como si fuera una bandera y que responde:

-Él se había parado. Yo había logrado agarrar un borde de su manto y taparme con él, y como un fuego y la vida me han recorrido el brazo muerto; miren, el derecho está como el izquierdo, sólo porque me ha tocado su túnica.

Jesús, mientras, pregunta a la mujer:

-¿Qué quieres?

La mujer alarga los brazos con su criatura y dice:

-Ella también tiene derecho a la vida. Es inocente. No ha pedido ser de uno u otro lugar, ni de una u otra sangre. Yo soy la culpable. A mí el castigo, no a ella.

-¿Tienes la esperanza de que la misericordia de Dios sea mayor que la de los hombres?

-Tengo esa esperanza, Señor. Yo creo. Por mí y por mi hija. Tengo la esperanza de que le devuelvas el pensamiento y el movimiento. Dicen que eres la Vida... - y llora.

-Yo Soy la Vida, y quien cree en Mí tendrá la vida del espíritu y de sus miembros. ¡Quiero!

Jesús ha gritado estas palabras con voz fuerte. Ahora baja la mano hacia la niña inmóvil, que se estremece, sonríe y dice una palabra:

-¡Mamá!

-¡Se mueve! ¡Sonríe! ¡Ha hablado! ¡Fabio! ¡Amo!

Las dos mujeres han seguido las fases del milagro y las han proclamado con voz fuerte. Y han llamado al padre, que se abre paso entre la gente y llega donde las mujeres cuando ellas ya están a los pies de Jesús llorando y, mientras la sirvienta dice:

-¡Te había dicho que Él tiene piedad de todos! – la madre dice:

-Y ahora perdóname también mis pecados.

-¿No te muestra el Cielo, con la gracia concedida, que tu error está perdonado? Levántate y anda; en la vida nueva, con tu hija y el hombre que has elegido. Ve. Paz a ti. Y a ti, niñita. Y a ti, israelita fiel. Mucha paz a ti por tu fidelidad a Dios y a la hija de la familia a la que servías y que con tu corazón has mantenido cercana a la Ley. Y paz también a ti, hombre, que te has mostrado más respetuoso hacia el Hijo del hombre que muchos otros de Israel.

Se despiden mientras la gente, dejado el anciano, se interesa por el nuevo milagro realizado en la niñita imposibilitada de movimiento y pensamiento (quizás por una meningitis), que ahora salta feliz diciendo las únicas palabras que sabe, las que quizás sabía cuando enfermó y que ahora halla de nuevo en su mente revivida:

-Padre, mamá, Elisa. ¡El Sol bonito! ¡Las flores!...

(Mateo 20, 29-34; Lucas 18, 35-43; Marco 10, 46-51)

Jesús hace ademán de marcharse. Pero en esto, provenientes del cruce que ya han dejado atrás, llegan, de donde están los asnos que los que han recibido el milagro han dejado plantados, otros dos gritos, quejumbrosos, con la típica modulación hebrea:

-¡Jesús, Señor, Hijo de David, ten piedad de mí!

Y, de nuevo, más fuerte, para superar los gritos de la gente que dice: “¡Callen! Déjenle marcharse al Maestro. El camino es largo y el Sol se alza cada vez más fuerte. Que pueda estar en los montes antes del calor intenso”, gritan:

-¡Jesús, Señor, Hijo de David, ten piedad de mí!

Jesús se para otra vez y dice:

-Vayan por éstos que gritan y tráiganmelos aquí.

Algunas personas solícitas van hacia los ciegos. Llegan donde ellos y dicen:

-Vengan. Tiene compasión de ustedes. Levántense, que quiere concederles lo que piden. Nos ha mandado a llamarlos en su nombre – y tratan de guiar a los dos ciegos por entre la muchedumbre.

Pero, si uno de los dos se deja guiar, el otro, más joven y quizás más creyente, anticipa el deseo de aquéllos y camina solo, tendiendo su bastoncito hacia delante, con la expresión y el gesto propios de los ciegos: la típica sonrisa y el rostro levantado en busca de la luz... Y va tan rápido y seguro, que parece guiarlo su ángel: si no tuviera los ojos blancos, no parecería ciego. Es el primero en llegar a la presencia de Jesús, que lo para y le dice:

-¿Qué quieres que te haga?

-Que vea, Maestro. Haz, Señor, que mis ojos y los de mi compañero se abran.

Ha llegado ya el otro ciego y lo arrodillan junto a su compañero.

Jesús pone las manos en sus caras alzadas y dice:

-Hágase como piden. ¡Váyanse, su fe los ha salvado!

Quita las manos y...dos gritos salen de los labios de los ciegos:

-¡Yo veo, Uriel!

-¡Yo veo, Bartimeo! – y luego, juntos:

-¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el que lo ha enviado! ¡Gloria a Dios! ¡Hosanna al Hijo de David! – y dos rostros se agachan hasta el suelo para besar los pies de Jesús; luego se levantan los dos que eran ciegos, y el que lleva por nombre Uriel dice:

-Voy a presentarme a mis familiares y luego vuelvo para seguirte, Señor.

Bartimeo, no; Bartimeo dice:

-Yo no te dejo. Mando a alguien para que se lo diga. Se alegrarán en todo caso. Pero, separarme de Ti, no. Tú me has dado la vista, yo te consagro la vida; ten piedad del deseo de tu ínfimo siervo.

-Ven y sígueme. La buena voluntad iguala todos los niveles, y sólo es grande el que mejor sabe servir al Señor.

Y Jesús reanuda la marcha entre los gritos de hosanna de la multitud. Bartimeo se une a la gente y, elevando con ella sus alabanzas, va diciendo:

-Había venido buscando un pan y he encontrado al Señor. Era pobre y ahora soy ministro del Rey santo. Gloria al Señor y a su Mesías...

Deben haber hecho un alto a mitad del camino que va de Jericó a Betania; en efecto, cuando llegan a las primeras casas de Betania, el rocío está acabando de evaporarse en las hojas y en las hierbitas de los prados, y el Sol todavía asciende en la bóveda del cielo.

Los agricultores de la zona dejan sus aperos y van sin demora junto a Jesús, que pasa bendiciendo a hombres y árboles (como piden, con insistencia, los agricultores). Y mujeres y niños acuden con las primeras almendras –envueltas todavía en la leve felpa verde-plata de la cáscara –y las últimas flores de los árboles frutales de florecencia más tardía. Pero observo que aquí, en la zona de Jerusalén quizás por la altitud, quizás por los vientos que provienen de las cimas más altas de Judea, o no sé por qué otro motivo (quizás también por una diferencia en el tipo de plantas), muchos son los árboles frutales todavía florecidos en graduaciones blanco-rosadas suspendidas como nubes ligeras por encima del verde de los prados. Palpitan bajo los altos troncos las tiernas hojas de las vides, como grandes mariposas de precioso color esmeralda, mantenidas ligadas por un hilo a los ásperos sarmientos.

Mientras Jesús está parado en la fuente –que es donde el campo se transforma ya en ciudad- y recibe el respetuoso saludo de casi toda Betania, vienen Lázaro y sus hermanas, y se postran ante su Señor. Y aunque haga poco más de dos días que María Magdalena ha dejado a su Maestro, tan incansablemente besa sus pies calzados con las polvorientas sandalias, que parece que hiciera siglos que no lo veía.

–Ven, Señor mío. La casa te espera para alegrarse de tu presencia – dice Lázaro poniéndose al lado de Jesús mientras caminan, lentamente, al ritmo consentido por la gente que se arremolina en torno, y por los niños que se agarran a las vestiduras de Jesús y caminan delante de Él, vueltos hacia Él, con la cara alzada, de forma que tropiezan y hacen tropezar, tanto que primero Jesús y luego Lázaro y los apóstoles suben en brazos a los más pequeños para poder andar más ligeros.

En un lugar donde una callecita conduce a la casa de Simón Zelote están María Santísima y su cuñada María de Alfeo, y Salomé y Susana. Jesús se detiene para saludar a su Madre y luego prosigue hasta el gran portón, abierto de par en par, donde están Maximino, Sara y Marcela, y, detrás de ellos, los numerosos siervos de la casa, empezando por los domésticos y terminando por los de los campos. Todos ordenados, alegres; con una alegría inquieta que se manifiesta impetuosa en exclamaciones de hosanna y agitando gorros y velos, y arrojando flores y ramas de arrayán y laurel, de rosas y jazmines, que resplandecen bajo el Sol con sus pomposas corolas o se esparcen como cándidas estrellas sobre el color pardo de la tierra. Un olor de flores deshojadas y de hojas aromáticas pisadas sube del suelo calentado por el Sol. Jesús pasa por esa alfombra de fragancias.

María de Magdala, que, mirando al suelo, lo sigue, se agacha a cada paso – parece una espigadora siguiendo al que va atando las gavillas – recogiendo ramas y corolas, y también pétalos deshojados, pisados por los pies de Jesús.

Maximino, para poder cerrar el portón y dar sosiego a los huéspedes, ordena que den a los niños unos dulces que ya están preparados (práctica manera de distraer del Señor a los niños y de poder hacer que se marchen sin suscitar coros de llantos). Y los criados realizan esto sacando a la calle canastos colmados de galletitas que tienen encima una almendra blanco-parda. Y mientras los niños se amontonan allí, otros servidores echan hacia atrás a los adultos, entre los cuales están todavía Zaqueo y los cuatro: (Joel, Judas, Eliel y Elcaná) con otros que no sé quiénes son porque están del todo tapados, incluso por protegerse del sol ya fuerte y del polvo que un viento más bien vigoroso levanta.

Pero Jesús, ya muy adelante, se vuelve y dice:

–¡Esperen! Tengo que decir algo a alguien.

Se dirige a los hermanos de Juana, los toma aparte y les dice:

–Por favor, vayan donde Juana y díganle que venga con todas las mujeres que están en su casa y con Analía, la discípula de Ofel. Que venga mañana, porque con el ocaso de mañana empieza el sábado y quiero pasarlo en paz con los amigos de Betania.

–Se lo diremos, Señor. Juana vendrá.

Jesús se despide de ellos. Luego pasa a Joel:

–Dirás a José y a Nicodemo que he venido y que al día siguiente del sábado entraré en la ciudad.

–¡Oh! ¡Ten cuidado, Señor! – dice afligido el escriba, que es bueno.

–Márchate, y sé fuerte. No debe tener miedo quien sigue la justicia y cree en mi verdad. Al contrario, debe sentirse gozoso porque ha llegado el cumplimiento de la antigua Promesa.

–¡Huiré de Jerusalén, Señor! Ya ves que soy un hombre de débil constitución; Tú lo sabes; y se burlan de mí por esto. Yo no podría ver esos... esas...

–Tu ángel te guiará. Ve en paz.

–¿Te... te volveré a ver, Señor?

-Claro que me volverás a ver. De todas formas, hasta que me veas, piensa que tu amor me ha producido mucha alegría en las horas del dolor.

Joel toma la mano que Jesús le había puesto en el hombro y la aprieta contra sus labios; a través del sutil velo que cubre su cabeza, besos y lágrimas van a la mano de Jesús. Luego se aleja. Jesús entonces se acerca a Zaqueo:

-¿Dónde están los tuyos?

-Se han quedado en la fuente, Señor. Les he dicho que esperen allí.

-Vuelve y ve con ellos a Betfagé, donde están mis discípulos más antiguos y fieles. Dile a Isaac, que es su jefe, que se distribuyan por la ciudad para avisar a todos los grupos de los discípulos, porque en la mañana del día siguiente del sábado, hacia la hora tercera (9 am), pasando por Betfagé, entraré en Jerusalén y subiré solemnemente al Templo. Le dirás a Isaac que este aviso es sólo para los discípulos. Isaac comprenderá lo que quiero decir.

-También yo lo comprendo, Maestro. Quieres sorprender a los judíos para que no puedan obstaculizar tu entrada.

-Así. Haz esto. Recuerda que te estoy dando un encargo de confianza. Me sirvo de ti y no de Lázaro.

-Esto me dice que tu bondad hacia mí no tiene medida. Gracias, Señor.

Besa la mano al Maestro y se marcha.

Jesús va a volver ya con sus huéspedes. Pero, en ese momento, un joven se separa del portón donde las últimas personas, rechazadas por los criados, están saliendo, y corre a echarse a los pies de Jesús. Grita:

-¡Una bendición, Maestro! ¿Me reconoces? – dice levantando la cara, libre de todo velo.

-Sí. Eres José, llamado Bernabé, el discípulo de Gamaliel que salió a mi encuentro cerca de Yiscala.

-Y que te sigue desde hace muchos días. Estaba en Silo. Llegué allí de Yiscala, adonde había ido con el rabí en el tiempo de tu ausencia. En Yiscala había estado estudiando hasta la Luna de Nisán (Abril). Estaba en Silo cuando hablaste, y te seguí a Lebona y a Siquem; luego te esperé en Jericó porque había sabido que Tú...

De repente se calla, como si se hubiera dado cuenta de que estaba diciendo algo de lo que debería guardar silencio.

Jesús sonríe mansamente y dice:

-La verdad brota impetuosa de los labios veraces, y muchas veces superan los diques que la prudencia pone delante de las bocas. Pero voy a terminar Yo tu pensamiento... “porque habías sabido por Judas de Keriot, que se había quedado en Siquem, que Yo iba a Jericó para reunirme con mis discípulos y darles mis indicaciones”. Y fuiste allí para esperarme, sin preocuparte de ser visto, de perder tiempo y de faltar al lado de tu maestro Gamaliel.

-Él no me reprenderá cuando sepa que me he retrasado por seguirte. Le llevaré como regalo tus palabras...

-El rabí Gamaliel no tiene necesidad de palabras. ¡Es el rabí sabio de Israel!

-Sí. Ningún otro rabí puede enseñarle nada de lo antiguo, nada, porque de lo antiguo sabe todo. Pero Tú sí, porque tienes palabras nuevas, llenas de la fresca vida de lo nuevo. Tu palabra es como savia de primavera. Es el rabí Gamaliel el que dice esto, y dice también que la sabiduría cubierta por el polvo de los siglos, y, por tanto, desecada y opaca, adquiere nueva vida y luz cuando tu palabra la explica. ¡Le llevaré tus palabras!

-Y mi saludo. Dile que abra su corazón, su intelecto, su vista, su oído; y su pregunta de hace ya más de dos decenios recibirá respuesta. Ve, que Dios esté contigo.

El joven se encorva de nuevo para besar los pies del Maestro y se marcha.

Los criados, definitivamente, pueden cerrar el portón. Jesús puede reunirse con sus amigos.

-Me he permitido invitar aquí, para mañana, a las discípulas – dice Jesús, acercándose a Lázaro y poniéndole un brazo en los hombros.

-Has hecho bien, Señor. Tú sabes que mi casa es la tuya. Tu Madre ha preferido residir en la casa de Simón, y he respetado su deseo; pero espero que Tú estés bajo mi techo.

-Sí. Aunque... es techo tuyo también la otra casa. Uno de tus primeros actos de generosidad hacia Mí y hacia mis amigos. ¡Cuántos actos de generosidad has tenido Conmigo, amigo mío!

-Y espero poder tenerlos todavía durante mucho tiempo. Aunque, Maestro sabio, esta palabra es incorrecta. No soy yo generoso Contigo. Eres Tú el que eres generoso conmigo. Yo soy el deudor. Y si ante los tesoros que me has dado deposito una moneda para Ti, ¿qué será esa mísera ofrenda mía comparada con tus tesoros? “Den y se les dará” dijiste. “Les será vertida en su regazo una medida generosa y colmada, y tendrán el céntuplo de lo que dieron”, dices. Yo he recibido el céntuplo del céntuplo ya desde cuando todavía no te había dado nada. ¡Ah, recuerdo nuestro primer encuentro! Tú, Señor y Dios al que no son dignos de acercarse los serafines, viniste a mí, que estaba solo y afligido... encerrado dentro de estas paredes, dentro de mis tristezas; viniste a ese hombre que era

Lázaro, un hombre al que todos evitaban, si exceptúo a José y Nicodemo y a mi fiel amigo Simón, que desde su tumba de vivo no dejaba de quererme... No quisiste que mi alegría de verte quedara turbada por las salpicaduras corrosivas del desprecio del mundo... ¡Ah, nuestro primer encuentro. Podría repetirte todas tus palabras de entonces... ¿Qué te había dado, entonces, si nunca te había visto, para recibir de Ti inmediatamente el céntuplo de cien?

-Tus oraciones al Altísimo, nuestro Padre. Nuestro, Lázaro. Mío. Tuyo. Mío como Verbo y como Hombre. Tuyo como hombre. ¿Cuándo orabas con tanta fe, no me estabas dando ya todo tu ser? Tú mismo puedes ver que te di el céntuplo, como es justo, de lo que tú me dabas.

-Tu bondad es infinita, Maestro y Señor. Premias anticipadamente, y con divina generosidad, a los que tu pensamiento conoce como siervos tuyos, aun antes de que ellos sepan que lo son.

-Amigos míos, no siervos. Porque, en verdad, los que hacen la voluntad del Padre mío y siguen a la Verdad que ha sido enviada por Él son mis amigos, no ya mis siervos. Más todavía: son mis hermanos, siendo así que Yo soy el primero en hacer la voluntad del Padre. Así pues, el que hace lo que Yo hago es mi amigo porque solamente el amigo hace espontáneamente lo que hace su amigo.

-Que así sea siempre entre Tú y yo, Señor. ¿Cuándo vas a la ciudad?

-Después del sábado. Al día siguiente por la mañana.

-Iré yo también.

-No, no vendrás Conmigo. Ya te diré Yo. Tengo otras cosas que pedirte...

-Sigo tus órdenes, Maestro. Yo también tengo que hablar Contigo...

-Hablaremos.

-¿Prefieres que el sábado lo pasemos nosotros solos o puedo invitar a amigos comunes?

-Te pediría que no. Deseo vivamente pasar estas horas en su amistad prudente y pacífica, sólo la de ustedes, sin forzamientos de pensamientos ni de formas; pasarlas en la dulce libertad de quien está rodeado de amigos tan queridos, que se siente entre ellos como en su propia casa.

-Como quieras, Señor. Es más... yo deseaba esto, pero me parecía egoísmo hacia mis amigos, todos inferiores en amistad con respecto a Ti, Amigo único, pero, de todas formas, queridos. Pero si lo quieres así... Quizás estás cansado, Señor; o pensativo...

Lázaro pregunta más con la mirada que con las palabras a su Amigo y Maestro, que le responde solamente con la luz de sus ojos, un poco tristes, un poco absortos, y con la parca sonrisa de su boca. Se han quedado solos junto al pilón que canta con su chorrillo... Los otros, todos, han entrado en casa, donde se oye sonido de voces y de vajilla...

María Magdalena, dos o tres veces, asoma su cabeza rubia por la puerta, por la puerta tapada con una tupida cortina que ondea levemente con el viento, con el viento que aumenta mientras el cielo se va cubriendo de nubes deshilachadas cada vez más oscuras.

Lázaro alza la cabeza para examinar el cielo y dice:

-Quizás tengamos tormenta. Servirá para abrir las yemas rebeldes, que este año se resisten mucho... Quizás han sido las inclemencias tardías las que han retardado los vástagos. También mis almendros han sufrido, y mucho fruto se ha perdido. Me decía José que un huerto suyo que está fuera de la Judicaria parece este año completamente estéril: los árboles retienen las yemas, como bajo el influjo de algún sortilegio; tanto que se duda si dejarlos o venderlos como leña. Nada. Ni una flor. Como estaban en Tébet (*Enero, invierno*) siguen hasta ahora. Cabecitas de yemas, duras, cerradas, que no se hinchan nunca. Es verdad que el viento del Norte sopla fuerte en ese lugar, y que ha habido mucho viento este invierno. También los frutos del huerto que tengo más allá del Cedrón han sufrido daños. Pero el fenómeno del huerto de José es tan extraño, que muchos van a ver ese lugar que no quiere despertarse en primavera.

Jesús sonríe...

-¿Sonríes? ¿Por qué?

-Por el infantilismo de esos niños eternos que son los hombres. Todo lo que tiene apariencia extraña los hechiza... Pero el huerto florecerá. En su debido momento.

-Ya ha pasado el debido momento, Señor. ¿Cuándo ha sucedido que en la Luna de Nisán (*Abril*) un grupo numeroso de árboles de un mismo lugar no haya dado muestras de floración? ¿A qué tiempo tiene que esperar ese lugar para que sea el debido momento?

-Al tiempo de dar gloria a Dios floreciendo.

-¡Ah, comprendo! ¡Irás allí a bendecir el lugar, por amor a José; y los árboles florecerán, dando así nueva gloria a Dios y a su Mesías con un nuevo milagro! ¡Así es! Tú vas allí. Si veo a José, ¿se lo puedo decir?

-Si crees que se lo debes decir... Sí, iré allí...

-¿Qué día, Señor? Quisiera estar yo también.

-¿También tú eres un eterno niño?

Jesús sonríe más vivamente, moviendo la cabeza manso y sencillo ante la curiosidad de su amigo, que exclama:

-¡Me siento feliz de haberte alegrado, Señor! Vuelvo a ver tu cara con esa sonrisa luminosa que hacía tiempo que no se te veía. ¿Entonces... voy?

-No, Lázaro. Para la Parasceve me serás necesario aquí.

-¡Pero en la Parasceve uno se ocupa sólo de la Pascua! Tú... Maestro, ¿por qué quieres hacer algo que te será censurado? Ve allá otro día...

-Me veré obligado a ir justo en la Parasceve. Pero no seré Yo el único que haga cosas que no sean preparación para la Pascua antigua; también los más rigurosos de Israel: un Elquías, un Doras, un Simón, y Sadoq e Ismael, y hasta Caifás y Anás harán cosas completamente nuevas...

-¿Se está volviendo loco Israel?!

-Tú lo has dicho.

-Pero Tú... ¡Ah, está lloviendo! Vamos a la casa, Maestro... Yo... estoy preocupado... ¿No me vas a explicar...?

-Sí. Antes de dejarte te diré... Mira, aquí viene con una tela gruesa tu hermana, que teme el agua por nosotros... ¡Marta, tú siempre previsora y activa! Pero no es mucha lluvia.

-¡Mi querida hermana! ¡Mis queridas hermanas! Porque ahora son las dos como dos tiernas niñas que ignoran cualquier tipo de malicia. Tanto María como Marta. Y cuando, anteayer, vino de Jericó María, parecía – cayéndole por los hombros las trenzas, porque había vendido sus horquillas para comprar unas sandalias a un niño y las horquillas delgadas de hierro eran insuficientes para sujetar sus cabellos – parecía verdaderamente una niña. Se rió y, al bajar del carro, me dijo: “Hermano mío, ahora sé lo que es tener que vender para comprar, y lo difíciles que son para el pobre hasta las cosas más simples, como es sujetarse el pelo con horquillas de veinte por un didracma. Lo recordaré para ser todavía más misericordiosa en el futuro para con los pobres”. ¡Cómo la has cambiado, Señor!

La mujer de que hablan mientras ponen pie en la casa está ya preparada con ánforas y tiestos para servir a su Señor. No cede a nadie el honor de servirle, y no se siente satisfecha hasta que no ha proporcionado todo alivio a los miembros y vísceras de su Maestro. Y hasta que no le ve irse con sandalias frescas a la habitación que le han reservado, donde lo espera su Madre con una fresca túnica de lino todavía fragante de Sol...

582

La víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Ofrenda extrema por la salvación de Judas Iscariote.

-Pueden marcharse, si lo estiman oportuno, donde quieran. Yo me quedo aquí con Judas y Santiago. Tienen que venir las discípulas – dice Jesús a sus apóstoles, que están reunidos en torno a Él bajo el pórtico de la casa. Y añade:

-Pero estén aquí antes de la puesta del Sol. Y sean prudentes. Traten de pasar desapercibidos para evitar represalias contra ustedes.

-¡Yo no! ¡Yo me quedo! ¿Qué tengo que hacer en Jerusalén? – dice Pedro.

-Yo sí que voy. Mi padre seguro que me espera. Quiere ofrecer el vino. Es una antigua promesa, antigua pero mantenida como siempre, y es que mi padre es un hombre honesto. ¡Van a ver qué vino en el banquete pascual! ¡Los viñedos de mi padre en Ramá! ¡Célebres en la comarca! – dice Tomás.

-También éstos de Lázaro son vinos extraordinarios. Se me ha quedado grabado el banquete de las Encenias... - dice involuntariamente goloso, Mateo.

-Pues entonces mañana más que nunca se te refrescará el recuerdo, porque creo que para mañana Lázaro va a disponer una gran cena. ¡He visto unos preparativos!...! – dice Santiago de Zebedeo.

-¿Sí? Vendrán también otros? – pregunta Andrés.

-No. Se lo he preguntado a Maximino y me ha contestado que no.

-¡Ah, porque en el caso contrario me pondría la túnica nueva que me ha mandado mi mujer! – dice Felipe.

-Yo me la pondré. Quería hacerlo para Pascua, pero me la voy a poner mañana. Sin duda, estaremos más tranquilos aquí mañana que no dentro de unos días... - dice Bartolomé, e interrumpe sus palabras pensando.

-Yo me visto con ropa nueva para la entrada en la ciudad. ¿Y Tú, Maestro? – pregunta Juan.

-Yo también. Me pondré la túnica teñida de púrpura.

-¡Parecerás un rey! – dice admirado el Predilecto, que ya lo ve, con el pensamiento, vestido con esa túnica espléndida...

-¡Sí, pero si no hubiera sido por mí! Esa púrpura la he procurado yo, hace años... - se jacta el Iscariote.

-¿De verdad? No, no lo habíamos pensado... El Maestro es siempre tan humilde...

-Demasiado. Ahora es el momento de que sea rey. ¡Basta de esperar! Si no es rey de tronos, al menos que, por su dignidad, tenga vestiduras acordes con su grado. Yo estoy en todo.

-Tienes razón, Judas. Tú tienes conocimiento del mundo. Nosotros... somos unos pobres pescadores... - dicen humildemente los del lago... Y, como siempre sucede a la luz del mundo, la falsa, crepuscular luz del mundo, la aleación de baja ley del metal de Judas parece metal más noble que el tosco pero puro, sincero, honesto oro de los corazones galileos...

Jesús, que estaba hablando con el Zelote y los hijos de Alfeo, se vuelve y mira a Judas Iscariote, y también a estos hombres honestos, tan humildes y apesadumbrados por estar tan... poco dotados respecto a Judas... y mueve la cabeza sin decir nada. Pero, al ver a éste atándose los cordones de las sandalias y colocándose el manto en actitud de ponerse en camino, le dice:

-¿A dónde vas?

-A la ciudad.

-He dicho que te retengo aquí con Santiago...

-¡Ah! Pensaba que te referías a Judas tu hermano... Entonces... yo... soy como un prisionero... ¡Ja! ¡Ja! - se ríe con mala compostura.

-Betania no tiene cadenas ni rejas; al menos, eso creo. Tiene sólo el deseo de tu Maestro, y yo estaría muy contento de estar prisionero de su deseo - observa el Zelote.

-¡Claro! Yo estaba de broma... Es que... quisiera tener noticias de mi madre. Seguro que han llegado a Jerusalén peregrinos de Keriot y...

-No. Dentro de dos días estaremos todos en Jerusalén. Ahora tú te quedas aquí - dice autoritario Jesús.

Judas no insiste. Se quita el manto diciendo:

-¿Y entonces? ¿Quién va a la ciudad? Sería conveniente saber también cómo están los ánimos... Lo que hacen los discípulos... Quería también informarme a través de los amigos... Se lo había prometido a Pedro...

-No importa. Te quedas. No es necesario nada de eso que dices. No es estrictamente necesario...

-Pero si va Tomás...

-Maestro, también yo quisiera ir. Porque también lo he prometido. Tengo amigos en casa de Anás y... - dice Juan.

-¿Iráis allí, hijo mío? ¿Y si te detienen? - pregunta Salomé, que se ha acercado.

-¿Si me detienen? ¿Qué he hecho de malo? Nada. Por tanto, no debo temer al Señor. Por eso, aunque me detengan, no me echaré a temblar.

-¡Oh, el leoncito arrogante! ¿No te vas a echar a temblar? ¿Pero no sabes cómo nos odian? Detenernos significa la muerte, ¿eh? - dice Judas Iscariote queriendo amedrentar.

-¿Y tú, entonces, por qué quieres ir? ¿Es que tú tienes la inmunidad? ¿Qué has hecho para tenerla? Dímelo y yo también lo haré.

Judas reacciona con un gesto de miedo y rabia; pero el rostro de Juan es tan nítido, que el traidor se calma. Comprende que no hay asechanzas ni sospechas en esas palabras y dice:

-Nada he hecho. Lo que sucede es que tengo algunos amigos buenos que están cerca del Procónsul, por eso...

-¡Bien! El que quiera venir que venga, dado que ya no llueve. Aquí perdemos el tiempo y quizás para la hora sexta (*mediodía*) vuelva la lluvia. El que quiera venir que no se demore - exhorta Tomás.

-¿Voy, Maestro? - pregunta Juan.

-Ve.

-¡Claro! ¡Siempre así! Él sí. Los otros sí. Yo no. ¡Siempre no!

-Trataré de tener noticias de tu madre - dice Juan para calmarlo.

-Y también yo. Voy contigo y con Tomás - dice el Zelote, y añade - Mi edad frenará a los jóvenes, Maestro. Y conozco bien a los de Keriot. Si veo a alguno me acerco a él. Te traeré noticias de tu madre, Judas. ¡Sé bueno! ¡Estáte tranquilo! Es la Pascua, Judas. Todos sentimos la paz de esta fiesta, la alegría de esta solemnidad. ¿Por qué quieres ser tú sólo el que esté siempre tan inquieto, tan sombrío y descontento, sin paz? Pascua es paso de Dios... Pascua es para nosotros los hebreos fiesta de liberación de un duro yugo. Nos liberó de él Dios Altísimo. Ahora, no pudiendo repetir el antiguo acontecimiento, permanece su símbolo individual... Pascua: liberación de los corazones, purificación, bautismo puedes decir, con la sangre del cordero, para que las fuerzas enemigas no causen el mal al que lleve su señal. ¡Qué hermoso empezar el nuevo año con esta fiesta de purificación, de liberación, de adoración a Dios Salvador nuestro!...

¡Oh, perdona, Maestro! He hablado cuando en realidad habría debido guardar silencio porque estás Tú para corregir nuestros corazones...

-Eso es lo que estaba pensando yo, Simón. Justo eso: que ahora tengo dos maestros en vez de uno. Y me parecían demasiados – dice enojado Judas Iscariote.

Pedro... ¡ah, Pedro esta vez no se puede contener! Y reacciona:

-Y, si no te callas pronto, vas a tener un tercero, que voy a ser yo. Y te juro que voy a tener argumentos más persuasivos que las palabras.

-¿Levantarías la mano contra un compañero? ¿Después de tanto esfuerzo por sujetar en el fondo al viejo galileo, aflora de nuevo tu verdadera naturaleza?

-No aflora de nuevo. Siempre ha estado clara en la superficie. No uso fingimientos. Lo que sucede es que para los burros salvajes, como tú, para domarlos, sólo hay un argumento: los azotes. ¡Deberías avergonzarte de abusar de su bondad y de nuestra paciencia! ¡Ven, Simón! ¡Ven, Juan! Ven, Tomás. Adiós, Maestro. Me voy yo también porque si me quedo... no, ¡viva Dios que ya no me contengo! – y Pedro agarra su manto, que estaba encima de un asiento, y se lo pone a toda prisa; tan inquieto, que no ve que se lo ha puesto al revés, abajo la parte de arriba, de forma que debe advertirle Juan del error, y ayudarlo a vestirse bien. Y se marcha a toda prisa, pegando un fuerte golpe con el pie en el suelo para descargar así un poco su ira: parece un torito encabritado.

¿Y los otros?... Los otros parecen libros abiertos en que se puede leer lo que tienen escrito. Bartolomé levanta su afilado rostro de anciano hacia el cielo todavía tormentoso y parece estudiar los vientos para no tener que estudiar los rostros: demasiado apenado el de Cristo, demasiado perverso el de Judas Iscariote. Mateo y Felipe miran a Judas Tadeo, que tiene fosforescencia de ira en sus ojos, tan parecidos a los de Jesús, y toman la misma decisión: lo ponen en medio de ellos y le incitan a salir, hacia el paseo interior que lleva a la casa de Simón, diciendo:

-Tu madre nos necesitaba para aquel trabajo. Ven también tú, Santiago de Zebedeo – y se llevan consigo también al hijo de Salomé.

Andrés mira a Santiago de Alfeo, y Santiago lo mira a él: dos caras que reflejan el mismo, contenido sufrimiento, y que no sabiendo qué decir, se cogen de la mano, como dos niños, y se alejan tristes.

Salomé es la única discípula presente, y no se atreve ni a moverse ni a hablar, pero tampoco sabe decidirse a marcharse, como si con su presencia quisiera frenar otras palabras del indigno apóstol. Por suerte no está presente ninguno de la familia de Lázaro. Está ausente también María Santísima.

Judas se ve solo con Jesús y Salomé. No quiere estar con ellos y les vuelve la espalda para alejarse hacia el cenador (*espacio cercado y adornado con plantas trepadoras y flores*) de jazmines. Jesús lo mira mientras se marcha. Lo vigila. Ve que, después de haber fingido que se sentaba en el cenador Judas desaparece a hurtadillas por la parte de atrás y se adentra entre los setos de rosas, laureles y bojales, que separan al verdadero jardín de los cuadros de las especias, en el lugar donde están las colmenas. Por ahí se puede salir por una de las puertas secundarias abiertas en las paredes del vasto jardín, un verdadero parque que por dos lados termina en setos altísimos, dobles como una avenida, abiertos por cancelas, acá o allá, para poner en comunicación al jardín con los prados, campos, árboles frutales y olivares, y también con la casa de Simón, y que prolongan el jardín en las tierras, teniendo a éstas y a aquél unidos y separados al mismo tiempo; y, por los otros dos, tiene gruesas paredes que se abren a dos caminos, uno secundario y otro principal, en que desemboca el secundario, que, cortando a Betania, prosigue hacia Belén. Los ojos de Jesús, que se alza cuanto puede y se mueve cuanto necesita para ver lo que hace Judas Iscariote, echan llamas.

María Salomé los ve e intuye – aunque por su estatura poco alta no pueda ver- intuye lo que sucede hacia el extremo del parque, y susurra:

-¡Misericordia de nosotros, Señor!

Jesús oye ese suspiro y se vuelve un instante para mirar a esta buena, sencilla discípula, que puede haber tenido un pensamiento de soberbia materna al pedir el lugar de honor para sus hijos, pero que, al menos, podía hacerlo porque ellos son buenos apóstoles. A esta discípula que aceptó humildemente la corrección del Maestro sin ofenderse, sin alejarse de Él; es más, que se hizo más humilde, más servicial respecto al Maestro, al que sigue como una sombra (basta con que pueda hacerlo); cuyas más pequeñas expresiones estudia para poder, si puede, adelantarse a sus deseos y darle alegría. Y también ahora la buena y humilde Salomé trata de consolar al Maestro, de aplacar la sospecha que le hace sufrir, diciendo:

-¿Ves? No se marcha lejos. Ha dejado ahí su manto y no lo ha recogido. Irá por los prados a descargar su estado de ánimo... Nunca iría Judas a la ciudad sin estar perfectamente arreglado...

-Hasta desnudo iría, si quisiera ir. Y así es... ¡Mira! ¡Ven aquí!

-¡Está tratando de abrir la cancela! ¡Pero está cerrada! ¡Está llamando a un criado de las colmenas!

Jesús grita fuerte:

-¡Judas! ¡Espérame! Tengo que hablar contigo – y quiere ponerse en camino.

-¡Por el amor de Dios, Señor! Voy a llamar a Lázaro... a tu Madre... ¡No vayas solo!

Jesús, aun caminando rápido, se vuelve un poco y dice:

-Te ordeno que no lo hagas. Al contrario: guarda silencio con todos. Si preguntan por Mí, di que he salido con Judas. Si vienen las discípulas, que esperen. Vuelvo pronto.

Salomé no reacciona, como tampoco lo hace Judas Iscariote. Ella junto a la casa y él junto a la cerca, se quedan en el sitio donde la voluntad de Jesús los ha detenido. Y lo miran; ella, mientras se aleja; él, mientras se acerca.

-Abre la puerta, Jonás. Salgo un poco con mi discípulo. Si te quedas por aquí, no hace falta que la cierres cuando salgamos. Vuelvo pronto – dice con bondad al criado agricultor, que se había quedado sin saber cómo reaccionar, con la voluminosa llave en la mano. La puertecita, de hierro pesado, chirría al abrirse, de la misma forma que rechina la llave para mover el dispositivo.

-Una puerta que se abre raras veces – dice el criado sonriendo- ¡Claro, te has oxidado! Cuando uno está ocioso se deteriora... La herrumbre, el polvo, los maldadosos... A nosotros nos pasa lo mismo... ¡Si no trabajamos continuamente nuestra alma!

-¡Muy bien, Jonás! Has tenido un pensamiento sabio. Muchos rabíes te lo envidiarían.

-Son mis abejas las que me lo sugieren... y tus palabras. Verdaderamente son tus palabras. Pero luego también las abejas me las hacen comprender. Porque nada carece de voz, si se sabe oír. Y yo digo que si ellas, que son abejas, obedecen la orden del que las ha creado, y son animalitos que no sé dónde pueden tener cerebro y corazón, yo, que tengo corazón, cerebro y espíritu, y que oigo al Maestro, también deberé saber hacer lo que hacen ellas, y trabajar continuamente, hacer siempre lo que el Maestro dice que hay que hacer, y poner así hermoso mi espíritu, esplendoroso, sin herrumbre ni polvo, ni barro, y sin pajas, que hayan metido en las cerraduras los enemigos infernales, ni piedras ni otras asechanzas.

-Es exactamente como dices. Imita a tus abejas y tu alma será una rica colmena llena de preciosas virtudes, y Dios descenderá a recrearse en ellas. Adiós, Jonás. La paz sea contigo.

Pone la mano en la cabeza entrecana del criado, que está frente a Él inclinado, y sale al camino en dirección hacia los prados de trébol rojo, prados hermosos como alfombras tupidas y gruesas, de color verde y carmesí, donde las abejas, volando de flor en flor, introducen reflejos y zumbidos. Cuando están suficientemente lejos de la cerca como para no ser oídos por nadie que estuviera en el jardín de Lázaro, Jesús dice:

-¿Has oído a ese criado? Es un labriego. Ya es mucho si sabe leer alguna palabra... Y, no obstante...lo que ha dicho habría podido salir de mis labios sin que mis palabras de Maestro parecieran necias. Ese hombre siente que hay que velar para que el espíritu no se vea corrompido por sus enemigos... Yo... por esos enemigos te retengo a mi lado, ¡y tú me odias por esto! Quiero defenderte de ellos y de ti mismo, y tú me odias. Te ofrezco el medio para salvarte –puedes hacerlo todavía - y tú me odias. Te lo digo una vez más: vete, Judas; vete lejos. No entres en Jerusalén. Estás enfermo. No es mentir decir que estás tan enfermo, que no puedes participar en la Pascua. Harás la Pascua suplementaria. La Ley permite hacer la Pascua suplementaria cuando una enfermedad u otra grave razón impiden hacer la Pascua solemne. Le pediré a Lázaro – es un amigo prudente y no preguntará nada – que te lleve hoy mismo al otro lado del Jordán.

-No. Te he dicho muchas veces que me echaras. No has querido. Ahora soy yo el que no quiere.

-¿No quieres? ¿No quieres salvarte? ¿No tienes piedad de ti mismo? ¿No tienes piedad de tu madre?

-Deberías decirme: “¿No tienes piedad de Mí?” Serías más sincero.

-Judas, infeliz amigo mío, no te ruego por Mí. Por ti, por ti te ruego. ¡Mira! Estamos solos. Tú sabes quién soy Yo, Yo sé quién eres tú. Es el último momento de gracia que aún se nos concede para impedir tu ruina... ¡Oh, no te rías tan satánicamente, amigo mío! No te burles de Mí como si estuviera loco porque digo: “tu ruina” y no la Mía. Lo Mío no es ruina; lo tuyo, sí... Estamos solos, Yo y tú, y sobre nosotros está Dios... Dios que no te odia todavía, Dios que asiste a esta lucha suprema entre el Bien y el Mal que se disputan tu alma. Sobre nosotros está el Empíreo (*Cielo*), observándonos, ese Empíreo que pronto se llenará de santos, que ya, en su lugar de espera, sienten la emoción porque presienten la Alegría... Judas, entre ellos está tu padre...

-Era un pecador. No está.

-Era un pecador, pero no un réprobo. Por eso la alegría se acerca también a él. ¿Por qué quieres causarle un dolor en medio de su alegría?

-Está al margen del dolor. Está muerto.

-No. No está al margen del dolor de verte a ti culpable, a ti... ¡oh, no me arranques esa palabra!...

-Sí, hombre, sí, dila! ¡Yo hace meses que me la digo a mí mismo! Réprobo. Lo sé. Ya nada puede ser cambiado.

-¡Todo! Judas, Yo lloro. ¿Quieres, pues, hacer brotar tú las extremas lágrimas del Hombre?... Judas, te lo ruego. Piensa, amigo: el Cielo asiente a mi oración; tú, tú... ¿me dejarás orar en vano? Piensa

que delante de ti, orando, tienes al Mesías de Israel, al Hijo del Padre... ¡Judas, escúchame!... ¡Detente mientras puedes!...

-¡No!

Jesús se tapa la cara con las manos y se deja caer en el límite del prado. Lloro sin clamor, pero llora mucho. Sus hombros se estremecen con los profundos sollozos...

Judas lo mira, ahí, a sus pies, destrozado, llorando... y por el deseo de salvarlo... y siente un momento de piedad. Dice, dejando el tono duro, de verdadero demonio, que tenía antes:

-No puedo irme... He dado mi palabra...

Jesús alza su cara llena de aflicción. Le interrumpe:

-¿A quién? ¿A quién? ¡A unos pobres hombres! ¿Y de ellos, de aparecer sin honor ante ellos, te preocupas? ¿Y no me habías dado a Mí tu propio ser hace tres años? ¿Y piensas en los comentarios de un puñado de malhechores y no en el juicio de Dios? ¡Oh! ¿Qué debo hacer, Padre, para resucitar en él la voluntad de no pecar?

Baja de nuevo su cabeza, abatido deshecho... Parece ya el sufriente Jesús de la agonía del Getsemaní. Judas siente piedad y dice:

-Me quedo. ¡No sufras de ese modo! Me quedo... ¡Ayúdame a quedarme! ¡Defiéndeme!

-¡Siempre! ¡Siempre! Basta con que tú lo quieras. Ven. No hay culpa de la que no sienta conmiseración y no perdone. Di “quiero” y te habré redimido...

Jesús se ha levantado y tiene a Judas abrazado.

El llanto de Jesús-Dios cae entre los cabellos de Judas, pero la boca de Judas permanece cerrada. No dice la palabra requerida. No dice ni siquiera “perdón” cuando Jesús le susurra entre sus cabellos:

-¡Mira sí te quiero! ¡Habría debido reprenderte! Te beso. Tendría derecho a decirte: “Pide perdón a tu Dios” y te pido sólo que tengas el deseo del perdón. ¡Estás tan enfermo...! No se puede pedir mucho a uno que está muy enfermo. A todos los pecadores que han venido a Mí les he pedido el absoluto arrepentimiento para poder perdonarlos. A ti, amigo Mío, te pido sólo el deseo de arrepentirte; después... corre de mi cuenta.

Judas calla... Jesús lo suelta. Dice:

-Quédate aquí al menos hasta el día siguiente del sábado.

-Me quedaré... Vamos a volver a casa. Notarán nuestra ausencia. Quizás te esperan las mujeres. Son mejores que yo y no debes descuidarlas por mí.

-¿No recuerdas la parábola de la oveja perdida? Tú eres esa oveja... Ellas, las discípulas, son las ovejas buenas que están dentro del aprisco. No corren peligro, aunque busque tu alma durante todo el día para llevarla de nuevo al redil...

-¡Bien, de acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Vuelvo al redil! Me voy a encerrar en la biblioteca de Lázaro, a leer. No quiero que me molesten, no quiero ver ni saber nada. Así... no sospecharás siempre de mí. Y si refieren al Sanedrín alguna cosa de lo que aquí sucede, tendrás que buscar las serpientes entre tus predilectos. ¡Adiós! Entro por la puerta principal. No temas. No voy a escaparme. Puedes ir a comprobarlo cuando quieras – y, volviéndole la espalda, se va con largos pasos.

Jesús, altura blanca vestida de lino en el límite del prado verde-rojo, alza los brazos al cielo sereno y alza su afligidísimo rostro y alza su alma al Padre suyo gimiendo:

-¡Oh, Padre mío! ¿Podrás recriminarme el haber dejado de hacer algo que pudiera salvarlo? Tú sabes que es por su alma y no por mi vida por la que lucho por impedir su delito... ¡Padre! ¡Padre mío! ¡Te lo suplico!: acelera la hora de las tinieblas, la hora del Sacrificio, porque demasiado atroz me es vivir junto al amigo que no quiere ser redimido... ¡El mayor dolor! – y Jesús se sienta entre el tupido, alto, hermosísimo trébol, agacha la cabeza y la pone entre sus rodillas dobladas y apretadas entre sus brazos. Y llora...

¡Oh, no puedo ver ese llanto! Es ya demasiado semejante – en desolación, en soledad, en... convencimiento de que el Cielo nada hará por consolarlo, y que Él debe padecer ese dolor – demasiado parecido al del Getsemaní. Y me aflige demasiado...

Jesús llora largamente, en ese lugar solitario y silencioso. Testigos de su llanto, las abejas de oro, el trébol que emana fragancia y se mece lentamente con las ondas de un viento de tormenta, y las nubes, que al principio de la mañana eran como una leve red en el cielo azul, ahora se han espesado, oscurecido, sobrepuestas unas a otras, prometiendo nueva lluvia.

Jesús deja de llorar. Levanta la cabeza para oír... Un ruido de ruedas y cascabeles viene del camino principal; luego cesa el ruido de las ruedas, pero no el de los cascabeles. Jesús dice:

-¡Vamos! Las discípulas. Ellas son fieles... ¡Padre mío, hágase como Tú quieres! Te ofrezco el sacrificio de este deseo Mío de Salvador y de Amigo. ¡Está escrito! Él lo ha querido. Es verdad. Pero deja, Padre mío, que continúe mi obra por él hasta que todo termine. Ya desde ahora te digo: Padre, cuando ore por los pecadores, siendo ya Víctima impotente para la acción directa, Padre, toma Tú

mi sufrimiento y presiona con él el alma de Judas. Sé que te pido algo que la Justicia no puede conceder. Pero de Ti han venido la Misericordia y el Amor y Tú los amas a Éstos que de Ti vienen y son una sola cosa Contigo, Dios Uno y Trino, santo y bendito. Yo me voy a dar a mis amados como alimento y bebida. Padre, ¿es que habrán de ser mi Sangre y mi Carne condena para uno de ellos? ¡Padre, ayúdame! ¡Un germen de arrepentimiento en ese corazón!... Padre, ¿por qué te alejas? ¿Ya te alejas de tu Verbo que ora? Padre, es la hora. Lo sé. ¡Hágase tu bendita voluntad! Pero deja en tu Hijo, en tu Cristo, en quien por insondable decreto tuyo, disminuye en esta hora la visión segura del futuro; y no te digo que esto sea crueldad, sino piedad tuya hacia Mí, deja en Mí la esperanza de salvarlo aún. ¡Oh, Padre mío! Lo sé; lo he sabido desde que Yo Soy; lo he sabido desde que, no sólo Verbo, sino Hombre, vine a la Tierra; lo he sabido desde que encontré al hombre en el Templo... Siempre lo he sabido... Pero ahora... ¡oh!, ahora me parece, ¡gran piedad tuya, santísimo Padre! Me parece como si fuera sólo un horrendo sueño, suscitado por su comportamiento, pero que no fuera lo inevitable... y es como si pudiera seguir esperando, esperando siempre, porque infinito es mi sufrir e infinito será el Sacrificio; es como si pudiera hacer algo también por él... ¡Ah, estoy delirando! ¡Es el Hombre el que quiere esperar esto! ¡El Dios que está en el Hombre, el Dios hecho Hombre no se puede hacer ilusiones! Se alejan las ligeras nieblas que me ocultaban un momento el abismo, el abismo ya abierto para atrapar a aquel que prefirió las Tinieblas a la Luz... ¡Piedad el hecho de ocultármelo! Piedad el hecho de mostrármelo, ahora que me has reconfortado. Sí, Padre. ¡También esto! ¡Todo! Y seré Misericordia hasta el final, porque ésta es mi Esencia.

Sigue orando, en silencio, con los brazos abiertos en cruz. Su rostro deshecho se va serenando para tomar un aspecto de paz majestuosa, se hace casi luminoso: una luz de alegría interior, aunque en sus labios, cerrados, no hay sonrisa. Es la alegría de su espíritu, en comunión con el Padre, lo que rezuma por los velos de la carne y borra los signos que el dolor ha excavado y dibujado en ese enflaquecido y espiritualizado rostro que se ha ido mostrando en el Maestro en la medida en que Él se iba adentrando en el dolor y hacia el Sacrificio. No es ya un rostro de la Tierra el rostro de Cristo en estos últimos tiempos mortales suyos, y ningún artista será nunca capaz de darnos, aunque el Redentor al artista se mostrara, ese rostro de Hombre Dios cincelado en sobrenatural belleza por el amor y dolor perfectos y completos.

Jesús está de nuevo en la puerta de la cerca. Entra. La cierra con el cerrojo y se adentra hacia la casa. El criado de antes lo ve y acude presuroso a tomar la voluminosa llave que Jesús tiene en sus manos.

Continúa. Ve a Lázaro, que dice:

-Maestro, han venido las mujeres. Las he pasado a la sala blanca, porque en la biblioteca está Judas leyendo, con aspecto atribulado.

-Lo sé. Gracias por las mujeres. ¿Son muchas?

-Juana, Nique, Elisa y Valeria con Plautina y otra amiga o liberta, no lo sé, de nombre Marcela, y una anciana que dice que te conoce: Ana de Merón; y luego Analía, y con ella, otra jovencita, de nombre Sara. Están con las discípulas tu Madre y mis hermanas.

-¿Y esas voces de niños?

-Ana ha traído a los hijos de su hijo; Juana a los suyos; Valeria a la suya. Los he llevado al patio interno...

583

Víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Despedida de las discípulas. El desdichado nieto de Nahúm

La conversación de las mujeres llena la bonita sala blanca, una de las destinadas para los banquetes, de blancas paredes y blanco techo, blancas cortinas gruesas, blancas tapicerías que cubren los asientos, blancas lastras de mica o de alabastro, usadas como cristales de ventanas y para las lámparas. Una quincena de mujeres hablando no es poca cosa. Pero en cuanto Jesús aparece en el umbral de la puerta, corriendo la pesada cortina, se hace un silencio absoluto. Todas se levantan e inclinan con el máximo respeto.

-Paz a todas ustedes – dice Jesús con una dulce sonrisa... Ningún rastro de la recién terminada tormenta de dolor se ve en su cara, que aparece serena, luminosa, pacífica, como si ninguna cosa penosa hubiera ocurrido o estuviera para ocurrir con pleno conocimiento suyo.

-Paz a Ti, Maestro. Hemos venido. Me enviaste el recado de que viniera con todas las mujeres que estaban conmigo. Te he obedecido. Conmigo estaba Elisa. La tengo conmigo en estos días. Y conmigo estaba ésta, que dice que es seguidora tuya. Había venido buscándote porque no se ignora que yo soy tu fiel discípula. Y también está conmigo Valeria, en mi casa desde que estoy en mi palacio. Con Valeria estaba Plautina, que había ido a visitarla. Con ellas estaba ésta. Valeria te hablará de ella. Después vino Analía, a la que habían informado de tu deseo; y esta jovencita que

creo es parienta suya. Nos hemos organizado para venir. Y no nos hemos olvidado de Nique. ¡Es tan bonito sentirse hermanas en la fe en Ti... y esperar que también las que ahora están al nivel de un amor natural por el Maestro asciendan más, como ha hecho Valeria! – dice Juana, mirando de soslayo a Plautina, que se ha quedado en el amor natural...

-Los diamantes se forman con lentitud, Juana. Se necesitan siglos de fuego sepultado... Nunca hay que tener prisa... ni desanimarse nunca, Juana...

-¿Y cuando un diamante se vuelve... ceniza?

-Señal de que aún no era un diamante perfecto. Se necesita más paciencia y más fuego. Volver a empezar, esperando en el Señor. A menudo, lo que la primera vez parece un fracaso se transforma en triunfo en la segunda.

-O la tercera o la cuarta, e incluso más. Yo he sido un fracaso muchas veces, ¡pero al final has triunfado, Rabunni! – dice María Magdalena, con su voz de órgano, desde el fondo de la sala.

-María se alegra cada vez que puede abatirse recordando el pasado... - suspira Marta, que querría que ese pasado quedara borrado del recuerdo de todos los corazones.

-¡Verdaderamente, hermana, es así! Me alegro de recordar el pasado. Pero no para abatirme, como dices, sino para subir más, impulsada por el recuerdo del mal cometido y por el agradecimiento hacia Aquel que me ha salvado. Y también para que quien siente vacilación respecto a sí mismo o respecto a algún ser querido pueda hallar nuevo aliento y llegar a esa fe que mi Maestro dice que sería capaz de mover las montañas.

-Y tú la posees. ¡Dichosa tú! Tú no conoces el miedo... - suspira Juana, que es tan mansa y tímida y que aún más lo parece si se la compara con la Magdalena.

-No lo conozco. Nunca ha estado en mi naturaleza humana. Y ahora, desde que soy de mi Salvador, ya no lo conozco ni siquiera en mi naturaleza espiritual. Todo ha servido para aumentar mi fe. ¿Puede, acaso, una mujer que ha resucitado como yo y que ha visto resucitar a su hermano dudar ya de algo? No. Nada me hará ya dudar.

-Mientras Dios está contigo, o sea, mientras está contigo el Rabí... Pero Él dice que pronto nos dejará. ¿Qué será entonces nuestra fe? Quiero decir la fe de ustedes, porque yo todavía no estoy imbuída más allá de los límites humanos... - dice Plautina.

-Su presencia material o su material ausencia no lesionará mi fe. No temeré. Esto no es soberbia, es conocimiento de mí misma. Aunque las amenazas del Sanedrín se hicieran realidad... No, yo no temeré...

-¿Pero qué es lo que no temerás? ¿Qué el Justo sea justo? Este temor tampoco yo lo tendré. Lo creemos de muchos sabios cuya sabiduría saboreamos; yo diría: de muchos sabios de los que nos nutrimos, con la vida de su pensamiento, siglos después de haber desaparecido ellos. Pero si tú... - insiste Plautina.

-No temeré ni siquiera por su muerte. La Vida no puede morir. Ha resucitado Lázaro, que era... un pobre ser humano...

-No por sí ha resucitado, sino porque el Maestro ha llamado su espíritu del mundo de ultratumba. Obra que sólo el Maestro puede hacer. ¿Pero quién llamará al espíritu del Maestro, si lo matan a Él?

-¿Que quién? Pues Él. O sea, Dios. Dios se ha hecho a Sí mismo, Dios por Sí mismo puede resucitarse.

-Dios... sí... en la fe de ustedes, Dios se ha hecho a Sí mismo, Ya de por sí admitir esto es difícil para nosotros, que pensamos que los dioses vienen los unos de los otros por amores divinos.

-Por torpes, irreales amores, debes decir – la interrumpe impetuosa María Magdalena.

-Como quieras... - dice Plautina en tono conciliador. Y está para terminar la frase pero María Magdalena se anticipa otra vez y dice:

-Pero el Hombre – esto es lo que quieres decir – no puede resucitarse a Sí mismo. Pero Él, de la misma forma que por Sí mismo se ha hecho Hombre, porque nada le es imposible al Santo de los santos, pues por Sí mismo se dará la orden de resucitar. Tú no puedes comprender. No conoces las figuras de nuestra historia de Israel. Él y sus prodigios están en esas figuras. Y todo se cumplirá como está escrito. Yo creo con antelación, Señor. Todo lo creo. Creo que Tú eres el Hijo de Dios y el Hijo de la Virgen, que eres el Cordero de salvación, que eres el Mesías santísimo, que eres el Libertador y Rey universal, que tu Reino no tendrá fin ni confín, y, en fin, que la muerte no prevalecerá contra Ti, porque la vida y la muerte han sido creadas por Dios y le están sujetas como todas las cosas. Yo creo. Y, si el dolor de verte desconocido y vejado será grande, mayor será mi fe en tu Ser eterno. Yo creo. Creo en todo lo que de Ti está escrito, en todo lo que Tú dices. Supe creer también respecto a Lázaro, la única que supo obedecer y creer, la única que supo reaccionar contra aquellos hombres y contra aquellas cosas que querían convencerme de que no creyera. Sólo en el extremo, cercana al final de la prueba, sentí desconcierto... Pero la prueba duraba ya mucho... y ya no pensaba que ni siquiera Tú, Maestro bendito, pudieras acercarte al golal tantos días después de

la muerte. Ahora, ya no dudaría ni aunque, en vez de días, hubiera de abrirse un sepulcro para restituir su presa después de meses de tenerla en su vientre. ¡Oh, mi Señor! ¡Sé quién eres! ¡El fango ha conocido a la Estrella!

María se ha acurrucado a sus pies, en el suelo de mármol, ya sin vehemencia: mansa, adoradora con la expresión de su rostro, que tiene alzado hacia Jesús.

-¿Quién soy?

-El que Es. Esto eres. Lo otro, la exterioridad humana, es el revestimiento, el necesario revestimiento que oculta tu esplendor y santidad, para que tu santidad pudiera venir a nosotros y salvarnos. Pero Tú eres Dios, mi Dios.

Y se echa al suelo, a besar los pies de Cristo, y parece como si no pudiera despegar los labios de los dedos que sobresalen por debajo de la larga túnica de lino.

-Álzate, María. Mantén siempre con firmeza esta fe tuya. Y álzala como una estrella en las horas de tormenta, para que los corazones claven en ella su mirada y sepan esperar; al menos eso...

Luego se vuelve a todas y dice:

-Las he llamado porque en los próximos días poco podremos vernos, y con poca paz. El mundo estará alrededor de nosotros, y los secretos de los corazones tienen un pudor más grande que el de los cuerpos. No soy el Maestro hoy; soy el Amigo. No todas ustedes tienen esperanzas y temores que manifestarme, pero querían haberme visto con paz todavía una vez más. Y las he llamado, a ustedes, flor de Israel y del nuevo Reino, a ustedes, flor de los gentiles que dejan el lugar de las sombras para entrar en la Vida. Tengan esto en el corazón para los próximos días: que el honor que prestan al perseguido Rey de Israel, al Inocente acusado, al Maestro no escuchado, dulcifica mi dolor.

Les pido que estén muy unidas, ustedes las de Israel, ustedes que han venido a Israel, ustedes que vienen hacia Israel; que las unas ayuden a las otras, que las de espíritu más fuerte ayuden a las más débiles, que las más sabias ayuden a las que saben poco o nada y sólo tienen el deseo de nuevos conocimientos, para que su deseo humano, con el cuidado de las hermanas más adelantadas, se transforme en deseo sobrenatural de Verdad.

Sean compasivas las unas para con las otras. Las que han sido formadas en la justicia por siglos de Ley divina sean compasivas con aquellas que la gentilidad hace... distintas. No se cambia de un día para otro el hábito moral, si no es en casos excepcionales en que interviene un poder divino para producir un cambio ayudando a una voluntad muy buena. Que no les asombre el ver, en las que vienen de otras religiones, que se estancan en su progreso, y, algunas veces que regresan a los viejos caminos. Tengan presente el comportamiento del propio Israel respecto a Mí, y no pretendan de las gentiles la docilidad y la virtud que Israel no ha sabido, no ha querido dispensar a su Maestro.

Siéntanse hermanas las unas de las otras. Hermanas a las que el destino en este último período de mi vida mortal ha congregado en torno a Mí... ¡No lloren!... Y las ha congregado tomándolas de distintos lugares, por tanto, hermanas con idiomas y costumbres distintos, que hace un poco difícil el comprenderse humanamente. Pero, en verdad, el amor tiene un único lenguaje, que es éste: hacer lo que el Amado enseña, y hacerlo para darle honor y alegría. En esto pueden comprenderse todas. Y que las que más comprenden ayuden a las otras a comprender.

Luego... en el futuro, en un futuro más o menos lejano, en circunstancias diversas, se separarán de nuevo y se diseminarán por las regiones de la Tierra: algunas volviendo a las comarcas en que nacieron, otras yendo a un exilio que no pesará, porque las que lo sufran habrán llegado ya a una perfección de verdad que les hará comprender que no es el ser conducidos acá o allá lo que constituye el exilio de la verdadera Patria, porque la verdadera Patria es el Cielo. Porque el que está en la Verdad está en Dios y tiene a Dios en sí; por tanto, está ya en el Reino de Dios. Y el Reino de Dios no conoce fronteras y no sale de ese Reino el que de Jerusalén, por ejemplo, sea llevado a Iberia (*España*) o a Panonia (*Austria, Hungría, Eslovaquia*) o a Galia (*Francia*) o a Iliria (*Albania, Croacia, Serbia, Bosnia, Eslovenia*). Siempre estarán en el Reino si permanecen siempre en Jesús, o si vienen a Jesús.

Yo he venido a congrega a todas las ovejas; las del rebaño paterno; las de otros; también las que carecen de pastor y son agrestes, más que agrestes: salvajes, y están hundidas en tinieblas tan oscuras que no les permiten ver ni una iota (i), no sólo de ley divina, sino tampoco de ley moral. Personas desconocidas que esperan pasar a ser conocidas en la hora que Dios destina para ello y que luego entrarán a formar parte del rebaño de Cristo. ¿Cuándo? ¡Oh, años o siglos, respecto al Eterno, son iguales! Pero ustedes serán las anticipadoras de las que irán, con los Pastores futuros, a recoger en el amor cristiano, ovejas y corderos salvajes para conducirlos a los pastos divinos. Que su primer campo de prueba sean estos lugares.

La pequeña golondrina que alza las alas para el vuelo no se lanza inmediatamente a la gran aventura. Intenta el primer vuelo desde el alero del tejado hasta la vid que da sombra a la terraza. Luego vuelve al nido, y de nuevo se lanza, esta vez a la terraza de al lado, y vuelve. Y luego más

lejos... hasta que siente que se hace fuerte el nervio del ala y segura su orientación; entonces juega con los vientos y los espacios, y va y viene cantando, persiguiendo a los insectos, pasando al ras de las aguas, remontándose hacia el Sol, hasta que, en el momento exacto, abre segura las alas para el largo vuelo por las zonas más cálidas y ricas de nuevo alimento, y no teme cruzar los mares, ella que es tan pequeña, un punto de acero bruñado perdido entre las dos inmensidades azules del mar y del cielo, un punto que va, sin miedo, mientras que antes temía el leve vuelo desde el alero hasta el sarmiento frondoso; un cuerpo musculoso, perfecto, que hiende el aire como una flecha y no se sabe si es el aire el que transporta con amor a este pequeño rey del aire, o es él, el pequeño rey del aire, el que con amor surca sus dominios. ¿Quién piensa, al ver su vuelo seguro, que aprovecha vientos y densidades de la atmósfera para ir más veloz; quién piensa en su primer, desmañado (*sin habilidad*) vuelo, hecho de aletazos descompuestos, lleno de miedo?

Para ustedes será lo mismo. Y que así sea. Para ustedes y para todas las almas que las imiten. Uno no adquiere una habilidad de improviso. Ni desánimos por las primeras derrotas ni soberbia por las primeras victorias: las primeras derrotas sirven para hacer mejor las cosas otra vez, las primeras victorias sirven como acicate para hacer las cosas aún mejor en el futuro y para convencerse de que Dios a una buena voluntad la ayuda.

Estén siempre sujetas a los Pastores en lo que es la obediencia a sus consejos y disposiciones; sean para ellos siempre hermanas en lo que es la ayuda en la misión y el apoyo en sus fatigas. Digan esto también a las que hoy no están aquí. Díganselo a las que vendrán en el futuro.

Y ahora y siempre sean como hijas para mi Madre. Ellas las guiará en todo. Puede guiar a las jóvenes, a las viudas, a las casadas, a las madres, pues Ella ha conocido todas las consecuencias de todos los estados por experiencia propia, además de por sabiduría sobrenatural. Ámense y ámenme en María. No errarán nunca, porque Ella es el Árbol de la Vida, el Arca viva de Dios, la Forma de Dios, en quien la Sabiduría se hizo una Sede y la Gracia se hizo Carne.

.....
(Forma de Dios porque el Creador, que la había predestinado a ser la Madre de Dios, de la misma manera que le había dado un alma preservada, por singular privilegio, de la Culpa original, también le había dado un cuerpo totalmente perfecto, para que María fuera realmente hecha a imagen y semejanza espiritual de Dios y corporal del Hijo de Dios hecho Hombre, el más hermoso de entre los hijos de los hombres. “Forma para Dios” porque el Verbo se modeló en su seno tomando de su Madre la forma humana, Ella es la única que le aportó un cuerpo y, por tanto, la única que le transmitió la semejanza con el generador, en este caso, con la generadora. Ella fue, pues, Forma para la Segunda Persona, que se encarnaba para hacerse Hombre).

.....
Y ahora que he hablado en general, ahora que las he visto, deseo escuchar a mis discípulas y a las que son la esperanza de las futuras discípulas. Pueden marcharse. Yo me quedo aquí. Aquellas de ustedes que tengan que hablar Conmigo que vengan. Porque no volveremos a tener un momento de íntima paz como éste.

Las mujeres hablan entre sí. Elisa sale con María y María Cleofás. María Magdalena escucha a Plautina, de que quiere convencerla de que haga algo; pero parece que María no quiere, porque hace claros gestos de negativa con la cabeza y luego se marcha dejando plantada a su interlocutora, y, pasando, toma consigo a su hermana y a Susana, y dice:

-Nosotras tendremos tiempo de hablar con Él. Dejemos con Jesús a éstas, que tienen que marcharse.

-Ven, Sara. Nosotras venimos al final – dice Analía.

Salen lentamente todas, menos María Salomé, que está indecisa en la puerta.

-Ven aquí, María. Cierra y ven aquí. ¿Qué temes? – le dice Jesús.

-Es que yo... yo estoy siempre Contigo. ¿Has oído a María de Lázaro?

-La he oído. Ven aquí. Tú eres madre de mis primeros apóstoles. ¿Qué quieres decirme?

La mujer se acerca con lentitud de quien tiene que pedir una cosa grande y no sabe si puede hacerlo.

Jesús la anima con una sonrisa y con las palabras:

-¿Qué? ¿Quieres pedirme un tercer sitio, para Zebedeo? No. Él es sabio. ¡Sin duda no te ha encargado decir eso! Habla...

-¡Ah, Señor! Precisamente de ese puesto quería hablarte. Tú... hablas de una forma... como si estuvieras para dejarnos. Y yo quisiera que antes me dijeras que me has perdonado del todo. No tengo paz, pensando que te he causado desagrado.

-¿Todavía piensas en eso? ¿No te parece que te quiero como antes e incluso más que antes?

-¡Eso sí, Señor! Pero pronuncia para mí la palabra del perdón, para que yo pueda referir a mi esposo cuán bueno has sido conmigo.

-¡No es necesario que refieras una culpa perdonada, mujer!

-¡Sí la voy a referir! Porque, mira, Zebedeo, viendo cómo quieres a sus hijos podría caer en mi mismo pecado y... si Tú nos dejas, ¿quién nos va a absolver? Yo quisiera que todos nosotros entráramos en tu Reino. También mi marido. Y no creo que me sitúe fuera de la justicia queriendo ésto. Yo soy una pobre mujer y no sé de libros. Pero cuando tu Madre nos lee o nos dice parte de la Escritura a nosotras, a menudo habla de las mujeres destacadas de Israel y de los puntos en que hablan de nosotras. Y en los Proverbios, (Proverbios 31,10-11.26.28) que me gustan mucho, está escrito que en la mujer fuerte confía el corazón de su esposo. Yo creo que es justo que la mujer inspire esta confianza a su marido, incluso en lo relativo al comercio de las cosas celestes: si compro para él un puesto seguro en el Cielo, impidiéndole pecar, creo que estoy haciendo una cosa buena.

-Sí, Salomé. Verdaderamente ahora has abierto tu boca a la sabiduría y tienes en tu lengua ley de bondad. Ve en paz. Tienes más que mi perdón. Tus hijos, según el libro que tanto te gusta, te proclamarán dichosa, y tu marido te alabará en la Patria de los justos. Ve tranquila. Ve en paz. Sé feliz.

La bendice y se despidе de ella. Salomé se marcha llena de alegría.

Entra la anciana de la casa del Merón, Ana, trayendo de la mano a dos niños, y, detrás, a una niña tímida y paliducha que camina cabizbaja y que ya, en el acto de guiar a un niño que casi no sabe caminar bien, se muestra como una pequeña mamá.

-¡Ah, Ana! ¿Entonces también tú quieres hablar Conmigo? ¿Y tu marido?

-Enfermo, Señor. Enfermo. Muy enfermo. Quizás no lo vea vivo cuando vuelva... - Ruedan lágrimas por entre las arrugas del rostro senil.

-¿Y tú estás aquí?

-Estoy aquí. Él dijo: “Yo no puedo. Ve tú para la Pascua y cuida de que nuestros hijos...” _ El llanto aumenta, impide las palabras.

-¿Por qué lloras así, mujer? Tu marido ha hablado con sensatez. “Cuida de que nuestros hijos, por su eterna paz, no estén contra el Cristo”. Judas es un hombre justo. Más que de su vida y del consuelo que su vida tendría con tus cuidados, se preocupa del bien de sus hijos. Los velos, en las horas que preceden a la muerte de los justos, se alzan y los ojos del espíritu ven la Verdad. Pero tus hijos no te escuchan, mujer. ¿Y qué puedo hacer Yo, si ellos me rechazan?

-¡No los odies, Señor!

-¿Por qué debería hacerlo? Oraré por ellos. Y a éstos, que son inocentes, voy a imponerles las manos para mantener alejado de ellos el odio que mata. Acérquense. ¿Tú quién eres?

-Judas, como el padre de mi padre – dice el niño más grande; el más pequeño, el que va de la mano de su hermana, da saltos y grita:

-¡Yo, yo, Judas!

-Sí. Han honrado a su padre en el nombre dado a sus hijos. Pero no en otras cosas...-dice la anciana.

-Las virtudes de él revivirán en éstos. Ven tú también, niña. Sé buena y sabia, como la que te ha traído.

-¡María es buena! Para no estar sola la llevaré conmigo a Galilea.

Jesús bendice a los niños. Y deja un rato la mano sobre la cabeza de la niña buena. Luego dice:

-¿Para ti no pides nada, Ana?

-Encontrar vivo a mi Judas y tener la fuerza de mentir diciendo que sus hijos...

-No. Mentir, no. Nunca. Ni siquiera para que muera en paz un moribundo. Dirás esto a Judas: “Ha dicho el Maestro que te bendice y que contigo bendice a tu sangre”. Es sangre suya también esta infancia inocente, y Yo la he bendecido.

-Pero si pregunta que si nuestros hijos...

-Dirás: “El Maestro ha orado por ellos”. Judas descansará en la certeza de que mi oración es poderosa, y se dirá la verdad sin desalentar al que muere. Porque oraré también por tus hijos. Ve tú también en paz, Ana. ¿Cuándo vas a dejar la ciudad?

-El día después del sábado. Para no tener que detenerme por causa del sábado.

-Bien. Me alegro de que estés aquí después del sábado. Permanece muy unida a Elisa y Nique. Ve. Y se fuerte y fiel.

Ya está casi en la puerta la mujer cuando Jesús la llama de nuevo:

-Escucha: Tus nietos están mucho contigo, ¿no es verdad?

-Mientras estoy en la ciudad, siempre.

-En estos días... déjalos en la casa, si sales para seguirme.

-¿Por qué, Señor? ¿Temes persecución?

-Sí. Y conviene que la inocencia no vea ni oiga...

-¿Pero... qué crees que va a suceder?

-Adiós, Ana. Adiós.

-Señor... Si te hicieran lo que se dice, está claro que mis hijos... y entonces la casa será peor que la calle...

-No llores. Dios proveerá. La paz a ti.

La anciana se marcha llorando. Durante un rato no entra nadie; luego, juntas, entran Juana y Valeria. Están afligidas, especialmente Juana; la otra está pálida y suspira, pero se la ve con más fortaleza.

-Maestro, Ana nos ha asustado. Le has dicho... ¡Ah, pero no es verdad! Cusa será indeciso, será... calculador, ¡pero no es un mentiroso! Y Cusa me asegura que Herodes no tiene ningunas ganas de causarte daño... Respecto a Poncio, no sé... - y mira a Valeria, que guarda silencio. Sigue diciendo:

-Esperaba comprender algo por Plautina, pero no ha sido mucho lo que he comprendido...

-Debes decir: nada; aparte del hecho de que Plautina no ha avanzado ni un paso del límite en que se encontraba.

-A mí tampoco me ha dicho nada. Pero, si no he comprendido mal, la indiferencia romana, que siempre es tan fuerte cuando un hecho no puede tener repercusiones en la Patria o en el propio yo, ha ofuscado mucho a las que en otros momentos parecían tan dispuestas a reaccionar. Más aún que el haberme acercado a la sinagoga, nos separa, como una grieta separa dos masas de tierra que precedentemente estaban unidas, esta indiferencia, este ocio de su espíritu, de ese espíritu suyo tan... distinto ya del mío. Pero ellas son felices. A su manera son felices... Y la felicidad humana no ayuda a tener despierta la mente.

-Ni a despertar el espíritu, Valeria – dice Jesús.

-Así, Maestro. Yo... es otra cosa... ¿Has visto a esa mujer que estaba con nosotras? Es una de mi familia. Viuda y sola. Mis parientes me la envían para convencerme de que vuelva a Italia. ¡Oh, muchas promesas de dicha futura! Es una dicha que yo ya no aprecio, y que, por tanto, ya no me parece dicha y la pisoteo. No voy a ir a Italia. Aquí te tengo a Ti, y tengo a mi hija a la que Tú me salvaste y a quien me enseñaste a amar por su alma. No dejaré estos lugares... A Marcela... la he traído conmigo para que te viera y comprendiera que no me quedo aquí por un deshonesto amor hacia un hebreo, para nosotros es deshonesto, sino porque en Ti he encontrado el consuelo en este dolor mío de esposa repudiada. Marcela no es mala. Ha sufrido. Ella comprende. Pero todavía es incapaz de comprender mi nueva religión. Y un poco me regaña, porque lo mío le parece una quimera... No importa. Si quiere, vendrá a donde yo estoy ahora; si no, me quedaré aquí con Tusnilda. Soy libre. Soy rica. Puedo hacer lo que quiera. Y, no haciendo ningún mal, haré lo que quiero hacer.

-¿Y cuando ya no esté el Maestro? – pregunta Juana.

-Estarán sus discípulos. Plautina, Lidia, la misma Claudia, que después de mí, es la que más te sigue en la doctrina y la que más te honra, no han comprendido todavía que yo ya no soy la mujer que ellas conocían y que creen conocer todavía. Pero yo ahora ya estoy segura de conocerme. Tanto, que digo que si bien es cierto que perdiendo al Maestro perderé mucho, no perderé todo, porque quedará la fe. Y yo permaneceré donde mi fe nació. No quiero llevar a Fausta a un lugar donde nada hable de Ti. Aquí... todo habla de Ti, y, claro está, Tú no nos vas a dejar sin guía a quienes hemos querido seguirte. ¿Pero, por qué tengo que ser yo, la pagana, la que tenga estos pensamientos, mientras muchas de ustedes, tú misma, están como desconcertadas pensando en el día en que el Maestro no esté ya entre nosotros?

-Porque se han acostumbrado a siglos de estatismo, Valeria. Su pensamiento es que el Altísimo está allí, en su Casa, sobre el altar invisible que sólo el Sumo Sacerdote ve en ocasiones solemnes. Esto las ha ayudado a venir a Mí. Podían, por fin, acercarse también ellas al Señor. Pero ahora temen quedarse sin el Altísimo en su gloria y sin el Verbo del Padre entre ellas. Debemos ser comprensivos. Y levantar el espíritu, Juana. Yo estaré en ustedes. Recuerda esto. Me marcharé. Pero no los dejaré huérfanos. Les dejaré una casa mía: mi Iglesia. Mi palabra: la Buena Nueva. Mi amor habitará en sus corazones, Y, en fin, les dejaré un don mayor, que los nutrirá de Mí mismo y hará – no sólo espiritualmente- que Yo esté entre ustedes y en ustedes. Lo haré para darles consuelo y fuerza.

-Pero ahora... Ana está muy afligida por los niños...

-Nos ha hablado con angustia de ellos...

-Sí. Le he dicho que los tenga lejos de la gente. Te digo lo mismo a ti, Juana, y a ti, Valeria.

-Mandaré a Fausta con Tusnilda a Béter antes del tiempo establecido. Debían ir allí después de la Fiesta.

-Yo no. No me separo de los niños. Los tendré en casa. Pero le diré a Ana que deje ir allá a los suyos. Los hijos de esa mujer son aviesos, pero se sentirán honrados con mi invitación y no se opondrán a su madre. Y yo...

-Yo quisiera...

-¿Qué, Maestro?

-Que estuvieran todas muy unidas en estos días. Tendré Conmigo a la hermana (*cuñada, María de Alfeo*) de mi Madre, a Salomé y a Susana y a las hermanas de Lázaro. Pero, respecto a ustedes, quisiera que estuvieran unidas, muy unidas.

-¿Pero no podremos ir a donde estés Tú?

-Yo, en estos días, seré como un relámpago que resplandece rápido y desaparece. Subiré al Templo por la mañana y luego dejaré la ciudad. Aparte de en el Templo, por las mañanas, no podrían encontrarme.

-El año pasado estuviste en mi casa...

-Este año no estaré en ninguna casa. Seré un relámpago que surca el cielo...

-Pero la Pascua...

-Deseo celebrarla con mis apóstoles, Juana. Si así lo quiere tu Maestro, claro está que es por una justa razón.

-Es verdad... Así que estaré sola... Porque mis hermanos me han dicho que quieren estar libres en estos días, y Cusa...

-Maestro, yo me marchó. Llueve fuerte. Oigo a los niños recogidos bajo el pórtico. Voy con ellos – dice Valeria, y prudentemente, se retira.

-También en tu corazón llueve fuerte, Juana.

-Es verdad, Maestro. Cusa está tan... extraño. Yo ya no lo entiendo. Es una continua contradicción. Quizás es que tiene amigos que influyen en su pensamiento... o es que ha recibido alguna amenaza... o que teme por su futuro.

-No es el único. Es más, puedo decir que son pocos, personas verdaderamente solitarias y desperdigadas, los que, como Yo, no le temen al futuro; y serán cada vez menos. Sé muy dulce y paciente con él. Es sólo un hombre...

-Pero ha recibido tanto de Dios, de Ti, que debería...

-¡Que debería! Sí. ¿Pero quién no ha recibido de Mí en Israel? He hecho el bien a amigos y a enemigos, he perdonado, curado, consolado, instruido... Ya ves, y cada vez lo verás más, cómo sólo Dios es inmutable, cómo son distintas las reacciones de los hombres, y cómo, no pocas veces, el que más ha recibido es el que más se inclina a agredir a su benefactor. Realmente se podrá decir que “el que ha comido Conmigo mi pan ha alzado contra Mí su pie” (Salmo 41, 10).

-Yo no lo haré, Maestro.

-Tú no. Pero muchos sí.

-¿Mi esposo está entre ellos? Si así fuera, no volvería esta noche a casa.

-No, no está entre ellos esta noche. Pero, aunque estuviera, tu sitio está allí. Porque si él peca tú no debes pecar, si vacila debes sujetarlo, si te veja debes perdonar.

-¡Vejar, no! Me quiere. Pero quisiera verlo más firme. Cusa tiene mucha influencia sobre Herodes. Quisiera que arrancase al Tetrarca una promesa en favor de Ti, como Claudia intenta con Pilato. Pero lo único que Cusa ha sabido transmitirme han sido frases vagas de Herodes... y asegurarme que Herodes lo único que desea es verte cumplir algún prodigio, y entonces no te perseguirá... Así, espera acallar sus remordimientos por Juan. Cusa dice: “Mi rey dice siempre: Aunque me lo mandara el Cielo, no alzaría mi mano. ¡Tengo demasiado miedo!”

-Dice la verdad. No alzaré su mano contra Mí. Muchos en Israel no lo harán, porque muchos tienen miedo a condenarme materialmente. Pero pedirán que otros lo hagan. Como si a los ojos de Dios hubiera diferencia entre el que asesta el golpe, instado por el deseo del pueblo, y el que lo hace asestar.

-¡Pero el pueblo te ama! Un gran recibimiento se está preparando para Ti. Y Pilato no quiere tumultos. Ha reforzado las guarniciones en estos días. Tengo mucha esperanza de que... No sé lo que espero, Señor. Espero y desespero. Mis pensamientos son inestables, como estos días en que el Sol y las lluvias se alternan...

-Ora, Juana, y estáte en paz. Piensa siempre que nunca has causado dolor al Maestro, y que ésto Él lo recuerda. Ve.

Juana, que ha palidecido y adelgazado en estos pocos días, sale pensativa.

Se asoma el rostro simpático de Analía.

-Pasa. ¿Dónde está tu compañera?

-Está allá, Señor. Quiere regresar. Están para salir. Marta ha comprendido mi deseo y me dice que me quede hasta la puesta de Sol de mañana. Sara vuelve a casa, a decir que me quedo. Ella quisiera tu bendición porque... Luego te lo diré.

-Que venga. La bendigo.

La joven sale para volver con su compañera, que se postra delante del Señor.

-La paz esté contigo y la gracia del Señor te conduzca por los senderos a que te ha guiado ésta que te ha precedido. Sé amorosa con la madre de ella, y bendice al Cielo, que te ha evitado vínculos y dolores para tenerte entera para Sí. Un día, más que ahora, bendecirás el haber sido estéril por tu propia voluntad. Ve.

La joven se marcha emocionada.

-Le has dicho todo lo que ella esperaba. Estas palabras eran su sueño. Sara decía siempre: "Me gusta tu destino, aunque sea tan nuevo en Israel; y yo también lo quiero. No teniendo ya padre y siendo mi madre dulce como una paloma, no tengo miedo a no poder seguirlo. Pero para poder estar segura de poder cumplirlo, y de que sea santo para mí como lo es para ti, quisiera oírlo de sus labios". Ahora se lo has dicho. Y yo también siento paz, porque alguna vez temía haber exaltado un corazón...

-¿Desde cuando está contigo?

-Desde... Cuando llegó la orden del Sanedrín me dije: "La hora del Señor ha llegado y debo prepararme a morir". Porque te lo pedí, Señor... Hoy te lo recuerdo... Si Tú vas al Sacrificio, yo víctima Contigo.

-¿Quieres todavía firmemente lo mismo?

-Sí, Maestro. No podría vivir en un mundo donde Tú no estuvieras... y no podría sobrevivir a tu tortura. ¡Tengo mucho miedo por Ti! Muchos de entre nosotros se crean falsas ilusiones... ¡Yo no! Siento que ha llegado la hora. Demasiado es el odio... Y espero que recibas mi ofrecimiento. Lo único que puedo darte es mi vida; porque soy pobre, Tú lo sabes. Mi vida y mi pureza. Por eso he convencido a mi madre de que llame a su hermana para que vaya con ella, para que no se quede sola... Sara será una hija para ella en mi lugar, y la madre de Sara será consuelo para mi madre. ¡No desencantes mi corazón, Señor! Para mí el mundo no tiene ningún atractivo. Me resulta como una cárcel donde muchas cosas me repugnan mucho. Quizás porque el que ha estado a las puertas de la muerte ha comprendido que lo que para muchos representa la alegría no es sino un vacío que no sacia. Lo cierto es que sólo deseo el sacrificio... y precederte... para no ver el odio del mundo arrojado como arma de tortura contra mi Señor, y para parecerme a Ti en el dolor...

-Depositaremos entonces la azucena cortada sobre el altar en que se inmola el Cordero. Y se pondrá roja por la Sangre redentora. Y sólo los ángeles sabrán que el Amor fue el sacrificador de una cordera toda blanca, y anotarán el nombre de la primera víctima de Amor, de la primera continuadora del Cristo.

-¿Cuándo, Señor?

-Ten preparada la lámpara y estate en vestido de boda. El Esposo está a las puertas. Verás su triunfo y no su muerte, pero triunfarás con Él entrando en su Reino.

-¡Soy la mujer más feliz de Israel! ¡Soy una reina ceñida con tu corona! ¿Puedo, como tal, pedirte una gracia?

-¿Cuál?

-He amado a un hombre, Tú lo sabes. Luego dejé de amarlo como prometido porque un amor mayor entró en mí; y él dejó de quererme porque... Bueno, no quiero recordar su pasado. Te pido que redimas a ese corazón. ¿Puedo? ¿No es pecar el querer recordar, estando a las puertas de la Vida, a aquel a quien amé, para darle la Vida eterna? ¿No?

-No es pecar. Es llevar el amor al extremo santo del sacrificio por el bien del amado.

-Bendíceme, entonces, Maestro. Absuélveme de todos mis pecados. Prepárame a la boda y a tu venida. Porque eres Tú el que viene, mi Dios, a tomar a tu pobre sierva y hacerla esposa tuya.

La jovencita, radiante de alegría y de salud, se agacha para besar los pies del Maestro, mientras Él la bendice y ora por ella. Y verdaderamente la sala, blanca como si fuera toda ella de azucenas, es digno ambiente para este rito, y bien entona con sus dos protagonistas, jóvenes, hermosos, vestidos de blanco, resplandecientes de amor angélico y divino.

Jesús deja allí a la jovencita, absorta en su dicha, y sale sosegadamente para ir a bendecir a los niños, los cuales con gritos de alegría, corren raudos hacia el carro y suben hacia él contentos, junto con las mujeres que se marchan. Se quedan Elisa y Nique para acompañar al día siguiente a Analía a la ciudad. Ha escampado. Ahora el cielo, rotas las nubes, muestra su azul. El Sol hace descender sus rayos para encender de luz las gotas de la lluvia. Un iris hermosísimo proyecta su arco desde Betania hasta Jerusalén. El carro se marcha chirriando, sale por el portón, desaparece.

Lázaro, que está cerca de Jesús, en el extremo del pórtico, pregunta:

-¿Te han dado alegría las discípulas? – y observa al Maestro.

-No, Lázaro. Me han dado todas, menos una, sus dolores; y también desilusiones, si es que pudiera forjarme vanas esperanzas.

-¿Las romanas, quieres decir, te han causado desilusiones? ¿Te han hablado de Pilato?

-No.

- Entonces debo hacerlo yo. Esperaba que te hablaran ellas. Había esperado esto. Entremos en esta habitación solitaria. Las mujeres se han marchado a sus labores con Marta. María está con tu Madre en la otra casa. Tu Madre ha estado mucho con Judas, y ahora se lo ha llevado consigo...

Siéntate, Maestro... He estado en casa del Procónsul... Lo había prometido y lo he hecho. ¡Pero Simón no estaría muy satisfecho de mi misión!... Menos mal que ya no piensa en ello Simón. El Procónsul me escuchó y me respondió estas palabras: “¿Yo? ¿Ocuparme yo de Él? ¡No tengo ni la sombra de la más lejana intención de hacerlo! Sólo digo que estoy bien decidido, no por el Hombre, -Tú, Maestro – sino por todos los problemas que me vienen de rechazo por causa suya, a no ocuparme más de Él, ni para bien ni para mal. Lo que hago es que me lavo las manos. Reforzaré la guardia porque no quiero desórdenes. Así quedaremos contentos César, mi mujer y yo, es decir, los únicos de los que tengo un sagrado cuidado. Y por las otras cosas no muevo un dedo. Ésto son líos que se traen esos eternos descontentos. Ellos se los crean, ellos se los gozan. Yo al Hombre como malhechor lo ignoro, como virtuoso lo ignoro, como sabio lo ignoro. Y quiero ignorarlo. Seguir ignorando. Por desgracia, aún queriendo, a duras penas lo consigo. Porque los jefes de Israel me hablan de Él con sus jeremiadas ñoñas; Claudia, con sus elogios; los seguidores del Galileo, con sus quejas contra el Sanedrín. Si no fuera por Claudia, haría que lo apresaran y se lo entregaría, para que definieran este asunto y yo ya no volviera a oír hablar de ello. El Hombre es el súbdito más pacífico de todo el Imperio. Pero, a pesar de todo, me ha dado tantos problemas, que quisiera una solución...” Con este humor, Maestro...

-Quieres decir que no hay motivos para sentirse seguro. Con los hombres uno no está nunca seguro...

-De todas formas, lo que saco en conclusión es que el Sanedrín está más calmado. No han recordado el decreto de proscripción, no han molestado a los discípulos. Dentro de poco volverán los que han ido a la ciudad. Veremos lo que dicen... Opuestos a Ti, siempre. ¿Pero actuar?... las muchedumbres te estiman demasiado como para poder desafiarlas imprudentemente.

-¿Vamos hacia el camino, al encuentro de los que vuelven? – propone Jesús.

-Vamos.

Salen al jardín, y están ya a mitad de distancia del portón cuando Lázaro pregunta:

-¿Pero cuándo has comido? ¿y dónde?

-En la hora primera.

-¡Pero si ya casi se está poniendo el Sol! Pues volvemos.

-No. No siento necesidad. Prefiero seguir. Allí veo a un pobre niño aferrado al portón. Quizás tenga hambre. Está harapiento y demacrado. Hace un rato que lo observo. Estaba ya allí cuando salió el carro, y huyó, quizás para que no lo vieran y pudieran echarlo. Luego ha vuelto y mira con insistencia hacia la casa y hacia nosotros.

-Si tiene hambre, convendrá que vaya por alimentos. Sigue, Maestro. Yo te doy alcance enseguida – y Lázaro corre hacia la casa mientras Jesús acelera el paso en dirección al portón.

El niño – un rostro irregular y que lleva en sí las huellas del sufrimiento, un rostro donde sólo los ojos brillan hermosos y vivos – lo mira.

Jesús le sonríe y, dulcemente, mientras acciona el mecanismo de cierre, le dice:

-¿A quién buscas, niño?

-¿Eres Tú el Señor Jesús?

-Lo soy.

-A Ti te busco.

-¿Quién te envía?

-Nadie. Pero quiero hablar Contigo. Muchos vienen a hablar Contigo. Yo también. A muchos les concedes lo que te piden. También a mí.

Jesús ha accionado el mecanismo de apertura y ruega al niño que suelte las barras que tiene sujetas con las manos descarnadas, para poder abrir. El niño se aparta, y al hacerlo, la tunicita descolorida sobre el cuerpo torcido, se ve que es un pobre niño raquítico, con la cabeza encajada entre los hombros, por un comienzo de joroba, de piernas torcidas, de paso inseguro: verdaderamente un pequeño desdichado. Quizás tiene más años de lo que se puede pensar por su estatura, que corresponde a la de un niño de seis años, pues su carita ya es de hombre (una cara un poco ajada y de mentón pronunciado, una cara casi de viejecito).

Jesús se agacha para acariciarlo y le dice:

-Dime, entonces, qué quieres. Soy amigo tuyo. Soy amigo de todos los niños.

¡Con qué amorosa dulzura Jesús toma entre sus manos esa carita macilenta y besa al niño en la frente!

-Lo sé. Por esto he venido. ¿Ves cómo estoy? Quisiera morir para dejar de sufrir, y para no ser ya de nadie... Tú que curas a tantos y haces resucitar a los muertos, hazme morir, haz morir a éste a quien nadie quiere y que no podrá nunca trabajar.

-¿No tienes padres? ¿Eres huérfano?

-Padre tengo. Pero no me quiere porque estoy así. Expulsó a mi madre, le dio el libelo de divorcio, y a mí me expulsó también con ella; y mi madre ha muerto... por culpa mía, que estoy así, tullido.

-¿Con quién vives?

-Cuando murió mi madre, los criados me llevaron otra vez con mi padre. Pero él, que se ha casado de nuevo y que tiene hijos lindos, me echó. Me dio a unos labriegos suyos. Pero ellos hacen lo mismo que el patrón, para ganar su favor... y me hacen sufrir.

-¿Te pega?

-No. Pero tienen más cuidado de los animales que de mí, y se burlan de mí, y como a menudo estoy enfermo, pues me tienen como una carga. Yo cada vez estoy más tullido y sus hijos se burlan de mí y me hacen caer. Ninguno me quiere. Y este invierno, cuando tuve mucha tos y se necesitaban medicinas, mi padre no quiso gastar dinero y dijo que la única cosa buena que podía hacer era morirme. Desde entonces te he esperado para decirte: "Hazme morir".

Jesús lo toma en brazos, sordo a las palabras del niño, que le dice:

-Tengo los pies llenos de barro, y también la túnica, porque me he sentado por el camino. Te voy a manchar la túnica.

-¿Vienes de lejos?

-De cerca de la ciudad, porque los que me tienen están allí. He visto pasar a tus apóstoles. Sé que son ellos porque los labradores han dicho: "Ahí están los discípulos del Rabí galileo. Pero Él no está" Y he venido.

-Estás mojado, niño. ¡Pobre niño! Te vas a enfermar de nuevo.

-Si no me escuchas... ¡Si al menos me hiciera morir la enfermedad! ¿A dónde me llevas?

-A casa. No puedes estar así.

Jesús entra en el jardín llevando en brazos al niño deforme y grita a Lázaro, que está yendo hacia Él:

-Cierra tú el portón, que Yo tengo en brazos a este niño todo mojado.

-¿Pero quién es, Maestro?

-No lo sé. No sé ni su nombre.

-Ni ya lo digo, porque no quiero que me conozcan; lo que quiero es lo que te he dicho. Mi madre me decía: "Hijo mío, mi pobre hijo, yo me muero, pero quisiera que murieras conmigo, porque allá no tendrías ya esta deformidad que hace sufrir a tus huesos y a tu corazón. Allí los que nacen desdichados no llevan un nombre de burla. Porque Dios es bueno con los inocentes y los infelices". ¿Me mandas donde Dios?

-El niño quiere morir. Es una historia triste...

Lázaro, que estaba mirando fijamente al muchachito, de repente dice:

-¿Pero no eres el hijo del hijo de Nahúm? ¿No eres el que se sienta al Sol junto al sicómoro que está en el límite de los olivos de Nahúm, y que el padre ha confiado a Josías, su labrador?

-Soy yo. Pero, ¿por qué lo has dicho?

-¡Pobre niño! No para burlarme de ti. Créeme, Maestro, que es menos triste la suerte de un perro en Israel que la de este niño. Si no volviera a la casa de donde ha venido, nadie lo buscaría, ni criados ni patrones. Son hienas de corazón feroz. José sabe bien esta historia... Dio mucho que hablar. Aunque yo en esa época estaba muy afligido por María... Pero, cuando murió la infeliz esposa y él fue a casa de Josías yo, al pasar, lo veía... Olvidado al Sol o al viento en la era, porque empezó a andar muy tarde... y siempre poco. No sé cómo hoy ha podido venir hasta aquí. ¡Quién sabe el tiempo que habrá estado de camino!

-Desde que Pedro pasó por aquel lugar.

-¿Y ahora? ¿Qué hacemos con él?

-Yo a casa no vuelvo. Quiero morir. Marcharme de aquí. ¡Señor, te pido esta gracia y piedad de mí! Ya han entrado en la casa. Lázaro llama a un criado para que lleve una manta y mande a Noemí para atender al niño, que, con sus ropas mojadas, está morado de frío.

-Es el hijo de uno de tus más sañudos enemigos. Uno de los más malos de Israel. ¿Cuántos años tienes, niño?

-Diez.

-¡Diez! ¡Diez años de dolor!

-¡Y ya bastan! - dice fuerte Jesús dejando en el suelo al niño. ¡Está muy contrahecho! El hombro derecho más alto que el izquierdo, el pecho excesivamente saliente, el cuello muy delgado y hundido entre las altas clavículas, las piernas desviadas...

Jesús lo mira con piedad mientras Noemí le quita sus ropas y lo seca antes de envolverlo en una manta caliente. Lázaro también lo mira con piedad.

-Voy a echarlo en mi cama, Señor. Pero primero le doy leche caliente – dice Noemí.

-¡No me haces morir! ¡Ten piedad! ¿Por qué dejarme vivir para estar así y sufrir tanto? – y termina-
He esperado en Ti, Señor – En su voz hay un reproche, una desilusión.

-Estáte tranquilo. Obedece y el Cielo te consolará – dice Jesús, y se agacha para acariciarlo otra vez pasando su mano por ese pobre cuerpo contrahecho.

-Llévale a la cama y vélalo. Luego... se tomarán providencias.

Se llevan al niño, que va llorando.

-¡Y son los que se creen santos! – exclama Lázaro pensando en Nahúm...

La voz de Pedro que llama a su Maestro:

-¡Oh! ¡Maestro! ¿Estás aquí? Todo bien. No nos han molestado en nada. Es más, demasiada calma. En el Templo nadie nos ha molestado. Juan ha recibido buenas noticias. A los discípulos los han dejado en paz. La gente que te espera está en actitud festiva. Estoy contento. ¿Y Tú que has hecho, Maestro?

Se alejan juntos hablando mientras Lázaro va donde Maximino, que lo llama.

584

El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Parábola de las dos lámparas y la parábola viva del Pequeño deforme sanado. El futuro de la Humanidad.

El tiempo, de nuevo sereno después de las lluvias de los días pasados, muestra un cielo tersísimo y un Sol fúlgido. La tierra, lavada por las lluvias, está tan limpia como el aire, tan fresca y limpia, que parece creada pocas horas antes. Todo resplandece y canta en esta mañana serena.

Jesús pasea lentamente por los senderos más lejanos del jardín. Sólo algún criado jardinero observa este solitario paseo de las primeras horas de la mañana. Nadie interrumpe al Maestro; al contrario, se retiran silenciosamente, para respetar su paz. Además, es sábado, día de descanso, y los jardineros no están trabajando, aunque, por una costumbre que es tan larga como su vida, están afuera observando las plantas o las colmenas o las flores – para estas cosas no hay sábado- que ponen fragancias, susurros o zumbidos, bajo el Sol o la brisa abrilena.

Luego el jardín se va animando lentamente. Primero los domésticos y criadas, luego los apóstoles y las discípulas, por último Lázaro. Jesús se acerca a ellos y los saluda.

-¿Desde cuándo estás aquí, Maestro? – pregunta Lázaro sacudiendo de los mechones de los cabellos de Jesús algunas gotas de rocío.

-Desde la aurora. Me han llamado a alabar a Dios tus pájaros, y he venido aquí afuera. Contemplar a Dios en las bellezas de la Creación significa darle honor y orar con espíritu conmovido. Es hermosa la Tierra. Y en estas primeras horas del día, de un día como éste, se nos muestra con la frescura que tenía en los primeros días de su existencia.

-Verdaderamente tiempo de Pascua. Y se ha estabilizado. Se mantendrá porque se ha estabilizado en el primer período lunar con viento propicio –sentencia Pedro.

-Me alegro mucho. La Pascua con agua es triste.

-Y peor todavía es para la mies. El trigo requiere Sol, ahora que se va acercando a la siega – dice Bartolomé.

-Estoy contento de estar aquí en paz. Hoy es sábado y no vendrá nadie. Ningún extraño entre nosotros – dice Andrés.

-Te equivocas. Hay un huésped, un pequeño huésped. Está durmiendo todavía, Maestro. La cama blanda y el estómago saciado le dan largo sueño. He pasado a verlo. Noemí lo está velando – dice Lázaro.

-¿Pero quién es? ¿Cuándo ha venido? ¿Quién lo ha traído? Porque hablas como si se tratara de un niño – preguntan hombres y mujeres.

-Es un niño. Un pobre niño. Lo ha traído aquí su dolor. Estaba allí, contra las barras del portón, mirando hacia la casa. Y el Maestro lo ha acogido.

-No sabíamos nada... ¿Por qué?

-Porque la criatura tenía necesidad de paz – responde Jesús, y su rostro se sume en un pensamiento profundo mientras termina diciendo:

-Y en casa de Lázaro se sabe guardar silencio.

Un criado viene a decir algo a Marta y se retira, para volver luego con otros, trayendo ánforas con leche y tazas, y pan con mantequilla y miel. Se sirven todos y se sientan acá o allá en los asientos diseminados. Pero luego desean reunirse otra vez en torno al Maestro y piden una parábola, “una bonita parábola” dicen “serena como este día de Nisán”.

-No una. Les voy a proponer dos. Escuchen:

Un día, en una fiesta del Señor, un hombre quiso encender dos lámparas para honrarlo. Así pues, tomó dos recipientes de la misma anchura y metió en ellos la misma cantidad y el mismo tipo de aceite, metió una mecha igual y las encendió a la misma hora, para que oraran por él mientras trabajaba como estaba permitido.

Volvió pasado un cierto tiempo y vio que una lámpara ardía fuerte mientras que la otra tenía una llamita muy quieta y que apenas emitía un punto de luz en el rincón donde ardían las lámparas. El hombre pensó que estaría mal hecha la mecha. La observó. No, iba bien. Pero no quería arder tan alegremente como la otra lamparita, que tan alegremente ardía que parecía una lengua la llama que lanzaba, y era como si verdaderamente musitase palabras, en efecto, al agitarse ardiendo con tanta vehemencia, hasta emitía un leve susurro. “¡Esta lamparita verdaderamente canta las alabanzas del Señor altísimo!” dijo para sí. “¡Sin embargo, esta otra! ¡Mírala, alma mía! ¡Lo hace con tan poco ardor, que parece que le pesara el tener que honrar al Señor!”, y volvió a sus trabajos.

Pasado un rato, regresó. Una llama se había alzado todavía más, y la otra se había bajado aún más y, cuanto más vibraba la otra resplandeciendo, ésta ardía cada vez más quieta y calmosa. Volvió otra vez, y lo mismo. Por tercera vez volvió, y lo mismo. Pero, al volver la cuarta vez, vio la habitación llena de humo maloliente y oscuro, y vio que una única llamita lucía a través de los velos del humo denso. Fue a la repisa donde estaban las lamparillas y vio que la que tanto ardía antes estaba ennegrecida y se había consumido totalmente. Vio que incluso había manchado con su lengua la pared blanca. La otra, por el contrario, seguía honrando al Señor con su constante luz.

Estaba para poner remedio a lo que había sucedido, cuando una voz le resonó cercana: “No cambies las cosas de cómo están, sino medita en ellas, que son un símbolo. Yo Soy el Señor”.

El hombre se arrojó rostro en tierra al suelo, adorando, y con gran temor, se atrevió a decir: “Soy un ignorante. Explicame, oh Sabiduría, el símbolo de las lamparillas, de las cuales, la que parecía más activamente honrarte ha causado un daño y la otra mantiene su luz”.

“Lo haré. En los corazones de los hombres sucede como en estas dos lamparitas. Hay corazones que al principio arden y resplandecen y resultan admirables para los hombres, pues muy perfecta y constante parece su llama. Y hay corazones que resplandecen tenuemente, con un resplandor que no llama la atención y que puede parecer tibieza en lo relativo a honrar al Señor. Pero, pasada la primera efusión de llama, o la segunda o la tercera, entre la tercera y la cuarta causan daño, y luego se apagan, con quebranto, porque la luz de esos corazones no era segura. Quisieron brillar más por los hombres que por el Señor, y la soberbia los consumió en breve tiempo, en medio de un humo negro y denso que entenebreció incluso el aire. Los otros tuvieron una voluntad única y constante: honrar sólo a Dios; y, sin preocuparse de si el hombre los alababa, se fueron consumiendo a sí mismos con una larga y clara llama, exenta de humo y de hedor. Que sepas imitar a esa lamparita constante, porque sólo ésa es grata al Señor”.

El hombre alzó la cabeza... El aire había quedado limpio de humo y la estrella de la lamparita fiel resplandecía, ella sola, pura, firme, en honor de Dios, haciendo brillar el metal de la lamparilla como si fuera de oro puro. Y la miraba resplandecer, siempre igual, durante horas y horas, hasta que dulcemente, sin humo ni mal olor, sin ensuciar el recipiente que la contenía, la llama expiró en un repentino resplandor pareciendo subir al cielo para fijarse entre las estrellas, habiendo honrado dignamente al Señor hasta la última gota y la última hebra de su vida.

En verdad, en verdad les digo que son muchos los que arden con intensa llama al principio y llaman la atención del mundo, el cual sólo ve la superficie de las acciones humanas; pero después mueren carbonizándose y ahumando con su acre humo. Y en verdad les digo que Dios no observa su llama porque ve que es un arder orgulloso que tiene un fin humano. ¡Bienaventurados los que saben imitar a la segunda lamparita y no carbonizarse sino subir al Cielo con el último latido de su constante amor!

-¡Es una curiosa parábola! ¡Pero verdadera! ¡Bonita! ¡Me gusta! Yo querría saber si nosotros somos esas lamparitas que suben al Cielo.

Los apóstoles intercambian sus expresiones.

Judas encuentra la forma de morder. Y su mordisco va a María Magdalena y a Juan de Zebedeo:

-¡Cuidado, María, y tú, Juan! Ustedes son entre nosotros las lamparitas que emiten intensa llama... ¡No les vaya a suceder un mal!

María Magdalena está a punto de responder, pero se muerde los labios para no decir las palabras que le habían subido del corazón. Mira a Judas. Se limita a mirarlo. Pero es tan ardiente esa mirada que Judas deja de reírse y de mirarla.

Juan, manso de corazón aunque ardiente de caridad, responde dulcemente:

-Por mí solo, eso podría suceder; pero confío en la ayuda del Señor, y espero poder consumirme hasta la última gota y la última hebra para honrar al Señor Dios nuestro.

-¿Y la otra parábola? Has prometido dos... - recuerda Santiago de Alfeo.

-Ésta es mi segunda parábola. Está llegando... - y señala hacia la puerta de la casa, tapada con una cortina que con el viento se mueve lentamente y que la mano de un criado descorre para dejar paso a la anciana Noemí, la cual se arroja a los pies de Jesús diciendo:

-¡El niño está sano! ¡Ya no está deforme! Lo has curado durante la noche. Se había despertado y yo estaba preparando el baño para lavarlo antes de ponerle la blusa y la túnica que había cosido durante la noche tomando una túnica que Lázaro ya no usaba. Pero cuando le he dicho: “Ven, niño” y he alzado las mantas, he visto que su pequeño cuerpo, tan contrahecho ayer, ya no era así. Y he gritado. Inmediatamente han ido Sara y Marcela, que ni tenían noticia de que el niño estuviera en mi cama durmiendo, y las he dejado allí para venir inmediatamente a decírtelo...

La curiosidad envuelve a todos. Preguntas, ansias de ver. Jesús aplaca el rumor con un gesto. Ordena a Noemí:

-Vuelve donde el niño. Lávalo, vístelo y tráelo aquí.

Y se dirige a sus discípulos:

-Ésta es la segunda parábola, que puede enunciarse así: “La verdadera justicia ni se toma venganza ni hace distinciones”. Un hombre, es más: el Hombre, el Hijo del hombre, tiene enemigos y amigos; pocos amigos, muchos enemigos. Y de sus enemigos no ignora ni el odio ni los pensamientos; y conoce la voluntad de sus enemigos; una voluntad que no cederá ante ninguna acción, por horrenda que sea. En esto sus enemigos son más fuertes que sus amigos, para los cuales el abatimiento o la desilusión son como arietes que derriban su fortaleza. Este Hijo del hombre, que tiene tantos enemigos, y al cual se echan en cara tantas cosas no verdaderas, encontró ayer a un pobre niño, el más desolado de los niños, hijo de uno que es enemigo suyo. Este niño estaba contrahecho y tullido y pedía una gracia extraña: la de morir. Todos piden al Hijo del hombre honores y alegrías, piden salud, piden vida. Este pobre niño pedía morir para no sufrir más. Ha conocido ya todo el dolor de la carne y del corazón, porque el que le engendró, que además me odia sin razón, odia también al inocente infeliz al que engendró. Y Yo lo he curado para que deje de sufrir, para que además de la salud física pueda alcanzar la salud espiritual. También su pequeña alma está enferma. El odio del padre y las burlas de los hombres se la han llagado y yermado en orden al amor. Sólo le ha quedado la fe en el Cielo y en el Hijo del hombre, al cual – mejor: a los cuales – pide la muerte. Aquí está. Ahora le oirán hablar.

El niño, arreglado, vestido de limpio con la tuniquita de lana blanca que Noemí, veloz, le ha cosido durante la noche, se acerca de la mano de la anciana nodriza. Es pequeño, a pesar de que, no estando ya encorvado ni contrahecho, parezca más alto que el día anterior. Su carita es la de una criatura precozmente adulta por el dolor: irregular y un poco ajada. Pero ya no está deforme. Sus piecitos descalzos pisan seguros en el suelo, con un paso que ya no cojea como el de los cojos. Sus espaldas están flacas, pero bien rectas. El cuello, delgado, sobresale de ellas y parece más largo que ayer, cuando se le hundía entre las clavículas asimétricas.

-¡Pero... pero si es el hijo de Anás de Nahúm! ¡Qué forma de desperdiciar un milagro! ¿Piensas que así se van a volver amigos tuyos su padre y Nahúm? ¡Más odio vas a crear en ellos! Porque sólo deseaban la muerte de este niño, fruto de un matrimonio infausto – exclama Judas de Keriot.

-No obro milagros para conseguir amigos, sino por compasión hacia las criaturas y para dar honor al Padre mío. No hago distinciones ni cálculos, nunca, cuando me inclino compasivo hacia una miseria humana. No me vengo de quien me persigue...

-Nahúm considerará venganza este acto tuyo.

-Ni siquiera tenía noticia de este niño, cuyo nombre todavía ignoro.

-Por desprecio lo llaman Matusala, o Matusalén.

-Mi madre me llamaba Salem. Mi madre me quería. No era mala: como eres tú y como son los que me odian – dice el niño con una luz en los ojos, esa luz de ira impotente que tienen los hombres y los animales que han sido largamente vejados.

-Ven aquí, Salem. Aquí, Conmigo. ¿Estás contento de estar sano?

-Sí... pero hubiera preferido morir, porque seguirán sin quererme. Si hubiera vivido mi madre, habría sido bonito. ¡Pero así! ... Seré siempre infeliz.

-Tiene razón. Ayer encontramos a este niño. Nos preguntó si estabas en Betania, en casa de Lázaro. Queríamos darle una limosna porque pensamos que sería un mendigo. Pero no la aceptó. Estaba en el límite de una parcela de tierra... - dice el Zelote.

-¿Tú tampoco lo conocías? Es extraño – dice Judas de Keriot.

-Más extraño es que tú sepas tan bien estas cosas. ¿Olvidas que me contaba entre el grupo de los perseguidos y luego de los leprosos hasta que vine con el Maestro?

-¿Y tú olvidas que soy amigo de Nahúm, que es el apoderado de Anás? Nunca se los he ocultado.

-¡Bien! ¡Bien! Esto no tiene importancia. Lo importante es saber qué hacemos ahora con este niño. Su padre no lo estima, es verdad, pero sigue teniendo derechos sobre él. No podemos arrebatárselo el

hijo, así, sin decírselo. Tenemos que ser cautos y no irritarlos, porque ahora parecen mejores con nosotros – dice Natanael.

Judas se ríe alto, sarcásticamente, y no da ninguna explicación de por qué se ríe.

Jesús, que ha puesto sobre sus rodillas al niño, dice lentamente:

-Haré frente a Nahúm... No seré más odiado por esto. No puede aumentar su odio. No puede. Es ya completo.

Analía, que no ha hablado en todo este tiempo, absorta por completo en un pensamiento suyo que le infunde beatitud, abre sus labios para decir:

-Si me hubiera quedado, me habría gustado tomarlo conmigo. Soy joven, pero tengo corazón de madre...

-¿Te marchas? ¿Cuándo? – preguntan las mujeres.

-Pronto.

-¿Para siempre? ¿Y a dónde vas? ¿Fuera de Judea?

-Sí. Lejos. Muy lejos. Para siempre. Y me siento muy feliz.

-Lo que tú no puedes hacer otras podrán, si su padre lo cede.

-Si están tan interesados, se lo digo a Nahúm. Es él el que cuenta. Más que el padre verdadero. Mañana se lo diré – promete Judas de Keriot.

-Si no fuera sábado... iría a casa de ese Josías al que se lo habían entregado – dice Andrés.

-¿Para ver si están apenados por haberlo perdido? – pregunta Mateo.

-Creo que si una de sus abejas se perdiera estarían más afligidos... - dice entre dientes y con enojo Maximino, que hace un rato que se ha acercado.

El niño no habla. Está bien junto a Jesús, y estudia las caras que tiene a su alrededor, con esa mirada aguda que frecuentemente tiene los niños enfermizos y que han vivido en el dolor. Parece escudriñar los corazones más que las caras, y cuando Pedro pregunta:

-¿Qué te parecemos nosotros? - el niño, poniéndole una mano en su mano, le responde diciendo:

-Tú eres bueno. – Luego aclara:

-Todos, menos... Pero hubiera preferido no ser reconocido. Tengo miedo... - y mira a Judas de Keriot.

- De mí, ¿no es verdad? ¿Miedo a que hable con tu padre? Está claro que tendré que hacerlo, si tengo que consultarle si te confía a nosotros. De todas formas... No te llevará.

-Ya lo sé. Es otra cosa... Lo que quisiera es estar muy lejos... como esa mujer... ir a la tierra de mi madre. Hay un mar azul rodeado de montes muy verdes. Se le ve abajo. Y muchas velas blancas lo surcan. Y tiene bonitas ciudades alrededor. Luego, en los montes, hay muchas grutas donde las abejas silvestres hacen una miel dulcísima. Desde que se murió mi madre y me dieron a Josías no he vuelto a comer miel. Felipe, José, Elisa y los otros niños sí que comían miel, pero yo no. Tenía tantas ganas de miel, que, si hubieran puesto el recipiente de la miel en un lugar bajo, habría hurtado. Pero lo tenían en estantes altos, y yo no podía subir a las mesas como hacía Felipe. ¡Tengo muchas ganas de comer miel yo!

-¡Pobre hijo! ¡Voy a traerte toda la que quieras! – dice Marta, conmovida, y se marcha rápida.

-¿Pero de dónde es tu madre? – pregunta Pedro. Y es Judas Iscariote el que contesta:

-Tenía casas y propiedades en Sefet. Era hija única, huérfana y única heredera. Ya de una cierta edad, fea y levemente contrahecha. Pero muy rica. Siendo el paraninfo (*padrino de boda*) el viejo Sadoq, el hijo del favorito de Anás consiguió casarse con ella... Un contrato que fue un verdadero comercio indigno, puro cálculo y cero amor. Vendió los bienes de la mujer diciendo que estaban demasiado lejos de aquí, excepto una pequeña casa que antes era del administrador, que la había recibido como regalo del viejo patrón para toda su vida y la de sus herederos hasta la cuarta generación. Lo vendió todo y lo consumió todo en especulaciones desafortunadas. De todas formas... esto no lo creo, porque sé que tiene bonitas tierras hacia la parte de la ribera... que antes no tenía... Luego, después de algunos años de matrimonio, estando ya la mujer al borde de su ocaso, nació este hijo... y fue pretexto para repudiar a la mujer y tomar otra, de la llanura de Sarón, joven, bonita y rica... La divorciada se refugió en la casa del viejo administrador y allí murió. No sé por qué no se quedaron con este niño. El padre pensaba que moriría.

-Porque Juan había muerto, y también María, y los hijos se habían marchado a servir a otros lugares. ¿Quién se iba a hacer cargo de mí, no siendo hijo y no pudiendo trabajar? De todas formas, Mícael e Isaac eran buenos, y también Ester y Judith. Y son buenos. Cuando vienen para las fiestas me traen cosas, pero Josías me las quita para sus hijos.

-Pero no quieren tenerte – rebate Judas.

-Ahora que estoy derecho y fuerte, me querrán tener. ¡Ellos son siervos! Ya he dicho que no podían decir al patrón: “Hazte cargo de este tullido enfermo”. Pero ahora pueden.

Bartolomé lo hace reflexionar:

-Lo que pasa es que si has huído de la casa de Josías no te podrán encontrar.

La cabal observación toca al niño, que reflexiona (y es que la enfermedad le ha dado una mente precozmente reflexiva, como también un rostro precozmente adulto). Desanimado, dice:

-Es verdad. En eso no había pensado.

-Vuelve allí. En estos días irán...

-¡Allí! No. No vuelvo allí. No quiero volver allí. ¡Antes me mato! – Una furia salvaje lo altera profundamente. Pero rompe a llorar y se vuelca sobre las rodillas de Jesús y le dice:

-¿Por qué no me has quitado la vida?

Marta, que está volviendo con un tarro de miel, se queda estupefacta ante esta desolación. Bartolomé, por su parte, afligido por haberla provocado, se disculpa.

-Creía que estaba dando un buen consejo. Un consejo bueno para todos. Para el niño, para Ti, Maestro, para Lázaro... Ninguno de ustedes ni de nosotros tiene necesidad de nuevo odio...

-¡Es verdad! ¡Un problema bien serio! – exclama Pedro, y, meditando en el caso, saca sus conclusiones, que concluye con su típico silbido, exponente para él de su estado de ánimo ante problemas difíciles, graves de resolver.

Unos proponen una cosa, otros, otra. Ir donde Nahúm. Ir donde Josías y decirle que mande a estos Micael e Isaac a casa de Lázaro, o a otra parte donde esté el niño, porque es prudente no hacer odiar más a Lázaro de lo que ya lo odian por su amistad con Jesús. No decir nada a nadie y hacer desaparecer al niño dándolo a algún discípulo seguro.

Judas de Keriot no habla. Es más, parece ajeno al intercambio de pareceres; juega con los flecos de su túnica, peinándolos y despeinándolos con los dedos.

Tampoco Jesús habla. Acaricia y calma al niño. Le alza la cara y pone entre sus manos el tarrito de miel. Salem es un niño, un pobre niño de diez años que ha sufrido siempre. Pero, aunque el dolor lo haya madurado, sigue siendo un niño; de forma que ante tanto tesoro de miel cambia sus últimas lágrimas por un estupor extático. Pregunta, alzando esos ojos suyos –única belleza suya – tan castaños, tan grandes e inteligentes; pregunta:

-¿Cuánta puedo coger? ¿Un cacillo de éstos, o dos? – y señala la redonda cuchara de plata que lentamente se hunde en la dorada miel.

-Toda la que quieras niño. Toda la que desees. El resto te lo tomarás mañana, y después. ¡Es toda tuya! – dice Marta acariciándolo.

-¡Toda mía! ¡Nunca he tenido tanta miel! ¡Toda mía! – y aprieta con reverencia el tarrito contra su pecho como si fuera un tesoro.

Pero luego siente que más precioso que el tarro es el amor que se le ofrece, y deja el tarrito en las rodillas de Jesús para alzar los brazos queriendo ceñir el cuello de Marta, que está inclinada hacia él, y besarla. Es todo lo que puede su agradecimiento, todo lo que él, un desamparado que no tiene nada que ofrecer, puede dar.

Los otros dejan de proponer planes, para observar la escena. Pedro dice:

-¡Éste es todavía más infeliz que Margziam, que tenía al menos el amor de su abuelo y el de los otros campesinos! ¡Verdaderamente hay que decir que hay siempre dolores mayores que los que hemos juzgado grandísimos!

-Sí. No ha sido tocado aún el fondo del abismo del dolor humano. ¿Quién sabe cuántos secretos oculta todavía... y ocultará en los siglos futuros? – dice Bartolomé pensativo.

-¿Entonces no tienes fe en la Buena Nueva? ¿No crees que la Buena Nueva cambiará el mundo? Lo dicen los profetas, y el Maestro lo repite. Eres un incrédulo, Bartolmái – dice Judas Iscariote con leve ironía.

El Zelote le responde:

-No veo dónde está la incredulidad de Bartolomé. La doctrina del Maestro dará consuelo a todas las desventuras, modificará incluso la crueldad de los usos y costumbres, pero... no eliminará el dolor; lo hará soportable con sus divinas promesas de alegría futura. Para que fuera abolido el dolor, o, al menos, mucha parte de dolor, porque, en todo caso, seguiría habiendo enfermedades y muertes y cataclismos naturales, haría falta que todos tuvieran el corazón que tiene el Cristo, pero...

Le interrumpe Judas Iscariote:

-Efectivamente, eso debe suceder. Si no, ¿para qué habría servido el que el Mesías hubiera venido a la Tierra?

-Digamos que así debería ser. Pero, dime Judas, ¿esto se ha verificado entre nosotros? Somos doce y vivimos con Él desde hace tres años, y absorbemos su doctrina como el aire que respiramos. ¿Y bien? ¿Somos ya santos los doce? ¿Qué hacemos nosotros que no lo hagan Lázaro, Esteban, Nicolás, Isaac, Manahén, José, Nicodemo, las mujeres o los niños? Hablo de los justos de esta patria nuestra. Todos estos, tanto si son sabios y ricos como si son pobres e ignorantes, hacen lo que hacemos nosotros: un poco de bien, un poco de mal, pero sin renovarnos totalmente. Es más, te digo que

muchos, muchos, nos superan. Sí, muchos seguidores nos superan a nosotros, apóstoles... ¿Y pretendes que todo el mundo tome el corazón que tiene el Cristo, si nosotros, los apóstoles, no lo hemos tomado? Hemos mejorado más o menos... al menos, eso esperamos, porque difícilmente el hombre se conoce y conoce al hermano que vive a su lado. Es demasiado opaco y espeso el velo de la carne, y demasiado atento está el corazón del hombre a no ser escrutado, como para que el hombre comprenda al hombre. Siempre, observándose u observando, uno se queda en la superficie: cuando se trata del examen nuestro porque no queremos conocernos para no sufrir en nuestro orgullo o en la necesidad de cambiar; cuando se trata del examen de los demás, porque nuestro orgullo de examinadores nos hace jueces injustos y el orgullo del examinado se cierra, como hace una ostra con sus valvas respecto a lo que tiene en su interior – dice el Zelote.

-¡Así es! Simón, verdaderamente has pronunciado palabras de sabiduría – aprueba Judas Tadeo. Y los otros le hacen coro.

-¿Y entonces a qué ha venido si nada debe cambiar? – rebate Judas Iscariote.

Jesús toma la palabra:

-Muchas cosas cambiarán. No todo. Porque contra mi Doctrina habrá en el futuro lo que ahora es ya una realidad: odio, el odio de los que no estiman la Luz. Porque contra la fuerza de mis seguidores estará la de los seguidores de Satanás. ¡Cuántos! ¡Con cuántos aspectos! Y ¡cuántas doctrinas heréticas irán surgiendo nuevas, opuestas a **mi Doctrina, inmutable por ser perfecta!** ¡Cuánto dolor generarán esas doctrinas! Ustedes no conocen el futuro. A ustedes les parece mucho el dolor que ahora hay en el mundo... Pero Aquel que conoce ve horrores que no serían comprendidos, aunque Yo se los explicara... ¡Ay, si Yo no hubiera venido, si no hubiera venido para dar a los que han de venir un código que frene los instintos en los mejores, y para dar una promesa de paz futura! ¡Ay, si el hombre no tuviera, por mi venida, elementos espirituales que pueden mantenerlo “vivo” en la vida del espíritu, mantenerlo con la seguridad de un premio!... Si no hubiera venido, con el paso de los siglos la Tierra se transformaría en un vasto infierno terrestre y la raza humana se despedazaría y perecería maldiciendo al Creador...

-El Altísimo prometió no volver a mandar castigos universales como el diluvio. Una promesa de Dios no falla – dice Judas.

-Sí, Judas de Simón. Es verdad. El Altísimo no volverá a mandar calamidades universales como el diluvio. Pero los hombres se crearán por sí mismos calamidades cada vez más atroces, unas calamidades respecto a las cuales el diluvio y la lluvia de fuego que exterminó a Sodoma y Gomorra tendrán aspecto de castigos piadosos. ¡Oh!...

Jesús se pone en pie con un gesto de angustiosa piedad por las gentes futuras.

-¡Bien! ¡Bien! Tú sabes... ¿Pero ahora qué hacemos con respecto a éste? – pregunta Judas Iscariote señalando al niño, que está saboreando en pequeñas dosis su miel y está todo contento.

-A cada día su afán. Ya dirá el mañana. Preocuparse del mañana es vano, considerando que ni siquiera sabemos quién estará vivo todavía mañana.

-No pienso como Tú. Y lo que digo es que habría que saber dónde vamos a alojarnos, dónde comeremos la Cena... Muchas cosas. Si esperamos y esperamos, pues la ciudad se llena; ¿y a dónde iremos nosotros? A Getsemaní, no; a casa de José, no; a casa de Juana, no; donde Nique, no; donde Lázaro, tampoco. ¿A dónde entonces?

-A donde el Padre prepare un refugio para su Verbo.

-¿Crees que quiero saberlo para decirlo?

-Tú lo dices. Yo no he dicho nada. Ven, Salem. Mi Madre tiene noticia de ti pero todavía no te ha visto. Ven, voy a llevarte donde Ella.

-¿Pero está enferma tu Madre? – pregunta Tomás.

-No. Está orando. Tiene mucha necesidad de orar.

-Sí. Sufre mucho. Lloro mucho. Y el único consuelo de María es la oración. Siempre la he visto orar mucho. Podría decir que en los momentos de mayor dolor vive de oración... - explica María de Alfeo mientras Jesús se va llevando de la mano al niño y teniendo al otro lado a Analía, a la que ha invitado a ir con Él donde María.

Amor y odio mueven a muchos de los peregrinos congregados en Jerusalén, y de los propios jerosolimitanos, a ir a Betania sin esperar siquiera a que se complete el ocaso. De forma que cuando los primeros llegan a la casa de Lázaro el Sol apenas ha comenzado a ponerse. Y a Lázaro – que, avisado por los domésticos, muestra su asombro por esta violación del sábado (porque los primeros

en llegar han sido precisamente los más conocidos de entre los más intransigentes judíos) – le dan éstos esta respuesta verdaderamente farisaica:

-Desde la Puerta del Rebaño ya no se veía la bola del Sol y entonces hemos empezado el camino, seguros de que no íbamos a superar la medida prescrita antes de que el Sol declinara tras las cúpulas del Templo.

En el rostro enjuto de Lázaro – Lázaro está sano y tiene buen aspecto, pero ciertamente no está gordo – se dibuja una ligera sonrisa irónica. Y les responde, con gentileza pero también con un leve sarcasmo:

-¿Y qué quieren ver? El Maestro respeta su sábado. Descansa. No se limita a no ver la bola del Sol para considerar terminado su descanso, sino que espera a que se apague el último rayo de Sol para decir: “El sábado ha terminado”.

-¡Sabemos que es perfecto! ¡Lo sabemos! Pero, si hemos cometido un error, razón de más para verlo. Sólo un poco, lo necesario, al menos, para ser absueltos por Él.

-Lo siento. No puedo. El Maestro está descansando y reposa. Y no lo molesto.

Pero llega más gente, y son peregrinos procedentes de todos los lugares; gente que suplica, que insiste en ver a Jesús. Con los hebreos están mezclados gentiles, y con éstos, prosélitos. Y observan a Lázaro y lo miran de reojo como si fuera un ser irreal. Lázaro soporta la molestia de esta celebridad no buscada, respondiendo pacientemente a los que le hacen preguntas. Pero no da la orden a los servidores de que abran el portón.

-¿Eres tú el hombre resucitado de la muerte? – pregunta uno que tiene claro aspecto de ser mestizo, porque de hebreo no tiene más que la típica nariz gruesa y aguileña, mientras que el acento y la manera de vestir revelan que es extranjero.

-Lo soy, para dar gloria a Dios, que me sacó de la muerte para hacerme siervo de su Mesías.

-¿Pero fue una muerte verdadera? – preguntan otros.

-Pregúntenselo a esos judíos importantes. Ellos vinieron a mis funerales y muchos estuvieron presentes en mi resurrección.

-¿Pero qué sentiste? ¿Dónde estabas? ¿Qué recuerdas? Cuando volviste a la vida, ¿qué sucedió en ti? ¿Cómo te resucitó?... ¿No se puede ver el sepulcro donde estuviste? ¿De qué moriste? ¿Ahora estás perfectamente? ¿Ya no tienes ni siquiera las señales de las llagas?

Lázaro, paciente, trata de responder a todos. Pero, si bien le resulta fácil responder que se encuentra perfectamente y que incluso las señales de las llagas se han borrado ya, no puede decir lo que sintió y cómo lo resucitó. Y responde:

-No lo sé. Me encontré vivo en mi jardín, en medio de los criados y de mis hermanas. Cuando me liberaron del sudario, vi el Sol, la luz, tuve hambre, comí, sentí la alegría de vivir y del gran amor del Rabí por mí. Lo demás, más que yo, lo saben los que se encontraban presentes. Ahí están tres de ellos hablando, y otros dos ahí llegan. (Son, estos últimos Juan y Eleazar, miembros del Sanedrín, mientras que los tres que están hablando son dos escribas y un fariseo que efectivamente vi en la resurrección de Lázaro, pero cuyo nombre no recuerdo).

-¡Ésos a nosotros que somos gentiles no nos hablan! Vayan ustedes, que son judíos, a preguntarles... Pero tú enséñanos el sepulcro donde estuviste.

Se muestran insistentes al máximo.

Lázaro se decide. Dice algo a los domésticos y luego se dirige a la gente:

-Vayan por ese camino que va entre ésta y la otra casa mía. Yo salgo a su encuentro para llevarlos al sepulcro, aunque, en realidad, lo único que se ve es un agujero abierto en un estrato de roca.

-¡No importa! ¡Vamos! ¡Vamos!

-¡Espera, Lázaro! ¿Podemos ir también nosotros? ¿O para nosotros está prohibido lo que se concede a extranjeros? – dice un escriba.

-No, Arquelao. Ven si quieres, si es que no te contamina acercarte a un sepulcro.

-No me contamina porque no contiene muerte.

-Pero la contuvo durante cuatro días. ¡Por mucho menos uno es considerado impuro en Israel! El que roza con su vestido a uno que tocó un cadáver dicen ustedes que es impuro. Y mi sepulcro, a pesar de que desde hace mucho esté abierto, todavía despide tufaradas de muerte.

-No importa. Nos purificaremos.

Lázaro mira a los dos fariseos Juan y Eleazar y les dice:

-¿También vienen ustedes?

-Sí, vamos.

Lázaro va a buen paso hacia el lado limitado por los setos altos y compactos como muros. Abre una puerta que está encajada en uno de ellos. Se asoma al camino que lleva a la casa de Simón y hace una señal a los que esperan para que prosigan. Los guía hacia el sepulcro. Un rosal florecido ciñe su

entrada, pero no es suficiente para anular el horror emanado por una tumba abierta. En la roca inclinada bajo el arco florecido se leen las palabras: “¡Lázaro, sal afuera!”

Los malévolos las ven enseguida, y enseguida dicen:

-¿Por qué has dicho que esculpan ahí esas palabras? ¡No debías hacerlo!

(“No debías”, por deferencia hipócrita y farisaica hacia la prescripción del Levítico 26,1: “*No se hagan ídolos, ni levanten estatuas o monumentos, ni coloquen en su tierra piedras grabadas para postrarse ante ellas porque Yo soy Yavé, el Dios de ustedes*”).

-¿Que por qué? En mi casa puedo hacer lo que quiera, y nadie puede acusarme de pecado por haber querido fijar en la roca, para que fueran incancelables, las palabras del grito divino que me devolvió la vida. Cuando esté ahí dentro, y no pueda ya celebrar la potencia misericordiosa del Rabí, quiero que el Sol las siga leyendo en la piedra, y que las plantas las aprendan de los vientos y las acaricien los pájaros y las flores, y sigan por mí bendiciendo el grito del Cristo que me llamó de la muerte.

-¡Eres un pagano! ¡Eres un sacrílego! Blasfemas contra nuestro Dios. Celebras el sortilegio del hijo de Belcebú. ¡Cuidado, Lázaro!

-Les recuerdo que estoy en mi casa y que están en mi casa, y que han venido sin que nadie los llamara, y, además, con innoble finalidad. Son peores que éstos, que son paganos pero que reconocen a un Dios en el resucitador.

-¡Anatema! Como es el Maestro, así es el discípulo. ¡Qué horror! ¡Vámonos! Fuera de esta cloaca inmunda. ¡Corruptor de Israel, el Sanedrín recordará tus palabras!

-Y Roma, sus complots. ¡Salgan de aquí!

Lázaro, siempre manso, trae a su memoria que es hijo de Teófilo, y los echa como a una manada de perros.

Se quedan los peregrinos, de todas las procedencias. Y éstos preguntan y miran e imploran ver a Jesús.

-Lo verán en la ciudad. Ahora no. No puedo.

-¡Ah! ¿Pero va a la ciudad? ¿Realmente va a la ciudad? ¿No mientes? ¿Va a la ciudad a pesar de que lo odien tanto?

-Va. Ahora márchense, tranquilos. ¿Ven cómo la casa descansa? No se ve a nadie ni se oye ninguna voz. Han visto lo que querían ver: al resucitado y el lugar de su sepultura. Ahora márchense. Pero no dejen que la curiosidad sea estéril. ¡Que el hecho de haberme visto a mí, que soy prueba viva del poder de Jesucristo, Cordero de Dios y Mesías santísimo, los conduzca a todos a su camino! Por esta esperanza me siento contento de haber resucitado, porque espero que el milagro pueda hacer reaccionar a los indecisos y convertir a los paganos, de forma que convenza a todos de que uno sólo es el verdadero Dios y uno sólo es el verdadero Mesías: Jesús de Nazaret, Maestro santo.

La gente, remolona, abandona el lugar. Y, si uno se marcha, diez vienen; porque nueva gente sigue viniendo. Pero Lázaro logra con la ayuda de algunos criados empujar afuera a todos y cerrar las puertas.

Hace ademán de querer retirarse. Ordena:

-Vigilen para que no fuerquen las puertas o salten por encima de ellas. Pronto anochecerá y se marcharán a sus lugares de alojamiento.

Pero, en esto, ve que detrás de una espesura de arrayanes salen Eleazar y Juan.

-¿Qué? No los había visto y creía...

-No nos expulsen. Hemos entrado en una espesura para no ser vistos. Tenemos que hablar con el Maestro. Hemos venido nosotros porque sospechan menos de nosotros que de José y Nicodemo. Pero no quisiéramos ser vistos por nadie, aparte de por ti y el Maestro... ¿Son de fiar tus criados?

-En casa de Lázaro existe la usanza de ver y oír sólo lo que agrada al dueño, y de no saber nada para los extraños. Vengan. Por este sendero. Entre estas dos paredes vegetales más opacas que un muro.

Los guía por el caminito que hay entre la doble, impenetrable barrera de boj y de laureles.

-Quédense aquí. Les traigo a Jesús.

-¡Que nadie se percate!...

-No teman.

La espera dura poco. Pronto en el sendero, semioscuro por la enramada, aparece Jesús, blanco todo con su túnica de lino. Lázaro se queda en el límite del sendero como si estuviera de guardia, o por prudencia. Pero Eleazar le dice, más que decírselo se lo indica con un gesto, que se acerque. Lázaro se acerca mientras Jesús saluda a los dos, que lo reverencian inclinándose profundamente.

-Maestro, escucha, y tú también, Lázaro. En cuanto ha corrido la noticia de tu llegada y de que estás aquí, el Sanedrín se ha reunido en casa de Caifás. Todo lo que se hace es un abuso... Y ha decidido... ¡No te hagas falsas ilusiones, Maestro! ¡Vigila, Lázaro! Que no los engañe la falsa calma, la aparente somnolencia del Sanedrín. Es una simulación, Maestro; una simulación para atraerte hacia ellos y apresarte sin que la muchedumbre se altere y se prepare a defenderte. Tu suerte está señalada y el

decreto no se cambia. Puede ser mañana o dentro de un año, pero se cumplirá. El Sanedrín no olvida nunca sus venganzas. Espera, sabe esperar la ocasión propicia, ¡pero luego!... Y también tú, Lázaro. Quieren quitarte de en medio, apresarte, eliminarte, porque por causa tuya demasiados los abandonan para seguir al Maestro. Tú, lo has dicho con exactas palabras, eres el testimonio de su poder. Y quieren destruir ese testimonio. Las muchedumbres pronto olvidan. Ellos eso lo saben. Una vez desaparecidos tú y el Rabí, se apagarán muchos ardores.

-¡No, Eleazar! ¡Arderán con viva llama! – dice Jesús.

-¡Oh, Maestro! ¿Pero... qué... si Tú estás muerto?: ¿de qué nos servirá el que la fe en Ti – admitámoslo- se alce con viva llama, si Tú estás apagado? Yo esperaba tan sólo poder decirte algo alegre y hacerte una invitación: mi esposa pronto dará a luz al hijo que tu justicia ha hecho florecer poniendo de nuevo la paz entre dos corazones en tempestad. Nacerá para Pentecostés. Quisiera decirte que vinieras a bendecirlo. Si entras bajo mi techo, toda calamidad quedará para siempre alejada de mi hogar – dice el fariseo Juan.

-Te doy ya desde ahora mi bendición.

-¡Entonces es que no quieres venir a mi casa! ¡No me crees leal! ¡Lo soy, Maestro! ¡Dios me ve!

-Lo sé. Es que... para Pentecostés ya no estaré entre ustedes.

-Pero el niño nacerá en la casa que tengo en el campo...

-Ya lo sé. Pero Yo ya no estaré. No obstante, tú, tu esposa, el que nacerá y los hijos que ya tienes tienen mi bendición. Les doy las gracias por haber venido. Ahora márchense. Guíalos por el sendero hasta más allá de la casa de Simón. Que no los vean... Yo vuelvo a casa. La paz a ustedes...

586

El sábado anterior a la entrada a Jerusalén. La cena en Betania. Judas de Keriot ha decidido.

La cena ha sido preparada en esa sala enteramente blanca en que Jesús habló con las discípulas. Y todo es esplendor de blanco y plata, en el que ponen una pincelada menos nívea y fría unos haces de ramas de manzano o peral, o de otro árbol frutal, cándidos como la nieve pero con un levísimo toque de color rosa; tan leve, que hace pensar en la nieve acariciada por un beso de lejana aurora: sobresalen, enhiestos, de jarrones abombados o de estrechas ánforas de plata, y están colocados en las mesas y sobre las arcas y aparadores que hay junto a las paredes de la sala. Las flores esparcen por toda la sala el típico olor de flores de árbol frutal, un olor fresco, amargoso, de primavera pura...

Lázaro entra en la sala al lado de Jesús. Detrás, de dos en dos o en grupos más nutridos, los apóstoles. Por último, las dos hermanas de Lázaro con Maximino. No veo a las discípulas. Tampoco a María Santísima. Quizás han preferido quedarse en la casa de Simón con la Madre afligida. El día se encamina hacia el crepúsculo. Pero un vestigio de Sol incide aún en la copa susurradora de algunas palmeras que se alzan agrupadas a pocos metros de la sala, y en la cima de un gigantesco laurel en cuyas frondas pelean los gorriones antes de entregarse al descanso. Y más allá de las palmeras y del laurel, más allá de los setos de rosas y de jazmines, más allá de los cuadros de muguets y de otras flores y pequeñas plantas aromáticas, más allá de todo ello, se ve la blanca extensión de un grupo tardío de manzanos o perales del huerto, moteada del verde tierno de sus primeras hojas: parece una nube apresada entre las ramas.

Jesús, al pasar cerca de un ánfora llena de ramas, observa:

-Tenían ya los primeros pequeños frutos. ¡Fíjate! Arriba hay flores y más abajo se ha caído ya la flor y se está agrandando el ovario.

-Ha sido María la que ha querido cogerlas. Ha llevado también otros haces como éstos a tu Madre. Se ha levantado con el alba, creo, por miedo a que un día más de Sol consumiera estas frágiles corolas. Yo, hace poco, he tenido noticia de este estrago. Pero no he sentido el rechazo que sintieron los criados agricultores; al contrario, he pensado que era justo ofrecerte todas las bellezas de la Creación a Ti, Rey de todas las cosas.

Jesús se sienta en su sitio sonriendo, y mira a María, la cual, junto con su hermana, se apresta a servir cual si fuera una criada, y acerca los tiestos de la purificación y los paños para secarse, y luego echa vino en las copas y pone sobre la mesa las bandejas con la comida, a medida que los criados las van trayendo de las cocinas o las acercan después de haber trinchado en los aparadores.

Naturalmente, si bien las dos hermanas sirven con cortesía a todos los comensales, su esmero se concentra especialmente en sus dos comensales predilectísimos: Jesús y Lázaro.

En un momento dado de la cena, Pedro, que come con satisfacción, observa:

-¡Fíjate! ¡Me doy cuenta ahora! Los platos son todos como es usanza en Galilea... Me da la impresión como de... ¡Sí, claro!... Es como estar en un banquete de boda. Pero aquí no falta el vino como faltó en Caná.

María sonríe mientras le llena de vino al apóstol de nuevo la copa, un vino ambarino limpiísimo. Pero no habla. Es también esta vez Lázaro el que explica:

-Efectivamente, éste ha sido el pensamiento de mis hermanas, especialmente de María: ofrecer una cena en que el Maestro tuviera la impresión de estar en su Galilea, sin duda mejor, mucho mejor, que estos lugares, aunque también imperfecta...

-Pero para hacerle pensar esto se habría requerido la presencia de María en esta mesa. En Caná estaba. Por Ella se produjo el milagro – observa Santiago de Alfeo.

-¡Aquél debió ser un gran vino!

-El vino es símbolo de alegría y debería serlo también de fecundidad, porque el vino es jugo de la fecunda vid. Pero no veo que haya fecundado mucho porque Susana no tiene hijos – dice Judas Iscariote.

-¡Vaya que sí era un gran vino! Nos fecundó en el espíritu... - dice Juan, con un cierto aspecto soñador, como siempre cuando contempla en su interior los milagros obrados por Dios. Y termina:

-Por una virgen fue hecho... y sobre el que lo probó descendió un influjo de pureza.

-¿Pero tú crees que Susana es virgen? – pregunta, riéndose, Judas Iscariote.

-No he dicho éso. Virgen es la Madre del Señor. Virginidad emana todo lo que por Ella se ha llevado a cabo. Yo siempre pienso lo virginizadoras que son todas las cosas que se hacen a través de María... - y sueña de nuevo, sonriendo ante quién sabe qué visión.

-¡Dichoso ese muchacho! Creo que ahora ni se acuerda del mundo. Obsérvenlo – dice Pedro señalando a Juan, que, echado en su triclinio, mueve absorto unos pedacitos de pan olvidándose de comer.

También Jesús se inclina un poco para mirar a Juan, que está en una esquina de uno de los lados de la mesa dispuesta en forma de U, por tanto, un poco detrás del Señor, a espaldas de Él, que a su vez está en el medio del lado central y que tiene a su primo Santiago a la izquierda y a Lázaro a la derecha. Después de Lázaro están el Zelote y Maximino, como después de Santiago el otro Santiago y Pedro. Juan está entre Andrés y Bartolomé, y después Tomás, que tiene enfrente a Judas, a Felipe, a Mateo y a Judas Tadeo, el cual está justo en la esquina donde la larga mesa central empieza.

María de Lázaro sale de la sala mientras Marta pone en la mesa unas bandejas colmadas de higos nuevos, de verdes tallos de hinojo, de frescas almendras peladas, y frutillas o frambuesas, no lo sé, que parecen aún más rojos estando en medio de esas pálidas esmeraldas de los hinojos y de los higos, y del color lácteo de las almendras; y bandejas colmadas de pequeños melones u otro fruto similar – a mí me recuerdan a los pequeños melones verdes de la baja Italia – y de doradas naranjas.

-¿Ya estas frutas? En ningún lugar he visto estas frutas ya maduras – dice Pedro abriendo desorbitadamente los ojos y señalando a las frutillas y a los melones.

-Han venido, en parte, de las riberas de más allá de Gaza, donde tengo un huerto de estos productos, y, otra parte, de las terrazas solaneras que tengo encima de la casa, los invernaderos de las plantas más delicadas, las que hay que proteger del frío intenso. Me enseñó su uso un amigo romano, fue lo único bueno que me enseñó...

Lázaro se entristece. Marta suspira... Pero Lázaro, enseguida, vuelve a ser ese perfecto anfitrión que no da tristeza a sus invitados. Y dice:

-Es muy usual en las quintas de Baya y Siracusa, y a lo largo del arco de Síbaris, el cultivar estas delicias con este método para tenerlas precozmente. Con las naranjas libias comen los últimos frutos, con los melones de Egipto que han crecido en las solanas (*sitio donde da el Sol de lleno*) , y con estos frutos latinos, comen los primeros; y comen almendras blancas de nuestra patria y tiernas habas y digestivos tallos que sabe a anises... Marta, ¿has pensado en el niño?

-He pensado en todos. María se ha conmovido al recordar Egipto...

-Tenía algunas de estas plantas en aquel pobre huerto. En los períodos de calor sofocante era una fiesta sumergir los melones en el pozo del vecino, un pozo hondo y fresco, y comerlos al atardecer... Me acuerdo... Y tenía una cabrita golosa a la que había que vigilar, porque le gustaban mucho las plantas y frutos tiernos...

Jesús, que estaba hablando con la cabeza un poco agachada, alza la cara y mira a las palmeras, susurradoras con el viento del atardecer:

-Cuando veo esas palmeras... siempre que veo las palmeras, veo de nuevo Egipto, esa tierra suya amarilla y arenosa que el viento tan fácilmente movía... y a lo lejos vibraban las pirámides en el aire enrarecido... y veo los altos tallos de las palmeras... y veo la casa donde... Pero es inútil evocar. Cada momento tiene su afán... y con su afán su alegría... Lázaro, ¿te importaría darme algunos frutos de éstos? Quisiera llevárselos a María y a Matías. No creo que Juana los tenga.

-No los tiene. Ayer lo decía, proponiéndose plantarlos en Béter mandando construir las solanas. Pero no te los doy ahora. He cogido todos los que tenía y durante algunos días faltarán los frutos maduros. Te los mandaré; o, si no, manda a alguno por ellos antes del viernes. Prepararemos un bonito cesto para esos niños. ¿Verdad, Marta?

-Sí, hermano mío. Y meteremos también esos pequeños lirios de los valles que a Juana tanto le gustan.

Regresa María Magdalena. Trae en las manos un recipiente de cuello estrecho y terminado en un piquito, elegante como el cuello de un ave. El alabastro es de un precioso color amarillo-rosado, como la carne de ciertas rubias.

Los apóstoles la miran, quizás pensando que trae algún manjar raro. Pero María no va al centro, a donde está su hermana, al interior de la U que forman las mesas. No. Pasa por detrás de los triclinios (*divanes*) y va a colocarse entre el de Jesús y Lázaro y el de los dos Santiagos. Destapa el recipiente de alabastro y pone la mano debajo del pico y recoge algunas gotas de un líquido de aspecto filamentosos que sale lentamente del esenciero abierto. Un penetrante olor de tuberosas y de otras esencias, un perfume intenso y exquisito, se esparce por la sala. Pero María no se siente satisfecha con eso poco que sale. Se agacha y rompe con un golpe seguro el cuello del esenciero contra el ángulo del triclinio de Jesús. El estrecho cuello cae al piso esparciendo sobre los mármoles del suelo gotas perfumadas. Ahora el recipiente tiene una amplia boca y la exuberancia del ungüento fluye en densos hilos.

María se pone detrás de Jesús y extiende sobre la cabeza de Él el espeso óleo; unta todos los bucles de los cabellos de Jesús, los extiende y luego los ordena con un peine que se quita de sus propios cabellos, y repeina la cabeza adorada. La cabeza rubio-rosada de Jesús resplandece como oro viejo brillantísimo después de esta unción. La luz de la lámpara que los criados han encendido se refleja en la cabeza rubia de Cristo como en un casco de bronce cobreño hermosísimo. El perfume es embriagador. Penetra en las fosas nasales, sube a la cabeza; tan penetrante es, esparcido de esa manera, sin medida, que casi irrita como polvo estornutatorio.

Lázaro, que tiene la cabeza vuelta hacia atrás, sonríe al ver con qué esmero María unge y peina los bucles de Jesús, para que su cabeza, después de la olorosa fricción, se vea ordenada, mientras que no se preocupa de que sus propios cabellos, no sujetos ya por el ancho peine que ayudaba a las horquillas en su función, estén descendiendo cada vez más por el cuello y ya estén pronto a soltarse del todo y caer sobre los hombros. También Marta mira y sonríe. Los demás hablan entre sí, en voz baja y con distintas expresiones en sus caras.

Pero María no está satisfecha todavía. Hay todavía mucho ungüento en el esenciero roto, y los cabellos de Jesús, a pesar de ser tupidos, están ya saturados. Entonces María repite el gesto de amor de un atardecer ya lejano. Se arrodilla a los pies del triclinio, suelta las hebillas de las sandalias de Jesús y le descalza los pies; luego, hundiendo los largos dedos de su bellísima mano en el recipiente, saca toda la cantidad que puede de ungüento, y lo extiende, lo distribuye sobre los pies desnudos, dedo por dedo; luego en la planta y el talón; y, más arriba, en el tobillo, que ha descubierto retirando la túnica de lino; por último, sobre el empeine de los pies, y se detiene allí, en los metatarsos, en el lugar por donde entrarán los clavos tremendos, e insiste hasta que ya no encuentra bálsamo en el hueco del recipiente. Entonces rompe el esenciero contra el suelo, y, libres ya las manos, se saca las gruesas horquillas, se suelta rápidamente las pesadas trenzas, y quita con esa madeja de oro viva, suave, fluyente, de los pies de Jesús, que gotean bálsamo, lo que sobra de unción.

Judas Iscariote alza su voz. Hasta este momento había guardado silencio, observando con mirada impura de lujuria y de envidia a la hermosísima mujer y al Maestro, cuya cabeza y cuyos pies estaban siendo ungidos por ella. Es la única voz de abierto reproche; los otros, no todos, pero sí algunos, habían susurrado algo o habían expresado algún gesto de sorprendida, aunque tímida, desaprobación. Pero Judas, que incluso se había puesto en pie para ver mejor la unción derramada sobre los pies de Cristo, dice con desaire:

-¡Qué inútil y pagano derroche! ¿Qué necesidad había de hacerlo? ¡Y luego no queremos que los jefes del Sanedrín murmuren que hay pecado! Éstos son gestos propios de una cortesana lasciva y desdican, mujer, de la nueva vida que llevas. ¡Demasiado recuerdan tu pasado!

El insulto es de tal naturaleza, que todos se quedan atónitos; es tal, que todos se agitan (unos se sientan en los triclinios, otros se ponen bruscamente en pie, todos miran a Judas como a uno que, de repente, se hubiera vuelto loco).

Marta se pone roja. Lázaro se pone en pie como movido por un resorte y pega un puñetazo en la mesa, diciendo:

-¡En mi casa...! – pero luego mira a Jesús y se contiene.

-Sí. ¿Me miran? Todos han murmurado en sus corazones. Pero ahora, por haberme hecho su eco y haber dicho abiertamente lo que pensaban, sin titubear se oponen a mí. Repito lo que he dicho. No quiero, ciertamente, decir que María sea la amante del Maestro. Pero sí digo que ciertos actos no sintonizan ni con Él ni con ella. Es una acción imprudente. Y también injusta. Sí. ¿Por qué este derroche? Si ella quería destruir los recuerdos de su pasado, hubiera podido darme a mí ese esenciero y ese ungüento. ¡Era al menos una libra de nardo puro! Y de gran valor. Yo lo habría

vendido por lo menos por trescientos denarios. Un nardo de ese valor ahora se cotiza a ese precio. Y hubiera podido vender el recipiente, que era hermoso y de valor. Habría dado a los pobres, que nos asedian, esos denarios. Nunca son suficientes. Y mañana en Jerusalén no se contarán los que pidan una limosna.

-¡Eso es verdad! – asienten los otros – Hubieras podido usar un poco para el Maestro y lo demás...

María Magdalena... como si estuviera sorda. Sigue enjugando los pies de Cristo con sus cabellos sueltos, que también ahora están espesos en la parte de abajo por el ungüento, y están más oscuros que en la parte alta de la cabeza. Los pies de Jesús están lisos y suaves, de un color marfil viejo, como si estuvieran cubiertos por una epidermis nueva. María calza las sandalias a Cristo y besa los dos pies antes y después de haberlos calzado, sorda ante cualquier otra cosa que no sea su amor por Jesús.

Y Jesús la defiende, poniéndole una mano sobre la cabeza, que tiene agachada por el último beso, y diciendo:

-Déjenla. ¿Por qué la apenan y la molestan? No saben lo que ha hecho. María ha cumplido Conmigo una acción obligada y buena. Pobres siempre tendrán entre ustedes. Yo estoy para marcharme. A ellos los tendrán siempre, pero a Mí pronto ya no me tendrán. A los pobres podrán siempre darles una limosna. A Mí, dentro de poco, al Hijo del hombre entre los hombres, no será posible ya dar honor alguno, por voluntad de hombres y porque la hora ha llegado. El amor, a ella, le es luz; ella siente que estoy para morir y ha querido anticiparle a mi cuerpo las unciones para la sepultura. En verdad les digo que en cualquier parte que se predique la Buena Nueva será recordado este acto suyo de amor profético. En todo el mundo. Durante todos los siglos. ¡Agradara a Dios hacer de cada una de las criaturas otra María, que no calcula precios, que no abriga apegos, que no guarda el más mínimo recuerdo del pasado, sino que destruye y pisotea todo lo relativo a la carne y al mundo, y se quebranta y se difunde como ha hecho con el nardo y el alabastro, sobre su Señor y por amor a Él! No llores, María. En esta hora te repito las palabras que dije a Simón el fariseo y a tu hermana Marta: “Todo te queda perdonado porque has sabido amar totalmente”. “Tú has elegido la parte mejor. Y no te será arrebatada”. Ve en paz, dulce oveja mía hallada. Ve en paz. Los pastos del amor serán tu alimento por toda la eternidad. Álzate. Besa también estas manos mías que te han absuelto y bendecido... ¡A cuántos han absuelto, bendecido, curado, favorecido estas manos mías! Y, no obstante, les digo que ese pueblo al que he favorecido está preparando la tortura para estas manos... Se produce un denso silencio en el denso aire del intenso perfume. María, pendiéndole los sueltos cabellos sobre los hombros como manto y sobre el rostro como velo, besa la derecha, que Jesús le ha ofrecido, y no sabe apartar de esa mano sus labios...

Marta, emocionada, se acerca a María y le recoge los cabellos sueltos, los trenza luego acariciándola y extendiéndole el llanto sobre las mejillas intentando secarlo...

Ninguno tiene ganas ya de seguir comiendo... Las palabras de Cristo ponen pensativos a los presentes.

El primero en levantarse es Judas de Alfeo. Pide permiso para retirarse. Santiago, su hermano, hace lo mismo, y lo mismo hacen Andrés y Juan. Se quedan los otros, pero ya en pie, en la operación de purificarse las manos en las palanganas de plata que les ofrecen los criados. María y Marta hacen lo mismo con el Maestro y Lázaro.

Entra un doméstico y se inclina hacia Maximino para decirle algo.

-Maestro, hay una serie de personas que desearían verte. Dicen que vienen de lejos. ¿Qué hacemos? Jesús llama a Felipe, a Santiago de Zebedeo y a Tomás y ordena:

-Vayan, evangelicen, curen. Vayan en mi nombre. Anuncien que mañana subiré al Templo.

-¿Convendrá decir esto, Señor? – pregunta Simón Zelote.

-Es inútil callarlo porque ya lo han dicho en la Ciudad Santa, más bocas de enemigos que de amigos. ¡Vayan!

-¡Mmm! Se comprende que los amigos lo sepan... Pero los amigos no traicionan. Lo que no comprendo es cómo pueden saberlo los otros.

Y Judas Iscariote le responde descaradamente:

-Entre los muchos amigos hay siempre algún enemigo, Simón de Jonás. Demasiados son ya... los amigos, y con demasiada facilidad son recibidos como tales. ¡Cuando pienso en lo que tuve que rogar y esperar yo!... Pero eran los primeros tiempos y había cautela. Y fue un error. Pero eso les sucede a todos los vencedores. Las victorias empañan la limpieza de visión y debilitan la prudencia de actuación. Naturalmente me estoy refiriendo a nosotros, discípulos. No estoy hablando del Maestro, que es perfecto. ¡Si hubiéramos seguido siendo nosotros doce, no deberíamos acongojarnos por temer traiciones!

Es indescriptible la mirada que Cristo pone en el apóstol traidor. Una mirada que expresa una llamada y dolor infinitos. Pero Judas no la recoge. Pasando por delante de la mesa, se dispone a

salir... Jesús lo sigue con la mirada y, en el momento justo en que lo ve que está saliendo, le pregunta:

-¿A dónde vas?

-Afuera... - responde evasivamente Judas.

-¿Fuera de esta sala o fuera de esta casa?

-Afuera... Sin más... Para andar un poco.

-No vayas, Judas. Quédate aquí Conmigo, con nosotros...

-Se han marchado tus hermanos y Juan con Andrés. ¿Por qué yo no?

-Tú no vas al descanso como ellos...

Judas no responde, sino que, testarudamente, sale. Las palabras han callado en la sala. Lázaro y sus hermanas y los cuatro apóstoles que quedan: Pedro, Simón, Mateo y Bartolomé, se miran.

Jesús mira afuera. Se ha levantado y ha ido a una ventana para seguir los movimientos de Judas. Cuando lo ve salir de la casa con el manto ya puesto, y encaminarse hacia el portón que desde aquí no se ve, lo llama con fuerte voz:

-¡Judas! Espérame. Tengo que decirte una cosa – y aparta delicadamente a Lázaro, quien, intuyendo el dolor de su Maestro, había rodeado su cintura con un brazo; y sale de la sala y alcanza a Judas, que había seguido andando, aunque más lento.

Lo alcanza a un tercio de la distancia que hay entre la casa y la cerca del jardín, en una pequeña espesura de árboles de gruesas hojas; árboles que parecen de cerámica verde oscura, tachonada de pequeñas flores reunidas en ramilletes (y cada flor es una crucecita con pétalos gruesos, como si estuvieran hechos de una cera apenas enmarillecida, de intenso perfume). No sé su nombre. Lo lleva detrás de la espesura y, agarrando todavía con su mano el antebrazo de Judas, le pregunta de nuevo:

-¿A dónde vas, Judas? ¡Te lo ruego, quédate aquí!

-¿Por qué me lo preguntas, Tú que sabes todo? ¿Qué necesidad tienes de preguntar, Tú que lees el corazón de los hombres? Sabes que voy donde mis amigos. No me concedes ir. Ellos solicitan mi presencia. Yo voy.

-¡Tus amigos! ¡Tu perdición has de decir! Vas a la perdición. Vas donde tus verdaderos asesinos. ¡No vayas, Judas! ¡No vayas! A cometer un delito vas... Tú...

-¡Ah! ¡¿Tienes miedo?! ¡¿Por fin tienes miedo?! ¡Por fin te sientes hombre, nada más que un hombre! Porque sólo el hombre tiene miedo de la muerte. Dios sabe que no puede morir. Si te sintieras Dios, sabrías que no podrías morir y no tendrías miedo. Porque Tú, ahora, ahora que sientes próxima tu muerte, tienes ese miedo que es común a todos los hombres, y tratas, con todos los medios, de alejarlo, y ves en todas partes y en todas las cosas un peligro. ¿Dónde está tu maravillosa audacia? ¿Dónde, esas firmes declaraciones de estar contento, sediento, de llevar a cabo el Sacrificio? ¡De eso no tienes en tu corazón ni un vestigio! Pensabas que esta hora no iba a llegar nunca, y entonces te mostrabas fuerte, generoso, y decías frases solemnes. ¡Vamos ya! ¡No te quedas corto respecto a los que tachas de hipócritas! Nos has halagado y traicionado. ¡Y nosotros que habíamos dejado todo por ti! ¡Nosotros que somos odiados por causa tuya! Tú eres la causa de nuestra perdición...

-Bueno, basta. ¡Ve! ¡Ve! No han pasado muchas horas desde que me has dicho: “Ayúdame a quedarme. ¡Defiéndeme!” Lo he hecho. ¿De qué ha servido? Dime una última cosa. Reflexiona antes de decirla. ¿Es ésta tu pura voluntad? ¿La de ir donde tus amigos, la de preferirlos a Mí?

-Sí. Es ésta. No necesito reflexionar, porque ya hace tiempo que no tengo otra voluntad.

-Pues ve entonces. Dios no fuerza la voluntad del hombre.

Y Jesús le vuelve la espalda y regresa lentamente hacia la casa. Cuando está cerca de la casa, alza la cabeza atraído por la mirada que Lázaro, en pie, erguido en el sitio de antes, tiene clavada en Él. Y bien pálido está ese rostro que se esfuerza en sonreír al amigo fiel. Vuelve a la sala en que los cuatro apóstoles están hablando con Maximino mientras Marta y María dirigen el trabajo de los criados, que ponen en orden la sala, recogen la vajilla y mantelería usados en el banquete.

Lázaro ha ido a la puerta y ha ceñido de nuevo la cintura de Jesús. Ahora, al pasar junto a un criado, le dice:

-Tráeme ese rollo que está en la mesa de mi habitación de trabajo.

Lleva a Jesús a uno de los amplios asientos que hay en la encajadura de las ventanas, para que se siente. Pero Jesús permanece en pie, esforzándose en prestar atención a todo lo que le dice Lázaro... pero es visible que su pensamiento está en otro lugar, y que su corazón está muy afligido, a pesar de que, cuando se da cuenta de que los apóstoles lo están observando, sonríe para disipar la sospecha que hay en el corazón de los que se han acercado y puesto en torno a Él y ahora se susurran palabras y se entienden con las miradas señalando al Maestro.

El criado vuelve con el rollo. Pedro, visto que esos pergaminos contienen cosas más elevadas de lo que su cabeza puede entender, se retira diciendo:

-Los peces no pican con ciertas comidas. Es mejor hablar con Maximino de plantas y cultivos.

Marta continúa su trabajo. María, aun guardando silencio, participa en lo que expone Lázaro, quien señala al Maestro algunos puntos escritos en esos pergaminos diciendo:

-¿No posee una clarividencia singular este pagano? Más que muchos de los nuestros. Quizás... si hubiera estado aquí, mientras Tú eres el Maestro nuestro, habría sido de tus discípulos, y uno de los mejores. Y te habría comprendido como muchos de los nuestros no saben hacer. Y ¿qué poema habría extraído de su genio la admiración por Ti! ¡Oh, tus palabras recogidas y conservadas por un espíritu que es luminoso a pesar de ser de pagano! ¡Tu vida descrita por este intelecto abierto y transparente! Nosotros no tenemos ya escritores y poetas. Tú has nacido tarde. Cuando el egoísmo de la vida y la corrupción religioso-social han extinguido en nosotros la poesía y el genio. No ha encontrado eco en la voz viva de un seguidor tuyo lo que escribieron de Ti nuestros sabios y profetas sin conocerte. Tus predilectos y tus fieles son, en su mayor parte, personas sin instrucción. Y los otros... No. No tenemos ya ningún soelet (los que hablaban en las asambleas) que transmita a las gentes tu sabiduría y tu figura. Ya no los tenemos, porque faltan, más que la capacidad, para hacerlo, el espíritu y la voluntad. La parte más selecta de Israel tiene voz sorda, como la de una trompeta averiada, y no sabe ya cantar las glorias y maravillas de Dios. Mi miedo es que todo se pierda o quede alterado, parte por incapacidad, parte por mala voluntad...

-No sucederá. El Espíritu del Señor, cuando haya establecido su morada en el interior de los corazones, repetirá mis palabras y explicará el significado de ellas. Es el Espíritu de Dios el que habla por los labios del Cristo. Luego... Luego hablará directamente a los espíritus y recordará mis palabras.

-¡Oh, si esto fuera pronto! Pronto porque tus palabras son muy poco escuchadas y menos comprendidas. Yo creo que el rugido del Espíritu Santo será violento como dilatado fuego para esculpir en las mentes, con la violencia, aquello que no quisieron acoger por ser dulce y suave. Yo creo que el llameante Espíritu consumirá con sus llamas las tibias o tardas conciencias y escribirá en ellas tus palabras. El mundo deberá amarte. ¡El Altísimo lo quiere! ¿Pero cuándo será? –dice la Magdalena con su ímpetu habitual.

-Cuando Yo me haya inmolado en el Sacrificio del amor. Entonces el Amor vendrá. Será como la hermosa llama que se alce de la Víctima inmolada. Y esta llama no se apagará, porque no cesará el Sacrificio. Una vez establecido, durará todo el tiempo que dure la Tierra.

-Pero entonces... ¿Tú, para que eso sucediera, deberías verdaderamente ser inmolado?

-Así es.

Jesús tiene ese gesto suyo usual de adhesión al propio destino. Abre los brazos con las manos vueltas hacia afuera e inclina la cabeza. Luego la alza de nuevo para sonreír a Lázaro, que está afligido, y dice:

-Pero no será violenta como un rugido la voz inmaterial del Espíritu de Amor, sino que será dulce como el amor, que es suave como viento de Nisán aunque fuerte como la muerte. ¡El inefable ministerio del Amor! El complemento, el coronamiento de mi ministerio. La perfección de mi ministerio de Maestro... Yo no tengo miedo, como tú lo tienes, a que se pierda algo de lo que he dado. Es más, en verdad te digo, que serán proyectados rayos de luz sobre mis palabras y verán el espíritu de ellas. Yo me voy serenamente, porque confío mi doctrina al Espíritu Santo y mi espíritu al Padre mío.

Inclina la cabeza pensando. Luego, dejado el rollo que ha originado la conversación en una especie de alto aparador o arca de ébano, o de otra madera oscura cuajada de incrustaciones de marfil amarillento, que ha sido traído de la habitación de al lado por cuatro criados y en el cual Marta está ordenando la disposición de las piezas de vajilla más preciosas, dice:

-Lázaro, ven afuera. ¡Necesito hablarte!

-Enseguida, Señor – y Lázaro se alza del asiento en que estaba sentado y sigue a Jesús al jardín que ya se cubre de sombras (pues en el cielo está muriendo la última luz del día y aún demasiado tenue es el primer claror lunar, que apenas se manifiesta).
